



Digitized by the Internet Archive
in 2013

HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

SACADA DE LOS MEJORES HISTORIADORES ESPAÑOLES Y DE LOS
MANUSCRITOS Y DE LAS PINTURAS ANTIGUAS DE LOS INDIOS.
DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS: ADORNADA CON MAPAS Y ESTAMPAS E
ILUSTRADA CON DISERTACIONES SOBRE LA TIERRA, LOS
ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO

ESCRITA POR EL

ABATE FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

TRADUCIDA DEL ITALIANO POR

J. JOAQUIN DE MORA

Y PRECEDIDA DE NOTICIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DEL AUTOR, POR

LUIS GONZALEZ OBREGON

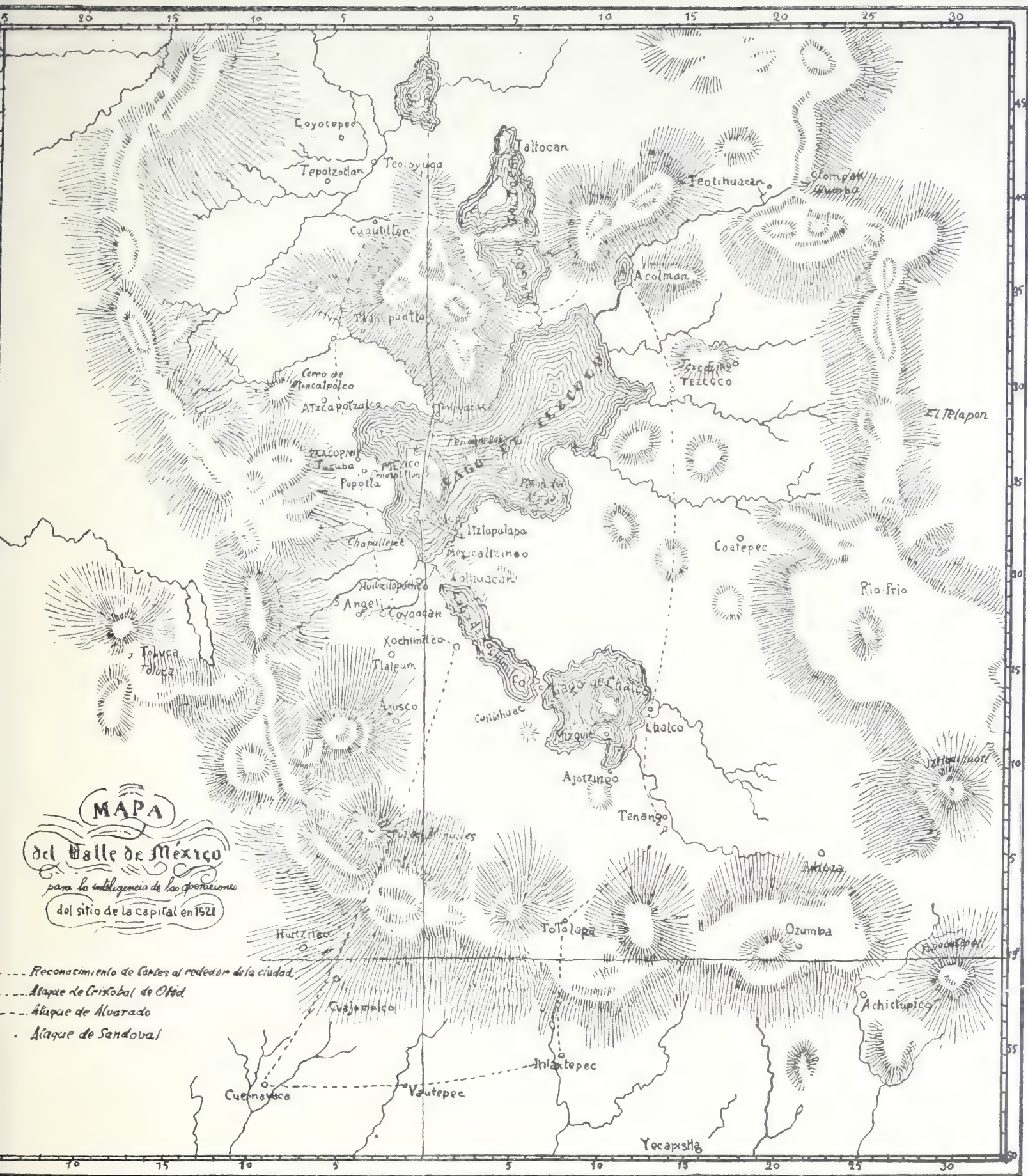
TOMO II



MEXICO

DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA DIRECCION GENERAL
DE LAS BELLAS ARTES

1917



MAPA
del Valle de México
para la inteligencia de las operaciones
del sitio de la capital en 1521

- ... Reconocimiento de Cortés al rodear de la ciudad.
- ... Ataque de Cristóbal de Olid
- ... Ataque de Alvarado
- Ataque de Sandoval

Meridiano de México

F
121
95745
v. 2

HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO

LIBRO OCTAVO

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A LAS COSTAS DE ANAHUAC. INQUIETUDES, EMBAJADAS Y REGALOS DEL REY MOTEUCZOMA. CONFEDERACIÓN DE LOS ESPAÑOLES CON LOS TOTONACAS; SU GUERRA Y ALIANZA CON LOS TLAXCALTECAS; SU SEVERIDAD CON LOS CHOLULTECAS, Y SU SOLEMNE ENTRADA EN MÉXICO. NOTICIA DE LA CÉLEBRE INDIA DOÑA MARINA. FUNDACIÓN DE VERACRUZ, PRIMERA COLONIA DE LOS ESPAÑOLES.

PRIMEROS VIAJES DE LOS ESPAÑOLES A LAS COSTAS DE ANAHUAC

LOS españoles, que en el año de 1492 habían descubierto el Nuevo Mundo, guiados por el famoso genovés Cristóbal Colón, y sometido en pocos años a la corona de Castilla las principales islas Antillas, salían de ellas con frecuencia para descubrir nuevos países y para cambiar las bujerías de Europa por el oro americano. Entre otros zarpó el año de 1517 del puerto de Ajaruco (hoy Habana), Francisco Hernández de Córdoba, con ciento diez soldados, y dirigiéndose hacia poniente, por consejo de Antonio de Alaminos, uno de los más expertos y famosos pilotos de aquel tiempo, y doblando después hacia el sur, descubrió a principios de marzo el cabo oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Catoche. Costearon los españoles una parte de aquel país, admirando los bellos edificios y altas torres que descubrían desde el mar, (1) y los trajes de diversos colo-

(1) Robertson dice que los españoles "pusieron pie en tierra, e internándose en el país de Yucatan, observaron con admiración grandes casas

res que usaban los indios; objetos que hasta entonces no habían visto en el Nuevo Mundo. No menos se maravillaban los yucatecos de la forma, del tamaño y del aparato de sus buques. En dos puntos en que desembarcaron los españoles, tuvieron dos encuentros con los indios; y en ellos, y en otras desgracias que les sobrevinieron, perdieron la mitad de sus soldados, y el mismo capitán recibió doce heridas, que en pocos días le ocasionaron la muerte. Regresaron apresuradamente a Cuba, y encendieron con su relación y con algún oro que trajeron por muestra, robado en un templo de Yucatan, la codicia de Diego Velázquez, uno de los conquistadores, y a la sazón gobernador de aquella isla; de modo que al año siguiente, envió a su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques y doscientos cuarenta soldados. Este comandante, después de haber reconocido la isla de Cozumel, distante pocas millas de la costa oriental de Yucatan, costeó todo el país que media hasta el río Pánuco, cambiando cuentas de vidrio y otras bagatelas, con el oro que tanto ansiaba y con los víveres de que tenían gran necesidad.

Cuando llegaron a la islilla que llamaron San Juan de Ulúa, (1), distante poco más de una milla de la costa de Chal-

de piedra." Así habla del viaje de Hernández; pero pocas páginas antes, hablando del de Grijalva, dice así: "Había muchos pueblos esparcidos por la costa, en la que vieron los españoles casas de piedra, que a cierta distancia parecían blancas y soberbias. En el calor de la imaginación se figuraron que eran ciudades adornadas con torres y cúpulas." Entre todos los historiadores de México que he leído, no he hallado uno que diga que los españoles se imaginaron ver cúpulas en Yucatan. Esto ha salido de la cabeza de Robertson y no de la de los españoles. Estos creyeron ver torres y casas grandes, como en efecto las vieron, porque los templos de Yucatan, como los de Anáhuac, estaban fabricados a guisa de torres y algunos eran muy altos. Bernal Díaz, escritor sincerísimo y testigo ocular de cuanto ocurrió a los españoles en los primeros viajes a Yucatan, cuando habla del desembarco que hicieron en la costa de Campeche, dice así: "Nos condujeron los indios a ciertas casas muy grandes y bien edificadas de piedra y cal." Así que, no sólo vieron de lejos los edificios, sino tan de cerca, como que entraron en ellos. Siendo tan común en aquellos pueblos el uso de la cal, no es extraño que se sirviesen de ella para blanquear las casas. Véase lo que digo acerca de esto en el libro VII de mi *Historia*. Lo que yo no puedo entender es que una casa que no está blanqueada, pueda aparecer blanca desde lejos.

(1) Dieron a la isla el nombre de San Juan, porque la descubrieron el día de aquel santo y porque éste era el nombre de su comandante: el de

chiuhcuecan, los gobernadores mexicanos, atónitos al ver buques tan grandes y hombres de tan extraña figura y traje, consultaron entre sí lo que debían hacer, y decidieron ir en persona a la corte, para dar cuenta al rey de una novedad tan extraordinaria; y a fin de darle ideas más exactas, hicieron representar por sus pintores, los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, y sin tardanza partieron a la capital y expusieron verbalmente al rey lo ocurrido, presentándole las pinturas y algunas cuentas de vidrio que los españoles les habían dado. Turbóse Moteuczoma al oír aquellas nuevas, y para no precipitar su resolución en negocio tan grave, consultó con Cacamatzin, rey de Acolhuacan, su sobrino; con Cuitlahuatzin, señor de Itztapalapan, su hermano, y con otros doce personajes, sus consejeros ordinarios. Después de una larga conferencia, fue opinión de todos, que el que se había presentado en aquellas playas con tanto aparato, no podía ser otro que el dios del aire, Quetzalcoatl, a quien ya desde muchos años esperaban; pues era antigua tradición de aquellas naciones, como ya en otra parte he dicho, que el dios del aire, después de haberse granjeado la veneración de los pueblos de Tollan, Cholula y Onohualco, con su inocente vida y singular beneficencia, había desaparecido de entre ellos, prometiéndoles antes, volver al cabo de algún tiempo, para regirlos en paz, y hacerlos felices. Los reyes se creían vicarios de aquel numen y depositarios de la corona, que deberían cederle cuando se presentase. Aquella tradición inmemorial; algunas circunstancias que observaron en los españoles, conformes con las que su mitología atribuía a Quetzalcoatl; las extraordinarias dimensiones de los buques, comparadas con las de sus barcas y canoas; el estrépito y violencia de la artillería, tan semejantes a los de las nubes, los indujeron a creer que no podía ser otro que el dios del aire el que se aparecía en las costas con el terrible aparato de relámpagos, rayos y truenos. Lleno de esta creencia, mandó Moteuczoma a cinco personajes

Ulúa, porque habiendo encontrado en ella dos víctimas humanas recién sacrificadas y preguntado por señas la causa de aquella inhumanidad, respondieron los indios Acolhua, Acolhua, dando a entender que lo hacían por orden de los mexicanos, que como todos los pueblos del valle, eran llamados acolhuas por los indios remotos de la Capital. En esta islilla hay actualmente una buena fortaleza que defiende la entrada del puerto de Veracruz.

de su corte que pasasen inmediatamente a Chalchiuhcuecan, a felicitar a la supuesta divinidad por su feliz llegada, en su nombre y en el de todo el reino y llevarle al mismo tiempo, como homenaje, un rico presente; mas antes de enviarlos, dió orden a los gobernadores de las costas que pusiesen centinelas en los montes de Nauhtlan, Quauhtla, Mictlan y Tochtlan, para que observaran los movimientos de la escuadra y diesen pronto aviso a la corte de lo que ocurriese. Los embajadores mexicanos no pudieron, a pesar de su diligencia, alcanzar a los españoles, los cuales, habiendo hecho sus negocios en aquellas playas, siguieron costeando hasta el río Pánuco, de donde volvieron a Cuba, con diez mil pesos en oro, adquiridos en parte, con la venta de las bujerías y en parte, con un gran regalo que había hecho al comandante un señor de Onohualco.

CARACTER DE LOS PRINCIPALES CONQUISTADORES DE MEXICO

Mucho pesó al gobernador de Cuba que Grijalva no hubiese establecido una colonia en aquel nuevo país, que todos pintaban como el más rico y dichoso del mundo; por lo que, a toda prisa mandó alistar otro armamento más considerable, cuyo mando pidieron a porfía muchos colonos de los principales de aquella isla; mas el gobernador, por consejo de dos de sus confidentes, lo encargó a Hernán o Fernando Cortés, hombre de noble extracción y bastante rico para poder soportar con su capital y con el auxilio de sus amigos, una buena parte de los gastos de la empresa.

Nació Cortés en Medellín, pequeña ciudad de Extremadura, el año de 1485. Por parte de padre era Cortés y Monroy y por el lado materno, Pizarro y Altamirano, habiéndose reunido en él la sangre de los cuatro linajes más ilustres y antiguos de aquella ciudad. Enviáronlo sus padres a la edad de catorce años a Salamanca, para que aprendiendo en aquella famosa universidad la latinidad y la jurisprudencia, pudiera ser útil a su casa, que se hallaba muy decaída de su antigua riqueza; pero apenas estuvo allí algunos días, cuando su genio emprendedor y belicoso lo apartó del estudio, y lo llevó al Nuevo Mundo, en pos de muchos ilustres jóvenes de su nación. Acompañó a Diego Velázquez en la conquista de la isla de Cuba, donde adquirió bienes y se granjeó mucha autoridad. Era hombre de gran talento y

destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponía, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun de sus iguales, magnánimo en sus designios y en sus acciones, cauto en obrar, modesto en la conversación, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna. Su celo por la religión no fue inferior a su constante e inviolable fidelidad a su soberano; pero el esplendor de éstas y otras buenas calidades, que lo elevaron a la clase de los héroes, fue eclipsado por otras acciones indignas de la grandeza de su ánimo. Su desordenado amor a las mujeres, ocasionó algún desarreglo en sus costumbres, y ya en tiempos anteriores le había acarreado graves disgustos y peligros. Su demasiada obstinación y ahinco en las empresas, y el temor de menoscabar sus bienes le hicieron a veces faltar a la justicia, a la gratitud y a la humanidad; pero ¿dónde se vió jamás un caudillo conquistador formado en la escuela del mundo, en quién no se equilibrasen las virtudes con los vicios? Cortés era de buena estatura, de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. Tenía el pecho algo elevado, la barba negra, los ojos vivos y amorosos. Tal es el retrato que del famoso Conquistador de México nos han dejado los escritores que lo conocieron.

Cuando se vió honrado con el cargo de general de la armada, se aplicó con la mayor diligencia a preparar su viaje, y empezó a tratarse como gran señor, tanto en su porte como en su servicio, convencido de que estas exterioridades son eficaces para deslumbrar al vulgo y dar autoridad al que las emplea. Tremoló inmediatamente el estandarte real a la puerta de su casa y mandó publicar un bando en toda la isla para alistar soldados. Concurrieron a porfía a ponerse bajo su mando los hombres principales de aquel país, tanto por su nacimiento, como por sus empleos, de cuyo número fueron: Alfonso Hernández de Portocarrero, primo del conde de Medellín; Juan Velásquez de León, pariente inmediato del gobernador; Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Lugo y otros cuyos nombres se verán en el curso de esta Historia. Mas entre todos merecen particular mención Pedro de Alvarado, de Badajoz; Cristóbal de Olid, de Baeza, en Andalucía, y Gonzalo de Sandoval, de Medellín, por haber sido los primeros comandantes de las tropas empleadas en aquella conquista y los que más papel hicieron en ella: los tres eran guerreros distinguidos, animosos, duros en los trabajos

de la guerra, peritos en el arte militar; pero de harto diferente carácter. Alvarado era un joven bien formado y agilísimo, rubio, gracioso, festivo, popular, dado al lujo y a los pasatiempos, sediento del oro que necesitaba para mantener su ostentación, y según afirman los primeros historiadores, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo; inhumano además, y violento en su conducta. Olid era membrudo, torvo y de dobles intenciones. Uno y otro hicieron grandes servicios a Cortés en su conquista; mas después fueron ingratos, y tuvieron un trágico fin. Alvarado murió en la Nueva Galicia, bajo el peso de un caballo que se precipitó de un monte. Olid fue decapitado por sus enemigos en la plaza de Naco, en la provincia de Honduras. Sandoval, joven de buena cuna, apenas tenía veintidós años cuando se enganchó en la expedición de su compatriota Cortés. Era de proporcionada estatura, de complexión robusta, de cabello castaño y rizado, de voz fuerte y gruesa, de pocas palabras y de grandes acciones. A él fue a quien Cortés encargó las operaciones más arduas y peligrosas, y de todas salió con honor. En la guerra contra los mexicanos, mandó una parte del ejército español, y en el asedio de la Capital tuvo bajo sus órdenes más de treinta mil hombres, mereciendo siempre, con su buena conducta, la amistad de su general, el respeto de los soldados y el afecto de sus mismos enemigos. Fundó la colonia de Medellín en la costa de Chalchiuhcucan y la del Espíritu Santo en las orillas del río Coatzacoalco. Fue comandante del presidio de Veracruz, y por algún tiempo gobernador de México y en todos sus empleos dió repetidos testimonios de su equidad. Fue constante y asiduo en el trabajo, obediente y fiel a su general, benigno para con los soldados, humano para con sus enemigos, (1) y enteramente libre del común con-

(1) Robertson echa la culpa a Sandoval del espantoso ejemplo de severidad hecho en los panuqueses, cuando los españoles quemaron sesenta señores y cuatrocientos nobles, a vista de sus hijos y parientes, y en favor de esta opinión cita el testimonio de Cortés y de Gomara; pero Cortés no afirma que Sandoval ejecutase aquel castigo y ni aun lo nombra. Bernal Díaz, cuya autoridad en este punto vale más que la de Gomara, dice que habiendo Sandoval vencido a los panuqueses y hecho prisioneros a veinte señores, con algunas otras personas notables, escribió a Cortés preguntándole lo que había de hacer con ellos: que Cortés para justificar su castigo, cometió el proceso a Diego de Ocampo, juez de aquella provincia, el cual, oída la confesión de los reos, los condenó al suplicio del fuego, que en efecto fue ejecutado. Bernal Díaz no cita el número de los

tagio de la avaricia. Para decirlo en pocas palabras, no hallo en toda la serie de los conquistadores un hombre más perfecto ni más digno de elogio; pues ninguno hubo entre ellos que supiese mejor que él reunir el ardor juvenil con la prudencia, el valor y la intrepidez, con la humanidad, el comedimiento con el mérito y la modestia con la fortuna. Murió en la flor de la edad, en un pueblo de Andalucía, cuando se dirigía a la corte en compañía de Cortés; hombre ciertamente digno de mejor suerte y de vida más larga.

ARMADA Y VIAJE DE CORTES

Ya estaban hechos casi todos los preparativos del viaje, cuando el gobernador de Cuba, cediendo a las sugerencias y manejos de los enemigos de Cortés, revocó la comisión que le había dado y mandó prenderlo; pero los que fueron encargados de esta orden no se atrevieron a ponerla en ejecución, viendo tantos hombres respetables y animosos empeñados en sostener el partido del nuevo general: así que, Cortés, que no sólo había gastado en los preparativos todo su capital, sino que había contraído grandes deudas, retuvo el mando a despecho de sus enemigos, y teniendo ya ordenada su expedición, zarpó del puerto de Ajaruco a 10 de febrero del año de 1519. Componíase su armada de once bajeles; de quinientos ocho soldados, distribuídos en once compañías; de ciento nueve marineros; de diez y seis caballos; de diez cañones y de cuatro falconetes. Navegaron bajo la dirección del piloto Alaminos, hasta la isla de Cozumel, donde recobraron al diácono español Gerónimo de Aguilar, que viajando algunos años antes, del Darien a la isla de Santo Domingo, había naufragado en las costas de Yucatan y había sido hecho

reos. Cortés dice que fueron quemados cuatrocientos, entre señores y gente principal. Este castigo fue sin duda excesivo y cruel; pero Robertson, que tan amargamente se lo echa en cara a los españoles, debería, para proceder con imparcialidad, declarar los motivos que éstos tuvieron para obrar con tanto rigor. Los panuqueses, después de haberse sometido a la corona de España, sacudieron el yugo, tomaron las armas y alborotaron toda la provincia; mataron cuatrocientos españoles, de los cuales cuarenta fueron quemados vivos en una casa y comieron los cadáveres de los demás. Estas atrocidades no justifican a los españoles, pero hacen menos odiosa su severidad. Robertson leyó en Gomara los atentados de los panuqueses y la venganza de los españoles; pero exagera ésta y omite aquélla.

esclavo de los indios; el cual, noticioso de la llegada de los españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó a la expedición. Con el largo trato de los yucatecos, había aprendido la lengua maya, que era la que se hablaba en aquellos países; por lo que Cortés lo hizo su intérprete.

VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN TABASCO

De Cozumel procedieron costearo la península de Yucatan, hasta el río de Chiapa, en la provincia de Tabasco, por el cual se internaron en el país, con los botes y buques más pequeños, hasta llegar a un palmar, donde desembarcaron con el pretexto de buscar agua y víveres. De allí se dirigieron hacia una gran villa, que distaba apenas dos millas de la costa, combatiendo a cada paso con una multitud de indios, que con flechas, dardos y otras armas, les cerraban el paso y superando las estacadas que habían formado para su defensa. Dueños finalmente los españoles de la villa, salían de ella con frecuencia, para hacer correrías en los lugares vecinos, en los cuales tuvieron algunos encuentros peligrosos, hasta que el 25 de marzo se empenó una batalla campal y decisiva. Dióse ésta en las llanuras de Centla, villa poco distante de la ya mencionada. El ejército de los tabasqueños era muy superior en número; pero a pesar de su muchedumbre, fueron completamente vencidos, por la mejor disciplina de los españoles, la superioridad de sus armas y el terror que inspiraron a los indios la grandeza y la fogosidad de sus caballos. Ochocientos tabasqueños quedaron muertos en el campo de batalla; los españoles tuvieron un muerto y más de sesenta heridos. Esta victoria fue el principio de la felicidad de los españoles, y en su memoria fundaron después allí una pequeña ciudad, con el nombre de la **Virgen de la Victoria**, (1) que por mucho tiempo fue la capital de la provincia. Procuraron justificar su hostilidad con las reiteradas protestas que, antes de venir a las manos, hicieron a los tabasqueños, de no haber venido a aquel país como enemigos, ni con intenciones de hacer daño, sino como navegantes

(1) La ciudad de la Victoria se despobló enteramente hacia la mitad del siglo pasado, de resultas de las frecuentes invasiones de los ingleses. Fundóse después a mayor distancia del mar otra pequeña ciudad, que llamaron Villa Hermosa; pero la capital de aquella provincia y la residencia del gobernador es Tlacotalpan.

que deseaban adquirir, con el cambio de sus mercancías, todo lo que necesitaban para continuar su viaje; a cuyas protestas respondieron los indios con una lluvia de flechas y dardos. Tomó Cortés solemne posesión del país, en nombre de su soberano, con una extraña ceremonia, conforme a los usos y las ideas caballerescas de aquel siglo: embrazó la rodela, desenvainó la espada y dió con ella tres golpes en el tronco de un árbol que estaba en la villa principal, protestando que si alguno osaba oponerse a aquella posesión, él estaba pronto a defenderla con su acero.

Para consolidar el dominio de su rey, convocó a los señores de aquella provincia y los persuadió a tributarle obediencia y a reconocerlo como su legítimo señor; y para darles más alta idea del poder de aquel monarca, mandó disparar un cañón y les hizo creer que los relinchos de los caballos eran muestras de su enojo contra los enemigos de los españoles. Todos se mostraron dóciles a las proposiciones del vencedor y escucharon con admiración y agradecimiento las primeras verdades de la religión cristiana, que les declaró, por medio del intérprete Aguilar, el P. Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la orden de la Merced y capellán de la armada. Presentaron después a Cortés, en señal de su sumisión, algunas frioleras de oro, trajes de tela gruesa, que era la única que se usaba en aquella provincia, y veinte esclavas que fueron distribuídas entre los oficiales de la expedición.

NOTICIA DE LA FAMOSA INDIA DOÑA MARINA

Entre ellas había una doncella noble, hermosa, de mucho ingenio y de gran espíritu, natural de Painala, pueblo de la provincia mexicana de Coatzacualco. (1) Su padre había sido feuda-

(1) En una historia M. S. que se conservaba en el Colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, se leía que doña Marina era natural de Huilotla, pueblo de Coatzacualco. Gomara, a quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Jalisco y que de allí la llevaron los mercaderes a Xicalanco; mas esto es falso, pues Jalisco dista de Xicalanco más de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Díaz, que vivió largo tiempo en Coatzacualco y conoció a la madre y al hermano de doña Marina, confirma la verdad de mi noticia y dice que lo supo de su misma boca. A esto se añade la tradición conservada hasta ahora en Coatzacualco, conforme a lo que he dicho.

tario de la corona de México y señor de muchos pueblos. Habiendo quedado viuda su madre, se casó con otro noble, de quien tuvo un hijo. El amor que los dos esposos profesaban a este fruto de su unión, les sugirió el inícuo designio de fingir la muerte de la primogénita, a fin de que toda la herencia pasase al hijo. Para dar color a su mentira, habiendo muerto a la sazón la hija de una de sus esclavas, hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija y entregaron ésta clandestinamente a unos mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron o la vendieron a los tabasqueños, sus vecinos, y éstos la presentaron a Cortés, estando muy lejos de pensar que aquella joven debía contribuir tan eficazmente a la conquista de aquellos países. Sabía, además de la lengua mexicana, que era la suya, la maya que se hablaba en Yucatan y en Tabasco, y en breve aprendió también la española. Instruída en poco tiempo en los dogmas de la religión cristiana, fue bautizada solemnemente con las otras esclavas y recibió el nombre de Marina. (1) Fue constantemente fiel a los españoles, y no se pueden encomiar bastantemente los servicios que les hizo; pues no sólo sirvió de intérprete y de instrumento en sus negociaciones con los tlaxcaltecas, con los mexicanos y con las otras naciones de Anáhuac, sino que les salvó muchas veces la vida, anunciándoles los peligros que los amenazaban, e indicándoles los medios de eludirlos. Acompañó a Cortés en todas sus expediciones, sirviéndole siempre de intérprete, muchas veces de consejero, y por su desventura, de dama. El hijo que de ella tuvo aquel conquistador, se llamó D. Martín Cortés, caballero de la orden de Santiago, el cual, por infundadas sospechas de rebelión, fue puesto en el tormento en México, el año de 1568, olvidando aquellos inícuos y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres del ilustre reo habían hecho al Rey Católico y a toda la nación española. (2)

(1) Los mexicanos, adaptando a su idioma el nombre de doña Marina, la llaman **Malintzin**, de donde viene el nombre de **Malinche**, con que es conocida por los españoles de México.

(2) Los que dieron tortura a D. Martín Cortés y pusieron preso al Marqués del Valle, su hermano, fueron dos formidables jueces enviados a México por Felipe II. El principal, llamado Muñoz, hizo tales estragos, que movido el rey por las quejas de los mexicanos, lo llamó a la corte y le dió tan severa reprensión, que al día siguiente se le encontró muerto en una silla.

Después de la Conquista se casó doña Marina con un español llamado Juan de Jaramillo. En el largo y penoso viaje que hizo en compañía de Cortés a la provincia de Honduras, en 1524, tuvo ocasión, al pasar por su patria, de ver a su madre y hermano, los cuales se le presentaron cubiertos de lágrimas y de consternación, temerosos de que viéndose en tanta prosperidad, con el apoyo de los españoles, quisiese vengar el agravio que le habían hecho en su niñez; mas ella los acogió con mucha amabilidad, mostrando de este modo que su piedad y grandeza de ánimo no eran inferiores a las otras prendas con que el cielo la había dotado. No me ha parecido justo omitir estos datos acerca de una mujer que fue la primera cristiana del Imperio Mexicano, que hace un papel tan importante en la historia de la Conquista y cuyo nombre es tan célebre entre los mexicanos y los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CHALCHIHUECAN

Asegurada la tranquilidad de los tabasqueños, y conociendo Cortés que no podía sacar mucho oro de aquel país, resolvió continuar su viaje para buscar otro más rico; pero acercándose el domingo de Ramos, quiso dar a los tabasqueños, antes de separarse de ellos, alguna idea de la santidad de la religión cristiana. Celebróse aquel día la santa misa con el mayor aparato que se pudo, se bendijeron los ramos y se hizo una solemne procesión con la música militar, a la que asitieron atónitos y edificados aquellos gentiles, quedando desde entonces en sus corazones la semilla de la gracia, que iba a germinar y fructificar en época más conveniente.

Terminada la función y dada la despedida a los señores de Tabasco, se puso en camino la armada, y dirigiéndose hacia poniente, después de haber costeadado la provincia de Coatzacoalco y atravesando la boca del río Papaloapan, entró en el puerto de San Juan de Ulúa el jueves santo, 21 de abril. Apenas habían echado el ancla, cuando vieron venir de la costa de Chalchihuecan hacia la capitana, dos canoas con muchos mexicanos enviados por el gobernador, para saber qué gente era aquella, qué negocio traían y para ofrecerle todos los auxilios que les fuesen necesarios a la continuación de su viaje: lo que hizo ver la vigilancia de aquel caudillo y la hospitalidad de aquella nación. Admitidos a bordo de la capitana, y presentados a Cortés, con modales

civiles le expusieron su embajada por medio de doña Marina y de Aguilar; pues por no saber éste todavía el mexicano, ni aquélla el español, fue necesario en aquellos primeros tratos emplear tres lenguas y dos intérpretes. Doña Marina exponía a Aguilar en lengua maya lo que los mexicanos decían en la suya, y Aguilar lo explicaba a Cortés en español. Este general acogió cortesmente a los mexicanos y sabiendo cuánto habían gastado el año anterior de las bujerías de Europa, les respondió que sólo había venido a aquellas tierras para comerciar con sus habitantes y para tratar con su rey de asuntos de la mayor importancia; y para más complacerlos les dió a probar el vino de España y les regaló algunas frioleras que creyó les serían agradables. (1)

El primer día de pascua, después que los españoles hubieron puesto pie en tierra y desembarcado sus caballos y artillería; después que con la ayuda de los mexicanos se hubieron construido con ramas algunas barracas en aquella playa arenosa en que está actualmente la ciudad de la nueva Veracruz, llegaron dos gobernadores de aquella costa, llamados Teuhtlile y Cuitlalpitoc, (2) con un gran séquito de criados, y hechas por una y otra parte las ceremonias convenientes de urbanidad y respeto, antes de entablar la conversación quiso Cortés, no menos para empezar

(1) Torquemada dice que prevenido Moteuczoma de la llegada de la nueva expedición, por los centinelas de los montes, despachó inmediatamente a sus embajadores para reverenciar al supuesto dios Quetzalcoatl, los cuales, dirigiéndose con gran celeridad a Chalchiuhcuecan, pasaron inmediatamente a bordo de la capitana, el mismo día en que aparecieron allí los españoles: que Cortés, viendo el error que padecían y queriendo aprovecharse de él, los recibió sentado en un alto trono, que hizo disponer a toda prisa donde se dejó adorar, vestido con el traje sacerdotal de Quetzalcoatl, adornado el cuello con un collar de piedras, y la cabeza con una celada de oro, salpicada con joyas, etc.; pero todo esto es falso. El ejército salió del río de Tabasco el lunes santo y llegó el jueves al puerto de Ulúa. Los montes de Tochtlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la expedición, no distan de la capital menos de 300 millas, ni ésta de Ulúa menos de 220; así que, aunque se hubiese visto la expedición el mismo día en que zarpo de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el jueves a Ulúa. No hay escritor que haga mención de esta circunstancia, antes bien, de la *Relación* de Bernal Díaz, se infiere que todo es invención y que los mexicanos habían ya conocido el error que ocasionó la primera armada.

(2) Bernal Díaz escribe *Tendile* en lugar de *Teuhtlile*, y *Pitalpitoque* en lugar de *Cuitlalpitoc*. Herrera lo llama *Pitalpitoe*; Solís y Robertson, que quisieron enmendarlo, *Pilpatoe*.

bajo buenos auspicios su empresa, que para dar a aquellos idólatras alguna idea de nuestra religión, que se celebrase en su presencia el santo sacrificio de la misa. Cantóse con la mayor solemnidad posible, y ésta fue la primera que se celebró en los dominios mexicanos. (1)

Convidó en seguida a los embajadores a comer en su compañía y en la de sus capitanes, procurando atraerse su benevolencia con grandes obsequios. Díjoles que era súbdito de D. Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder, encareció con las más magníficas expresiones: añadiendo que su soberano, habiendo tenido noticias de aquellas tierras y del señor que en ellas reinaba, lo enviaba a visitarlo en su nombre y a comunicarle verbalmente algunas cosas de suma importancia; por lo que deseaba saber dónde le convendría recibir la embajada. “Apenas, respondió Teuhtlile, habéis llegado a este país, ¡y ya queréis ver a nuestro rey! He escuchado con satisfacción lo que habéis dicho acerca de la grandeza y bondad de vuestro soberano; pero sabed que el nuestro no le cede en una ni en otra calidad, antes bien, me maravillo que pueda haber en el mundo otro que le exceda en poder; pero pues vos lo afirmáis, lo haré saber al rey, de cuya bondad confío, que no sólo oirá con placer las nuevas de tan gran príncipe, sino que honrará a su embajador. Aceptad, entretanto, este regalo que en su nombre os presento” y sacando de un **petlacalli**, o caja hecha de cañas, algunas excelentes alhajas de oro, se las presentó al caudillo español, juntamente con algunas obras curiosas de plumas, diez cargas de trajes finos de algodón y una gran provisión de víveres. (2)

(1) Solís reconviene a Bernal Díaz y a Herrera por haber afirmado, según él creía, que se había celebrado la misa en viernes santo. El autor del Prefacio de la edición de Herrera de 1730, emplea una erudición importuna y fastidiosa para justificar la supuesta celebración de la misa en aquel día; pero con licencia de este escritor y de Solís, diré que no entendieron el texto. Bernal Díaz dice en el capítulo 38, que el viernes santo desembarcaron los caballos y la artillería, e “hicimos, añade, un altar en que muy en breve se dijo misa.” No dice que en aquel mismo día se hizo el altar; antes bien, dice claramente que se hizo en domingo, después de la llegada de Teuhtlile.

(2) Solís y Robertson dicen que Teuhtlile era general, y lo privan del gobierno político de aquella costa. Bernal Díaz, Gomara y otros autores antiguos, dicen que era gobernador de Cuetlachtlan. Los dos primeros aña-

Aceptó Cortés el regalo, con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con otro de objetos de poco valor; pero muy apreciados por aquellos naturales, o por ser para ellos enteramente nuevos, o por su aparente brillo. Había traído consigo Teuhtlile varios pintores, a fin de que dividiéndose entre sí los diferentes objetos de que se componía la expedición, pudiesen en breve representarla en su totalidad, y ofrecer al rey la imagen de lo que iba a referirle verbalmente. Conocido por Cortés su intento, mandó, para dar a los pintores un asunto capaz de hacer mayor impresión en el ánimo del rey, que su caballería corriese por la playa, haciendo algunas evoluciones militares y que se disparase a un mismo tiempo toda la artillería; lo que fue observado, con el asombro que puede imaginarse el lector, por los dos gobernadores y por su numerosa comitiva, que, según Gomara, no bajaba de cuatro mil hombres. Entre las armas de los españoles, observó Teuhtlile una celada dorada, la cual, por ser muy semejante a otra que tenía uno de los principales ídolos de México, pidióla a Cortés, a fin de hacerla ver a Moteuczoma. Cortés la concedió, con la obligación de devolvérsela llena de oro en polvo, bajo el pretexto de ver si el oro que se sacaba de las minas de México era igual al de su patria. (1)

Terminadas las pinturas, se despidió cariñosamente Teuhtlile de Cortés, ofreciéndose a volver dentro de pocos días con la respuesta de su soberano; y dejando en su lugar a Cuítlalpitoc, para que proveyese a los españoles de cuanto podrían necesitar, pasó a Cuetlachtlan, lugar de su residencia ordinaria, de donde llevó en persona a la corte la embajada, las pinturas y el regalo, como afirman Bernal Díaz y Torquemada, o bien, como dice Solís, envió todo por las postas, que estaban siempre dispuestas a marchar en los caminos principales.

den que Teuhtlile se opuso desde luego al viaje de Cortés a la capital; pero consta por mejores autoridades, que no manifestó esta oposición hasta haber tenido orden positiva del rey.

(1) Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretexto de cierto mal de corazón que padecían él y sus compañeros y que sólo se curaba con aquel precioso metal; mas esto poco importa a la verdad histórica.

INQUIETUD DE MOTEUCZOMA; SU PRIMERA EMBAJADA
Y REGALO A CORTES

Fácil es de imaginarse la gran inquietud y perplejidad en que pondrían a Moteuczoma aquellas noticias, y los pormenores que supo acerca del carácter de aquellos extranjeros, del ímpetu de sus caballos y de la violencia destructora de sus armas. Como dado a la superstición, mandó consultar inmediatamente a sus dioses sobre la pretensión de los extranjeros, y la respuesta fue, según dicen, que no los admitiese jamás en su capital. Proviniese este oráculo del demonio, como algunos autores creen, el cual procuraba cerrar la entrada al Evangelio, o de los sacerdotes, como yo pienso, por su interés propio, y por el de toda la nación, lo cierto es que Moteuczoma se decidió desde entonces a no recibir a los españoles; mas para proceder con acierto, y de un modo conforme a su carácter, les mandó una embajada con un regalo ciertamente digno de su regia magnificencia. El embajador fue un gran personaje de su corte, muy semejante, tanto en la estatura como en las facciones, al general español, según lo asegura un testigo ocular. (1) Apenas habían pasado siete días de la despedida de Teuhtlile, cuando volvió acompañado de este sujeto y de más de cien hombres de carga que traían el regalo. (2) Cuando se halló el embajador en presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo y después la llevó a la boca, según el uso de aquellas gentes; incensó al general (3) y a los otros

(1) Bernal Díaz del Castillo.

(2) Bernal Díaz llama a este embajador **Quintalbor**; mas este nombre no es, ni pudo ser mexicano. Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entonces habían tratado con Cortés, fueron los encargados de la respuesta del rey, sin hacer mención del embajador; pero tanto Bernal Díaz del Castillo, como otros historiadores españoles, afirman lo que refiero. Solís, en vista del corto intervalo de siete días y de la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiso creer que fuese entonces un embajador a ver a Cortés; pero habiendo dicho poco antes que las postas mexicanas eran más diligentes que las de Europa, no es de extrañar que llevasen en poco más de un día la noticia de la llegada de los españoles, y que en cuatro o cinco días hiciese el viaje el embajador en litera y a hombros de los mismos correos, como muchas veces se hacía. Pues el hecho no es inverosímil, debemos creer a Bernal Díaz, testigo ocular y sincero.

(3) Este acto de incensar a los españoles, aunque no fuese más que un

oficiales que estaban a su lado, lo saludó respetuosamente, y sentándose en un asiento que le presentó Cortés, pronunció su arenga, que se redujo a felicitarlo por su llegada, en nombre del rey; a manifestar el placer que su majestad había tenido al saber que habían llegado a sus dominios hombres tan valientes y al oír las noticias que le traían de tan gran monarca, mostrándole al mismo tiempo su agradecimiento por el regalo que le había hecho, y que en prueba de su aprecio le enviaba otro. Dicho esto, mandó extender por el suelo unas esteras finas de palma y telas de algodón, sobre las cuales se colocó en buen orden y simetría todo el presente. Este consistía en muchos objetos de oro y plata, aún más preciosos por su maravilloso artificio, que por el valor de su materia, entre los cuales había algunos con piedras preciosas, y otros representaban figuras de leones, tigres, monos y otros animales; en treinta cargas de telas finísimas de algodón de varios colores y en parte tejidas de hermosas plumas; en muchos excelentes trabajos de plumas con adornos de oro, y en la celada llena de este metal en polvo, como lo había pedido Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos; pero lo más admirable de todo eran dos grandes láminas, hechas en figuras de ruedas, una de oro y otra de plata. La de oro representaba el siglo mexicano y en medio tenía la imagen del sol y en rededor otras de bajo relieve. Su circunferencia era de treinta palmos toledanos y su valor de diez mil pesos. (1) La de plata, en que estaba figurado el año mexicano, era aun de mayores dimensiones, y tenía en medio la imagen de la luna y otras al rededor, también de bajo relieve. Los españoles quedaron no menos maravillados que contentos al ver tanta riqueza. “Este regalo, añadió el embajador hablando con Cortés, es el que mi soberano envía para vos y para vuestros compañeros, pues para vuestro rey os dirigirá en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entretanto podréis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas pla-

obsequio puramente civil y el nombre de *teteuctin* (señores), con que los llamaban, y que es algo semejante al de *teteo* (Dios), les hicieron creer que los mexicanos los creían seres superiores a la humanidad.

(1) Varían considerablemente los autores acerca del valor de estas alhajas; pero yo doy mayor crédito a Bernal Díaz, que lo sabía bien, como que debió tener parte en el regalo.

yas, para reposaros de las fatigas de vuestro viaje y para proveeros de cuanto necesitéis antes de regresar a vuestra patria. Si alguna otra cosa queréis de esta tierra, para vuestro monarca, pronto os será franqueada; pero por lo que respecta a vuestra solicitud de pesar a la corte, estoy encargado de disuadiros de tan difícil y peligroso viaje, pues sería necesario caminar por ásperos desiertos y por países de enemigos.” Cortés recibió el presente con las mayores expresiones de gratitud a la real munificencia, correspondió a ella como pudo; pero lejos de desistir de su pretensión, suplicó al embajador que hiciese ver al rey los males y peligros que había padecido en tan larga navegación y el disgusto que tendría su soberano al ver frustradas sus esperanzas; que por lo demás, los españoles eran de tal condición, que ni las fatigas, ni los peligros eran capaces de apartarlos de sus empresas. El embajador prometió decir al rey lo que Cortés le encargaba y se despidió urbanamente con Teuhtlile, quedando Cuiclalpitoc con gran número de mexicanos, en un caserío que había formado de cabañas, poco distante del campo de los españoles.

Bien conocía Cortés, en medio de tanta prosperidad, que no podía subsistir largo tiempo en aquel sitio; pues además de la incomodidad del calor, y de la importunidad de los mosquitos, que abundan en demasía en toda aquella playa, temía que ocasionase algún daño a sus naves la violencia del norte, a que está muy expuesto aquel puerto, por lo que despachó dos buques, al mando del capitán Montejo, a fin de que costearo hacia Pánuco, buscara un puerto más seguro. Volvió aquella expedición al cabo de pocos días, con la noticia de haber hallado, a treinta y seis millas de Ulúa, un puerto próximo a una ciudad edificada en una posición fuerte.

REGALO DE MOTEUCZOMA PARA EL REY CATOLICO

Entretanto volvió Teuhtlile al campo de los españoles, y llamando aparte a Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Moteuczoma había agradecido los regalos que le había enviado: que el que aquel soberano le remitía entonces, era para el gran rey de España; que le deseaba muchas felicidades, pero que no le enviase nuevos mensajes, ni se tratase más del viaje a la capi-

tal. El presente para el Rey Católico se componía de muchas alhajas de oro, que importaban mil y quinientos pesos; de diez cargas de trabajos curiosísimos de pluma y de cuatro joyas tan estimadas por los mexicanos, que según afirmó el mismo Teuhtlile, cada una de ellas valía cuatro cargas de oro. Pensaba aquel mal aconsejado rey que con su liberalidad obligaría a los españoles a dejar aquellos países, sin echar de ver que el amor del oro es un fuego que tanto más se inflama, cuanto más abundante es el alimento que se le echa. Mucho sintió Cortés la repulsa de Moteuczoma; pero no desistió de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza excitaba más y más la natural constancia de su ánimo.

Observó Teuhtlile, antes de despedirse, que los españoles al oír los toques de la campana del Ave María, se arrodillaban delante de una cruz y lleno de admiración preguntó por qué adoraban aquel leño. De allí tomó ocasión el P. Olmedo para declararle los principales artículos de la fe cristiana y para echarle en cara el culto abominable de sus ídolos y la inhumanidad de sus sacrificios; mas este discurso era de un todo inútil, pues aun no había llegado para aquellos pueblos el tiempo de la santificación.

Al día siguiente se hallaron los españoles tan abandonados por los mexicanos, que ni uno solo se dejaba ver en toda aquella playa: efecto de la orden dada por el rey, de retirar del campo de aquellos extranjeros la gente destinada a su servicio y las provisiones, si persistían en su temeraria resolución. Esta inesperada novedad ocasionó gran consternación entre los españoles, porque a cada momento temían que se desplomase sobre su miserable campamento todo el poder de aquel vasto Imperio; por lo que Cortés mandó asegurar los víveres en los barcos y poner la tropa sobre las armas. No hay duda que tanto en ésta, como en otras muchas ocasiones, que aparecerán en el curso de esta Historia, pudo fácilmente Moteuczoma desbaratar aquellos pocos extranjeros, que después debían hacerle tanto daño; pero Dios los conservaba a fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la superstición, la crueldad y otros delitos con que aquellas naciones habían provocado su ira. No trato de justificar el intento ni la conducta de los conquistadores; pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la Conquista, y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando la ruina de aquel Imperio y se valía

de los mismos desaciertos de los hombres para los altos designios de su Providencia.

EMBAJADA DEL SEÑOR DE CEMPOALA Y SUS CONSECUENCIAS

En este mismo día, de tanta consternación para los españoles, tuvieron sin embargo un testimonio de la protección divina. Dos soldados que hacían la guardia fuera del campo, vieron venir hacia ellos cinco hombres, algo diferentes de los mexicanos en sus trajes y adornos, los cuales, conducidos a presencia del general español, dijeron en mexicano, (por no haber allí quien entendiase su idioma), que eran de la nación totonaca y enviados por el señor de Cempoala, ciudad distante veinticuatro millas de aquel punto, para saludar a aquellos extranjeros y para rogarles pasasen a aquel pueblo, donde serían bien recibidos; añadiendo que no habían venido antes, por miedo de los mexicanos. Era el señor de Cempoala uno de aquellos feudatarios que vivían impacientes del yugo de Moteuczoma. Informado de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco y de su llegada al puerto en que entonces residían, le pareció aquella una ocasión favorable de recobrar su independencia, con el auxilio de tan animosos guerreros. Cortés, que nada deseaba tanto como una alianza de aquella especie para aumentar sus fuerzas, después de haber tomado menudos informes acerca del estado y de la condición de los totonacas y de los daños que sufrían por la prepotencia de los mexicanos, respondió dando gracias al cempoalteca por su cortesía y prometiéndole hacerle una visita sin tardanza.

En efecto, inmediatamente publicó su salida para Cempoala; mas antes le fue preciso vencer los obstáculos que halló en sus mismas tropas. Algunos parciales del gobernador de Cuba, cansados de las incomodidades que habían sufrido, atemorizados por los peligros que presagiaban y deseosos del descanso y de las holguras de sus casas, rogaron enérgicamente al general que volviese a Cuba, exagerando la escasez de víveres, la temeridad de tamaña empresa, como era la de oponer tan pequeño número de soldados a todas las fuerzas del rey de México, especialmente después de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Tabasco, parte por el aire insalubre de la playa. Cortés, ya con dones, ya con promesas, ya con un poco de rigor oportuna-

mente aplicado, y con otros medios inventados por su raro ingenio, manejó tan bien los ánimos, que no sólo aquietó a los descontentos, sino que logró que se decidiesen gustosos a permanecer en aquel delicioso país: y adelantándose además en su negociaciones, obtuvo que el ejército, en nombre del rey, y con entera independencia del gobernador de Cuba, lo confirmase en el mando supremo, tanto político como militar, y que para los gastos que había hecho y que después hiciese en la expedición, se le adjudicase desde entonces en adelante, el quinto del oro que se adquiriese, sacada antes la parte que al rey pertenecía. Después creó las magistraturas y los otros cargos públicos necesarios para una colonia que intentaba establecer en quellas costas.

Habiendo superado estos obstáculos y tomado las medidas convenientes para la ejecución de sus vastos designios, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era tan sólo buscar aliados y proporcionar a su gente algún alivio a los males que habían sufrido, sino también escoger un buen sitio para la fundación de la colonia, por estar Cempoala en el camino de Quiahuitztlá, (1) en cuyo distrito estaba el puerto descubierta por el capitán Montejo. El ejército, con una parte de la artillería, marchó en buen orden hacia Cempoala y apercebido a la defensa, en caso de ser atacado por los totonacas, de cuya buena fe no estaban seguros, o por los mexicanos, a quienes suponían ofendidos por su resolución: disposiciones que ningún buen general juzgará inútiles, y que nunca descuidó Cortés, ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad; pues siempre son útiles para mantener la disciplina militar, y casi siempre necesarias a la seguridad propia. Los buques se dirigieron por la costa al puerto de Quiahuitztlá.

Tres millas antes de llegar a Cempoala, salieron de aquella ciudad al encuentro de Cortés veinte sujetos de distinción, le presentaron un refresco de piñas y de otras frutas del país, lo saludaron a nombre de su señor, y lo excusaron de no haber venido en persona, por impedírselo sus dolencias. Entraron en la ciudad en orden de batalla, temiendo alguna traición de los habitantes. Un soldado de caballería que se adelantó hasta la plaza mayor, habiendo visto un bastión del palacio, que por estar recién blan-

(1) Solís y Robertson dan a este puerto el nombre de Quiabislan, que ni es, ni puede ser mexicano.

queado y bruñido, resplandecía a los rayos del sol, creyó que aquel edificio era de plata, y volvió a toda brida a dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son demasiado frecuentes en aquellos que tienen la mente ofuscada por la pasión. Marcharon los españoles por las calles no menos alegres que maravillados al ver aquella ciudad, la mayor que hasta entonces habían visto en el Nuevo Mundo; con tanto número de gente y tan hermosos huertos y jardines. Algunos, por su tamaño, la llamaron Sevilla, y otros, por su amenidad, Villaviciosa. (1)

Cuando llegaron al templo mayor, salió a recibirlos a la puerta del atrio, el señor de aquel estado, que aunque casi incapaz de movimiento, a causa de su desmesurada gordura, era hombre hábil y de buen ingenio. Después de haber saludado e incensado a Cortés, según el uso del país, pidió venia para retirarse, prometiendo volver cuando todos hubiesen descansado de las fatigas del viaje. Alojó a toda la tropa en unos grandes y hermosos edificios que había en lo interior del templo, que quizás serían la residencia habitual de los sacerdotes, o estarían destinados para albergue de los forasteros, como los había en el recinto del templo mayor de México. Allí fueron bien tratados y provistos de cuanto necesitaban, a expensas de aquel caudillo, el cual volvió a verlos después de comer, en una silla portátil, o litera, y acompañado de muchos nobles. En la conferencia secreta que tuvo con Cortés, ponderó este general, por medio de sus intérpretes, la grandeza y poder de su soberano, que lo había enviado a aquellos países, encargándole muchas comisiones importantes, y entre ellas la de dar auxilio a la inocencia oprimida. “Por tanto, añadió, si puedo serviros en algo con mi persona, o con mis tropas, decídmelo y lo haré de buena voluntad.” Al oír el cempoalteca esta oferta, introducida con mucha destreza en la conversación, lanzó un profundo suspiro, al que siguió una lamentación amarga sobre las desventuras de su pueblo. Dijo que habiendo sido libres los totonacas desde tiempo inmemorial,

(1) No puede dudarse de la antigua grandeza de Cempoala, si se atiende al testimonio de los que la vieron y a la extensión de sus ruinas; mas no debe hacerse caso del cómputo de Torquemada, que unas veces le da 25,000 habitantes, otras 50,000, y hasta 150,000 en el índice del primer tomo. A Cempoala sucedió lo mismo que a otras ciudades del Nuevo Mundo, a saber: que con las enfermedades y los otros desastres del siglo XVI fue disminuyéndose hasta despoblarse de un todo.

y regidos por señores de su propia nación, hacía pocos años que se hallaban oprimidos por el yugo de los mexicanos; que éstos por el contrario, de humildes principios se habían alzado a tanta grandeza, por su estrecha y constante alianza con los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, que se habían hecho señores de toda aquella tierra; que su poder era desmesurado y su tiranía igual a su poder; que el rey de México se apoderaba del oro de sus súbditos, y los recaudadores de los tributos requerían sus hijas para violarlas, y sus hijos para sacrificarlos, además de otras inauditas vejaciones. Cortés mostró compadecerse de sus desgracias, y se ofreció a darle auxilios, dejando para otra ocasión el tratar sobre el modo de verificarlo, porque por entonces le urgía pasar a Quiahuitztla, para informarse del estado de sus buques. En esta visita le hizo el cempoalteca un regalo de alhajas de oro que importó, según dicen algunos autores, cerca de mil pesos.

Al día siguiente se presentaron a Cortés cuatrocientos hombres de carga, que le enviaba aquel señor para transportar su bagaje; y entonces supo por doña Marina el uso de aquellas naciones de suministrar espontáneamente y sin interés, aquel modo de conducción, a las personas de consideración que transitaban por sus pueblos.

PRISION DE CINCO MINISTROS

De Cempoala pasaron los españoles a Quiahuitztla, pequeña ciudad colocada sobre un monte áspero y peñascoso, a poco más de doce millas de Cempoala, hacia el norte, y a tres del nuevo puerto. Allí tuvo Cortés otra conferencia con el señor de aquel estado, y con el de Cempoala, que con este objeto se hizo llevar a aquel punto. En tanto que discurrían sobre los negocios de la independencia, llegaron con gran séquito cinco nobles mexicanos, recaudadores de los tributos regios, mostrándose extraordinariamente coléricos contra los totonacas por haber osado admitir aquellos extranjeros, sin aguardar el beneplácito del monarca, y exigiendo víctimas humanas para sacrificarlas a los dioses en expiación de tanto delito. Turbóse toda la ciudad con aquella nueva, y especialmente los dos señores que se reconocían más culpables. Cortés, informado por doña Marina de la causa de su consternación, imaginó un modo extraordinario de salir de aquel

aprieto. Sugirió, pues, a los dos señores el atrevido consejo de apoderarse de los recaudadores y ponerlos en la cárcel; y aunque al principio se negaron a hacerlo, pareciéndoles un atentado tan temerario como peligroso, cedieron finalmente a sus instancias. Fueron pues encarcelados en las jaulas aquellos cinco personajes que habían entrado tan orgullosos en la ciudad y con tanto desprecio de los españoles, que ni siquiera se dignaron mirarlos cuando pasaron por delante de ellos.

Apenas dieron aquel primer paso los totonacas, cuando reanimando su valor, se adelantaron hasta el exceso de querer sacrificar aquella misma noche a los mexicanos; pero los disuadió Cortés, el cual habiéndose conciliado con aquella medida el amor y el respeto de los totonacas, quiso captarse el agradecimiento de los mexicanos con la libertad de sus compatriotas. Esta conducta artificiosa y doble, daba sin duda muestras de su gran ingenio; mas sólo podrán alabarla aquellos cortesanos, cuya política se reduce al arte de engañar a los hombres y que no haciendo caso de lo justo, sólo buscan lo útil en sus operaciones. Cortés, pues, dió orden a sus guardias de sacar por la noche de las jaulas a dos de los mexicanos y de conducirlos cautelosamente a su presencia, sin que lo echasen de ver los totonacas. Así se ejecutó, y los mexicanos quedaron tan reconocidos al general español, que le hicieron mil demostraciones de gratitud y le aconsejaron que no se fiase de sus bárbaros y pérfidos huéspedes. Cortés les encargó que manifestasen a su soberano cuanto lo había afligido el atentado cometido por aquellos montañeses contra sus ministros, asegurándole al mismo tiempo, que pondría a los otros tres en libertad, como con ellos había hecho. Ellos marcharon inmediatamente para su capital, conducidos por los españoles en una barca, hasta más allá de los límites de aquella provincia, y Cortés al día siguiente se mostró muy encolerizado contra sus guardias, por el descuido que habían tenido de dejar escapar a aquellos prisioneros. Añadió, que para que no sucediese lo mismo con los otros, quería ponerlos en prisión más estrecha; y para hacerlo creer así, los mandó conducir encadenados a sus buques: de ahí a poco los puso en libertad, como a los dos primeros.

CONFEDERACION DE LOS TOTONACAS CON LOS ESPAÑOLES

Hizo inmediatamente correr la voz por todas aquellas montañas, de que los habitantes eran libres del tributo que pagaban al rey de México, y que si llegaban otros recaudadores, se lo hiciesen saber, para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nación la dulce esperanza de la libertad y empezaron a venir a Quiahuitztla otros muchos señores, no menos para dar gracias a su pretendido libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su independencia. Algunos, que aún no habían arrojado de sus ánimos el miedo de los mexicanos, eran de dictamen que se pidiese perdón al rey, por el atentado cometido con sus ministros; mas prevaleció, por sugestión de Cortés y de los señores de Cempoala y Quiahuitztla, la opinión opuesta, de substraerse al tiránico dominio de Moteuczoma con el auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose a poner un ejército formidable bajo las órdenes del general español.

Cortés, después de haberse asegurado suficientemente de la sinceridad de los totonacas e informándose de sus fuerzas, se valió de aquel momento favorable para inducir aquella numerosa nación a prestar obediencia al Rey Católico. Celebróse este acto con intervención del notario del ejército y con todas las otras formalidades legales.

FUNDACION DE VERACRUZ

Concluído felizmente aquel gran negocio, se despidió Cortés de aquellos señores para ir a poner en ejecución un proyecto de suma importancia, que había formado poco antes, y era el de fundar en aquella costa, una colonia fuerte, que pudiera servir a los españoles de refugio en sus desgracias, de punto de apoyo para mantener a los totonacas en la fidelidad jurada, de escala para las nuevas tropas que viniesen de España o de las islas Antillas, y de almacén y depósito de los efectos que les enviasen los naturales de aquellos países, o que pudieran recibir de Europa. Fundóse en efecto la colonia en el país mismo de los totonacas, en una llanura situada al pie del monte Quiahuitztla, a doce millas al norte de Cempoala, y cerca del nuevo puerto. (1)

(1) Casi todos los historiadores se engañan acerca de la fundación de Veracruz, pues cuando dicen que la primera colonia de los españoles fue

Llamáronla Villa Rica de la Veracruz, por las muestras de riqueza que habían visto y por haber desembarcado en viernes santo, y aquella fue la primera colonia de los españoles en el Continente de la América Septentrional. Cortés fue el primero que echó mano a la obra para estimular a los otros con su ejemplo, y con el auxilio de los totonacas se construyó en breve un número suficiente de casas y una pequeña fortaleza capaz de hacer alguna resistencia a los mexicanos.

NUEVA EMBAJADA Y REGALO DE MOTEUCZOMA

Entretanto habían llegado a México aquellos dos recaudadores que Cortés puso en libertad y dado noticia a Moteuczoma de todo lo que había ocurrido, elogiando altamente al general español. Moteuczoma, que ya estaba decidido a enviar un ejército para castigar la insolente temeridad de los extranjeros y arrojarlos de sus dominios, se detuvo con aquella noticia y agradecido a los servicios que aquel general había hecho a sus ministros, le envió dos príncipes sobrinos suyos (hijos quizás de su hermano Cuitlahuatzin), acompañados de muchos nobles y servidumbre y con un regalo de alhajas de oro que importaban más de dos mil pesos. Dieron gracias a Cortés en nombre del rey y juntamente se le quejaron de haber hecho amistad con los rebeldes totonacas, porque esta nación había tenido la insolencia de negar el tributo que debía a su soberano. Añadieron, que sólo por respeto a tales huéspedes, no había venido ya un ejército a castigar la rebelión de aquellos pueblos; pero que al fin no quedarían impunes. Cortés, después de haber significado con las expresiones más convenientes su gratitud, procuró defenderse de la acusación sobre la amistad de los totonacas, alegando la necesidad en que se había visto de buscar víveres para sus tropas, a causa de haber sido abandonado por los mexicanos.

la Antigua, fundada sobre el río del mismo nombre, creen que no ha habido más que dos ciudades con el nombre de **Veracruz**, esto es, la antigua y la moderna edificada en el mismo arenal en que desembarcó Cortés; pero no hay duda en que ha habido tres con el mismo nombre: la primera, fundada en 1519 cerca del puerto de Quiahuitztla, que conservó después el nombre de Villa Rica; la segunda, la antigua Veracruz, fundada en 1523 o 1524; y la tercera, la nueva Veracruz, que hoy conserva este segundo nombre y fue fundada por orden del conde de Monterrey, virrey de México, a fines del siglo XVI y recibió de Felipe III el título de ciudad en 1615.

Dijo además, que por lo que respectaba al tributo, no era posible que aquella nación sirviese juntamente a dos señores: que él esperaba pasar en breve a la corte para satisfacer más completamente al rey y hacerle ver la sinceridad de su conducta. Los dos príncipes, después de haber visto con gran placer y admiración el ejercicio militar de la caballería española, regresaron a la Capital.

DESTRUCCION DE LOS IDOLOS DE CEMPOALA

El señor de Cempoala, a quien había desagradado mucho la última embajada de los mexicanos, para estrechar más y más su alianza con los españoles, presentó a Cortés ocho doncellas bien vestidas, a fin de que se casasen con los capitanes, y entre ellas había una sobrina suya que destinaba al mismo general. Cortés, que había hablado muchas veces con él sobre la religión, le respondió que no podía aceptarlas, si antes no renunciaban la idolatría y abrazaban el cristianismo; y de aquí tomó ocasión para explicarle de nuevo las puras y santas verdades de nuestra religión y declamó con la mayor energía contra el culto de aquellos falsos númenes, especialmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A tan fervorosa exhortación, respondió el cempoalteca, que aunque apreciaba altamente su amistad, no podía complacerlo en abandonar el culto de sus dioses, de cuyas manos recibían aquellos pueblos la salud, la abundancia y todos los bienes que poseían, y de cuya cólera, provocada por su ingratitud, debían temer los más severos castigos. Inflamóse más con esta respuesta el celo de Cortés y volviéndose a sus soldados, les dijo: "Vamos, españoles, ¿qué aguardamos? ¿Cómo podemos sufrir que éstos, que se jactan de ser nuestros amigos, den a las estatuas e imágenes abominables del demonio, el culto que se debe a nuestro único y verdadero Dios? ¿Cómo permitimos que diariamente y a nuestra vista les sacrifiquen víctimas humanas? Animo, soldados: ahora es ocasión de manifestar que somos españoles y que hemos heredado de nuestros abuelos el celo ardiente en favor de nuestra religión. Destrocemos sus ídolos y quitemos de la vista de estos infieles ese perverso fomento de su superstición. Si así lo conseguimos, haremos un gran servicio a Dios; si morimos en la empresa, El nos recompensará con la gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestras vidas."

El cempoalteca, que en el semblante de Cortés y en los movimientos de los soldados descubría claramente su intento, hizo señal a su gente que se aperciese a la defensa de sus dioses. Empezaban ya los españoles a subir las escaleras del templo, cuando los cempoaltecas, atónitos e indignados, gritaron que se guardasen de cometer aquella tropelía, si no querían que se desplomase sobre ellos toda la cólera de los númenes. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces los había amonestado que dejasen aquella infame superstición; que pues no habían querido tomar un consejo tan provechoso, tampoco quería él conservar por más tiempo su amistad; que si los mismos totonacas no se decidían a quitar de en medio aquellos abominables simulacros, él con su gente los haría pedazos, y por último, que se guardasen de cometer la menor hostilidad contra los españoles, porque inmediatamente los atacarían ellos con tanto furor, que ni uno solo dejarían con vida. A estas amenazas añadió doña Marina otra más eficaz, a saber: que si querían oponerse al intento de aquellos extranjeros, en vez de aliarse con los totonacas contra los mexicanos, se unirían con los mexicanos contra los totonacas y en este caso sería inevitable su ruina. Esta razón entibió el primer ardor del celo del cempoalteca y siendo más poderoso en su ánimo el miedo de los mexicanos, que el de sus dioses, dijo a Cortés que hiciese lo que le agradase, pues él no tenía bastante valor para poner sacrílegamente las manos en los simulacros de sus divinidades. Apenas tuvieron el permiso los españoles, cuando cincuenta soldados, subiendo apresuradamente a la parte superior del templo, arrebataron los ídolos de los altares y los arrojaron por las escaleras. Los totonacas, entretanto, llorando a lágrima viva y cubriéndose los ojos por no ver aquella profanación, rogaban con voz doliente a sus dioses que no castigasen en la nación la temeridad de aquellos extranjeros; pues ellos no podían impedirla, sin ser sacrificados al furor de los mexicanos. Sin embargo, algunos, o menos cobardes, o más celosos del honor de sus númenes, se disponían a tomar venganza de los españoles, y hubieran venido a las manos, si éstos no se hubieran apoderado del señor cempoalteca y de cinco de los principales sacerdotes, y si amenazándolos con la muerte, no los hubieran obligado a comprimir el ímpetu de sus compatriotas.

Después de una acción tan osada, en la que no tuvo parte la prudencia, mandó Cortés a los sacerdotes que quitasen de su vista y arrojasen al fuego los fragmentos de los ídolos. Fue prontamente obedecido, y lleno entonces de júbilo, como si al aniquilar los ídolos hubiera destruído la idolatría y extirpado en aquellos pueblos la superstición, dijo al señor de Cempoala que aceptaba de buena voluntad las ocho doncellas que le ofrecía; que de entonces en adelante miraría a los totonacas como sus amigos y hermanos y que en todas sus necesidades los ayudaría contra sus enemigos; que pues ya no debían ser adoradas aquellas detestables imágenes del demonio, quería colocar en el mismo templo la de la Madre del verdadero Dios, a fin de que la reverenciasen e implorasen su protección. Entró en seguida en un largo razonamiento sobre la santidad de la religión cristiana; y cuando lo hubo concluído, mandó a los albañiles cempoaltecas quitasen de las paredes del templo aquellas horrorosas manchas de sangre humana que se conservaban como trofeo de su inhumano culto, y que las puliesen y blanqueasen. Después mandó construir un altar al uso de los cristianos y colocó sobre él la imagen de María Santísima. Cometió al cuidado de cuatro sacerdotes cempoaltecas, el nuevo santuario, encargándoles que estuviesen siempre aseados y vestidos de blanco, en lugar del triste ropaje negro de que usaban, por causa de su ministerio. A fin de que nunca faltasen luces delante de aquella sagrada imagen, les enseñó el uso de la cera que las abejas trabajaban en sus montañas y para que en el tiempo de su ausencia no fuesen repuestos los ídolos, ni profanado de ningún modo el santuario, dejó en él a uno de sus soldados, llamado Juan Torres, que por su avanzada edad era poco útil en la guerra, y que hizo a Dios el sacrificio de permanecer entre aquellos infieles, para promover su culto. Las ocho doncellas, después de haber sido suficientemente instruídas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de doña Catalina, la sobrina del señor de Cempoala, y el de doña Francisca, la hija de Cuexco, uno de los principales señores de aquella nación.

De Cempoala volvió Cortés a la nueva colonia de Veracruz, donde tuvo el consuelo de reforzar su pequeño ejército con dos capitanes y diez soldados que llegaron de Cuba, a los que se agregaron, de ahí a poco, otros seis hombres, que fueron tomados por engaño, de un buque de la Jamaica.

CARTAS DE CORTES Y DEL EJERCITO AL REY CATOLICO

Antes de emprender el viaje a México, quiso Cortés dar cuenta a su soberano de todo lo que hasta entonces le había ocurrido; y a fin de que sus noticias fueran mejor recibidas, envió todo el oro que se había reunido, cediendo su parte, por sugestión del mismo general, cada uno de los oficiales y soldados de la expedición. Cortés en aquella carta prevenía al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba. Otras dos se le escribieron, una firmada por los magistrados de la nueva colonia y otra por los principales oficiales de las tropas, y en ellas le rogaban que aprobase cuanto habían hecho y que confirmase los cargos de capitán general y de primer juez, conferidos por los votos de toda la armada a Cortés, a quien recomendaban con los más magníficos elogios. Estas cartas, juntamente con el regalo de oro, fueron enviadas a España con los dos capitanes Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo, que se hicieron a la vela el 16 de julio de 1519.

ACCION FAMOSA DE CORTES

Apenas habían salido aquellos procuradores, cuando Cortés, que siempre tenía ocupada la mente en altos designios, llevó a cabo una empresa, que por sí sola bastaría a dar a conocer su magnanimidad y a inmortalizar su nombre. Para quitar a sus soldados toda esperanza de volver a Cuba y para reforzar su ejército con los marineros de la escuadra, después de haber castigado con el último suplicio a dos de sus soldados que maquinaban traición y fuga en uno de los buques, y con otras menores penas corporales a tres de sus cómplices, indujo a fuerza de razones y ruegos a dos de sus confidentes y a uno de los pilotos de quien más se fiaba, a barrenar en secreto uno o dos de los buques y a persuadir a todos que se habían perdido por estar agujereados por la broma, manifestándole a él, de un modo público, que los otros no podían servir por la misma causa; lo que no debía parecer extraño, habiendo estado parados tres meses en el puerto. Valióse de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallándose reducida a la necesidad de vencer o morir. Todo se hizo como lo había dispuesto, y con el consentimiento de todo el ejército, después de haber sacado de los bajeles las

velas, las cuerdas, la clavazón y todo cuanto podía ser de alguna utilidad. "Así fue, dice Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene ejemplo en la historia, quinientos hombres convinieron voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de naciones poderosas y desconocidas, cerrados todos los caminos a la fuga, y sin otro recurso que su valor y su perseverancia." Yo no dudo que la atrevida empresa que Cortés meditaba hubiera sido del todo imposible, a no haber tomado aquella resolución; pues los soldados, a vista de los grandes obstáculos que a cada paso encontraban, hubieran esquivado el peligro con la fuga, y el mismo general se hubiera visto obligado a seguirlos.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES AL PAÍS DE LOS TLAXCALTECAS

Libre de estas inquietudes, ratificada la alianza con los totonacas y dadas las órdenes convenientes para el adelanto y la seguridad de la nueva colonia, pensó Cortés en hacer su viaje a México. Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando del capitán Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales del ejército; encargó a los cempoaltecas que ayudasen a los españoles a concluir la fortaleza, y que les suministrasen los víveres necesarios, y se puso en camino el 16 de agosto, con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos **tlamama**, u hombres de carga, para el transporte de los bagajes y de la artillería y con algunas tropas totonacas, entre las cuales iban cuarenta nobles, que Cortés tomó consigo, o como auxiliares para la guerra, o como rehenes de aquella nación. Los tres principales se llamaban, según algunos autores, **Teuch**, **Mamexi** y **Tamalli**.

Encaminóse por Talapan y Texotla; y después de haber atravesado con suma fatiga algunas montañas desiertas, donde el aire era en extremo rígido, llegó a Xocotla, (1) ciudad considerable, y con buenos edificios, entre los cuales se alzaban trece templos y el palacio del señor, construído de cal y canto, compuesto de un gran número de buenas salas y cámaras, y que era la fábrica más completa que los españoles habían visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Tenía el rey de México en aquel

(1) Bernal Díaz y Solís llaman a esta ciudad **Zocotlan**; lo que puede inducir a error a los lectores, pues sería fácil confundirla con la de **Zacatlan**, situada a distancia de treinta millas de Tlaxcala, hacia el norte.

pueblo y en los caseríos que de él dependían, veinte mil vasallos y cinco mil mexicanos de guarnición. Olintetl (que así se llamaba el señor de Xocotla), salió a recibir a los españoles y los alojó cómodamente en la ciudad; pero en el suministro de víveres se mostró al principio algún tanto escaso, hasta que por los informes de los totonacas adquirió una idea más ventajosa de su valor, de la fuerza de sus armas y de sus caballos. En la conferencia que tuvo con el general español, uno y otro ponderaron a porfía la grandeza y el poder de sus respectivos soberanos. Cortés exigía inconsideradamente que aquel señor prestase obediencia al Rey Católico y diese alguna cantidad de oro en reconocimiento de su vasallaje. “Tengo mucho oro, respondió Olintetl; pero no quiero darlo sin consentimiento expreso de mi rey.” “Yo haré dentro de poco, respondió Cortés, que os mande darme el oro y todo cuanto poseéis.” “Si así lo manda, repuso Olintetl, no sólo os daré el oro y todo cuanto poseo, sino también mi persona.” Pero lo que no pudo obtener Cortés de aquel señor con sus amenazas, lo consiguió de la liberalidad de dos personajes de aquel valle, que fueron a visitarlo a Xocotla, y le presentaron algunos collares de oro y siete u ocho esclavas. Hallóse perplejo Cortés sobre el camino que debía tomar para llegar a México. El señor de Xocotla y los comandantes de la guarnición mexicana, le aconsejaban que se encaminase por Cholula; pero él creyó más seguro el dictamen de los totonacas, que preferían pasar por Tlaxcala; y en efecto, hubiera perecido en Cholula con toda su tropa, si hubiese ido allí en derechura, como se inferirá de lo que después diré. Para obtener de los tlaxcaltecas el permiso de pasar por su país, envió al Senado cuatro mensajeros, de los mismos cempoaltecas que lo acompañaban; mas éstos, como luego veremos, no hicieron la propuesta en nombre de los españoles, sino en el de los totonacas, o por que así se lo mandó el general español, o porque a ellos les pareció más conveniente.

De Xocotla pasó el ejército a Iztacmaxtitlan, cuya población se extendía por diez o doce millas, en dos filas no interrumpidas de casas edificadas sobre las dos márgenes de un riachuelo, que corre por medio de aquel largo y estrecho valle. La ciudad, que propiamente tenía aquel nombre, que se componía de bellos edificios y de una población de cerca de seis mil almas, ocupaba la cima de un monte alto y escabroso, cuyo señor fue uno de aquellos dos personajes que visitaron y regalaron a Cortés en Xo-

cotla. A la natural aspereza del sitio, había añadido el arte buenas murallas, con sus barbacas y fosos; (1) pues siendo aquella plaza fronteriza de los tlaxcaltecas, estaba más expuesta a sus invasiones. Allí fueron muy bien acogidos y regalados los españoles.

ALTERACIONES DE LOS TLAXCALTECAS

Entretanto se ventilaba en el Senado de Tlaxcala su solicitud, toda aquella gran ciudad se había alterado con la noticia de la llegada de los extranjeros, y especialmente con los pormenores que dieron los mensajeros cempoaltecas de su aspecto y de su valor, del tamaño de sus buques, de la agilidad y violencia de sus caballos, y del espantoso tronido y fuerza destructora de su artillería. Regían a la sazón aquella República: Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Maxixcatzin, señor del de Ocotelolco, y general de las armas de la República; Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuitztlan. Los cempoaltecas fueron cortesmente recibidos y alojados en la casa destinada para morada de los embajadores, (2) y después que reposaron y comieron, se les introdujo en la sala del Senado, para exponer su mensaje. Allí, después de haber hecho una profunda inclinación y todas las otras ceremonias acostumbradas en semejantes casos, uno de ellos tomó la palabra y dijo: "Muy grandes y valientes señores, los dioses os den prosperidad y victoria contra todos vuestros enemigos. El señor de Cempoala y con él toda la nación de los totonacas os saludan, y os hacen saber que de parte de levante han llegado a nuestro país en unos grandísimos barcos, ciertos héroes fuertes y sumamente valerosos, con cuyo auxilio venimos a libertaros del tiránico dominio del rey de México. Ellos dicen que son súbditos de un poderoso monarca, en cuyo nombre quieren visitaros, ofreciéndose

(1) Cortés en sus *Cartas* compara aquella fortaleza a las mejores de España.

(2) Bernal Díaz del Castillo dice que los mensajeros fueron dos, y que inmediatamente después de su llegada a Tlaxcala fueron puestos en la cárcel; pero el mismo Cortés que los envió, afirma que eran cuatro, y del contexto de su relación se infiere que Bernal Díaz no tuvo buenos informes acerca de lo que ocurrió en Tlaxcala. La narración de este escritor contraria a la de los otros historiadores españoles e indios, ha inducido a error a muchos escritores modernos, y entre ellos a Robertson.

a daros noticia del verdadero Dios, y a prestaros ayuda contra vuestro antiguo y capital enemigo. Nuestra nación, por la estrecha amistad con vuestra República, que constantemente ha cultivado, os aconseja que recibáis como amigos a estos héroes, los cuales, aunque pocos, valen por muchos." Maxixcatzin les respondió en nombre del Senado, que daban gracias a los señores totonacas por la noticia y por el consejo, y a los valientes extranjeros por el socorro que se ofrecían a prestarles; mas que se necesitaba algún tiempo para deliberar sobre un punto de tanta importancia: que entretanto se restituyesen a su alojamiento, donde serían tratados con la distinción que correspondía a su nacimiento y a su carácter. Retiráronse los mensajeros, y el Senado quedó en deliberación.

Maxixcatzin, que gozaba del aprecio general por su benignidad y por su prudencia, dijo que no se debía desechar aquel consejo, pues lo daban unos amigos tan fieles y tan contrarios al gran enemigo de la República; que aquellos extranjeros, según lo que de ellos decían los cempoaltecas, parecían ser los héroes, que según su tradición, debían llegar a aquellos países; que los terremotos que poco antes se habían sentido, el cometa que a la sazón se dejaba ver en el cielo, y otros semejantes sucesos de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradición; que si los extranjeros eran inmortales, en vano sería hacerles resistencia y oponerse a su entrada. "Nuestra oposición, añadió, podría ocasionar daños gravísimos, y para el rey de México sería motivo de maligno placer, el ver introducidos por fuerza en la República a los que no queremos aceptar de buena voluntad; por todo lo cual es mi opinión que se deban recibir amigablemente." Esta opinión fue acogida con aplauso; pero la contradijo inmediatamente Xicotencatl, (1) anciano de gran autoridad por su larga práctica en los negocios civiles y militares. "Nuestras leyes, dijo, nos mandan dar acogida a los extranjeros, mas no a los enemigos, que puedan ser perjudiciales al estado. Estos hombres que pretenden entrar en nuestra ciudad, más parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses bajados del cielo,

(1) Solís atribuye al joven Xicotencatl, el razonamiento de su anciano padre; pero yo doy más crédito a los autores antiguos que estuvieron informados por los mismos tlaxcaltecas.

como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidéz el oro y los placeres? ¡Y qué no debemos temer de ellos, en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares! Agravio hace al valor de la nación quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros. Si son mortales, las almas de los tlaxcaltecas lo harán ver al mundo; y si son inmortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo, y de implorar con el arrepentimiento su perdón. Rechacemos, pues, su demanda, y si quieren entrar por fuerza, sea reprimida con las armas su temeridad.” Esta contrariedad de opiniones entre dos personajes de tanto respeto, dividió los ánimos de los otros senadores. Los que eran inclinados al comercio, y estaban acostumbrados a la vida pacífica, se agregaron al parecer de Maxixcatzin, y los militares abrazaron el de Xicotencatl. Temiloltecatl, uno de los senadores (1) sugirió un arbitrio para conciliar ambos dictámenes. Propuso que se enviase al jefe de aquellos extranjeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la República; pero que al mismo tiempo se diese orden a Xicotencatl el joven, de salir con las tropas otomíes de la República, a cerrarles el paso, y a probar sus fuerzas. “Si quedamos vencedores, dijo, será inmortal la gloria de nuestras armas: si somos vencidos, echaremos la culpa a los otomíes, y daremos a entender que emprendieron la guerra sin nuestra orden.” (2) Artificio político, que se practica muy frecuentemente en el mundo, y especialmente por las naciones cultas; pero no menos contrario a la buena fe que se deben entre sí los hombres. Aceptó el Senado el consejo de Temiloltecatl; pero antes de despedir a los mensajeros con la respuesta, dió a Xicotencatl las órdenes conve-

(1) Herrera y Torquemada dicen que Temiloltecatl era uno de los cuatro señores de Tlaxcala; pero de las *Memorias de Camargo*, y de otros tlaxcaltecas, y aun de lo que dice el mismo Torquemada, se infiere claramente que los cuatro señores eran los que he nombrado en el texto. Quizá podría conciliarse esta anomalía suponiendo que Tlehuexolotzin se llamaba además Temiloltecatl, como también tenía el nombre de Tezcacalteuctli, pues sabemos que muchas personas tenían dos y tres nombres.

(2) Ya he dicho que muchos otomíes se habían refugiado a Tlaxcala para substraerse al dominio de los mexicanos, y que hacían servicios importantes a la República.

nientes. Este era un joven intrépido, enemigo del reposo, y aficionado en demasía a la gloria militar; por lo que aceptó con gusto un encargo que le daba ocasión de lucir su esfuerzo y su arrojo.

Cortés, después de haber aguardado ocho días la respuesta del Senado, creyendo que aquella tardanza sería efecto de la lentitud que suele afectar la majestad de los potentados, y no dudando por esto lo que los cempoaltecas le decían, que sería bien recibido por los tlaxcaltecas, salió de Iztacmaxtitlan con todo su ejército, que además de los totonacas y de los españoles se componía de un competente número de tropas mexicanas de la guarnición de Xocotla, y marchó en buen orden, como solía, hasta la muralla, que por aquella parte separaba los estados de México y Tlaxcala. Esta gran fortaleza, cuya descripción y medidas he dado, hablando del arte militar de aquellos pueblos, había sido construída por los tlaxcaltecas para defenderse de sus antiguos enemigos por la parte de levante, (1) y con el mismo objeto habían hecho fosos y trincheras por la de poniente. La salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomíes, se halló, no sé por qué, enteramente abandonada en aquella importante ocasión; de modo que las tropas españolas entraron sin inconveniente en el territorio de la República, lo que de otro modo no hubieran podido hacer sin derramar mucha sangre.

Aquel mismo día, que fue el 31 de agosto, se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería de descubierta para tener por ellos algunos datos de la resolución del Senado, fueron muertos dos caballos, heridos otros tres y dos hombres: pérdida ciertamente grande para una caballería tan reducida. Presentóse en seguida una fuerza que parecía como de cuatro mil hombres, contra los cuales se avanzaron los españoles y los aliados, y muy en breve los pusieron en derrota quedando muertos ochenta otomíes. De ahí a poco llegaron dos de los mensajeros cempoaltecas con algunos tlaxcaltecas, (2)

(1) De lo que dijeron los mexicanos a Cortés acerca de la muralla podría inferirse que fueron ellos los que la fabricaron; pero no tiene duda que fueron los tlaxcaltecas.

(2) Bernal Díaz dice que los primeros mensajeros cempoaltecas volvieron a Cortés antes de haber entrado éste en el país de Tlaxcala; pero Cortés afirma lo contrario. En cuanto a la relación de los otros dos que quedaron en Tlaxcala, aunque casi todos los historiadores españoles le han dado fe, es enteramente increíble por las razones dadas en el texto. Robertson hace algunas conjeturas para darle verosimilitud; pero no convencen.

los cuales cumplimentaron a Cortés en nombre del Senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedía de ir con su ejército a Tlaxcala, manifestándole al mismo tiempo que las hostilidades cometidas hasta entonces habían sido culpa de los otomíes, y ofreciéndose a pagarle los caballos muertos. Cortés fingió dar crédito a su mensaje y manifestó su gratitud al Senado. Los tlaxcaltecas se despidieron y retiraron del campo sus muertos para quemarlos. Cortés mandó enterrar los dos caballos, para evitar que con su vista se animasen los enemigos a cometer nuevas hostilidades.

Al día siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas entre las cuales había unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros cempoaltecas que habían quedado en Tlaxcala, bañados de sudor y de lágrimas y maldiciendo la perfidia y la crueldad de los tlaxcaltecas; pues violando el derecho de gentes, los habían maltratado y aprisionado destinándolos para el sacrificio del que se habían libertado, habiendo tenido la fortuna de poderse desatar uno a otro. Esta relación era ciertamente falsa; pues era imposible que se libertasen por sí las víctimas, tanto por la estrechez de las jaulas en que las tenían, cuanto por la vigilancia de las guardias que las custodiaban; además que no había ejemplo de haber faltado los tlaxcaltecas al respeto debido al carácter de los embajadores, y mucho menos siendo éstos de una nación tan estrechamente unida con ellos por los vínculos de la amistad. Lo que parece más verosímil es que el Senado, después de haber despedido los primeros mensajeros, entretuvo a los otros dos, para despacharlos cuando hubiesen sido probadas las fuerzas de los españoles y que ellos impacientes de volver al ejército se fugaron ocultamente y procuraron justificar su resolución con aquel pretexto.

GUERRA DE TLAXCALA

Apenas habían terminado los cempoaltecas su relación, cuando se dejó ver una hueste de cerca de mil tlaxcaltecas, los cuales luego que descubrieron a los españoles, empezaron a tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, después de haberles protestado delante del notario regio del ejército, y por medio de tres prisioneros, que no venía con intenciones hostiles, rogándoles al mismo tiempo que no le tratasen como a enemigo, viendo que sus re-

convenciones eran inútiles, dió orden de rechazarlos. Los tlaxcaltecas se retiraron atrayendo a los españoles a los barrancos de que he hecho mención, donde no podían manejar sus caballos y donde los esperaba un gran ejército. (1) Allí se dió un encuentro terrible, en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor orden que pudieron y animados por las exhortaciones y el ejemplo de su general, se desembarazaron de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tan grande estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron a retirarse. De los tlaxcaltecas hubo un gran número de heridos y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince gravemente heridos, sólo uno murió al día siguiente. En esta ocasión hubo un famoso duelo entre un capitán tlaxcalteca y un noble cempoalteca de los que habían ido con el mensaje a Tlaxcala. Los dos pelearon bravamente largo rato a vista de ambos ejércitos; mas al fin venció el cempoalteca que, habiendo arrojado al suelo a su contrario, le cortó la cabeza y la llevó en triunfo a los suyos. Celebróse la victoria con aclamaciones y con música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Teoatzincon, es decir, lugar del agua divina.

Aquella noche acampó el ejército español en una colina en que había una torre a distancia de cerca de diez y ocho millas de la capital de Tlaxcala. Construyéronse barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trincheras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con aquella República.

Cortés para obligar con sus hostilidades a los tlaxcaltecas a recibir la paz y la amistad que les ofrecía, salió el tres de septiembre con su caballería, cien peones españoles, cuatrocientos cempoaltecas y trescientos mexicanos de la guarnición de Iztacmaxtitlan; quemó cinco o seis caseríos vecinos e hizo cuatrocientos prisioneros, los cuales después de haberlos obsequiado y regalado, puso en libertad, encargando a los principales de entre ellos que fueran de su parte a ofrecer la paz a los caudillos de su nación. Estos fueron en derecho a Xicotencatl el joven,

(1) Bernal Díaz dice que el ejército tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres; Cortés creyó que pasaba de cien mil; otros escritores dicen treinta mil. Es difícil conocer a ojo el número de hombres de un ejército, sobre todo, no observando éste el orden de la milicia europea. Por no exponerme a errar, me contento con decir que el ejército era grande.

el cual estaba acampado con un gran ejército a seis millas de distancia de aquella colina. El orgulloso tlaxcalteca respondió que si los españoles querían tratar de paz, se encaminasen a la capital donde serían víctimas consagradas a sus dioses, y sus carnes manjar de los tlaxcaltecas; que por su parte, al día siguiente les enviaría una persona con la respuesta decisiva. Esta resolución notificada a los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tanta consternación, que pasaron la noche preparándose a la muerte con la confesión sacramental, sin descuidar por esto las precauciones necesarias a su defensa.

Al día siguiente, 5 de septiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca no menos terrible a la vista por su innumerable muchedumbre, (1) que hermoso por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. Dividíase en cinco huestes de diez mil hombres cada una; llevaban éstas sus respectivos estandartes y a retaguardia, según el uso de aquellas naciones, venía la insignia común y principal de la República que, como ya he dicho, era un águila de oro con las alas extendidas. El arrogante Xicotencatl para dar a entender el poco caso que hacía de los españoles y que no quería vencerlos por hambre, sino con las armas y con el valor, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos a restaurar sus fuerzas para la batalla. De ahí a poco destacó dos mil hombres animosos para que asaltasen el campamento de los españoles. Este asalto fue tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo a cuerpo con los españoles. Los tlaxcaltecas hubieran conseguido la victoria en aquella ocasión, tanto por el número superior de sus tropas, cuanto por su valor y la cualidad de sus armas, que eran picas, espadas y dardos de dos y tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos no hubiera facilitado el triunfo a sus enemigos. El hijo de Chichimecateuctli, que mandaba el cuerpo de tropas de su

(1) Cortés dice que el ejército tlaxcalteca era de más de 149,000 hombres; Bernal Díaz asegura, como cosa averiguada y sabida, que constaba de 50,000, esto es, 10,000 de Maxixcatzin; 10,000 de Xicotencatl; 10,000 de Tlehuexolotzin; 10,000 de Chichimecateuctli, uno de los señores principales de aquella República; 10,000 de Tecpanecatli, señor de Topoxanco, ciudad considerable de la misma. Estos nombres fueron, sin embargo, muy alterados por aquel escritor. Su cálculo parece verosímil; el que se lee en las *Cartas de Cortés* pudo ser error de imprenta.

padre, (1) habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo que lo desafió a combate singular, que decidiese de su valor y de su suerte; y no pudiendo obtener de él aquella satisfacción, para vengarse de algún modo retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes e indujo a Tlehuexolotzin a que hiciera lo mismo. A pesar de tan gran disminución del ejército, la batalla fue obstinada y sangrienta. Los españoles después de haber rechazado valerosamente las tropas que habían asaltado su campamento, marcharon en orden de batalla contra el cuerpo del ejército tlaxcalteca. Los estragos que hacía en su agolpada muchedumbre la artillería, no bastaban a hacerles volver la espalda, ni impedían que se llenasen prontamente los vacíos que los muertos dejaban; antes bien, con su firmeza e intrepidez habían puesto en confusión y derrota a los españoles, no obstante los gritos y reconvenciones de Cortés y de sus capitanes. Finalmente, después de cuatro horas de combates volvieron victoriosos los españoles a su campo, aunque no cesaron los tlaxcaltecas de molestarlos en el curso de aquel mismo día. De los españoles faltó un solo hombre, habiendo sido heridos sesenta, y todos los caballos. Los tlaxcaltecas tuvieron muchos muertos; pero no se vió un solo cadáver por la suma diligencia y prontitud con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado Xicotencatl de aquella expedición, hizo consultar a los adivinos de Tlaxcala y éstos respondieron que aquellos extranjeros, como hijos que eran del sol, no podían ser vencidos durante el día; pero cuando llegaba la noche y les faltaba el calor de aquel planeta les faltaban también las fuerzas para defenderse. En virtud de aquel oráculo, resolvió el general dar de noche un asalto al campamento de los españoles. Entretanto Cortés salió de nuevo para hacer hostilidades en los pueblos inmediatos, de los cuales quemó diez, y entre ellos uno de tres mil vecinos, y se volvió con algunos prisioneros.

Xicotencatl, para no errar el golpe que meditaba, quiso informarse de las disposiciones y de las fuerzas del campamento de los enemigos. Envió para esto cincuenta hombres a Cortés, con un regalo y con expresiones de benevolencia y de urbanidad, encargándoles al mismo tiempo, que observasen atentamente la

(1) Solís dice que Chichimecateuctli era aliado de la República; pero se engaña, pues sabemos por todos los historiadores que era uno de los principales señores de ella.

disposición interior de aquel sitio; mas no pudieron hacerlo con tanto disimulo, que no lo echase de ver Teuch, uno de los tres principales cempoaltecas, el cual dió parte inmediatamente a Cortés de sus sospechas. Este general, habiendo llamado aparte a algunos de los mensajeros, los obligó con amenazas a declarar que Xicotencatl pensaba dar el asalto la noche siguiente y que ellos habían sido enviados para averiguar el punto por donde sería más fácil la entrada. Cortés, oída su confesión, les hizo cortar las manos a todos los cincuenta, (1) y los mandó a su jefe, encargándoles hacerle saber que, viniese de día o de noche a su campo, le haría conocer que eran españoles, y pareciéndole aquella ocasión favorable para la batalla, antes que los enemigos estuviesen apercebidos al asalto, salió al anochecer con un buen número de tropas y con sus caballos, a los que hizo poner campanillas en los pretales, y marchó al encuentro de los enemigos, que ya se encaminaban hacia el campamento. La vista del castigo ejecutado en los espías y el ruido de las campanillas en el silencio y en la obscuridad de la noche, inspiraron tanto miedo a los tlaxcaltecas, que inmediatamente echaron a huir y el mismo Xicotencatl volvió lleno de confusión y vergüenza a la capital. Tomó de ahí ocasión Maxixcatzin para inculcar su primer sentimiento, añadiendo a las razones que ya había expuesto, la experiencia funesta de tantas acciones perdidas; lo que bastó a mover el ánimo de todo el Senado a la paz.

NUEVA EMBAJADA Y REGALOS DE MOTEUCZOMA

Mientras se ventilaba este negocio en Tlaxcala, se consultaba en México sobre lo que debía hacerse con aquellos extranjeros. Moteuczoma, noticioso de las victorias de los españoles y temiendo su confederación con los tlaxcaltecas, llamó al rey de Tezcoco, su sobrino, al príncipe Cuitlahuatzin y a otros sus consejeros; les expuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores y les pidió su parecer sobre el partido que le convenría tomar en tan arduas circunstancias. El rey de Texcoco se mantuvo en su primer parecer: esto es, que los extranjeros fuesen magníficamente tratados por dondequiera que pasasen; que fuesen benigna-

(1) Algunos historiadores españoles dicen que a los espías tlaxcaltecas sólo los dedos se les cortaron; pero el mismo Cortés asienta que les hizo cortar las manos.

mente admitidos en la Capital y se diese oídos a sus proposiciones como a las de cualquier vasallo, mostrando siempre el rey su superioridad y guardando aquel decoro que convenía a la majestad del trono; que si llegaban a maquinarse contra la persona del rey o contra la seguridad del estado, se empleasen contra ellos la fuerza y la severidad. El príncipe Cuitlahuatzin repitió lo que había dicho en la otra conferencia: que no era conveniente admitir a los extranjeros en la Capital; que se enviase a su jefe un buen regalo y que se le preguntase qué era lo que deseaba de aquel país para el gran señor en cuyo nombre venía y se le ofreciese la amistad y la buena correspondencia de los mexicanos; pero que al mismo tiempo se les hiciesen nuevas instancias para que regresase a su patria. De los consejeros unos abrazaron el dictamen del rey de Texcoco y otros el del señor de Itztapalapan, al que se mostró más inclinado Moteuczoma. Este desventurado rey no hallaba por todas partes sino objetos y motivos de temor. La inminente confederación de los tlaxcaltecas con los españoles, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte recelaba de la alianza de Cortés con el príncipe Ixtlilxochitl, su sobrino, y su enemigo jurado, el cual desde que conspiró contra el rey de Texcoco, su hermano, no había dejado las armas, y a la sazón se hallaba en Otompan a la cabeza de un ejército formidable. Aumentaba sus temores la rebelión de algunas provincias que habían seguido el ejemplo de los totonacas.

Envió, pues, seis embajadores a Cortés con mil trajes curiosos de algodón y una buena cantidad de oro y hermosas plumas, encargándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistía del viaje a México, representándole las dificultades del camino y otros obstáculos que no podían ser superados fácilmente. Partieron los embajadores con un séquito de más de doscientos hombres, y llegados al campo de los españoles ejecutaron puntualmente lo que se les había mandado. Cortés los recibió con los honores debidos a su carácter, y les manifestó cuán agradecido estaba a la bondad de tan gran monarca; pero los entretuvo con varios pretextos, esperando que se empuñase algún encuentro con los tlaxcaltecas que acreditase a los mexicanos el valor de sus tropas y la superioridad de las armas europeas, o que hecha la paz con la República, fuesen testigos de la severidad con que pensaba reconvenir a los tlaxcaltecas por su obstinación. En efecto, no

tardó en presentarse la ocasión que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento español con aullidos espantosos y con una tempestad de dardos y flechas. Cortés, a pesar de haber tomado aquel día un purgante, montó a caballo y salió intrépidamente contra los tlaxcaltecas, a los que derrotó sin mucho esfuerzo, a vista de los embajadores.

PAZ Y CONFEDERACION CON LOS TLAXCALTECAS

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Xicotencatl que no convenía a la República la guerra con los españoles y temiendo además que éstos se aliasen con los mexicanos, resolvieron de común acuerdo hacer la paz, y tomaron por mediador de ella al mismo que había sido general en la guerra. Xicotencatl, aunque al principio rehusó aquel encargo, por la vergüenza que tenía del éxito infausto de la campaña se vió obligado al fin a aceptar la comisión. Pasó, pues, al campo de los españoles con una noble y numerosa comitiva; saludó a Cortés en nombre de toda la República; se excusó de las hostilidades con el pretexto de haberlo creído aliado de los mexicanos, tanto por causa de los soberbios regalos que se le habían enviado de México, como por el gran número de gente de aquella nación que traía consigo; prometió una paz firme y una alianza eterna entre tlaxcaltecas y españoles y le presentó un poco de oro y algunas cargas de ropas de algodón, excusando la pequeñez del regalo con la pobreza de su país, efecto de la guerra perpetua con los mexicanos, que impedían su comercio con las otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostración de respeto para con Xicotencatl; fingió quedar satisfecho de sus excusas; pero exigió que la paz fuese sincera y durable, pues si llegaban a romperla, tomaría de ellos tan terrible venganza, que serviría de ejemplo a las otras naciones.

Hecha la paz y despedido Xicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa, en acción de gracias al Altísimo. Fácil es de imaginarse el disgusto con que verían los embajadores mexicanos aquel convenio. Quejáronse a Cortés y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito a las promesas de unos hombres tan pérfidos como los tlaxcaltecas. Decíanle que aquellas apariencias de paz no tenían otro objeto que inspirarle confianza para atraerlo a su capital y hacer allí sin peligro lo

que no habían podido conseguir con las armas en el campo; que comparase la conducta del Senado con la del rey de México. Los tlaxcaltecas, después de haberles concedido pacíficamente el permiso de entrar en su país, no habían cesado de hacerles la guerra hasta que conocieron que sus esfuerzos eran inútiles. Los mexicanos, por el contrario, no les habían hecho la menor hostilidad, antes bien, les habían prodigado los obsequios y los servicios en todos los pueblos de su territorio a donde habían llegado y su soberano les había dado las pruebas más relevantes de amistad y benevolencia. Cortés respondió que no creía hacer daño con aquel tratado a la corte de México, a la cual se manifestaba sumamente reconocido, pues su intención era tener paz con todos; que, por lo demás, no temía a los tlaxcaltecas, en caso de que quisieran ser sus enemigos; que para él y para los otros españoles tanto valía ser atacados en los muros de una ciudad como en medio del campo; tanto de día como de noche; que antes bien, por lo mismo que de los tlaxcaltecas le decían, quería ir a su ciudad para tomar en ella una estrepitosa venganza de su perfidia.

Muy lejos estaban los tlaxcaltecas de aquella deslealtad que les imputaban los mexicanos, porque desde el momento en que el Senado decretó la paz, fueron siempre los más fieles aliados de los españoles, como se verá en el discurso de esta Historia. Deseaba el Senado tener a Cortés con todo su ejército en Tlaxcala para estrechar la mutua amistad de ambas naciones, y para tratar seriamente de la confederación contra los mexicanos; y ya los senadores habían enviado mensajeros a Cortés, convidándolo a tomar alojamiento en sus casas, pues no podían sufrir que tan ilustres amigos de la República padeciesen la menor incomodidad.

NUEVAS EMBAJADAS

No fué la alianza de los tlaxcaltecas el único fruto que los españoles sacaron de sus victorias, pues en el mismo campo en que habían oído a sus embajadores, recibió Cortés a los de la República de Huexotzingo y a los del príncipe Ixtlilxochitl. Los huexotzingos, que habían sido vasallos de la corona de México y enemigos de los tlaxcaltecas, se habían substraído al dominio de aquélla y confederado con éstos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su ejemplo uniéndose con los españoles. El príncipe Ixtlilxochitl envió embajadores a Cortés para felicitarlo por sus victorias y

para convidarlo a seguir su viaje por Teotlalpan, donde quería unir sus fuerzas con las de los españoles, para hacer la guerra al rey de México. Cortés, después de haberse informado de la calidad de las pretensiones y de las fuerzas de aquel príncipe, aceptó de buena voluntad su alianza y se ofreció a colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo volvió de la Capital el embajador mexicano que se esperaba, con un presente de joyas de oro, que importaban una suma considerable y de doscientos preciosos trajes de plumas y con nuevas instancias de Moteuczoma para disuadirlo de su viaje a México y de la alianza con los tlaxcaltecas; inútiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca, pues el oro que prodigaba en sus regalos a aquellos extranjeros no era otra cosa que el precio con que compraba las cadenas que en breve debían esclavizarlo.

SUMISION DE TLAXCALA AL REY CATOLICO

Seis días habían pasado después de la paz hecha con los tlaxcaltecas, cuando los cuatro jefes de aquella República, para obligar a Cortés a ir a su capital, se hicieron llevar en sillas portátiles a su campo, con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo y respeto fueron extraordinarias por una y otra parte. Aquel ilustre Senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia espontaneamente al Rey Católico; lo que fué tanto más agradable a los españoles, cuanto más cara era a los tlaxcaltecas la libertad que de tiempo inmemorial habían gozado. Quejáronse en términos amistosos de la desconfianza del caudillo español y con sus ruegos lo indujeron a ponerse en camino al día siguiente para Tlaxcala.

Faltaban cincuenta y cinco españoles de los que se habían alistado en Cuba y la mayor parte de los que quedaban, estaban heridos o maltratados y esto causó tanto desaliento en los soldados, que no sólo murmuraban del general, sino que le rogaban volviese a Veracruz; pero Cortés los reconvino, y con eficaces razones de honor y con su propio ejemplo de brío y de constancia en los peligros, enardeció sus ánimos y los dispuso a seguir en la empresa comenzada. Contribuyó en gran manera a restablecer sus esperanzas, la alianza que acababa de celebrarse.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALA

Los embajadores mexicanos que Cortés tenía aún consigo rehusaron acompañarlo a Tlaxcala; pero él los persuadió a acompañarlo, prometiéndoles que a su lado estarían seguros. Superado este obstáculo, marchó el ejército con buen orden y preparado para cualquiera novedad. En las ciudades de Tecompantzinco y de Atlihuetzian fué recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable a la de la capital, de la que salieron al encuentro de los españoles los cuatro señores de la República con una bella danza de la nobleza y con tan gran muchedumbre de pueblo, que de algunos fue estimada en cien mil personas; número verosímil, atendida la población de Tlaxcala, la novedad que produjeron aquellos hombres extranjeros y la curiosidad que excitaron en los pueblos circunvecinos. En todas las calles de la ciudad se habían formado, según el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de árboles, y por todas partes sonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de júbilo, que más parecían celebrar el triunfo de la República, que el de sus enemigos. Este día, tan memorable en los anales de Tlaxcala, fué el 26 de septiembre de 1519.

Era entonces aquella ciudad una de las más considerables del país de Anáhuac. Cortés, en sus **Cartas a Carlos V**, afirma que en el tamaño, en la población, en la calidad de los edificios y en la abundancia de las cosas necesarias a la vida, era superior a Granada cuando fue conquistada a los moros, y que en su mercado, cuya descripción hace, concurrían diariamente hasta treinta mil traficantes. El mismo conquistador asegura que habiendo obtenido del Senado un censo de la población de la República, en las ciudades, villas y caseríos, resultaron ciento y cincuenta mil casas y más de quinientos mil habitantes.

Habían preparado los tlaxcaltecas, para los españoles y para todos sus aliados, un bello y cómodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores mexicanos se alojasen en una habitación próxima a la suya, tanto para hacerles honor, cuanto para quitar de sus ánimos todo recelo de los tlaxcaltecas. Los jefes de la República, para dar a los españoles un nuevo testimonio de su sincera amistad, presentaron a Cortés, según el uso de aquellos pueblos,

trescientas bellas jóvenes. Cortés las rehusó al principio, alegando que la ley cristiana condenaba la poligamia; mas después aceptó algunas, por no disgustarlos, para que sirviesen y acompañasen a doña Marina. A pesar de su repulsa, volvieron muy en breve a regalarle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar más y más los vínculos de su amistad con la República. Estas doncellas y las otras, fueron prontamente instruídas, y renunciando a la superstición de sus padres, recibieron solemnemente el bautismo, en un templo que Cortés mandó asear y componer para celebrar en él los sacrosantos misterios de nuestra religión. Una de las cinco señoras, que era hija del príncipe Maxixcatzin, tomó en el bautismo el nombre de doña Elvira y fue dada al capitán Juan Velázquez de León; otra, hija del viejo Xicotencatl, se llamó doña Luisa Techquihuatzin, y se dió al capitán Pedro de Alvarado, (1) y las otras tres se dieron a los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Estimulado por tan felices principios, quiso Cortés persuadir a los jefes de la República y de la nobleza a detestar su superstición y reconocer al verdadero Dios; mas ellos, aunque convencidos por sus razones, confesaron la bondad y el poder del Dios que adoraban los españoles, no quisieron renunciar a sus supuestas divinidades, porque las creían necesarias a la felicidad humana. “Nuestro dios **Camaxtle**, decían, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa **Matlalcueye** envía la lluvia necesaria a nuestros campos, y nos defiende de las inundaciones del río Zahuapan. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de nuestra vida, y su cólera, provocada por nuestra ingratitud, podría atraernos los más terribles castigos.” Cortés, animado de un celo demasiado ardiente y violento, quería hacer con los ídolos de Tlaxcala lo mismo que había hecho con los de Cempoala; pero el padre Olmedo y otras personas prudentes lo disuadieron de tan temerario atentado, haciéndole ver que aquella violencia, además de no ser conveniente a la pacífica promulgación del Evangelio, podría ocasionar la total ruina de los españoles, en una ciudad tan populosa y tan adicta al culto supersticioso que profesaba. No cesó, sin embargo, en los

(1) Tuvo Alvarado de doña Luisa, dos hijos, don Pedro y doña Leonor. Esta se casó con don Francisco de la Cueva, caballero de la orden de Santiago, gobernador de Guatemala y primo del duque de Alburquerque. De este matrimonio nacieron muchos hijos.

veinte días que allí se detuvo, de reconvenir a los tlaxcaltecas por la abominable crueldad de sus sacrificios, inculcándoles la pureza y la santidad de la religión cristiana, la falsedad de aquellos númenes que adoraban y la existencia de un Ser Supremo que rige todas las causas naturales y vela con admirable providencia sobre la conservación de sus criaturas. Estas exhortaciones, hechas por un hombre de tanta autoridad y de quien habían formado los tlaxcaltecas tan sublime concepto, aunque no produjeron todo el fruto que se deseaba, fueron muy útiles, pues movido por ellas el Senado, mandó que se rompiesen las jaulas y que se pusiesen en libertad los prisioneros y los esclavos que se guardaban para ser sacrificados a sus dioses en las fiestas solemnes, o en las necesidades públicas del estado.

Así se establecía cada día más, con nuevas demostraciones, la alianza de los tlaxcaltecas, en despecho de las continuas sugerencias que los embajadores mexicanos hacían para romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los tlaxcaltecas, había dado orden a sus tropas para que estuviesen siempre armadas, por lo que pudiera sobrevenir. Ofendióse de esto el Senado y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés, después de tantas y tan incontestables pruebas de buena fe como los tlaxcaltecas le habían dado; pero Cortés se excusó protestando que aquello no se hacía por desconfianza, sino por ser costumbre establecida entre los españoles. Con esta respuesta quedaron satisfechos y tanto les gustó aquella disciplina, que Maxixcatzin quiso introducirla en las tropas de la República.

Finalmente, Cortés después de haber adquirido en el tiempo de su mansión en Tlaxcala, una noticia más exacta de la situación de la ciudad de México, de las fuerzas de aquel reino, y de todo lo que podía coadyuvar al éxito de sus designios, determinó continuar su viaje; mas antes de partir, regaló a los tlaxcaltecas un gran número de los trajes más hermosos que le había enviado Moteuczoma. Estaba dudoso sobre el camino que debía tomar para dirigirse a la capital del Imperio. Los embajadores mexicanos querían que fuese por Cholula, donde se había preparado un gran alojamiento para toda su gente; los tlaxcaltecas lo disuadieron de aquel plan, manifestándole la perfidia de los cholultecas y aconsejándole que se encaminase por Huexotzingo, estado confederado con los tlaxcaltecas y con los españoles; mas Cortés se resolvió a ir por Cholula, tanto por complacer a los em-

bajadores, como para acreditar a los tlaxcaltecas el poco caso que hacía de los esfuerzos de sus enemigos.

Los cholultecas habían sido aliados de Tlaxcala; pero a la llegada de los españoles se habían confederado con los mexicanos y eran enemigos jurados de la República. La causa de esta gran enemistad había sido la perfidia de los mismos cholultecas. Estos, en una batalla, que como aliados de Tlaxcala, habían dado a las tropas de México, estando en la vanguardia del ejército, se pusieron, por una repentina evolución, a retaguardia y atacando a los tlaxcaltecas por la espalda, mientras los mexicanos peleaban de frente, hicieron en ellos grandes estragos. El odio que encendió en los tlaxcaltecas esta detestable traición, sólo buscaba ocasiones de venganza y ninguna les pareció más oportuna que la de aquella alianza con los españoles. Para inspirar el mismo odio a Cortés y moverlo a declarar la guerra a Cholula, le hicieron ver que la conducta de aquellos pueblos para con él, era muy sospechosa, pues no le habían enviado mensajeros para cumplimentarlo, como lo hicieron los huexotzingos, no obstante la distancia a que se hallaban. Referíanle, además, el mensaje que decían haber recibido de ellos, reconviniéndolos por su alianza con los españoles, llamándolos cobardes y viles y amenazándolos que morirían todos anegados, en el punto y hora en que emprendiesen algún ataque contra aquella santa ciudad; pues entre otros errores de su creencia, se figuraban que siempre que quisieran, podían, sólo con echar abajo los muros del templo de Quetzalcoatl, hacer brotar ríos caudalosos, que en un momento inundarían la ciudad, y aunque los tlaxcaltecas no dejaban de temer aquel infortunio, el deseo de la venganza era más poderoso, que el miedo en sus corazones.

Convencido Cortés por aquellas sugerencias, envió cuatro nobles tlaxcaltecas a Cholula, para saber de los señores de aquella ciudad el motivo de no haber tenido con él la consideración de que habían usado los huexotzingos. Los cholultecas se excusaron con la enemistad de los tlaxcaltecas, de los cuales no podían fiarse. (1) Esta respuesta fue enviada por cuatro plebeyos, lo

(1) Torquemada añade que los cholultecas retuvieron al principal de los mensajeros tlaxcaltecas, llamado Patlahuatzin, y que con inaudita crueldad le desollaron el rostro y los brazos y le cortaron la nariz, mas esto es falso, porque aquella crueldad no podía ser ignorada por los españoles, pues ni Bernal Díaz ni Cortés, ni ninguno de los historiadores antiguos

que era una manifiesta demostración de desprecio. Aconsejado Cortés por los tlaxcaltecas, mandó decir a aquellos señores, por medio de cuatro cempoaltecas, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España no debía confiarse a tan viles mensajeros, cuando ni aun ellos mismos eran dignos de recibirla; que supiesen que el Rey Católico era el verdadero dueño de aquellos países y que él venía en su nombre a exigir homenaje de sus pueblos; que los que se sometiesen serían honrados, y los rebeldes castigados como merecían; que, por tanto, compareciesen en el término de tres días a tributar obediencia a su verdadero soberano y que si así no lo hacían, serían tratados como enemigos. Los cholultecas, aunque se burlaron interiormente, como era probable, de tan arrogante embajada, para disimular su maligno intento, se presentaron al siguiente día a Cortés, rogándole que excusase su falta, ocasionada por la enemistad de los tlaxcaltecas y reconociéndose no sólo amigos de los españoles, sino vasallos de su rey.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN CHOLULA

Resuelto, pues, el viaje por Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente y con un gran número de tropas de aquella República, (1) que muy en breve licenció, conservando sólo seis mil hombres. Poco antes de llegar a Cholula, salieron a su encuentro los principales señores y sacerdotes con incensarios en las manos, y después de las acostumbradas ceremonias de respeto, dijeron al general que entrase con todos sus españoles y con los totonacas, pero que no permitiese lo acompañasen los tlaxcaltecas, a quienes miraban como enemigos. Consintió en ello Cortés por complacerlos, y los tlaxcaltecas quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposición del campo, en el orden de los centinelas y en todo lo demás, la disciplina militar de los es-

hace mención de ella. Cortés no la hubiera omitido en su carta a Carlos V, en justificación del castigo que impuso a los cholultecas; ni es verosímil que después de tamaño atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese aguardado otros indicios de la mala fe de aquella gente.

(1) Cortés dice que los tlaxcaltecas que lo acompañaron hasta seis millas antes de llegar a Cholula, eran cien mil guerreros, poco más o menos. Bernal Díaz cuenta tan solo dos mil de los diez mil que ofreció el Senado; mas ésta seguramente es una distracción de aquel escritor.

pañoles. A la entrada del ejército español hubo la misma concurrencia y las mismas ceremonias, aclamaciones y obsequios que en Tlaxcala; mas no con la misma sinceridad.

Era entonces Cholula una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de Tlaxcala, y cerca de sesenta de México, y no menos célebre por el comercio de sus habitantes, que por su religión. Su situación, como en la actualidad, era una bella llanura a poca distancia de aquel grupo de altas montañas que circundan el valle de México por la parte de levante. Su población en aquel tiempo, según afirma Cortés, era de cerca de cuarenta mil casas y casi había otras tantas en los lugares vecinos que le servían como de arrabales. Su comercio consistía en manufacturas de algodón, joyas y vajilla de barro, siendo muy famosos sus joyistas y alfareros. Por lo que respecta a la religión, puede decirse que Cholula era la Roma de Anáhuac. Como el célebre Quetzalcoatl se había detenido tanto tiempo en aquella ciudad y había favorecido tanto a sus habitantes, después de su apoteosis se le consagró allí un culto especial. La extraordinaria muchedumbre de templos que allí había, y especialmente el mayor, erigido sobre un monte artificial, que hasta ahora subsiste, atraían a aquel pueblo, que se reputaba santo, un número infinito de peregrinos, no sólo de las ciudades vecinas, sino también de las provincias más remotas.

Fue alojado Cortés con todas sus tropas en unas casas grandes, donde los dos primeros días fueron abundantemente provistos de víveres; pero muy en breve empezaron a escaseárselos, hasta que llegó el caso de que sólo les suministraban agua y leña. Ni fue éste el único indicio que dieron de sus torcidas intenciones, pues a cada momento se ofrecían nuevos anuncios de la traición que meditaban. Los aliados cempoaltecas habían observado que en las calles de la ciudad se habían construído unos grandes agujeros, en que se habían plantado estacas agudas, cubriéndolas después con tierra; lo cual no podía tener otro objeto, que el de inhabilitar los caballos. Ocho hombres, venidos del campo tlaxcalteca, le avisaron que habían visto salir de la ciudad gran muchedumbre de mujeres y niños, señal indudable en aquellas naciones de una guerra inminente. Además de esto, se sabía que en algunas calles se formaban trincheras y que había grandes montones de guijarros en las azoteas de las casas. Finalmente, una señora cholulteca que se había prendado de la hermosura, del

ingenio y de la discreción de doña Marina, la rogó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba a los españoles; con lo que ésta tuvo ocasión de informarse de toda la trama y de ella dió cuenta inmediatamente a Cortés. Este supo, de boca de la misma señora cholulteca, que sus compatriotas habían concertado el exterminio de todos los españoles, con el auxilio de veinte mil mexicanos, acampados cerca de la ciudad. (1) No satisfecho con todos estos datos, encargó a doña Marina que emplease todas sus artes en hacer venir a su alojamiento dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que la señora había descubierto.

Viéndose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar a su presencia a las personas de más alto carácter de la ciudad y les dijo que si tenían alguna queja contra los españoles, la expusiesen claramente, como convenía a hombres de honor y se les daría la competente satisfacción. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta y prontos a servirlo; que cuando resolviese marchar, sería abundantemente provisto de todo cuanto necesitase para el viaje y que aun se le darían fuerzas para su seguridad. Aceptó Cortés la oferta, y señaló el día siguiente para su marcha. Los cholultecas se fueron contentos, porque les parecía que todo se preparaba felizmente para el éxito de sus designios, y para asegurarlo más, sacrificaron a sus dioses, según dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió a sus capitanes, les descubrió las intenciones malvadas de aquellos hombres y les mandó que le dijese su dictamen sobre lo que debía hacerse en tanto aprieto. Algunos querían que se evitase el peligro, retirándose a la ciudad de Huexotzingo, distante apenas nueve millas de Cholula, o bien a Tlaxcala; pero la mayor parte se sometieron a lo que decidiese el general. Cortés dió las órdenes que le parecieron más conducentes a su intento, protestando que no se creía seguro en México, si no dejaba bien castigada aquella pérfida ciudad. Mandó a las tropas auxiliares de Tlaxcala que al día siguiente, al despuntar el sol, cayesen de pronto sobre ella, destruyendo cuanto encontrasen y respetando tan solo las mujeres y los niños.

(1) Bernal Díaz dice que el ejército mexicano, según se supo, era de veinte mil hombres; Cortés dice que los mismos señores de Cholula le confesaron que no bajaba de cincuenta mil.

CATASTROFE DE CHOLULA

Llegó finalmente aquel día que debía ser tan infausto para los cholultecas. Aparejaron los españoles sus caballos, apercibieron la artillería y las armas, y se formaron en un gran patio de su alojamiento, que debía ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los cholultecas al rayar el día. Los señores, con unos cuarenta nobles y los hombres de carga, entraron en las salas y en las cámaras para tomar el equipaje; mas en breve se les pusieron guardias para que no pudieran salir. Las tropas cholultecas, a lo menos una gran parte de ellas, entraron en el patio con otros nobles, a petición, sin duda, del mismo Cortés, el cual, montando a caballo, les habló en estos términos: “Yo, señores, me he esmerado en granjearme vuestra amistad; entré pacíficamente en esta ciudad, y ni yo, ni ninguno de los míos, os hemos hecho el menor perjuicio; antes bien, para que no tuviérais queja, no quise permitir que entrasen conmigo las tropas tlaxcaltecas. Además, os he rogado que me digáis claramente si habéis recibido de nosotros algún agravio, para daros la debida satisfacción; pero vosotros, con detestable perfidia, habéis urdido, bajo semblante de amistad, la más cruel traición, para que yo perezca con mi gente. Nada ignoro de vuestros malignos proyectos.” Y llamando aparte a cuatro o cinco cholultecas les preguntó qué razón habían tenido para maquinar tan execrable atentado. Ellos respondieron que los embajadores mexicanos, para complacer a su soberano, los habían inducido a exterminar a los españoles. Cortés entonces, con el rostro encendido en cólera, habló así a los embajadores que se hallaban presentes: “Estos malvados, para excusar su delito, acusan de traición a vosotros y a vuestro rey; pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran monarca Moteuczoma quiera ser tan cruel enemigo mío, al mismo tiempo que me concede las pruebas más relevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse a mis pretensiones, se valga de la traición para frustrarlas. Yo haré respetar vuestras personas con el escarmiento que voy a dar a estos perversos. Hoy perecerán y su ciudad será destruída. Llamo al cielo y a la tierra por testigos, que su perfidia es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta a nuestra índole.”

Dicho esto y dada la señal del ataque, que era un tiro de mosquete, partieron tan furiosamente los españoles contra aquellas miserables víctimas, que de todos los que se hallaban en el patio, que eran muchos, no quedó uno solo con vida. Los arroyos de sangre que corrían por el patio y los tristes lamentos de los moribundos, hubieran bastado a mover a piedad todo corazón que no estuviese animado por el furor de la venganza. No quedando ya nada que hacer en aquel recinto, salieron por las calles ensangrentando con el mismo furor las espadas en cuantos cholultecas se les presentaban. Los tlaxcaltecas entretanto vinieron a la ciudad como leones sangrientos, aguijoneada su ferocidad por el odio a sus enemigos y por el deseo de complacer a sus nuevos aliados. Tan horrendo e inesperado golpe puso en el mayor desorden a los habitantes; pero habiéndose reunido en muchas huestes, hicieron por algún tiempo una vigorosa resistencia, hasta que notando los estragos que en ellos hacía la artillería y reconociendo la superioridad de las armas europeas, de nuevo se desordenaron, retirándose confusos y despavoridos. La mayor parte procuró salvarse con la fuga; otros recurrieron a la superstición de arrasar los muros del templo para inundar la ciudad; pero viendo que aquella diligencia era inútil, procuraron fortificarse en los templos y en las casas. Nada de esto les sirvió, porque sus enemigos empezaron a pegar fuego a todos los edificios en que hallaron alguna resistencia. Arden las casas y las torres de los santuarios; por las calles no se ven más que cadáveres ensangrentados o a medio devorar por las llamas; sólo se oyen los clamores insultantes y amenazadores de los confederados, los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores y los lamentos que dirigen a sus dioses, por haberlos abandonado en tan gran calamidad. De los muchos que se refugiaron a las torres de los templos no hubo más que uno solo que se rindiese a sus verdugos; todos los otros perecieron en las llamas, o buscaron una muerte menos dolorosa, arrojándose desde aquella altura.

Con este horrible estrago, (1) en que perecieron más de seis mil cholultecas, quedó por entonces despoblada la ciudad. Los tem-

(1) En los escritos de Las Casas se lee muy desfigurado este suceso de Cholula. Es cierto que fué demasiado rigorosa la venganza y horrible el destrozo; mas no carecieron los españoles, para castigar a los cholultecas, de las razones que he indicado en el texto, y sin embargo, ninguna mención

plos y las casas fueron saqueados, apoderándose los españoles de las joyas, del oro y de la plata; los tlaxcaltecas de las ropas, de las plumas y de la provisión de sal. Terminada apenas la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil hombres, enviados por la República de Tlaxcala, bajo el mando del general Xicotencatl; probablemente sería efecto de algún aviso despachado la noche antes al Senado por los jefes de las tropas tlaxcaltecas, que acamparon fuera de la ciudad. Cortés agradeció el socorro, regaló a Xicotencatl y a sus capitanes una parte del botín y le rogó que se volviese con su ejército a Tlaxcala, puesto que no lo necesitaba; sin embargo, conservó consigo los seis mil hombres que le habían ayudado en el castigo de Cholula, a fin de que lo acompañasen en su viaje a México. De este modo quedó más consolidada la alianza de españoles y tlaxcaltecas.

SUMISION DE LOS CHOLULTECAS Y DE LOS TEPEYAQUESES A LA CORONA DE ESPAÑA

Vuelto Cortés a su alojamiento, en que habían quedado como prisioneros cuarenta cholultecas de la primera nobleza, éstos le rogaron que diese lugar entre tanto rigor a la clemencia y que permitiese a uno o dos de ellos ir a llamar a las mujeres, niños y otros fugitivos que andaban aterrados y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés a compasión, mandó cesar el furor de las armas y publicó un indulto general. Promulgado este bando,

hace de ellas aquel prelado. Tampoco es cierto que interviniesen aquellas odiosas circunstancias que él cita, y que no se hallan en ningún historiador antiguo. Para hacernos creer que los españoles hicieron aquel escarmiento por mero capricho, y que mientras los soldados derramaban torrentes de sangre, el general cantaba alegremente unas coplas, sería necesario a lo menos, que el mismo prelado lo refiriese como testigo ocular, o que alegase algunos documentos que bastasen a borrar la idea que nos dan de Cortés los que lo conocieron. De este modo sería algún tanto verosímil, lo que es enteramente increíble. Pero ni Las Casas se halló presente, ni cita prueba alguna digna de nuestra fe. Sin duda se valió ligeramente de alguna noticia dada por uno de los muchos enemigos del Conquistador. Yo no soy su panegirista, ni excuso sus yerros; pero soy historiador, hombre y cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que no creo, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, o que se informaron, tanto de los antiguos españoles, como de los indios.

se vieron de repente alzarse de entre los muertos, algunos que habían fingido estarlo, para preservar la vida y acudir a la ciudad bandadas de fugitivos, deplorando, quién la muerte del esposo, quién la del hijo, quién la del hermano. Mandó Cortés quitar de los templos y de las calles los cadáveres que empezaban a corromperse y poner en libertad a los nobles prisioneros, y dentro de pocos días quedó aquella ciudad tan bien poblada, que no parecía faltar ninguno de sus habitantes. En seguida recibió las enhorabuenas de los huexotzingos y de los tlaxcaltecas y el juramento de fidelidad a la corona de España, de los mismos cholultecas y de los tepeyaqueses; ajustó los disturbios que reinaban entre las dos Repúblicas de Tlaxcala y Cholula y restableció su antigua amistad y alianza que se mantuvo firme desde entonces en adelante. Finalmente, para cumplir con las obligaciones de la religión y de la caridad, mandó romper las jaulas y poner en libertad a todos los prisioneros y esclavos destinados a los sacrificios. Hizo además limpiar el templo mayor y enarboló en él el estandarte de la cruz, después de haber dado a los cholultecas, como a todos los otros pueblos, entre los cuales se detenía, algunas ideas de la religión cristiana.

OTRA EMBAJADA Y REGALOS DE MOTEUCZOMA

Orgullosa el general español por tan felices sucesos y deseoso de amedrentar a Moteuczoma, encargó a los embajadores mexicanos dijese a su señor, que si hasta entonces se había propuesto entrar pacíficamente en México, después de lo ocurrido en Cholula, se había determinado a entrar como enemigo, y haciéndole cuanto daño pudiese. Los embajadores respondieron que antes de tomar aquella resolución, hiciese más diligentes investigaciones sobre los sucesos últimamente ocurridos, para asegurarse de las buenas intenciones de su soberano, y que, si le parecía bien, uno de ellos pasaría a la corte a representar al rey las quejas que de él tenía Cortés. Consintió éste en aquella medida y al cabo de seis días volvió el embajador, trayendo un gran regalo, que consistía en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos; mil y quinientos vestidos y una gran provisión de comestibles; dando gracias al general español, en nombre del monarca, por el castigo que había dado a los cholultecas y asegurando que el ejército que se había alistado, para sorprender a los españoles en el

camino, era de acatzingueses y de itztocaneses, aliados de Cholula, los cuales, aunque súbditos de la corona, habían tomado las armas sin orden de su soberano. Los embajadores aseguraron esto mismo con su juramento y Cortés fingió darles crédito.

No es fácil descubrir la verdad en este negocio, ni puedo menos de censurar la ligereza con que los autores aseguren tan francamente lo que de un todo ignoraban. ¿Por qué se ha de dar asenso a los cholultecas, hombres dobles y falsos, como todos confiesan, y no a los mexicanos y al mismo Moteuczoma, que por la eminencia de su carácter es más digno de confianza? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los españoles, a quienes no hizo el menor daño, en tantas y tan oportunas ocasiones como tuvo de exterminarlos y la moderación con que siempre habló de ellos, como confiesan los mismos historiadores, hacen increíble la excusa de los cholultecas; por otro lado, le dan alguna apariencia de verdad, ciertos indicios, aunque oscuros, de la indignación de Moteuczoma, y sobre todo, las hostilidades cometidas en aquella misma época contra la guarnición de Veracruz por un poderoso feudatario de la corona de México.

REVOLUCION DE TOTONACAPAN

Cuauhpopoca, (1) señor de Nauhltan, ciudad llamada por los españoles Almería, situada en la costa del Seno mexicano, a treinta y seis millas al norte de Veracruz y cerca de los confines del Imperio, tuvo orden de Moteuczoma de reducir a los totonacas a la debida obediencia, inmediatamente después que Cortés se retirase de aquellas costas. Para cumplir este mandato aquel caudillo requirió con amenazas de los pueblos desobedientes, el tributo que debían pagar a su soberano. Los totonacas, insolentados con el favor de sus nuevos amigos, respondieron con arrogancia que no debían homenaje alguno a quien ya no era su rey. Viendo entonces Cuauhpopoca que de nada servían sus amonestaciones y que no conseguía reducir aquellos hombres, demasiado fiados en la protección de los españoles y ya resueltos a no respetar a su monarca, poniéndose a la cabeza de las tropas mexicanas de la frontera, empezó a hacer correrías en los pueblos de Totonacapan, castigando con las armas su rebelión. Los toto-

(1) Bernal Díaz lo llama Quetzálpopoca, que también es nombre mexicano.

nacas se quejaron a Juan de Escalante, gobernador de Veracruz y le rogaron que se opusiese a la crueldad de los mexicanos, ofreciéndose a poner a sus órdenes un buen número de tropas. Escalante envió al jefe de los mexicanos una cortés embajada para disuadirlo de aquella empresa, que según creía, no podía ser agradable al rey mexicano, a quien tantas pruebas de favor debían los españoles, amigos de los totonacas. Cuauhtopoca respondió que él sabía mejor que los españoles si era o no grato a su rey el castigo de los rebeldes; que si los españoles querían favorecerlos, él con sus tropas los aguardaría en las llanuras de Nauhtlan, a fin de que las armas decidiesen de su suerte. No pudo sufrir esta respuesta el gobernador, y sin pérdida de tiempo marchó al punto señalado, con dos caballos, dos pequeños cañones, cincuenta peones españoles y cerca de diez mil totonacas. Estos se desbarataron al primer ataque de los mexicanos y la mayor parte de ellos se pusieron en fuga; pero con vergüenza suya, los españoles continuaron valientemente el empeño, haciendo no poco daño a los mexicanos; los cuales, no habiendo experimentado la violencia de la artillería, ni el modo de combatir de los españoles, se retiraron despavoridos a la próxima ciudad de Nauhtlan. Los españoles los persiguieron furiosamente y pegaron fuego a algunos edificios; mas esta victoria costó la vida al gobernador, el cual murió al cabo de tres días de sus heridas, a seis o siete soldados y a muchos totonacas. Uno de aquellos soldados que tenía la cabeza gruesa y el aspecto feroz, fue hecho prisionero y enviado a México; pero habiendo muerto en el camino, de sus heridas, sólo llevaron a Moteuczoma la cabeza, cuya vista lo horrorizó en tales términos, que no permitió que se ofreciese a sus dioses en ningún templo de la Capital.

Tuvo Cortés noticia de estas revoluciones antes de salir de Cholula; (1) pero no quiso decir nada, ni descubrir sus inquietudes, por no desanimar a sus soldados.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES A TLALMANALCO

No teniendo ya nada que hacer en Cholula, continuó Cortés su viaje hacia México, con sus españoles, con seis mil tlaxcalte-

(1) Todos o casi todos los historiadores dicen que Cortés recibió esta noticia, hallándose en México; pero el mismo Cortés asegura que la tuvo en Cholula.

cas y con algunas tropas huexotzingas y cholultecas. En Izcalpan, pueblo de Huexotzingo, a quince millas de Cholula, salieron de nuevo a cumplimentarlo los señores de aquel estado, y a prevenirle que desde aquel punto había dos caminos para México: uno abierto y cómodo, que pasaba por unos barrancos donde podía temerse alguna emboscada de los enemigos; otro embarazado con árboles cortados a propósito y que, sin embargo, era el más corto y seguro. Cortés se aprovechó del aviso y en despecho de los mexicanos, hizo desembarazar el camino de los obstáculos que lo obstruían, alegando que la dificultad era mayor aliciente para el valor de los españoles. Siguió caminando por aquellos grandes pinares y encinares, hasta llegar a la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes, Popocatepec e Ixtachihuatl, donde encontraron unas casas grandes destinadas al alojamiento de los mercaderes mexicanos. Allí tuvieron noticia de la atrevida empresa del capitán Diego de Ordaz, el cual pocos días antes, para dar a conocer a aquellos pueblos el valor de su nación, subió con otros nueve soldados a la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar la boca o cráter de aquel gran volcán por causa de la alta nieve que en él había y de las nubes de humo y ceniza que lanzaba de sus entrañas. (1)

De la cima de Ithualco observaron los españoles el bellissimo valle de México; pero con bien diversos sentimientos: unos se deleitaron con la perspectiva que ofrecían sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas y las muchas y hermosas ciudades que lo cubrían; en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la presa de tan prósperos países; pero algunos, más prudentes y cautos, se estremecieron al contemplar la temeridad de arrostrar tan graves peligros y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí a Veracruz, a no haberlos estimulado Cortés a seguir en la empresa comenzada, valiéndose de su autoridad y de las razones que le sugirió su buen ingenio.

(1) Bernal Díaz y casi todos los historiadores, dicen que Ordaz subió a la cima del Popocatepetl y observó la boca de aquel famoso monte; pero Cortés, que lo sabía mejor, dice lo contrario. Sin embargo, Ordaz obtuvo del Rey Católico el permiso de poner un volcán en su escudo de armas. Esta gran empresa estaba reservada para Montañó y otros españoles, que después de la conquista de México, no sólo observaron el espantoso cráter, sino que entraron en él, con evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer la pólvora de que necesitaban.

Entretanto Moteuczoma, consternado por el suceso de Cholula, se retiró al palacio **Tlitolcālmecatī**, destinado para tiempos de duelo y allí estuvo ocho días ayunando y ejercitándose en las acostumbradas austeridades, para granjearse la protección de los dioses. Desde aquel mismo retiro envió a Cortés cuatro personajes de su corte con un regalo y nuevos ruegos y pretextos para disuadirlo de su viaje, ofreciéndose a pagar anualmente un tributo al rey de España y a dar al general cuatro cargas de oro y una a cada uno de sus oficiales y soldados, (1) si volvían atrás desde aquel punto en que se hallaban. ¡Tan grande era el recelo que inspiraban los españoles a aquel supersticioso príncipe! No hubiera hecho más urgentes diligencias para evitar su presencia, aun habiendo previsto los males que debían hacerle. Los embajadores alcanzaron a Cortés en Ithualco; el regalo que traían era de muchas alhajas de oro, que importaban una crecida suma. Cortés les hizo los mayores obsequios y respondió dando gracias al rey por su generosidad y por sus magníficas promesas, a las cuales esperaba corresponder con buenos servicios; mas protestando al mismo tiempo que no podía volver atrás sin ser culpable de desobediencia para con su soberano y que procuraría no hacer el menor perjuicio con su venida al estado; que si después de haber manifestado verbalmente a su majestad la embajada que traía, y que no podía confiar a otra persona, juzgaba aquel monarca no convenir al bien de su reino la permanencia de los españoles en la corte, sin tardanza volvería a ponerse en camino para restituirse a su patria.

Aumentaban la inquietud de Moteuczoma las sugerencias de los sacerdotes y especialmente lo que le dijeron de ciertos oráculos de sus falsos númenes y de unas visiones que referían haberseles aparecido aquellos últimos días. Estos artificios lo consternaron en tales términos, que sin esperar el éxito de la última embajada, celebró otro consejo con el rey de Tezococo, con su hermano Cuitlahuatzin y con los otros personajes que solía consultar, los cuales se mantuvieron en sus primeras opiniones: Cuitlahuatzin, en la de no permitir a los españoles la entrada en la corte y de hacerlos salir del reino por fuerza, si era necesario, y

(1) Siendo la carga ordinaria de un mexicano de cincuenta libras españolas, u ochocientas onzas, podemos conjeturar, en vista del número de españoles, que la contribución que ofrecía Moteuczoma valía más de seis millones de pesos.

Cacamatzin, en la de recibirlos como embajadores, puesto que no faltaban recursos al rey de México para reprimirles, en caso de que maquinasen algo contra su real persona o contra el estado. Moteuczoma, que siempre había seguido el parecer de su hermano, abrazó en aquella ocasión el del rey de Tezcoco; pero encargó a éste que fuese al encuentro de los extranjeros y procurase disuadir al general de su viaje. Entonces Cuitlahuatzin, vuelto al rey su hermano, le dijo: "Los dioses quieran, señor, que no admitáis en vuestra casa al que de ella os arroje, y que cuando queráis poner remedio al daño, tengáis medios y ocasión de hacerlo." "¿Qué hemos de hacer?" respondió el monarca. Nuestros amigos, y lo que es más, nuestros dioses mismos, en vez de favorecernos, amparan a nuestros contrarios. Estoy resuelto, y quisiera que todos se resolviesen a no huir, ni mostrar la menor cobardía, suceda lo que sucediere; pero me compadece la suerte de los viejos y de los niños, que no pueden oponerse a la violencia que nos amenaza."

Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con sus tropas a Ithualco, encaminándose por Amaquemecan y Tlalmanalco, ciudades que distaban entre sí cerca de nueve millas y que estaban situadas en la pendiente de aquellas grandes montañas. Amaquemecan, con los caseríos inmediatos, contenía una población de veinte mil habitantes. (1) En estos pueblos fueron bien recibidos los españoles, y muchos señores de aquella provincia visitaron a Cortés y le presentaron cierta cantidad de oro y algunas esclavas. Estos personajes se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrían del rey de México y de sus ministros, en los mismos términos que lo habían hecho los de Cempoala y de Quiahuitztla, y por sugestión de los cempoaltecas y de los tlaxcaltecas, que acompañaban a Cortés, se confederaron con los españoles para mantener su independencia. Así que, mientras más se internaban aquellos extranjeros en aquel país, más aumentaban sus fuerzas, a guisa de un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar a ser un gran río.

De Tlalmanalco marchó el ejército hacia Ayotzingo, pueblo

(1) Amaquemecan, que los españoles llaman Mecameca, es ahora un pueblo conocido por haber nacido en él la célebre monja Inés de la Cruz, mujer de prodigioso ingenio y de no vulgar literatura. (Este es un error, pues Sor Juana Inés de la Cruz nació en el pueblo de San Miguel Nepantla, próximo a Chalco.—J. R. de A.)

situado a la orilla meridional del lago de Chalco, (1) donde estaba el puerto para los barcos que hacen el comercio con los países situados a mediodía de México. La curiosidad de observar el campo de los españoles costó cara a muchos mexicanos, pues los centinelas, creyéndolos espías, por el miedo que siempre tenían de alguna traición, mataron quince aquella noche.

VISITA DEL REY DE TEZCOCO A CORTES

Al día siguiente, cuando estaban los españoles prontos a marchar, llegaron cuatro nobles mexicanos con la noticia de que el rey de Tezcoco venía a visitar al general español, en nombre del rey de México. No tardó en llegar aquel personaje, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro domésticos, y seguida de una numerosa y brillante comitiva de nobleza mexicana y tezcocana. Cuando llegó a vista de Cortés, bajó de la litera y empezó a andar, precedido por algunos de sus servidores, que iban quitando del camino todo cuanto podía ofender sus pies o su vista. Los españoles quedaron maravillados de tanta grandeza y por ella conjeturaron cuánta sería la del rey de México. Cortés salió a recibirlo a la puerta de su alojamiento y le hizo una profunda reverencia, a la que respondió el rey tocando la tierra con la mano derecha y llevándola a la boca. Entró con aire noble y majestuoso en una de las salas, y habiendo tomado asiento, dió la enhorabuena al general y a sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes deseos que tenía su tío el rey de México de estrechar amistad y vivir en buena correspondencia con el gran monarca de levante que los había enviado a aquellos países; pero al mismo tiempo exageró las grandes dificultades que era necesario superar antes de llegar a la capital, y rogó a Cortés que mudase de propósito, si quería complacer al rey. Cortés respondió que si volvía atrás sin desempeñar su embajada, faltaría a su obligación y daría gran disgusto a su soberano, especialmente hallándose tan cerca de la corte y habiendo vencido tantos obstáculos y

(1) Solís confunde Amaquemecan con Ayotzinco. Amaquemecan no ha estado nunca, como él dice, en las orillas del lago, sino distante de él más de 12 millas, a la falda de un monte. La visita del rey de Tezcoco fué, sin duda, en Ayotzinco, como afirman los historiadores bien informados y como se infiere de la relación de Cortés. Bernal Díaz dice que la visita se verificó en Iztapalatenco, mas este es un error, hijo de poca memoria.

peligros en tan largo viaje. "Si así es, dijo entonces el rey, en la corte nos veremos;" y despidiéndose cortesmente, después de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí una parte de la nobleza, a fin de que acompañase a Cortés en su viaje.

De Ayotzingo marcharon los españoles a Cuitlahuac, ciudad fundada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, la más hermosa, según dice Cortés, que habían visto hasta entonces. Comunicaba con tierra firme por medio de dos anchos y cómodos caminos, construídos sobre el lago: el uno a mediodía, que tenía dos millas de largo, y el otro que tenía algo más, y estaba al norte. Marchaban los españoles alegrísimos al ver la muchedumbre y hermosura de los pueblos que había en el lago, los templos y las torres que se erguían sobre los otros edificios, las arboledas que hermoseaban los sitios habitados, los huertos y jardines flotantes, los innumerables barcos que navegaban en todos sentidos; pero no menos se amedrentaban al verse rodeados de la inmensa multitud de gente que de todas partes acudía a verlos; por lo que mandó Cortés que marchasen en buen orden y apercebidos, y previno a los indios que no les embarazasen el paso ni se acercasen a las filas, si no querían ser tratados como enemigos. En Cuitlahuac fueron bien alojados y obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente a Cortés de la tiranía del rey de México, se confederó con él y le hizo saber cuán cómodo era el camino para la capital, la consternación en que habían puesto a Moteuczoma los oráculos de sus dioses, los fenómenos del cielo y la felicidad de las armas españolas.

VISITA DE LOS PRINCPES DE TEZCOCO Y ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN AQUELLA CAPITAL

De Cuitlahuac se dirigieron por el otro camino a Itztapalapan, y en él aguardaban a Cortés nuevas prosperidades. El príncipe Ixtlilxochitl, viendo que Cortés no había querido hacer el viaje por Calpolalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro en el camino de Itztapalapan. Marchó con este objeto a la cabeza de un gran número de tropas y pasó por junto a Tezcoco. Noticioso de esta novedad el príncipe Coanacotzin, su hermano, que desde los disgustos que con él había tenido tres años antes y de que he hecho mención, no lo trataba, ni tenía la menor comunicación con él, o movido por el amor fraterno, o seducido por la esperanza de mayores ventajas que con su unión podría

granjearse, salió a encontrarlo en el camino, donde los dos hermanos tuvieron una explicación, se reconciliaron y se pusieron de acuerdo en unirse con los españoles. Caminaron juntos hasta Iztapalatenco y allí los alcanzaron. Cortés, viendo venir tanta gente armada, tuvo alguna inquietud; pero informado de la calidad de aquellos personajes y del motivo de su venida, salió a recibirlos, y hechos mutuamente los debidos cumplimientos, convidaron los dos príncipes a Cortés a ir a Tezcoco, y él se dejó fácilmente persuadir, por la gran utilidad que pensaba sacar de Ixtlilxochitl, cuyo afecto a los españoles era ya bastante conocido.

Era entonces Tezcoco, aunque algo inferior a México en la magnificencia y en el esplendor, la ciudad más vasta y populosa de todo el país de Anáhuac. Su población, comprendida la de Huexotla, Coatlichan y Atenco (que por estar contiguas a ella se consideraban como sus arrabales), era, según dice Torquemada, de ciento cuarenta mil casas. A los españoles pareció de doble extensión que Sevilla. La grandeza de los templos y palacios reales, la hermosura de las calles, de las fuentes y de los jardines, eran a sus ojos otros tantos objetos de admiración.

Entró Cortés en aquella gran ciudad (1) acompañado por los dos príncipes y por mucha nobleza acolhua, en medio de un concurso inmenso de espectadores. Fue alojado con todo su ejército en el palacio principal del rey, donde el trato de su persona correspondió a la dignidad del alojamiento. Allí le expuso el príncipe Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan, sus quejas contra su hermano Cacamatzin y contra el rey de México, su tío. Cortés le prometió ponerlo en posesión de la corona

(1) Cortés no hace mención de la entrada de los españoles en Tezcoco. Tampoco hablan de ella Bernal Díaz, Acosta, Gomara, ni Torquemada; pero se infiere claramente de un pasaje de la carta escrita por Cortés a Carlos V en 1522. Herrera y Solís hacen mención de aquel suceso, pero con circunstancias opuestas a la verdad. Dicen que antes fueron los españoles a Tezcoco, y después a Cuitlahuac; en lo que manifiestan ignorar la situación de aquellos lugares. Afirman que Cacamatzin acompañó a Cortés a Tezcoco; pero lo contrario consta por la relación del mismo Cortés y por los manuscritos antiguos citados por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Nada dicen de la reconciliación de los dos príncipes, ni del motivo que tuvo Cortés para ir a Tezcoco, separándose del camino que conducía a México. Yo sigo en esta parte a Betancourt, que escribió con el auxilio de las Memorias de Alba y de Sigüenza.

inmediatamente después de haber terminado sus negociaciones con Moteuczoma, y sin detenerse en aquella corte, marchó a Itztapalapan. (1)

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN ITZTAPALAPAN

Era aquella una grande y hermosa ciudad, situada hacia la punta de la pequeña península que media entre los dos lagos, el de Chalco, a mediodía, y el de Tezcoco al norte. Ibase de esta península a la isla de México, por un camino empedrado, de siete millas de largo, y construído sobre las aguas muchos años antes. La población de Itztapalapan era de más de doce mil casas, fabricadas por la mayor parte en muchas isletas, próximas unas a otras, junto a las cuales había innumerables huertos y jardines flotantes. Mandaba a la sazón en la ciudad el príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, y su inmediato sucesor en la corona de México. Aquel personaje y su hermano Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, acogieron al caudillo español con las mismas demostraciones que habían hecho los otros señores de los pueblos por donde había pasado. Cumplimentólo Cuitlahuatzin con una elegante arenga y lo alojó, con las tropas que lo acompañaban, en su mismo palacio. Era éste un vastísimo edificio de cal y canto, recién construído y aun no completamente amueblado. Además de las muchas salas y estancias cómodas, cuyos techos eran de cedro y cuyas paredes estaban cubiertas de telas finas de algodón; además de los grandes patios en que se acuartelaron las tropas aliadas de los españoles, tenía un jardín de extraordinario tamaño y amenidad, de que ya he hablado, cuando traté de la agricultura de los mexicanos. Después de comer, condujo el príncipe a sus huéspedes al jardín, donde se recrearon mucho, formando una gran idea de la magnificencia de aquellos pueblos. En esta ciudad observaron los españoles, que en lugar de las quejas y murmuraciones que en otras partes habían oído, sólo resonaban encomios del gobierno, porque la proximidad de la corte hacía más cautos y prudentes a los habitantes.

Al día siguiente, muy temprano, marcharon los españoles por aquel gran camino, que, como he dicho, unía a Itztapalapan con

(1) Un historiador indio, citado por Alba, dice que en esta ocasión se bautizó Ixtlilxochitl con otros doscientos nobles de su corte; mas esta es una fábula tan inverosímil que no necesita impugnación.

México. Estaba cortado por siete pequeños canales, para el paso de los barcos y sobre ellos había otros tantos puentes de madera, para la comodidad de los pasajeros. Estos puentes se alzaban con facilidad, cuando querían impedir el paso a los enemigos. Después de haber pasado por Mexicaltzinco y visto las ciudades de Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mizcuic, fundadas en la orilla del lago, llegaron en medio de una muchedumbre increíble de gente a un lugar llamado Xoloc, en que se unía aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que formaban los dos, y que sólo distaba media legua de la capital, había un buen baluarte con dos torrecillas, circundado por un muro de diez pies de alto, con parapeto y almenas, dos salidas y un puente levadizo: sitio memorable en la historia de México por haber sido el campo del general español en el asedio de aquella capital. Allí hizo alto el ejército, para recibir el parabién de más de mil nobles mexicanos, que venían todos uniformemente vestidos y que al pasar por delante del general español le hacían el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra y besarse la mano.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN MEXICO

Terminada aquella etiqueta, que duró más de una hora, continuaron los españoles su viaje, tan bien ordenados, como si fuesen a dar una batalla. Poco antes de llegar a la ciudad, tuvo Cortés aviso de que salía a recibirlo el rey de México, y de ahí a poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedían tres nobles que alzaban las manos y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la majestad, con las cuales se anunciaba al público la presencia del soberano. Venía Moteuczoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, que llevaban en hombros cuatro nobles, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas suelas, también de oro, atadas con cordones de cuero cubiertos de oro y piedras preciosas. Acompañábanlo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles, pero todos descalzos, de dos en dos, y muy arrimados a los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron a verse el rey y el general español, desmontaron, aquél de su litera, y éste de su caballo, y Moteuczoma echó a andar, apoyado en los brazos del rey de Tezcoco y del

señor de Itztapalapan. Cortés, después de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecían piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los dos señores que apoyaban al monarca. (1) Declaróle el general, en una breve arenga, como lo requerían las circunstancias, su afecto, su veneración y el placer que experimentaba al conocer un rey tan grande y tan poderoso. Moteuczoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio, con dos collares de hermoso nácar, de que pendían algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujese a Cortés a su alojamiento y se volvió con el rey de Tezcoco.

Tanto la nobleza como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturcidos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignación de su rey, la cual contribuyó muy eficazmente a engrandecer la reputación de los españoles. Estos marchaban también llenos de admiración al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios, el número de habitantes, y siguieron andando por aquel grande y ancho camino que, sin separarse de la línea recta, servía de continuación sobre las aguas del lago, al de Itztapalapan, hasta la puerta meridional del Templo Mayor, alternando en sus ánimos, con la admiración, el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron por espacio de milla y media, dentro de la ciudad, hasta el palacio que había sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Allí los esperaba Moteuczoma, que con este objeto los había precedido. Cuando llegó Cortés a la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano y lo introdujo en una gran sala; hízolo sentar en un reclinatorio, semejante a los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, cerca de un muro, cubierto también de una colgadura adornada

(1) Solís al referir este encuentro comete cuatro errores. Dice que el regalo de Cortés era una banda; que los dos señores que acompañaban a Moteuczoma no permitieron que se la pusiese al cuello; que hicieron esto con muestras de enojo y que el monarca los reprendió y contuvo. Todo esto es falso y opuesto a la relación del mismo Cortés.

de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente, le dijo: "Vos y vuestros compañeros, estáis ahora en vuestra propia casa; comed y descansad, que yo volveré en breve."

Retiróse el rey a su palacio y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito a los mexicanos. En seguida pasó a examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mujeres y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por doquiera un aseo exquisito; casi todas las piezas tenían camas de esteras de junco y de palma, según el uso de aquellos países, con rollos de lo mismo para servir de almohadas; cortinas de algodón y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenían el piso esterado y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos y tenían torres de distancia en distancia; así que, los españoles encontraron allí cuanto podían apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería enfrente de la puerta de palacio y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo día por sus enemigos. No tardó en presentarse a Cortés y a sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuían al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este día tan memorable para españoles y mexicanos, fue el 8 de noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de aquéllos al país de Anáhuac.

LIBRO NONO

CONFERENCIAS DE MOTEUCZOMA CON CORTES. PRISION DE MOTEUCZOMA, DEL REY DE ACOLHUACAN Y DE OTROS SEÑORES. SUPLICIO ATROZ DE CUAUHUPOCA. TENTATIVAS DEL GOBERNADOR DE CUBA CONTRA HERNAN CORTES Y DERROTA DE PANFILO DE NARVAEZ. MUERTE DE MUCHOS NOBLES Y SUBLEVACION DEL PUEBLO DE MEXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES. MUERTE DEL REY MOTEUCZOMA. COMBATES, PELIGROS Y DERROTA DE LOS ESPAÑOLES. BATALLA DE OTOMPAN Y RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A TLAXCALA. ELECCION DEL REY CUITLAHUATZIN. VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN TEPEYACAC, EN XALATZINCO, EN TECAMACHALCO Y EN QUAUHIQUECHOLLAN. ESTRAGOS HECHOS POR LAS VIRUELAS. MUERTE DEL REY CUITLAHUATZIN Y DE LOS PRINCIPES MAXIXCATZIN Y CUICUITZCATZIN. ELECCION EN MEXICO DEL REY CUAUHEMOTZIN.

PRIMERA CONFERENCIA Y NUEVOS REGALOS DE MOTEUCZOMA

DESPUES de haber comido los españoles y dispuesto cuanto convenía a su seguridad, volvió a visitarlos el rey con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salió a recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y más de cinco mil vestidos finísimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar también a Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pie. Cortés le manifestó su gratitud con expresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpió Moteuczoma con estas palabras:

“Valiente general, y vosotros sus compañeros, todos mis cortesanos y domésticos son testigos de la satisfacción que me ha causado vuestra feliz llegada a esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engradecido los objetos y turbado los ánimos. Decían que érais dioses inmortales, que veníais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad y que lanzábais rayos, con los cuales hacíais estremecer la tierra. Otros creían que érais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os había obligado a dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comía tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demás, en el color y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son más que ciervos más corpulentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos son unas cerbatanas mejor construídas que las comunes, cuyas bolas se despiden con más estrépito y hacen más daño que las de aquéllas. En cuanto a vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos y generosos, que toleráis con paciencia los males, que no usáis de rigor sino con los que excitan vuestro enojo con su enemistad y que no os servís de las armas, sino para la justa defensa de vuestra persona. No dudo que vosotros igualmente habréis desechado, o desecharéis, las falsas ideas que de mí os habrá dado la adulación de mis vasallos, o la malevolencia de mis enemigos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses que se adoran en esta tierra y que tomo cuando quiero, la forma de león, de tigre o de otro cualquier animal; pero ya veis (y al decir esto se tocó un brazo, como para hacer ver que estaba formado a guisa de los otros hombres), que soy de carne y hueso como los demás mortales, aunque más noble que ellos por mi nacimiento, y más poderoso por la elevación de mi dignidad. Los cempoaltecas, que con vuestra protección se han substraído a mi obediencia, (aunque no quedará impune su rebelión), os habrán hecho creer que los muros y los techos de mi palacio son de oro; pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno de mis palacios y ya veis que los muros son de cal y canto y los techos de madera. No niego que son grandes mis ri-

quezas; pero las aumenta la exageración de mis súbditos. Algunos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero ellos llaman tiranía al uso legítimo de mi autoridad, y crueldad a la necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por una y otra parte todo concepto desventajoso ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del gran monarca que os envía, aprecio su amistad y ofrezco a su obediencia todo mi reino, pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos y de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debían venir de la parte de levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trajes y costumbres, y que al fin serían señores de estos países. Nosotros no somos originarios de ellos; hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las regiones septentrionales y nuestro dominio no ha sido hasta ahora sino como lugartenientes de Quetzalcoatl, nuestro dios y legítimo señor.”

Cortés respondió dándole gracias por los singulares beneficios que de su mano había recibido, y por el concepto ventajoso que de los españoles había formado. Díjole que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual, aunque podía aspirar a algo más, como descendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con establecer una confederación y amistad perpetua con su majestad y con sus sucesores; que el fin de su embajada no era quitar a nadie lo que poseía, sino anunciarle la verdadera religión y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno y hacer felices a sus vasallos; lo que haría en otra ocasión, si su majestad se dignaba concedérselo. Aceptólo el rey, y habiéndose informado del grado y condición de cada uno de los españoles, se despidió, y de ahí a poco les envió un gran regalo, que consistía en ciertas alhajas de oro y tres cargas de preciosos trajes de pluma para cada uno de los capitanes, y dos de trajes de algodón para cada soldado. Tan felices principios hubieran podido asegurar a los españoles la pacífica posesión de aquella vasta monarquía, si se hubiesen dejado conducir más bien por la prudencia, que por el valor. (1)

(1) El docto y juicioso P. Acosta, hablando de esta primera conferencia de Moteuczoma, dice “Muchos son de opinión que atendido el estado de las cosas en aquel primer día, hubiera sido fácil a los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarles la ley de J. C. con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos y

VISITA DE CORTES AL REY

Al día siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rey, mandó a pedirle audiencia y la obtuvo tan prontamente, que los mismos que le llevaban la respuesta, eran los introductores de embajadores que debían conducirlo e instruirlo en el ceremonial de la corte. Vistióse Cortés de las más vistosas galas que tenía, y condujo en su compañía a los capitanes Alvarado, Sandoval, Velázquez de León y Ordaz, y cinco soldados de su ejército. Llegaron al real palacio por en medio de un gentío innumerable, y al entrar por la primera puerta, los que lo acompañaban se ordenaron en dos filas, pues el entrar de tropel se creía falta de respeto a la majestad. Después de haber pasado por tres patios y por algunas salas, a la última antecámara, para llegar a la sala de audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores que estaban de guardia, y obligados a descalzarse y a cubrirse las galas con ropas groseras. Cuando entraron a presencia del rey, éste dió algunos pasos hacia Cortés, lo tomó por la mano y mirando a todos los demás con semblante agradable, les hizo tomar asiento. La conversación fue larga y sobre diversos asuntos. El rey hizo muchas preguntas, tanto sobre el gobierno político, como sobre las producciones naturales de España, y Cortés, después de haberlo satisfecho en todo, se introdujo a hablar de religión. Expúsole la unidad de Dios, la Encarnación del Verbo, la creación del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia a los justos y las penas eternas a que condena a los pecadores. Después ratiocinó sobre los ritos del cristianismo y particularmente sobre el incruento sacrificio de la misa, comparándolo con los inhumanos que practicaban los mexicanos y declamando fuertemente contra la bárbara crueldad de inmolar víctimas humanas y de alimentarse de su carne. Moteuczoma respondió que en cuanto a la creación del mundo estaban de acuerdo, pues lo mismo que Cortés refería, habían oído de boca de sus antepasados; que por lo demás sus embajadores lo habían informado de la religión que los españoles profesaban. “Yo no dudo, dijo, de la bondad del Dios que adoráis; pero si él es bueno para

muchos eran los pecados de ambas naciones; por lo que no sucedió lo que debía esperarse, aunque al fin cumplió Dios sus designios de hacer misericordia a aquellas gentes, después de haber juzgado y castigado a los que lo merecían.”

España, nuestros dioses son también buenos para los mexicanos, como lo ha hecho ver la experiencia de tantos siglos. Excusad, pues, el trabajo de quererme inducir a dejar su culto. En cuanto a los sacrificios, no sé por qué se ha de censurar el que se sacrificuen a los dioses los hombres que, o por sus delitos, o por la suerte que han experimentado en la guerra, están destinados a sufrir la muerte." Aunque Cortés no logró persuadir a Moteuczoma la verdad de la religión cristiana, obtuvo, sin embargo, según dicen, que no se volviese a servir a su mesa carne humana, o porque con las razones de Cortés se despertase en su ánimo el natural horror que debe inspirar, o porque quisiese complacer a lo menos en aquella condescendencia a los españoles. Dió, además, en aquella ocasión nuevos testimonios de su magnificencia, regalando a Cortés y a los cuatro capitanes algunas alhajas de oro y diez cargas de trajes finos de algodón, y a cada soldado un collar de oro.

Habiendo regresado Cortés a sus cuarteles (que así llamaremos de ahora en adelante al palacio del rey Axayacatl, en que se alojaron los españoles), empezó a reflexionar sobre el peligro en que se hallaba en el centro de una ciudad tan fuerte y populosa, y resolvió conciliarse el afecto de los nobles, con una buena conducta, con modales obsequiosos y amables y mandó a su gente que se comportasen de manera que no pudieran quejarse de ellos los mexicanos; pero mientras parecía esmerarse en la conservación de la paz, agitaba en su mente pensamientos temerarios, nada favorables a ella; y como para madurarlos era necesario, antes de todo, informarse por sí mismo del estado de las fortificaciones de la capital y de las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rey de ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Concediólo benignamente Moteuczoma, no temiendo la menor sospecha del asunto general, ni previendo los resultados de su demasiada fácil indulgencia. Vieron, pues, los españoles cuanto quisieron, hallando en todas partes grandes motivos de extrañeza y de admiración.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEXICO

Estaba entonces la ciudad de México situada, como hemos dicho, en una isla pequeña del lago de Tezcoco, a quince millas al poniente de esta capital y a cuatro de Tlacopan, por la parte opuesta. Se pasaba del continente a la isla por tres grandes calza-

das de tierra y piedra, construídas a propósito sobre el lago: la de Itztapalapan, a mediodía, de siete millas de largo; la de Tlacopan, a poniente, de cerca de dos millas, y la de Tepeyacac, (1) al norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podían ir por ellas diez hombres a caballo, de frente

Además, había otra algo más estrecha para los dos acueductos de Chapoltepec. El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de más de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, a lo menos. (2) Estaba dividida en cuatro cuarteles, y cada cuartel en muchos barrios, cuyos nombres mexicanos se conservan aún entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes a las cuatro puertas del atrio del Templo Mayor. El primer cuartel, llamado **Tecpan**, y hoy San Pablo, comprendía toda la parte de la población que estaba entre las dos calles correspondientes a las puertas meridional y oriental. El segundo, **Moyotla**, hoy San Juan, la comprendida entre las calles meridional y occidental. El tercero, **Tlaquechiuhcan**, hoy Santa María, la comprendida entre las calles occidental y septentrional. El cuarto, **Atzacualco**, hoy San Sebastián, la comprendida entre las calles septentrional y

(1) Robertson pone en lugar del camino de Tepeyacac, el de Tezcoco, el cual, cuando describe a México, lo sitúa al nordeste, y cuando habla de la distribución del ejército español, durante el asedio, a levante, habiendo ya dicho que hacia levante no había camino sobre el lago; pero lo cierto es que no hubo, ni pudo haber nunca camino alguno sobre el lago de México a Tezcoco, por la gran profundidad de su lecho en aquella parte, y en caso que hubiese alguno, no sería de tres millas, sino de quince, que es la distancia entre ambos puntos.

(2) Torquemada afirma que la población de la capital era de 120,000 casas; pero el Conquistador Anónimo, Gomara, Herrera y otros escritores, convienen en el número de 60,000 casas y no de 60,000 habitantes, como dice Robertson, pues no hay autor antiguo que la estime tan pequeña. Es cierto que en la traducción italiana del Conquistador Anónimo se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir **fuegos**; pues de otro modo se diría que Cholula, Xochimilco, Itztapalapan y otras ciudades, eran más populosas que México. Pero en el referido número no se comprendían los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera y de Bernal Díaz del Castillo, que hacia poniente continuaban las casas, por una y otra parte del camino de Tlacopan, hasta tierra firme, lo que forma un espacio de dos millas. Los otros arrabales eran Aztacalco, Acatlan, Malcuitlapilco, Atenco, Iztacalco, Zancopinca, Huitznahuac, Xocotitlan, Coltonco y otros. Probablemente Torquemada incluyó en su cálculo los arrabales; pero aun de este modo me parece excesivo el número de 120,000 casas.

oriental. A estas cuatro partes, en que fue dividida la ciudad desde su fundación, se agregó después, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando, por las conquistas del rey Axayacatl, unida a la de Tenochtitlan y compuesta de todas ellas la capital del Imperio Mexicano.

Había alrededor de la ciudad muchos diques y esclusas, para contener las aguas en caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas había barrio por el cual no se pudiese transitar en barco; lo que no menos contribuía a hermoear la población, que a facilitar el transporte de los víveres y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo a los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y derechas. De las otras, había algunas que no eran más que canales; muchas empedradas y sin agua, y no pocas que tenían en medio una acequia entre dos terraplenes, que servían a la comodidad de los pasajeros y a descargar las mercancías, o en su lugar, plantíos de árboles y flores.

Entre los edificios, además de los muchos templos y palacios de que se ha hablado, había otros palacios o casas grandes, construídas por los señores feudatarios para su habitación, en el tiempo en que se les obligaba a residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto sobre las de los pobres, había azoteas con sus parapetos, y en algunas, almenas y torres, aunque más pequeñas que las de los templos; así que, los templos, las calles y las casas, eran otros tantos medios de defensa para los habitantes.

Además de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacía el mercado principal, había otras menores distribuídas por toda la ciudad, donde se vendían las provisiones de boca más comunes. En otros puntos había fuentes y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines plantados, los unos al nivel de la tierra, y otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios, primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los vergeles y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del Templo Mayor, el cual, no sólo dominaba la población de la corte, sino los lagos y las bellas y grandes ciudades de sus bordes. No menos maravillados quedaron al ver los palacios reales y la variedad infinita de plantas y animales que en ellos se cria-

ban; mas nada los dejó tan atónitos como la gran plaza del mercado. No hubo español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habían viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Díaz, no haber visto jamás en ninguna plaza del mundo, ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercancías, ni tanta regularidad y orden en el conjunto.

DESAHOGOS DEL CELO DE CORTES POR LA RELIGION

Cuando los españoles subieron al Templo Mayor, encontraron allí al rey, que se les había anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algún atentado contra sus ídolos. Después de haber observado desde aquella altura la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios y él lo concedió, habiendo antes consultado a los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles y contemplaron, no sin compasión ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos y el horrendo estrago que en ellos hacía la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entonces a Moteuczoma, le dijo: "Me maravillo, señor, que un monarca tan sabio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio." "Si yo hubiese sabido, respondió, que debíais hablar con tanto desprecio de nuestros númenes, no hubiera cedido jamás a vuestras instancias." Cortés, viéndolo tan enojado, se excusó como pudo y se despidió para retirarse a sus cuarteles. "Id en buena hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar a los dioses, irritados con vuestras blasfemias."

A pesar de este disgusto obtuvo Cortés del rey, no sólo el permiso de construir dentro del recinto de sus cuarteles una capilla en honor del verdadero Dios, sino también los materiales y operarios para la fábrica, en la cual se celebró el santo sacrificio de la misa, mientras duró la provisión de vino, y diariamente concurrían a ella los soldados a encomendarse a Dios. Plantó, además, en el patio principal una cruz, a fin de que los mexicanos viesan la suma veneración en que los españoles tenían aquel santo instrumento de la redención del linaje humano. Quiso después consagrar al culto del verdadero Dios el templo mismo de Huitzilopochtli; pero lo detuvo el miedo del rey y de los sacerdotes, aunque lo consiguió más tarde, habiendo aumentado su autoridad de resulta

de la prisión del rey y de otras acciones no menos temerarias, que referiré muy en breve. Despedazó los ídolos que allí se veneraban, hizo limpiar el santuario, colocó en él un Crucifijo y una imagen de la Madre de Dios; (1) y arrodillado delante de aquellos simulacros, dió gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarlo en aquel lugar, que por tanto tiempo había sido consagrado a la más abominable y cruel idolatría. Este mismo celo lo indujo a repetir muchas veces a Moteuczoma sus razonamientos sobre las santas verdades de nuestra fe, y aunque aquel monarca no estaba dispuesto a abrazarlas, sin embargo, movido por sus argumentos mandó que no se sacrificasen más víctimas humanas, y aunque no complaciese al general español en renunciar a su creencia, siguió tratándolo con cariño y no pasaba día en que no hiciese nuevas finezas y regalos a los españoles. La orden que dió a los sacerdotes acerca de los sacrificios no fue observada con rigurosa puntualidad, y la gran armonía que reinaba entre Cortés y Moteuczoma fue turbada por el inaudito atentado que voy a referir.

PRISION DE MOTEUCZOMA

No habían pasado más de seis días después de la entrada de los españoles en México, cuando viéndose Cortés aislado en medio de un pueblo inmenso y conociendo el peligro en que se hallaba su vida y la de los suyos, si mudaba de sentimientos el rey, como podía suceder, llegó a persuadirse que no podía adoptar otro medio para su seguridad, que el de apoderarse de la persona de aquel soberano; pero siendo esta una medida tan opuesta a la razón, como al respeto y al engrandecimiento que le debía, buscó pretextos para aquietar su conciencia y poner a cubierto su honor, (2) y no halló otro que pudiera convenirle sino la revolución

(1) La imagen de la Virgen que colocó Cortés en aquel santuario, se cree ser la misma que en la actualidad se venera con el título de los **Remedios** o del **Socorro**, en un magnífico templo, a ocho millas de la capital hacia poniente. Se dice que la llevó consigo a México un soldado de Cortés llamado Villafuerte y que el día después de la terrible noche en que fueron derrotados los españoles, la escondió en el sitio en que se encontró algunos años después, que es el mismo en que hoy se venera.

(2) Que el intento de Cortés era apoderarse de cualquier modo de la persona de Moteuczoma y que la revolución de Veracruz no era más que un pretexto para cubrir su designio, se infiere claramente de su carta a

de Veracruz, cuya noticia, que recibió en Cholula, había tenido hasta entonces reservada en su pecho. Queriendo, pues, en fin, sacar partido de ella, la comunicó a sus capitanes para que seriamente pensasen en los medios que podrían libertarlos de tantos peligros; y para justificar la temeridad que pensaba, y obligar a los españoles a prestarse a ella, mandó llamar a muchas personas principales de los aliados (cuyo testimonio debía ser sospechoso a causa de su enemistad con los mexicanos), y les preguntó si habían observado alguna novedad en la conducta de los habitantes de aquella corte. Ellos respondieron que la plebe estaba divertida en los regocijos públicos que el rey había dispuesto para solemnizar la llegada de tan nobles extranjeros; pero que en la nobleza se notaba cierto aspecto sospechoso, y entre otras cosas, habían oído decir a sus individuos que sería fácil levantar los puentes de los canales, lo que indicaba alguna conspiración secreta contra los españoles.

Tan grande era la inquietud de Cortés, que no pudo dormir aquella noche y la pasó dando vueltas, pensativo y agitado, por sus cuarteles. Un centinela le notificó entonces que en una de las cámaras había una salida tapada con una pared que parecía recién hecha. Cortés la hizo abrir y halló muchas piezas en que estaba depositado el tesoro del rey Axayacatl. Vió allí muchos ídolos; una gran cantidad de alhajas de oro, plata y piedras pre-

Carlos V, de 30 de octubre de 1520. "Pasados, invictísimo príncipe, seis días después que en la gran ciudad de Temistitan entré (debía decir **Tenochtitlan**), y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, según lo que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio y a nuestra seguridad, que aquel señor (Motezuma) estuviera en mi poder y no en toda su libertad; porque no mudase el propósito que mostraba en servir a V. A., mayormente que los españoles somos algo inoportunos e importunos, e porque enojándose, nos podía hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder; e también, porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que a él eran súbditas, vendrían más aína al conocimiento y servicio de V. M., como después sucedió." Todavía descubre con mayor claridad su intento en otro pasaje de la misma carta, citando otra que había escrito al mismo Carlos V desde Veracruz. "Certifiqué a V. A. que lo habría (a Motezuma) o preso, o muerto, o súbdito a la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal." Ahora bien, cuando Cortés salió de Cempoala no habían ocurrido los sucesos de Veracruz, ni había recibido agravio alguno del rey, sino más bien finezas singulares y magníficos presentes.

ciosas; ricos tejidos de pluma y algodón y otros objetos que pagaban a la corona los pueblos tributarios, o que regalaban los señores feudatarios a su soberano. Después de haber examinado atónito tantas riquezas, mandó hacer de nuevo el muro, dejándolo todo en el mismo estado en que se hallaba.

En la mañana siguiente reunió a sus capitanes, les representó las hostilidades cometidas por el señor de Nauhtlan contra la guarnición de la Veracruz y contra los totonacas sus aliados; excesos que, según decían éstos, no se hubieran llevado a efecto sin la orden o el permiso del rey Moteuczoma. Expúsoles con la mayor energía el gravísimo peligro en que se hallaban y les declaró su designio, exagerando las ventajas que debían aguardarse de su ejecución y disminuyendo los funestos resultados que podía tener. Hubo variedad en los dictámenes de los otros jefes. Los unos desaprobaban el proyecto como impracticable y temerario, diciendo que sería mejor pedir licencia al rey para retirarse de la corte, pues el que con tantas instancias y regalos había procurado disuadir a Cortés de su resolución de ir a México, fácilmente les daría permiso de salir de allí. Los otros creían necesaria la salida; pero opinaban que debía hacerse de pronto y en secreto para no dar ocasión a que los mexicanos pusiesen por obra alguna perfidia. Sin embargo, la mayor parte de ellos, inducidos de antemano, como es de creerse, por el mismo general, se adhirieron a su voto, oponiéndose a los otros, como vergonzosos y más arriesgados. “¿Qué se dirá de nosotros, preguntaban, viéndonos salir intempestivamente de una corte, donde con tantas honras hemos sido acogidos? ¿Habrà quién no crea que el miedo es el que nos pone espuelas? Y si perdemos la reputación de valientes, ¿qué seguridad podemos prometernos? ¿Qué no harán con nosotros, en los puntos del territorio mexicano, o del de nuestros aliados, por donde tengamos que transitar, cuando ya no los detenga el respeto de nuestras armas?” Tomóse finalmente la resolución de apoderarse de Moteuczoma en su palacio y de llevarlo preso a los cuarteles: proyecto bárbaro y extravagante, sugerido por el temor de los males que podrían sobrevenirles o por la experiencia de su propia felicidad, que, más que ninguna otra consideración, estimula a los hombres a acometer las más arduas empresas y frecuentemente los arroja a los más hondos precipicios.

Para la ejecución de tan peligroso atentado, puso Cortés en armas a toda su tropa y la distribuyó en los puntos convenientes.

Mandó a cinco de sus capitanes y a veinticinco de sus soldados, en quienes más confianza tenía, que se dirigiesen de dos en dos a palacio; pero de tal modo, que acudiesen todos a un tiempo y como si fuese por casualidad, él se encaminó al mismo punto con su intérprete doña Marina, obtenido antes el beneplácito del rey, a la hora en que solía visitarlo. Fue introducido con los otros españoles en la sala de la audiencia, donde Moteuczoma, lejos de pensar lo que iba a suceder, los recibió con la misma amabilidad que siempre. Mandóles tomar asiento, les regaló algunos efectos de oro y además presentó a Cortés una de sus hijas. Cortés, después de haberle significado con las más urbanas expresiones su gratitud, se excusó de aceptarla, alegando que estaba casado en Cuba, y que según la ley divina de los cristianos, no le era lícito tener dos mujeres; pero al cabo la admitió en su compañía, por no disgustarlo, y con el objeto de reducirla al cristianismo, como lo verificó en efecto. A los otros capitanes dió también algunas hijas de los señores mexicanos, que tenía en su serrallo. Hablaron después algún rato sobre varios asuntos; pero viendo Cortés que la conversación lo distraía de su intento, dijo al rey que aquella visita tenía por objeto darle parte de la conducta del señor de Nauhtlan, su vasallo: quejóse de las hostilidades que había cometido contra los totonacas, sólo por su amistad con los españoles; de la guerra que había hecho a la guarnición de Veracruz, de la muerte del gobernador Escalante y de seis soldados de aquella plaza. “Yo, dijo, debo dar cuenta a mi soberano de la muerte de estos hombres, y para poder satisfacerlo dignamente, he hecho varias indagaciones acerca de un procedimiento tan irregular. Todos os inculpan, como al principal autor de aquellos sucesos; mas yo estoy lejos de creer tamaña perfidia en tan gran monarca, cual sería la de tratar como enemigo en aquella provincia al que al mismo tiempo colmáis de favores en la corte.” “No dudo, respondió Moteuczoma, que los que me atribuyen la guerra de Nauhtlan sean los tlaxcaltecas, mis eternos enemigos; pero yo os protesto que no he tenido en ella el menor influjo. Cuauhtopoca ha obrado sin orden mía; antes bien, contra mis intenciones, y a fin de que os conste la verdad, lo haré venir inmediatamente a la corte y lo pondré en vuestras manos.” Llamó en seguida a dos de sus cortesanos y entregándoles una joya, en que estaba esculpida la imagen del dios de la guerra, que siempre llevaba pendiente del brazo, y servía en vez de sello para la ejecu-

ción de sus mandatos, les mandó que se dirigiesen con la mayor celeridad posible a Nauhtlan y de allí condujesen a la corte a Cuauhpopoca, y a las otras personas principales que habían contribuido a la muerte de los españoles, autorizándolos a listar tropas y apoderarse de ellos por fuerza, en caso de negarse a obedecer sus órdenes.

Los dos cortesanos partieron sin tardanza para poner en cumplimiento su comisión, y el rey dijo a Cortés: “¿Qué más puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?” “No dudo de ella, respondió Cortés, mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de que el atentado de Nauhtlan se ha ejecutado por orden vuestra, necesito una demostración extraordinaria, que haga manifiesta la benevolencia con que nos miráis. Ninguna me parece más conveniente a este fin, que la de que os dignéis venir a vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos, y por su confesión se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer a nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos y para ponernos a cubierto, bajo la sombra de vuestra majestad.” A pesar de las palabras artificiosas con que procuró Cortés dorar su atrevida e injuriosa pretensión, el rey la penetró inmediatamente, y se turbó. “¿Dónde se ha visto, dijo, que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo consintiese en envilecer de ese modo mi persona y mi dignidad, ¿no tomarían las armas al instante todos mis vasallos para libertarme? No soy yo hombre de los que pueden esconderse y huir a los montes. Sin someterme a tal infamia, aquí estoy pronto a satisfacer vuestras quejas.” “La casa, señor, a que os convidamos, dijo entonces Cortés, es uno de vuestros palacios, y vuestros súbditos, acostumbrados a veros mudar de residencia, no podrán extrañar que paséis a la de vuestro difunto padre Axayacatl, bajo el pretexto de darnos este nuevo testimonio de amistad. En caso de que intenten algo contra vuestra persona, o contra nosotros, tenemos valor, brazos fuertes y armas poderosas para reprimir su temeridad. Por lo demás, yo empeño mi palabra que seréis honrado por nosotros y servido, como por vuestros súbditos.” El rey perseveró en su repugnancia y Cortés en su pretensión, hasta que uno de los capitanes españoles, demasiado atrevido e inconsiderado, llevando a mal que se retardase la ejecución de aquel designio, dijo en tono colérico, que se dejasen las palabras y que sería mejor llevarse al rey por fuerza o quitarle la vida. Moteuczoma, que en el semblante del español conoció su in-

tento, preguntó a doña Marina qué decía aquel furioso extranjero. “Yo, señor, respondió ella con discreción, como súbdita vuestra, deseo vuestra ventura, y como confidente de estos hombres poseo sus secretos y conozco su índole. Si os dignáis hacer lo que solicitan, seréis tratado por ellos con todo el honor y distinción que se debe a vuestra real persona; mas si persistís en vuestra determinación, corre peligro vuestra vida.” Aquel infeliz monarca, que desde la primera llegada de los españoles se había dejado dominar por un terror supersticioso, y cuya pusilanimidad aumentaba de día en día, viéndose en tanto apuro y creyendo que antes que llegasen sus guardias, podría haber perecido a manos de aquellos hombres tan osados y resueltos, cedió finalmente a sus instancias. “Quiero, dijo, fiarme de vos: vamos, vamos, pues que los dioses lo quieren así;” y dando orden de que se le preparase la litera, se puso en ella para ir a los cuarteles de los españoles.

No dudo que los lectores sentirán al leer y al considerar las circunstancias de este extraordinario suceso, el mismo disgusto que yo experimento al referirlo; mas en éste, no menos que en otros acaecimientos de nuestra historia, es necesario levantar la mente al cielo y reverenciar con el más profundo respeto los altísimos consejos de la Divina Providencia, que se valió de los españoles como de instrumentos de su justicia y de su misericordia, castigando en algunos la superstición y la crueldad, e iluminando a los otros con la luz del Evangelio. No cesaremos de inculcar este principio, ni de dar a conocer, aun en las acciones más irregulares de las criaturas, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia del Criador.

Salió finalmente Moteuczoma de su palacio, para no volver a entrar más en sus muros, protestando al mismo tiempo a sus cortesanos que por ciertos motivos que había consultado ya con los dioses, se iba por su gusto a vivir algunos días con aquellos extranjeros, y mandándoles que lo publicasen así por toda la ciudad. Iba con todo el tren y magnificencia que solía llevar consigo, cuando se dejaba ver en público y los españoles marchaban a su lado guardándolo, con pretexto de honrarlo. Divulgóse inmediatamente por la ciudad la noticia de tan extraordinario suceso y concurrió en tropel el pueblo a presenciarlo; los unos lloraban enternecidos, y los otros se arrojaban al suelo como desesperados. El rey procuraba aquietarlos, significándoles el placer con que iba a residir entre sus amigos; pero temiendo algún alboroto, dió or-

den a sus ministros de despejar el camino de la plebe e impuso pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Llegado a los cuarteles, acogió con suma benignidad a los españoles que salieron a su encuentro y tomó por su alojamiento la habitación que más le acomodó y que fue muy en breve amueblada por su servidumbre con finos tapetes de algodón y de plumas y con los mejores muebles del real palacio. Cortés puso guardia a la puerta de aquella habitación y dobló la ordinaria de los cuarteles. Intimó a todos los españoles y aliados que tratasen y sirviesen al rey con el respeto debido a su alto carácter y permitió que entrasen a visitarlo cuantos mexicanos quisiesen, con tal de que fuesen pocos a la vez; así que, Moteuczoma no carecía de nada de lo que tenía en su palacio, sino de libertad.

VIDA DEL REY EN LA PRISION

Daba Moteuczoma libremente audiencia a sus vasallos, oía sus preguntas, pronunciaba sentencias y gobernaba el reino con la ayuda de sus ministros y consejeros. Servíanlo sus criados con la diligencia y puntualidad acostumbradas. Asistíanlo a la mesa una muchedumbre de nobles, distribuidos de cuatro en cuatro, llevando en alto los platos para mayor ostentación. Después de haber escogido lo que le gustaba, distribuía lo demás entre los españoles que lo guardaban y los mexicanos de su servidumbre. No satisfecha con esto su generosidad, hacía frecuentes y magníficos regalos a los españoles. Cortés, por su parte, mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetasen como debían, que mandó dar de palos a uno de ellos por haberle respondido con aspereza y lo habría mandado ahorcar, según afirman los historiadores, si el mismo rey no hubiera intercedido en favor del reo. Mas si éste era digno de tan severo castigo, por haber faltado con su respuesta al respeto debido a la majestad del monarca, ¿qué pena merecía él, que lo había privado enteramente de su libertad? Cada vez que Cortés iba a visitarlo, le hacía los mismos acatamientos y ceremonias, que cuando estaba en su palacio. Para distraerlo en su prisión, mandaba a sus soldados hacer ejercicios de armas o jugar en su presencia, y el mismo rey se dignaba también jugar con él, o con el capitán Alvarado, a un juego que los españoles llamaban **bodoque**, y mostraba placer en perder, para tener nuevos motivos de ejercer su liberalidad. Después de comer, perdió en una ocasión cuarenta pedazos de oro en bruto,

que formaban, según conjeturo, ciento y sesenta onzas a lo menos. Así disipan fácilmente sus riquezas los que las han adquirido sin fatiga.

Viendo Cortés la liberalidad, o por mejor decir, la prodigalidad del rey, le dijo un día que algunos soldados atrevidos habían tomado del tesoro de su difunto padre Axayacatl unos pedazos de oro, mas que ya había mandado reponerlos donde estaban. "Con tal que no toquen, dijo el rey, a las imágenes de los dioses, ni a lo que está destinado a su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso, los españoles sacaron de aquel depósito más de mil vestidos de algodón. Cortés mandó restituirlos; pero Moteuczoma se opuso, diciendo que jamás volvía a tomar lo que había dado. Quiso, además, el general español que se arrestasen otros soldados que del mismo tesoro habían tomado cierta cantidad de liquidámbar, mas a petición del rey fueron puestos en libertad. No contento con prodigar sus riquezas a los extranjeros, presentó a Cortés otra de sus hijas, que él aceptó para casarla con Cristóbal de Olid, maestre de campo de las tropas españolas. Esta princesa, como la otra que había Moteuczoma dado antes, fue prontamente instruída y bautizada, sin que su padre hiciese la menor oposición.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey, descubierta, no sólo en tan extraordinarias demostraciones de liberalidad, sino también en el placer que tenía de tratar con los españoles, le concedió, después de algunos días de prisión, licencia para salir de los cuarteles y lo exhortó a que fuese, cuantas veces quisiese, a divertirse en la caza, ejercicio a que era aficionadísimo. No rehusó el envilecido monarca aquel uso miserable de su libertad, pues salía muchas veces e iba o a los templos a practicar sus devociones, o al lago a cazar aves acuáticas, o al bosque de Chapultepec u otro sitio de recreo, siempre guardado por un buen número de soldados españoles. Cuando iba al lago, lo escoltaban muchas barcas y dos bergantines que mandó hacer Cortés poco después de su entrada en aquella capital. (1) Cuando iba a los bosques lo acompañaban dos mil tlaxcaltecas, además de la numerosa comitiva de mexicanos que lo servían continuamente; mas nunca pasaba la noche fuera de su alojamiento.

(1) Para exponer de una vez la vida de Moteuczoma en la prisión, cito algunos sucesos posteriores a los que voy a referir.

SUPPLICIO DEL SEÑOR DE NAUHTLAN Y NUEVO INSULTO
A LA MAJESTAD DEL RFY

Mas de quince días habían pasado después que Moteuczoma mudó de residencia, cuando volvieron los dos sujetos que había enviado a Nauhtlan, trayendo consigo a Cuauhpopoca, a un hijo suyo y a quince nobles cómplices de la muerte de Escalante. Cuauhpopoca venía ricamente vestido sobre una litera. Cuando llegó a los cuarteles se descalzó, según el ceremonial de palacio, y se cubrió de un ropaje tosco. Introducido a presencia del rey y hechas las acostumbradas reverencias, le dijo: "Ved aquí, muy grande y poderoso señor, a vuestro siervo, obediente a vuestras órdenes y pronto a cumplir en todo vuestra voluntad." "Harto mal os habéis conducido en esta ocasión, le respondió indignado el rey, tratando como enemigos a unos extranjeros que yo recibo amigablemente en mi corte, y grande ha sido vuestra temeridad en inculparme tamaño atentado; seréis por tanto castigado como traidor a vuestro soberano"; y queriendo Cuauhpopoca excusarse, no quiso darle oídos y mandó entregarlo a Cortés con sus cómplices, a fin de que examinado el delito, lo castigase con la merecida pena. Cortés les hizo varios interrogatorios y ellos confesaron claramente el hecho, sin inculpar al principio al rey, hasta que viéndose amenazados del tormento, y creyendo inevitable el suplicio, declararon que cuanto habían hecho, les había sido mandado por el rey, sin cuyas órdenes no hubieran osado intentar la menor cosa contra los españoles.

Oída la confesión por Cortés y fingiendo no dar crédito a sus excusas, mandó que fuesen quemados vivos delante del real palacio, como reos de lesa majestad. Pasó inmediatamente a la estancia del monarca, con tres o cuatro capitanes y un soldado que llevaba unos grillos, y sin detenerse en las acostumbradas ceremonias y cumplimientos, le dijo: "Ya, señor, han sido examinados los reos y todos han confesado su delito, inculpándoos a vos, como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen y que merecéis vos mismo, en virtud de su confesión; pero considerando, por otra parte, los grandes beneficios que nos habéis hecho y el afecto que habéis manifestado a mi soberano y a mi nación, quiero concederos la gracia de la vida, ya que no puedo evitar que sufráis una parte de la pena a que os habéis hecho acreedor por vuestro delito." Dicho

esto, mandó airadamente al soldado que le pusiese los grillos en los pies, y sin querer oírlo, le volvió la espalda y se retiró. Fue tan grande el asombro del monarca, viendo sometida a tanto ultraje su persona, que no hizo la menor resistencia, ni prorrumpió en una palabra que denotase su dolor. Mantúvose algún rato privado de sentido. Los criados que lo asistían declararon con mudas lágrimas su dolor y echándose a sus pies le aliviaban con sus manos el peso de los grillos y con montones de algodón le evitaban su contacto. Pasada aquella primera sorpresa, prorrumpió en ademanes de impaciencia; pero serenóse muy en breve, atribuyendo su desventura a la soberana disposición de los dioses.

Terminada apenas aquella atrevida acción, acometió Cortés otra empresa no menos temeraria. Después de haber prohibido la entrada en los cuarteles a los mexicanos que venían a visitar al rey, mandó conducir al suplicio a Cuauhpopoca, a su hijo y a los otros cómplices. Escoltáronlos los mismos españoles armados y en orden de batalla, para contener al pueblo, si intentaba oponerse a la ejecución; pero ¿qué podría hacer aquel pequeño número de extranjeros contra la muchedumbre inmensa de mexicanos, que debían ser espectadores de aquel gran suceso, si Dios, que lo disponía todo para la ejecución de sus altos designios, no hubiese impedido los efectos de tan inaudito atentado? Encendióse la hoguera delante del palacio principal del rey, y la leña consistía en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, espadas y escudos, que estaban en una armería, porque así lo exigió Cortés del rey para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Cuauhpopoca, atado de pies y manos y puesto sobre la hoguera en que iba a perecer, protestó de nuevo su inocencia y repitió que cuanto había hecho, había sido por expreso mandato de su rey; después hizo oración a sus dioses y exhortó a sus compañeros a que muriesen con valor. Encendióse el fuego y en pocos minutos fueron consumidos, (1) a vista

(1) Solís, cuando habla de la sentencia de Cortés contra Cuauhpopoca, dice: "Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos." Con lo que, sin explicar claramente el suplicio de los reos, da a entender que no fueron quemados vivos: este modo de hablar no conviene a la sinceridad que se requiere de un historiador. Procuró disimular lo que no cuadraba con el panegírico de su héroe; pero de poco sirve su artificio, cuando no sólo los otros historiadores, sino el mismo Cortés lo afirma positivamente en su carta a Carlos V. Véase además la Década 2, libro VIII, cap. 9, del cronista Herrera.

de un pueblo innumerable, que se mantuvo quieto, porque se persuadió, como es de creerse, que aquella sentencia se ejecutaba por orden del rey, y es verosímil que se publicaría en su nombre.

No puede justificarse de modo alguno la conducta de Cortés, porque además de haberse arrogado una autoridad que no le competía, si creía en efecto que el rey era el verdadero autor de las revoluciones de Veracruz, ¿por qué condenar a muerte, y a una muerte tan acerba a los que no tenían otro delito que haber ejecutado puntualmente las órdenes de su soberano? Si no creía culpable al rey, ¿por qué someterlo a tanta ignominia, dejando aparte el respeto debido a su carácter, la gratitud que requería su generosidad y la seguridad a que es acreedora la inocencia? Yo conjeturo que Cuauhtemoc tuvo orden del rey de someter a los totonacas a la obediencia de su corona, y no pudiendo obedecer este mandato sin indisponerse con los españoles, como protectores de los rebeldes, llevó las cosas al extremo que dejo referido.

Terminada la ejecución, pasó Cortés a la habitación de Moteuczoma y saludándolo afectuosamente, y ponderando la gracia que le hacía concediéndole la vida, mandó quitarle los hierros. El júbilo que experimentó en aquella ocasión Moteuczoma fué proporcionado a la aflicción que había sentido cuando se los pusieron. Disipóse enteramente el temor que había tenido de perder la vida y recibió la libertad como un beneficio incomparable. ¡Tanto se había envilecido su ánimo! Abrazó con suma ternura a Cortés, manifestándole con singulares expresiones su gratitud, y aquel día hizo grandes finezas a los españoles y a sus vasallos. Cortés mandó retirar la guardia que le había puesto, y le dijo que podía restituirse cuando quisiera a su palacio; pero estaba seguro que no lo haría, pues repetidas veces le había oído decir que no le convenía volver a su antigua habitación, ínterin estuviesen en la Capital los españoles. En efecto, no quiso dejar los cuarteles, alegando el riesgo que corrían Cortés y los suyos, si los abandonaba; mas también puede creerse que contribuyó a esta determinación su propio peligro, no ignorando cuánto desaprobaban sus vasallos el envilecimiento a que se había reducido y su demasiada condescendencia con los extranjeros.

TENTATIVAS DEL REY DE ACOLHUACAN CONTRA LOS ESPAÑOLES

Es verosímil que el suplicio de Cuauhtemoc ocasionase alguna fermentación en la nobleza; pues de ahí a pocos días Cacama-

tzin, rey de Acolhuacan, no pudiendo sufrir la preponderancia que iban adquiriendo los españoles en la corte de México, y avergonzándose de ver a Moteuczoma, su tío, en tan miserable estado, le mandó a decir que se acordase de su alta dignidad, y que no quisiese ser esclavo de aquellos desconocidos; pero viendo que no hacía caso de sus consejos, resolvió hacer la guerra por sí mismo a los españoles. La ruina de éstos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenían aquellos pueblos de Cacamatzin hubiera correspondido a su intrepidez y resolución; pero los mexicanos sospechaban que bajo color de celo por el honor de su tío, ocultaba miras ambiciosas y el designio de usurparle la corona; los totonaecas no lo amaban, por su orgullo y por el mal que había hecho a su hermano Cuicuitzcatzin, el cual, para huir de su persecución, se había refugiado en México y era generalmente estimado por su gallardía y popularidad.

Pasó, pues, Cacamatzin a Tezcoco, y habiendo convocado a sus consejeros y a los principales personajes de su corte, les representó el deplorable estado en que se hallaba la corte de México, por el soberbio arrojo de los españoles y por la pusilanimidad del rey su tío; la autoridad que aquellos pocos extranjeros se iban arrogando, las gravísimas injurias que habían hecho a la persona del monarca, aprisionándolo como si fuera un vil esclavo y aun a los dioses mismos, introduciendo en aquel reino el culto de númenes extraños; exageró las funestas consecuencias que de aquellos principios podían resultar contra la corte y el reino de Acolhuacan. “Es tiempo, decía, de combatir por nuestra religión, por nuestra patria, por nuestra libertad y por nuestro honor, antes que se aumente el poder de estos hombres, o con nuevos refuerzos que vengan de su país, o con nuevas alianzas que en éste contraigan.” Finalmente, les mandó que descubriesen libremente su opinión. La mayor parte de los consejeros se pronunciaron por la guerra, o para complacer al rey, o porque en efecto eran del mismo dictamen; pero algunos ancianos, a quienes todos miraban con veneración, dijeron al rey sin empacho que no se dejase tan fácilmente llevar por el ardor de la juventud; que antes de tomar una resolución, considerase que los españoles eran hombres belicosos y resueltos y peleaban con armas superiores; que no considerase tanto su parentesco con Moteuczoma, como la alianza y amistad de éste con los españoles; que esta amistad, de que existían pruebas tan positivas, lo induciría a sacrificar a la

ambición de aquellos extranjeros, todos los intereses de la sangre y de la patria.

A pesar de estas representaciones, se abrazó el partido de la guerra y empezaron a hacerse inmediatamente con el mayor secreto los preparativos; pero no dejaron de saberlos Moteuczoma y Cortés. Este entró en gravísima inquietud; mas considerando, por otra parte, que salía bien en todas las empresas temerarias, pensó en evitar el golpe, marchando con sus tropas a dar el asalto a Tezcoco. Moteuczoma lo disuadió de tan osado proyecto, informándolo de las fuerzas de aquella corte y de la inmensa muchedumbre de sus habitantes. Determinó, pues, Cortés, enviar una embajada a aquel monarca, recordándole la amistad que mutuamente se habían prometido en Ayotzinco, cuando fue a verlo de parte de su tío, y diciéndole que reflexionase cuán fácil es emprender la guerra y cuán difícil terminarla ventajosamente; por fin, que más le convendría mantenerse en buena correspondencia con el rey de Castilla y con la nación española. Cacamatzin respondió que no podía tener por amigos a los que le quitaban el honor, a los que oprimían la patria, a los que ultrajaban a su familia y despreciaban su religión; que no sabía, ni le importaba saber quién era el rey de Castilla; que si quería evitar el golpe que le amenazaba, saliese inmediatamente de México y regresase a su país.

A pesar de ser tan violenta la respuesta, Cortés le envió otro mensaje; pero habiéndole contestado en el mismo tono que la vez primera, se quejó amargamente a Moteuczoma, y para más empeñarlo, fingió sospechar de él que tenía algún influjo en los designios hostiles de su sobrino. Moteuczoma se justificó de aquel agravio con las protestas más sinceras y se ofreció a interponer su autoridad. Envió, pues, a decir a Cacamatzin que viniese a visitarle a su corte y que él hallaría modo de ajustar aquella disensión. Cacamatzin, indignado al ver a Moteuczoma más empeñado en favor de los que oprimían su libertad, que en el de quien se esforzaba en restituírsela, le respondió que si después de tanta infamia hubiera quedado en su alma el menor sentimiento de honor, se avergonzaría de verse hecho esclavo de cuatro aventureros, que mientras lo halagaban con palabras, lo ultrajaban con sus hechos; que pues no bastaba a moverlo ni el celo de la religión y de los dioses acolhuas, despreciados por aquellos hombres, ni la gloria de sus abuelos, eclipsada y envilecida por

su cobardía, él quería defender su religión, vengar a los dioses, conservar su reino y recobrar el honor y libertad de la nación mexicana y de su monarca; que iría en efecto a la corte, como se lo rogaba; pero no con las manos en el seno, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los mexicanos con la sangre de los españoles.

PRISION DEL REY DE ACOLHUCAN Y DE OTROS SEÑORES Y
EXALTACION DEL PRINCIPE CUICUITZCATZIN

Consternóse Moteuczoma al oír esta respuesta, temiendo ser víctima, en aquella tempestad, o de la venganza de los españoles o del furor de Cacamatzin; por lo que se decidió a tomar un partido extremo para impedirla y salvar su vida por medio de una traición. Dió instrucciones secretas a unos oficiales mexicanos que servían en la guardia del rey su sobrino, para que con la mayor diligencia y astucia se apoderasen de él y lo condujesen cuidadosamente a México, porque así convenía al bien público del estado. Sugirióles al modo de ejecutarlo y quizás les haría algún regalo o les ofrecería alguna recompensa para estimularlos a llevar a cabo su designio. Ellos se confabularon con otros oficiales y domésticos del rey Cacamatzin, que reconocieron dispuestos a ayudarlos y con su socorro obtuvieron todo lo que Moteuczoma deseaba. Uno de los palacios del rey de Acolhuacan estaba construido a orillas del lago, de tal manera, que por un canal que corría por debajo, podían entrar y salir barcos. Allí residía entonces Cacamatzin, y los conjurados dispusieron un buen número de barcos con gente armada, y en la obscuridad de la noche, que tantos delitos cubre y favorece, atacaron de improviso al rey, con tanta prontitud, que antes que viniesen los suyos a su socorro, lo pusieron en un barco y lo llevaron sin perder tiempo a México. Moteuczoma, sin respeto alguno al carácter de soberano, ni a su parentesco con el príncipe Cacamatzin, lo entregó inmediatamente a Cortés. Este general, que según aparece en toda su conducta, no tenía la menor idea del respeto que se debe a la majestad real, aun en la persona de un bárbaro, mandó encadenarlo y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Las reflexiones a que dan lugar este y otros extraordinarios sucesos de esta Historia, son tan triviales, que no juzgo necesario interrumpir con ellas el curso de mi narración.

Cacamatzin, que había empezado su infausto reinado con las disensiones de su hermano Ixtlilxochitl y con la división de sus dominios, lo acabó con la pérdida de la corona, de la libertad y de la vida. Determinó Moteuczoma, con aprobación de Cortés, que la corona de Acolhuacan se diese al príncipe Cuicuitzcatzin, que había sido hospedado en el palacio de su tío, desde que por huir de la persecución de Cacamatzin se refugió en México, e imploró su protección. (1) En esta elección se hizo agravio a los príncipes Coanacotzin e Ixtlilxochitl, que por haber nacido de la reina Xocotzin, tenían más derecho a la corona. No se puede saber el motivo que tuvo el rey de México para desechar a Coanacotzin, y por lo que hace a Ixtlilxochitl, parece que no quiso aumentar el poder de un enemigo tan formidable. Como quiera que sea, Moteuczoma hizo proclamar rey a Cuicuitzcatzin, y lo acompañó con Cortés hasta el barco en que debía pasar el lago, recomendándole la amistad de los mexicanos y de los españoles, pues a unos y a otros era deudor de la corona.

Pasó Cuicuitzcatzin a Tezcoco acompañado de muchos nobles de una y otra corte, y allí fué recibido con aclamaciones, con bailes y arcos de triunfo, llevándolo la nobleza en una litera desde el barco hasta su palacio, donde el noble más anciano lo felicitó en un largo discurso, a nombre de toda la nación, exhortándolo a amar a sus vasallos y prometiendo que ellos lo amarían como padre y lo respetarían como señor. No es posible expresar el dolor que estas nuevas ocasionaron a Cacamatzin, viéndose en la flor de la juventud (pues no tenía más de veinticinco años), privado de la corona que tres años antes había heredado de su padre y reducido a la estrechez y soledad de una cárcel, por el mismo rey a quien deseaba libertar y por los mismos extranjeros que había pensado arrojar de aquellos estados.

Tenía ya Cortés en su poder a los dos más poderosos soberanos de Anáhuac, y no tardó mucho en apoderarse también del rey de Tlacopan, de los señores de Itztapalapan y Coyohuacan, hermanos los dos de Moteuczoma, de dos hijos de este mismo rey,

(1) Cortés, en su carta a Carlos V, dice que Cuicuitzcatzin era hijo de Cacamatzin; mas esto es error del copista o del mismo Cortés, pues consta que eran hermanos de padre; además, Cortés dice que Cacamatzin era un joven de veinticinco años y representa a Cuicuitzcatzin en edad de poder ya gobernar. Finalmente, en otra carta de 15 de mayo de 1522, afirma que estos dos príncipes eran hermanos.

de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, de uno de los sumos sacerdotes de México y de muchos otros personajes de la más alta jerarquía. Ignóranse las circunstancias de todos estos arrestos; mas es de presumir que los prendería uno a uno, cuando iban a visitar a Moteuczoma.

SUMISION DEL REY MOTEUCZOMA Y DE LA NOBLEZA MEXICANA AL REY DE ESPAÑA

Animado el general español con tan prósperos sucesos y viendo al rey de México enteramente sometido a su voluntad, le dijo que era ya tiempo de que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente del rey y dios Quetzalcoatl. Moteuczoma, que ya no tenía valor para contradecirlo, convocó a la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Acudieron todos prontamente a recibir sus órdenes y reunidos en una gran sala del cuartel, en presencia de Cortés y de otros españoles, les dirigió el rey un largo discurso, en que les manifestó el amor que a todos tenía como padre, de quien no debían temer que les propusiese lo que no fuera justo y ventajoso. Les recordó la antigua tradición sobre la devolución del Imperio Mexicano a los descendientes de Quetzalcoatl, de quien habían sido lugartenientes él y todos sus predecesores, y los fenómenos observados en los elementos que significaban, según la interpretación de los sacerdotes y de los adivinos, ser llegado el tiempo de que se cumpliesen aquellos oráculos. Yo no dudo que también haría mención del memorable suceso y vaticinio de su hermana Papantzin, que ya he referido, el cual habría sido en gran parte la causa de su apocamiento. Siguió comparando las circunstancias de los españoles con las de la tradición, y concluyó diciendo que el rey de España era en realidad el legítimo descendiente de Quetzalcoatl, y que por tanto le cedía el reino y le prestaba obediencia, mandando a todos hacer lo mismo. (1) Al con-

(1) Las circunstancias de este suceso se refieren en las historias con tanta variedad, que no hay dos de ellas que estén perfectamente de acuerdo. En mi narración he procurado seguir a Cortés y a Bernal Díaz, que fueron testigos oculares. Solís afirma que el reconocimiento de Moteuczoma fue un mero artificio; que no tuvo jamás intención de cumplir lo que prometía; que su intento era desembarazarse de los españoles y contemporizar, para dar rienda después a su ambición, sin curarse de su palabra. Pero si el acto de Moteuczoma fue un mero artificio, si no pensaba cumplir su

fesarse súbdito de otro soberano, sintió tan gran pena, que no pudo seguir hablando y las lágrimas substituyeron las palabras. Al llanto del rey siguieron tan amargos sollozos de los concurrentes, que enternecieron y movieron a piedad a los españoles. Cesaron aquellas demostraciones de dolor y quedaron todos sumergidos en un melancólico silencio, que interrumpió uno de los más distinguidos señores mexicanos, diciendo: "Pues es llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos y los dioses quieren y vos mandáis que seamos súbditos de otro señor, ¿qué hemos de hacer nosotros sino someternos a las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?"

Cortés entonces dió gracias al rey y a todos los señores que estaban presentes, por su pronta y sincera sumisión y declaró que su soberano no pretendía quitar la corona al rey de México, sino hacer reconocer su alto dominio en aquellos estados; que Moteuczoma no sólo seguiría mandando a sus súbditos, sino que ejercería la misma autoridad sobre todos los otros pueblos que se sometiesen al rey de España. Disuelta la asamblea, mandó hacer Cortés un instrumento público de aquel acto, con todas las solemnidades que juzgó convenientes para enviarlo a su corte.

promesa, ¿por qué al confesarse vasallo de otro monarca sintió tanto dolor, que se le turbó la voz y derramó lágrimas, como el mismo escritor afirma? No necesitaba de tanta ficción para quitarse de encima a los españoles. ¡Cuántas veces pudo, con hacer una seña a sus súbditos, o sacrificar los españoles a sus dioses, o dejándoles la vida, hacerlos conducir atados al puerto, para que de allí pasasen a Cuba! Toda la conducta de Moteuczoma está en contradicción con los sentimientos que Solís le atribuye; pero nada desmiente tanto su acusación, como el claro testimonio dado por el gobierno español, el cual, en muchos documentos expedidos en favor de la real descendencia de aquel monarca, concediéndole exenciones y privilegios extraordinarios, declara que estos privilegios no pueden servir de ejemplo a ninguna otra casa, pues "ninguna, añade, ha hecho a la España tan gran servicio, como el que le hizo el emperador Moteuczoma, incorporando a aquella corona, con su voluntaria cesión, un reino tan rico y tan grande como el de México." Si la obediencia prestada por Moteuczoma al rey Católico, hubiera sido como la representa Solís, se diría que la corte de España creía incorporado el reino de México a la corona de Castilla, en virtud de una cesión fingida y engañosa y de un mero artificio de Moteuczoma; lo que sería gravemente injurioso a la rectitud de los reyes Católicos. Betancourt, en la 2.^a parte, tratado 1.^o de su **Teatro Mexicano**, cita los referidos documentos, los cuales se conservarán, sin duda, originales en los archivos de los condes de Motezuma y Tula.

PRIMER HOMENAJE DE LOS MEXICANOS A LA CORONA
DE CASTILLA

Dado con tanta felicidad este primer paso, Cortés representó a Moteuczoma, que pues había ya reconocido al rey de España como soberano de aquellos países, era necesario manifestar su subordinación, por medio de alguna contribución de oro o plata, alegando para esto el derecho que los soberanos tenían de exigir este homenaje de sus vasallos, para mantener el esplendor de su corona, para pagar a sus ministros, para soportar los gastos de la guerra y para las otras necesidades del Estado. Moteuczoma, con regia magnificencia, le dió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba, como hemos dicho, en aquel mismo palacio, y del cual nada había tomado aún Cortés, aunque el rey le había dado el permiso expreso de tomar cuanto quisiese. Todo aquel gran depósito de riquezas pasó a manos de los españoles, juntamente con todo lo que contribuían los vasallos feudatarios de la corona; lo que componía tan considerable suma, que después de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés lo bastante para pagar las deudas que había contraído en Cuba en el armamento de su expedición y remunerar a sus oficiales y soldados, quedándole una provisión suficiente para los gastos que podría hacer en el porvenir. Para el rey se destinaron, además del quinto del oro y la plata, varios objetos que parecieron dignos de conservarse enteros por su maravilloso artificio, y que, según el cómputo del mismo general, importaban más de cien mil ducados; mas la mayor parte de estas riquezas se perdieron, como después veremos.

INQUIETUDES DE LA NOBLEZA DE MEXICO Y NUEVOS
TEMORES DE MOTEUCZOMA

Triunfaban los españoles al verse dueños a tan poca costa de tantas riquezas, y por haber sometido a su rey, sin esfuerzo, un estado tan vasto y opulento; mas esta felicidad los había envanecido y era necesario, según la condición de la especie humana, que alternasen los sucesos prósperos con los adversos. La nobleza mexicana, que hasta entonces se había mantenido en un respetuoso silencio, por su gran deferencia al soberano, viéndolo ya reducido a tanta humillación, aherrojados el rey de Acolhuacan y otros altos personajes, y sometida la nación a un príncipe

extranjero, a quien no conocía, empezó desde luego a murmurar y después a explicarse con más franqueza, a formar juntas y reuniones, a censurar su propia tolerancia, y por último, según parece, a levantar tropas para sacudir la opresión que el rey y el pueblo padecían. Hablaron a Moteuczoma algunos de sus favoritos, y le representaron la pena que experimentaban sus vasallos al verlo en aquella condición, disminuído su poder y obscurecido el esplendor de su corona, y la fermentación que empezaba a notarse, tanto en la nobleza, como en la plebe, impacientes del yugo extranjero que se les imponía y ofendidas de verse condenadas a sacrificar a un rey desconocido el fruto de sus sudores. Exhortáronlo a disipar el temor que se había apoderado de su alma y a recobrar su autoridad primera, pues si no lo hacía, lo harían por él sus vasallos, los cuales estaban decididos a echar de la capital y del reino aquellos huéspedes tan insolentes y perniciosos. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detrimento que sufría la religión y lo amedrentaron con las amenazas que atribuían a sus dioses irritados, de negar la lluvia a los campos y su protección a los mexicanos, si no arrojaba aquellos hombres tan contrarios a su culto. Algunos escritores, demasiado fáciles en creer sucesos maravillosos, dicen que el demonio se apareció al rey, amenazándolo con los males que haría a su persona y a su reino, si sufría más tiempo a los españoles y prometiéndole, si los arrojaba, perpetuar en su familia la corona de México y prodigar las venturas a sus súbditos.

Movido Moteuczoma por tantas representaciones y amenazas, avergonzado de la cobardía que se le echaba en cara y enternecido al ver la desgracia de su sobrino Cacamatzin, a quien siempre había amado con la mayor ternura, la de su hermano Cuitlahuatzin y la de otros personajes de la primera nobleza; aunque no consintió en sacrificar la vida de los españoles, como algunos le aconsejaban, se resolvió a decirles claramente que saliesen de sus estados. Mandó, pues, llamar a Cortés, el cual, noticioso de las conferencias secretas que había tenido el rey los días anteriores, con sus ministros, con los nobles y con los sacerdotes, sintió gran turbación en su ánimo al recibir aquel mensaje; pero disimulando cuanto pudo su inquietud, se presentó a Moteuczoma acompañado por doce españoles. El rey lo recibió con menos agrado que el que acostumbraba mostrarle y le descubrió claramente su resolución. “No podéis dudar, le dijo, del gran amor de que

os he dado tantos y tan repetidos testimonios. Hasta ahora no sólo os he visto con placer en mi corte, sino que he querido venir a residir en vuestra compañía, por la singular satisfacción que he experimentado en vuestra familiaridad y trato. Por mi parte, no tengo el menor inconveniente en dejaros permanecer aquí, dándoos cada día mayores pruebas de mi benevolencia; pero no puede ser, pues ni los dioses lo permiten, ni lo consienten mis vasallos. Me hallo amenazado con los más terribles castigos del cielo, si os consiento más tiempo en mis estados, y ya se ha empezado a notar tanta inquietud en mis súbditos, que si no extirpo prontamente la causa, me será después imposible contenerla. Es necesario, pues, tanto por mi bien y el vuestro, como por el de estos países, que os apercibáis a regresar prontamente a vuestra patria." Cortés, aunque penetrado del más acerbo dolor, afectando una gran serenidad, le dijo que su ánimo era obedecerlo; pero que careciendo absolutamente de barcos para su vuelta, por haberse destruído los que lo trajeron de Cuba, necesitaba tiempo, operarios y materiales para construir otros. Moteuczoma, lleno entonces de júbilo, al ver la prontitud con que el general español se disponía a complacerlo, lo abrazó y le dijo que no corría tanta prisa su viaje; que construyese los buques y que él le suministraría, así la madera necesaria, como la gente que la cortase y la llevase al puerto. En efecto, mandó que se dispusiese un buen número de trabajadores y que se cortase la madera de un pinar, poco distante del puerto de Chiahuitztlan, y Cortés, por su parte, envió algunos españoles que dirigiesen el corte, esperando que entretanto mudaría el aspecto de las cosas en México, o que le llegasen nuevos socorros de las islas o de España. (1)

Ocho días después de tomada aquella resolución, mandó Moteuczoma llamar otra vez a Cortés, lo que puso a éste en mayor sobresalto. El rey le dijo que no necesitaba construir los buques, pues acababan de llegar al puerto de Chalchiuhcuecan diez y ocho, semejantes a los suyos destruídos, en los cuales podía embar-

(1) Algunos historiadores dicen que cuando Moteuczoma llamó a Cortés para intimarle la orden de su partida, había preparado un ejército con el fin de hacerse obedecer por fuerza si los españoles resistían; pero hablan de esto con gran variedad, pues unos dicen que el ejército preparado era de 100,000 hombres, otros reducen este número a la mitad, y otros, finalmente, lo reducen a 5,000. Yo creo que hubo algunos preparativos hostiles, mas no por orden del rey, sino por la de algunos nobles de los que habían tomado tanto empeño en el negocio.

carse con su gente; que aligerase por tanto su salida, pues así convenía al bien del reino. Cortés, disimulando el júbilo que le ocasionaba aquella noticia y dando gracias interiormente a Dios por haberle enviado tan oportuno socorro, respondió que si aquellos barcos debían hacer viaje a Cuba, estaba pronto a partir; pero que de otro modo le era preciso continuar la obra empezada. Vió y examinó las pinturas de aquella armada, que enviaban al rey los gobernadores de la costa y no dudó que fuese española; pero lejos de pensar que se componía de enemigos suyos, se persuadió que habían vuelto los procuradores enviados por él un año antes a la corte de España y que traían consigo los despachos reales y un buen número de tropas para la conquista.

ARMADA DEL GOBERNADOR DE CUBA CONTRA CORTES

Este gran consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval, gobernador de la Colonia de Veracruz, en que le noticiaba que aquella expedición, compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y más de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando del general Pánfilo de Narváez, era enviada por Diego Velázquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor a su soberano. Recibió este fuerte golpe Cortés en presencia de Moteczuma; pero sin dejar ver en su semblante la menor turbación, le dió a entender que los que habían aportado a Chalchiuhcuecan eran nuevos compañeros que venían de Cuba. Del mismo disimulo usó para con sus españoles, hasta que tuvo bien preparados sus ánimos.

No hay duda que ésta fue una de aquellas ocasiones en que Cortés hizo alarde de su invicta constancia y magnanimidad. Hallábase, de un lado, amenazado por todo el poder de los mexicanos si permanecía en la corte; por otro, veía contra sí un ejército de sus mismos compatriotas, muy superior al suyo; pero su penetración, su singular destreza y su maravilloso brío, hicieron muy en breve mudar de aspecto al mal que lo amenazaba. Procuró, tanto por cartas, como por el ministerio de algunos mediadores, de quienes más se fiaba, conciliarse el ánimo de Narváez, haciéndole varios partidos y representándole las ventajas que resultarían a los españoles si se unían y obraban de acuerdo los dos ejércitos, y por el contrario, los males que acarrearía a unos y a otros la

discordia. Narváez, por consejo de tres desertores de Cortés, había ya desembarcado toda su tropa en la costa de Cempoala y se había acuartelado en aquella ciudad, cuyo señor, conociendo que aquellos extranjeros eran españoles, y creyendo que venían a unirse con su amigo Cortés, o temeroso de su poder, los acogió con grandes honores y los proveyó de todo cuanto necesitaban. Moteuczoma, creyendo lo mismo al principio, envió a Narváez ricos presentes y dió orden a sus gobernadores que le hiciesen los mismos obsequios que a Cortés; pero de ahí a poco, conoció la discordia que entre ellos existía, a pesar del gran disimulo de éste, y de los esfuerzos con que procuraba impedir que llegase aquella noticia a oídos del rey y de sus súbditos.

Tuvo entonces Moteuczoma la mejor ocasión que podía apetecer para destruir los dos ejércitos españoles, si hubiese abrigado en su corazón los sangrientos designios que muchos historiadores le imputan. Narváez procuró indisponerlo con Cortés y con su partido, acusándolo de traidor, prometiendo castigar la inaudita temeridad de aprisionar al mismo rey y ofreciéndose a libertarlo a él y a toda la nación de la opresión en que gemían; pero Moteuczoma, lejos de ceder a estas sugerencias y de proceder de modo alguno contra Cortés, cuando éste le dió parte de la expedición que proyectaba contra Narváez, se mostró apesadumbrado por el riesgo que iba a correr, peleando contra fuerzas tan superiores y ofreciéndole un gran ejército en su auxilio.

Ya había agotado Cortés todos los recursos de que podía echar mano para proporcionar un convenio pacífico y ventajoso a ambos ejércitos, sin otro resultado que nuevos desprecios y amenazas del arrogante y fiero Narváez. Viéndose, pues, obligado a hacer la guerra a sus compatriotas y no atreviéndose a fiarse del socorro que le ofrecía Moteuczoma, rogó al senado de Tlaxcala que apercibiese cuatro mil soldados para llevarlos consigo y envió a Chinantla uno de los suyos, llamado Tobilla, hombre práctico en la guerra, a fin de que pidiese dos mil hombres a aquella belicosa nación y se proveyese de trescientas picas de las que usaban los mismos chinantecas, que por ser más fuertes y largas que las de los españoles, le parecían excelentes para resistir a la caballería contraria. Dejó en México ciento y cuarenta españoles, con todos sus aliados, bajo el mando del capitán Pedro de Al-

varado, (1) recomendándoles que guardasen y tratarasen bien al rey y procurasen mantenerse en buena armonía con los mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moteuczoma le dijo que dejaba en su lugar al capitán **Tonatiuh** (con este nombre del sol apellidaban a Alvarado, porque era rubio), encargándole que complaciese en todo a su majestad; que le rogaba continuase protegiendo a los españoles; que él salía al encuentro de aquel capitán recién venido, y a poner por obra cuanto estuviese a sus alcances para ejecutar sus reales órdenes. Moteuczoma, después de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo mandó proveer abundantemente de víveres y de hombres de carga para la conducción del bagaje, y lo despidió con la mayor amabilidad.

Salió Cortés de México a principios de mayo de 1520, después de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mexicana, que quiso acompañarlo por una parte del camino. Algunos historiadores dicen que estos mexicanos iban a espiar lo que ocurriese y dar cuenta de ello al rey; mas Cortés no lo creyó así, aunque tampoco se fiaba mucho de ellos. Hizo su viaje por Cholula, donde se unió con el capitán Velázquez, que volvía de Coatzacoalco, a donde lo había enviado Cortés con alguna tropa para buscar un puerto cómodo. Allí recibió nuevas provisiones de víveres que le enviaba el senado de Tlaxcala; pero no los cuatro mil hombres que había pedido, o porque los tlaxcaltecas no osasen venir otra vez a las manos, como dice Bernal Díaz, o porque no quisiesen alejarse tanto de su patria, como conjeturan otros historiadores, o porque viendo a Cortés con fuerzas tan desproporcionadamente inferiores a las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedición. Algunas jornadas antes de llegar a Cempoala se le unió el soldado Tobilla, con las trescientas picas de Chinantla, y en Tapanacuetla, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el famoso capitán Sandoval, que venía con sesenta soldados de la guarnición de Veracruz.

(1) Bernal Díaz dice que los españoles que quedaron en México fueron ochenta y tres. En las ediciones modernas de las **Cartas** de Cortés, se dice que fueron 500; pero en una edición antigua se halla 140, lo que me parece cierto, atendido el número total de las tropas españolas. El número de 500 es falso y contrario a la relación del mismo Cortés.

VICTORIA DE CORTES CONTRA NARVAEZ

Finalmente, después de haber hecho nuevas proposiciones a Narváez y distribuído algún oro entre los partidarios de aquel arrogante general, entró Cortés en Cempoala a media noche, con doscientos cincuenta hombres, (1) sin caballos, ni otras armas que picas, espadas, rodela y puñales, y encaminándose cautelosamente y sin hacer ruido, al templo mayor de aquella ciudad, donde se habían acuartelado sus enemigos, les dió tan furioso asalto, que antes de venir el día, se había hecho dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y de los caballos, quedando muertos sólo cuatro de sus soldados, quince de los de Narváez y muchos heridos de una y otra parte. (2) Hízose reconocer por todos capitán general y supremo magistrado, mandó encadenar en la fortaleza de Veracruz a Narváez y a Salvatierra, hombre distinguido y enemigo jurado suyo, y dispuso que se quitasen de los buques las velas, las brújulas y los timones. Apenas empezó a rayar el día, que era el domingo de Pentecostés, 27 de mayo, llegaron los chinantecas, (3) en buen orden y bien armados, los cuales vinieron a ser testigos del triunfo de Cortés y de la vergüenza de los partidarios de Narváez, que habían sido vencidos por tan pocos contrarios y no tan bien armados como ellos. La felicidad de esta expedición se debió en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual subió al templo, con ochenta hombres, en medio de una lluvia de saetas y balas, asaltó el santuario, donde se había fortificado Narváez y se apoderó de su persona.

Hallándose entonces Cortés con diez y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa española, y de cien caballos y sufi-

(1) Bernal Díaz dice que Cortés fue a Cempoala con 206 hombres; Torquemada cuenta 266 y 5 capitanes; pero Cortés, que lo sabía mejor que ellos, afirma que eran 250.

(2) Hay variedad en los autores acerca del número de los muertos en el asalto; yo pongo el que me parece más verosímil, atendidos los datos de diversos historiadores.

(3) Algunos dicen que los chinantecas tomaron parte en el asalto; pero Bernal Díaz estuvo presente y afirma lo contrario. Cortés no hace mención de esta circunstancia. Quien desee informarse de todos los pormenores de aquella gloriosa expedición de Cortés, podrá consultar a los historiadores de la Conquista; yo los omito por no pertenecer exclusivamente a mi asunto.

ciente número de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones en la costa del Golfo, y había ya nombrado los jefes que debían mandarlas y la gente que debía componerlas, cuando le llegaron noticias infaustas de México, que trastornaron sus planes y lo obligaron a volver precipitadamente a aquella capital.

SUBLEVACION DEL PUEBLO DE MEXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES

Durante la ausencia de Cortés ocurrió en México la fiesta de la incensación de Huitzilopochtli, que se hacía en el mes Toxcatl, el cual empezó aquel año a 13 de mayo. Esta función, la más solemne del año, se celebró con baile del rey, de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Rogaron los nobles al capitán Alvarado que permitiese que el rey pasase al templo a cumplir con los deberes que la religión le imponía; pero Alvarado no quiso ceder a sus instancias, o porque así se lo había mandado Cortés, o porque temiese que los mexicanos maquinasen alguna tropelía, viéndose con el rey en su poder, y sabiendo cuán fácilmente se vuelven en tumulto los regocijos públicos. Tomóse, por tanto, el partido de hacer el baile en el patio del palacio que servía de cuartel a los españoles, (1) o por disposición de aquel capitán, o por orden del mismo rey, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sujetos de la primera nobleza (cuyo número no consta, pues los autores varían de seiscientos a dos mil), cubiertos todos de adornos de oro, piedras y plumas. Empezaron a cantar y a bailar al son de los instrumentos, y entretanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas: cuando vió a los mexicanos más distraídos y quizás fatigados del baile, hizo señal a su tropa que los atacase; lo que verificó con furia contra aque-

(1) Los historiadores de la Conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del Templo Mayor; pero no es verosímil que la inmensa concurrencia que allí asistía permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armerías, donde podían tomar armas para oponerse a la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creíble que los españoles se expusiesen a tan inminente peligro. Cortés y Bernal Díaz no hacen mención del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fue el palacio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rey. La inverosimilitud que se nota en la relación de los historiadores y el juicio y antigüedad del P. Acosta, me obligan a preferir su autoridad a la de aquéllos.

llos desventurados, que por estar desarmados y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia ni huir, hallándose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos que exhalaban al cielo los moribundos y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fue en extremo sensible a los mexicanos, porque en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre aquel argumento, tristes elegías, que se conservaron muchos años después de la Conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron a los cadáveres de toda la riqueza que los cubría.

Ignórase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado a un hecho tan temerario y cruel. Algunos dicen que no tuvo otro que la maldita sed de oro: (1) otros afirman, y parece más verosímil, que habiendo tenido noticia de que los mexicanos querían en aquella fiesta dar un golpe a los españoles para substraerse a su opresión y poner en libertad al rey que tenían aprisionado, el jefe español quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar de que **el que ataca vence**. (2) Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fue tan bárbara como imprudente.

Irritada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entonces a los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas el cuartel, con tanto ímpetu, que arruinaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio y quemaron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro destruído. Aquella noche des-

(1) Los historiadores mexicanos, el P. Sahagún en su *Historia M. S.*, Las Casas en su formidable escrito sobre la **Destrucción de los indios**, y Gomara en su *Crónica de la Nueva España*, atribuyen el arrojó de Alvarado a su codicia; mas yo no puedo creerlo sin pruebas convincentes. Gomara y Las Casas siguieron a Sahagún, y éste a los informes de los mexicanos, que, como enemigos de los españoles, no son dignos de fe en este caso.

(2) Es enteramente increíble que los mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasión del baile para maquinar una traición contra los españoles, como muchos historiadores suponen, y absurdo lo que dice Torquemada, que tenían ya preparadas las ollas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar a Alvarado. Lo que me parece más verosímil es que los tlaxcaltecas, por el gran odio que tenían a los mexicanos, hicieron creer a este capitán la supuesta traición. En la historia de la Conquista tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugestiones inventadas por los tlaxcaltecas.

cansaron de las fatigas del día; pero al siguiente fue tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos, y en efecto, no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedió a seis o siete, a no haberse mostrado el rey al tropel de combatientes y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto a la persona del monarca contuvo al pueblo, y desde entonces no atacó con armas el cuartel; mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines que Cortés había mandado construir para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas y resolvió sitiar por hambre a los españoles, negándoles los víveres e impidiendo que se introdujesen en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado avisó a Cortés, por dos mensajeros tlaxcaltecas, rogándole que apresurase su vuelta, si no quería hallarlos muertos a todos. Lo mismo le envió a decir Moteuczoma, haciéndole saber cuán sensible le había sido la sublevación de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán **Tonatiuh**.

Cortés, después de haber dado las órdenes convenientes para trasferir la colonia de Veracruz a un sitio más próximo a Chalchiuhcuecan, lo que no pudo ejecutarse por entonces, marchó con su gente, a grandes jornadas, hacia la capital. En Tlaxcala fue magníficamente hospedado en el palacio del príncipe Maxixcatzin. Allí hizo la reseña de sus tropas y halló noventa y seis caballos y mil trescientos peones españoles, a los que se unieron dos mil tlaxcaltecas que le dió la República. Con este ejército entró en México el 21 de junio, sin hallar oposición alguna en la entrada; pero muy en breve echó de ver síntomas de la fermentación popular, tanto por la poca gente que vió en las calles, cuanto por algunos puentes de los canales que se habían levantado. Cuando llegó a los cuarteles, con grandes demostraciones de júbilo de una y otra parte, Moteuczoma salió al patio a recibirlo con las más obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, o insolentado por la victoria que había conseguido contra Narváez, o por las fuerzas respetables que traía a sus órdenes, o persuadido de que le convenía fingirse enfadado con el rey, como creyéndolo culpable del alboroto de sus súbditos, pasó de largo, sin fijar en él la atención. El rey, atravesado del más vivo dolor al verse tratado tan indignamente, se fue a su es-

tancia, donde se le aumentó la pesadumbre con la noticia que inmediatamente le trajeron sus servidores, de las palabras injuriosas que había proferido contra su majestad, el general español. (1)

Reprendió Cortés severísimamente al capitán Alvarado y le hubiera impuesto el castigo que merecía, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo y del culpable. Preveía la borrasca que iba a estallar sobre su ejército, y no le pareció prudente en aquella ocasión tener por enemigo a uno de los más valientes capitanes de sus tropas.

Con los refuerzos que trajo Cortés a México tenía un ejército de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en el alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del Templo Mayor, en la parte más próxima a los cuarteles. Con la muchedumbre creció la penuria de víveres, ocasionada por la falta del mercado. Mandó Cortés entonces a decir a Moteuczoma, con grandes amenazas, que diese orden de que se celebrase el mercado, a fin de que ellos se proveyesen de cuanto necesitaban. Moteuczoma respondió que los personajes de más autoridad de que podía fiarse para la ejecución de aquella orden se hallaban, como él, privados de libertad; que soltase algunos de ellos para que se le complaciese en lo que pedía. Cortés sacó de la prisión al príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, estando muy lejos de pensar que la libertad de aquel personaje ocasionaría la ruina de los españoles; pues no sólo no regresó al cuartel, ni restableció el mercado, o porque no quisiese favorecer a los extranjeros, o porque no consintiesen en ello los mexicanos, sino que éstos lo obligaron a ejercer su empleo de general y él fue quien desde entonces mandó las tropas y dirigió las hostilidades, hasta que por muerte de su hermano fue elegido rey de México.

(1) Solís no da crédito al desprecio que Cortés hizo de Moteuczoma, y por defender a su héroe, agravia a Bernal Díaz que lo afirma, como testigo ocular y al Cronista Herrera, que lo asegura fundado en buenos documentos. Acusa injustamente a Díaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que quizás adoptaría aquella versión, para aplicarle una sentencia de Tácito; "ambición, añade, peligrosa en el historiador;" pero en ninguno tanto como en el mismo Solís, pues todo hombre imparcial que lea su obra, verá que este autor, en lugar de ajustar las sentencias a la narración, ajusta la narración a las sentencias. Por fin, si no alega mejores razones que las que usa contra Bernal Díaz, debemos creer a éste, que presencié el lance.

COMBATES ENTRE MEXICANOS Y ESPAÑOLES EN LA CAPITAL

El día en que Cortés entró en México no hicieron ningún movimiento sus habitantes; pero al siguiente, empezaron a hacer uso de las hondas y dispararon tantas piedras a los españoles, que parecía, según dice Cortés, una tempestad. Siguieron las flechas en tanto número, que cubrieron todo el patio, siendo tan excesivo el de los combatientes, que no se veía el suelo de las calles. No pareció bien a Cortés mantenerse en la defensiva, porque no se atribuyese a cobardía y cobrasen más ánimo sus enemigos; hizo por tanto, una salida con cuatrocientos hombres, parte españoles y parte tlaxcaltecas. Los mexicanos se fueron retirando con poca pérdida, y Cortés, después de haber pegado fuego a algunas casas, volvió a sus cuarteles; pero viendo que los enemigos continuaban sus hostilidades, mandó salir al capitán Ordaz con doscientos soldados. Los mexicanos fingieron huir y desordenarse, para alejarlos de su alojamiento, como en efecto lo obtuvieron; pero de repente se vieron los españoles rodeados de enemigos, y atacados por frente y retaguardia, aunque tan tumultuariamente, que los mexicanos se embarazaban unos a otros. Al mismo tiempo se dejó ver sobre las azoteas una gran muchedumbre, que no cesaba de tirar piedras y flechas. Halláronse entonces los españoles en gran peligro, y aquella ocasión fue una de las muchas en que dió pruebas de su arrojo el valiente Ordaz. El combate fue muy sangriento, aunque sin gran daño de los españoles, los cuales, con los mosquetes y las ballestas limpiaron las azoteas, y con las picas y espadas rechazaron a la turba que inundaba la calle; así pudieron finalmente retirarse, dejando muertos muchos mexicanos, y de los suyos no más de ocho; pero todos salieron heridos, incluso el animoso jefe. Uno de los daños que hicieron aquel día los mexicanos a los españoles, fue el pegar fuego al cuartel en varios puntos, y en uno de ellos fue tal el incendio, que los sitiados tuvieron que echar abajo el muro y defender la brecha con la artillería, y con la mucha gente que en ella pusieron hasta que llegó la noche y los sitiadores les dejaron tiempo de reedificar el muro y curar los heridos.

El siguiente día, 26 de junio, fue más terrible el empeño y mayor la furia de los mexicanos. Los españoles se defendieron con doce piezas de artillería, que hacían grandes estragos en el tropel de enemigos; pero como éstos eran tantos, muy en breve

acudían otros a llenar los vacíos que dejaban los muertos. Cortés, viendo su obstinación, salió con la mayor parte de sus tropas y se encaminó, peleando siempre, por una de las tres calles principales de la ciudad; se apoderó de algunos puentes, pegó fuego a muchas casas, y después de haber combatido casi todo el día, se retiró a sus cuarteles, con más de cincuenta españoles heridos, dejando muertos innumerables mexicanos.

La experiencia hizo conocer a Cortés que el mayor daño que recibían sus tropas, procedía de las azoteas, y para evitarlo, mandó construir tres máquinas de guerra, llamadas **mantas** por los españoles, tan grandes, que cada una podía llevar veinte hombres armados, cubiertas de fuertes tablados para defenderlos de los tiros de las azoteas, provistas de ruedas para facilitar su movimiento, y de troneras o ventanillas para poder disparar las armas de fuego.

Mientras se construían estos amaños, ocurrieron grandes novedades en la capital. Moteuczoma había observado uno de los combates desde la torre de palacio, y distinguido entre la muchedumbre a su hermano Cuitlahuatzin, mandando las tropas mexicanas. A vista de tantos objetos lamentables, asaltaron su espíritu un tropel de tristes pensamientos. Consideraba por una parte el peligro que corría de perder la corona y la vida, y por otra se le presentaba la destrucción de los edificios de la capital, la muerte de sus vasallos y el triunfo de sus enemigos, no hallando otro remedio a tantos males que la pronta salida de los españoles. Pasó la noche agitado por aquellas ideas y al día siguiente muy temprano llamó a Cortés y le habló sobre el asunto, rogándole encarecidamente que no difiriese su viaje. No necesitaba Cortés de tantos ruegos, pues se hallaba tan escaso de víveres, que ya se daban por medida a los soldados, y en tan corta cantidad, que bastaban a mantener la vida, pero no a dar la fuerza necesaria para oponerse a tantos enemigos como continuamente los molestaban. Finalmente, conocía que lejos de serle posible hacerse dueño de la ciudad, ni aun podría lograr sostenerse en ella; por otra parte, lo afligía la idea de tener que abandonar la empresa comenzada, perdiendo en un momento, con su salida, todas las ventajas que se había proporcionado con su valor, con su destreza y con su felicidad; pero cediendo a tan imperiosas circunstancias, le dijo que estaba pronto a partir, por la paz del reino, con tal que depusieran las armas sus vasallos.

DISCURSO DEL REY AL PUEBLO, Y SUS EFECTOS

Apenas terminada aquella conferencia, gritaron a las armas en el cuartel, por venir los mexicanos resueltos a dar un asalto general. En efecto, por todas partes procuraban subir a los muros, mientras otras huestes, colocadas en puntos ventajosos, disparaban un número increíble de flechas para superar la resistencia de los sitiados, y otros se arrojaban, a pesar del fuego de la artillería y de los mosquetes, hasta poner el pie en el recinto de los cuarteles y combatir cuerpo a cuerpo con los españoles. Estos creyéndose ya vencidos por la superioridad del número, peleaban como desesperados. Moteuczoma, viendo su conflicto y el riesgo en que él mismo se hallaba, resolvió mostrarse a sus vasallos, para reprimir con su presencia y con su voz el furor que los animaba. Púsose las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros y por doscientos españoles, subió a la azotea y se presentó al pueblo, mientras sus ministros le imponían silencio para que se oyese la voz del soberano. Cesó al verlo el ataque, enmudecieron todos, y aun algunos, penetrados de respeto, se arrodillaron. Alzó entonces la voz y les hizo en substancia este breve discurso: "Si el motivo que os induce a tomar las armas contra estos extranjeros, es el deseo de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que me mostráis; pero os engañáis creyéndome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre y trasladarme al mío cuando quiera. Si vuestra cólera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongáis las armas. Cese pues vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si queréis desmentir las voces que han llegado a mis oídos acerca de haber vosotros jurado a otro señor la obediencia que sólo a mí me debéis tributar; lo que yo no he podido creer, ni vosotros podréis ejecutar, sin acarrearos toda la cólera de los dioses."

Quedó todo en silencio por algún rato, hasta que un hombre más atrevido que los otros, (1) alzó la voz, llamando al rey cobarde y afeminado, y más digno de manejar el huso y la rueca,

(1) El P. Acosta dice que el mexicano que dirigió aquellas injurias al rey, fue Cuauhtemotzin, su sobrino, y después último rey de México; pero yo no lo creo.

que de gobernar una nación tan valerosa como la mexicana, y echándole en cara que por su pusilanimidad se había constituido vilmente prisionero de sus enemigos. No satisfecho con estas injurias, el mismo que las había proferido, tomó el arco y disparó una flecha al monarca. La plebe, tan fácil a seguir el impulso que se le da, siguió su ejemplo, y por todas partes empezaron a oírse improperios, a llover piedras y flechas hacia el punto en que el rey se hallaba. Los historiadores españoles dicen que aunque la persona de Moteuczoma estaba cubierta con dos rodellas, fue herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna y de una flecha en el brazo. De allí fue llevado por sus ministros a su habitación, más atormentado por la indignación y por la rabia, que por las heridas.

Entretanto, persistían los mexicanos en el asalto y los españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron a Cortés al mismo sitio en que había sido herido el rey y discurrieron con él acerca de ciertas condiciones que los historiadores no declaran. Cortés les preguntó por qué lo trataban como enemigo, no habiéndoles hecho él daño alguno. "Si queréis, le respondieron, evitar nuestras hostilidades, salid pronto de esta ciudad; si no, estamos resueltos a morir, o a daros muerte a todos." Cortés añadió que no se quejaba de ellos porque les temiese, sino porque ellos mismos lo obligaban a exterminarlos y a destruir tan hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluídas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés el día 28 ó 29 de junio, muy temprano, (1) por una de las tres calles principales de la ciudad, a la cabeza de tres mil tlaxcaltecas y de otras fuerzas auxiliares, con la mayor parte de los españoles, y con doce piezas de artillería. Llegados que fueron al puente del primer canal, acercaron a las casas las máquinas y las escalas, para arrojar la turba que cubría las azoteas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las máquinas fueron muy en breve destrozadas. Los españoles combatieron animosamente hasta mediodía, sin poder pasar el puente, por lo que, volvieron avergonzados a los cuarteles, dejando uno de ellos muerto, y conduciendo con ellos muchos heridos.

(1) Es increíble la variedad de los autores sobre el orden y las circunstancias de aquellos combates: yo sigo la relación de Cortés, que me parece la más segura.

COMBATE TERRIBLE EN EL TEMPLO

Envanecidos con estas ventajas los mexicanos, se fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del Templo Mayor, bien provistos de armas y víveres, y de allí empezaron a hacer gran daño a los españoles con piedras y flechas, mientras otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitán con cien soldados a rechazar a los nobles de aquel punto, que por estar muy alto y próximo a los cuarteles, los dominaba enteramente; pero habiendo emprendido la subida, fueron vigorosamente rechazados. Determinóse por tanto el general a dar él mismo el asalto, a pesar de tener desde el primer ataque una grave herida en la mano izquierda. Atóse la rodela al brazo y habiendo circundado el templo de un número competente de españoles y tlaxcaltecas, empezó a subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendían briosamente la subida, y echaron por tierra algunos españoles, mientras otras fuerzas mexicanas, que habían entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente con los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga y dificultad, logró poner el pie con los suyos en el atrio superior. Allí fue el mayor peligro y el más arduo empeño del conflicto, el cual duró tres horas. De los mexicanos, unos murieron a los filos de la espada, otros se arrojaron a los atrios inferiores, donde siguieron peleando hasta perder todos la vida. Cortés mandó pegar fuego a los santuarios y se retiró en buen orden a sus cuarteles. La acción costó la vida a cuarenta y seis españoles, y todos los otros salieron heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fue uno de los más terribles y encarnizados de aquella guerra; por esto lo representaron después de la Conquista, tanto los mexicanos como los tlaxcaltecas, en sus pinturas.

Algunos historiadores añaden a esto el gran peligro en que dicen que se halló Cortés de ser precipitado por dos mexicanos, los cuales, resueltos a sacrificar la vida en bien de su patria, lo agarraron en el borde del atrio superior para dejarse caer con él a los atrios bajos, creyendo poner fin a la guerra con la muerte del general; pero este hecho de que no hacen mención Cortés, Bernal Díaz, Gomara, ni ninguno de los historiadores antiguos,

se ha hecho todavía más inverosímil por las circunstancias que le añaden algunos escritores modernos. (1)

Regresado Cortés a los cuarteles, se abocó de nuevo con unos mexicanos de alta clase, representándoles el daño que recibían los habitantes, de las armas españolas. Ellos respondieron que nada les importaba, con tal que todos los españoles pudiesen; lo cual habría de verificarse, si no a manos de los mexicanos, de resultas del hambre que padecerían encerrados en aquel edificio. Cortés, habiendo observado aquella noche algún descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías, y encaminándose por una de las tres calles principales, incendió más de trescientas casas. (2)

Al día siguiente, después de reparadas las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas y marchó por el gran camino de Itztapalapan, con mejor éxito que la primera vez; porque a despecho de la vigorosa resistencia que hacían los enemigos en las trincheras que habían construido para defenderse del fuego de los españoles, ganó los cuatro primeros puentes y quemó algunas casas, aprovechándose de los materiales para llenar los fosos, a fin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban a levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnición y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez o doce muertos.

(1) Solís dice que los dos mexicanos se acercaron de rodillas a Cortés, en actitud de implorar su clemencia, y sin tardanza se lanzaron sobre él y lo arrojaron al suelo, aumentando la violencia del impulso con la fuerza natural de sus cuerpos; que Cortés se desembarazó de ellos y los rechazó, aunque no sin dificultad. Yo la tengo muy grande en creer una fuerza tan extraordinaria en Cortés. Los humanísimos Raynal y Robertson, movidos a compasión, según parece, de la situación de Cortés, lo socorren, aquél con unas almenas, y éste con unas rejas, en que pudo apoyarse para deshacerse de los mexicanos; pero ni éstos usaron jamás rejas, ni el Templo Mayor tenía almenas en el atrio superior. Es extraño que estos autores, tan incrédulos de lo que dicen los historiadores españoles e indios, crean lo que no se halla en ningún escritor antiguo, siendo, además, un hecho tan inverosímil.

(2) Cortés dice que quemaban las casas; más esto no quiere decir que ardían todas, quedando reducidas a cenizas, sino que les pegaba fuego, el cual en algunas hacía mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Díaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenían azoteas y estaban separadas unas de otras.

A otro día continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo a los que los defendían, llegó por fin a tierra firme. Mientras se empleaba en llenar los fosos para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde había entrado en ella siete meses antes, se le dijo que los mexicanos querían capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballería, dejando a la infantería de guardia en los puentes. Los mexicanos le dijeron que estaban prontos a suspender las hostilidades; mas que para efectuar la capitulación, necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote que había sido hecho prisionero en el ataque del Templo Mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagema de los electores, para recobrar al jefe de su religión, de cuya presencia necesitaban para la unción del nuevo rey que habían elegido o iban a elegir; porque apenas tuvo Cortés la satisfacción de haber concluído aquel convenio, cuando llegaron algunos tlaxcaltecas con la nueva de que los mexicanos habían vuelto a tomar los puentes, y dado muerte a algunos españoles y que se aproximaba una multitud de guerreros hacia los cuarteles. Cortés salió a su encuentro con la caballería y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro y fatiga; pero cuando estaba ganando los últimos, ya los mexicanos habían vuelto a tomar a los españoles los cuatro primeros, quitando también los materiales con que éstos habían llenado los fosos. Cortés volvió a recobrarlos, y se retiró a los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada y herida.

En su carta a Carlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel día, de perder la vida, y atribuye a una particular providencia de Dios el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los mexicanos se sublevaron contra los españoles, hubieran podido en poco tiempo exterminarlos a ellos y a sus aliados, si hubieran observado mejor orden en los ataques, y si hubiera reinado mayor concordia entre los jefes subalternos que los dirigían; mas éstos no estaban de acuerdo, como diré después, y el populacho se dejaba llevar tan sólo por el ímpetu de su desordenado furor. Por otra parte, los españoles parecían hechos de hierro, pues ni cedían al rigor del hambre, ni a la necesidad del

sueño, ni a las heridas, ni a la fatiga incesante. Después de haber empleado todo el día peleando, pasaban la noche enterrando a los muertos, curando a los heridos y reparando los males que los mexicanos habían hecho en el edificio que ocupaban; y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamás las armas de la mano, hallándose siempre dispuestos a presentarse a sus enemigos. Pero aun más se conocerá la dureza de aquellos hombres, en los terribles combates que referiré muy en breve.

MUERTE DE MOTEUCZOMA II Y DE OTROS PERSONAJES

En uno de aquellos días, que probablemente sería el 30 de junio, murió, dentro del alojamiento de los españoles, el rey Moteuczoma, a los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, en el séptimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte a los españoles, y los españoles a los mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen a quitar la vida a un rey a quien debían tantos bienes, y de cuya muerte sólo podían aguardar grandes males. Según Bernal Díaz, autor sincerísimo y testigo ocular, su pérdida fue llorada, no menos por Cortés que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubieran perdido en él un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció extraordinariamente, sea por inclinación, sea por miedo; siempre se les mostró benévolo y sincero; a lo menos no hay razón para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron. (1)

Sus buenas y malas calidades pueden inferirse de la relación de sus hechos. Fue circunspecto, magnífico, liberal, celoso de-

(1) Cortés y Gomara aseguran que Moteuczoma murió de la pedrada que recibió de sus vasallos. Solís dice que la muerte fue efecto de no haber querido curarse la herida. Bernal Díaz añade a esta omisión la voluntaria inedia. Herrera dice que la herida no era mortal, sino que murió de pesadumbre y despecho. Sahagún y los historiadores mexicanos y tezcocanos, afirman que los españoles lo mataron, y uno de ellos refiere que un soldado lo atravesó por una ingle. Entre estos historiadores, unos dicen que la muerte ocurrió la noche de la derrota de los españoles, otros que fue antes. Acosta, Torquemada y Betancourt se refieren al juicio divino.

fensor de la justicia, agradecido a los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspección hacía inaccesible el trono a los lamentos de los oprimidos; su magnificencia y su liberalidad, se ejercían a expensas de la substancia de los pueblos, y su justicia degeneraba a veces en crueldad. Fue exacto y puntual en los deberes de la religión, muy adicto al culto de sus dioses y a la observancia de los ritos. (1) En su juventud fue animoso y dado a la guerra, habiendo quedado victorioso, según dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado, los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo, los errores de la superstición, habían degradado de tal manera su ánimo, que parecía haber mudado de sexo, como decían sus súbditos. Deleitábase en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexión, y tenía el rostro largo y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la infausta noche de la derrota de los españoles, o a manos de éstos, como dicen los mexicanos, o a manos de los mexicanos, como aquéllos aseguran. De los que sobrevivieron, el mayor era Yohualicahuatzin, que en el bautismo se llamó D. Pedro Motezuma, y de quien descienden los condes de Motezuma y Tula. Tuvo Moteuczoma este hijo de Miahuaxochitl, (2) hija de Ixtlalcuechahuac, señor de Tula o Tollan. De otra mujer tuvo a Tecuichpoztliz, hermosa princesa, de quien descienden las dos nobles casas de Cano Motezuma, y Andrade Motezuma. Además de éstos, se sabe que tuvo otro hijo, señor de Tenayocan, el cual habiéndose escapado, y refugiándose en Tepotzotlán, cuando los españoles salieron derrotados de México, fue después solemnemente bautizado, próximo ya a morir, a fines del año de 1524, o a principios

(1) Solís dice que aquel monarca apenas doblaba la cerviz a sus dioses, que tenía más alta idea de sí mismo que de ellos, etc. Pero esta y otras especies, que afirma aquel escritor, son contrarias a la verdad y al testimonio de los autores indios y españoles que conocieron a Moteuczoma. El mismo Solís añade que el demonio lo favorecía con frecuentes visitas; credulidad extraña en un Cronista Mayor de las Indias.

(2) Solís, adulterando, como suele, el nombre de esta reina, la llama Niagua Suchil. Sobrevivió a la Conquista y tomó en el bautismo el nombre de Doña María Miahuaxochitl.

del siguiente. (1) Los Reyes Católicos concedieron singulares privilegios a la posteridad de Moteuczoma, en atención al inapreciable servicio que les hizo aquel monarca, incorporando a la corona de Castilla, por su cesión voluntaria, un reino tan grande y rico como el de México. ¡Dichoso si después de haber cedido a la España su reino, hubiera sabido granjearse el del cielo! Pero ni las reiteradas instancias que le hizo Cortés durante el tiempo de su encarcelamiento, ni las continuas exhortaciones que empleó el P. Olmedo, especialmente en los últimos días de su vida, pudieron inducirlo a abrazar la fe de Jesucristo, (2) que después adoptaron tan fácilmente sus vasallos. ¡Consejos altísimos de la predestinación, que no pueden indagar los mortales!

Cortés notició la muerte del rey al príncipe Cuitlahuatzin, por medio de dos ilustres prisioneros, que habían sido testigos de aquel suceso, y de ahí a poco envió el real cadáver con seis nobles mexicanos, acompañados de muchos sacerdotes que estaban en su poder. (3) Su visita excitó un gran llanto en el pueblo (último homenaje que le tributaban), y ya encomiaban con magníficas expresiones sus virtudes los mismos que poco antes no hallaban en él sino vicios e infamia. La nobleza, después de haber derramado copiosas lágrimas sobre los fríos restos de su desventurado

(1) Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron a la solemnidad los magistrados españoles de aquella corte, y su cadáver fue enterrado con la pompa correspondiente, en la iglesia de S. José, de padres franciscanos, primera parroquia de México.

(2) Diego Muñoz Camargo, noble tlaxcalteca, dice en sus manuscritos que Moteuczoma recibió el bautismo poco antes de morir, y aun nombra sus padrinos, que fueron Cortés, Alvarado y Olid; mas todo esto es falso, pues no puede creerse que aquel general, en su carta a Carlos V, omitiese un hecho tan importante y que tanto conducía a su justificación. Bernal Díaz, testigo ocular, cita la pesadumbre del P. Olmedo por no haber podido reducir aquel monarca al cristianismo. Gomara dice que Moteuczoma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se diferió hasta la Pascua para hacerlo con más solemnidad y que entonces todo se trastornó con la llegada de Pánfilo de Narváez; pero no tiene duda que la noticia de la expedición de este jefe llegó a México después de Pascua.

(3) Torquemada y otros dicen que el cadáver de Moteuczoma fue arrojado con los otros al Tehuayoc; pero Cortés y Bernal Díaz dicen que fue enviado fuera del cuartel, en los hombros de cuatro nobles.

rey, llevó el cadáver a un sitio de la ciudad, llamado Copalco, (1) donde fue quemado con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas, aunque no faltaron hombres indignos que las insultaron con denuestos.

En aquella misma ocasión, si es cierto lo que refieren algunos historiadores, mandó Cortés arrojar a un sitio llamado Tehuayoc los cadáveres de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, y de otros señores prisioneros, muertos todos, según afirman, por orden del mismo Cortés, aunque ninguno expresa el motivo de aquella resolución, que en caso de ser justa, nunca pudo ser prudente, pues la vista de aquellos estragos debía necesariamente irritar la cólera de los mexicanos, e inducirlos a la sospecha de haber sido también aquellos extranjeros autores de la muerte de su monarca. (2) Los tlatelolcos llevaron en un barco el cadáver de su señor, y celebraron con grandes demostraciones de pesar sus exequias.

Entretanto, continuaban los mexicanos con mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacía gran daño a los enemigos, y casi siempre salía vencedor, consideraba que las ventajas de sus triunfos no compensaban la sangre que costaba a sus compatriotas, y que al fin la falta de víveres y de municiones, y la superioridad de las fuerzas contrarias, debían prevalecer sobre el valor de sus tropas y la excelencia de sus armas. Creyendo, pues, absolutamente necesaria la pronta salida de su ejército, llamó a consejo a sus capitanes, para deliberar sobre el tiempo y modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes. Unos opinaban que debía hacerse de día, abriéndose camino con las armas, si los mexicanos se les oponían; otros preferían la noche, y ésta fue la opinión de

(1) Herrera conjetura que las cenizas de Moteuczoma fueron depositadas en Chapoltepec y se funda en el llanto que los españoles oyeron hacia aquella parte. Solís afirma lo mismo y añade que en Chapoltepec estaba el sepulcro de los reyes; mas todo esto es contrario a la verdad, pues Chapoltepec no distaba menos de tres millas de los cuarteles y no era fácil oír el llanto a tanta distancia, especialmente en una ciudad tan populosa, tan agitada y turbulenta a la sazón. Los reyes no tenían sepultura determinada, y consta, además, por la deposición de los mexicanos, que las cenizas de Moteuczoma se enterraron en Copalco.

(2) De la muerte de aquellos señores no hablan Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Herrera ni Solís; pero la dan por cierta Sahagún, Torquemada, Betancourt y los historiadores mexicanos. Yo cedo al respeto de estos nombres y al del público; pero con alguna desconfianza acerca del suceso en que hallo mucha inverosimilitud.

un soldado llamado Botello, que la echaba de astrólogo, y en quien Cortés confiaba más de lo que debía, seducido por haber visto algunas de sus predicciones casualmente realizadas. Resolvió, pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante a la luz de la prudencia militar, verificar su salida de noche y con el mayor silencio posible, como si pudiesen bastar todas sus precauciones para ocultar a la vigilancia de tan gran número de enemigos, la marcha de nueve mil hombres con sus armas, caballos, artillería y bagaje. Señalóse la noche de 1.º de julio, (1) tan infausta y memorable para los españoles, que por los grandes males que en ella sufrieron, le dieron el nombre de **Noche Triste**, con el cual es conocida en la historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera, que pudiesen llevar cuarenta hombres, para servir-se de él en el paso de los fosos. Después sacó todas las riquezas de oro, plata y joyas que tenía en su poder; separó la quinta parte, que pertenecía al rey, y la consignó a los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaban de sacarla. Dejó todo lo demás a disposición de sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuánto mejor sería dejarlo todo a los enemigos; pues libres de aquel peso, podrían más fácilmente salvar sus vidas. Muchos, no queriendo privarse del principal objeto de sus deseos, y del único fruto de sus fatigas, cargaron con aquellas preciosidades, bajo cuyo peso perecieron, víctimas, no menos de su codicia, que de la venganza de sus enemigos.

TERRIBLE DERROTA DE LOS ESPAÑOLES EN SU RETIRADA

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, que obscurecían las nubes y que una lluvia pequeña, pero incessante, hacía más peligrosa y molesta. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval, con otros capitanes, con doscientos infantes y veinte caballos; la retaguardia a Pedro de Alvarado, con la mayor parte de las tropas españolas. En el cuerpo del ejército se conducían los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje, a las órdenes de Cortés, con cinco caballos y cien infan-

(1) Bernal Díaz dice que la derrota de los españoles ocurrió en la noche del 20 de julio; pero es yerro de imprenta. Cortés dice que llegó a Tlaxcala el 10, y del diario de su marcha se infiere que la derrota debió ser en la noche del 1.º.

tes, para llevar pronto auxilio a donde fuese más necesario. Las tropas auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que componían más de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del ejército. Implorada, antes de todo, la protección del cielo, se rompió la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer foso o canal, por el puente que consigo llevaban, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron los centinelas que guardaban aquel punto; pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el Templo, gritaron a las armas, y con las cornetas despertaron a los habitantes. En un momento se vieron los españoles cercados por agua y por tierra de un número infinito de enemigos, los cuales con su misma muchedumbre se estorbaban e impedían en el ataque. Fue muy terrible y sangriento el combate en el segundo foso, extremo el peligro, y extraordinarios los esfuerzos para sobrepugarlo. La obscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos y los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto no menos lastimoso que horrible. Aquí se oían las voces de un soldado que pedía auxilio a sus compañeros; allí la de otro que clamaba a Dios misericordia. Todo era confusión, clamores, heridas y muerte. Cortés, como buen general, acudía intrépidamente a todas partes, pasando muchas veces los fosos a nado, animando a los unos, ayudando a los otros, y poniendo en los restos de su ejército el orden que podía, no sin gran riesgo de morir, o de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente, ni pasar a nado, sin evidente peligro de morir a sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrando la otra extremidad con los brazos, y dando un extraordinario impulso a su cuerpo, se lanzó de un salto a la orilla opuesta. Este prodigio de agilidad dió a aquel sitio el nombre que hasta hoy conserva del **Salto de Alvarado**. (1)

(1) Bernal Díaz se burla de los que creían en el salto de Alvarado, y dice que era absolutamente imposible, atendida la anchura y profundidad del foso; pero los otros autores lo citan por cierto, y la constante tradición lo confirma.

Grande fue la pérdida de los mexicanos en aquella noche. De la de los españoles hablan con variedad los historiadores, como sucede en otros muchos cómputos de aquella época. (1) Yo doy crédito al cálculo de Gomara, que hizo diligentes observaciones, y se informó del mismo Cortés y de otros conquistadores. Aquel escritor dice que perecieron cuatrocientos cincuenta españoles, y más de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, según el mismo Cortés, todos los cholultecas. Fueron también muertos todos, o casi todos los prisioneros, (2) todos los hombres y mujeres de servicio de los españoles y cuarenta y seis caballos; se perdieron todas las riquezas que habían recogido, toda la artillería y todos los manuscritos de Cortés, que contenían la relación de cuanto había ocurrido hasta entonces a los españoles. Entre los que faltaron de esta nación, los más notables fueron los capitanes Juan Velázquez de León, íntimo amigo de Cortés, Amador de Láriz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombres de gran mérito y valor; entre los prisioneros, perecieron el desventurado rey Cacamatzin y un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuczoma. (3) La misma suerte tuvo doña Elvira, hija del príncipe tlaxcalteca Maxixcatzin.

No pudo Cortés, a pesar de la grandeza de su corazón, refrenar las lágrimas a vista de tanta calamidad. En Popotla, aldea

(1) Cortés dice que perecieron 150 españoles; pero o disminuyó el número, por miras particulares, o fue yerro de los copistas o del primer impresor de sus *Cartas*. Bernal Díaz cuenta 870 muertos; pero en este número comprende, como él dice, no sólo los que perecieron en aquella infausta noche, sino los que murieron en los días siguientes hasta la llegada a Tlaxcala. Solís no cuenta más que 200, y Torquemada 290. En el número de las tropas auxiliares que perecieron están de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada y Betancourt. Solís dice tan solo que faltaron más de 1,000 tlaxcaltecas; pero esto no está de acuerdo con la relación de Cortés, ni con la de los otros autores.

(2) Cortés afirma que murieron todos los prisioneros; pero se debe exceptuar a Cuicuitzcatzin, a quien Cortés había dado el trono de Acolhuacan. Sabemos por el mismo Cortés que este príncipe era prisionero, aunque ignoramos la causa, y por otra parte consta que murió en Tezcoco, como después veremos.

(3) Torquemada afirma, como cosa segura, que pocos días después de haberse apoderado Cortés de Cacamatzin, le mandó dar garrote en la prisión. Cortés, Bernal Díaz, Betancourt y otros, dicen que murió, como los otros prisioneros, en aquella terrible noche.

próxima a Tlacopan, se sentó sobre una piedra no ya a descansar de sus fatigas, sino a llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. En medio de tantos desastres tuvo el consuelo de saber que se habían salvado sus más valientes capitanes, Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo; sus intérpretes, Aguilar y doña Marina, y su ingeniero Martín López, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor y conquistar a México.

MARCHA PENOSA DE LOS ESPAÑOLES

Halláronse los españoles tan débiles y malparados por el cansancio y las heridas, que si los mexicanos los hubiesen seguido, no hubiera quedado uno solo con vida; pero apenas llegaron al último foso del camino, regresaron a la ciudad, o porque se contentaron con los estragos que habían hecho, o porque habiendo encontrado los cadáveres del rey de Acolhuacan, de los príncipes reales de México y de otros personajes, sólo pensaron por entonces en llorar su muerte y en celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos y parientes muertos, dejando aquel día limpios los fosos y caminos, y quemando los cadáveres, antes que inficionaran el aire con su corrupción.

Al rayar el día, se encontraron los españoles en Popotla, esparcidos, cansados, penetrados de dolor, y habiéndolos reunido y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad y por las de Azcapozalco hasta Otoncalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, a nueve millas a poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnífico templo de Nuestra Señora de los Remedios, o sea del Socorro. Allí se fortificaron, según sus pocos recursos, para defenderse con menos fatigas de las tropas contrarias que los molestaron todo el día. Descansaron algún tanto por la noche y tuvieron algún refresco que les suministraron los otomíes de dos caseríos próximos, que vivían impacientes bajo el yugo de los mexicanos. Desde aquel punto empezaron a encaminarse hacia Tlaxcala, su único refugio en aquel desastre, por Cuauhtitlan, Citlaltepec, Xoloc y Zacamolco, perseguidos en toda la marcha por algunos cuerpos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos y reducidos a tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo que murió en una acción de aquel día, y el general participó, como todos, de aquel

alimento. Los tlaxcaltecas se echaban al suelo para comer hierbas, implorando a gritos el socorro de sus dioses.

BATALLA DE OTOMPAN

El día siguiente, apenas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan, vieron de lejos en la llanura de Tonanpoco, poco distante de Otompan, un numeroso y brillante ejército, o de mexicanos, como dicen comunmente los historiadores, o como yo creo, de las tropas de Otompan, Calpolalpan, Teotihuacan y de otros pueblos vecinos, excitados por los mexicanos a tomar las armas contra los españoles. Algunos autores dicen que aquel ejército se componía de doscientos mil hombres, número que los españoles calcularon a ojo, y que engrandeció sin duda el miedo. En efecto, todos ellos se persuadieron que aquel día debía ser el último de su vida. Ordenó el general sus abatidas tropas, extendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército, a fin de que quedasen de algún modo cubiertos sus flancos con el pequeño número de caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido, dijo a sus soldados: "En tal estrecho nos hallamos, que sólo debemos pensar en vencer o morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza." Dióse la batalla, que fue muy sangrienta, y duró más de cuatro horas. Cortés viendo sus tropas disminuídas, y en gran parte desanimadas, mientras los enemigos se mostraban cada vez más orgullosos, a pesar del daño que recibían, tomó una resolución tan atrevida como peligrosa, con la cual obtuvo el triunfo y puso en salvo aquellos pobres restos de su ejército. Acordóse de haber oído decir muchas veces que los mexicanos se desordenaban y huían, siempre que en la acción perdían al general, o el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel ejército, iba en una litera, llevada en hombros de algunos soldados, vestido con un rico traje militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho, y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que según el uso de aquellas gentes, llevaba él mismo, era una red de oro, puesta en la punta de una lanza, que se había atado fuertemente al cuerpo y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza. (1) Observólo Cortés, en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto a dar un golpe deci-

(1) Los mexicanos llaman a estos estandartes **Tlahuizmatlaxopili**.

sivo, mandó a sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que lo acompañaron, se adelantó, por donde le parecía más fácil la empresa, con tanto ímpetu, que arrojó al suelo a cuantos halló al paso. Así fue internándose por las huestes contrarias, hasta llegar al general, a quien echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que lo defendía. Juan de Salamanca, valiente soldado de los que acompañaban a Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al jefe enemigo y arrancándole el penacho, lo presentó inmediatamente al caudillo español. (1) El ejército contrario, viendo a su general muerto y perdido su estandarte, se desordenó y huyó en tropel. Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron el alcance y le hicieron grandes estragos.

Esta victoria fue una de las más famosas que tuvieron los españoles en el Nuevo Mundo. Señalóse en ella sobre todos el general español, de quien decían sus capitanes y soldados, que no habían visto jamás tanta actividad ni tanto valor, como el que había mostrado en aquella jornada; pero recibió una gran herida en la cabeza que fue empeorándose de día en día, y puso su vida en gran riesgo. Bernal Díaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor a todos con su ejemplo y con sus exhortaciones. También elogian los historiadores a María de Estrada, mujer de un soldado español, la cual armada de lanza y rodela, corría tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo extraño en su sexo. De los tlaxcaltecas, dice Bernal Díaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitán de las tropas de Maxixcatzin. Aquel valiente jefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio y fue célebre, más que por su valor, por su larga vida de ciento y treinta años.

La pérdida de los enemigos fue considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres; número increíble si se considera el miserable estado a que habían quedado reducidos los españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego. La de éstos no fue tan pequeña como pretende Solís; pues perecieron casi todos los tlaxcaltecas y mu-

(1) Carlos V concedió algunos privilegios a Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa con un penacho, para recuerdo del que había quitado al general Cihuacatzin, cuando le dió muerte.

chos españoles, a proporción de su número, y todos salieron heridos. (1)

Cansados de seguir a los fugitivos, volvieron a tomar el camino de Tlaxcala, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche a descubierto, y el mismo general, a pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. Los españoles no eran ya más que cuatrocientos cuarenta. Además de los muertos en los combates precedentes a la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis días siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Díaz; muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el Templo Mayor de la capital.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A TLAXCALA

El día siguiente, 8 de julio de 1520, (2) entraron, alzando las manos al cielo, y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los tlaxcaltecas y llegaron a Hueyotlipan, pueblo considerable de aquella República. Temían hallar alguna novedad en la fidelidad de los tlaxcaltecas, sabiendo cuán común es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores

(1) Solís, para exagerar la victoria de Otompan, dice que en los españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos o tres en Tlaxcala; mas este autor, atento únicamente a la cultura del lenguaje, a los elogios y a las sentencias, no se cura de la exactitud de los números. Dice que Cortés condujo consigo a México, después de la derrota de Narváez, 1,100 hombres, los cuales, con los 80 que, según él dice, quedaron con Alvarado, forman 1,180. En los combates precedentes a la derrota de México, apenas hace mención de algún muerto. En la salida cuenta 200, y en el viaje a Tlaxcala los dos o tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 o más que faltan para componer 1,180? Diversa es la idea que nos dan de aquella acción los que en ella se hallaron, como puede verse en las *Cartas* de Cortés y en la *Historia* de Bernal Díaz. “¡O cuánto era furiosa y espantosa de verse aquella batalla! dice este último. ¡Cómo combatían cuerpo a cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! (Así llama a los mexicanos.) ¡Qué heridas y matanza hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!” y luego añade: “vuelvo a decir que nos hirieron y mataron muchos soldados.”

(2) Bernal Díaz dice que la batalla de Otompan fue el 14 de julio; mas esto es una distracción, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlaxcala el 8, un día después de la acción.

amigos; pero muy en breve se desengañaron viendo sus sinceras demostraciones de aprecio y compasión, por las desgracias que habían sufrido. Apenas tuvieron la noticia de su llegada los cuatro jefes de la República, cuando pasaron a Hueyotlipan a cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huexotzingo, y por un gran número de nobles. El príncipe Maxixcatzin, aunque afligido por la muerte de su querida hija doña Elvira, procuró consolar a Cortés, con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaría el día de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la República, que desde entonces le prometía. Lo mismo ofrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló a Maxixcatzin, y a los demás señores presentó otros despojos. Las mujeres tlaxcaltecas rogaron a Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor en imprecaciones contra la perfidia de los mexicanos.

Después de haber descansado tres días en aquel pueblo, pasaron a la capital de la República, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió a su regreso en Tlaxcala, fue igual, y quizá mayor que el que salió a recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Maxixcatzin, y el cuidado que tuvo de ellos fueron dignos de su ánimo generoso y de su sincera amistad. Los españoles se mostraban cada día más reconocidos a aquella nación, cuya amistad constantemente cultivada fue el medio más eficaz que emplearon, no sólo para la conquista del Imperio mexicano, sino también para la de todas las provincias que se opusieron a los progresos de sus armas, y para la sumisión de los bárbaros chichimecas y otomíes, que tanto los molestaron.

ELECCION Y MEDIDAS DEL REY CUITLAHUATZIN EN MEXICO

Mientras los españoles descansaban en Tlaxcala de sus fatigas, y curaban sus males, los mexicanos se empleaban en remediar los que habían sufrido la capital y el reino. En el espacio de un año habían experimentado grandes desventuras, pues además de las considerables sumas de oro, plata, piedras y otras preciosidades que habían gastado, parte en regalos a los españoles, y parte en homenaje al rey de España, de las cuales recobraron, sin embargo, algunos restos, se había obscurecido la fama de sus ar-

mas, y disminuído el esplendor de la corona: habíanse substraído a la obediencia los totonacas y otros pueblos, e insolentado en demasía sus enemigos; hallábanse mal parados los templos y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaba el rey, muchas personas reales y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habían recibido de los españoles, se añadían los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos a los escritos de un historiador mexicano, que se hallaba a la sazón en aquella corte, y que sobrevivió algunos años a la ruina del Imperio.

Cuando los españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, o por favorecer el partido de los extranjeros, o, lo que parece más verosímil, para socorrer a su rey, que hallándose entre los sitiados, debía participar de sus penurias, los proveían secretamente de víveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan funesta disensión entre los mexicanos, que sólo pudo extinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacpopoca, Cipocatli y Ten-cuenotzin, hijos los unos, y los otros hermanos del rey Moteuczoma.

Necesitaba la nación un jefe capaz de restablecer su honor y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fue elegido rey Cuitlahuatzin, poco antes o poco después de la derrota de los españoles, y era, como ya he dicho, señor de Itztapalapan, consejero íntimo de su hermano Moteuczoma, y Tlachcocalcatl, o sea general de las tropas. Era hombre sabio y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal y magnífico como su hermano. Gustaba de la arquitectura y de la jardinería, como se vió en el magnífico palacio que edificó en Itztapalapan, y el célebre jardín que en él plantó, de que hacen grandes elogios casi todos los historiadores antiguos. Su valor y su pericia militar le adquirieron la estimación de sus pueblos, y algunos españoles, bien informados de su carácter, aseguran que si la muerte no hubiera abreviado su carrera, no habría sido posible apoderarse de la capital. (1) Es probable que los sa-

(1) Solís da a este rey el nombre de Cuatlabaca, y dice que vivió pocos días en el trono y que éstos bastaron a borrar su memoria; mas lo contra-

crificios que se hicieron en la época de su coronación, fueron de los españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano a remediar los males de la capital y del Imperio. Mandó reparar los templos y reedificar las casas arruinadas; aumentó y mejoró las fortificaciones; envió socorros a las provincias, excitándolas a la defensa común del Estado, contra aquellos nuevos enemigos, y prometió absolver de todo tributo a los que tomasen las armas en defensa de la corona. Mandó, además, embajadores a la República de Tlaxcala, con un buen regalo de plumas, ropas y sal; los cuales fueron recibidos con honor, según los usos establecidos en aquellas naciones. El objeto de esta embajada era representar al Senado, que aunque hasta entonces habían sido enemigos capitales los mexicanos y los tlaxcaltecas, era ya tiempo de unirse, como originarios del mismo país, como pueblos de una misma lengua, y como adoradores de unos mismos númenes, contra los enemigos comunes de la patria y de la religión; que ya tenía noticia de los sangrientos estragos que habían hecho en México y en otros pueblos aquellos hombres orgullosos e inhumanos; sus sacrílegos atentados contra los santuarios y contra las venerables imágenes de sus dioses; su ingratitud y perfidia contra su hermano y predecesor, y contra los más respetables personajes del reino, y su insaciable sed de oro, que los inducía a violar las santas leyes de la amistad; que si la República continuaba apoyando los perversos designios de aquellos monstruos, tendría el mismo galardón que Moteuczoma, en cambio de la humanidad con que los acogió en su corte y de la liberalidad con que los favoreció en todo tiempo; que los tlaxcaltecas serían detestados generalmente, por haber dado auxilio a tan inicuos usurpadores, y los dioses descargarían sobre la República todo el furor de su cólera, por haberse confederado con los enemigos de su culto; que si por el contrario,

rio aseguran Cortés, Bernal Díaz, Gomara y Torquemada. ¿Cómo podían olvidar su nombre los mexicanos, cuando los españoles lo conservaban indeleble, considerándolo autor de los desastres de su retirada? Cortés se acordaba tanto de Cuitlahuatzin y conservaba tal indignación contra él, que cuando se halló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de México, queriendo vengarse del rey y no pudiendo hacerlo en su persona, por haber ya muerto, se vengó en su ciudad favorita, y no fue otro el motivo de su expedición contra Itztapalapan, como él mismo confiesa.

se declaraban, como el rey lo pedía, enemigos de aquellos hombres odiados del cielo y de la tierra, la corte de México haría perpetua alianza, y tendría comercio libre con la República, con lo que ésta podría evitar la miseria a que hasta entonces había estado reducida; todas las naciones de Anáhuac le agradecerían tan importante servicio, y los dioses, aplacados con la sangre de las víctimas, enviarían a sus campos la lluvia necesaria, darían felicidad a sus armas y harían célebre en toda la tierra el nombre de tlaxcalteca.

El Senado, después de haber oído el mensaje y despedido los embajadores de la sala de audiencia, según costumbre, quedó reunido para deliberar sobre aquel gran negocio. No faltaron miembros a quienes parecieron sensatas las proposiciones de los mexicanos, y convenientes a la felicidad de la República, exagerando las ventajas que se les ofrecían, el éxito infausto de la expedición de los españoles a México, y la pérdida de las tropas tlaxcaltecas que habían estado bajo sus órdenes. Alzó la voz entre ellos el joven Xicotencatl, que siempre había sido enemigo capital de los españoles y procuró apoyar con cuantas razones pudo, la alianza con los mexicanos, añadiendo que sería mucho mejor conservar las antiguas costumbres de su nación, que someterse a las nuevas y extravagantes usanzas de aquella gente indómita e imperiosa; que no podía ofrecerse una ocasión más oportuna para desembarazarse enteramente de los españoles, que aquella en que estaban tan cansados, débiles y abatidos. Maxixcatzin, por el contrario, que les era sinceramente afecto, y que tenía más luces para conocer el derecho de gentes, y mejor voluntad de observarlo, rechazó el voto de Xicotencatl, censurando como abominable perfidia el designio de sacrificar a los mexicanos aquellos hombres perseguidos por la fortuna, y que habían buscado un asilo en Tlaxcala, fiados en las protestas y en las demostraciones del Senado y de la nación. Añadió que si los lisonjeaban las ventajas que los mexicanos ofrecían, mayores las esperaba él del valor de los españoles; y que si no convenía fiarse en éstos, menos confianza debían inspirar aquéllos, de cuya falsía tenían tantas pruebas; finalmente, que ningún delito sería capaz de irritar tanto la cólera de los dioses, ni de obscurecer tanto las glorias de la nación, como la horrible maldad que se proponía contra aquellos huéspedes inocentes. Xicotencatl inculcaba su primer dictamen, presentando a los senadores un odioso retrato de la índole y de las costumbres de

los españoles. La altercación fue tan animada, y excitó a tal punto los ánimos, que Maxixcatzin, arrebatado de cólera, dió un golpe a Xicotencatl y lo precipitó por las gradas de la sala de audiencia, llamándolo sedicioso y traidor a la patria. Esta demostración, hecha por un hombre tan circunspecto, tan respetado y amado por la nación, obligó al Senado a mandar prender a Xicotencatl.

La resolución en que convinieron los senadores fue la de responder a la embajada, que la República estaba pronta a aceptar la paz y la amistad de la corte de México, con tal que no se exigiese una acción tan indigna y un delito tan enorme, como era el de sacrificar a sus huéspedes y amigos; pero cuando se envió a buscar a los embajadores para intimarles la respuesta, se echó de ver que habían salido ocultamente de Tlaxcala, porque habiendo observado en la plebe alguna inquietud de resultas de su llegada, temieron que cometiesen algún atentado contra el respeto debido a su carácter. Es probable que el Senado enviaría embajadores tlaxcaltecas para llevar su contestación. Los senadores procuraron ocultar a los españoles todo lo que había ocurrido; pero a pesar de sus precauciones, lo supo Cortés, el cual dió gracias, como debía, a Maxixcatzin, por sus buenos oficios y ofreció corresponder a la idea ventajosa que tenía del valor y amistad de sus compatriotas.

BAUTISMO DE CUATRO SEÑORES TLAXCALTECAS

No satisfecho el Senado con estas pruebas de su cordialidad, prestó de nuevo obediencia al Rey Católico, y lo que es más, movidos los cuatro jefes de la República por la gracia del Espíritu Santo, renunciaron a la idolatría, y después de haber sido instruidos competentemente, fueron bautizados por el P. Juan Díaz, capellán del ejército español, siendo sus padrinos Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta función con grandes demostraciones de júbilo, tanto de los españoles como de los tlaxcaltecas. Llamóse Maxixcatzin en el bautismo D. Lorenzo; Xicotencatl el viejo, D. Vicente; Tlehuexolotzin, D. Gonzalo, y Citlalpopoca, D. Bartolomé. (1) Siguieron su ejemplo algunos

(1) Ni Cortés ni Bernal Díaz hablan de este bautismo. Herrera hace mención del de Maxixcatzin, y Solís añade el de Xicotencatl. Unos autores dicen que fue administrado por el P. Olmedo, y otros que Maxixcatzin lo recibió en su última enfermedad; pero lo cierto es que los cuatro jefes

tlaxcaltecas; pero de éstos no todos perseveraron en la fe, por no estar íntimamente persuadidos de la verdad del cristianismo.

ABATIMIENTO DE ALGUNOS ESPAÑOLES

Ya estaba Cortés fuera del peligro a que había expuesto su vida el golpe que había recibido en la última acción, y algunos españoles habían curado de sus heridas con la ayuda de los cirujanos tlaxcaltecas. Durante su enfermedad, Cortés no había pensado sino en los medios de conseguir la grande empresa de la conquista de México, y para esto había mandado cortar una gran cantidad de madera, con el objeto de construir trece bergantines; pero mientras formaba estos vastos proyectos, muchos de sus soldados trazaban designios harto diferentes. Veíanse disminuídos, pobres, estropeados, desprovistos de armas y caballos. No podían olvidar el terrible conflicto de la trágica noche del 1º de julio, ni querían exponerse a semejantes calamidades. Comunicábanse mutuamente sus temores y censuraban la obstinación de su general en una empresa tan temeraria. De las murmuraciones privadas pasaron a presentarle una súplica legal, queriendo obligarlo con muchas razones a volver a Veracruz, donde podrían tener socorros de tropas y municiones, para emprender con mayores fuerzas la conquista, que entonces juzgaban imposible. Turbóse Cortés con esta novedad, que frustraba totalmente sus designios; pero valiéndose del talento que poseía para persuadir cuanto quería a sus soldados, les habló con tanta energía, que los indujo a desistir de su pretensión. Echóles en cara su miedo; despertó en sus almas los sentimientos de honor; hízoles un cuadro lisonjero de sus hechos gloriosos, y de las protestas llenas de ardor y de intrepidez que tantas veces le habían hecho ellos mismos; manifestóles cuánto más peligroso era el regreso a Veracruz, que la permanencia en Tlaxcala; aseguróles la fidelidad de aquella República, de la cual dudaban; finalmente, les rogó que suspendieran su resolución hasta ver

fueron bautizados, aunque Torquemada y Betancourt no convienen en el tiempo. También se sabe que Maxixcatzin no aguardó a la última enfermedad, y que los cuatro fueron bautizados por el P. Díaz. Todo esto consta, además de otras pruebas, por las pinturas antiguas tlaxcaltecas que estaban en muchos conventos de franciscanos y que vió el historiador Torquemada.

el éxito de la guerra que pensaba hacer contra la provincia de Tepeyacac, en la que esperaba tener nuevos testimonios de la sinceridad de los tlaxcaltecas.

GUERRAS DE TEPEYACAC, DE CUAUHQECHOLLAN, DE ITZOCAN, DE TALATZINCO,
DE TECAMACHALCO Y DE TOCHTEPEC

Los señores de la provincia de Tepeyacac, confinante con la República de Tlaxcala, se habían declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España, desde el horrendo destrozo que los españoles hicieron en Cholula; pero viéndolos después abatidos, y victoriosos a los mexicanos, volvieron a someterse a éstos, y para granjearse la voluntad de su rey, dieron muerte a algunos españoles, que, ignorando la tragedia de sus compatriotas, iban de Veracruz a la capital; admitieron guarniciones mexicanas en sus pueblos, ocuparon el camino de Veracruz a Tlaxcala, y entraron varias veces de mano armada en las tierras de aquella República. Decidió Cortés hacerles la guerra, no menos para castigar su perfidia, que para asegurar aquel camino, por el cual debían llegarle los socorros que aguardaba. Incitábalo también a aquella expedición el joven Xicotencatl, que por mediación del mismo general español había sido puesto en libertad, y que, para borrar todas las sospechas que podía inspirar su conducta, después de lo ocurrido en el Senado, ofreció ayudarlo en aquella guerra con un ejército numeroso. Cortés aceptó la oferta; mas antes de tomar las armas, exigió amigablemente alguna satisfacción de los tepeyaqueses, y los exhortó a dejar el partido de los mexicanos, prometiendo perdonarles el asesinato de los españoles. Pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles, y con seis mil flecheros tlaxcaltecas, en tanto que Xicotencatl reunía un ejército de cincuenta mil hombres. En Tzimpantzinco, ciudad de Tlaxcala, se le agregaron tantas fuerzas de aquella República, de Huexotzingo y de Cholula, que se cree no bajaban de ciento y cincuenta mil hombres.

La primera expedición fue contra Zacatepec, pueblo de la confederación de los tepeyaqueses. Sus habitantes hicieron una emboscada contra los españoles; el combate fue sostenido con tenacidad por una y otra parte; pero fueron vencidos los zaca-

tepequeses, quedando muchos de ellos muertos en el campo. (1) De allí marchó el ejército contra Acatzinco, ciudad distante diez millas de Tepeyacac, hacia levante, y en ella entraron triunfantes los españoles, después de haber ganado otra acción, poco menos ardua que la de Zacatepec. De Acatzinco mandó Cortés muchos destacamentos a quemar unos pueblos de los alrededores, a someter otros a su obediencia, y cuando le pareció ser tiempo de atacar la ciudad principal, se encaminó con todo su ejército a Tepeyacac, donde entró sin ninguna resistencia de los habitantes. Allí declaró esclavos a muchos prisioneros hechos en aquella provincia, y los hizo marcar con un hierro ardiendo, según la bárbara costumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacía con todo lo que tomaban, dividiendo el resto entre los españoles y los aliados. Allí fundó, según el modo de hablar de aquel tiempo, una ciudad que llamó **Segura de la Frontera**, cuyo acto se redujo a establecer magistrados españoles y erigir una pequeña fortificación. (2)

Las tropas mexicanas, que estaban de guarnición en aquella provincia, se retiraron de ella, por no tener bastantes fuerzas para resistir a sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver sobre la ciudad de Cuauhquechollan, (3) distante de la de Tepeyacac más de cuarenta millas, un ejército mexicano, mandado por el rey Cuitlahuatzin, para impedir a los españoles el paso a la capital por aquella parte, en caso de que lo intentasen. Era Cuauhquechollan una ciudad considerable, cuya población subía de cinco a seis mil familias, muy amena y no menos fortificada por la naturaleza que por el arte. Defendíanla por un lado, un monte alto y escabroso, y por otro, dos ríos poco distantes entre sí.

(1) Muchos historiadores dicen que la noche siguiente a la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de los españoles una gran cena de carne humana, parte asada en un número increíble de asadores de madera, parte cocida en cincuenta mil ollas; pero esto me parece una fábula. No es probable que pasasen por alto aquel suceso ni Cortés, ni Bernal Díaz, el cual es demasiado prolijo y enojoso en este género de atrocidades.

(2) Aun subsiste la ciudad de Tepeyacac o Tepeaca; pero el nombre de Segura de la Frontera fue muy en breve puesto en olvido. Carlos V le dió el título y honores de ciudad en 1545. Hoy pertenece al marquesado del Valle.

(3) Los españoles llaman a Cuauhquechollan, **Guaquechula** o **Huacachula**. Hoy es un amenísimo pueblo de indios, abundante en excelente fruta.

Toda la ciudad estaba circundada de un fuerte muro de cal y canto, de veinte pies de alto y de doce de grueso, con un buen parapeto que la coronaba en toda su extensión, y que tenía cerca de tres pies de altura. No se podía entrar en ella sino por cuatro puertas, situadas en los puntos en que se doblan las extremidades del muro, formando dos semicírculos concéntricos, como se ha representado en la estampa del libro VII. Aumentaba la dificultad del ingreso, la elevación del piso de lo interior, que era tanta, cuanta la altura del muro, de modo que para entrar era forzoso subir algunos escalones bastante altos.

El señor de aquella ciudad, que era el parcial de los españoles, envió una embajada a Cortés, declarándose vasallo del rey de España, reconocido ya señor de aquella tierra en la solemne reunión que celebró el rey Moteuczoma con la nobleza mexicana en presencia de Cortés; que él deseaba dar pruebas de su fidelidad, pero que no se lo permitían los mexicanos; que a la sazón había en aquella ciudad y en los pueblos circunvecinos gran número de oficiales de aquella nación, y hasta treinta mil soldados, para impedir toda confederación con los españoles; que por tanto, le rogaba viniese a socorrello y a libertarlo de las vejaciones que de aquellas tropas sufría. Agradeció Cortés el aviso, y envió inmediatamente con los mensajeros un socorro de trece caballos, de doscientos peones españoles y de treinta mil hombres de las huestes auxiliares, al mando del capitán Olid. Los mensajeros, por orden de su señor, se ofrecieron a conducir el ejército por un camino poco frecuentado, y avisaron al comandante Olid, que cuando se acercase a la ciudad, los habitantes atacarían de mano armada los alojamientos de los oficiales mexicanos, y procurarían tomarlos o matarlos, a fin de que entrando después los españoles, fuese más fácil vencer a los enemigos, privados ya de sus jefes. Pero doce millas antes de llegar a Cuauhquechollan, el comandante español entró en sospechas de que los huexotzingos se hubiesen confederado secretamente con los cuauhquecholleses y con los mexicanos, para destruir a los españoles. Estos recelos, fundados en siniestros informes, y que después se hicieron más verosímiles por el gran número de huexotzingos que se agregaron espontáneamente al ejército, lo obligaron a volver a Cholula, donde mandó prender a los huexotzingos de más autoridad y a los mensajeros de Cuauhquechollan, y los mandó con bue-

na escolta a Cortés, para que hiciese las averiguaciones necesarias.

Mucho desaprobó Cortés aquella conducta contra unos amigos tan fieles como los huexotzingos; sin embargo, los examinó diligentemente, descubrió la inocencia y la buena fe de unos y otros y conoció que las desgracias pasadas habían hecho medrosos a los españoles, y el miedo, como suele, los inducía a formar sospechas injustas y precipitadas. Acarició y regaló cuanto pudo a los huexotzingos y cuauhquecholeses, y acompañado por ellos, marchó inmediatamente para Cholula, con cien peones españoles y diez caballos, determinado a dirigir personalmente aquella empresa. (1) Halló a las tropas de Olid amedrentadas; por lo que les inspiró valor, y siguió la marcha a Cuauhquechollan, con todo el ejército, que a la sazón constaba de más de trescientos españoles y de más de cien mil aliados; tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los mexicanos, para substraerse a su dominio. Antes de llegar a Cuauhquechollan, le avisó aquel señor que ya estaban tomadas todas las medidas; que los mexicanos confiaban en los centinelas que habían puesto en los caminos y en las torres; pero que los ciudadanos se habían apoderado en secreto de ellas.

Apenas vieron los de la ciudad el ejército que venía a su socorro, asaltaron con tanta violencia los alojamientos de los mexicanos, que antes de entrar Cortés, le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró aquel general, atacaban tres mil ciudadanos el cuartel principal de aquellos oficiales, que aunque muy inferiores en número, se defendieron con tanto brío, que los cuauhquecholeses no pudieron entrar en la casa, a pesar de haberse hecho dueños de las azoteas. Cortés la tomó por asalto; pero en despecho de sus conatos para hacer algún prisionero que lo informase del estado actual de la corte, no lo pudo conseguir, pues ellos pelearon con tanto tezón, que todos murieron, y sólo de un oficial moribundo se pudieron sacar algunas noticias. Los otros mexicanos esparcidos por la ciudad, huyeron precipitadamente a

(1) Bernal Díaz niega que Cortés se hallase en persona en estas expediciones; pero el mismo Cortés lo asegura y habla de tal modo de las dos ciudades, que aunque no lo dijese, deberíamos inferir que intervino en la guerra. Bernal Díaz escribió cuarenta años después del suceso y pudo padecer alguna falta de memoria. Cortés escribió su segunda carta a Carlos V, en la que habla de aquella campaña, pocos días después de ella.

incorporarse con el grueso del ejército, acampado en una elevación que dominaba todos los contornos, el cual se puso en un momento en orden de batalla, y entró en la ciudad, pegando fuego a las casas. Cortés afirma que no había visto jamás tropa de más bello aspecto, por las alhajas de oro y los penachos que en ella lucían. Los españoles corrieron a la defensa con su caballería y con muchos millares de aliados, y obligaron a los enemigos a huir a una posición alta y escabrosa; pero viéndose todavía perseguidos en ella, se recobraron en un monte elevadísimo, dejando muchos muertos en el campo. Los vencedores, después de haber saqueado el de los enemigos, volvieron a la ciudad, llenos de gloria y cargados de despojos.

Tres días descansó el ejército, y al cuarto pasó a Itzocan, llamada por los españoles Izúcar, ciudad de tres a cuatro mil familias, situada a la falda de un monte, a cerca de diez millas de Cuauhquechollan, rodeada de un río profundo y de una pequeña muralla. Sus calles eran bien ordenadas, y tantos sus templos, que entre grandes y pequeños contó Cortés hasta ciento; su clima es cálido, por estar en un valle profundo, encerrado entre altas montañas, y el terreno, como el de Cuauhquechollan, fertilísimo, y sombreado por árboles de hermosas flores y excelentes frutos. Mandaba en aquel país un personaje de la sangre real de México, a quien Moteuczoma lo había dado en feudo, después de haber mandado dar muerte, no sé por qué motivo, al legítimo señor que lo poseía. A la sazón, tenía una guarnición de cinco o seis mil hombres de tropas mexicanas. Todos estos datos, comunicados por el señor de Cuauhquechollan a Cortés, lo movieron a emprender aquella expedición. Hallándose con un ejército, según él mismo afirma, de cerca de ciento veinte mil hombres, dió el asalto a la ciudad, por la parte que le pareció menos difícil. Los itzocaneses, ayudados por las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero vencidos por fuerzas tan superiores, se desbarataron y huyeron por la parte opuesta a la del ataque, pasando el río y alzando los puentes, a fin de no ser perseguidos por sus contrarios. Los españoles y los aliados, en despecho de las dificultades que hallaron para vadear el río, los siguieron por más de cuatro millas, matando a unos, haciendo prisioneros a otros, y aterrando a todos con su furor y violencia. Vuelto Cortés a la ciudad, mandó pegar fuego a todos los santuarios, y por medio de algunos prisioneros llamó a los ha-

bitantes, que estaban esparcidos en los montes, dándoles salvoconducto, para que volviesen sin temor a sus casas.

El señor de Itzocan se había ausentado de la ciudad, y puesto en camino para México, cuando se descubrió el ejército contrario. Esto bastó a la nobleza, que quizás no le era muy afecta, para declarar el estado vacante; por lo que, con aprobación y bajo el amparo de Cortés, convinieron en darlo a un príncipe, hijo del señor de Cuauhquechollan y de una señora hija del antiguo poseedor, condenado a muerte por Moteuczoma, y por ser de tierna edad, se le nombraron por tutores a su padre, a su tío y a dos nobles. Aquel mancebo fue en breve instruído en la religión cristiana y bautizado.

La fama de las victorias de los españoles voló inmediatamente por aquellos países, y atrajo muchos pueblos a la obediencia del rey de España. Además de Cuauhquechollan, Itzocan y Ocopetlayocan, gran ciudad, poco distante de aquellas dos, (1) vinieron a tributar homenaje a la corona de Castilla, los señores de ocho pueblos de Coaixtlahuacan, (2) parte de la vasta provincia de Mixtecpan, distante más de ciento veinte millas de Cuauhquechollan, solicitando todos a porfía la amistad de aquellos hombres invencibles.

Cortés volvió a Tepeyacac, y por medio de sus capitanes hizo la guerra a varias ciudades que habían cometido hostilidades contra los españoles. Los habitantes de Xalatzinco, ciudad poco distante del camino de Veracruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval, y los principales de entre ellos conducidos prisioneros a Cortés, el cual, viéndolos arrepentidos y humillados, los puso en libertad. Los de Tecamachalco, ciudad considerable

(1) Ocopetlayocan es llamado por Cortés **Ocupatuyo**, por causa de la ignorancia de la lengua, y el autor de las notas a sus **Cartas** creyó que fuese Ocuituco; mas este pueblo no estaba tan cerca de Cuauhquechollan, como, según Cortés, estaba Ocupatuyo. Torquemada, aunque exacto en los nombres, lo llama **Acapetlayocan** y **Acapetlahuacan**.

(2) Coaixtlahuacan es llamada por Cortés **Coastoaca**, y dice que está cerca de Tamazola, a donde pocos meses antes había enviado unos españoles a buscar minas. El autor de dichas notas dice que Tamazola está en Sinaloa; mas este es uno de los grandes despropósitos que se hallan en aquella obra. El mismo Cortés asegura que Tamazola distaba 40 leguas de Itzocan, y Sinaloa dista más de 400. Tampoco habla Cortés de Huaxyacac u Oaxaca, donde dice Coastoaca, como pretende aquel escritor, sino de Coaixtlahuacan, llamada por los españoles **Justlahuaca**.

de la nación popoloca, hicieron una vigorosa resistencia; mas al fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Tochtepec, ciudad grande, a orillas del río de Papaloapan, donde había guarnición mexicana, envió al capitán Salcedo, con ochenta españoles, de los cuales no quedó uno vivo para traer la noticia a Cortés. Mucho sintió esta pérdida, que en efecto era muy grande, atendido el pequeño número de gente propia que le quedaba. Para vengarla, envió a los dos valientes capitanes Ordaz y Avila, con algunos caballos y veinte mil aliados, los cuales, a pesar del valor con que los mexicanos se defendieron, tomaron la ciudad y mataron muchos enemigos.

No fue la pérdida de aquellos soldados la que más amargó a Cortés; los mismos que poco antes le habían suplicado que regresase a Veracruz, persistieron tan obstinadamente en su demanda, que se vió obligado a concederles permiso de volver, no ya a Veracruz, para aguardar allí nuevos refuerzos, sino a Cuba, para estar más lejos de los peligros de la guerra, pareciéndole menos malo disminuir sus tropas que tener consigo malcontentos, que con su disgusto enfriasen el valor de los otros; pero esta pérdida fue pronta y ventajosamente reparada con un buen número de soldados, que con caballos, armas y municiones, llegaron al puerto de Veracruz, enviados los unos por el gobernador de Cuba, en socorro de Narváez, y los otros por el gobernador de la Jamaica, para la expedición de Pánuco. Todos se agregaron gustosos al partido de Cortés, mudándose en instrumentos de felicidad los mismos recursos que sus enemigos empleaban para su ruina.

ESTRAGOS DE LAS VIRUELAS.—SUCESOS EN MEXICO

Las victorias de los españoles y la muchedumbre de sus aliados, engrandecieron de tal modo su nombre, y granjearon tanta preponderancia a Cortés, que era el árbitro de los disturbios de aquellos pueblos, y a él, como a supremo señor de aquella tierra, se dirigían para obtener la confirmación de la investidura de los estados vacantes, como sucedió con los de Cholollan y de Ocotelolco en Tlaxcala, que vacaron de resultas de las muertes ocasionadas por las viruelas. Este azote del género humano, desconocido enteramente hasta entonces en el Nuevo Mundo, fue llevado a él por un negro esclavo de Narváez. Este lo comunicó a los

cempoaltecas, y de éstos se propagó el contagio por todo el Imperio Mexicano, con indecible daño de aquellas naciones. Los que por ser dotados de una fuerte complexión, resistieron a la violencia del mal, quedaron tan desfigurados por las profundas trazas de la erupción, que hacían horror a cuantos los miraban. Entre los otros males ocasionados por tan terrible enfermedad, fue muy sensible a los mexicanos la muerte de su rey Cuitlahuatzin, después de tres o cuatro meses de reinado, y a los tlaxcaltecas y españoles la del príncipe Maxixcatzin.

Los mexicanos dieron la corona a Cuauhtemotzin, sobrino de Cuitlahuatzin, por no quedar ya ningún hermano de los dos últimos reyes. Era joven de veinticinco años, de ánimo intrépido, y aunque por su corta edad no muy práctico en la guerra, continuó las disposiciones militares de su predecesor. Casóse con su prima Tecuichpotzin, hija de Moteuczoma, y viuda de su tío Cuitlahuatzin.

Cortés lloró la pérdida de Maxixcatzin, tanto por la amistad que con él había estrechado, cuanto por haber sido aquel personaje el que más había influído en la armonía que hasta entonces había reinado entre españoles y tlaxcaltecas. Por tanto, después de haber asegurado el camino de Veracruz y de haber mandado a la corte de España al capitán Ordaz, con una relación exacta, dirigida al Emperador Carlos V, de cuanto hasta entonces le había ocurrido, y al capitán Avila a la isla de Santo Domingo solicitando nuevos socorros para la conquista de México, salió de Tepeyacac para Tlaxcala, y entró allí vestido de luto, y haciendo grandes demostraciones de dolor, por la muerte del príncipe su amigo. Confirió, a petición de los mismos tlaxcaltecas, y a nombre del Rey Católico, el estado vacante de Ocotelolco, uno de los cuatro principales de aquella República, a un hijo del difunto príncipe, mancebo de doce años, que en el bautismo tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin, (1) siendo desde entonces el nombre del padre apellido del hijo y de toda su ilustre descendencia, y para honrarlo de un modo particular, en atención a los méritos de su padre, lo armó caballero al uso de Castilla.

(1) Solís dice que se llamaba Lorenzo; mas este fue el nombre del padre; el hijo se llamó Juan, como dice Torquemada, que lo supo por los mismos tlaxcaltecas.

EXALTACION DEL PRINCIPE COANACOTZIN, Y MUERTE
DE CUICUITZCATZIN

En aquel mismo tiempo, aunque por muy distinta causa, ocurrió la muerte del príncipe Cuicuitzcatzin, a quien Moteuczoma y Cortés habían puesto en el trono de Acolhuacan, en lugar de su desventurado hermano Cacamatzin. No le fue dado gozar largo tiempo de su postiza dignidad, pues muy en breve lo privó de la libertad el mismo que le había dado la corona. Salió de México con los otros prisioneros, en la noche de la derrota de los españoles; mas entonces tuvo la fortuna, o más bien la desgracia de salvar la vida, que debía perder después de un modo ignominioso. Acompañó a los españoles hasta Tlaxcala, donde permaneció hasta que, o impaciente de la opresión, o deseoso de recobrar el trono, se huyó secretamente a Tezcoco. Reinaba a la sazón en aquella corte su hermano Coanacotzin, a quien por muerte de Cacamatzin tocaba por ley del reino la corona. Apenas se presentó Cuicuitzcatzin, cuando fue preso por los ministros reales, que dieron cuenta inmediatamente al rey, el cual se hallaba en México. Este lo hizo saber a su primo Cuauhtemotzin, el cual, creyendo que el príncipe fugitivo era espía de los españoles, fue de opinión que se le diese muerte. Coanacotzin, o por complacer a aquel monarca, o más bien por deshacerse de un rival peligroso, mandó ejecutar sin tardanza aquel designio. Así terminó su vida aquel desventurado, cuya elevación sólo sirvió para hacer más estrepitosa su caída. (1)

(1) No hay un historiador español, excepto Cortés, que haga mención de la fuga, de la prisión y de la muerte de Cuicuitzcatzin. Gomara sólo habla de su muerte y lo llama Cocuzca; Herrera, Quisquizca, y Cortés, Cucazcasin. Añade que se llamaba también Ipalsuchil, esto es, Icpalxochitl.

LIBRO DECIMO

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEZCOCO; SUS NEGOCIACIONES CON LOS MEXICANOS; SUS CORRERIAS Y BATALLAS EN LAS CERCANIAS DE LOS LAGOS; SUS EXPEDICIONES CONTRA YACAPICHTLAN, CUAUHNAHUAC Y OTRAS CIUDADES.—CONSTRUCCION DE LOS BERGANTINES.—CONJURACION DE ALGUNOS ESPAÑOLES CONTRA CORTES. — RESEÑA, DIVISION Y PUESTOS DEL EJERCITO ESPAÑOL.—ASEDIO DE MEXICO, PRISION DEL REY CUAUHTEMOTZIN Y RUINA DEL IMPERIO MEXICANO.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEZCOCO

CORTES, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de México, se empleaba en Tlaxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines y en la disciplina de sus tropas. Obtuvo de aquel Senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazón y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlalcueye. (1) Avisó a los

(1) Solís dice que en aquella ocasión sacaron azufre los españoles del volcán de Popocatepetl para hacer pólvora; que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcán antes de la conquista de México y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montaña, no Montano, como dice Solís. Para probar la verdad de estos datos, no es necesario ir a buscar el apoyo de un escritor holandés, pues consta por el testimonio de autores españoles y por los privilegios que concedió el Rey Católico a la posteridad de Montaña.

huexotzingos, a los cholultecas, a los tepeyaqueses y a otros aliados, a fin de que alistasen sus tropas, e hizo reunir una gran provisión de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el asedio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó reseña a su tropa, que se componía de cuarenta caballos y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armada la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela, y la cuarta de picas. Puesto a caballo enfrente de su pequeño ejército, después de ordenarlo, habló de este modo a sus guerreros: “Amigos y compañeros, todo lo que yo pudiera deciros para excitar vuestro valor, sería enteramente inútil; pues todos nos reconocemos obligados a reparar el honor de nuestras armas, y a vengar la muerte de nuestros compatriotas y de nuestros aliados. Vamos a la conquista de México, empresa la más gloriosa de cuantas se nos pueden ofrecer en el discurso de nuestra vida; vamos a castigar de un golpe la perfidia, el orgullo y la crueldad de nuestros enemigos; a ensanchar los dominios de nuestro soberano, agregándoles un reino tan grande y tan rico; a facilitar los progresos del Evangelio, abriendo las puertas del cielo a tantos millones de almas; a asegurar en pocos días de trabajo el bienestar de nuestras familias, y a inmortalizar nuestros nombres; estímulos todos capaces de aguijonear a los más cobardes, cuánto más a corazones tan nobles y generosos como los vuestros. Yo no veo dificultad alguna que no pueda sobrepujar vuestro brío. Son muchos nuestros contrarios; pero les somos superiores en el valor, en la disciplina y en las armas. Tenemos, además, a nuestras órdenes un número tan crecido de tropas auxiliares, que, ayudados por ellas, podremos conquistar no una, sino muchas ciudades como México. No hay duda que es fuerte; pero no tanto, que pueda resistir a los ataques que vamos a darle por agua y por tierra. Finalmente, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha declarado favorable a nuestros designios. Su Providencia nos ha conservado en medio de tantos desastres y peligros; nos ha enviado nuevos compañeros en lugar de los que hemos perdido, y ha convertido en nuestro bien, los mismos instrumentos que nuestros enemigos habían empleado en nuestro daño. ¿Qué no debemos esperar en el porvenir de su misericordia? El es nuestro conductor en esta grande

empresa; merezcamos, pues, su protección y no nos hagamos indignos de ella con nuestra pusilanimidad y desconfianza.”

Los tlaxcaltecas, que procuraban imitar la disciplina de los españoles, quisieron hacer también reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompía la marcha la música militar de cornetas, caracoles y otros instrumentos de viento, y detrás venían los cuatro jefes de la República, armados de escudo y espada, y adornados con hermosísimos penachos de dos pies de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y en las orejas, y en los pies calzados de gran valor. Seguíanles cuatro escuderos, armados de arco y flechas, y en pos los cuatro estandartes principales de la República, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Después empezaron a pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos o cuatrocientos hombres; seguían las tropas armadas de espada y rodela, y al fin armadas de pica. Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los piqueros diez mil y los de espada y escudo cuarenta mil. (1)

Xicotencatl el joven, hizo también una arenga, a ejemplo de Cortés, en la que dijo a sus tropas que al día siguiente, como ellos sabían, debían marchar con los valientes españoles contra México, enemiga eterna de la República; que aunque el nombre sólo de los tlaxcaltecas bastaba para amedrentar a todas las naciones de la tierra, debían apercibirse a ganar nueva gloria con sus acciones.

Cortés, por su parte, convocó a los principales señores de los ejércitos aliados, y los exhortó a una fidelidad constante para con los españoles, ponderándoles las ventajas que debían esperar de la ruina de los mexicanos, y los males que los amenazaban, si por

(1) Solís siguiendo, como él dice, a Bernal Díaz, no cuenta en la reseña de los tlaxcaltecas más de 10,000 hombres y critica a Herrera porque dice que había 80,000; pero en éste, como en otros muchos puntos, se nota el descuido de Solís en consultar los autores. Bernal Díaz no hace mención de la reseña de los tlaxcaltecas, sólo dice que Cortés pidió al Senado 10,000 hombres, y el Senado respondió que estaba pronto a darle mayor número de tropas. Herrera no cuenta 80,000 hombres como dice Solís, sino 110,000, y en este cómputo lo han seguido Torquemada y Betancourt. Ojeda, que estuvo presente y mandaba las tropas aliadas, dice que eran 150,000; pero incluye a los huexotzingos, a los cholultecas y a los tepeyaqueses.

sugestión de éstos, o por miedo de la guerra, o por inconstancia de ánimo, faltaban a la fe que habían empeñado. Después publicó un bando, para gobierno de sus tropas, que contenía los artículos siguientes:

1°. Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus santos.

2°. Ninguno riña con otro, ni ponga mano a la espada u otra arma para herirlo.

3°. Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio.

4°. Nadie force a mujer alguna, so pena de muerte.

5°. Ninguno se apodere de los bienes o prendas que no le pertenecen, ni castigue a ningún indio, si no es su esclavo.

6°. Ninguno haga correrías sin permiso del general.

7°. Ninguno prenda a los indios, ni saquee sus casas, sin permiso del general.

8°. Ninguno trate mal a los aliados, antes bien procuren todos conservar su amistad.

Y porque de nada sirven las leyes cuando no se ceta su observancia y no se castigan los delincuentes, mandó ahorcar dos negros esclavos suyos, porque habían robado un pavo y dos capas de algodón. Con estos y otros ejemplos hizo respetar aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservación de sus pequeñas fuerzas.

Después que hubo tomado las medidas que le parecieron conducentes al buen éxito de su empresa, marchó finalmente con todos sus españoles, y con un buen número de aliados, el día 28 de diciembre de 1520, después de haber oído misa e invocado el Santo Espíritu. No quiso, desde luego, llevar consigo todo el ejército aliado que había pasado reseña el día antes, tanto por la dificultad de mantener tan gran número de gente en Tezcoco, como porque creyó más oportuno dejar la mayor parte en Tlaxcala, para seguridad de los bergantines, cuando llegase el tiempo de transportarlos. (1) De los tres caminos que había para ir a Tezcoco,

(1) "No hay duda, dice Solís, que Cortés salió de Tlaxcala con más de 60,000 hombres." Lo cierto es que no se sabe positivamente su número, pues ni Cortés ni Bernal Díaz lo mencionan. Gomara dice que eran más de 80,000.

tomó Cortés el más difícil, creyendo prudentemente que no debiendo aguardarlo por allí los mexicanos, sería más segura su marcha. Pasó por Tetzmelocan, pueblo perteneciente al estado de Huexotzingo. El 30 contemplaron, desde la cima más alta de aquellos montes, el hermoso valle de México, parte con júbilo, por ser aquel el término de sus deseos, parte con disgusto, por el recuerdo de sus desastres. Al comenzar a bajar hacia el llano, hallaron el camino embarazado con troncos y ramas de árboles, atravesadas a propósito, y tuvieron que emplear mil tlaxcaltecas en remover aquel obstáculo. Cuando llegaron al valle, los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los españoles dado muerte a algunos de ellos, los demás se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatepec, lugar distante ocho millas de Tezcoco, y al día siguiente, cuando se encaminaban a aquella capital, inciertos de la disposición de los tezcocanos, pero resueltos a no volver atrás, sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir hacia ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro, y conociendo Cortés que esta era señal de paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran, en efecto, mensajeros enviados por el rey Coanacotzin, para cumplimentar al general español, para convidarlo a ir a su corte y para rogarle que no cometiesen hostilidad alguna en sus estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pesaba treinta y dos onzas. Cortés, a pesar de estos indicios de amistad, le echó en cara la muerte dada pocos meses antes, por los habitantes del pueblo de Zoltepec, a cuarenta y cinco españoles, cinco caballos y trescientos tlaxcaltecas, que los acompañaban cargados de oro, plata y armas para los españoles que estaban entonces en México, con tanta inhumanidad, que habían colgado como trofeos en el Templo de Tezcoco, los pellejos de los españoles, con sus armas y trajes. Añadió que ya que no era posible compensar la pérdida de aquella gente, debían al menos pagarle el oro y la plata que habían robado; que si no le daban la debida satisfacción, por cada español muerto haría él morir mil tezcocanos. Los mensajeros respondieron que su nación no era la culpable de aquel exceso, sino los mexicanos, por cuya orden obraron los zoltepequeses; que sin embargo, ellos se ofrecían a emplear toda la diligencia posible, para que se restituyese todo lo que se había quitado; y despidiéndose cortesmente del general, volvieron a toda prisa a Tezcoco, con la noticia del pronto arribo de los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A TEZCOCO Y REVOLUCIONES
EN AQUELLA CORTE

Entró Cortés con su ejército en Tezcoco, el último día de aquel año. Salieron a su encuentro algunos nobles, y lo condujeron a uno de los palacios del difunto rey Nezahualpilli, el cual era tan grande, que no sólo se alojaron en él los seiscientos españoles, sino que aun cabían cómodamente otros seiscientos. Muy en breve notó el general que el concurso de las calles había disminuído considerablemente, pareciéndole que no había la tercera parte de la población que viera en otras ocasiones, y sobre todo, observó que faltaban las mujeres y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposición de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no exponer su gente a nuevos infortunios, publicó un bando en que prohibió a los soldados la salida de los cuarteles, so pena de la vida. Después de comer, observaron desde las azoteas del palacio, que salía mucha gente de la ciudad, encaminándose los unos a los bosques vecinos, y los otros a los diversos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rey Coanacotzin, pasando a México en una barca, en despecho de Cortés, que deseaba apoderarse de él como había hecho de sus tres hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin e Ixtlilxochitl. En verdad, Coanacotzin no podía tomar otro partido, porque ¿cómo era posible que se creyese seguro entre los españoles, después de lo que habían hecho con sus hermanos, con Moteuczoma su tío, y mayormente temiendo que muchos de sus súbditos se aprovecharan de aquella ocasión, para declararse en contra, los unos por miedo de los españoles y por los intereses particulares de sus familias, los otros por vengar la muerte de Cuicuitzcatzin, y muchos por poner en el trono a Ixtlilxochitl?

Las revoluciones que inmediatamente ocurrieron en aquella capital justificaron su fuga. Apenas había estado allí tres días Cortés, cuando se le presentaron los señores de Huexotla, de Coatlichan y de Atenco, tres ciudades tan inmediatas a Tezcoco, según hemos dicho, que podían considerarse como sus arrabales. El objeto de su venida era ofrecer su amistad y alianza a Cortés, y éste, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente, y les ofreció su protección. Informada de esta novedad la corte de México, envió una severa reprensión a aquellos señores, mandándoles decir, que si la cau-

sa de haber abrazado tan vil partido era el miedo que tenían del poder de aquellos enemigos, supiesen que los mexicanos se hallaban con fuerzas superiores, y que con ellas exterminarían muy en breve a los españoles, juntamente con sus aliados favoritos los tlaxcaltecas; que si se habían reducido a tanta extremidad por conservar los estados y dominios que tenían en Tezcoco, pasasen a México, en cuyo territorio se les darían mejores posesiones. Mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas, y de ceder a las promesas, se apoderaron de los mensajeros y los enviaron a Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venían a interponer su mediación a fin de negociar la paz entre los españoles y los mexicanos. Cortés, fingiendo dar crédito a lo que decían, los puso en libertad, y les encargó dijese a su soberano que él no quería la guerra ni la haría jamás, si los mexicanos no lo obligaban a ello con sus hostilidades; que por tanto, viviese apercibido y se guardase de hacer el menor daño a los suyos o a sus aliados, pues en este caso serían sus enemigos y darían lugar a la total ruina de la ciudad.

Mucho importaba en efecto a Cortés la alianza de aquellas tres ciudades; mas antes de todo, era necesario ganarse la corte misma de Tezcoco, tanto por la gran nobleza que en ella había, cuanto por su influjo en las otras ciudades del reino. Desde su entrada procuró granjearse los ánimos con su afabilidad y buenos modales, y lo mismo había recomendado a los suyos, prohibiendo severísimamente toda clase de hostilidad contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable a Ixtlilxochitl, a quien tenía detenido, no sé por qué razón, en Tlaxcala. Hízolo conducir a la corte por un buen número de españoles y tlaxcaltecas, presentólo a la nobleza y obtuvo que fuese aclamado rey, y coronado con las mismas ceremonias y regocijos que se solían hacer con los soberanos legítimos. (1) Promovió Cortés la exaltación de aquel príncipe, tanto

(1) Solís en la relación de este suceso, además de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés y de los tezcocanos, incurre en siete errores substanciales: 1.º Supone vivo en aquel tiempo a Cacamatzin, siendo así que, por testimonio de Cortés y de otros historiadores consta que fue muerto en la noche de la derrota de los españoles o poco antes. 2.º Duda al principio y luego afirma positivamente que en el mismo tiempo reinaba

por vengarse de Coanacotzin, como por tener a la nación dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, o porque no osase oponerse a los españoles, o por que estaba cansado de su antiguo jefe.

Era Ixtlilxochitl joven de cerca de veintitrés años. Desde la primera entrada de Cortés en Tlaxcala, se había declarado abiertamente en su favor, se le había ofrecido con su ejército, y convidándolo a hacer su viaje a México por Otompan, donde a la sazón se hallaba; pero en despecho de su buena voluntad y de sus obsequios, fue prisionero de los españoles, cuando éstos salieron derrotados de México, y detenido en Tlaxcala hasta el suceso de que voy hablando. Todas estas circunstancias me hacen creer que su cautiverio no fue más que una decorosa privación de su libertad, dorada con alguno de aquellos pretextos que suele inventar la política de los hombres, cuando los guía la desconfianza o el deseo de la propia seguridad. Con la larga práctica de los españoles, se acostumbró a sus usos y modales. Fue instruído en la religión cristiana y tomó en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl, por respeto al general español, que fue su padrino. No gozó sino de la apariencia de la majestad, pues más que señor de sus súbditos, fue ministro

en Tezcoco Cacamatzin, siendo indudable que el príncipe reinante era Coanacotzin. 3.º Hace a Cacamatzin hermano de Nezahualpilli (a quien llama Nezabal), de quien era hijo, como saben los que han saludado la historia de aquellos pueblos. 4.º Supone que Cacamatzin mató a Nezahualpilli, fábula jamás oída en la historia de Tezcoco. 5.º Cree muerto a Nezahualpilli cuando reinaba el antecesor de Moteuczoma. Ahora bien, el antecesor de Moteuczoma murió en 1502; luego, Nezahualpilli fue muerto aquel mismo año, cuando más tarde, por Cacamatzin. Cuando tuvo el arrojo de matar a su rey, se debe creer que tendría a lo menos 15 años; luego, en 1519, cuando el mismo Cacamatzin visitó a Cortés en Ayotzinco, tenía a lo menos 32 años, y sin embargo, el mismo Solís en otra parte sólo le da 25. Pero la verdad es que Nezahualpilli murió en 1516. 6.º Supone a Cacamatzin usurpador de la corona, cuando consta de la historia que era el sucesor legítimo. 7.º Finge que el nuevo rey se hallaba en Tezcoco cuando llegó Cortés; que éste no lo había visto antes; que la primera vez que se le presentó, quedó el caudillo español tan prendado de su elocuencia y gentileza, que lo abrazó sin poderse contener; todo lo cual es un tejido de fábulas; pues por las *Cartas* del mismo Cortés y por muchos historiadores consta, que aquel príncipe (cuyo nombre ignoró Solís), había sido conocido por Cortés un año antes de su elevación, que había sido seis meses su prisionero y que lo hizo venir de Tlaxcala para coronarlo, como se refiere en el texto de esta Historia.

de la voluntad de los españoles, a quienes hizo grandes servicios, no sólo en la conquista de México, en que sirvió con su persona y con su tropas, sino en la reedificación de aquella capital, para la cual suministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió todavía joven en 1523, y le sucedió en el señorío de Tezcoco su hermano D. Carlos, de quien haré honrosa mención después. Con la exaltación de Ixtlilxochitl y con los obsequios que Cortés le hacía, se aumentó considerablemente el partido de los españoles, y todas las familias tezcocanas que se habían ausentado de la corte por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras y alegres a sus casas.

Cortés había resuelto fijar su cuartel general en Tezcoco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servía de alojamiento a sus tropas. No podía abrazar un partido más conducente a sus miras. Tezcoco, como capital del reino de Acolhuacan, y ciudad tan grande y populosa, abundaba en toda clase de víveres, para el mantenimiento de sus tropas; tenía buenos edificios para su habitación, buenas fortificaciones para su defensa y gran número de artífices de toda clase para los trabajos de que podría necesitar el ejército. Los dominios de aquel estado confinaban con los de Tlaxcala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la República; la proximidad del lago era de suma importancia para la conducción de los bergantines, y la ventajosa situación de la ciudad proporcionaba a los españoles la noticia de todos los movimientos de sus enemigos, sin exponerse a sus hostilidades.

EXPEDICION PELIGROSA CONTRA ITZTAPALAPAN

Después de haber arreglado los negocios de Tezcoco, resolvió Cortés atacar la ciudad de Itztapalapan, para vengar en ella y en sus ciudadanos las ofensas que había recibido de su señor Cuitlahuatzin, a quien atribuía la causa de las desgracias de la noche memorable de la retirada. Dejó en Tezcoco una guarnición de más de trescientos españoles y muchos aliados, al mando de Sandoval, y él marchó con más de doscientos de los suyos, más de tres mil tlaxcaltecas y muchos nobles de Tezcoco. Antes de llegar a Itztapalapan, salieron a sus encuentro algunas tropas, las cuales, fingiendo oponerse a su entrada y peleando parte en tierra, parte en agua, se iban retirando hacia el pueblo, como si no pudieran resistir a los invasores. Empeñados españoles y

tlaxcaltecas en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron en gran parte desiertas, pues los ciudadanos se habían retirado con sus mujeres e hijos, y la mayor parte de sus bienes, a unas casas que tenían en las islas del lago; pero aun allí fueron perseguidos por sus enemigos, que peleaban igualmente por agua y tierra. Era ya muy entrada la noche, cuando los españoles, alegres por la victoria que creían haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas, y los tlaxcaltecas en pegarles fuego, cuando en pocos instantes se convirtió su júbilo en espanto, pues a la luz del incendio observaron que salía el agua de los canales, y empezaba a cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dió el toque de retirada, y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Tezococo; mas a pesar de la diligencia de las tropas, llegaron a un punto donde se habían acumulado de tal modo las aguas, que los españoles pasaron con gran trabajo; de los tlaxcaltecas se ahogaron algunos y se perdió la mayor parte del botín. No hubiera quedado uno solo vivo, si se hubieran detenido tres horas en la ciudad, como el mismo Cortés asegura; porque los ciudadanos, queriendo deshacerse de aquel modo de sus enemigos, rompieron los diques del lago y anegaron la ciudad. Al día siguiente, continuaron su marcha por las orillas del lago, continuamente perseguidos e insultados por los enemigos. Esta expedición disgustó mucho a los españoles; pero aunque perdieron los despojos y muchos fueron heridos, sólo murieron dos de ellos y un caballo. La pérdida de los de Itztapalapan fue mucho más considerable; pues además del menoscabo que sus casas sufrieron, quedaron, según Cortés, más de seis mil muertos.

CONFEDERACION DE OTOMPAN Y DE OTRAS CIUDADES CON LOS ESPAÑOLES

La pesadumbre que produjo a Cortés aquel suceso, fue muy en breve compensada por la satisfacción de recibir la sumisión que le enviaron, por medio de sus embajadores, las ciudades de Mizcuic, Otompan y otras de aquellos contornos; alegando, para obtener su gracia, que habiéndolos excitado los mexicanos a tomar las armas en su favor, ellos no habían querido jamás ceder a sus deseos. Cortés, cuya autoridad se extendía tan rápidamente como se aumentaba su partido, les exigió, como condición necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos mensajeros les fuesen enviados de México, y de cuantos mexicanos lle-

gasen a su ciudad. Ellos lo prometieron así, aunque no sin grandes dificultades, y desde entonces fueron constantemente aliados fieles de los españoles.

A esta confederación siguió muy en breve la de Chalco, ciudad y Estado considerable de la orilla oriental del lago dulce. Sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse a su partido, pero no osaban declararse por miedo de las guarniciones mexicanas que estaban en sus plazas, les envió a Sandoval con veinte caballos, doscientos peones españoles y un buen número de aliados, dándole orden de acompañar a unos tlaxcaltecas que deseaban llevar a su patria la parte que habían salvado del botín de Itztapalapan, y volver sobre Chalco para arrojar a los mexicanos. Dió Sandoval la vanguardia a los tlaxcaltecas; algunas tropas enemigas que se habían puesto en acecho, los atacaron de improviso, los desordenaron, les mataron mucha gente y les quitaron el botín; pero sobrevinieron los españoles y vengaron aquel triunfo, derrotando a los mexicanos y quitándoles los despojos. Los tlaxcaltecas continuaron sin peligro su viaje y Sandoval marchó a Chalco; pero antes de llegar a la ciudad, salió al encuentro la guarnición mexicana, compuesta, según algunos autores, de doce mil combatientes. Se dió la batalla, que duró dos horas, y terminó con la muerte de muchos enemigos, y con la fuga de los otros. Los chalqueses, noticiosos de la victoria, salieron con gran júbilo a recibir a los españoles y los acompañaron triunfantes a la ciudad. (1) El señor de aquel estado, que había muerto de viruelas pocos días antes, había recomendado eficazmente, en los últimos momentos de su vida, a los dos hijos que dejaba, que se confederasen con los españoles, que cultivasen su amistad y que tuviesen a Cortés por padre. Por respeto a su última voluntad, pasaron aquellos dos jóvenes a Tezcoco, acompañados del ejército español, y de muchos nobles chalqueses; presentaron a Cortés una suma considerable de oro y establecieron la alianza, en que se mantuvieron constantemente fieles. La causa

(1) Solís, en la relación de este suceso, incurre en dos errores geográficos: 1.º Supone que Chalco estaba contigua a Otompan, no sabiendo que entre ellas estaban la corte de Tezcoco y otras ciudades importantes de Acolhuacan. 2.º Dice que los estados de Chalco y de Tlaxcala eran confinantes, cuando había entre ellos un bosque vastísimo y una parte de los dominios de Huexotzingo, y por otro lado mediaban los distritos más poblados de Acolhuacan.

de rebelarse tan fácilmente aquellos pueblos contra el Imperio, era, en unos, el miedo de las armas españolas y del poder de sus aliados, y en otros el odio de la dominación mexicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los pueblos, cuando en la subordinación influye más el terror que la beneficencia, ni hay trono más vacilante que el que se sostiene más bien en la fuerza de las armas, que en el amor de los pueblos. Cortés, después de haber obsequiado a los dos príncipes, dividió entre ellos el estado, o porque así lo pidieron ellos mismos, o porque le sugirieron este plan los nobles. Dió al mayor la investidura de la ciudad principal, con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ayotzinco y otros.

No cesaban, entre tanto, los mexicanos de hacer correrías en los estados que se habían unido con los españoles; pero la diligencia de Cortés en enviar socorros a donde eran necesarios, inutilizaba completamente sus esfuerzos. Entre otros, vinieron los chalqueses a Tezcoco a pedir socorro a los españoles, pues habían sabido que los mexicanos se apercebían a darles un golpe, en castigo de su rebelión. No pudo condescender el general español con sus deseos, pues habiéndose concluido el corte de la madera que debía servir en los bergantines, necesitaba de toda su gente para transportarla con seguridad de Tlaxcala a Tezcoco; pero les aconsejó que se confederasen con los huexotzingos, con los cholultecas y con los cuauhquecholeses. Ellos rehusaron este partido, por la enemistad que siempre habían tenido con aquellos pueblos; pero al fin lo aceptaron, movidos por las instancias de Cortés, y obligados por la necesidad. Apenas se habían despedido los chalqueses, cuando llegaron oportunamente a Tezcoco tres mensajeros de Huexotzingo y de Cuauhquechollan, enviados por aquellos señores a Cortés, para darle parte de su inquietud, de resultas de unas humaredas que sus centinelas habían descubierto desde las cimas de los montes, y que eran indicios manifiestos de próximas hostilidades; al mismo tiempo le ofrecían sus tropas, que estaban apercebidas a ponerse bajo sus órdenes cuando necesitase de ellas. Aprovechóse Cortés de tan favorable ocasión para confederar aquellos estados con el de Chalco, obligándolos a renunciar, por el bien común, a sus particulares resentimientos. Fue tan sólida aquella alianza, que desde entonces se ayudaron mutuamente sus miembros contra los mexicanos.

TRANSPORTE DE LOS MATERIALES PARA LOS BERGANTINES

Siendo ya tiempo de llevar a Tezcoco el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazón de los bergantines, dió Cortés esta comisión a Sandoval, con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole que fuese antes a Zoltepec a castigar rigorosamente a sus habitantes, por la muerte de los cuarenta y cinco soldados españoles y trescientos tlaxcaltecas, de que ya he hablado. Los zoltepequeses, cuando vieron acercarse la borrasca, abandonaron sus casas para salvar la vida con la fuga; pero habiéndolos alcanzado los españoles, muchos de ellos fueron pasados a cuchillo, y otros hechos esclavos. De allí marchó Sandoval a Tlaxcala, donde halló todo dispuesto para la conducción de los materiales. El primer bergantín fue construido por Martín López, soldado español que hacía de ingeniero en el ejército de Cortés, y se echó al agua, para prueba, en el río de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los tlaxcaltecas los otros doce. Hízose la conducción con el mayor aparato y júbilo de los tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera aquella carga que debía contribuir a la ruina de sus enemigos. Ocho mil tlaxcaltecas llevaban a hombro la madera, las velas y todos los demás objetos necesarios a la construcción; dos mil llevaban los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl, o sea Chichimecateuctli, (1) Ayotecatli y Teotepil, o Teotlypil. Este acompañamiento ocupaba, según Bernal Díaz, una estación de más de seis millas. Cuando salieron de Tlaxcala, mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al poner el pie fuera de los confines de la República, Sandoval lo puso a retaguardia, porque temía alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposición ocasionó un grave disgusto a los tlaxcaltecas, pues se jactaban de valientes, y decían que en todas las acciones en que hasta entonces se habían hallado, habían

(1) Este Chichimecatl, que hace tanto papel en nuestra historia, no parece que fuese el padre, que ya era muy viejo, sino el hijo que tenía el mismo nombre y que en la guerra de españoles y tlaxcaltecas tuvo el grave disgusto de que he hablado. Ayotecatli es llamado así por Torquemada en la Historia; pero en el índice lo llama Ayutecatli. Al otro jefe da en la Historia el nombre de Teotepil, y en el índice el de Teotlypil. Yo sospecho que aquel noble tlaxcalteca fuese Ayotecatli, padre inhumano que en odio de la fe cristiana mató después a dos hijos suyos. Cortés llama a estos jefes Tutecatli y Teupitli.

ocupado, a ejemplo de sus mayores, el puesto más peligroso; de modo que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas y acompañado de todos los oficiales, salió a recibir el convoy, y abrazó y dió gracias a los señores tlaxcaltecas por sus buenos oficios. Su entrada en Tezcoco, que se hizo con el mejor orden, duró tres horas. Las tropas de una y otra nación gritaban **Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala**, en medio del estrépito de la música militar.

EXPEDICIONES CONTRA LAS CIUDADES DE XALTOCAN Y TLACOPAN

Apenas llegó Chichimecatl, cuando sin descansar del viaje rogó a Cortés que lo emplease a él y a su tropa en alguna expedición contra los enemigos. Cortés, que sólo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlaxcala para ejecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Tezcoco una buena guarnición, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil tlaxcaltecas y una parte de la nobleza tezcocana, y porque temía que los tezcocanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto a los enemigos y trastornasen sus proyectos, salió de aquella ciudad sin descubrir a nadie el término de su viaje. Caminó el ejército doce millas hacia el norte, y pasó la primera noche a descubierto. El día siguiente se dirigió a Xaltocan, ciudad fuerte, situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que a ella conducía, y que, como México, estaba cortada con fosos. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron a muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacían las armas españolas, abandonaron la ciudad y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta expedición, se encaminó el ejército a Cuauhtitlán, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llamó con razón; pero la hallaron despoblada, pues los habitantes, amedrentados con lo que habían oído de Xaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron a Tenayocan y a Azcapozalco, donde no hicieron daño, por no haber hallado resistencia. Finalmente, llega-

ron a la corte de Tlacopan, término que se había propuesto Cortés, con el objeto de negociar algún convenio con México, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos a oponerse a los invasores. Atacaron, en efecto, con su acostumbrado ímpetu a los españoles y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron a la ciudad. Los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al día siguiente, los tlaxcaltecas pegaron fuego a una parte de la población, y en los seis días que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros, y hubo algunos duelos famosos entre tlaxcaltecas y tlacopanese. Unos y otros combatieron con extraordinario valor, y desfogaron en oprobios el odio que mutuamente se profesaban. Los tlacopanese llamaban a los tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya protección nunca se hubieran atrevido a llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los tlaxcaltecas respondían que a los mexicanos y a todos sus partidarios se debía más bien el título de mujeres; pues siendo tan superiores en número a ellos, no habían podido dominarlos en ningún tiempo. También prodigaron los enemigos insultos y denuestos a los españoles, convidándolos, por burla, a entrar en México, para mandar allí como señores y gozar de todos los placeres de la vida. “¿Te parece, cristiano, decían a Cortés, que irán ahora las cosas como antes? ¿Piensas que reina en México un Moteuczoma, sacrificado a tus caprichos? Entra en la corte y serás en breve inmolado, con todos los tuyos, a los dioses.” En las acciones que sostuvieron aquellos días los españoles, entraron en aquel fatal camino y se acercaron a los memorables fosos en que habían sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estuvieron próximos a perecer; porque empeñados en perseguir a unas tropas mexicanas, que habían salido a insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar a tierra firme. En este conflicto tuvieron cinco españoles muertos y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal éxito de su expedición, volvió con su ejército por el mismo camino a Tezcoco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los

enemigos, que atribuían su retirada a cobardía y desaliento. (1) Los tlaxcaltecas que acompañaron a los españoles, habiendo tomado muchos y ricos despojos, pidieron permiso a Cortés de llevarlos a su país, y él lo concedió sin dificultad. (2)

EXPEDICION DE SANDOVAL CONTRA HUAXTEPEC Y YACAPICHTLA

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés había quedado mandando en Tezcoco, salió de allí dos días después de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer a los chalqueses, que temían un gran ataque de los mexicanos; pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huexotzingo y de Cuauhquechollan, que habían ido allí con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnición mexicana de Huaxtepec, se dirigió a este pueblo, situado en los montes, quince millas a mediodía de Chalco. En su marcha fue atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huaxtepec y se

(1) Solís, queriendo desmentir a Bernal Díaz, dice: "Por más que diga nuestro historiador de esta expedición, fue tan importante al fin principal, que apenas regresado Cortés a Tezcoco, vinieron suplicantes a prestarle obediencia los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Auhtlan (así llama a Tizapán, Mexicaltzinco y Nauhtlan) y otros pueblos de la orilla septentrional, lo que da a conocer que los españoles volvieron con reputación, etc." Pero dejando aparte la expresión ambigua **orilla septentrional**, que algunos lectores aplicarán quizás a la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse a enviar esta embajada, de resultas de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron a Tezcoco cuatro días después de la expedición, y sus ciudades distaban de aquella corte más de 200 millas.

(2) Herrera y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente a los tlaxcaltecas de las alhajas de oro con que se adornaron después de la expedición de Tlacopan, y que ellos se resintieron tanto de este agravio, que en dos días desertaron más de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el más insensato de los hombres y la misma avaricia que hizo perecer tantos españoles en su retirada de México, hubiera frustrado la gran empresa de la Conquista; mas la noticia de aquellos historiadores está en contradicción con lo que refieren Cortés, Bernal Díaz y Gomara, que cuentan el hecho como se halla en el texto de mi Historia.

alojaron en unas casas grandes, para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los mexicanos, a quienes rechazaron y persiguieron por más de tres millas, dejándolos totalmente derrotados. Volvieron al pueblo y descansaron dos días. Era entonces Huaxtepec ciudad célebre, no menos por sus excelentes manufacturas de algodón, que por su hermoso jardín, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde allí mensajeros a ofrecer la paz a los habitantes de Yacapichtla, lugar fortísimo, a seis millas de distancia de Huaxtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible a la caballería y defendido por una numerosa guarnición mexicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hacia aquella ciudad, con intención de dar un golpe que castigase su orgullo y libertase para siempre a los chalqueses del mal que por aquella parte podían temer. Los tlaxcaltecas y los otros aliados se amedrentaron a vista de tanto peligro; pero Sandoval, animado por el heroico valor que lucía en todas sus acciones, se resolvió a vencer o morir. Empezó a subir con su infantería, superando al mismo tiempo la aspereza del monte y el gran número de enemigos que lo defendían con flechas, dardos, guijarros y aun con piedras desmesuradas, las cuales, aunque se rompían al chocar con las rocas interpuestas, herían con sus fragmentos a los españoles; pero nada fue capaz de contener su ímpetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre y de sudor y seguidos por sus aliados. El cansancio y las heridas inflamaron de tal modo su cólera y con tanta furia se abalanzaron a sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fue la sangre derramada, que tiñó un arroyo que por allí corría, en términos que en más de una hora no pudieron hacer uso de sus aguas los vencedores, para apagar la gran sed que los aquejaba. (1) “Fue ésta, dice Cortés, una de las más señaladas victorias, en la cual los españoles dieron las mayores pruebas de su valor y de su constancia.” La jornada cos-

(1) Bernal Díaz se burla de Gomara por esta narración de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquélla, habiendo allí muchos manantiales; pero si éstas se hallaban en el campo de batalla, es probable que también quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los españoles en estado de ir a buscarlas. Bernal Díaz no se halló en aquella expedición y yo doy más crédito a la relación de Cortés. “Fue tan grande, dice, la matanza que nuestros españoles hicieron

tó la vida a Gonzalo Domínguez, uno de los más valientes soldados de Cortés, cuya pérdida fue muy sensible a todo el ejército.

Irritados los mexicanos con el estrago de Yacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los chalqueses imploraron, como otras veces, el socorro de los españoles y sus mensajeros llegaron cuando volvía de Yacapichtla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los mexicanos contra Chalco, a descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oírlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados más capaces de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintió Sandoval esta ofensa que el general le hacía, cuando esperaba recibir de él los elogios a que era acreedor; pero fue tanta su prudencia en disimular su pesar, y tan pronta su obediencia, cuanto había sido su arrojo en la expedición última. Partió sin tardanza a Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluída la batalla, de la que salieron victoriosos los chalqueses, con los auxilios de sus nuevos aliados los huexotzingos y los cuauhquecholeses; y si bien tuvieron una pérdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos y cogieron cuarenta prisioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los chalqueses a Sandoval, y por éste a Cortés. Este conoció su error, y bien informado de la irrepreensible conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimación y honor.

NEGOCIACION INFRUCTUOSA DE CORTES CON LOS MEXICANOS

Queriendo, en fin, hacer algún convenio con los mexicanos, tanto para evitar las fatigas y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió enviar a ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rey Cuauhtemotzin, la cual, aunque no podía ser entendida en aquella

en los enemigos, y tales los estragos que éstos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio, quedó teñido de sangre por más de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas."

corte, servía de credenciales y de señal auténtica de la embajada. Expuso su contenido a los mensajeros y les encargó manifestasen a su soberano, que él no aspiraba a otro objeto, sino a que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo había resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moteuczoma; que se acordase del homenaje que entonces tributaron todos los señores mexicanos al gran monarca de oriente; que deseaba establecer con México una paz duradera y una eterna alianza; que no había emprendido aquella guerra, sino obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana y destruir ciudades tan grandes y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados y de la felicidad de sus empresas; en fin, que reflexionase bien en lo que hacía, y no lo obligase con su obstinación a continuar una guerra que terminaría con la ruina total de la corte y del Imperio.

El fruto de esta embajada se conoció muy en breve en los lamentos de los chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercebían, vinieron a implorar el socorro de los españoles, presentando a Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco y el camino que tomaban sus tropas. En tanto que Cortés disponía las suyas para aquella expedición, llegaron a Tezcoco los mensajeros de Tizapan, Mexicaltzinco y Nauhtlan, ciudades de la costa del seno mexicano, situadas más allá de la colonia de Veracruz, a prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rey de España.

MARCHA DEL EJERCITO ESPAÑOL POR LOS MONTES MERIDIONALES

En 5 de abril salió Cortés de Tezcoco, con treinta caballos, trescientos peones españoles y veinte mil aliados, dejando a Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derechura a Tlalmanalco y de allí a Chimalhuacan, (1) donde se engrosó su ejército con más de veinte mil

(1) Había, y hay ahora, dos pueblos de aquel nombre: el uno a orillas del lago de Tezcoco, al principio de la península de Itztapalapan y llamado simplemente **Chimalhuacan**; el otro en los montes al mediodía del valle, y se llama **Chimalhuacan-Chalco**. Se trata de este último.

hombres, (1) que, o por vengarse de los mexicanos, o por interés del botín, o como yo creo, por uno y por otro, venían de diferentes puntos a servir en aquella guerra. Siguiendo después, como es de creerse, el camino representado por los chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del mediodía hacia Huaxtepec, y vieron cerca del camino una elevación muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mujeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte; pero apenas habían empezado a subir con gran trabajo, entre una tempestad de dardos y piedras, dió orden de que se retirasen, pues además de ver que la empresa era temeraria y más difícil que útil, se dejó ver otro ejército de enemigos que marchaba por aquella parte, con intento de atacar por la espalda al ejército aliado, cuando más empeñado estuviese en la acción. Cortés les salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas; la batalla duró poco; pues los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los españoles los siguieron por más de hora y media, hasta derrotarlos completamente. La pérdida de los españoles en la batalla fue casi ninguna; pero en la subida del monte tuvieron ocho muertos y muchos heridos. (2)

La sed que molestaba al ejército y el aviso que tuvo Cortés de otro monte, distante de allí tres millas, ocupado también por enemigos, lo obligaron a marchar hacia aquella parte. Observó en uno de los costados del monte dos rocas prominentes defendidas por muchos guerreros; mas éstos, creyendo que los españoles intentaban la subida por el lado opuesto, abandonaron la posición y corrieron a donde les parecía mayor el peligro. Cortés, diestro en aprovecharse de todas las coyunturas que le presentaba la suerte o la inadvertencia de los enemigos, mandó a uno de sus capitanes que procurase ocupar, con un número competente de tropas, aquellos dos peñascos, mientras él entretenía

(1) Cortés dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40,000 hombres, y Bernal Díaz dice que eran más de 20,000; mas éste habla de los recién llegados, y aquél, de la suma total de aliados, incluso los tlaxcaltecas que sacó de Tezcoco y los que se reunieron en Chimalhuacan.

(2) Cortés en sus *Cartas* no habla más que de dos españoles muertos en aquel monte; pero Bernal Díaz cuenta ocho y da sus nombres.

a los mexicanos por la parte opuesta. Empezó, pues, a subir con suma dificultad, y cuando llegó a un punto tan alto como el que ocupaban los enemigos, vió enárbolada la bandera española en una de las prominencias. Los enemigos se rindieron viéndose rodeados por todas partes y habiendo ya empezado a conocer el daño que les hacían las armas de fuego. Cortés los acogió con mucha benignidad; pero exigió de ellos, como condición necesaria del perdón, que indujesen también a rendirse a los que ocupaban el primer monte; lo que se verificó en efecto.

CONQUISTA DE CUAUHNAHUAC

Libre de aquellos estorbos, se encaminó Cortés, por Huaxtepec, Yauhtepec y Xiuhtepec, a la grande y amena ciudad de Cuauhnahuac, (1) capital de la nación tlahuica, distante más de treinta millas de México, hacia mediodía. Era muy fuerte por su situación, pues de un lado estaba rodeada por montes escabrosos, y de otro por un barranco, de cerca de siete toesas de profundidad, por el cual corría un arroyo. No podía entrar la caballería, si no era por dos caminos que los españoles ignoraban entonces, o por los puentes, si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Mientras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los cuauhnahuaqueses les tiraban una increíble cantidad de dardos, flechas y piedras; pero habiendo observado un animoso tlaxcalteca que dos árboles grandes, colocados en las dos orillas opuestas del barranco, habían cruzado mutuamente sus ramas, se sirvió de ellos como de un puente y pasó a la margen opuesta; ejemplo que fue muy en breve imitado, aunque con gran esfuerzo y peligro, por seis soldados españoles, y después por otros muchos, tanto españoles como tlaxcaltecas. (2) Este razgo de in-

(1) Este nombre es uno de los que más han alterado los españoles. Cortés dice *Coadnabaced*; Bernal Díaz, *Coadalbaca*; Solís, *Cuatabalca*. Ha prevalecido el de *Cuernavaca*, que es el que se conserva, aunque los indios usan el antiguo de *Cuauhnahuac*. Este pueblo es uno de los 30 que Carlos V dió a Cortés, y después fue parte de los estados del duque de Monteleón, como marqués del Valle de Oaxaca.

(2) Solís, sin hacer mención de aquel tlaxcalteca, atribuye toda la gloria de la acción a Bernal Díaz, en lo que contradice a Cortés y a todos los historiadores. El mismo Bernal Díaz, que en la narración de este suceso

trepidez amedrentó de tal modo a los que por allí defendían la entrada de la ciudad, que se retiraron y fueron a unirse con los que, por la parte opuesta, resistían a las tropas mandadas por Cortés; mas cuando estaban más acalorados en la acción, se vieron atacados de pronto por las que siguiendo los pasos del valiente tlaxcalteca, habían entrado por la parte indefensa de la ciudad. Entonces se espantaron y huyeron a los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposición una buena parte de la ciudad. El señor de ella, que había huído con todos, temiendo que lo alcanzasen los españoles, tomó el partido de rendirse, asegurando que no lo había hecho antes, porque esperaba que la cólera de los españoles se desfogase en la ciudad y satisfechos con aquellas primeras hostilidades, se abstuvieron de vengarse en su persona.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO

Después de haber descansado el ejército, partió, cargado de despojos, hacia el norte, por un pinar, donde sufrió una gran sed, y al día siguiente se halló cerca de la ciudad de Xochimilco. Esta hermosa población, la mayor, después de la corte, de todas las del valle mexicano, estaba a orillas del lago de Chalco y distaba poco más de doce millas de México. Su vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa jardín o campo de flores. Tenía, como la capital, muchos canales o fosos, y a la sazón, por miedo de los españoles, se habían construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes de los canales, para que fuese más difícil la entrada. Los españoles dividieron el ejército en tres cuerpos, para atacar la ciudad por otros tantos puntos; pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino después de un terrible combate de más de media hora, en que fueron muertos dos españoles y muchos heridos; pero superados en fin, estos obstáculos, entraron en la ciudad, persiguiendo a los que la defendían. Estos se refugiaron

se hace a sí mismo cuanto honor puede, se jacta de haber sido uno de los que despreciando el peligro, pasaron sobre los árboles del barranco; pero no se alza con la gloria de haber sido el primero, ni de haber sugerido la idea. Véase lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera, etc.

a los barcos, y desde ellos perseveraron combatiendo hasta morir. Oíanse al mismo tiempo entre ellos algunas voces que pedían la paz; pero conociendo los españoles que su objeto era tan solo ganar tiempo para poner en seguro sus familias y sus bienes, y para recibir el socorro de los mexicanos que aguardaban, apretaron más el ataque, hasta que cesó la resistencia y pudieron entrar tranquilos en el pueblo, para descansar y curar sus heridos. Mas apenas empezaban a respirar, caundo se vieron rodeados por un gran número de enemigos, que venían formados en orden de batalla, por el mismo camino que habían seguido los españoles en su entrada. Estos se vieron reducidos entonces al mayor estrecho, y el mismo Cortés corrió peligro de caer en manos de los contrarios, pues habiéndose echado al suelo su caballo, o de cansancio, como dice, o abatido por los xochimilcos, según otros historiadores, continuó peleando a pie con la lanza; mas el número de enemigos era tan considerable, que no hubiera podido evitar su pérdida, a no haber llegado oportunamente a su socorro un valiente tlaxcalteca, y con él dos criados del mismo Cortés y algunos soldados españoles. (1) Vencidos, finalmente, los xochimilcos, tuvieron los españoles tiempo de descansar algún tanto de las fatigas de la jornada, en la que murieron algunos de los suyos, y casi todos fueron heridos, incluso el mismo general, y los principales capitanes Alvarado y Olid. Cuatro españoles, que cayeron prisioneros, fueron conducidos a la capital, y sin tardanza sacrificados, y sus brazos y piernas enviadas a varios pueblos, para excitar el valor de los habitantes. No hay duda que en esta y otras ocasiones pudo Cortés fácilmente morir a manos de sus enemigos, si no hubieran tenido éstos la insensata presunción de cogerlo vivo para sacrificarlo a sus dioses.

La nueva de la toma de Xochimilco puso en gran consternación a la corte de México. El rey Cuauhtemotzin convocó algunos jefes militares y les representó el daño y el peligro que ocasionaba a la capital la pérdida de una plaza tan importante; el servicio

(1) Herrera y Torquemada dicen que el día siguiente al del riesgo que había corrido Cortés, habiendo buscado al tlaxcalteca que lo socorrió, no pudo ser habido vivo ni muerto, y por la devoción que aquel general tenía a San Pedro, se persuadió que este santo Apóstol era el que lo había salvado. No sé de dónde sacaron aquellos autores tan extraña anécdota. Bernal Díaz, Gomara, y el mismo Cortés hablan de un tlaxcalteca, sin hacer mención de su desaparición, ni de San Pedro.

que harían a los dioses y a la nación si podían recobrarla, y el valor y la fuerza de que necesitaban para vencer aquellos atrevidos y perniciosos extranjeros. Dió inmediatamente la orden de armar un ejército de doce mil hombres para pelear por tierra, y otro numeroso para sostener las hostilidades en el lago; lo que se ejecutó con tanta prontitud, que apenas habían descansado los españoles del día anterior, cuando las centinelas avisaron a Cortés la marcha de los enemigos hacia aquella ciudad. Dividió el general todas sus tropas en tres huestes y dió a sus capitanes las órdenes más oportunas; dejó alguna tropa de guarnición en los cuarteles, y mandó que veinte caballos con quinientos tlaxcaltecas pasasen al través de los enemigos, a ocupar una colina inmediata, y allí aguardasen sus órdenes ulteriores para el ataque. Los comandantes mexicanos venían llenos de orgullo y ostentando las espadas europeas que habían cogido a los españoles en la derrota del 1º. de julio. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando Cortés juzgó conveniente, dió orden a las tropas de la colina que atacasen a los mexicanos por la espalda. Estos, viéndose cercados por todas partes, se desordenaron y abandonaron el campo, dejando en él quinientos muertos. Los españoles, de vuelta al cuartel, supieron que la tropa que había quedado en él, había estado en gran peligro, por la muchedumbre de xochimilcos que la habían atacado. Cortés, después de haberse detenido allí tres días, combatiendo frecuentemente con los enemigos, mandó pegar fuego a los templos y a las casas, y reunió toda su gente en la plaza del mercado, que estaba fuera de la ciudad, para ordenarla y ponerse en marcha. Los xochimilcos, creyendo que su salida fuese efecto del miedo, atacaron con grandes clamores la retaguardia; pero se retiraron vencidos y no osaron presentarse de nuevo.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES EN TORNO DE LOS LAGOS

Adelantóse Cortés con su ejército hasta Coyohuacan, ciudad grande, situada en la orilla del lago, distante seis millas de México hacia mediodía, con intención de observar todos aquellos puestos, para disponer más acertadamente al asedio de la capital. Halló la ciudad despoblada y al día siguiente salió de ella, para reconocer el camino que desde allí iba a unirse con el de Itzta-palapan. Encontró una trinchera defendida por mexicanos; mandó atacarla, y a pesar de la terrible resistencia de los enemigos, la

infantería se apoderó de ella, quedando heridos diez españoles, y muertos muchos mexicanos. Cortés subió a la trinchera y desde ella vió el camino de Itztapalapan cubierto de una muchedumbre innumerable de enemigos, y el lago, de muchos millares de barcas; por lo que, después de haber observado lo que convenía a sus designios, volvió a la ciudad, cuyos templos y casas mandó entregar a las llamas.

De Coyohuacan marchó el ejército a Tlacopan, molestado en el camino por algunas tropas volantes mexicanas, que atacaron el bagaje. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrió gran peligro, le hicieron prisioneros dos de sus servidores, que fueron conducidos a México, e inmediatamente sacrificados. Llegó a Tlacopan afligido por aquella desgracia y se le aumentó el disgusto cuando desde el atrio del Templo Mayor de aquella ciudad, contempló con otros españoles el fatal camino, en que había perdido algunos meses antes tantos amigos y soldados, considerando al mismo tiempo las grandes dificultades que tenía que vencer antes de hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerían que enviase tropas por aquel camino, para cometer algunas hostilidades; pero no queriendo exponerlas a tanto peligro, ni detenerse más tiempo en aquella ciudad, volvió por Tenayocan, Cuauhtitlan, Citlaltepec y Acolman, a Tezcoco, después de haber recorrido en aquel viaje las orillas de los lagos, y observado cuantos pormenores necesitaba para el éxito de su gran empresa.

CONJURACION CONTRA CORTES

En Tezcoco siguió Cortés activando todos los preparativos de su marcha. Estaban ya acabados los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo y con cortaduras por una y otra parte, para recibir el agua del lago. También estaba hecha la máquina para botarlos. (1) Las tropas que Cortés tenía a sus órdenes eran innumerables y aun el número de españoles se había aumentado considerablemente con los que poco antes habían venido de España, en un navío que había aportado a la Vera-

(1) Gomara dice que en el canal trabajaron 400,000 tezcocanos, pues en los cincuenta días que duró la obra, cada día entraban 8,000 operarios nuevos. Añade que el canal tenía media legua de largo, 12 pies de ancho, y donde menos, 4 brazas de profundidad; mas yo creo que hay error en la medida del ancho y que era de más de 12 pies.

cruz, cargado de caballos, armas y municiones de guerra. Todo prometía los resultados más felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en gran peligro de frustrarse. Unos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio que tenían a Cortés, o por la envidia de su gloria, o, lo que es más verosímil, por el miedo de los peligros que los amenazaban en el asedio de la capital, convinieron secretamente en quitar la vida al general, a sus capitanes Alvarado, Sandoval y Tapia, y a todos aquellos que parecían más adictos al partido del jefe. No sólo estaba ya señalado el tiempo y el modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas también las personas a quienes debían darse los cargos de general, juez y capitanes; pero uno de los cómplices, arrepentido de su culpa, reveló oportunamente a Cortés todo el plan de la conjuración. Mandó prender sin pérdida de tiempo a Antonio de Villafañá, cabeza de toda aquella maquinación; cometió a un juez el examen del reo, y habiendo confesado éste su delito, fue ahorcado a una de las ventanas del cuartel. Cortés no quiso mostrarse tan severo con los cómplices, fingiendo no creerlos culpables, y atribuyendo a la malignidad de Villafañá la infamia que de su confesión resultaba contra ellos; pero a fin de que en el porvenir no estuviese tan expuesta su persona, creó para su custodia una guardia compuesta de soldados fieles, valerosos y seguros, que lo acompañaban de día y de noche.

ULTIMOS PREPARATIVOS DEL ASEDIO DE MEXICO

Evitados con el castigo del reo principal los efectos de aquella perniciosa trama, se aplicó Cortés con mayor actividad a dar la última mano a su grande empresa. El 28 de abril, después de celebrada la misa de Espíritu Santo, en que comulgaron todos los españoles, y después de haber dado un sacerdote la bendición a los bergantines, con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando inmediatamente las velas, empezaron a surcar por el lago, al estruendo de la artillería y de los mosquetes, a que siguió el **Te Deum**, acompañado por la música de los instrumentos militares. Todas estas eran demostraciones de la confianza que tenía Cortés en los bergantines, para la felicidad de su empresa; y en efecto, quizá sin ellos no hubiera podido llevarla a buen fin. Hizo después la reseña de su ejército y contó

ochenta y seis caballos y más de ochocientos peones españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de fusil y una gran cantidad de balas y de saetas, aumentos que se debían a los socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido en su salida de Tlaxcala. Envío mensajeros a esta República, a Cholula, a Huexotzingo y a otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez días cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasión de poner asedio a la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco días antes de la fiesta de Pentecostés, llegó a Tezcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, según afirma el mismo Cortés, de más de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos jefes famosos, entre los cuales venían Xicotencatl el joven y el valiente Chichimecatl, a cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huexotzingo y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, según la orden que se les había dado. En los dos días siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales, con las huestes ya mencionadas, formaban un total de más de doscientos mil hombres, como testifica su jefe Alfonso de Ojeda.

DISTRIBUCION DEL EJERCITO EN EL ASEDIO DE LA CAPITAL

El lunes de Pentecostés, 20 de mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto a cada uno y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que había dado en Tlaxcala. Mandó a Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros a los mexicanos, y le dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes y veinticinco mil tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristóbal de Olid fue creado maestro de campo y jefe de la división destinada a Coyohuacan, teniendo a sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, con tres capitanes, dos cañones y veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres peones españoles, con dos capitanes y dos

cañones, y los aliados de Chalco, Huexotzingo y Cholula, que eran más de treinta mil hombres; le mandó Cortés que fuese a destruir la ciudad de Itztapalapan y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le sería más fácil apretar más y más a los mexicanos. Cortés, a pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, porque opinaba que en ellos era más necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinticinco españoles, y trece falconetes, señalando a cada bergantín un capitán, doce soldados y otros tantos remeros; así que, todo el ejército destinado a empezar el asedio, constaba de novecientos diez y siete españoles y más de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares, (1) cuyo número se aumentó, como después veremos, hasta doscientos mil y más. Todas las otras tropas que habían venido a Tezcoco, o permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, o volvieron a sus pueblos, que por estar próximos a la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

SUPLICIO DE XICOTENCATL

Partieron juntos de Tezcoco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les había señalado el general. Entre los principales tlaxcaltecas que acompañaban a Alvarado, se hallaban Xicotencatl el joven, y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fue herido por un español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido a aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la

(1) Herrera y Solís cuentan 100,000 aliados, distribuidos en tres campamentos; Bernal Díaz no cuenta más de 24,000 en tres campamentos, de 8,000 cada uno. Yo doy más crédito a Cortés, que debía estar mejor informado en estos pormenores. Solís dice que Bernal Díaz se queja muchas veces de que los aliados les daban más estorbo que ayuda: es falso, antes bien, elogia su valor y habla de las ventajas que sacaron de ellos los españoles. "Los tlaxcaltecas, nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra, como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como lo están las *Cartas de Cortés*, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Díaz, es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorbaron a los españoles; mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

deserción de los tlaxcaltecas. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje e hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió a Pilteuctli que fuese a curarse a su patria. Xicotencatl, a quien, tanto por su dignidad como por su parentesco, era más sensible que a ningún otro aquella injuria, no hallando entonces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente y con otros compatriotas el ejército y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso a Cortés, y éste mandó a Ojeda que alcanzase y prendiese al fugitivo. Cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente, o en la misma ciudad de Tezcoco, (1) según dicen Herrera y Torquemada, o en un sitio inmediato, como afirma Bernal Díaz, habiéndose pregonado antes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado y procurado sublevar a los tlaxcaltecas contra los españoles. Es probable que Cortés no se aventuraría a tan peligrosa acción, sin haber antes obtenido el consentimiento del Senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era difícil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas más ilustres y del odio particular con que miraban a aquel príncipe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente excitar los ánimos de los tlaxcaltecas contra los españoles, los amedrentó en tales términos, y a los otros aliados, que desde entonces observaron más puntualmente las leyes de la milicia y se mantuvieron

(1) Cortés no hace mención del suplicio de Xicotencatl; quizá tendría sus razones para pasarlo por alto. Bernal Díaz afirma que aquel jefe marchó a Tlaxcala para apoderarse del estado de Chichimecatl, mientras éste se hallaba en la guerra; mas esto es inverosímil. Hay autores que atribuyen su fuga al amor; yo sigo en la relación de este suceso a Torquemada y a Herrera, porque se guiaron por los manuscritos de Ojeda y Camargo, que tenían datos seguros. Solís cree imposible que Xicotencatl fuese ajusticiado en Tezcoco, "porque hubiera sido demasiado arriesgado el resolverse Cortés a tan violenta ejecución, a vista de tan gran número de tlaxcaltecas, a quienes debía necesariamente ser muy sensible tan ignominioso castigo en uno de los principales hombres de su nación." Pero mucho más se expuso Cortés, aprisionando al rey Moteuczoma en su misma capital y en presencia de un número incomparablemente mayor de mexicanos, que tan mal debían llevar aquella injuria hecha a su monarca. Si en la conquista de México no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizá sería fundada la conjetura de Solís; además de que, según Herrera, Cortés procedió con el beneplácito del Senado y yo no dudo que la sentencia se publicaría a nombre de éste.

más subordinados a aquellos jefes extranjeros. Así es como éstos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estima y veneración que tenían a su príncipe; lloraron su muerte, distribuyeron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al Rey de España, y fueron enviados a Tezcoco; en la familia había treinta mujeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

PRINCIPIO DEL ASEDIO DE MEXICO

Alvarado y Olid continuaron su marcha hacia Tlacopan, de donde pasaron a romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua a los mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los enemigos, los cuales, previendo aquel golpe, habían hecho por agua y por tierra muchos preparativos de defensa. Fueron, sin embargo, vencidos, y los tlaxcaltecas, que los persiguieron, les mataron veinte hombres y les hicieron siete u ocho prisioneros. Dado felizmente este primer paso, resolvieron aquellos caudillos ir por el camino de Tlacopan y apoderarse de algún foso; pero fue tan grande la multitud de mexicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de dardos, flechas y piedras que les tiraron, que mataron ocho españoles e hirieron más de cincuenta, y éstos no pudieron sin gran dificultad retirarse a Tlacopan, a donde llegaron avergonzados, y donde Alvarado fijó su campo, según las órdenes de Cortés. Olid marchó a Coyohuacan el 30 de mayo, que en aquel año fue día de Corpus, y en él empezó, según el cómputo de Cortés, el asedio.

Mientras Alvarado y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y en allanar algunos pasos, para comodidad de la caballería, Sandoval, con el número de españoles que ya hemos dicho, (1) y con más de treinta y cinco mil aliados, salió de Tezcoco el 31 de mayo, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Itztapalapan, en cuya operación estaba fuertemente empeñado Cortés. Entró en ella haciendo terrible estrago, con el fuego en las casas, y con las armas en los habitantes, los

(1) Solís dice que Sandoval y Olid salieron juntos de Tezcoco, pero confundió a Sandoval con Alvarado.

cuales, despavoridos, procuraron salvarse en las barcas. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, después de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines y navegó a vela y remo hacia Itztapalapan. Dió fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba coronada por muchos enemigos, resueltos a defenderse y a ofender a los españoles cuanto les fuese posible. (1) Desembarcó el general español, y superando con ciento y cincuenta hombres la aspereza de la subida, y la resistencia de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte a cuantos lo defendían. (2) Pero apenas hubo logrado este triunfo, vió venir contra su escuadra una numerosísima de barcas (3) que acudieron a las humaredas hechas, tanto en el monte como en algunos templos de las cercanías, cuando vieron aproximarse los bergantines. Embarcáronse inmediatamente los españoles y se mantuvieron inmóviles, hasta que ayudados por un viento fresco, que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con el impulso de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas y echando otras a pique. De los enemigos murieron muchos, heridos por los remos, o ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas de los bergantines, por espacio de más de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Inmediatamente que vió Olid, desde un templo de Coyohuacan, la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en orden de batalla, por el camino de México, tomó algunos fosos y trincheras, y mató muchos enemigos. Cortés, por su parte, recogió aque-

(1) En la cima de aquel montecillo fabricó Solís una **fortaleza muy capaz**; digo que la fabricó, porque semejante dato no se halla en ningún historiador. El mismo Cortés, que pondera su victoria, sólo habla de unas trincheras.

(2) Solís dice que Cortés concedió la vida a la mayor parte de los que defendían el montecillo; pero Cortés asegura que ni uno solo de ellos escapó. Este monte se llamó desde entonces el Peñón del Marqués, en memoria de aquella acción.

(3) Bernal Díaz dice que la escuadra que atacó a Cortés se componía de todas las barcas que había en México y en todos los pueblos del lago, mas ésta es una hipérbole descabellada. Solís afirma que constaba de cuatro mil canoas; pero Cortés, que tenía más interés que Solís y Bernal Díaz en exagerar el número de las barcas, para dar más realce a su victoria, sólo cuenta quinientas.

lla noche los bergantines, y se dirigió con ellos a atacar el baluarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Itztapalapan. Atacólo, en efecto, por agua y tierra, y a pesar de la intrepidez con que lo defendió la guarnición mexicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro, causó horrendo estrago en la muchedumbre que ocupaba el lago y el camino. Aquel sitio, llamado por los mexicanos **Xoloc** (1), pareció a Cortés muy ventajoso para fijar sus reales; y en efecto, no era fácil hallar uno más favorable a sus designios, pues desde él dominaba el camino principal, y aquella parte del lago, por donde podían entrar mayores socorros a los sitiados, y además el camino de Coyohuacan, que era su comunicación con Olid. La poca distancia que mediaba entre aquel punto y los campamentos de Coyohuacan y Tlacopan, facilitaba la comunicación de sus órdenes y lo ponía en estado de acudir a donde fuese más necesario su socorro. Finalmente, la proximidad de México, contribuía a multiplicar los ataques. (2) Allí reunió Cortés los bergantines, y abandonando la expedición contra Itztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades a la capital. Para esto llamó a su campo a la mitad de las tropas de Coyohuacan y a cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hacia el campamento una gran multitud de enemigos. Los españoles, sabiendo que los mexicanos no peleaban de noche, sino cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio; pero aunque recibieron algún daño de los contrarios, los obligaron en fin con las armas de fuego a retirarse. El día siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de guerreros, que con sus espantosos gritos, aumentaban el peligro a la imaginación de los españoles. Cortés, que ya había recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente, puesta en orden de batalla. El empeño se sostuvo con gran valor y tenacidad

(1) El padre Sahagún dice que Cortés, por medio de ciertos personajes prisioneros, convocó al rey y a la nobleza de México, a un sitio del lago llamado Acachinanco, y copia la arenga que les hizo exponiéndoles los motivos de la guerra; mas esta reunión ni es verdadera, ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los mexicanos.

(2) Betancourt da a entender que Cortés acampó dentro de la ciudad; lo que está en contradicción con el mismo general, el cual dice que su campamento distaba media legua de México.

por una y otra parte; pero los españoles y sus aliados se apoderaron de un foso y de una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto daño a los mexicanos, que los obligaron a refugiarse en la ciudad: y porque en la parte del lago que estaba a occidente del camino empezaban a molestar a Cortés las barcas enemigas, mandó ensanchar uno de los fosos, a fin de dar paso a los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente a ellas, que las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego a muchas casas de los arrabales.

Entretanto Sandoval, terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la expedición de Itztapalapan, marchó hacia Coyohuacan con sus huestes. En el camino lo atacaron las tropas de Mexicaltzinco; pero las derrotó, y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La división de Sandoval se dirigió a Coyohuacan, y él en persona pasó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, estaban los españoles peleando con los mexicanos. El cansancio del viaje y de la acción de Mexicaltzinco, no bastaron a impedirle tomar parte en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los mexicanos no eran comparables a la pérdida que sufrieron aquel día, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos días no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual los españoles pasaron seis en continuos encuentros; pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pegando fuego a muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podían entrar fácilmente en la ciudad, circunstancia de que sacaron después ventajas importantes.

Alvarado, por su parte, apretaba cuanto podía a los mexicanos, apoderándose en frecuentes refriegas, de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan. Tuvo en estas peleas algunos hombres muertos y muchos heridos. Observó que por el camino de Tepeyacac, situado hacia el norte, se introducían continuamente socorros en la ciudad, y conoció que por allí podrían escapar fácilmente los sitiados, cuando se hallasen en estado de no poder resistir más a los sitiadores. Comunicó sus observaciones a Cortés, y éste mandó a Sandoval que fuese con ciento diez y ocho peones españoles, y con grandísimo número de aliados, a ocu-

par aquel punto, y cortar toda comunicación con los enemigos. Obedeció Sandoval, aunque molestado por la herida, y habiéndose apoderado sin oposición del camino, quedó desde entonces impedida toda comunicación entre México y la tierra firme. (1)

PRIMERA ENTRADA DE LOS SITIADORES EN MEXICO

Ejecutada felizmente aquella medida, determinó Cortés hacer al día siguiente una entrada en la ciudad, con más de quinientos españoles y más de ochenta mil aliados, dejando diez mil de éstos, con alguna caballería, en el campamento. Sandoval y Alvarado debían entrar al mismo tiempo, cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su dirección con su numeroso ejército, bien ordenado y flanqueado por los bergantines; mas a poca distancia halló un foso ancho y profundo y una trinchera de diez pies de alto. Opusieronse valerosamente los mexicanos a su paso; pero rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando a los enemigos hasta la ciudad, donde los detuvieron otro foso y otra trinchera. El ímpetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron a su defensa, sus gritos espantosos y la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, suspendieron algún tanto la resolución de los españoles; pero habiendo, finalmente, echado de la trinchera a los que la ocupaban, con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar de los estragos que en ella hacía un cañón que se fijó en la entrada, no se atrevían los españoles a acometerla, hasta que el mismo general, echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y les dió ánimo. Los mexicanos, amedrentados al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde también fueron per-

(1) Robertson dice que Cortés quiso atacar la ciudad por tres puntos diferentes: por Tezcoco, al lado oriental del lago; por Tacuba, a poniente, y por Cuyocan (esto es, Coyohuacan), a mediodía. "Estas ciudades, añade, estaban colocadas sobre las calzadas principales que conducen a la ciudad y que estaban hechas para su defensa." Lo cierto es que por la parte de levante no podía haber calzada alguna, siendo muy profundas allí las aguas. Sandoval se acampó, no ya en Tezcoco, en donde era imposible atacar a México, sino en Tepeyacac, hacia el norte.

seguidos y atacados; pero de improvisto lo fueron los españoles en su retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habían entrado, dejando el cañón en poder de los contrarios. De allí a poco entraron oportunamente en la plaza tres o cuatro caballos, y persuadiéndose los mexicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenían a aquellos grandes y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que fueron ocupados sin pérdida de tiempo por los españoles. Diez o doce nobles se habían fortificado en el atrio superior del Templo Mayor; mas a pesar de su tenaz resistencia, fueron vencidos y muertos. El ejército español, en su retirada, pegó fuego a las mayores y más hermosas casas del camino de Itztapalapan, aunque no sin gravísimo peligro, por el ímpetu con que los atacaban los enemigos a retaguardia, y por el daño que les hacían desde las azoteas. Alvarado y Sandoval hicieron grandísimos estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron aquel día los elogios del general español.

AUMENTO DE LAS TROPAS AUXILIARES DE LOS ESPAÑOLES

Crecían diariamente y de tal modo las fuerzas auxiliares de los españoles con nuevos socorros y alianzas de ciudades y de provincias enteras, que no habiendo al principio en sus campamentos más de noventa mil hombres, en pocos días llegaron a doscientos cuarenta mil. El nuevo rey de Tezcoco, para manifestar a Cortés su gratitud, procuraba conciliarse el afecto de toda su nobleza, y armó, además, un ejército de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los españoles, bajo las órdenes de un hermano suyo. Este príncipe, que se llamó en el bautismo don Carlos Ixtlilxochitl, (1) era un joven de cuyo valor dan testimonio todos los historiadores antiguos, y especialmente el mismo Cortés, ponderando la oportunidad y la importancia de su auxi-

(1) Cortés lo llama Istrisuchil; Solís y Bernal Díaz corrompen más el nombre y escriben Suchil. Torquemada, en contradicción consigo mismo, dice que este joven era Coanacotzin, hermano mayor de D. Fernando Ixtlilxochitl, y pocas páginas después hace a este mismo Coanacotzin, consejero principal del rey de México, durante el asedio. Lo cierto es que el joven caudillo del ejército tezcocano fue D. Carlos Ixtlilxochitl, al cual, muerto

lio. Cortés lo tuvo en su campo con treinta mil hombres, y los otros veinte mil se dividieron entre Sandoval y Alvarado. A este refuerzo de los tezcocanos siguió muy en breve la confederación de los xochimilcos y de los otomíes de los montes, con los españoles, de cuyas resultas se agregaron veinte mil hombres más al ejército.

Sólo faltaba a Cortés, para completar su plan de asedio, impedir los socorros que entraban por agua en la ciudad. Para llevar a cabo este designio, retuvo consigo siete bergantines y envió los otros seis a la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, a fin de que pudieran socorrer fácilmente a Sandoval y Alvarado, cuando éstos lo necesitasen, y entretanto surcasen en diferentes direcciones el lago, tomando todas las barcas que llevasen socorros y tropas a la ciudad.

Hallándose ya Cortés con tan numerosas huestes a su mando, determinó hacer dentro de tres días una entrada en México. Dió de antemano las órdenes necesarias, y el día señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos peones españoles, siete bergantines y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas y los enemigos bien apercebidos a la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que había hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase, sin dejar allanados todos los pasos difíciles que estaban en su poder; pero mientras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas y palacios, entre ellos el del rey Axayacatl, donde ya habían tenido los españoles sus cuarteles, y la célebre casa de pájaros de Moteuczoma. Hechas estas hostilidades, a duras penas y con gran peligro, por los esfuerzos que hacían los sitiados para estorbarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado y San-

su hermano D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl, después de la Conquista, dió Cortés la investidura del estado de Tezcoco. Coanacotzin se mantuvo en la corte de México desde el principio de aquel año hasta la Conquista. Fue hecho prisionero con el rey Cuauhtemotzin, y con él ajusticiado tres años después en Izancanac, cuando los dos viajaban con el general español hacia Comayahua.

doval. Esta jornada fue muy fatigosa para los españoles y sus aliados; pero de indecible aflicción para los mexicanos, no sólo por la pérdida de tantos bellos edificios, sino también por la befa con que los insultaban sus mismos vasallos, confederados con los españoles, y los tlaxcaltecas, sus mortales enemigos; los cuales les enseñaban los brazos y las piernas de los mexicanos que habían matado, dándoles a entender que las cenarían aquella noche, como en efecto lo hicieron.

NUEVAS ENTRADAS EN LA CAPITAL

Al día siguiente, muy temprano, para no dar tiempo a que los enemigos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campo con el designio de continuar las operaciones; pero a pesar de su diligencia, los mexicanos habían erigido de nuevo las fortificaciones arruinadas y las defendieron con tal obstinación, que no pudieron tomarlas los sitiadores, sino después de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército y ganó dos fosos del camino de Tlacopan; pero aproximándose la noche, se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguían el alcance. Sandoval y Alvarado sostenían otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo a tres ejércitos numerosos, que tenían en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines y de la disciplina militar. Alvarado, por su parte, había ya arruinado todas las casas que estaban a uno y otro lado del camino de Tlacopan; (1) pues la población de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés y Bernal Díaz.

Cortés hubiera querido evitar a sus tropas la gran fatiga de repetir diariamente combates para apoderarse de los mismos fosos y trincheras; pero no podía guarnecer los que tomaba, sin exponerse a sacrificar las guarniciones al furor de los enemigos, ni quería acampar dentro de la ciudad, como se lo aconsejaban algunos de sus capitanes; pues además de los continuos ataques

(1) Estas casas no estaban construídas en el mismo camino, sino cerca de él, en unas isletas que había por una y otra parte. No sabemos que hubiese en el camino otro edificio que un templo, situado en una de las placetas que formaba. Alvarado lo tomó y mantuvo en él una guarnición casi todo el tiempo del asedio.

que podrían darle de noche, no le era fácil desde allí impedir los socorros que se dirigiesen a la ciudad, como podía hacerlo en la posición de Xoloc.

CONFEDERACION DE ALGUNAS CIUDADES DEL LAGO CON LOS ESPAÑOLES

Mientras iban careciendo los sitiados de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron a la sazón uno que les era tan ventajoso, como perjudicial a sus enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en las orillas y en las islas del lago de Chalco, habían sido hasta entonces opuestos a los españoles, y hubieran podido hacer mucho daño al campo de Cortés, atacándolo por una parte del camino, mientras los mexicanos lo hacían por la otra; mas se habían abstenido de toda hostilidad, reservándose quizás para ocasión más oportuna. Los chalqueses y otros aliados, a quienes no convenía la proximidad de tantos enemigos, procuraron atraerlos a su partido, ya con promesas, ya con amenazas y con vejaciones; y tanto pudo su importunidad y el temor de la venganza de los españoles, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederación y alianza, los nobles de Itztapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizcuic y Cuitlahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegrose considerablemente Cortés de este suceso, y pidió a sus nuevos aliados, no sólo que lo ayudasen con tropas y con barcos, sino que transportasen materiales para fabricar chozas en el camino; pues siendo aquella la estación de las lluvias, padecía mucho su gente por falta de abrigo.

Todo esto se ejecutó con tanta puntualidad, que inmediatamente pusieron a las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo número no se dice, y tres mil barcas para ayudar a los bergantines en sus correrías. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las chozas, en que pudieron alojarse cómodamente todos los españoles, y dos mil indios empleados en su servicio; pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en Coyohuacan, a cuatro millas de Xoloc. No contentos con tan importantes servicios, llevaron al campamento muchos víveres, y especialmente pescado y cerezas en gran cantidad.

Cortés, a quien daban mayor estímulo estas nuevas fuerzas que se le habían agregado, entró con ellas dos días seguidos en la capital, haciendo un estrago considerable en los habitantes. Persuadíase que estos cederían al excesivo número de enemigos que los rodeaban, y experimentando los perniciosos efectos de su tenaz resistencia; pero se engañó en su esperanza, pues los mexicanos estaban resueltos a perder la vida antes que la libertad. Determinó, pues, continuar sus entradas, para obligarlos con incesantes hostilidades a pedir la paz que habían rehusado hasta entonces. Dividió su marina en dos escuadras, compuesta cada una de tres bergantines y mil quinientas barcas, mandándoles que se aproximasen a la ciudad, pegasen fuego a las casas, e hiciesen a los sitiados todo el daño posible. Dió orden a Sandoval y a Alvarado que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus españoles y con ochenta mil aliados, según parece, (1) marchó, como solía, por el camino de Itztapalapan hacia México, sin poder conseguir en esta ni en las otras entradas de aquellos días, más ventajas, que ir disminuyendo poco a poco el número de enemigos, arruinar algunos templos, e internarse algo más, para ponerse en comunicación con Alvarado, si bien no le fue posible obtenerlo por entonces.

OPERACIONES DE ALVARADO Y PROEZAS DE TZILACATZIN

Alvarado, con sus tropas ayudadas por los bergantines, había tomado un templo que estaba en una placeta del camino de Tlacopan, en el que mantuvo guarnición desde entonces, a pesar de los violentos asaltos de los mexicanos. También se había apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residía el rey Cuauhtemotzin, y donde se había recobrado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó hacia aquella parte sus operaciones; mas aunque peleó con todas sus fuerzas por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrépida resistencia de los sitiados. En estos combates pereció mucha gente de una y otra parte.

(1) Conjeturo que las tropas aliadas que acompañaron a Cortés en esta entrada eran 80,000 hombres, porque él mismo afirma que aquel día tenía 100,000 en su campamento, de los cuales 20,000 a 22,000 se emplearían probablemente en los barcos.

En uno de los primeros encuentros se dejó ver un membrudo y animoso tlatelolco, disfrazado de otomí, con un ichcahuepilli, o coraza de algodón, y sin más armas que un escudo y tres piedras, y corriendo velocísimamente hacia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras, con tanta destreza y vigor, que abatió un español con cada una, causando no menos indignación a los españoles, que miedo y admiración a los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo a las manos; pero no fue posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacía gran daño a los sitiadores, teniendo además tanta velocidad en los pies para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre tlatelolco era Tzillacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que había conseguido sobre los mexicanos, quiso un día internarse hasta la plaza del mercado. Ya había tomado algunos fosos y trincheras; uno, entre aquéllos, que tenía cincuenta pies de ancho y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo había mandado Cortés, siguió adelante con cuarenta o cincuenta españoles, y algunos aliados. Los mexicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron a huir, y al pasar el foso les mataron muchos aliados y cogieron cuatro españoles, que inmediatamente fueron sacrificados a vista de Alvarado y los suyos, en el Templo Mayor de Tlatelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debía aumentar el vigor y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó a Tlacopan, con intención de reprender severamente a Alvarado por su temeridad y desobediencia; pero informado del valor con que se había conducido en aquella jornada, y de que había tomado los puestos más difíciles, se contentó con una benigna admonición, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que deberían hacerse las entradas.

TRAICION DE LOS XOCHIMILCOS Y DE OTROS PUEBLOS

Las tropas de Xochimilco, de Cuitlahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasión que les ofrecían las continuas entradas de los españoles para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rey Cuauhtemotzin, protestándole su invariable fidelidad y

quejándose de los españoles, porque los forzaban a tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querían unirse a los mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte a todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rey su intento y les señaló los puestos que debían ocupar, preguntándoles al mismo tiempo la recompensa que querían por su lealtad y afecto. Entraron aquellos traidores, como solían, a la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron a saquear las casas de los mexicanos, matando a cuantos se les oponían y haciendo prisioneras a las mujeres y a los niños. Conocieron su perfidia los mexicanos y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por orden del rey. Esta traición parece no haber sido planteada ni puesta en ejecución, sino por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida y dispuesta siempre a cometer toda clase de delitos.

VICTORIA DE LOS MEXICANOS

Durante veinte días no habían cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas que a sus órdenes tenía y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro y cansancio. El designio de éstos era internarse hasta el centro de Tlatelolco, donde habían reunido sus fuerzas los mexicanos, para arruinarlos en una acción, o al menos inducirlos a rendirse. Cortés, que conocía cuán arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones más eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse a una opinión que había llegado a ser general en el ejército, tuvo que ceder a sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese a unirse con Alvarado; que emboscase su caballería y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, a fin de que, empeñados los mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fue vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apisonar; que no diese un

paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El día señalado para el ataque general marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería y más de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército, por una y otra parte del camino, los bergantines y más de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposición en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo a la plaza del mercado. El mando de la primera división se dió a Julián de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño había importunado a Cortés para emprender aquella expedición, y éste le mandó encaminarse por la calle principal y más ancha, con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducían desde el camino de Tlacopan a la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló a los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y más de diez mil aliados; y de la más estrecha y difícil se encargó el mismo Cortés, con cien peones españoles y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando a la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos a un tiempo peleando con valor. Los mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo después acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos a los españoles, a fin de que éstos, atraídos por la esperanza de la victoria, se aventurasen a los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron a las calles más próximas a la plaza, dejando incautamente detrás un ancho foso abierto, y cuando con más ardor procuraban entrar a porfía en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que sólo se tocaba por los sacerdotes, en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo a tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia a los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron a volver atrás hasta el foso. Este parecía fácil de pasar, por estar lleno de ramazón y de otros objetos de poco peso, y al poner el pie en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba. (1) Allí

(1) Solís dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los españoles, fueron atacados por los mexicanos; mas este es un error

fue el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar a nado y defenderse al mismo tiempo, morían a manos de los mexicanos, o quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, había acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y exhortaciones, a fin de que su desorden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. ¿Pero qué voces bastan a contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la aguijonea? Atravesado del más vivo dolor por la pérdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso para salvar a los que pudiera. Algunos salían desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en orden y encaminarlos al campo, quedando él detrás con doce o veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel día hubiera sido el último de su vida, a pesar del extraordinario brío con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo para honrar con tan ilustre víctima a sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducían al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud a libertarlo. Debíó Cortés, principalmente, la vida y la libertad, a un soldado de su guardia, llamado Cristóbal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas, (1) el cual en otra ocasión lo había preservado de un peligro semejante, y en aquélla lo salvó a costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al mexicano que lo llevaba consigo. También contribuyeron a su preservación el príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl y un valiente tlaxcalteca llamado Tamacatzin.

Llegaron por fin los españoles, aunque con indecible dificultad y con no poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre a retaguardia con

manifiesto, pues nos consta por el dicho de Cortés y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacopan y la plaza del mercado, y que para regresar los españoles a su campo tuvieron que atravesar la mayor parte de la ciudad.

(1) Bernal Díaz alaba en muchos lugares de su **Historia** el valor de Olea, cuya muerte fue muy sentida por el general y por los soldados.

la caballería; pero el arrojo y el furor con que los perseguían los mexicanos eran tales, que parecía imposible que uno solo escapase vivo. Los que habían entrado por los otros caminos, habían sostenido también reñidísimos combates; pero habiendo sido más diligentes en llenar los fosos, les fue menos difícil la retirada, cuando por orden de Cortés la efectuaron hacia la plaza mayor de Tenochtitlan, donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo dolor, elevarse de los hogares del Templo Mayor, el humo del copal que los mexicanos quemaban a sus dioses en acción de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores, para desanimarlos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles y cuando oyeron decir que habían perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Itztapalapan, a su campamento, hostigados sin cesar por una gran muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habían procurado entrar en la plaza del mercado por un camino que iba desde Tlacopan a Tlatelolco, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oído decir a los mexicanos que Cortés y sus capitanes habían perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose agregado a los enemigos que antes los atacaban, los que habían derrotado a las tropas de Cortés.

La pérdida que tuvieron en aquella jornada los sitiadores, fue de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañón, más de mil aliados y más de sesenta españoles, de los cuales, unos murieron en la batalla, y los otros que cayeron prisioneros, fueron inmediatamente sacrificados en el Templo Mayor de Tlatelolco, a vista de la división de Alvarado. También murió el capitán de un bergantín. Cortés fue herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido o mal parado. (1)

Celebraron los mexicanos por espacio de ocho días continuos la victoria que acababan de conseguir, con iluminaciones y música en los templos; propagaron la noticia por todo el reino y enviaron a las provincias las cabezas de los españoles que habían

(1) Cortés no cuenta más que 35 ó 40 españoles muertos y 20 heridos; pero, como otros muchos generales, disminuye sus pérdidas y así lo hizo con la que experimentó en la derrota del 1.º de julio. Más digno de crédito es Bernal Díaz, que parece tener particular esmero en llevar cuenta de los españoles que iban faltando.

perecido, para amedrentar a los pueblos que se habían rebelado contra la corona, y volverlos a traer a su obediencia, como lo consiguieron de algunos. Excavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras y volvieron a poner la ciudad, excepto los templos y las casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba antes del asedio.

COMBATES DE LOS BERGANTINES Y ESTRATAGEMAS DE LOS MEXICANOS

Entretanto, los españoles estaban a la defensiva, curando a los heridos y restableciéndose para los combates futuros; mas a fin de que no se aprovecharan de su descuido los mexicanos, e introdujesen víveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago de dos en dos. Los mexicanos, reconociendo la superioridad de los buques y de las armas de sus enemigos, y no pudiendo servirse de los mismos recursos, quisieron a lo menos rivalizar en cierto modo con los bergantines. Con este objeto habían fabricado treinta barcas grandes, llamadas por los españoles **piraguas**, bien provistas de todo lo necesario y cubiertas de gruesos tablados, para poder combatir en ellas, sin tanto riesgo de irse a pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada a los bergantines en los cañaverales que había entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas, ocultas por las aguas, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, o al menos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaño, hicieron salir de los canales tres o cuatro barcas pequeñas, a provocar a los bergantines que allí cruzaban, y a empeñarlos, con una disimulada fuga, al punto de la emboscada. Los españoles, al ver las barcas, hicieron vela hacia ellas, y cuando estaban más empeñados en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo las treinta barcas grandes y atacándolos por todos lados. Corrieron los españoles gran riesgo de perder los buques y las vidas; pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenían a los enemigos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres de todo empacho, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga a los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la acción y otro algunos días

después. Los mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema; pero avisado secretamente Cortés del sitio en que se ponían en acecho, dispuso otra emboscada con seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de los enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que éstos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, huyese hacia la emboscada española. Todo se hizo conforme a su plan; porque los mexicanos, al ver el bergantín, salieron prontamente, y cuando se creían más seguros de su presa, los atacaron de pronto los otro cinco bergantines, y empezaron a servirse de la artillería, con cuya primera descarga echaron a pique unas barcas, e hicieron pedazos otras. La mayor parte de los mexicanos perecieron; muchos fueron hechos prisioneros, y entre ellos algunos nobles, de quienes se sirvió Cortés para proponer un convenio con la corte de México.

MENSAJE INFRUCTUOSO AL REY DE MEXICO

Mandó, pues, decir al rey, por medio de aquellos personajes, que considerase cuánto se iba disminuyendo la población de su reino, al mismo tiempo que se aumentaban las fuerzas españolas; que al fin debían ceder al mayor número; que aunque el ejército sitiador no entrase en la ciudad a cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada a toda especie de socorro, para que el hambre hiciese lo que no habían hecho las armas; que aun estaba a tiempo de evitar los desastres que lo amenazaban; que si admitía las condiciones pacíficas que le ofrecía, cesarían inmediatamente todas las operaciones del asedio, quedando el rey en tranquila posesión del poder y de la autoridad de que hasta entonces había gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes; que lo que sólo se exigía de su majestad y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España como supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos habían sido ya reconocidos por los mismos mexicanos y se fundaban en la antigua tradición de sus mayores; que si por el contrario se obstinaba en la guerra, se vería privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderían la vida y aquella grande y hermosa ciudad quedaría reducida a cenizas y escombros. El rey consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos y con los jefes de la religión; les expuso las proposiciones que el caudillo español le hacía, la escasez de víveres, la aflicción del pueblo y

los males aún mayores que los amenazaban, y les mandó que dijese libremente su parecer. Algunos, previendo el éxito de la guerra, se inclinaban a la paz; otros, movidos por odio a los españoles y por el estímulo del honor, insistían en la continuación de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era de tanto peso en aquel asunto, como en todos los graves, se opusieron fuertemente a la paz, alegando los supuestos oráculos de sus dioses, cuya cólera debía temerse, si cedían los mexicanos a las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya protección debía ser implorada con oraciones y sacrificios. Prevalió este dictamen por el temor supersticioso que se había apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud se respondió al general español que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos a defenderse hasta el último aliento. Si los hubiesen inducido a esta resolución, no ya el miedo de sus falsas divinidades, sino el honor, el amor de la patria y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su tezón; pues aunque su ruina parecía inevitable, continuando la guerra, no podían tener esperanza de que la paz mejorase su condición. Por otra parte, la experiencia de los sucesos pasados no les permitía fiarse de las promesas de aquellos extranjeros; así que, debía parecerles más conforme a las ideas de honor la resolución de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria y de la independencia, que abandonar la misma patria a unos invasores codiciosos, y quedar reducidos por su humillación a una triste y miserable esclavitud.

EXPEDICIONES CONTRA LOS MALINALQUESES Y LOS MATLAZINCAS

Dos días después de la derrota de los españoles, llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros enviados por la ciudad de Cuauhnahuac, a quejarse de los grandes males que les hacían los malinalqueses sus vecinos, los cuales, según parecía, querían confederarse con los cohuixcas, nación muy numerosa, para destruir a Cuauhnahuac, porque se había aliado con los españoles, y pasar después los montes, dirigiéndose con un gran ejército al campamento de Cortés. Este general, aunque se hallaba más bien en estado de pedir socorro que de darlo, por la reputación de las armas españolas, y para evitar el golpe que lo amenazaba, envió al capitán Andrés de Tapia con los mismos mensajeros y con doscientos peones españoles, diez caballos y un buen

número de aliados, encargándole que se uniese con las tropas cuauhnahuacqueses, e hiciese cuanto pudiese convenir al servicio de su rey y a la seguridad de sus compatriotas. Tapia ejecutó cuanto se le había mandado, y en un pueblecillo, situado entre Cuauhnahuac y Malinalco, tuvo una gran batalla con los enemigos, los destruyó y los persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla, como hubiera querido, por ser el monte inaccesible a la caballería; pero asoló la campiña, y siendo ya cumplido el término de diez días que el general le había señalado, volvió a reunirse con el grueso del ejército.

Dos días después llegaron los mensajeros de los otomíes del valle de Toluca, pidiendo ayuda contra los matlazincas, nación guerrera y poderosa del mismo valle, los cuales les hacían guerra, quemándoles sus pueblos y cogiéndoles muchos prisioneros; y además, se habían puesto de acuerdo con los mexicanos para atacar con todas sus fuerzas al ejército de Cortés, por parte de tierra, mientras ellos hacían una salida general. En efecto, en las diferentes entradas de los españoles en México, los habitantes los habían amenazado con el poder de los matlazincas; por lo que Cortés, oído el mensaje de los otomíes, conoció el grave riesgo que corría, si daba tiempo a que los enemigos ejecutasen su designio. No quiso confiar aquella importante empresa sino al ilustre y nunca vencido Sandoval. Este hombre infatigable, aunque había recibido una herida el día de la derrota de Cortés, en los siguientes había estado ejerciendo las funciones de general, recorriendo incesantemente los tres campamentos, y dando las órdenes más oportunas para su seguridad. Pasados apenas catorce días después de aquel desastre, marchó al valle de Toluca, con diez y ocho caballos, cien peones españoles y sesenta mil aliados. En el camino vieron indicios de los estragos hechos por los matlazincas, y cuando entraron en el valle, hallaron un pueblo recién destruido y descubrieron las tropas enemigas, que marchaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron al divisar a los españoles, queriendo pelear sin aquel embarazo. Pasaron un río que atraviesa el valle y permanecieron en la orilla, aguardando de pie firme a los españoles. Sandoval lo vadeó intrépidamente con su ejército, atacó a los contrarios, los obligó a ponerse en fuga y los siguió por espacio de nueve millas, hasta una ciudad, donde se refugiaron los matlazincas, dejando muertos

más de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo y forzó a los enemigos a dejarlo y a guarecerse en una fortaleza, construída en la cima de una escabrosa elevación. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y después de haberla saqueado, pegó fuego a los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando para el día siguiente el asalto de la fortaleza; mas cuando quiso emprenderlo, la halló abandonada. En su regreso, pasó por algunos pueblos que se habían declarado enemigos; mas no necesitó emplear las armas contra ellos, porque amedrentados a la vista de tan formidable ejército, aumentado con numerosos refuerzos de otomíes, se rindieron espontáneamente al jefe español. Este los acogió con suma benignidad y exigió de ellos que indujesen a los matlazincas a ser amigos de los españoles, representándoles las ventajas que de ellos podían aguardar y los males que podría acarrearles su enemistad. Estas expediciones fueron de grandísima importancia; pues cuatro días después de la vuelta de Sandoval, llegaron al campamento de Cortés muchos señores matlazincas, malinalqueses y cohuixcas, (1) a excusarse por las hostilidades cometidas y a establecer una confederación, que fue tan útil a los españoles, como perjudicial a los mexicanos.

Ya no tenían los españoles enemigos que temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Jerges envió contra Grecia, si por causa de la situación de aquella capital, no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenía aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzingo y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de totonacas, mixtecas, otomíes, tlahuicas, cohuixcas, matlazincas y otras, de modo que,

(1) Cortés escribe **Cuisco**, en vez de **Cohuixco**. El autor de las notas a las **Cartas** de aquel conquistador pensó que hablaba de Huisuco, porque no sabía que había una gran provincia llamada Cohuixco. Huisuco, en mexicano Huitzoco, era y es un lugar obscuro y no una gran provincia, como Cortés dice que era Cuisco.

además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

HECHO MEMORABLE DEL GENERAL CHICHIMECATL

Mientras Sandoval empleaba su acero y su pericia militar contra los matlazincas, el tlaxcalteca Chichimecatl dió una nueva prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que después de la derrota los españoles se mantenían en la defensiva, determinó hacer una entrada en México, sólo con sus tlaxcaltecas. Salió, pues, del campamento de Alvarado, donde había permanecido desde el principio del asedio, acompañando a los españoles en todos los combates y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó en aquella expedición muchos fosos, y dejando en el más importante y arriesgado una guarnición de cuatrocientos flecheros, para que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de las tropas en la capital, donde tuvo un terrible encuentro con los mexicanos, en que fueron muertos y heridos muchos, de una y otra parte. Lisonjeábanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terrible a los tlaxcaltecas en el paso del foso; por lo que, les siguieron el alcance cuando vieron que se retiraban; pero con el auxilio de los flecheros pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos y volver lleno de gloria a su campo. (1)

Los mexicanos, para vengarse del arrojo de los tlaxcaltecas, atacaron una noche el campo de Alvarado; pero habiéndolos oído oportunamente las centinelas, corrieron a las armas españoles y aliados. Duró el combate tres horas, durante las cuales, oyendo Cortés el cañoneo desde su campo y sospechando lo que sería, creyó que aquella era una excelente ocasión de entrar en la

(1) Bernal Díaz dice que después de la derrota de Cortés en México, los españoles se vieron abandonados por sus aliados y que éstos, por miedo de las amenazas que los sitiados les hacían en nombre de los dioses, se retiraron todos a sus casas; que en el campo de Cortés sólo quedó el príncipe D. Carlos con 40 tezcocanqs; en el de Sandoval, un señor de Huexotzingo con 50 hombres, y en el de Alvarado el general Chichimecatl con 80 tlaxcaltecas. Mas esto no pudo ser, pues dos días después de la retirada salió el capitán Tapia a combatir a los malinalqueses y llevó consigo muchos aliados, como lo refiere el mismo Bernal Díaz. Doce días después que Tapia, partió del mismo campo Sandoval con 60,000 aliados, según Cortés,

ciudad con su gente, que ya estaba curada de sus heridas. Los mexicanos que habían ido a Tlacopan, no habiendo podido superar la resistencia de los españoles, volvieron al pueblo, donde hallaron el ejército de Cortés. Ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una ni otra parte.

En este mismo tiempo, y cuando más necesidad había de armas y municiones, llegó un buque con socorros a Veracruz, y con ellos pudieron los españoles continuar las operaciones del sitio. El príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl había aconsejado al general español que no se empeñase en nuevos ataques, que debían ser funestos a su ejército, haciéndole ver que sin exponerse a nuevas pérdidas y sin arruinar los edificios de aquella hermosa ciudad, podría apoderarse de ella sólo con impedir la entrada de víveres, pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto más pronto consumirían las pocas provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, que no debía esperarse de un príncipe tan joven y que sólo deseaba ocasiones de señalar su intrepidez, fue tan del gusto del caudillo español, que sin poder contenerse, corrió a darle un abrazo, significándole con las más vivas expresiones su gratitud. Observó, en efecto, aquel plan algunos días; mas después, cansado de la inacción, volvió a las antiguas hostilidades, aunque no sin ofrecer antes la paz a los mexicanos, exponiéndoles las razones con que antes había procurado convencerlos. Los mexicanos respondieron que no dejarían jamás las armas, ínterin los españoles permaneciesen en aquel país.

ESTRAGOS DE MEXICO Y VALOR DE ALGUNAS MUJERES

Informado de esta resolución, viendo que llevaba ya cuarenta y cinco días de asedio y que cuanto más convidaba con la paz a los sitiados, tanto más se obstinaban en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad sin destruir todos los edificios

y mientras Sandoval hacía la guerra a los matlazincas, esto es, diez y seis o diez y ocho días después de la derrota, hizo su famosa entrada Chichimecatl, y no pudo verificarla sin muchos millares de tlaxcaltecas. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados, y que si se fueron algunos, pronto volvieron, pues de allí a pocos días había en los tres campamentos, y especialmente en el de Cortés, mayor número de ellos que antes de su última y desastrosa expedición. Cortés no habla de aquella deserción y no es probable que la echase en olvido en la relación que hace al rey, de sus desventuras.

de una y otra parte de la calle, tanto por evitar el daño que recibían sus tropas de las azoteas, como para obligar a los enemigos, con tan rigurosas hostilidades, a ceder a sus proposiciones. Pidió para esto, y obtuvo de los aliados algunos millares de gastadores, provistos de las armas necesarias para echar abajo las casas y rellenar los fosos. Hizo en los días siguientes nuevas entradas en el pueblo, con sus españoles, con los bergantines y con más de cincuenta mil aliados, arruinando los edificios, llenando los fosos y disminuyendo el número de los contrarios, aunque no sin grave riesgo de su persona y de su gente; pues hubiera caído él mismo prisionero, a no haber llegado oportunamente a socorrerlo sus soldados, y el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces, para substraerse al furor de los mexicanos. Perekieron en aquellas jornadas algunos españoles y aliados, y dos bergantines estuvieron ya casi vencidos por una escuadra de canoas; mas otro bergantín los sacó de aquel apuro.

Hiciéronse célebres en estas entradas algunas mujeres españolas que acompañaron voluntariamente a sus maridos a la guerra, y que con los continuos males que sufrían, y con los ejemplos de valor que tenían siempre a la vista, habían llegado a ser buenos soldados. Hacían la guardia, marchaban con sus maridos armadas de corazas de algodón, espada y rodela, y se arrojaban intrépidamente a los enemigos, aumentando, no obstante su sexo, el número de los sitiadores. (1)

El 24 de julio se hizo otra entrada en la ciudad, con un número de tropas superior al de las últimas. (2) Los españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unía el grande de Itztapalapan con el de Tlacopan; operación que Cortés deseaba con ansia, para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Tomaron y llenaron varios fosos; quemaron y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rey Cuauhtemotzin, que era vastísimo, sólido y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad,

(1) Estas mujeres se llamaban María de Estrada, de cuyo valor he hablado antes; Beatriz Bermúdez de Velasco, Juana Martín, Isabel Rodríguez y Beatriz Palacios.

(2) Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas españolas, acudieron en tan gran número a servir en el asedio, que era imposible contarlos.

tres quedaron aquel día en poder de los españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí más agua el lago, era la más fuerte y segura.

Por una señora mexicana que fue hecha prisionera en el último asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes, pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos a morir antes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron a no dejar pasar un día sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad o destruirla.

Volvió en efecto el 25 con su ejército y se apoderó de una larga calle, en que había un foso tan ancho, que para llenarlo fue necesario pasar todo el día. Entretanto, las tropas demolían todas las casas de una y otra acera, a pesar de la resistencia de los mexicanos. Estos, viendo a los aliados tan afanados en aquella destrucción, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendréis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondían: "Así lo haremos, si salís vencedores; pero más probable es que vosotros las alcéis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los mexicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros para estorbar el juego de la caballería; pero los aliados sacaron gran partido de esta estratagema, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de éstos, recién hechos por los mexicanos, y de considerable anchura. Alvarado, por su parte, se adelantaba cada vez más en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó a ganar dos torres próximas al palacio en que residía el rey Cuauhtemotzin; pero no pudo avanzar, como deseaba, por la suma dificultad que halló en los fosos y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron a retroceder y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humareda extraordinaria que se alzaba de aquella torre, y sospechando lo que en efecto sucedía, entró como solía en la ciudad y empleó todo el día en reparar los pasos difíciles. Sólo le faltaban un canal y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvió hacerse dueño de aquellos puntos y lo

consiguió: entonces fue cuando por primera vez, después de empezado el asedio, se reunieron sus tropas a las de Alvarado, con indecible júbilo de unos y otros. Entró Cortés con alguna caballería en aquella gran plaza y vió en ella innumerable gente alojada en los pórticos, por no haber quedado casa en pie en todo el barrio. Subió al templo, desde el cual observó la ciudad, y vió que sólo le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego a las altas y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, así como en el Templo Mayor de Tenochtitlan, se adoraba el ídolo del dios de la guerra. La plebe mexicana, viendo aquel gran incendio, que parecía subir hasta las nubes, prorrumpió en las más amargas demostraciones de dolor. Movidó a piedad, al ver el triste estado a que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el día las hostilidades y envió nuevas proposiciones a los sitiados; mas ellos respondieron que ínterin quedase un mexicano con vida, defenderían la patria hasta morir.

ESTADO DEPLORABLE DE LOS MEXICANOS

Pasados cuatro días sin combates, entró de nuevo Cortés en México y encontró una gran multitud de hombres, mujeres y niños, débiles, macilentos y casi moribundos de hambre, la cual había llegado a tal punto, que muchos vivían de hierbas, de raíces, de insectos y aun de las cortezas de los árboles. Compadecido a vista de tantas desventuras, mandó a sus tropas que no hiciesen daño a nadie: pasó a la plaza del mercado y vió los pórticos llenos de gente desarmada, indicio seguro del desaliento del pueblo, y del disgusto con que sufría la obstinación del rey y de la nobleza. La mayor parte de aquel día se empleó en negociaciones de paz; pero viendo Cortés que nada conseguía, dió orden al capitán Alvarado que entrase de mano armada por una gran calle en que había más de mil casas, y él con todo su ejército, renovó los ataques por otro punto. Fue tan grande el destrozo que hicieron aquel día en los sitiados, que entre muertos y prisioneros se contaron más de doce mil. Los aliados se cebaban de tal modo en aquellas infelices víctimas, que no perdonaban edad ni sexo, no bastando a refrenar su crueldad las órdenes severas del general español.

Al día siguiente volvió éste a la ciudad, después de haber prohibido toda especie de hostilidad, tanto por la compasión que

le inspiraba la vista de aquellas miserias, como por la esperanza que tenía de que cediese al fin la resistencia. Los mexicanos, viendo venir tan gran número de tropas, y entre ellas a los súbditos que antes los servían, y que ya los amenazaban con la muerte; hallándose reducidos a tan penosa situación y teniendo a la vista tantos y tan deplorables objetos, pues no podían poner el pie en tierra sin pisar los cadáveres de sus conciudadanos, desfogaron su rabia en horrendos clamores y pedían la muerte como el único término que podían tener sus males. Rogaron a Cortés algunos de la plebe que se abocase con los nobles que defendían una trinchera para tratar de convenio. Eran justamente de aquellos que ya no podían sobrellevar los males del sitio. Cortés quiso hablarles, aunque sin esperanza de conseguir lo que deseaba. Cuando lo vieron venir los nobles, le dijeron desesperanzados: "Si eres hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tanto en poner fin a nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos aguarda nuestro dios Huitzilopochtli, para darnos el reposo de nuestras fatigas y el premio de nuestros afanes." Cortés les propuso varias razones, para reducirlos a la paz; mas habiendo ellos respondido que ni tenían autoridad para aceptarla, ni esperanza de convencer al rey, envió a éste con el mismo fin un ilustre personaje, que tres días antes había sido hecho prisionero, y era tío del rey de Tezcoco. Aunque estaba herido, pasó inmediatamente a Tlatelolco a comunicar su mensaje; pero no se vió otro resultado que el continuo clamor con que el pueblo pedía la muerte. (1) Algunas tropas mexicanas embestían desesperadas a los españoles; pero estaban tan debilitadas por el hambre, que era poco el daño que hacían y demasiado el que recibían de sus enemigos.

Volvió Cortés al día siguiente a la ciudad, esperando a cada momento que se rindiesen los mexicanos, y sin permitir que se les hiciese la menor ofensa, se dirigió a ciertos personajes que guardaban una trinchera, y a quienes conocía desde su primera venida a México. Preguntóles por qué se empeñaban tan obsti-

(1) Se dijo, según escribe Cortés, que cuando aquel personaje se presentó a Cuauhtemotzin, para hablarle de paz, fue sacrificado por su orden; mas no teniendo este hecho más fundamento que un rumor vano, no me parece digno de crédito.

nadamente en defenderse, no siéndoles ya posible resistir, y hallándose en tal estado, que con un solo golpe podría exterminarlos a todos. Ellos respondieron que veían ser inevitable su ruina, y que hubieran deseado evitarla; pero no podían, pues sólo les tocaba obedecer. Sin embargo, ofrecieron suplicar al rey que aceptase la paz que se le proponía. En efecto, fueron a palacio y de allí a poco volvieron con la respuesta de que por ser ya tarde no podía venir el rey; pero que al día siguiente hablaría con Cortés en aquel mismo sitio. Este era el centro de un gran terraplén cuadrado, en que los mexicanos hacían sus representaciones teatrales, como en otra parte he dicho. Mandó Cortés adornar aquel teatro con tapetes y poner bancos, para celebrar la deseada conferencia, disponiendo al mismo tiempo una buena comida para el rey y para los nobles que debían acompañarlo. Llegado el día, envió a decir al rey que lo estaba aguardando; mas Cuauhtemotzin respondió por medio de cinco personajes de su corte, que no podía asistir a la entrevista, por hallarse indispuesto y porque no se fiaba de los españoles. Cortés los acogió con extraordinarias muestras de amabilidad, comió con ellos y los volvió a enviar al rey para suplicarle en su nombre que viniese sin recelo, pues él empeñaba su palabra de que la real persona sería tratada con el respeto debido: que su presencia era absolutamente necesaria, y que sin ella nada se podía concluir, y acompañó el mensaje con un regalo de víveres, que era lo más precioso que podía enviarle. Los nobles, después de haber hablado largamente de las grandes necesidades que padecían, marcharon a desempeñar su encargo, y de allí a dos horas volvieron con la misma respuesta que antes y con otro regalo de trajes finísimos, que el rey enviaba a Cortés. Tres días se emplearon en estas negociaciones, sin sacar de ellas ningún fruto.

TERRILLE CONFLICTO Y HORRENDOS ESTRAGOS DE LOS MEXICANOS

Cortés había dado orden a los aliados de permanecer fuera de la ciudad, por haberle rogado los mexicanos que no les permitiese entrar en ella, durante la conferencia con el monarca; pero viendo ya perdida toda esperanza de negociación, llamó todas las tropas de su campo, en que había ciento cincuenta mil hombres, y las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas atacó unos fosos y trincheras, que eran las mayores fortificaciones que habían quedado a los mexicanos, mientras Sandoval

con su ejército atacaba la ciudad por la parte del norte. Aquel día fue el más infausto para aquella desventurada población, y en el que más copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre y el furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veía más que ruina y desolación y sólo se oían llantos, gritos de desesperación y lamentos. Los aliados se encarnizaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron más en refrenar su crueldad, que en combatir con sus enemigos. El estrago que se hizo aquel día en los mexicanos fue tan grande, que según Cortés, pasó de cuarenta mil personas, entre muertos y prisioneros.

ULTIMO ATAQUE Y TOMA DE LA CIUDAD

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos obligó entonces a los sitiadores a retirarse de la ciudad; pero al día siguiente, 13 de agosto, volvieron a ella para dar el último asalto a la parte de Tlatelolco, que aun conservaban los mexicanos. Llevó Cortés consigo tres cañones y todas sus tropas. Señaló a cada capitán su puesto y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar a los sitiados a echarse al agua hacia el punto a que debía acudir Sandoval con todos los bergantines, que era una especie de puerto, circundado por todas partes de casas, y al cual aportaban por lo común las barcas de los traficantes que asistían al mercado de Tlatelolco. Encargóles, sobre todo, que procurasen apoderarse del rey Cuauhtemotzin, pues esto sólo bastaba para hacerse dueños de la ciudad y poner término a la guerra; mas antes de emprender aquel golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociación. Indújolo a esto, no sólo la compasión de tantas miserias, sino también el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza; pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrían echarlos al lago para que no cayesen en manos de sus enemigos, o en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y más prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharían de la confusión del asalto y poco o nada dejarían a los españoles. Volvió, pues, a hablar desde un sitio eminente a unos mexi-

canos de distinción, que le eran conocidos, representándoles el extremo peligro en que se hallaban y rogándoles hiciesen nuevas instancias al rey para que se prestase a la conferencia tantas veces propuesta, y de la cual sólo podría resultar su bien y el de todos sus súbditos; pues si persistía en su designio de defenderse, él estaba resuelto a no dejar aquel día un solo mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron a desempeñar su encargo, y a poco rato volvieron, acompañando al Cihuacoatl o supremo magistrado de la corte. El general español lo recibió con extraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él, con aire majestuoso, en que parecía querer manifestar cuán superior era a todas las calamidades humanas, “ahorraos, le dijo, el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Cuauhtemotzin, el cual está resuelto a morir, antes que ponerse en vuestra presencia. No puedo explicaros cuán dolorosa me es esta resolución; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que más os convengan y poned en ejecución vuestros designios.” Cortés le respondió que fuese a preparar los ánimos de sus compatriotas a la muerte que muy en breve debían sufrir. Entretanto, habían venido a rendirse a Cortés numerosos tropes de mujeres y niños, que procuraban a porfía salvarse de tan extremo peligro, muchos de los cuales, por estar tan débiles, se ahogaban al pasar los fosos. Cortés mandó que no se hiciese mal a los que se entregasen; y no satisfecho con dar la orden, distribuyó varios puestos de españoles para que con su autoridad refrenasen la inhumana furia de los aliados; mas a pesar de estas precauciones, murieron a manos de aquellas tropas, crueles y sangrientas, más de quince mil personas, entre hombres, niños y mujeres.

Los nobles y los militares, que habían abrazado el partido de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas. Cortés, viendo que era tarde y que no cedían, empleó contra ellos los cañones, y no bastando ésto, hizo con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron los sitiadores y de tal modo estrecharon a los débiles y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron al agua y otros se entregaban a los vencedores. La gente principal había preparado barcas para huir en aquel último trance: Cortés, que había previsto este designio, dió orden a Sandoval de apoderarse con los bergantines del

puerto de Tlatelolco y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. A pesar de la diligencia de Sandoval, muchas escaparon y entre ellas la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por aquel hábil caudillo, mandó a García de Holguín, capitán del bergantín más veloz, que les diese caza; y así lo hizo, con tanta oportunidad, que en breve las alcanzó, y cuando los españoles se disponían a hacer fuego contra los fugitivos, éstos alzaron los remos y echaron las armas en señal de rendirse. En la mayor de las piraguas estaban el rey de México, Cuauhtemotzin; la reina Tecuichpotzin, su esposa; el rey de Acolhuacan, Coanacotzin; el de Tlacopan, Tetlepanquetzaltzin, y otros personajes. Abordó el bergantín, y el rey de México, adelantándose hacia los españoles, dijo al capitán: “Soy vuestro prisionero y no os pido otra gracia, sino la de que tratéis a la reina, mi esposa, y a sus damas con el respeto que se debe a su sexo y a su condición;” y presentando la mano a la reina, pasó con ella al bergantín. Observando después que Holguín miraba con inquietud las otras barcas, le dijo que se tranquilizase, pues todos los mexicanos, al saber que su rey estaba prisionero, vendrían gustosos a morir a su lado.

Condujo Holguín aquellos ilustres prisioneros a Cortés, que se hallaba a la sazón en la azotea de una casa de Tlatelolco. Cortés los recibió con tanto decoro como humanidad, y les hizo tomar asiento. Cuauhtemotzin le dijo con dignidad: “Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos, cuanto exigían de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios a mi resolución, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero: disponed como gustéis de mi persona;” y poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba en la cintura, “quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.” Cortés procuró consolarlo, asegurándole que no lo consideraba como prisionero suyo, sino del mayor monarca de Europa, en cuya clemencia debía confiar; que no sólo le restituiría la libertad que desgraciadamente había perdido, sino también el trono de sus ilustres abuelos, que tan dignamente había defendido y ocupado. ¿Pero qué consuelo podían proporcionarle estas protestas, ni qué fe podía dar a las palabras de Cortés el que había sido siempre su enemigo, habiendo visto que no bastó a Moteuczoma haberse declarado su amigo y protector para preservar la li-

bertad y la corona? Pidió al general español que no se hiciese más daño a sus súbditos, y éste le rogó diese las órdenes necesarias para que todos se rindiesen. Uno y otro fueron prontamente obedidos. También se dispuso que todos los mexicanos saliesen de la ciudad sin armas y sin carga; y según afirma un testigo ocular y sincerísimo, (1) durante tres días y tres noches se vieron las calles llenas de hombres, mujeres y niños, débiles, sucios y macilentos, que se restituían a sus pueblos. La fetidez que exhalaban tantos cadáveres era tan intolerable, que causó alguna indisposición al general de los conquistadores. Las casas, las calles y los canales, estaban cubiertos de aquellos objetos espantosos: (2) el piso de la ciudad se halló en algunas partes excavado, por los infelices que buscaban raíces para alimentarse con ellas, y muchos árboles estaban sin corteza, que había servido para lo mismo. Cortés mandó sepultar los cadáveres, y quemar una inmensa cantidad de leña, tanto para purificar el aire, como para celebrar su victoria.

Esparcida por todo aquel país la noticia de la toma de la capital, prestaron obediencia a Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas que por espacio de dos años hicieron guerra a los españoles. Los aliados volvieron a sus casas, satisfechos con la parte que les había tocado y con haber destruído una corte, cuyo dominio no podían sufrir, y cuyas armas los tenían en perpetua inquietud. No sabían que ellos mismos forjaban las cadenas que debían aprisionarlos, ni conocían que, arruinado aquel imperio, sólo debían aguardar las otras naciones esclavitud y envilecimiento.

El botín no fue tanto como esperaban los vencedores. Las ropas se dividieron entre los aliados. Las piezas de oro, plata

(1) Bernal Díaz del Castillo.

(2) "Es verdad, y juro amén que toda la laguna, casas y barcas, estaban tan llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba; pues en las calles y en los mismos patios de Tlatelolco no había otras cosas, ni podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé, etc." Bernal Díaz, cap. 156. Estas expresiones de un testigo ocular, sincero y que nunca exagera sus relaciones, dan alguna idea de aquel horrendo estrago. Yo sospecho que los mexicanos dejaron sin sepultar muchos cadáveres para incomodar con su feter a los sitiadores; ni puedo persuadirme otra cosa, sabiendo la suma premura de aquellas naciones en celebrar las exequias de sus difuntos.

y plumas, que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron enviadas al emperador Carlos V. Todo el resto del oro que se mandó fundir, apenas llegó a diez y nueve mil doscientas onzas, (1) tanto porque los mexicanos echaron una gran parte al lago, (2) como porque los españoles y los aliados procuraron, en el saqueo de la ciudad, indemnizarse secretamente de sus fatigas.

Fue la conquista de aquella ciudad en 13 de agosto de 1521, ciento noventa y seis años después de fundada por los Aztecas, y ciento sesenta y nueve después de erigida en monarquía, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos. El sitio de México, comparable al de Jerusalén en desgracias y estragos, duró setenta y cinco días, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles, más de ciento. Se ignora el número de mexicanos muertos; pero, según los datos de Cortés, de Bernal Díaz y de otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre o de enfermedad, ocasionada por el mal agua que bebían, o de la infección del aire, que, según el mismo Cortés, fueron más de cincuenta mil. El rey de México, a pesar de las magníficas promesas del general español, fue, después de algunos días, puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo a declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos, (3)

(1) Cortés dice que el oro que se fundió pesaba 130,000 **castellanos**, que hacen 19,000 onzas; Bernal Díaz dice que importó 380,000 pesos, que forman mayor cantidad. Entre los despojos que se enviaron a Carlos V, había perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas y alhajas maravillosas de oro. La nave en que se enviaron cayó en manos de Juan Florín, célebre corsario francés, y el tesoro pasó a la corte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretexto de ser el rey Cristianísimo hijo de Adán, como el rey Católico.

(2) Bernal Díaz dice que vió sacar del lago algunas cosas de oro, y entre otras un sol semejante al que envió Moteuczoma a Cortés cuando éste se hallaba en la costa.

(3) El tormento que se dió a Cuauhtemotzin fue el de quemarle poco a poco los pies, después de habérselos untado con aceite. Acompañólo y murió en el tormento uno de sus privados. Bernal Díaz dice que también se dió la tortura al rey de Tlacopan. Cortés, a pesar suyo, abrazó aquel indigno y bárbaro partido, por condescender con algunos españoles codiciosos, que sospechaban no quisiese poner al rey en tormento por aprovecharse él solo secretamente de todo el real tesoro.

y de allí a tres años, murió ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes de Tezcoco y de Tlacopan. (1) Los mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron a su ruina, quedaron, a pesar de las cristianas y humanísimas disposiciones de los Reyes Católicos, abandonados a la miseria, a la opresión y al desprecio, no sólo de los españoles, sino también de los más viles esclavos africanos, y de sus infames descendientes; castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la superstición de sus antepasados: ¡horrible ejemplo de la justicia divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra!

(1) Cuauhtemotzin, rey de México; Coanacotzin, rey de Acolhuacan, y Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan; fueron ahorcados de un árbol por orden de Cortés, en Izacanac, ciudad principal de la provincia de Acallan, en uno de los tres días de carnaval del año de 1525. La causa de su muerte fue cierta conversación que tuvieron entre sí sobre sus desgracias, insinuando cuán fácil les sería, si quisieran, matar a Cortés y a todos los españoles y recobrar sus tronos y su libertad. Un traidor mexicano, para granjearse la gracia de Cortés, le dió cuenta de todo, alterando el sentido de las palabras y representando, como conjuración tramada, lo que no era más que un desahogo de la justa pesadumbre de aquellos monarcas. Cortés, que viajaba entonces hacia la provincia de Comayahua con pocos españoles cansados, y con más de 3,000 mexicanos, creyó que no le quedaba otro arbitrio para evitar el peligro de que se creía amenazado, que el de dar muerte a los tres reyes. "Esta ejecución, dice Bernal Díaz, fue demasiado injusta, y censurada por todos los que íbamos en aquella jornada." Ocasionó a Cortés una gran melancolía y muchos desvelos. El mismo autor añade que el P. Juan de Varillas, religioso mercedario, los confesó y exhortó en el patíbulo; que eran buenos cristianos y murieron bien dispuestos; pero no hay un solo autor que haga mención de un suceso tan notable y tan glorioso como el bautismo de aquellos tres reyes, llenando al mismo tiempo tantas páginas de trivialidades y frioleras. Torquemada, que trabajó veinte años en la historia de México y que llenó tres enormes volúmenes con pormenores sobre el descubrimiento de las islas de Salomón, las revoluciones de las Filipinas, las persecuciones del Japón y otras mil especies fuera de propósito, no hace siquiera mención de la conversión de aquellos monarcas.

DESCENDENCIA DEL REY MOTEUCZOMA

MOTEUCZOMA, IX rey de México, casado con MIAHUAXOCHITL, su sobrina

D. Pedro Yohualicahuatzin Motezuma,
casado con D^a Catalina Cuauhxochitl, su sobrina

D. Diego Luis Ihuitemotzin Motezuma,
casado en España con D^a Francisca de la Cueva

D. Pedro Tesifón Motezuma de la Cueva, I conde de Motezuma y de Tula,
y vizconde de Iluca, casado con D^a Jerónima Porras

D. Diego Luis Motezuma y Porras, II conde
de Motezuma, etc.; casado con D^a Luisa
Jofre Loaisa y Carrillo, hija del conde
del Arco.

D^a Teresa Francisca Motezuma y
Porras, casada con D. Diego Cis-
neros de Guzmán.

D^a María Jerónima Motezuma Jofre de
Loaisa, III condesa de Motezuma, etc.,
casada con D. José Sarmiento de Valla-
dares; que fue virrey de México, y I du-
que de Atrisco.

D^a Jerónima de Cisneros Motezu-
ma, casada con D. Félix Nieto de
Silva, I marqués de Tenebrón.

D^a Fausta Dominga
Sarmiento y Mote-
zuma, IV condesa
de Motezuma,
muerta en tierna
edad en México, en
1697.

D^a Melchora Sar-
miento Motezuma,
V condesa de Mote-
zuma, murió sin su-
cesión en 1717; por
lo que recayeron los
estados de Motezu-
ma en D^a Teresa
Nieto, etc., hija del
I marqués de Tene-
brón.

D^a Teresa Nieto de Silva y Motezu-
ma, II marquesa de Tenebrón, y
VI condesa de Motezuma, etc., ca-
sada con D. Gaspar de Oca Sar-
miento y Zúñiga.

D. Jerónimo de Oca y Motezuma,
III marqués de Tenebrón y VII
conde de Motezuma, casado con
D^a María Josefa de Mendoza.

D. Joaquín de Oca Motezuma y
Mendoza, VIII conde de Motezu-
ma, etc., IV marqués de Tenebrón,
y grande de España. (Vivía cuan-
do Clavijero escribió esta obra).

Hay en México y en España algunas ramas laterales de esta ilustre estirpe.

DESCENDENCIA DE HERNAN CORTES

D. FERNANDO o HERNAN CORTES, conquistador, gobernador y capitán general de México, I marqués del Valle de Oaxaca, casado en segundas nupcias con Doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, hija de D. Carlos Ramírez de Arellano, II conde de Aguilar, y de Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Bañares, primogénito de D. Alvaro de Zúñiga, I duque de Béjar. Fue su hijo (1):—

I

D. Martín Cortés Ramírez de Arellano, segundo marqués del Valle, casado con su sobrina Doña Ana Ramírez de Arellano. Fueron sus hijos:—

II

1. D. Fernando Cortés Ramírez de Arellano, III marqués del Valle, casado con Doña Mencia Fernández de Cabrera y Mendoza, hija de D. Pedro Fernández Cabrera y Bobadilla, II conde de Chinchón, y de Doña María de Mendoza y de la Cerda, hermana del príncipe de Melito. Tuvo D. Fernando un hijo que murió niño. Sucedióle su hermano:—

2. D. Pedro Cortés Ramírez de Arellano, IV marqués del Valle, casado con Doña Ana Pacheco de la Cerda, hermana del II conde de Montalbán. Murió sin hijos, y le sucedió su hermana:—

3. Doña Juana Cortés Ramírez de Arellano, V marquesa del Valle, casada con D. Pedro Carrillo de Mendoza, IX conde de Priego, asistente y capitán general de Sevilla, y mayordomo mayor de la reina Doña Margarita de Austria. Fue su hija:—

(1) Además del heredero del marquesado, tuvo el Conquistador muchos hijos legítimos y bastardos. Los primeros fueron: 1. Da. María Cortés, casada con D. Luis de Quiñones, V conde de Luna; 2. Da. Catalina, que murió en Sevilla; 3. Da. Juana, mujer de D. Fernando Enríquez de Ribera, II duque de Alcalá, etc.; 4. Da. Eleonora, casada en México con Juan Tolosa, vizcaíno. Los bastardos fueron: 1. D. Martín Cortés, caballero de la orden de Santiago, hijo de la famosa Doña Marina; 2. D. Luis, hijo de una señora llamada Hermosilla, y otras tres hijas de tres indias nobles.

III

Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, VI marquesa del Valle, casada con D. Diego de Aragón, IV duque de Terranova, príncipe de Castel Vetrano, y del S. R. I. marqués de Avola y de la Favara, condestable y almirante de Sicilia, comendador de Villafranca, virrey de Cerdeña, caballero del insigne orden del Toisón de Oro. Fue su hija única:—

IV

Doña Juana de Aragón, Carrillo de Mendoza y Cortés, V duquesa de Terranova y VII marquesa del Valle, camarera mayor de la reina Doña Luisa de Orleans, y después, de la reina Doña Mariana de Austria; casada con D. Héctor Pignateli, V duque de Monteleone, príncipe de Noya, marqués de Cerchiara, conde de Borelo, virrey de Cataluña, grande de España, etc. Fue su hijo único:—

V

D. Andrés Fabricio Pignateli de Aragón, Carrillo de Mendoza y Cortés, VI duque de Monteleone, VI duque de Terranova, VIII marqués del Valle, grande de España, gran camarlengo de Nápoles, caballero del Toisón de Oro, etc.; casado con Doña Teresa Pimentel y Benavides, hija de D. Antonio Alfonso Pimentel de Quiñones, XI conde de Benavente, de Luda, de Mayorga, grande de España, etc., y de Doña Isabel Francisca de Benavides, III marquesa de Javalquinto y de Villarreal. Fue su hija:—

VI

Doña Juana Pignateli de Aragón, Pimentel, Carrillo de Mendoza y Cortés, VII duquesa de Monteleone, VII duquesa de Terranova, IX marquesa del Valle, grande de España, etc.; mujer de D. Nicolás Pignateli, de los príncipes de Noya y Cerchiara, príncipe del S. R. I. virrey de Cerdeña y de Sicilia, caballero del Toisón de Oro, etc. Fue su hijo:—

VII

D. Diego Pignateli de Aragón, etc., VIII duque de Monteleone y de Terranova, X marqués del Valle, gran almirante y condestable de Sicilia, grande de España, etc.; casado con Doña Margarita Pignateli, de los duques de Bellosguardo. Fue su hijo:—

VIII

D. Fabricio Pignateli de Aragón, IX duque de Monteleone y de Terranova, XI marqués del Valle, grande de España, etc.; casado con Doña Constanza Medici, de los príncipes de Ortajano. Fue su hijo:—

IX

D. Héctor Pignateli de Aragón, etc., X duque de Monteleone y de Terranova, XII marqués del Valle de Oaxaca. Vivía cuando Clavijero escribió su Historia, y se casó en Nápoles con Doña N. Piccolomini, de los duques de Amalfi.

De Doña Juana Pignateli y D. Nicolás Pignateli, núm. VI, nacieron cuatro hijos: Diego, Fernando, Antonio y Fabricio; y cuatro hijas: Rosa, María Teresa, Estefanía y Catalina.

1. D. Diego fue el heredero del marquesado del Valle y de los ducados de Terranova y Monteleone. 2. D. Fernando se casó con Doña Lucrecia Pignateli, princesa de Strongoli, y su hijo D. Salvador con Doña Julia Mastrigli, de los duques de Marigliano. 3. D. Antonio se casó en España con la hija única del conde de Fuentes, y fue su hijo D. Joaquín Pignateli de Aragón Moncayo, etc., conde de Fuentes, grande de España, etc., embajador de España en las cortes de Inglaterra y Francia, y presidente del consejo de Ordenes; cuyo hijo D. Luis se casó con la hija única y heredera de Casimiro Pignateli, conde de Egmont, teniente general de los ejércitos franceses. 4. D. Fabricio se casó con Doña Virginia Pignateli, hermana de la princesa de Strongoli, cuyo hijo D. Miguel fue marqués de Salice y Guagnano. 5. Doña Rosa se casó con el príncipe de Scalea. 6. Doña María Teresa con el marqués de Westerlo, señor bohemio. 7. Doña Estefanía con el príncipe de Bisiñano. 8. Doña Catalina con el conde de Acerra.

DISERTACIONES

DISERTACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO;

EN QUE SE CONFIRMA EN PARTE LA HISTORIA ANTIGUA DE AQUEL PAIS,
SE ILUSTRAN MUCHOS ARTICULOS DE HISTORIA NATURAL, Y SE CONFUTAN MUCHOS ERRORES
PUBLICADOS SOBRE AMERICA POR ALGUNOS CELEBRES ESCRITORES MODERNOS

AL LECTOR

Las disertaciones que ofrezco al público son necesarias, no solamente útiles, para ilustrar la historia antigua de México, y para confirmar la verdad de muchas especies contenidas en ella. La primera tiene por objeto suplir la falta de noticias sobre la primera población del Nuevo Mundo. La segunda, aunque parecerá fastidiosa, no deja de ser útil, para conocer los fundamentos de nuestra cronología, y ayudar a los que emprendan escribir la historia de los países de Anáhuac. Todas las otras podrán servir a disipar en los lectores incautos, los errores a que los habrán inducido los escritores modernos, que desprovistos de conocimientos sólidos, se han puesto a escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de América.

¡Cuántos, al leer, por ejemplo, las investigaciones de Mr. de Paw, no se llenarán la cabeza de ideas disparatadas y contrarias a lo que yo digo en mi **Historia**! Aquel escritor es un filósofo a la moda; hombre erudito en ciertas materias en que más le convendría ser ignorante, o callar a lo menos; realza sus discursos con bufonadas y maledicencias, ridiculizando todo lo más sagrado que se venera en la Iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se le presentan, sin ningún respeto a la inocencia y a la verdad; decide francamente, y en tono magistral, citando a cada paso a los escritores americanos, y protestando que su obra es fruto

de diez años de sudores. Todo esto hace muy recomendable a un escritor, para con cierta clase de lectores, en el siglo filosófico en que vivimos. Su mordacidad, el desprecio con que habla de los más respetables padres de la Iglesia, la mofa que hace de los sumos pontífices, de los soberanos y de las órdenes religiosas, y la poca estima en que tiene a los libros santos, en vez de disminuir su autoridad, podrá aumentarla, en esta edad en que se han publicado más errores que en todas las precedentes, y en que tantos literatos tienen a honra escribir con desenfreno y mentir con descaro; en que no se aprecia al que no es filósofo, y en que no es filósofo quien no se burla de la religión, y quien no adopta el lenguaje de la impiedad.

El objeto de la obra de Mr. de Paw es persuadir al mundo que en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, en las plantas, en los animales y en los hombres. La tierra, cubierta de ásperos montes y peñascos, y en las llanuras, bañada de aguas muertas y podridas, o sombreada por bosques tan espesos que no pueden penetrar en ellos los rayos solares, es, según aquel autor, sumamente estéril, y más abundante en plantas venenosas que todo el resto del mundo; el aire mal sano, y mucho más frío que el del otro continente; el clima contrario a la generación de los animales. Todos los propios de aquellos países eran más pequeños, más disformes, más débiles, más cobardes, más estúpidos que los del mundo antiguo, y los que se han transportado allí de otras partes, inmediatamente han degenerado, como ha sucedido con los vegetales trasplantados de Europa. Los hombres apenas se diferenciaban de las bestias sino en la figura, y aun en ésta se echaban de ver muchas trazas de degeneración: el color aceitunado, la cabeza dura, y con pocos gruesos cabellos, y todo el cuerpo privado enteramente de pelo. Son feos, débiles, y sujetos a muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas por la insalubridad del clima. Pero por imperfectos que sean sus cuerpos, aun lo son mucho más sus almas. Son tan faltos de memoria, que no se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer. No reflexionan ni coordinan sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni de pensar, porque los humores de sus cerebros son gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible a los estímulos del amor y a los de las demás pasiones. Su pereza los tiene sumergidos en la imbecilidad de la vida salvaje. Su cobardía se hizo ver claramente en la época de la Conquista. Sus vicios morales

corresponden a sus defectos físicos. La embriaguez, la mentira y la sodomía eran comunes en las islas, en México, en el Perú y en todas las regiones del nuevo continente. Vivían sin leyes, y las pocas artes que conocían eran groserísimas. La agricultura estaba en el mayor abandono; su arquitectura era mezquinísima, y más imperfectos aún sus instrumentos y utensilios. En todo el Nuevo Mundo no había más que dos ciudades: Cuzco en la América Meridional, y México en la Septentrional, y éstas no eran más que miserables aldeas.

He aquí un ligero bosquejo del monstruoso retrato que Mr. de Paw hace de la América. No lo copio enteramente, ni cito lo que sobre el mismo asunto han dicho otros autores mal informados o mal prevenidos, porque me falta la paciencia para repetir tantos despropósitos. No es mi intento escribir la apología de América y de los americanos, porque este asunto exigiría una obra voluminosa. Para escribir un error o una falsedad, basta un renglón: para impugnarlo no basta un pliego, y ni aun suele bastar un tomo. ¿Qué no se necesitaría, pues, para refutar tantos centenares de falsedades y de errores? Sólo atacaré los que se oponen a la verdad de mi Historia. He escogido la obra de Mr. de Paw, porque en ella, como en un muladar, se han recogido las inmundicias, esto es, los errores de los otros. Si parecen fuertes mis expresiones, ha sido porque no he creído conveniente emplear la dulzura con un hombre que se pone de hecho pensando a injuriar al Nuevo Mundo, y a las personas más respetables del Antiguo.

Pero aunque la obra de Mr. de Paw será el principal baluarte a que dirigiré mis tiros, tendré que habérmelas con otros autores, y entre ellos con el conde de Buffon. Tengo en gran estima a este ilustre francés, y lo creo el más diligente, el más elocuente, y el más exacto de todos los naturalistas de nuestro siglo: no pienso que ningún otro le haya excedido en el arte difícil de describir los animales; pero siendo tan vasto el argumento de su obra, no es extraño que a veces se engañase o pusiese en olvido lo que había dicho antes, especialmente sobre América, donde es tan varia la naturaleza: por lo que ni sus descuidos, ni las razones con que los ataco, podrán de ningún modo perjudicar a la gran reputación de que goza en el mundo literario.

En la comparación que hago entre un continente y otro, no es mi designio elogiar la América a expensas de las otras

partes del mundo, sino indicar las consecuencias que se deducen naturalmente de los principios establecidos por los autores que impugno. Estos paralelos son demasiado odiosos, y el que pondera apasionadamente su país, colocándolo sobre todos los otros, se parece más a un muchacho que pelea, que a un literato que disputa.

En las citas de la **Historia de los Cuadrúpedos** del conde de Buffon, me he valido de la edición hecha en París en la Imprenta Real, en treinta y un tomos, y concluída el año de 1768. En las de las **Investigaciones** de Mr. de Paw, me he servido de la edición de Londres de 1771, en tres tomos, con las impugnaciones de Pernetty y la respuesta del autor.

DISERTACION I

SOBRE EL ORIGEN DE LA POBLACION DE AMERICA, Y PARTICULARMENTE DE LA DE MEXICO

Apenas se hallará en la historia un problema de más difícil resolución, que el del origen de la población del Nuevo Mundo, ni sobre el cual reine mayor variedad de opiniones. Puede decirse que éstas son tantas, cuantas las de los filósofos antiguos sobre la esencia del Sumo Bien. No trato de examinarlas todas, porque sería un trabajo inútil; ni de establecer un sistema nuevo, porque carezco de fundamentos en que apoyarlo; quiero tan sólo exponer y someter al juicio de los hombres doctos mis conjeturas, porque me parece que no serán de un todo infructuosas; mas para proceder con aquella claridad y precisión que el asunto exige, dividiré el punto general en varios artículos, y declararé en diversas conclusiones mis ideas.

¿EN QUE TIEMPO EMPEZO A POBLARSE LA AMERICA?

Betancourt y otros autores creyeron que el Nuevo Mundo empezó a poblarse antes del Diluvio. Pudo ciertamente verificarse así, porque el espacio de 1656 años transcurridos entre la creación de los primeros hombres y aquella gran catástrofe, según la cronología del texto hebreo del Génesis, y mucho más el de 2242 o 2262 años, según el cómputo de los Setenta, fue suficiente para poblar toda la tierra, como algunos escritores han demostrado. A lo menos, después de diez o doce siglos, pudieron algunas familias de las que se esparcieron en las partes más orientales del Asia, pasar al continente occidental que llamamos América; sea, como yo creo, por estar unida a ellas, sea por estar separada tan sólo por un pequeño estrecho. Pero ¿cómo se probará que en efecto la América se pobló antes del Diluvio? Porque en América, dicen algunos de los que sostienen aquella

opinión, había gigantes, y la época de éstos fue antediluviana. (En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra. (1)—Gen. VI.). Porque Dios, dicen otros, no creó la tierra sino para que fuese habitada (El mismo Dios que formó y conserva la tierra.... y que no en vano la crió, sino que la hizo para que fuese habitada. (2).—Isa. XLV.), y no es verosímil que habiendo creado la América con este objeto, quisiese dejarla tanto tiempo sin habitantes, especialmente habiendo mandado a los primeros hombres, que se multiplicasen y cubriesen la tierra (Creced y multiplicaos, y poblad la tierra. (3)—Gen. IX). Pero aun concediendo que el sagrado texto en que se hace mención de los gigantes, deba entenderse en el sentido vulgar, esto es, en el de hombres de extraordinaria altura y corpulencia, y aunque no dudo que hubiese de estos hombres en América, no obstante lo que dicen Mr. Sloane, (4) Mr. de Paw y otros, que sólo creen lo que ven, de ningún modo confirma la opinión de la población antediluviana; pues los mismos libros santos hablan de algunos gigan-

(1) Gigantes erant super terram in diebus illis.—Gen. VI.

(2) Ipse Deus formans terram, et faciens eam.... non in vanum creavit eam, ut habitaretur formavit eam.—Isa. XLV.

(3) Crescite, et multiplicamini, et replete terram.—Gen. IX.

(4) El escrito del inglés Sloane, en que trata de probar que los grandes huesos encontrados en América son de elefantes y otros animales, y no de gigantes, se halla en las *Memorias* de la Academia de Ciencias de París de 1727. Además de lo que he dicho en el libro I sobre esta opinión, tiene en contra el dicho del Dr. Hernández, testigo ocular, inteligente y sincero: *Per multa gigantum, dice, non vulgaris magnitudinis ossa, per hosce dies ad inventa sunt, tunc apud Tescocanos, tunc apud Tollocenses. Haec autem notiora sunt, quam ut fides queat illis ab aliquo denegari, et tamen non me latet a multis judicari multa fieri non posse, antequam facta sint. Adeo verum est, atque indubitatum quod Plinius noster dixit: naturae vim atque majestatem omnibus momentis fidei carere.* Si en las excavaciones hechas en América sólo se hubieran hallado huesos sueltos y separados, podría creerse que pertenecían a grandes cuadrúpedos; pero habiéndose hallado cráneos y esqueletos enteros humanos, no hay lugar a las conjeturas de Sloane. Véase lo que cuenta Acosta acerca del esqueleto gigantesco desenterrado en 1556 en Jesús del Monte, casa de campo de los jesuitas de México, hallándose aquel escritor en ella. Véase lo que dice Zárate, hombre docto y respetable, sobre los huesos y cráneos humanos descubiertos en Puerto Viejo, en la provincia de Guayaquil. Véase lo que refiere el sincerísimo Bernal Díaz, de los huesos presentados a Cortés por los tlaxcaltecas.

tes posteriores al Diluvio, como fueron Og, rey de Bazán, (1) y los cinco de que hacen mención los libros de los Reyes. Podemos conjeturar que había otros muchos, tanto en Palestina como en otros países, de que no hablan los historiadores sagrados, porque no importaba a su propósito. El texto de Isaías nada prueba en favor de aquella opinión; pues aunque Dios formó la tierra para que fuese habitada, nadie puede adivinar el tiempo que fijó para la ejecución de sus altos designios.

El viajero Gemelli dice, alegando ciertas pinturas mexicanas, que la ciudad de México fue fundada en el año II Calli, correspondiente, según él mismo, al 1325 de la creación del mundo, esto es, más de trescientos años antes del Diluvio; pero este enorme despropósito no fue error de su mente, sino un descuido de su pluma, como claramente se infiere de todo el contexto de su narración: así que, injustamente se lo echa en cara el malediciente investigador, el cual achaca también el mismo dislate al ilustre Sigüenza, que fue de opinión contraria. Es cierto que la ciudad de México fue fundada el año II Calli, y que éste fue el de 1325; pero no de la creación del mundo, sino de la Era Cristiana. Gemelli, en lugar de escribir lo uno, escribió lo otro.

Por otra parte, es inútil averiguar si la población de América empezó antes del Diluvio; pues por una parte, es imposible descubrir la verdad en un punto tan obscuro, y por otra, siendo indudable que en el Diluvio perecieron todos los hombres, es necesario volver a buscar pobladores después de aquella gran calamidad. Sé que algunos autores circunscriben el Diluvio a los confines de una parte del Asia; pero también sé que esta opinión no está de acuerdo ni con el texto expreso de la Santa Escritura (**Y vinieron a cubrirse todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo. Quince codos se alzó el agua sobre los montes, que tenía cubiertos.** (2)—Gen. VII), ni con la tradición

(1) Torrubia, en su *Aparato a la Historia Natural de España*, incurre tres veces en el error de que Og fue antediluviano, y afirma expresamente que se ahogó en el Diluvio.

(2) *Operti sunt omnes montes excelsi sub universo coelo. Quindecim cubitis altior fuit aqua super montes quos operuerat.*—Gen. VII. Parece que Dios inspiró estas palabras para desmentir a los incrédulos, pues no es fácil expresar con más claridad la universalidad del Diluvio. Pero aunque sólo se entendiese el texto de los montes de Palestina y de otros países inmediatos, como algunos opinan, no alcanzo cómo pueda el agua, con

de los mismos americanos, (1) ni con las observaciones físicas.

El Dr. Sigüenza creyó que la población de América empezó poco después de la dispersión de las gentes. Como carezco de los manuscritos de aquel ilustre mexicano, ignoro los fundamentos en que apoya su opinión, la cual es conforme a la tradición de los chiapanecas, de que luego haré mención. Otros autores, por el contrario, la creen demasiado moderna, porque los historiadores de México y del Perú no hallaron en aquellas naciones memoria alguna de sucesos anteriores a ocho siglos. Pero confunden la población de México hecha por los chichimecas y por los otros aztecas, con la que sus antepasados fundaron muchos siglos antes en los países septentrionales; ni saben distinguir a los mexicanos de otras naciones que antes que ellos habitaron aquel país. ¿Quién sabe, por ejemplo, cuándo entraron en el país de Anáhuac los otomíes, los olmecas, los cuitlatecas y los michuacaneses? No es de extrañar que no se hallasen en México memorias de sucesos anteriores a ocho siglos; pues además de la pérdida de innumerables monumentos históricos de aquellas naciones, no sabiendo la mayor parte de los escritores la relación entre los años mexicanos y los nuestros, debieron incurrir, y en efecto incurrieron en un gran número de anacronismos; pero los que adquirieron mayor abundancia de pinturas

arreglo a las leyes naturales, alzarse quince codos sobre los montes de aquella tierra, sin anegar todo el mundo antiguo y aun el nuevo. Y si el Diluvio no fue universal, ¿a qué fin mandar construir el arca, cuando tan fácilmente podía la familia de Noé sustraerse a la inundación, pasando a otros países que estaban exentos de aquella calamidad? ¿Por qué encerrar en el arca individuos de toda especie de cuadrúpedos, aves y reptiles, a fin de conservar sus especies en la superficie de la tierra, como tan terminantemente se lee en el Génesis? Quedando las especies de animales esparcidas en otras regiones a que no llegaran las aguas, aquella precaución era del todo infructuosa y ridícula, especialmente con respecto a las aves. Por estas y otras razones, no menos poderosas, debemos concluir que los que creyendo divina la autoridad de los libros sagrados, niegan, sin embargo, la universalidad del Diluvio, tienen alguna desorganización o vicio en el cerebro.

(1) Queriendo Dios hacer respetar su justicia por la posteridad de Noé, y confundir la incredulidad de los mortales, dispuso que además de la autoridad de la Biblia y de los cuerpos marinos que en gran cantidad se hallan en los montes, como otros tantos monumentos irrefragables del Diluvio, se conservase la memoria de aquel espantoso y general castigo entre las naciones americanas. Estas, sin tener noticia del Génesis, ni

antiguas y escogidas, y tuvieron mayor sagacidad para indagar la cronología, hallaron ciertamente memorias de tiempos más remotos, como hicieron Sigüenza e Ixtlilxochitl, sirviéndose de ellas en sus apreciables escritos.

Yo no dudo que la población americana sea antiquísima, y mucho más de lo que creen los autores europeos. 1.º Porque los americanos carecían de ciertas artes o inventos, como la aplicación de la cera y del aceite al alumbrado, que por una parte son muy antiguos en Asia y en Europa, y por otra, tan necesarios, que una vez aprendidos no se olvidan jamás. Luego, los que pasaron del antiguo al nuevo continente, y propagaron en éste la especie humana, verificaron su emigración antes de aquellos descubrimientos. 2.º Porque las naciones del Nuevo Mundo que vivían en sociedad, y especialmente las de México, conservaban en sus pinturas y tradiciones la memoria de la creación del mundo, del Diluvio, de la torre de Babel, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes, aunque alterada con algunas fábulas, y no tenían noticia de los sucesos ocurridos después en Asia, Africa y Europa; habiendo algunos tan grandes e importantes, que no era fácil echarlos en olvido. 3.º Porque ni los americanos tenían la menor idea de los pueblos del mundo antiguo, ni éstos de aquéllos, ni en unos ni en otros se halla el menor recuerdo del tránsito de los hombres a América. Estas razones hacen, si no cierta, verosímil al menos mi opinión. (1)

comunicación con los pueblos antiguos, conservaban la memoria del Diluvio, como lo testifican Gomara, Acosta, Herrera y otros muchos escritores, que investigaron cuidadosamente aquel punto. Los toltecas, los acolhuas, los tarascos o michuacaneses, los mexicanos, los mixtecas, los tlaxcaltecas, los chiapanecas y otros muchos pueblos, seguían aquella tradición, y la representaron en sus pinturas. Todos ellos creían que la inundación había sido universal, y que todos los hombres se habían ahogado, excepto un hombre y una mujer, o una familia. Este es un hecho que no puede dudar quien proceda de buena fe. Véase lo que he dicho acerca de esto en la Historia, y lo que diré después. El P. Acosta dice que todos los indios tenían noticia del Diluvio; pero esto debe entenderse de los que vivían en sociedad.

(1) Cierta autor moderno afirma que la población de América es anterior al uso del hierro, porque no se encontró este uso entre los americanos. Esta opinión carece de fundamento, pues la invención del hierro es anterior al Diluvio. De Tubalcain, sexto nieto de Adán, se dice en la Escritura Santa, que trabajó en todas las obras de cobre y de hierro. *Sella genuit Tubalcain, qui fuit malleator, et faber in cuncta opera aeris et*

¿QUIENES FUERON LOS POBLADORES DE AMERICA?

Los que no reconocen en los libros santos el sello de la verdad divina, o reconociéndolo no hacen caso de lo que su autoridad sanciona, dicen que los americanos no descienden de Adán y de Noé, creyendo, o fingiendo creer, que como Dios creó al primero para que fuese el padre de los asiáticos, así formó antes o después otros hombres para que fuesen padres de los africanos, de los europeos y de los americanos. Esto no se opone, según un autor moderno, a la verdad de la Biblia; porque si bien Moisés no hace mención de otro primer patriarca que Adán, fue porque no escribía la historia de todos los pueblos, sino sólo la de los israelitas. Pero además de que este rancio sistema contradice abiertamente la venerable tradición, la Sagrada Escritura, (1) y la creencia común de la Iglesia Católica (cosas en verdad poco importantes a los ojos de aquella clase de filósofos), se halla desmentido por la tradición de los mismos americanos, los cuales, en sus pinturas y en sus cánticos se reconocen descendientes de los hombres que se preservaron de la inundación universal. Los toltecas, los acolhuas, los mexicanos, los tlaxcaltecas, los tarascos, los mixtecas, los chiapanecas, y otros pueblos están de acuerdo en este punto: todos decían que sus abuelos habían venido de otros países; indicaban el camino que habían seguido, y aun conservaban los nombres verdaderos o falsos de aquellos primeros progenitores, que después de la confusión de las lenguas se separaron de los demás hombres.

ferri.—Gen. IV. (Esto es: Sella también parió a Tubalcain, que fue artífice en trabajar a martillo toda especie de obras de cobre y de hierro). ¿Se dirá acaso que la América se pobló antes de la época de Tubalcain? Los americanos no usaron del hierro, quizás porque en los países septentrionales donde se establecieron al principio, no hallaron aquel metal, y poco a poco se fue perdiendo su memoria.

(1) Tres isti filii sunt Noe: ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.—Gen. IX. (Esto es: Dichos tres son los hijos de Noé, y de esos se propagó todo el género humano sobre la tierra). Fecit ex uno omne hominum genus inhabitare super faciem universae terrae.—Ac. VII. (Esto es: El es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra.) No se puede expresar de un modo más claro el origen común de todos los hombres, de Adán y de Noé.

El Sr. Núñez de la Vega, obispo de Chiapa, dice en el proemio de sus **Constituciones Sinodales**, que en la visita que él mismo hizo de su diócesis a fines del siglo pasado, halló muchos calendarios antiguos de los chiapanecas, y un antiguo manuscrito, en la lengua de aquel país, hecho por los mismos indios, en que se decía, según su tradición, que un cierto Votan, (1) tuvo parte en la construcción de aquel gran edificio, que se alzó para subir al cielo, por orden de uno de sus antepasados; que allí tomó cada pueblo su idioma respectivo, y que el mismo Votan fue destinado por Dios para hacer la división de la tierra de Anáhuac. Añade que en su tiempo había en Teopixca, pueblo grande de aquella diócesis, una familia del nombre de Votan, que se creía descendiente de aquel personaje. No pretendo yo dar tanta antigüedad a los americanos, sino sólo demostrar que se creían descendientes de Noé.

De los antiguos habitantes de Cuba, cuentan muchos historiadores, que preguntados por los españoles sobre su origen, respondieron haber oído decir a sus progenitores que Dios crió el cielo, la tierra y todas las cosas; que habiendo vaticinado un viejo cierta gran inundación, con la cual Dios quería castigar los pecados de los hombres, fabricó una gran canoa, y se embarcó en ella con su familia y con muchos animales; que pasada la inundación, soltó un cuervo, el cual habiendo hallado cadáveres con que alimentarse, no volvió más a la canoa; que después soltó una paloma, la cual volvió de allí a poco, trayendo en el pico una rama de **hoba**, que es un árbol frutal de América; que cuando el viejo vió enjuta la tierra, desembarcó, y habiendo hecho vino con uvas silvestres, bebió de él, y se embriagó; que entonces uno de sus hijos se burló de su desnudez, y otro más respetuoso lo cubrió; que cuando salió de su letargo, bendijo a éste, y maldijo a aquél; finalmente, que ellos descendían del hijo maldito, y por eso andaban desnudos, y que los españoles, que estaban vestidos, descenderían quizá del otro.

Los mexicanos llamaban a Noé, **Coxcox** y **Teocipactli**, y los michuacaneses **Tezpi**. Estos decían que hubo un gran diluvio, y que Tezpi, para no ahogarse, se embarcó en una nave, hecha a guisa de arca o caja, con su mujer, sus hijos, muchas especies

(1) **Votan** era el principal de aquellos veinte hombres ilustres que dieron sus nombres a los veinte días del año chiapaneca.

de animales, y una provisión de granos y semillas; que viendo que las aguas disminuían, dió libertad a un pájaro de los que allí se llaman **auras**, el cual se quedó fuera para comer cuerpos muertos, y después soltó otros pájaros que tampoco volvieron, excepto uno (el chupamirto), tan apreciado en aquellos países por el hermoso color de sus plumas, y éste le trajo una rama de árbol; (1) y que de aquella familia descendían todos los habitantes de Michuacan. Luego, ora nos apoyemos en la Biblia, ora en las tradiciones americanas, debemos buscar en la posteridad de Noé los pobladores del Nuevo Mundo.

Pero ¿quiénes fueron éstos? ¿Cuál de los hijos de Noé fue el tronco de aquellas naciones? El Dr. Sigüenza, y la ingeniosa mexicana Sor María Juana Inés de la Cruz, creyeron, o conjeturaron que los mexicanos y las otras naciones de Anáhuac descendían de Nephtuim, hijo de Mesrain y nieto de Cham. Boturini fue de opinión que no sólo provenían de Nephtuim, sino de sus otros cinco hermanos. El docto español Arias Montano se persuadió que los americanos, y especialmente los del Perú, pertenecían a la posteridad de Ofir, cuarto nieto de Sem. Sus razones son tan débiles, que no merecen refutación. De las de Sigüenza hablaré después.

Los otros autores que no han querido penetrar con sus indagaciones hasta una antigüedad tan remota, han buscado en diversos países del mundo el origen de los americanos. Sus opiniones son tantas y tan diversas, que no es casi posible numerarlas. Unos creen descubrir sus progenitores en Asia, otros en Africa, otros en Europa. Entre los que abrazan esta última opinión, unos dicen que eran griegos, otros que eran romanos; otros los hacen españoles, irlandeses, curlandeses, y aun rusos. De los que prefieren el origen africano, unos lo atribuyen a los egipcios, otros a los cartagineses, otros a los númidas. Pero aun es mayor la variedad entre los partidarios del origen asiático. Los israelitas, los caldeos, los asirios, los fenicios, los persas, los tár-

(1) Herrera, Dec. 3, lib. III, cap. 10. Véase lo que él mismo dice en la Dec. 4, lib. I, cap. 2, acerca de lo que referían los indios de tierra firme, sobre su origen. Véanse también el mismo Herrera, Torquemada y otros sobre la tradición de los haitianos. De la de los mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, he hablado en el libro II de mi Historia. De la de los toltecas hacen mención Boturini, Torquemada y otros. García habla de la de los mixtecas en su erudito *Tratado sobre el Origen de los Indios*.

taros, los indios orientales, los chinos, los japoneses, todos tienen sus abogados entre los historiadores y los filósofos de estos dos últimos siglos. Otros hay que, no hallando lo que buscaban en los países conocidos, sacan de las aguas la famosa Atlántida, para enviar de allí colonos al continente occidental; y aun esto es poco, pues ha habido escritores, que para quedar bien con todos, afirman que los americanos provienen de todas las naciones de la tierra.

La causa de tantas y tan extravagantes opiniones ha sido el error común de que para creer a una nación originaria de otra, sólo basta hallar una afinidad en las voces de sus lenguas, o alguna semejanza en sus ritos, usos y costumbres. Tales son los fundamentos de casi todos aquellos sistemas, que recogió e ilustró con gran erudición el dominicano García, y que aumentaron los doctos españoles que reimprimieron su obra con adiciones considerables. En ella podrá verlos el curioso lector, pues yo creería perder el tiempo en refutarlos.

Pero no puedo omitir la opinión del Dr. Sigüenza, adoptada por el ilustre obispo francés Pedro Daniel Huet, y que me parece la más sólida y racional. Según estos escritores, las naciones que poblaron el imperio mexicano, pertenecían a la descendencia de Nephtuim, de la cual algunas familias, saliendo del Egipto, poco después de la confusión de las lenguas, se dirigieron hacia el continente que nosotros llamamos Nuevo Mundo. Las razones en que Sigüenza fundó su sistema, sólo se hallan indicadas en la **Biblioteca Mexicana**. Quisiéramos verlas expuestas con aquella fuerza y erudición que su sabio autor emplearía en la obra original; mas, privados de sus apreciables manuscritos, nos contentaremos con referirnos a Eguiara en su ya citada **Biblioteca**.

Redúcense, pues, sus fundamentos a la conformidad que se observa entre las naciones americanas y los egipcios, en el uso de las pirámides y de los geroglíficos, en el modo de computar el tiempo, en el traje, y en algunos usos, a que se añadirá quizá la semejanza del **Teotl** de los Mexicanos, con el **Theuth** de los egipcios, que fue lo que indujo o Huet a seguir la opinión de Sigüenza, aunque por diverso camino. He dicho que estos argumentos son sólidos, y bien fundados; mas sólo para formar conjeturas, no para asegurar una verdad, pues bajo este aspecto los creo sujetos a varias objeciones.

Sigüenza quiere que los hijos de Nephtuim saliesen de Egipto para América, poco tiempo después de la confusión de las lenguas; y para sacar de aquí una probabilidad, debería comparar las costumbres de los americanos con las de los primeros egipcios, no con las de sus descendientes, que muchos años después se establecieron en Egipto, y de los cuales no creen provenir los pueblos de América. Ahora bien, ¿quién creará que los egipcios, inmediatamente después de la dispersión de las gentes, empezaron a erigir pirámides, y a servirse de geroglíficos, y que desde entonces arreglaron sus años y meses en la misma forma que después los tuvieron? Todo esto fue, sin duda, posterior a la época de que se trata. Ni necesitaban los americanos ver las pirámides de Egipto para construir otras del mismo género; pues para esto bastaban los montes, verdaderos modelos de aquellas obras colosales. La forma piramidal es la que naturalmente se presenta al que quiere perpetuar su memoria en un edificio; pues no hay otra que ofrezca tanta elevación con menos dispendio, disminuyéndose la cantidad de los materiales a medida que sube la obra. Además, que las construcciones mexicanas eran totalmente diversas de las de los egipcios. Estas eran verdaderas pirámides; aquéllas se componían de tres, cuatro o más cuerpos cuadrados o cuadrilongos, de los cuales los inferiores tenían más amplitud que los superiores. Las egipcias eran huecas; las mexicanas, macizas; éstas servían de base a los santuarios; aquéllas, de sepulcro a los reyes. Los templos de los mexicanos y de los otros pueblos de Anáhuac, eran de un dibujo tan singular, que no creo que los haya habido semejantes en ninguna otra nación: así que, deben considerarse como invención original de los toltecas, o de otros pobladores más antiguos.

Mayor analogía se halla en el modo de computar el tiempo, que tenían aquellas dos naciones, aunque no debemos olvidar que se trata de los egipcios posteriores, no ya de los primeros, de quienes nada se sabe. El año egipcio era solar, y de 365 días como el de los mexicanos: los unos y los otros contaban 360 días en sus meses, añadiendo 5 días los egipcios a su mes **Mesori**, y 5 los mexicanos a su mes **Izcalli**, en lo que convenían también con los persas; pero por lo demás, había gran variedad entre unos y otros. El año egipcio constaba de 12 meses, y cada mes de 30 días: el año mexicano religioso, pues del civil y astronómico nada se sabe, se componía de 18 meses, y cada mes de 20 días.

Los egipcios, como otras muchas naciones del antiguo continente, contaban por semanas: los mexicanos por períodos de 5 días en el orden civil, y de 13 en el religioso.

Los geroglíficos eran comunes a los dos pueblos; pero ¡cuántas otras naciones no se han servido de ellos para significar de un modo misterioso los dogmas de su creencia! Y si los mexicanos aprendieron de los egipcios los geroglíficos, ¿por qué no les tomaron también el uso de las letras? Se dirá que porque éstas se inventaron después de su separación; pero ¿quién sabe si los geroglíficos se inventaron antes? El traje de los primeros egipcios habrá sido probablemente el mismo de los otros hijos y nietos de Noé: a lo menos, no hay motivo para creer lo contrario. En cuanto a las instituciones políticas de aquellos primeros hombres, nada sabemos. Los más antiguos egipcios de que hay memoria, son los que vivían en tiempo del patriarca Josef, y si queremos parangonar sus usos con los de los mexicanos, hallaremos en lugar de semejanza, la mayor diversidad. Nada de esto se dirige a probar la falsedad de la opinión de Sigüenza: únicamente a manifestar que no es una verdad indudable.

El extravagante autor de las **Investigaciones** dice que los mexicanos traen su origen de los apalachites meridionales; pero ni alega, ni puede alegar una razón que dé verosimilitud a su paradoja; y aunque fuese cierta, quedaba todavía en pie la dificultad del origen de los mismos apalachites. Es cierto que para aquel escritor no hay dificultades, pues a veces da a entender que no le desagrada el descabellado sistema del francés La Peyrere.

Por lo que hace a mi opinión, me parece conveniente reducirla a las siguientes conclusiones:

1.^a **Los americanos descienden de diversas naciones, o más bien diversas familias, dispersas después de la confusión de las lenguas.** No podrá dudar de esta verdad el que tenga alguna idea de la muchedumbre, y de la extraña diversidad de las lenguas americanas. En México he contado 35 de las conocidas hasta ahora; más numerosas son las de la América Meridional. Al principio del siglo pasado contaban los portugueses 150 en el Maranhón. Es cierto que entre algunos de estos idiomas se descubre tanta afinidad, que muy en breve se echa de ver el origen común de que emanan: tales son la eudeve, la opata, y la tarahumara en la América Septentrional; la mocobi, la toba y la abipona,

en la del mediodía; pero también hay otras muchas que difieren entre sí más que la hebrea y la ilírica. Puedo asegurar, sin riesgo de engañarme, que entre las lenguas vivas y muertas de Europa, no se hallan dos más diferentes entre sí, que lo son la mexicana, la otomí, la tarasca, la maya y la mixteca, que son las dominantes en diversas provincias de México. Así que, sería un despropósito decir que las lenguas americanas no son más que dialectos de una misma. ¿Cómo es posible que una nación altere de tal modo su idioma, o lo multiplique en tantos dialectos, y tan diferentes, que no conserven muchas voces comunes, o a lo menos alguna afinidad o traza de su origen?

¿Quién creará lo que dice el P. Acosta, atribuyendo la especie a los mexicanos, aunque sin impugnarla? Esto es, que habiendo llegado los aztecas o mexicanos, después de su larga peregrinación al reino de Michuacan, quisieron establecerse en aquel país, atraídos por su amenidad; pero no pudiendo caber en él todo el cuerpo de la nación, consintió el dios Huitzilopochtli en que algunos permaneciesen, y para ello sugirió a los otros, que mientras aquéllos se bañaban, les robasen sus vestidos, y continuasen su marcha: que los que se bañaban, viéndose privados de ropa y burlados por sus compañeros, se enojaron en tales términos, que no sólo resolvieron quedarse, sino que adoptaron otro idioma, y que de aquí proviene la lengua tarasca. Aun más increíble es la historia adoptada por Gomara y otros escritores: a saber, que de un viejo llamado **Ixtac Mixcoatl**, y de su mujer **Itancueitl**, nacieron seis hijos, cada uno de los cuales hablaba una lengua distinta. Llamábanse **Tolhua**, **Tenoch**, **Olmecatl**, **Xicallancatl**, **Mixtecal** y **Otomil**, y fueron los progenitores de otras tantas naciones, que poblaron la tierra de Anáhuac. Esta era una alegoría con que los mexicanos querían significar que todas aquellas naciones tenían un origen común; pero los escritores citados la transformaron en historia, por no haberla entendido.

2.^a Los americanos no traen su origen de ninguno de los pueblos que existen actualmente en el Antiguo Mundo: a lo menos, no hay razones para creerlo así. Esta conclusión se funda en las mismas razones que acabo de exponer; pues si los americanos descendiesen de alguno de aquellos pueblos, se hallaría alguna traza de éstos en sus lenguas, por muy antigua que fuese su separación; pero semejante traza no se ha podido descubrir, aunque muchos autores la han buscado con empeño, como puede

verse en la obra del dominicano García. He confrontado prolijamente la lengua mexicana y otras americanas con muchas vivas y muertas del antiguo continente, y no he podido hallar entre ellas la menor afinidad. La semejanza del **Teotl** mexicano con el **Theos** griego, me indujo a comparar estas lenguas; pero las he hallado diferentísimas. Este argumento es más eficaz con respecto a los americanos, por su constancia en conservar los idiomas que hablan. Los mexicanos conservan el suyo a pesar del dominio de los españoles, y el de los otomíes, que es difícilísimo, ha resistido al de los españoles y mexicanos, por espacio de dos siglos y medio.

Si los americanos provienen, como yo creo, de diversas familias esparcidas después de la confusión de las lenguas, y separadas desde entonces de las otras que poblaron el antiguo continente, en vano se fatigarán los escritores en buscar su origen en las lenguas y usos de los pueblos asiáticos. No dudo que, en virtud de lo que dicen los libros santos, habiéndose multiplicado suficientemente la posteridad de Noé, mandase Dios expresamente que se separasen las familias, y que cada una fuese a poblar el país que se le había señalado. Moisés en su cántico habla así al pueblo de Israel: “Acuérdate de los tiempos antiguos, y considera de una en una las generaciones pasadas: pregunta a tus padres, y declararán; a tus mayores, y te dirán que cuando el Altísimo dividía las gentes, cuando separaba los hijos de Adán, fijó los límites de los pueblos, según el número de los hijos de Israel;” en lo cual representa al Señor en acto de dividir las familias, y de prescribir límites a los países que debían ocupar. Los hombres que emprendieron la construcción de la torre de Babel, se decían unos a otros: “Venid, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, antes de esparcirnos por todas las tierras.” Sabían, pues, que debía llegar la época de esta dispersión, y Dios, porque con aquella temeraria empresa se oponían a sus designios acerca de la población de la tierra, confundió su lenguaje, y así les fue necesario separarse y dividirse. Es verosímil que Noé, anciano venerable, y reverenciado por todos como padre, habiendo sobrevivido trescientos cincuenta años al Diluvio, señalase a cada familia su distrito, según las instrucciones que habría recibido de Dios; porque de otro modo no hubiera podido verificarse la división sin guerras sangrientas, queriendo cada cual permanecer

en su país nativo, sin exponerse a los peligros y desastres que debían temer en regiones desconocidas. Esta opinión mía se apoya en la tradición de los chiapanecas, acerca de Votan, primer poblador de Anáhuac, de quien ya he hablado. No se debe creer, sin embargo, que la primera población de América se debe a las primeras familias que se separaron en Babel, sino a sus descendientes, pues ellas irían encaminándose poco a poco hacia aquella parte, y multiplicándose en su larga peregrinación.

¿DE DONDE Y COMO PASARON LOS POBLADORES Y LOS ANIMALES AL NUEVO MUNDO?

Este es el punto más difícil de nuestro problema, y, como en el otro, reina en él gran variedad de opiniones. Algunos atribuyen la población de América a ciertos traficantes fenicios, que llegaron allí navegando por el océano: otros se imaginan que los mismos pueblos que suponen haber pasado del continente antiguo a la isla Atlántida, pasaron de ésta fácilmente a la Florida, y de aquel vasto país se fueron esparciendo por toda la América: otros, en fin, dicen que pasaron del Asia, por el estrecho de Anián, y otros, que el tránsito se hizo de las regiones septentrionales de Europa, por no sé que brazo del mar Glacial.

El benedictino Feijoo se ofreció a proponer al mundo un nuevo sistema. ¿Y cuál era éste? Que la América estuvo unida por el norte al continente antiguo, y que por aquella unión pasaron los hombres y los animales. Pero esta opinión es tan antigua como el P. Acosta, el cual la publicó 144 años antes que Feijoo, en su **Historia Natural y Moral de las Indias**: además de que no basta a responder a las dificultades que ofrece el paso de los animales, como veremos después.

El conde de Buffon, a pesar de su gran ingenio y de su prolija exactitud, se contradice abiertamente en este punto. Supone unidos los dos continentes por la parte de la Tartaria Oriental, y afirma que por allí pasaron a América los primeros pobladores, y todas las bestias comunes a uno y otro mundo, como los bisontes, llamados en mexicano cíbolos, los lobos, los zorros, los ciervos y otros cuadrúpedos que soportan los climas fríos. Añade que no podía haber en América leones, tigres, camellos, elefantes, ni ninguna de las diez y siete especies de monos del antiguo continente; en una palabra, que ningún cuadrúpedo propio de

los climas calientes, podía ser común a ambos mundos, por servirles de barrera el frío de los países septentrionales, que debían atravesar al pasar de uno a otro. Repite sin cesar esto mismo en toda su **Historia Natural**, y con tal seguridad, que por esta sola razón destierra de América las gacelas, las cabras y los conejos. No llama cuadrúpedos propiamente americanos, sino a los que viven en los países cálidos del Nuevo Mundo, y coloca entre ellos trece o catorce especies de monos americanos, divididas por él en las dos clases de **Sapajous** y **Sagouins**. De éstas dice que no había ninguna en el antiguo continente, como ninguna de las diez y siete de éste se hallaba en aquél. ¿Cuál fue, pues, el origen de estos y otros cuadrúpedos propiamente americanos? Esta duda, que se presenta muchas veces en la obra de aquel gran filósofo, queda irresuelta hasta el penúltimo tomo de la **Historia de los Cuadrúpedos**, en que hablando como buen católico raciocina así: “No pudiendo dudarse que todos los animales fueron creados en el antiguo continente, es preciso admitir el tránsito de éste al nuevo, y suponer al mismo tiempo, que muchos animales, en lugar de degenerar, como otros, en el nuevo, se perfeccionaron y superaron su propia naturaleza, por la conveniencia del clima. El haberse hallado en el Nuevo Mundo tantos animales que no se encuentran en el Antiguo, prueba que su origen no debe atribuirse a la simple degeneración. Por grandes y eficaces que sean sus defectos, nunca se podrá creer que estas especies hayan sido originalmente las mismas que las del Mundo Antiguo. Debe creerse, pues, que los dos continentes estaban unidos o contiguos, y que las especies que se habían retirado a las regiones de América, por haber encontrado en ellas clima y producciones más convenientes a su naturaleza, se aislaron y separaron de las otras por las irrupciones del mar, que dividieron la América del Africa.” (1) De todo esto se infiere:

(1) Ruego a los lectores que confronten lo que dice aquí el conde de Buffon, sobre la antigua unión de América y Africa, con lo que escribe en el tomo XVIII hablando del león. “El león americano no puede descender del león del antiguo continente; pues no habitando éste sino entre los trópicos, y habiéndole cerrado la naturaleza, según parece, todos los caminos hacia el norte, no pudo pasar de las partes meridionales del Asia y del Africa a la América, estando separados estos continentes por mares inmensos: de donde se infiere que el león americano es un animal propio del Nuevo Mundo.”

1.º Que no hay animal propiamente americano, pues todos pasaron del continente en que fueron creados. 2.º Que el argumento fundado en la naturaleza de los animales repugnante al frío, nada prueba en contra de su tránsito al nuevo continente, pues aquellos que no podían sufrir el frío del norte, pudieron pasar por la parte del Africa. 3.º Que por donde pasaron los monos **Sapajous** y **Sagouins**, pudieron también pasar los elefantes y los camellos.

Dejando aparte otras opiniones que no merecen citarse, expondré en algunas conclusiones la mía, no ya para establecer, como he dicho, un sistema, sino para suministrar materiales a otros ingenios superiores, y para ilustrar algunos puntos de mi obra.

1.^a Los hombres y los animales pasaron del antiguo continente al nuevo. Esta verdad se funda en los libros sagrados. El mismo Moisés, que declara a Noé origen común de todos los hombres después del Diluvio, dice expresamente que en aquella inundación general de la tierra, perecieron todos los cuadrúpedos, todas las aves y todos los reptiles, excepto algunos pocos individuos que se salvaron en el arca para restablecer la especie. Las repetidas expresiones de que se vale el historiador sagrado para significar la universalidad, no permiten poner en duda que todos los cuadrúpedos, reptiles y aves que hoy existen en el mundo, descenden de aquellos que se preservaron del exterminio general; de otro modo, como ya he dicho, hubiera sido tan infructuosa como ridícula la diligencia de encerrar aquellos animales, y especialmente las aves, en el arca, y despropósito semejante al de las hijas de Lot, que cuando vieron arder las ciudades de Sodoma y Gomorra, se persuadieron que habían perecido todos los hombres, y que ellas quedaban en la tierra para perpetuar la especie humana.

2.^a Los primeros pobladores de América pudieron pasar por mar en barcos, o a pie por tierra, o sobre el hielo. 1. Pudieron pasar en barcos, o casualmente impulsados por el viento, o con expreso designio, suponiendo la existencia de un estrecho que separase un continente de otro. Así sucedió muchos siglos después con el marinero o piloto, que, según algunos escritores, dió a Colón las primeras noticias que lo movieron a emprender sus

grandes y memorables descubrimientos. (1) 2. Pudieron pasar a pie por tierra, si existía la comunicación que hemos mencionado entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. 3. Pudieron pasar por un estrecho helado. Nadie ignora cuán grandes y durables sean los hielos de los mares del norte: no es, pues, imposible que los hombres pasasen por alguna de aquellas masas sólidas, ora persiguiendo alguna fiera, ora en busca de nuevas tierras. Aquí no hablo de lo que sucedió, sino de lo que pudo suceder.

3.^a Los progenitores de las naciones que poblaron el país de Anáhuac (de que principalmente nos ocupamos), pasaron de los países septentrionales de Europa a los septentrionales de América, o más bien, de los más orientales del Asia a los más occidentales de América. Esta conclusión se funda en la tradición constante y general de aquellos pueblos, que unánimemente decían haber venido sus abuelos a Anáhuac, de los países situados al norte y al nordeste. Confirman esta tradición los restos de algunos edificios antiquísimos, construídos por aquellas naciones en su peregrinación, de que ya he hablado, y la creencia común de los pueblos septentrionales. Además de lo que he dicho sobre este punto en el libro II de la Historia, tenemos en Torquemada y Betancourt otra prueba en apoyo de aquella opinión. En un viaje que hicieron los españoles el año de 1606, desde el Nuevo México hasta el río que ellos llamaron **Tizón**, distante 600 millas de aquella provincia, hacia nordueste, encontraron algunos grandes edificios, y vieron muchos indios, que hablaban la lengua mexicana, de los que supieron que a cierta distancia de aquel río, hacia el norte, estaba el reino de Tollan, o Tolan, y gran número de poblaciones grandes, de las que salieron los que poblaron el imperio mexicano; atribuyendo a estas gentes la construcción de aquellos edificios. En efecto, todos los pueblos de Anáhuac creían que en las regiones situadas hacia el norte y el nordeste, estaban los reinos y provincias de Tolan, Teoacoluacan, Amaquemecan, Aztlan, Tehuayo, Copala, etc.: nombres

(1) Algunos autores afirman que el marinero que dió noticia a Colón de aquellos nuevos países de poniente, era andaluz; otros lo hacen vizcaíno, y otros portugués. Otros niegan totalmente el hecho. Como quiera que sea, la historia nos presenta ejemplos de buques arrebatados por los vientos a muchos grados de distancia del derrotero que seguían. Plinio cita algunos de estos casos en el lib. II, cap. 57, y en el lib. VI, cap. 22 de su *Historia Natural*.

todos mexicanos. Si llegasen a descubrirse estos países, darían grandes luces sobre la historia antigua de México. Boturini asegura que en las pinturas antiguas de los toltecas, se representaba la peregrinación de sus abuelos por el Asia, y por los países septentrionales de América, hasta su establecimiento en Tolan, y aun se ofreció a señalar en su *Historia General* el camino que siguieron; mas como no tuvo tiempo de escribir aquella obra, no puedo decir más acerca de su sistema.

Ahora bien: estando los países en que aquellas gentes se establecieron en la parte de la costa occidental de América que más se aproxima a la costa más oriental del Asia, es probable que por allí mismo pasasen de uno a otro continente, o en barcas, si entonces existía el estrecho que hoy existe, según parece por los descubrimientos de los rusos, o a pie, si no había separación, como después veremos. Las trazas que fueron dejando aquellas naciones nos conducen hasta aquel estrecho, que es probablemente el mismo que descubrieron los viajeros del siglo XVI, y a que dieron el nombre de estrecho de Anián. (1)

En cuanto a las otras naciones de América, no hallándose en ellas ninguna tradición acerca de la parte por donde pasaron sus fundadores, nada podemos decir. Quizás el tránsito general se hizo por donde pasaron los progenitores de los mexicanos, o quizás por otro punto muy distinto. Yo conjeturo que los que poblaron el mediodía, tomaron la misma dirección que los animales propios de los países calientes, y que las naciones que habitan la parte situada entre las Floridas y lo más septentrional de América, deben su origen a gentes que pasaron del septentrión de Europa. La diversidad de caracteres que se descubren entre aquellas tres clases de americanos, y la situación de los países que ocuparon, me inclinan a creer que no son del mismo origen, y que no pasaron por los mismos puntos sus fundadores; mas esto no pasa de conjeturas.

Hay otros escritores que resuelven el problema valiéndose de la Atlántida; cuya existencia, combatida por el P. Acosta, ha sido sostenida por Sigüenza, según Gemelli, y posteriormente, con mucha erudición, por el autor de las *Cartas Americanas*. Si

(1) En los mapas geográficos de América, publicados el siglo pasado, se señala el estrecho de Anián, aunque con mucha diversidad. Después se omitió, porque se creía fabuloso; pero después de los descubrimientos de los rusos, algunos geógrafos han empezado a señalarlo de nuevo.

en la descripción que Platón hace de aquella isla en su *Timeo*, no se hallaren tantas fábulas increíbles, sería de gran peso la autoridad de aquel filósofo. Dejando, pues, a otros esta disputa, vengamos al punto más difícil del problema.

4.^a **Los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo, pasaron por tierra.** Esta verdad se acredita manifestando la improbabilidad o la inverosimilitud de las opiniones contrarias. El gran Doctor de la Iglesia, S. Agustín, creyó que las fieras y los animales dañinos que están en las islas, pudieron ser llevados a ellas por el ministerio de los ángeles, como puede creerse que por estos agentes de la voluntad divina se hizo la reunión de los animales en el sitio en que se construyó el arca de Noé, no siendo posible que los hombres congregasen las fieras errantes en los bosques, y los pájaros que volaban por regiones tan diversas. Pero esta solución, que corta la dificultad del tránsito de los animales al Nuevo Mundo, no será bien recibida en el siglo presente, ni debemos hacer uso de ella, sino después de haber reconocido la inutilidad de todas las demás explicaciones que se emplean en salvar la verdad de los libros santos.

El mismo santo Doctor sugiere otras tres soluciones de la dificultad. Pudieron las fieras, dice, pasar a nado a las islas; pudieron ser transportadas por los hombres, para tener caza con que divertirse; pudieron, en fin, ser formadas de la tierra, como lo fueron al principio del mundo. Pero ninguna de estas explicaciones conviene al tránsito de las fieras al nuevo continente. En cuanto a la primera, por estrecho que se suponga el brazo de mar que separaba los dos mundos, no es creíble que se aventurasen a pasarlo a nado tantos animales, poco acostumbrados al agua. Es cierto que los jabalíes pasan nadando de Córcega a Francia; pero ¿quién puede creer lo mismo del mono, que nada con tanta dificultad, y del perico ligero, cuyos movimientos son tan penosos y pausados? Además ¿qué causa pudo inducir a los animales a dejar la tierra, y abandonarse a los peligros de otro elemento?

No es menos increíble que los hombres los llevasen en buques; especialmente si se supone que su arribo a las costas de América fue imprevisto y casual. Si el viaje hubiera sido efecto de un designio premeditado, hubieran podido transportar animales útiles o curiosos, para multiplicar sus especies, y emplearlos en sus necesidades y placeres; pero ¿de qué podían servirles los lobos, los zorros, las fuinas, los coyotes y otras bestias, que

en lugar de utilidad sólo dan molestia y daño? ¿Para la caza? Pero ¿no podían gozar de la misma recreación, sacando de ella productos útiles con las liebres, los conejos, las cabras monteses, los venados, los ciervos y otros cuadrúpedos menos feroces? Supongamos, en fin, que los primeros pobladores de América fueron tan insensatos que quisieron transportar fieras para divertirse en cazarlas: ¿sería tanta su insensatez que se tomasen el trabajo de conducir innumerables especies de culebras para tener después el gusto de destruirlas?

La tercera solución, esto es, que Dios creó animales en América como los había creado en Asia, sería sin duda una respuesta perentoria, si no se opusiese directamente a los libros sagrados. Si Dios había resuelto hacer esta segunda creación, ¿por qué mandó a Noé que guardase en el arca cierto número de individuos de cuadrúpedos, de reptiles y de pájaros, para que no pereciesen sus especies? *Ut salvetur semen super faciem universae terrae.* (Esto es: **para que se conserve su casta o especie sobre la faz de toda la tierra**). Si este texto sólo se entiende de los animales del antiguo continente, y no de los del nuevo, lo mismo podrá aplicarse al otro en que se dice que de los tres hijos de Noé se propagó todo el género humano. *Ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.* (Esto es: **de esos se propagó todo el género humano sobre toda la tierra**). Yo a lo menos no encuentro distinción entre el *super faciem universae terrae* del primero, y el *super universam terram* del segundo.

Queda otra objeción al tránsito de las bestias, que es la misma que hemos indicado hablando del de los hombres. Es fácil imaginarse que aquéllas pasaron sobre el hielo; pero ¿quién puede persuadirse que muchas especies de animales voracísimos se dirigiesen a unas regiones privadas de todo lo que podría servirles de sustento, y que otros, a cuya naturaleza es repugnante el frío, emprendiesen en medio del invierno su marcha para los países en que éste ejerce con más severidad sus rigores?

No siendo, pues, probable que los animales del Nuevo Mundo pasasen a nado, ni por hielo, ni que fuesen transportados por los hombres, ni por los ángeles, ni creados nuevamente por Dios, debemos creer que tanto los cuadrúpedos como los reptiles que se hallaron en América, pasaron por tierra, y que los dos continentes estaban unidos. Tal ha sido la opinión de Acosta, de Buffon, de Grocio y de otros grandes hombres. Estoy lejos de

adoptar el sistema del conde de Buffon en toda su extensión. Nunca podrá persuadirme este filósofo, con toda su elocuencia y erudición, que todo lo que es ahora tierra ha sido en otro tiempo lecho de mar. Jamás creeré que el antiguo continente, y lo mismo digo del nuevo, padeciese una inundación general, distinta del Diluvio, y más durable que él. Todos los argumentos de aquel naturalista, no bastan a sostener una opinión que parece poco conforme a los libros santos, en los cuales se da a entender que una parte del Asia, a lo menos, estuvo poblada desde la creación de los primeros hombres hasta el Diluvio Universal, y desde que la tierra se enjugó hasta algunos años después de la muerte del Redentor. En la serie de cuarenta siglos o más, comprendidos en la relación de los libros bíblicos, no se halla un hueco, digámoslo así, en qué poder colocar la supuesta catástrofe. Contrayéndome al nuevo continente, no hallo razón alguna para creer que lo sumergiese una inundación distinta de la del tiempo de Noé, como espero demostrarlo en la tercera disertación.

Pero no hay duda que después del Diluvio, nuestro planeta ha experimentado grandísimas vicisitudes. Las historias antiguas y modernas confirman esta verdad, que Ovidio cantó en nombre del filósofo Pitágoras:

Vidi ego quod fuerat quondam solidissima telus,
Esse fretum: vidi factas ex oequore terras.

Hoy se aran tierras sobre las cuales se navegaba antes, y por el contrario, se navega por donde antes se araba. Los terremotos han hundido las unas, y las otras han salido del seno del mar, a impulso de los fuegos subterráneos. (1) El fango de los ríos ha dado origen a nuevos terrenos; el mar, retirándose de algunas costas, ha ensanchado por aquella parte los continentes, mientras por otras ha usurpado sus dominios, separando en otras su unión, y formando nuevos estrechos y senos. Los siglos pasados ofrecen ejemplos de estas revoluciones. La Sicilia estaba unida al continente de Italia, como la Eubea (hoy Negroponto) lo estaba a Beocia. Diódoro, Estrabón y otros autores antiguos dicen lo mismo de España y Africa, y afirman que de resultas

(1) *Nascuntur et alio modo terrae, et repente in aliquo mare emergunt, veluti paria secum faciente natura quaeque hauserit hiatus, alio loco reddente.*—Plin. Hist. Nat.

de una violenta irrupción del océano, se rompió la comunicación entre los montes Abila y Calpe, y se formó el Mediterráneo. Los habitantes de Ceylán creen, en virtud de una tradición antigua, que aquella isla fue separada por una convulsión semejante de la península Indica. Otro tanto creen algunos pueblos orientales de las Maldivias y de Sumatra. "Es cierto, dice el conde de Buffon, que en Ceylán la tierra ha perdido treinta o cuarenta leguas que le ha usurpado el mar, mientras en Tongres, pueblo de los Países Bajos, el mar ha cedido casi otro tanto a la tierra. La parte septentrional de Egipto debe su existencia al Nilo. (1) La tierra que este río trae de los países mediterráneos del Africa, y ha depositado en sus inundaciones, ha formado un suelo de más de veinticinco brazas de profundidad. Del mismo modo la provincia del Río Amarillo en la China, y la de la Luisiana, no se han formado sino con fango de los ríos." Plinio, Séneca, Diódoro y Estrabón, citan innumerables ejemplos de estas revoluciones (2), que omito por evitar la prolijidad, como también otras muchas de los tiempos modernos, de que hablan el mismo Buffon en su **Teoría de la Tierra**, y otros escritores. En América, todos los que hayan observado con ojos filosóficos la península de Yucatán, no dudarán que su terreno ha sido lecho de mar en otro tiempo; y por el contrario, en el canal de Bahama se descubren indicios de haber estado unida la isla de Cuba al continente de la Florida. En el estrecho que separa la América del Asia se ven muchas islas, que probablemente serían las cimas de las montañas de algún espacio de tierra, sumergido por la violencia de un terremoto: lo que hace más verosímil la multitud de volca-

(1) Faro o Farión, isla de Egipto, que según Homero, en la **Odisea**, distaba un día y una noche de navegación del continente, apenas en tiempo de Cleopatra distaba siete estadios, longitud del puente que por orden de aquella reina hicieron los rodios. Herodoto, Aristóteles, Séneca, Plinio y otros escritores, hablan de esta importante revolución del terreno de Egipto.

(2) Véase lo que dicen Plinio en el lib. II de su **Historia**, y Séneca en el VI de sus **Cuestiones**. Plinio cuenta nueve islas formadas por la elevación del fondo del mar, que eran Rodas, Delos, Anafe, Nea, Aloua, Jera, Tera, Terasia y en sus tiempos, Tia. Entre las otras, formadas por terremotos, cita a Sicilia, que dista 12 millas de Italia; a Chipre separada de la Siria; a Eubea de la Beocia; a Atalanta y Nacris de la Eubea; a Berbisco de la Bitinia; a Leucosia del promontorio de las Sirenas. Entre las tierras sumergidas hace mención de la isla Cea, en que se anegaron 30 millas de terreno, con inmenso extrago de habitantes.

nes de la península de Kamschatká. Es, por consiguiente, probable que la separación de los dos continentes haya sido efecto de aquellos espantosos terremotos de que hacen mención los historiadores americanos, y que en aquellos pueblos forman una época casi tan memorable como la del Diluvio. Los toltecas lo colocan en el año I Tecpatl; pero ignorando el siglo de que se trata, no nos es dado referirlo a nuestra cronología. Si se hundiese el istmo de Suez, por efecto de algún gran trastorno físico, y ocurriese esto en una época en que hubiese tanta escasez de historiadores como en los primeros siglos después del Diluvio, al cabo de 300 años se dudaría si el Asia estuvo unida por aquella parte con el Africa, y no faltarían personas que lo negasen redondamente.

5.^a **Los cuadrúpedos y reptiles de América, pasaron por diversas partes, de un continente a otro.** Entre los animales americanos hay algunos que no pueden soportar el frío, como los cocodrilos y los monos; hay otros, por el contrario, naturalmente inclinados a vivir en el hielo, como las marmotas, los rengíferos y los glotones. Ni éstos pudieron pasar al continente americano por la zona tórrida, ni aquéllos por la fría; pues sería necesario violentar su índole, y morirían indudablemente en el camino. Los monos que se ven en las provincias mexicanas, provienen de la América Meridional. (1) El centro de su población está situado bajo la línea equinoccial, y entre ésta y los 14° y 15° de latitud: a proporción que se alejan del ecuador, se va disminuyendo su número, y más allá de los trópicos sólo se encuentran en algunos países en que las circunstancias locales producen un calor igual al que se experimenta bajo la línea: ¿quién, pues, podría creer que estos animales se encaminasen al Nuevo Mundo por el áspero clima del norte? Se dirá que no es inverosímil que los hombres los llevasen consigo, para divertirse con sus ridículos ademanes y remedos; pero además de que lo que decimos de los monos, se puede aplicar a otros muchos animales que no tienen la menor

(1) D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, indio muy instruido en las antigüedades de su nación, dice en la **Historia Universal de la Nueva España**, que no había monos en la tierra de Anáhuac, y que los primeros que allí se vieron, vinieron del mediodía, después de la época de los grandes vientos. Los tlaxcaltecas, desfigurando con fábulas aquel suceso, decían que la especie humana fue destruida por el viento, y que los pocos hombres que sobrevivieron fueron transformados en monos.

cualidad apreciable, sino muchas temibles y odiosas, ¿es creíble que los hombres se tomasen el trabajo de llevar individuos de cada una de las numerosas especies de monos que se ven en América, entre las cuales hay algunas que lejos de ser graciosas, son de un aspecto disforme, y de una índole feroz, como los llamados **zambos**? Y en caso de que se hubiesen resuelto a llevar dos individuos a lo menos de cada especie, éstos ciertamente no hubieran podido pasar ni por los mares, ni por las tierras del norte, por muchas precauciones que se hubiesen adoptado para preservarlos del frío. Era, pues, necesario transportarlos de los países cálidos del antiguo continente, a los países cálidos del nuevo, por unos mares cuya temperatura fuese análoga al país natural de aquellos cuadrúpedos: esto es, o del mediodía del Asia al mediodía de América, por los mares Indico o Pacífico, o del occidente de Africa al oriente de América, por el Océano Atlántico. El transporte de los animales no puede hacerse sino por alguno de aquellos mares. Pero esta navegación ¿fue casual, o intentada a propósito? Si casual, ¿a qué fin llevaban consigo los hombres aquel extraño cargamento? Si tenían el proyecto de pasar a aquellos países que les eran desconocidos, ¿quién les dió noticia de ellos? ¿quién les indicó su situación? ¿quién les enseñó el camino? ¿cómo se arriesgaron a surcar sin el auxilio de la brújula aquellos mares vastísimos? ¿de qué buques se sirvieron para tan larga y arriesgada navegación? Si estos buques llegaron felizmente, ¿es posible que no haya quedado entre los americanos el menor recuerdo de su construcción?

Añádase a lo dicho la abundancia de cocodrilos en la zona tórrida del Nuevo Mundo, animales que exigen un clima caliente o templado, y que viven alternativamente en la tierra y en el agua dulce. ¿Por dónde pasaron éstos? No por el norte, cuyo frío es contrario a su naturaleza; ni transportados por los hombres, que seguramente no podían tener el absurdo capricho de introducir en las tierras que iban a poblar, unas bestias tan perjudiciales y destructoras. Tampoco puede decirse que hicieron al viaje a nado, alejándose por las aguas saladas del océano a cerca de dos mil millas de los ríos o lagos en que nacieron, y en que gozaban de la compañía de los otros individuos de su especie.

No queda otro arbitrio sino el de admitir la antigua unión de los países equinocciales de América con los de Africa, y la continuación de los países septentrionales de América hasta los

de Europa y Asia: ésta, para el tránsito de las bestias propias de los países fríos, y aquélla para el de los cuadrúpedos y reptiles de los cálidos. Por todo lo que he dicho hasta ahora, me persuado que hubo en épocas remotas una gran extensión de tierra, que unía la parte más oriental del Brasil con lo más occidental de Africa, la cual desapareció quizás, de resultas de algún gran terremoto, quedando sólo algunos restos en las islas del Cabo Verde, de Fernando de Noroña, de la Ascensión, de San Mateo y otras, y en los muchos bancos reconocidos por los navegantes, y particularmente por Mr. Buache, que sondeó todos aquellos parajes con la mayor diligencia. (1) Estas islas y bancos habrán sido verosímilmente la parte más alta de aquel continente hundido. Del mismo modo creo que la parte más occidental de América estuvo unida con la más oriental de Tartaria, y quizás no sería imposible que existiese otra unión, por la Groenlandia, entre América y el norte de Europa.

El sumo respeto que se debe a los libros santos, me obliga a creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo descenden de aquellos individuos que se salvaron del Diluvio Universal en el arca de Noé, y las razones alegadas hasta ahora, y otras que omito por evitar fastidio a mis lectores, me persuaden que su tránsito se hizo por tierra, y por diversas partes del nuevo continente. Todos los otros sistemas están sujetos a gravísimas dificultades: en el que propongo hay algunas; pero no son insuperables. La principal consiste en la aparente inverosimilitud de un terreno capaz de sumergir un espacio de tierra de más de 1,500 millas, que era el que, en mi hipótesis, unía el Africa con la América, sepultándolo hasta la profundidad que se observa en algunos puntos de aquellos mares. Pero además de que yo no atribuyo tan estupenda revolución a un solo terremoto, habiendo en las entrañas de la tierra tantas masas de materias combustibles, la inflamación de las unas podría comunicarse rápidamente a las otras, (del mismo modo que Gasendi explica la formación del rayo) y la violenta rarefacción del aire contenido en aquellas minas naturales, podría en un momento sacudir, agitar y precipitar al seno del océano un continente de dos o tres mil millas

(1) Mr. Buache presentó el año de 1737 a la Academia Real de Ciencias de París, el mapa hidrográfico de aquellos mares, hecho según sus observaciones. La Academia lo examinó y aprobó. El autor de las *Cartas Americanas* copia en pequeño aquel mapa, en el tomo II de su obra.

de extensión. Esto no es imposible, ni inverosímil, ni carece de ejemplos en la historia. El terremoto que se sintió en el Canadá en 1663, aniquiló una cadena de montes de roca, que tenía 300 millas de largo, quedando convertido todo aquel espacio en una vasta llanura. ¿Cuán terrible no habrá sido la convulsión ocasionada por aquellos extraordinarios y memorables temblores de tierra, de que hacen mención las historias antiguas americanas, y con los cuales creían aquellos pueblos que se había destruído el mundo?

También puede oponerse a mi sistema que si los animales pasaron por tierra de uno a otro continente, no es fácil adivinar por qué razón pasaron algunas especies, sin quedar un solo individuo de ellas en el continente antiguo, y por el contrario, quedaron en éste especies enteras, sin que pasase al otro un solo individuo de ellas. Por ejemplo, ¿por qué pasaron las 14 especies de monos que hoy se encuentran en América, y no las 17 que el conde de Buffon cuenta en Asia y en Africa, siendo todas de un mismo clima, y teniendo la misma facilidad de hacer el viaje? ¿Por qué pasó el lentísimo perico ligero, y no la veloz gacela? Si de la Armenia, donde se detuvo el arca de Noé, se encaminaron los animales hacia la América, debieron hacer un viaje de 6,000 millas las especies destinadas a los países equinocciales de aquella parte del mundo, pasando de Armenia a Egipto por la Siria y la Mesopotamia; de Egipto por el Asia Central, al supuesto espacio de tierra que unía los dos continentes, y finalmente al Brasil. Con respecto a muchos cuadrúpedos, este viaje no ofrece dificultad, concediéndoles un espacio de 10, 20 o 40 años; pero el perico ligero no se puede concebir que lo ejecutase en 6 siglos, caminando sin cesar. Si damos fe al conde de Buffon, aquel animal no puede andar en una hora más que una toesa, o 6 pies reales de París; de modo que para 6,000 millas, necesitaba 680 años, y mucho más, si creemos lo que dicen Maffei, Herrera y Pisón, a saber: que aquel infeliz cuadrúpedo apenas puede andar en 15 días un tiro de piedra.

Estas son las objeciones que presenta mi opinión: y algunas de ellas tienen todavía mayor fuerza contra todos los sistemas que he citado, excepto el que echa mano de los ángeles, para cortar la dificultad. Si los hombres fueron los que transportaron las bestias, ¿por qué en lugar de lobos y zorros no llevaron caballos, toros, ovejas y cabras? ¿Por qué no dejaron un solo indi-

viduo de muchas especies en el continente antiguo? Si los animales pasaron a nado, a la dificultad del viaje marítimo se añade la del terrestre. Si todos, aun los de la América Meridional, pasaron por el norte, en lugar de 6,000 millas tendremos 15,000, que el perico ligero no pudo atravesar en menos de 1740 años.

Respondiendo, pues, a las mencionadas objeciones, diré: 1.º Que no siendo hasta ahora conocidos todos los cuadrúpedos de la tierra, no podemos saber cuáles son los que faltan en uno y en otro continente. El conde de Buffon cuenta 200 especies; Mr. Valmont de Bomare, que escribió algún tiempo después, cuenta 205; pero lo cierto es que nadie es capaz de numerarlas todas, pues nada se sabe de las de algunas regiones interiores del Africa, de una gran parte de la Tartaria, del país de las Amazonas, de la Luisiana septentrional, de los países situados al norte del río Colorado, del país de los apaches, de las islas de Salomón, de la Nueva Holanda, etc.: regiones que ocupan una vasta porción de la superficie de nuestro globo. Ni es de extrañar que no se tenga noticia de los animales que habitan los países desconocidos, cuando de los que residen en países conocidos y habitados 260 años por los europeos, no tienen los zoologistas los datos necesarios para escribir su historia. El conde de Buffon, con poseer tan vastos conocimientos sobre esta parte importante de las ciencias naturales, omite algunos cuadrúpedos de México, y hablando de otros, comete los graves errores de que hablaré en otra disertación.

Contrayéndome a los animales de que ciertamente carecían las tierras de América, como el elefante, el camello y el caballo, no faltan razones para explicar su falta. Puede ser que en efecto pasasen al Nuevo Mundo, y que pudiesen exterminados por las fieras o por alguna epidemia peculiar a sus especies; también puede ser que nunca pasasen. Algunos, como el elefante y el rinoceronte, cuya multiplicación es lenta, permanecieron quizás en los países meridionales de Asia y Africa, hallando un clima conveniente a su naturaleza, buenos pastos y un grande espacio de tierra en que poder vivir con holgura; por lo que no necesitarían salir de sus regiones primitivas, para vivir según sus inclinaciones y apetitos. Es cierto que, según algunos autores, los grandes huesos que se han encontrado en las márgenes del Ohio y en otros puntos de América, pertenecen a elefantes, de lo que se inferiría su antigua existencia en aquel continente; pero,

en general, los zoologistas no están de acuerdo sobre este punto, y por consiguiente, no se puede deducir ningún argumento sólido contra mi hipótesis. (1) Por fin, pudo ser también que muchas bestias no pasasen al Nuevo Mundo, por habérselo impedido los hombres. Yo no dudo que después de haber salido del arca la familia de Noé, retuvo en su poder las vacas, las ovejas y las cabras, formando rebaños para satisfacer sus necesidades; como habían hecho sus antepasados, en virtud del permiso que Dios había concedido después del Diluvio. A medida que se fueron propagando los hombres, se fueron igualmente aumentando sus posesiones en Armenia, Caldea, Siria, Persia y Egipto; a cuyas regiones quedaron verosímilmente confinados en aquellos primeros tiempos los rebaños, bajo el cuidado de los primogénitos de las familias. Entre tanto, los cuadrúpedos que habían conservado su libertad, huyeron de los hombres, y se dirigieron a los países despoblados, y algunos de ellos, buscando el clima y el pasto convenientes a su naturaleza, pudieron encaminarse hacia el Nuevo Mundo. Después, algunas familias destinadas a poblar otros países, previendo su separación, y queriendo dejar a la posteridad un monumento de su magnificencia, emprendieron la construcción de la ciudad y la torre que se llamó de Babel. Dios confundió sus idiomas para obligarlas a ir a sus destinos, y ellas, cediendo a la voluntad del Eterno, y al castigo que las amenazaba, se pusieron en marcha por diversos caminos. Los progenitores de los que debían poblar la América, o no condujeron consigo rebaños, porque no pudieron adquirirlos, o habiéndolos sacado de Caldea, los consumieron en su larga peregrinación. Lo cierto es que ninguno de los animales que estuvieron en los primeros siglos bajo el cuidado especial de los hombres del Mundo Antiguo, se encontró en el Nuevo: lo que parece ser claro indicio de que los que pasaron lo hicieron por su propio instinto, y no por ministerio de los hombres. Lo que digo de las vacas, de las ovejas y de las cabras, se puede aplicar a los asnos y a los caballos, animales que sin duda alguna fueron redu-

(1) Muller dice que los huesos de que se trata, eran de unos grandísimos cuadrúpedos llamados **manmut**. El conde de Buffon, fijándose quizás demasiado en los datos de aquel escritor, calculó que el **manmut** era seis veces mayor que el elefante. Otros dicen que son huesos de hipopótamo, otros de bestias marinas, otros, finalmente, de animales desconocidos, y cuyas especies se han extinguido de un todo.

cidos a esclavitud, inmediatamente después del Diluvio. Como quiera que sea, el argumento sacado del tránsito de unas bestias y no de otras, nada prueba contra mi sistema.

En cuanto al cálculo indicado del tiempo que necesitaba el perico ligero para pasar de la Armenia al Brasil, no hallo en él ningún inconveniente. Aunque necesitase 1,000 años, pudo en fin llegar, si los dos continentes estuvieron unidos todo aquel tiempo: suposición que no repugna ni a la razón ni a la historia. Pero tampoco se debe admitir ciegamente el cálculo en que la objeción se funda. El mismo conde de Buffon dice que los escritores han exagerado la lentitud de aquel animal, y Mr. d'Aubenton asegura que no es tan lento como la tortuga. Además de que, no siendo un animal dañoso, sino antes bien digno de compasión, pudieron ayudarlo los hombres, llevándolo de un país a otro.

Tal es mi opinión acerca de la población de América. Sométola al juicio de los hombres sabios y cristianos: no empero al de los filósofos incrédulos y caprichosos, que ni respetan la autoridad divina, ni se curan de las tradiciones humanas, ni hacen caso de los dictados de la razón.



DISERTACION II

PRINCIPALES EPOCAS DE LA HISTORIA DE MEXICO

La extraña variedad que se nota en los autores, acerca de la cronología de la historia de México, me obliga a examinar prolijamente las épocas de sus principales sucesos. Para hacerlo en el cuerpo de la Historia, hubiera sido necesario interrumpir el hilo de la narración con disputas espinosas. En las notas no podía hacerse sin darles demasiada extensión. La variedad de las opiniones de los escritores, nace de no haber podido ajustar los años mexicanos a los nuestros. Yo he trabajado con gran esmero en averiguar la verdad, y en parte me parece haberlo conseguido; como haré ver en la presente Disertación, que sin duda parecerá enojosa a los que miran con poco interés la ilustración de las cuestiones cronológicas.

SOBRE LA EPOCA DE LA LLEGADA DE LOS TOLTECAS Y OTRAS NACIONES AL PAIS DE ANAHUAC

No hablamos ahora de los primeros pobladores, sino de las naciones que figuran en mi Historia, sobre las cuales están discordes los autores, acerca del orden de su llegada. Los chichimecas, por ejemplo: que según Acosta, Gomara, y Sigüenza, fueron los primeros, según Torquemada fueron los terceros, y según Boturini los cuartos. No es menor su discordancia acerca del tiempo de la llegada de cada nación, como haré ver después.

Nadie duda que los toltecas fueron antiquísimos. De las mismas historias de los chichimecas se infiere que éstos no llegaron al país de Anáhuac, sino después de la ruina de aquéllos, cuyos edificios vieron en su viaje, y cuyos restos encontraron en las orillas del lago mexicano, y en otros puntos. En esto convienen Torquemada, Betancourt y Boturini; Herrera, Acosta y Gomara, no hacen mención de los toltecas, quizás porque los autores

antiguos de que se sirvieron, omitieron las noticias de aquella nación, siendo en su tiempo obscuras y escasas.

Acerca del tiempo de su llegada, Torquemada dice en el libro III de su **Historia**, que ocurrió en el año 700 de la era vulgar; pero de lo que escribe en el libro I se deduce que debió ser en el 648. Boturini cree que fue un siglo antes, pues dice que Ixtlilcuechahuac, rey segundo de Tula, reinaba por los años de 660. Por sus pinturas sabemos que salieron de Huehuetlapallan el año I Tecpatl; que después de haber peregrinado 104 años, se establecieron primero en Tollantzinco, y luego en Tula, y que su monarquía, que empezó el año VII Acatl, duró 384 años. Después de haber confrontado estas épocas de los toltecas con las de los chichimecas sus sucesores, me he convencido de que su salida de Huehuetlapallan ocurrió el año 544, y su monarquía empezó en el de 667. El que quiera continuar retrocediendo hasta aquel tiempo, por la serie de años mexicanos comparados con los de la era cristiana, como la he expuesto al fin del tomo I, hallará que el año 544 de ésta, correspondía al I Tecpatl, y el año 667 al VII Acatl. No hay motivo para anticipar estas épocas, ni pueden posponerse sin trastornar algunas de las naciones posteriores. Ahora bien, si la monarquía empezó en 667, y duró 384 años, debe fijarse su fin y la destrucción de los toltecas, en el año 1051 de nuestra era.

Entre la ruina de los toltecas y la llegada de los chichimecas, no pone Torquemada más de 9 años; mas esto no puede ser, porque según el mismo autor, los segundos encontraron arruinados los edificios de los primeros, lo que no pudo verificarse en tan poco tiempo. Además, no puede fijarse en aquel siglo el principio de la monarquía chichimeca, sin aumentar el número de sus reyes, o sin prolongar excesivamente su vida, como hace Torquemada. ¿Quién será capaz de creer que Xolotl reinase 113 años, y viviese 200? ¿Que Nopaltzin, su hijo, viviese 170; Techotlalla, su tercer nieto, reinase 104, y Tezozomoc, su descendiente, ocupase el trono de Azcapozalco 160 o 180 años? Es cierto que un hombre de complexión robusta, ayudado por la sobriedad y por el influjo de un clima benigno, como el de México, podía llegar a tan avanzada edad; y no son raros en la historia de aquellos países los ejemplos de hombres que han prolongado su existencia más allá del término ordinario. Calmecahua, uno de los capitanes tlaxcaltecas que ayudaron a los españoles en la conquis-

ta de México, vivió 130 años: el jesuíta Pedro Nieto murió en 1630, a la edad de 132: Diego Ordóñez, franciscano, murió en Sombrerete, de 117 años, predicando hasta el último mes de su vida. (1) Pudiera hacerse un largo catálogo de aquellos que, tanto en los dos siglos pasados, como en nuestros días, han pasado en aquellos países de la edad centenaria. Entre los indios, particularmente, no son raros los que llegan a 90 y a 100 años, conservando hasta la extrema vejez los cabellos negros, la dentadura entera y la vista firme; pero habiendo sido tan pocos los que desde el siglo XXIII del mundo han prolongado la vida hasta los 150 años, que se miran como otros tantos fenómenos, no podemos convenir con la extravagante cronología de Torquemada, que quizás se apoyaría en alguna pintura o escrito de los texcocanos; especialmente cuando él mismo confiesa que aquellas naciones no fueron muy exactas en el cómputo de los años. Por tanto, no dudo que la llegada de los chichimecas a Anáhuac se verificó en el siglo XII, y probablemente hacia el año de 1170.

Apenas habían pasado ocho años, desde que Xolotl, primer rey chichimeca, se había establecido en Tenayuca, cuando llegaron nuevas gentes, conducidas, como he dicho en la Historia, por seis caudillos. Estas eran, en mi opinión, las seis tribus de xochimilcas, tepanecas, colhuas, chalqueses, tlahuicas y tlaxcaltecas, que se separaron de los mexicanos en Chicomoztoc, y que llegaron unas después de otras al valle, en el mismo orden en que acabo de nombrarlas. Lo cierto es que cuando llegaron, pocos años después, los acolhuas, hallaron fundada por los tepanecas la ciudad de Azcapozalco, y por los colhuas la de Colhuacan. Además, se sabe que aquellas tribus llegaron después de los chichimecas; de que se infiere que su llegada fue en el intervalo que medió entre la de éstos y la de los acolhuas. Ahora bien: no hay memoria de otras gentes venidas por aquel tiempo al Anáhuac, sino las conducidas por los mencionados seis jefes; luego, éstas fueron las seis tribus de nahuatlacas, que he citado con sus respectivos nombres. El P. Acosta las coloca tres siglos antes, pues dice que llegaron a orillas del lago el año de 902, después de una peregrinación de ochenta años; mas este cálculo no está de acuerdo con la historia, de la que consta que cuando Xolotl

(1) Diego Ordóñez vivió en su orden 104 años, y en el sacerdocio 95. En su último sermón se despidió del pueblo de Sombrerete con aquellas palabras de S. Pablo: *Bonum certamen certavi, cursum consumavi etc.*

vino al valle con su colonia de chichimecas, halló despobladas las orillas del lago, y la llegada de esta colonia no pudo verificarse antes de la mitad del siglo XII, como he dicho más arriba.

Ignórase la época de la llegada de los acolhuas; pero yo no dudo que fuese hacia fines del mismo siglo, porque aquellos pueblos llegaron pocos años después de las seis tribus, y por otra parte, consta de la historia que Xolotl sobrevivió algunos al establecimiento de éstas.

La última nación o tribu que se dejó ver en Anáhuac fue la de los mexicanos. En todos los autores que he consultado no he hallado uno que sea de opinión contraria sino Betancourt, el cual da el último lugar a los otomíes. El P. Acosta fija la llegada de los mexicanos a las orillas del lago en el año de 1208, porque coloca aquel suceso 306 años antes de la llegada de las seis tribus nahuatlacas, que, según su cómputo, se verificó en 902. Torquemada, según el cálculo hecho por Betancourt sobre los datos en que se funda, pone la llegada de los mexicanos a Chapoltepec en el año 1260. Una historia mexicana anónima, citada por Boturini, pone la venida de aquella tribu a Tula en 1196, y en esta época parece que están de acuerdo algunos historiadores indios. Esta cronología, además, concuerda perfectamente con todas las otras épocas; por lo que yo la adopto, como la más probable y casi cierta. Supuestos estos principios, digo que los mexicanos llegaron a Tzompanco el año de 1216, y a Chapoltepec el de 1245: porque se sabe que se detuvieron en Tula nueve años; en Tepexic y en otros puntos antes de llegar a Tzompanco, once; en Tzompanco, siete, y en otros lugares antes de Chapoltepec, veintidós. Después de haber estado allí diez y siete años, pasaron a Aculco en 1262; detuviéronse cincuenta y dos años, y fueron conducidos esclavos a Colhuacan en 1314.

En cuanto a los otomíes, también hay gran variedad de opiniones. Unos los confunden con los chichimecas, como Acosta, Gomara, y la mayor parte de los escritores españoles. Torquemada en unas partes hace lo mismo, y en otras los separa. Betancourt, después de haber copiado la narración de Torquemada, en todo lo relativo a los toltecas, a los chichimecas y a las otras naciones, dice, hablando del reinado de Chimalpopoca, tercer rey de México, que en su tiempo llegaron los otomíes al Anáhuac, y se establecieron principalmente en Xaltocan. No debe echarse en olvido esta anécdota de Betancourt, que sin duda

tomaría de los escritos de Sigüenza, pues no suele separarse de Torquemada, sino cuando abraza las opiniones de aquel docto mexicano; pero se engaña en la cronología, pues fija la llegada de los otomíes en el año VI Tecpatl, que creyó correspondiente al 1381: no es así; pues como se ve en mi tabla cronológica, el año de 1381 fue el VI Calli, y no reinaba entonces Chimalpopoca, sino Acamapitzin, como haré ver después. Si la llegada de los otomíes al valle mexicano (no al país de Anáhuac, en que estaban establecidos muchos siglos antes), ocurrió en el año VI Tecpatl, y bajo el reinado de Chimalpopoca, debió ser en 1420. El no hacerse mención de los otomíes antes de esta época, y el ser menos civilizados que las otras naciones, cuando llegaron los españoles, los cuales los encontraron esparcidos en varias provincias, aislados y rodeados de pueblos de diferentes idiomas, nos hace creer que en la época que hemos indicado empezaron a vivir en sociedad, bajo el dominio de los tepanecas, y después bajo el de los mexicanos y tlaxcaltecas. Yo conjeturo que habiendo encontrado el país ocupado por las otras naciones, no pudieron establecerse en uno solo, aunque la gran masa de la nación otomí pobló el terreno que está al norte y al nordeste de la capital, como más próximo a los montes en que antes vivían esparcidos, a guisa de fieras.

La causa de haber sido los otomíes confundidos por muchos españoles con los chichimecas, se halla en la misma historia. Cuando los antiguos chichimecas fueron civilizados por los toltecas y los nahuatlacas, muchas familias de aquella nación se abandonaron a la vida salvaje en el país de los otomíes, prefiriendo el ejercicio de la caza a los trabajos de la agricultura. Estos fueron los que conservaron el nombre de chichimecas, y los otros empezaron a llamarse acolhuas, honrándose con el nombre de la nación que se estimaba la primera en el orden de la civilización. De los otomíes, los que se civilizaron, conservaron su antiguo nombre, con el cual son conocidos en la historia; pero los otros, que, esparcidos en los bosques, y mezclados con los chichimecas, no quisieron renunciar a su bárbara libertad, fueron llamados chichimecas por muchos que adoptaron, para las dos naciones, el nombre de la que tenía más celebridad. Por esto algunos escritores, hablando de aquellos bárbaros que por más de un siglo después de la Conquista molestaron a los españoles, distinguen los chichimecas mexicanos, de los chichimecas otomíes, porque

los unos hablaban la lengua otomí, y los otros la mexicana, según la nación a que debían su origen.

De todo lo que llevo dicho se puede inferir, con mucha verosimilitud, en cuanto lo permiten cuestiones tan obscuras, que el orden y el tiempo de la llegada de aquellas naciones al país de Anáhuac, fue el siguiente:

Los toltecas el año de.....	648
Los chichimecas hacia el de.....	1170
Los primeros nahuatlacas, hacia el de.....	1178
Los acolhuas a fines del siglo XII.	
Los mexicanos llegaron a Tula en.....	1196
A Tzompanco en	1216
A Chapoltepec en.....	1245
Los otomíes llegaron al valle de México, y empezaron a civilizarse en.....	1420

Sé que los tepanecas ponderan tanto la antigüedad de Azcapotzalco, que, según Torquemada, contaban 1561 años desde su fundación hasta el principio del siglo XVII: es decir, que la creían fundada inmediatamente después de la muerte de nuestro Redentor; pero consta lo contrario de la historia de las otras naciones, las cuales hacen a los tepanecas poco más antiguos que los mexicanos en Anáhuac. Acredita lo mismo la serie de los señores de Azcapotzalco, cuyos retratos se han conservado hasta tiempos muy modernos en un antiguo edificio de aquella ciudad. Ellos no contaban más de diez señores, desde la fundación del estado hasta su memorable ruina, ocasionada por los ejércitos unidos de los mexicanos y de los acolhuas en 1425; de modo que sería necesario dar a cada señor ciento y cuarenta años de gobierno para llenar aquella suma.

Los totonacas, por su parte, se creían más antiguos que los chichimecas, pues la jactancia de un origen remoto es flaqueza común a todas las naciones. Contaban, pues, que habiéndose establecido por algún tiempo a las orillas del lago de Tezcoco, pasaron de allí a poblar las montañas, a que dieron el nombre de **Totonacapan**; que allí fueron regidos por diez señores, cada uno de los cuales gobernó ochenta años, ni más ni menos, hasta que habiendo llegado los chichimecas al Anáhuac, en el reinado de Xatoncan, señor de la nación totonaca, la sometieron a su dominio, y después los mexicanos al suyo. Torquemada, que refiere esta tradición en el libro III de su **Monarquía Indiana**, dice que

es cierta, y comprobada por historias auténticas y dignas de fe; pero por más que diga, no se sabe, ni se puede saber el tiempo de la llegada de aquella nación al Anáhuac, y en cuanto a los diez señores, que reinaron cada uno ochenta años exactos, es un cuento bueno para divertir a niños.

Mayor obscuridad reina sobre la llegada de los olmecas y xicalangos. Boturini dice que no pudo hallar memorias ni pinturas concernientes a aquellos dos pueblos: con todo, los cree anteriores a los toltecas, y no puede dudarse que fueron antiquísimos.

No hago aquí mención de las otras naciones, porque se ignora absolutamente su antigüedad; pero estoy convencido de que los chiapanecas fueron de los más antiguos, y quizás la primera de las naciones que poblaron la tierra de Anáhuac.

CORRESPONDENCIA DE LOS AÑOS MEXICANOS CON LOS NUESTROS.

EPOCA DE LA FUNDACION DE MEXICO

Todos los escritores, tanto mexicanos como españoles, que hacen mención de la cronología mexicana, están de acuerdo acerca del método que tenían aquellas gentes de contar los siglos y los años; método que he explicado en el libro VI de la Historia, y en las tablas puestas al fin del tomo I. Siempre, pues, que se halle la correspondencia de un año mexicano con uno de la era cristiana, se sabrá la correspondencia de todos los otros. Si sé, por ejemplo, que el año de 1780 es el II Tecpatl, estoy seguro de que el 1781 es el III Calli, y que el 1782 es el IV Tochtli, etc. Toda la dificultad consiste en hallar un año mexicano, cuya correspondencia con uno de los nuestros sea cierta e indudable; mas esta dificultad está ya vencida, puesto que, tanto por las pinturas de los indios, como por el testimonio de Acosta, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y Boturini, consta que el año 1519, en que los españoles entraron en México, fue el I Acatl, y por consiguiente el 1518 fue el XIII Tochtli; el 1517, el XII Calli etc. Así que, no puede dudarse de la exactitud de mi tabla del tomo I, por lo que hace a la correspondencia de los dos calendarios. Los autores que no están de acuerdo con ella, erraron el cálculo, y se contradijeron a sí mismos. Betancourt, para explicar el método mexicano de computar los años, nos presenta su tabla, comparándola con la de los cristianos, desde 1663 hasta 1688; mas este trabajo es un tejido de errores, pues el autor hace corresponder

el año de 1663 con el I Tochtli, lo cual se demuestra ser falso, si se continúa mi tabla hasta aquel año. Afirma que el de 1507 fue secular, y admitido este error, no puede menos de fallar en toda su cronología. Si el año de 1519 fue I Acatl, como él supone con otros escritores, hallaremos, retrocediendo en nuestra tabla, que no fue secular el de 1507, sino el de 1506. Para confirmar su sistema, alega el testimonio de su amigo y compatriota el Dr. Sigüenza, del cual dice que había descubierto que el 1684 había sido IX Acatl. Si esto fuese cierto, su cálculo sería acertado; pero aunque no dudo de su veracidad en la cita de Sigüenza, tengo algunas razones para creer que este docto mexicano corrigió su cronología; ni podía hacer otra cosa, sabiendo, como en efecto sabía, que el año 1519 había sido I Acatl, principio cierto sobre el cual debe apoyarse toda cronología mexicana, y del cual se deduce claramente que el 1684 no fue IX Acatl, sino X Tecpatl. Torquemada, hablando de los totonacas en el libro III, dice de un noble de aquella nación, que había nacido el año II Acatl, y que el año antes, 1519, en que llegaron a aquel país los españoles, era para los mexicanos el I Acatl. Cuando Torquemada escribió esto, o estaba agobiado del sueño, o distraído con otras ideas, pues sabía, como todos saben, que el año que en el calendario mexicano sigue al I Acatl, no es el II Acatl, sino el II Tecpatl, y tal fue el 1520 de que habla.

Supuesto, pues, que el año 1519 fue el I Acatl, y sabida la relación entre los años mexicanos y los cristianos, no es difícil encontrar la época de la fundación de México. Todos los historiadores que han consultado las pinturas mexicanas, o han recogido datos verbales de aquellos pueblos, están de acuerdo en que aquella célebre ciudad fue fundada por los aztecas en el siglo XIV del cristianismo; pero difieren en el año. El intérprete de la **Colección** de Mendoza señala el de 1324; Gemelli, calculando sobre las noticias de Sigüenza, el de 1325; Sigüenza, citado por Betancourt, y un mexicano anónimo, citado por Boturini, el de 1327; (1) Torquemada, apoyándose en el cálculo hecho por Betancourt sobre sus propios datos, el de 1341, y Enrique Martínez el de 1357. Los mexicanos dicen que su ciudad se fundó en el año II Calli, como se ve en la primera pintura de la **Colección** de Mendoza, y

(1) El testimonio de este anónimo se halla en una copia de una pintura antigua, descubierta en 1631.

otras citadas por Sigüenza. Siendo, pues, cierto que el siglo de la fundación fue el XIV, y el año el II Calli, no pudo ser el 1324, ni el 1327, ni el 1341, ni el 1357, porque ninguno de éstos fue II Calli. Si retrocedemos del 1519, hasta el siglo XIV, hallaremos en él dos años II Calli, esto es, el 1325 y 1377. En este último no pudo ser la fundación; pues sería abreviar demasiado los reinados de los monarcas mexicanos, contradiciendo la cronología de las pinturas antiguas. No queda, pues, otro arbitrio sino convenir en que aquella capital fue fundada el año de 1325 de la era vulgar; y este fue sin duda el sentimiento del Dr. Sigüenza; porque Gemelli, que no tuvo sobre este asunto otra instrucción que la que le comunicó aquel literato, pone la fundación en el mismo año 1325, añadiendo que fue II Calli. (1) Si antes fue de otra opinión, la reformó posteriormente, echando de ver que era incompatible con el principio indudable de que el año de 1519 fue I Acatl.

CRONOLOGIA DE LOS REYES MEXICANOS

Es difícil ilustrar la cronología de los reyes mexicanos, estando tan discordes entre sí los escritores sobre este punto. Algunos datos ciertos pueden servir, sin embargo, para conocer los dudosos. Para dar a los lectores alguna idea de la diversidad de opiniones acerca de esta parte de la historia, basta presentar la tabla siguiente, en que se ven los años en que empezó cada reinado, según Acosta, el intérprete de la **Colección** de Mendoza y Sigüenza. (2)

ACOSTA	EL INTERPRETE	SIGÜENZA	
Acamapitzin.....1384	1375	3 de mayo	de 1361
Huitzilihuitl.....1424	1396	19 de abril	de 1403
Chimalpopoca.....1427	1417	24 de ferero	de 1414
Itzcoatl.....1437	1427	1427
Moteuczoma I1449	1440	13 de agosto	de 1440
Axayacatl1481	1469	21 de noviembre	de 1468
Tizoc.....1477	1482	30 de octubre	de 1481
Ahuitzotl.....1492	1486	13 de abril	de 1486
Moteuczoma II1503	1502	15 de septiembre	de 1502

(1) En otra parte he notado la equivocación de Gemelli en escribir año 1325 de la creación del mundo, en vez de 1325 de la era vulgar.

(2) Los años que se leen en la tabla, según el intérprete de la **Colección** de Mendoza, son los que se hallan en la edición de Thevenot, no en la de Purchas, que no he podido haber a las manos.

Acosta, y con él Enrique Martínez y Herrera, no sólo discordan de los otros autores en la cronología, sino también en el orden de los reyes, poniendo a Tizoc antes de Axayacatl; constando lo contrario, no sólo por el testimonio de los mexicanos, sino también por el de los autores españoles. Gomara confunde los reinados de los señores de Tula, con los de los reyes de Colhuacan y de México. Torquemada indica los años de los unos y de los otros, y su cronología difiere de la de todos los historiadores. Solís dice que Moteuczoma II fue el XI de los reyes mexicanos, y por cierto que no adivino de dónde sacó tan extraña y curiosa anécdota. Mr. de Paw, para manifestar aun en esto su extravagancia, sólo cuenta ocho reyes de México, siendo indudable que hubo once, a saber: los nueve del catálogo precedente, y después de ellos Cuitlahuatzin y Cuauhtemotzin. Algunos autores omiten a estos dos últimos, porque reinaron poco tiempo; pero habiendo sido legítimamente elegidos, y pacíficamente aceptados por la nación, tanto derecho tienen al título de reyes, como todos sus predecesores. Acosta dice que no los nombra, porque sólo tuvieron de reyes el título, hallándose en sus tiempos dominado casi todo el reino por los españoles; mas esto es absolutamente falso, porque cuando subió al trono Cuitlahuatzin, los españoles sólo ocupaban la provincia de los totonacas, y éstos eran más bien sus aliados que sus súbditos. Al principio del reinado de Cuauhtemotzin, habían agregado a la referida provincia los estados de Cuauhquechollan, Itzocan, Tepeyacac, Tecamachalco y algunos otros de aquellos contornos; pero todos estos dominios, comparados con el resto del imperio mexicano, eran menos que Bolonia con respecto a todo el Estado Pontificio.

Para ilustrar la cronología de estos once reyes, es necesario adoptar otro método, empezando por los últimos, y retrogradando hasta los principios de la monarquía.

Cuauhtemotzin. Este monarca terminó su reinado en 13 de agosto de 1521; habiendo sido hecho prisionero de los españoles, y conquistada la capital de su imperio. El día de su elección no se sabe; pero de la relación de Cortés se infiere que debió ser por octubre o noviembre del año anterior, de modo que no pudo reinar más de nueve o diez meses.

Cuitlahuatzin. Este rey, sucesor de su hermano Moteuczoma, subió al trono en los primeros días de julio de 1520, como se deduce de la relación de Cortés. Algunos autores españoles

dicen que no reinó más de cuarenta días: otros afirman que reinó sesenta; pero de lo que Cortés oyó decir a un oficial mexicano en la guerra de Cuauhquechollan, se viene en conocimiento de que vivía por octubre. Yo no dudo que su reinado fuese a lo menos de tres meses.

Moteuczoma II. Se sabe que reinó diez y siete años, y poco más de nueve meses; que empezó a reinar en septiembre de 1502, y murió en los últimos días de junio de 1520. La razón de haber puesto algunos autores el principio de su reinado en 1503, fue porque sabían que había reinado diez y siete años, y no hicieron cuenta de los otros nueve meses.

Ahuitzotl. Acosta le da once años de reinado; Martínez, doce; Sigüenza, diez y seis, y Torquemada, diez y ocho. Creo que se pueden averiguar los años de su reinado, y el tiempo de su exaltación, guiándose por la época de la dedicación del Templo Mayor. Esta se hizo sin duda en 1486, en lo que están de acuerdo muchos autores. Por otra parte, consta que el rey Tizoc empezó apenas aquella fábrica, y que Ahuitzotl la concluyó y llevó a cabo; y esto no pudo ser en el mismo año en que empezó a reinar, ni en los dos ni tres primeros años, pues la obra era vastísima y difícil. Tampoco pudo en tan breve tiempo hacer las guerras que hizo en países tan remotos entre sí, ni adquirir el inmenso número de prisioneros que se sacrificaron en aquella ocasión. Creo, por tanto, que no se puede fijar el principio de su reinado después del año de 1482, ni anticiparse, sin trastornar las épocas de sus antecesores, como después veremos. Habiendo, pues, empezado a reinar en 1482, y acabado en 1502, debemos darle diez y nueve años, y algunos meses, o casi veinte años de reinado.

Tizoc. Nadie duda que el reinado de este monarca fue muy breve, y no hay autor que le dé más de cuatro años y medio de vida en el trono. Podemos deducir el tiempo de su reinado y del de su antecesor, por el de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan; pues habiendo sido éste tan célebre, y tenido tantos historiadores en su corte, abundan las noticias ciertas acerca del tiempo de su gobierno. Nezahualpilli murió en 1516, después de haber reinado en Acolhuacan cuarenta y cinco años, y algunos meses; por lo que debe fijarse el principio de su reinado en 1470. Se sabe, además, que el octavo año de Nezahualpilli fue el primero de Tizoc; así que, éste debió empezar a reinar en 1477, y seguir cuatro años y medio, como dicen muchos historiadores. Torquemada le da

menos de tres; pero se contradice en este, como en otros puntos de su cronología, porque adoptando el cálculo que acabo de hacer sobre el reinado de Nezahualpilli, y dando menos de tres años al reinado de Tizoc, debía fijar su muerte en 1480, y dar por consiguiente a Ahuizotl, no diez y ocho, sino veinte años de reinado.

Axayacatl. Se sabe que este rey empezó a reinar seis años antes de Nezahualpilli, esto es, en 1464, y que acabó, como he dicho, en 1477, en que subió al trono Tizoc. De aquí se deduce que reinó trece años, como dicen Sigüenza y otros historiadores. Acosta le da once años, y doce el intérprete de la **Colección** de Mendoza. Lo más probable es que los trece años no fueron cumplidos.

Moteuczoma I. La opinión general es que este famoso rey cumplió veintiocho años en el trono; pero algunos le dan un año más, porque cuentan como año cumplido los meses que pasaron de los veintiocho años. Comenzó, pues, a reinar en 1436, y acabó en 1464. En su tiempo se celebró el **toxiuhmolia**, o año secular, no ya en el décimosexto año de su reinado, como dice Torquemada, sino el décimoséptimo, que fue el de 1454.

Itzcoatl. Casi todos los historiadores dan trece años de reinado a este gran rey: sólo Acosta y Martínez cuentan doce. La causa de esta diversidad será la misma que he mencionado, a saber: que no habiendo cumplido los trece años en el trono, los unos contaron como año entero, y los otros no, los meses que pasaron de los doce años. Empezó a reinar en 1423; no pudo ser antes ni después, porque subió al trono un año después que Maxtlaton usurpó la corona de Acolhuacan. Maxtlaton reinó tres años, y acabó con el reinado de los tepanecas. El año siguiente, esto es, tres años después que Itzcoatl empezó a reinar, fue restablecido Nezahualcoyotl en el reino de Acolhuacan, que los tepanecas le habían usurpado. Se sabe, además, que este monarca reinó cuarenta y tres años y algunos meses; y habiendo acabado en 1470, parece que debe fijarse el principio de su reinado en 1426; la ruina de los tepanecas en 1425; el principio del reinado de Itzcoatl en 1423, y el de la usurpación de Maxtlaton en 1422.

Chimalpopoca. Este infeliz monarca ha sido confundido por Acosta, Martínez y Herrera, con su sobrino Acolnahuacatl, hijo de Huitzilihuitl; por lo cual lo colocan en el trono a la edad de diez años, y lo hacen morir muy en breve a manos de los tepanecas. Lo contrario consta en las pinturas y relaciones de los indios,

citadas por Torquemada, y de las cuales he visto yo algunas. Sigüenza incurre por inadvertencia en una contradicción; pues dice que Chimalpopoca fue hermano menor de Huitzilihuitl, como lo fue en efecto: de éste afirma que empezó a reinar a los diez y ocho años, y que reinó poco menos de once; así que debió morir antes de cumplir los veintinueve de edad, y Chimalpopoca, que inmediatamente le sucedió, debía haber tenido a lo más veintiocho años cuando empezó a reinar. Sin embargo, Sigüenza le da más de cuarenta años cuando subió al trono. En la **Colección** de Mendoza no se dan a este rey más que diez años de reinado. Torquemada y Sigüenza le dan trece, y esto es lo más probable, atendida la serie de sus acciones y sucesos; pero Betancourt, siguiendo a Torquemada, comete en este punto algunos notables anacronismos. Pone la elección de Chimalpopoca en el tiempo de Techotlalla, rey de Acolhuacan; supongamos que fuese en el último año de este rey: a Techotlalla sucedió Ixtlilxochitl, que reinó siete años; a Ixtlilxochitl, Tezozomoc, que tiranizó aquel imperio nueve años; y a Tezozomoc, Maxtlaton, en cuyo tiempo murió Chimalpopoca. Según estos principios, adoptados por Torquemada y Betancourt, es necesario dar a Chimalpopoca diez y seis años, a lo menos, de reinado, que resultan de los siete de Ixtlilxochitl y de los nueve de Tezozomoc; lo que se opone a la cronología de aquellos dos autores, y a la de otros muchos. Si queremos combinar la cronología de los reyes de México con la de los reyes de Tlatelolco, según el cálculo de los mismos Betancourt y Torquemada, apenas nos quedarán diez y nueve años para dividirlos entre Chimalpopoca e Itzcoatl, como después veremos. Debiendo, pues, contar trece años en el reinado de Chimalpopoca, según el parecer de la mayor parte de los historiadores, debemos poner el principio de su reinado en 1410. Maxtlaton sucedió a Tezozomoc, su padre, un año antes de la muerte de Chimalpopoca, esto es, en 1422. Tezozomoc poseyó nueve años la corona de Acolhuacan: habiendo, pues, muerto en 1422, empezó su tiranía en 1413. Por lo que hace a Ixtlilxochitl, rey legítimo de Acolhuacan, sabemos que reinó siete años, hasta que en 1413 perdió la corona y la vida a manos de Tezozomoc: luego, empezó a reinar en 1406.

Huitzilihuitl. Son muy diversos los dictámenes de los historiadores acerca del número de años que reinó este monarca. Sigüenza dice que fueron diez años y diez meses: Acosta y Mar-

tínez le dan trece: el intérprete de la **Colección** de Mendoza veintiuno. Torquemada atestigua que entre los historiadores mexicanos que vió, unos le dan veintidós años, y otros veintiséis; pero yo no dudo que el verdadero número es el del intérprete, pues sabemos que las pinturas históricas de los mexicanos, que el año décimotercio de este rey fue secular, el cual, según mi tabla cronológica del fin del tomo I, no pudo ser otro que el 1402: empezó, pues, a reinar en 1389. Habiendo muerto en 1410, como se infiere de lo que hemos dicho hablando de Chimalpopoca, debemos contar en el reinado de Huitzilihuitl veintiún años.

Acamapitzin. Supuesta la verdad de los cómputos precedentes, y establecida la época de la fundación de México, poco tenemos que hacer por lo que respecta a este rey. Torquemada afirma que las pinturas y las historias manuscritas de los mexicanos fijan la elección de Acamapitzin en el vigesimoséptimo año de la fundación de México: fue, pues, elegido en 1352, o al principio de 1353, y su reinado habrá sido de treinta y siete años, o poco menos. El interregno que hubo después de su muerte, fue, según Sigüenza, de cuatro meses: todos los otros historiadores lo hacen de pocos días.

SOBRE LAS EPOCAS DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA

No es muy difícil señalar las épocas de los sucesos de la Conquista, hallando la mayor parte de ellas indicadas por el conquistador Cortés en sus cartas a Carlos V; pero habiendo muchos anacronismos en los escritores españoles, o porque no consultaron aquellas cartas, o porque no se curaron de saber en qué días cayeron las fiestas movibles de aquellos años, de las cuales suele servirse Cortés, es necesario fijar algunos puntos cronológicos, dejando otros de menos importancia, para evitar fastidio a los lectores.

La llegada de la expedición de aquel caudillo a la costa de Chalchiuhcuecan, ocurrió, como todos saben, el jueves santo de 1519, que fue el 21 de abril, habiendo caído en 24 la Pascua.

La entrada de los españoles en Tlaxcala fue, no ya en 23 de septiembre, como dicen Herrera y Gomara, sino en 18, como afirman Bernal Díaz, Betancourt y Solís; lo que puede demostrarse calculando, en virtud de los datos de Cortés, los días que los españoles estuvieron en Tlaxcala y en Cholula, y los que emplearon en su viaje hasta México. Bernal Díaz dice que antes

de entrar en Tlaxcala, estuvieron veinticuatro días en las tierras de aquella República, y después veinte en la ciudad, como lo confirman también las cartas de Cortés. En Cholula entraron a 14 de octubre, y en México a 8 de noviembre. Seis días después fue aprisionado Moteuczoma, según Cortés refiere. Este general se mantuvo en aquella capital hasta principios de mayo del año siguiente, en cuyo tiempo fue a Cempoala, para oponerse a Narváez. Dió el asalto, y ganó la victoria contra aquel enemigo, el domingo de Pentecostés, que en aquel año de 1520 cayó en 27 de mayo. La sublevación de los mexicanos, ocasionada por la violencia de Alvarado, fue en la gran fiesta del mes **Texcatl**, que empezó en aquel año en 13 de mayo. Cortés volvió a la capital, después de su victoria, en 24 de junio. En la relación de los sucesos ocurridos en los últimos días de este mes, y en los primeros del siguiente, hallo confusión y anacronismos entre los escritores. Yo he seguido las cartas de aquel caudillo, que contienen los datos más seguros sobre su empresa.

Parece que la muerte de Moteuczoma acaeció en 30 de junio, pues murió, según Cortés, tres días después de haber recibido la pedrada. Este suceso se verificó mientras se construían las dos máquinas de guerra, de que hablo en la Historia, las cuales se hicieron en la noche del 20 de junio y en el día siguiente. No puede colocarse la muerte de aquel rey ni antes ni después del 30 de junio, sin trastornar la serie de los sucesos.

Fijo en 1.º de julio la **Noche Triste**, esto es, aquella en que los españoles salieron derrotados de México, porque Cortés pone siete días en su viaje a las tierras de Tlaxcala, donde entró el 8 de julio. Bernal Díaz y Betancourt dicen que los españoles salieron de México el 10, y entraron el 16 en los dominios de aquella República; pero en esto se debe dar más crédito a Cortés. Los sucesos ocurridos desde el 24 de junio hasta el 1.º de julio, parecen muchos para tan corto tiempo; pero no es de extrañar que en circunstancias tan críticas y peligrosas, se multiplicasen las operaciones de los que hacían los últimos esfuerzos para salvar la vida.

La guerra de los españoles en Cuauhquechollan fue en el mes de octubre, según la relación de Cortés. Esta época importa para determinar el tiempo del reinado de Cuitlahuatzin; pues un capitán mexicano, de quien Cortés se informó acerca del estado de la capital, le dió cuenta de las diligencias practicadas por aquel rey contra los españoles. Los que suponen que Cuitlahuat-

zin sólo reinó cuarenta días, rechazan como falsa aquella noticia; pero sin fundamento que pueda destruir su certeza.

Acerca del día en que empezó el asedio de México, y del tiempo de su duración, se engañan comunmente los historiadores. Dicen éstos que el asedio duró noventa y tres días; pero no hicieron exactamente su cálculo, pues Cortés hizo la reseña de sus tropas en la gran plaza de Texcoco, y señaló los puntos que debían ocupar las tres divisiones de su ejército, el lunes de Pentecostés del año de 1521. Aun suponiendo, contra la verdad de la historia, que aquel mismo día de la revista se empezaron las operaciones militares que propiamente pertenecen al sitio, no serían noventa y tres días, sino ochenta y cinco; porque aquel lunes cayó a 20 de mayo, y el asedio terminó el 13 de agosto con la toma de la ciudad. Si dan el nombre de asedio a las hostilidades hechas por los españoles en las ciudades del lago, debían fijar el principio del asedio en los primeros días de enero, y contar, no ya noventa y tres días, sino siete meses. Cortés, que en este punto merece más crédito que ningún otro historiador, dice expresamente que el asedio empezó el 30 de mayo, y duró setenta y cinco días. Es cierto que la misma carta puede inducir a error, pues en ella se da a entender que el 14 de mayo estaban las divisiones de Alvarado y Olid en Tacuba, donde empezó el sitio; pero esta es una manifiesta equivocación en los números, pues no es probable que aquellos dos jefes se separasen del ejército antes de la revista, y sabemos por Cortés y por todos los otros historiadores, que ésta se verificó el lunes de Pentecostés, 20 de mayo.

Torquemada dice en el libro IV, capítulo 46, que los españoles entraron por primera vez en México en 8 de noviembre; pero en el capítulo 4.º del mismo libro, afirma que esta entrada fue el 22 de julio; que se mantuvieron ciento cincuenta días, los noventa y cinco en amistad con los mexicanos, y los cuarenta en las hostilidades ocasionadas por los estragos que hizo Alvarado en la fiesta del mes Texcatl, que según el mismo autor, corresponde a nuestro abril, etc. El conjunto de errores, anacronismos y contradicciones, que contiene este capítulo, bastan para dar una idea de su descabellada cronología. Creo que el esmero con que me he aplicado a la ilustración de estos puntos, me habrá hecho evitar, si no todas, a lo menos muchas de las equivocaciones en que otros han caído.

DISERTACION III

· SOBRE EL TERRENO DE MEXICO

El que lea la horrible descripción que hacen de América algunos europeos, u oiga el injurioso desprecio con que hablan de su terreno, de su clima, de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, se persuadirá que el furor y la rabia han animado sus plumas o sus lenguas, o bien que el Nuevo Mundo es una tierra maldita, y destinada por el cielo a ser suplicio de malhechores. Si hemos de dar fe al conde de Buffon, América es un país enteramente nuevo, apenas salido del fondo de las aguas que lo habían anegado; un continuo pantano en las llanuras; una tierra inculta, y cubierta de bosques, aun después de poblada por los europeos, más industriosos que los americanos, o interceptada por montes inaccesibles, que sólo dejan pequeñísimos espacios para el cultivo, y para la habitación de los hombres: tierra infeliz bajo **un cielo avaro**, en que todos los animales del antiguo continente han degenerado, y en que los propios de su clima son pequeños, disformes, enfermizos, y privados de armas para su defensa. Si damos oídos a Mr. de Paw (que en parte copia los sentimientos de Buffon, y cuando no los copia, multiplica y aumenta sus errores), “América ha sido y es un país estéril, en que todas las plantas de Europa se debilitan, excepto las acuáticas y jugosas; su terreno fétido cría mayor número de plantas venenosas que el de todas las otras partes del mundo; su extensión está cubierta de montes o de bosques y pantanos, que sólo ofrecen a la vista un inmenso y estéril desierto; su clima, contrario en alto grado a la mayor parte de los cuádrúpedos, es, sobre todo, pernicioso a los hombres, en términos que los naturales están embrutecidos, débiles, viciados de un modo extraño en todas las partes de su organización.”

El cronista Herrera, aunque generalmente moderado y juicioso, cuando compara el cielo y el terreno de América con los

de Europa, se muestra tan ignorante de los primeros elementos de la geografía, y prorrumpe en tales despropósitos, que ni aun en un niño serían tolerables. “Nuestro hemisferio, dice, es mejor que el nuevo con respecto al cielo. Nuestro polo está más hermo­seado con estrellas, porque tiene el septentrión a los $31\frac{1}{2}^{\circ}$, con muchas estrellas resplandecientes.” En lo que supone: 1.º, que el hemisferio austral es nuevo, siendo conocido, hace tantos siglos en Asia y Africa; 2.º, que toda la América pertenece al hemisferio austral, y que la América del Norte no mira al mismo polo, ni tiene las mismas estrellas que la Europa. “Tenemos, añade, otra preeminencia, y es que el sol se detiene siete días más hacia el trópico de Cáncer que hacia el de Capricornio;” como si el exceso de la permanencia del sol en el hemisferio boreal no fuera el mismo en el antiguo que en el nuevo continente. Parece que nuestro buen cronista se persuadió que el amor que tiene el planeta a la bella Europa sea la causa de su mayor estancia entre la línea y el trónico de Cáncer. ¡Pensamiento galante, y digno de un poeta francés! “Y de aquí proviene, continúa, que la parte ártica es más fría que la antártica, porque goza menos del sol.” Pero ¿cómo puede gozarse del sol en la parte ártica, cuando este planeta se detiene siete días más en el hemisferio boreal? “Nuestro continente se extiende más de poniente a levante, y por tanto es más cómodo para la vida humana que el otro, el cual estrechándose en la misma dirección, se alarga demasiado hacia los polos; pues la tierra que se ensancha más de poniente a levante, está a igual distancia del frío del septentrión, y del calor del austro.” Pero si el septentrión es la región del frío, y el austro del calor, como este escritor da a entender, los países equinocciales serán, según sus principios, los más cómodos para la vida humana, porque ellos son los que están realmente a igual distancia de ambos extremos. “En el otro hemisferio, concluye nuestro autor, no había perros, asnos, ovejas, cabras, etc., ni naranjas, higos, melocotones, etc.”

Estos, y otros despropósitos de muchos escritores son efectos de un ciego y excesivo patriotismo, que les hace creer en ciertas imaginarias preeminencias de sus respectivos países sobre todos los de la tierra. No sería difícil oponer a sus invectivas contra la América los grandes elogios que le han tributado muchos ilustres autores, algo mejor instruídos que ellos; pero ade-

más de que esto sería ajeno de mi propósito, no podría menos de causar fastidio al lector: por lo que me limitaré a examinar lo que se ha escrito contra el terreno de América, y contra el de México en particular.

SOBRE LA SUPUESTA INUNDACION DE AMERICA

Casi todo lo que el conde de Buffon y Mr. de Paw han escrito contra el terreno de América, acerca de sus plantas, animales y habitantes, se apoya en la suposición de una inundación general, diferente de la que sobrevino en los tiempos de Noé, y mucho más reciente, de cuyas resultas quedó todo aquel país, por espacio de mucho tiempo, debajo de las aguas. De esta moderna catástrofe nace, según el conde de Buffon, la malignidad del clima de América, la esterilidad de su terreno, la imperfección de sus animales, y la frialdad de los americanos. “La naturaleza no había tenido tiempo de poner en ejecución sus designios, ni de desarrollar toda su amplitud.” De los lagos y de los pantanos que han quedado de aquella inundación, proviene, según Mr. de Paw, la excesiva humedad del aire, y la humedad produce la infección del ambiente, la extraordinaria multiplicación de los insectos, la irregularidad y la pequeñez de los cuadrúpedos, la esterilidad y la fetidez de la tierra, la infecundidad de las mujeres, la abundancia de leche en los pechos de los hombres, la estupidez de los americanos, y otros muchos fenómenos, que él observó desde su gabinete de Berlín, mucho mejor que todos los que hemos estado en América. Estos dos autores están de acuerdo en la inundación, pero no en el tiempo, pues Mr. de Paw la cree más antigua que el conde de Buffon.

Sin embargo, toda esta suposición es aérea, y la inundación de que hablan debe colocarse en la clase de las quimeras. Mr. de Paw la apoya en el testimonio del P. Acosta, en el número **casi infinito** de lagos y pantanos, en las venas de metales graves que se encuentran casi en la superficie de la tierra, en los cuerpos marinos amontonados en los puntos más bajos de los sitios mediterráneos, en la destrucción de los grandes cuadrúpedos y, finalmente, en la unánime tradición de los mexicanos, de los peruanos, y de todos los salvajes que habitan desde la tierra Magallánica hasta el río de San Lorenzo, todos los cuales están de acuerdo en creer que sus abuelos residieron en los montes, mientras se mantuvieron anegados los valles.

Es verdad que el P. Acosta en el libro I, capítulo 25, de su *Historia*, duda si lo que los americanos decían del Diluvio, debía entenderse del de Noé, o de algún otro particular, ocurrido en aquellos países, como el de Deucalión y Ogiges en Grecia: y aun parece que se declara por esta opinión, que dice haber sido aceptada por hombres inteligentes; pero hablando después en el libro V, capítulo 19, de las conquistas de los primeros incas, da a entender que la segunda inundación no fue otra que el Diluvio de Noé. "El pretexto, dice, que tuvieron los incas, para apoderarse de toda aquella tierra, fue el fingir que después del Diluvio Universal (de que tenían noticia todos aquellos indios) ellos eran los que habían poblado el mundo, habiendo salido siete de la cueva de Pacaritambo, y que, por consiguiente, todos los hombres debían tributarles homenaje, como a sus progenitores." Luego, reconoció que las tradiciones de los indios se referían al Diluvio Universal, y que las fábulas con que se desfiguró después, eran pretextos inventados por los incas para establecer su imperio. ¿Qué diría aquel autor si hubiera tenido en favor de aquella tradición general los documentos que nosotros poseemos? Los mexicanos, según afirman sus propios historiadores, como ya he dicho en otra parte, no hablaban del diluvio sin hacer mención al mismo tiempo de la confusión de las lenguas, y de la dispersión de las gentes: estos tres sucesos se representaban en la misma pintura, como se ve en la que tuvo el Dr. Sigüenza de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, y éste de sus ilustres antepasados, cuya copia he dado en el primer tomo de esta *Historia*. La misma tradición se halló en los chiapanecas, en los tlaxcaltecas, en los michuacanos, en los cubanos, y en los indios de Tierra-firme, con la expresión de haberse salvado del Diluvio algunos hombres y animales en una barca, y de haber antes dado libertad a un pájaro, que no volvió por haber encontrado cadáveres en que cebarse, y después a otro, que volvió con un ramo verde en el pico: todo lo cual manifiesta claramente que no hablaban de otro Diluvio sino del que inundó la tierra en tiempo del patriarca Noé. Todas las circunstancias con que se halla alterada en algunas naciones americanas esta universal y antiquísima creencia, o son alegorías, como la de las siete cavernas de los mexicanos, para significar las siete naciones principales que poblaron al país de Anáhuac, o ficciones de la ignorancia o de la ambición. Ninguno de aquellos pueblos creía que los hom-

bres se hubiesen salvado en las cimas de los montes, sino en una barca; y si hubo alguno que no lo creyese así, fue porque la tradición del Diluvio, después de tantos siglos, debió padecer algunas alteraciones. Es, pues, absolutamente falsa la tradición universal de una inundación particular de la América, y que esta especie fuese admitida por todos los que residían desde la tierra Magallánica hasta el río de San Lorenzo.

Los lagos y los pantanos, que según aquellos dos escritores, son trazas indudables de la soñada inundación, son efectos necesarios de los grandes ríos, de las innumerables fuentes, y de las abundantísimas lluvias de América. Si aquellos lagos proviniessen de una inundación, y no de las causas que acabamos de indicar, se hubieran secado al cabo de tantos siglos, por la continua evaporación que provocan los rayos del sol, especialmente en la zona tórrida, o a lo menos se hubieran disminuído en gran parte; pero esta disminución no se observa, sino en aquellos lagos, de que la industria humana ha separado los ríos y torrentes que descargaban en ellos, como sucede en los del valle mexicano. Yo he visto y observado los cinco lagos principales de aquel país, que son los de Tezcoco, Chalco, Cuiseo, Pátzcuaro y Chapala, y estoy seguro de que no se han formado, ni se conservan sino por las copiosas lluvias, por los ríos y por las fuentes. Todo el mundo sabe que no hay lluvias más abundantes ni ríos más caudalosos que los de América. Si tenemos a la mano las causas naturales y conocidas, ¿por qué hemos de acudir a las supuestas e improbables? Si los lagos indican inundación, más bien debemos creerla en el antiguo continente, que en el moderno; pues todos los lagos de América, aun comprendidos los del Canadá, que son los mayores, no pueden compararse con los mares Negro, Blanco, Báltico y Caspio, los cuales, aunque tienen el nombre de mares, son, según el mismo conde de Buffon, verdaderos lagos, formados por los ríos que en ellos desembocan. Si a éstos se añaden los lagos Lemán, Onega, Pleskow, y otros muchos y grandes de la Rusia, de la Tartaria y de otros países, (1) pronto se echará de ver cuánto se olvidan de su propio continente los que tanto exageran las peculiaridades del otro. El lago de

(1) Mr. Valmont de Bomare cuenta 38 lagos en los Cantones suizos, y dice que en el de Harlem pueden entrar navíos de alto bordo. El de Aral, en Tartaria, según el mismo, tiene 100 leguas de largo y 50 de ancho.

Chapala, que en algunos mapas geográficos se halla condecorado con el magnífico título de **Mar Chapálico**, y que yo he visto y costeadado tres veces, apenas tiene 100 millas de circunferencia. Ahora bien, si los ríos Don, Wolga, Boristenes, Danubio, Odor, y otros del Mundo Antiguo, aunque no tan caudalosos como el Marañón, La Plata, Magdalena, S. Lorenzo, Orinoco, Misisipí, y otros del nuevo, bastan, según el conde de Buffon, a formar aquellos inmensos lagos, que han merecido el nombre de mares, ¿qué extraño es que los magníficos raudales de América formen otros menos extendidos? Mr. de Paw dice: “Estos lagos parecen receptáculos de aguas, que no han podido salir todavía de aquellos lugares anegados por una violenta agitación impresa a todo el globo de la tierra. Los numerosos volcanes de la Cordillera o Alpes americanos, y de las rocas de México, y los terremotos que incesantemente agitan una u otra parte de aquellas elevaciones, dan a entender que todavía no está aquella tierra en reposo.” Pero si aquella violenta agitación fue general a todo el globo de la tierra, ¿por qué razón se inundaron el Perú y México, siendo, como confiesan el mismo Mr. de Paw y el conde de Buffon, sumamente elevados sobre la superficie del mar, y no se inundaron las tierras de Europa, que son mucho más bajas? Quien haya observado la estupenda elevación del suelo de América, no podrá persuadirse jamás que el agua suba a cubrirlo, sin haber anegado antes toda la Europa. Por lo demás, también podremos decir que el Vesubio, el Etna, el Hecla, y los innumerables volcanes de las islas Molucas y Filipinas y del Japón, y los frecuentes terremotos que allí se experimentan, como igualmente en China, Persia, Siria y Turquía, dan a entender que el Mundo Antiguo no está todavía en reposo. (1)

“Las venas de metales, añade Mr. de Paw, que en algunos puntos se hallan en la superficie de la tierra, parecen indicar

(1) El mismo Mr. de Paw, después de haber hecho mención del Vesubio, del Etna, del Hecla y del volcán de Lipari, dice así: “Entre los grandes volcanes se cuentan el Paramucan en la isla de Java, el Camapis en la de Banda, el Balaluan en la de Sumatra. En Ternate hay otro cuyas erupciones no ceden a las del Etna. De todas las islas grandes y pequeñas que componen el imperio del Japón, no hay una que no tenga su volcán más o menos considerable: lo mismo sucede en las Malinas (quiere decir Filipinas), en las Azores, en las Canarias”. *Recherches philosophiques*, Lettre III, sur les vicissitudes de notre globe. (Indagaciones filosóficas, carta 3.^a, sobre las vicisitudes de nuestro globo).

que aquel suelo fue anegado, y que los torrentes arrebataron la superficie." Pero ¿no sería más sensato decir que algunas erupciones violentas de fuegos subterráneos, bastante claras en los **numerosos volcanes de la Cordillera**, arruinando la superficie de algunos terrenos, dejaron casi descubiertos aquellos depósitos metálicos?

Los cuerpos marinos amontonados en algunos lugares mediterráneos de América, si prueban la pretendida inundación, probarán más bien una inundación mayor del Mundo Antiguo; pues si en América son pocos los sitios en que se hallan masas enteras de conchas y cuerpos marinos en estado de petrificación, la Europa está llena de ellos, demostrando haber estado en otro tiempo bañada por las aguas del mar. (1) Sabidos son los aspavientos y los cálculos que han hecho algunos físicos franceses de la inmensa cantidad de conchas que hay en la Turena, y nadie ignora que esta clase de cuerpos marinos se hallan también en los Alpes. ¿Por qué, pues, se inferirá de algunas de estas sustancias que hay en América, la inundación de aquellos países, y no se supondrá la inundación en Europa, donde son más comunes, y donde se encuentran en mayores masas? Si la colocación de estos cuerpos en los puntos mediterráneos de Europa se atribuye al Diluvio Universal, ¿por qué no se atribuyen a la misma causa los efectos que se notan en América? (2) Por el contrario, si no fueron las aguas del Diluvio las que transportaron los cuerpos marinos a lo interior de las tierras de Europa, sino las de otra inundación posterior; si la Europa es, en general, como dice el

(1) Mr. de Bourguet en su **Tratado de las petrificaciones**, y el P. Torrubia en su **Aparato de la Historia Natural de España**, presentan grandes catálogos de los sitios de Europa y Asia, donde se hallan cuerpos marinos petrificados.

(2) Uno de los montes más altos de América es el Descabezado, situado en los Alpes Chilenos, a más de 150 millas del mar. Su altura perpendicular sobre la superficie del mar, es, según el diligente y erudito Molina, de más de tres millas. En la cima de este coloso se han hallado grandes cantidades de cuerpos marinos petrificados, los cuales no pudieron subir a tan estupenda altura por efecto de una inundación particular, distinta de la del Diluvio. Tampoco puede decirse que habiendo sido aquella cima lecho del mar, se fue elevando poco a poco, y con ella los cuerpos marinos; porque aunque esto no sea inverosímil en algunos sitios poco elevados sobre el nivel del mar, a tan extraordinaria altura es absolutamente increíble: así que, la existencia de aquellos restos debe considerarse como una prueba cierta e indudable del Diluvio.

conde de Buffon, un país nuevo; si no hace mucho tiempo que estaba cubierta de bosques y pantanos, ¿por qué no se ven en ella, ni se veían hace dos mil años, esos estupendos efectos de la inundación que ven aquellos dos autores en América? ¿Por qué no se han degradado los animales europeos, como los americanos? ¿Por qué los habitantes de un continente no son tan fríos como los del otro? ¿Por qué las mujeres de una y otra parte del mundo no son, o a lo menos, no han sido igualmente infecundas? ¿Por qué habiendo estado la Europa anegada como la América, y más tiempo aquélla que ésta, como se infiere claramente de las razones del conde de Buffon, el terreno de Europa quedó fecundo, y el de América estéril; el cielo de Europa es tan benigno, y el de América tan avaro; a Europa se concedieron todos los bienes, y a América se destinaron todos los males? El que quiera conocer toda la fuerza de estas dificultades, lea lo que dice Buffon acerca de la inundación de Europa.

El último argumento de Mr. de Paw se toma de la extinción o exterminio de los grandes cuadrúpedos en América, los cuales, dice, son los primeros que perecen en las aguas. Este autor cree que antiguamente había en América elefantes, camellos, hipopótamos, y otros grandes cuadrúpedos, y que todos perecieron en la supuesta inundación. Pero ¿no es cosa maravillosa que pereciesen los camellos y los elefantes, siendo tan veloces, y se salvase el perico ligero con toda su lentitud y pereza? ¿Cómo no se refugiaron los elefantes en las cimas de los montes, a imitación del hombre, huyendo a nado, en lo que son diestrisimos, o valiéndose de la velocidad de sus pies, la cual es tal que, según el conde de Buffon, andan en un día ciento y cincuenta millas, y pudo refugiarse el perico ligero, que, según el mismo autor, necesita una hora para andar una toesa? Aun suponiendo que hayan existido en América aquellos grandes cuadrúpedos, no hay motivo para atribuir su exterminio a la inundación posterior al Diluvio: pudieron haberlo producido otras muchas causas. El mismo Mr. de Paw afirma, que si se transportasen los elefantes a América, como lo han procurado hacer los portugueses, “tendrían la misma suerte que los camellos en el Perú, que no se propagarían, aunque se dejasen en los bosques abandonados a su propio instinto, porque la mudanza de clima y de alimento es mucho más sensible a los elefantes que a todos los otros cuadrúpedos de primera magnitud.” En otra parte dice,

que “la causa de la destrucción de los grandes cuadrúpedos del Mundo Nuevo es una de las mayores dificultades, y uno de los puntos más curiosos e interesantes de la física del globo.” ¿Cómo, pues, decide tan osadamente en cuestión tan espinosa, señalando por causa una inundación tan problemática?

El conde de Buffon trata de probar la reciente inundación de América, con algunos argumentos, a que responderemos en pocas palabras. “Si este continente es tan antiguo como el otro, ¿por qué se encuentran en él tan pocos hombres?” Los hombres que se encontraron en América no eran pocos, si no es con respecto al vastísimo continente que habitaban. Los que vivían en sociedad, como los mexicanos, los michuacanos, los acolhuas, y otros que ocupaban todo el espacio de tierra que se extiende desde el 9° hasta el 23° de latitud, y desde el 271° hasta el 294° de longitud, formaban pueblos tan numerosos como los de Europa, y así lo haré ver en otra disertación. (1) Los que vivían dispersos formaban pequeñas naciones o tribus, porque la vida salvaje no favorece la multiplicación de la especie humana, ni allí, ni en ningún otro país del mundo. “Si los salvajes son pastores, dice Montesquieu, necesitan de un gran terreno para mantener un reducido número de individuos: si son cazadores, como eran los salvajes de América, aun existen en menor número, y componen una nación más pequeña.”

“¿Por qué, vuelve a preguntar el conde de Buffon, eran todos salvajes, y vivían dispersos?” No hay tal cosa. ¿Habrá quien dude que los mexicanos, los peruanos, y todas las naciones sometidas a ellos vivían en sociedad? Estas, como el mismo Buffon confiesa, eran harto numerosas, y no pueden llamarse nuevas. Los otros pueblos permanecieron salvajes por demasiado amor a la libertad, o por otras causas que ignoramos. En Asia, aun siendo un país tan antiguo, hay todavía tribus salvajes y dispersas. “¿Por qué, añade, los pueblos americanos que vivían en sociedad, contaban apenas doscientos o trescientos años después

(1) Estos argumentos del conde de Buffon contra la antigüedad americana, se hallan en el tomo VI de su **Historia Natural**; pero poco antes, en el mismo tomo, dice: “Halláronse en México y en el Perú hombres civilizados y pueblos cultos, sometidos a leyes y gobernados por monarcas: no carecían de industria, de artes, de ideas religiosas. Habitaban en ciudades, en que reinaba el orden, y en que los reyes ejercían su autoridad. Estos pueblos, bastante numerosos, no pueden llamarse nuevos.”

de su reunión?" Otro error. Los mexicanos contaban apenas doscientos años desde la fundación de su capital, y los tlaxcaltecas algo más desde el establecimiento de su República; pero tanto estas naciones, como las que les estaban sometidas, y los toltecas, los acolhuas y los michuacanos, vivían en sociedad desde tiempo inmemorial. Ni el conde de Buffon, ni Mr. de Paw, ni el Dr. Robertson, ni otros muchos escritores europeos, saben distinguir el establecimiento de aquellas naciones en Anáhuac, del que muchos siglos antes habían tenido en los países septentrionales del Nuevo Mundo.

"¿Por qué, sigue el conde de Buffon, aun las naciones que vivían en sociedad, ignoraban el arte de transmitir a la posteridad la memoria de los hechos, por medio de figuras durables, puesto que habían descubierto el modo de comunicarse de lejos, y de escribirse por medio de los nudos?" ¿Y qué eran las pinturas y los caracteres de los mexicanos y de las otras naciones civilizadas de Anáhuac, sino signos durables, destinados, como nuestros caracteres, a perpetuar la memoria de los sucesos? Véase lo que dice Acosta en el lib. VI, cap. 7.º, de su *Historia*, y lo que yo digo en mi *Disertación sobre la cultura de los mexicanos*.

"¿Por qué no domesticaban animales, ni se servían de otros que del llama (1) y del paco, los cuales no eran, como nuestros animales domésticos, estables, fieles y dóciles?" Porque carecían de animales que pudiesen ser domesticados. ¿Quería el conde de Buffon que domasen tigres, lobos y otras fieras de esta especie? Mr. de Paw echa en cara a los americanos el no haberse servido de los rengíferos como los laponeses; pero estos animales no se hallan sino en países demasiado remotos de México, y los salvajes que los habitaban no quisieron servirse de aquellos cuadrúpedos, porque no los necesitaban. Además de que las palabras de Buffon, tomadas en su generalidad, encierran un error, pues él mismo confiesa que los indios domesticaron el **alco** o **te-chichi**, animal semejante al perro, y común a ambas Américas. Los mexicanos, además, habían domesticado los conejos, los patos, los pavos y otros animales.

(1) Llama era, según dice el P. Acosta, el nombre genérico de las cuatro especies de cuadrúpedos de aquel género; pero hoy se emplea para significar la que los españoles designan con el nombre de **carneros del Perú**. Las otras tres especies son el paco, el guanaco, o huanaco, y la vicuña.

Finalmente, "sus artes, concluye el conde de Buffon, eran tan nuevas como su sociedad; su talento imperfecto; sus ideas no estaban desarrolladas; sus órganos eran toscos, y bárbaras sus lenguas." Los errores contenidos en estas palabras serán refutados en las siguientes Disertaciones.

La nueva inundación de América debe, pues, considerarse, como una de aquellas quimeras filosóficas, inventadas por los ingenios de nuestro siglo; puesto que los americanos no conservan memoria de otra inundación, que de la universal referida en los libros santos. Antes bien, se puede asegurar, que si el Diluvio de Noé no anegó toda la tierra, ningún otro país se pudo, con mayor probabilidad, substraer de aquella catástrofe, que el territorio de México; pues además de su gran elevación sobre el nivel del mar, no hay país mediterráneo en que sean más raros los cuerpos marinos petrificados.

DEL CLIMA DE MEXICO

Si quisiera empeñarme en rebatir todos los despropósitos que Mr. de Paw escribe contra el clima de América, sería necesario emplear, en lugar de una disertación, un volumen. Basta decir que ha recogido todo lo que se ha dicho y escrito, con razón o sin ella, contra diversos países particulares de América, para representar a sus lectores un conjunto monstruoso y horrible; sin echar de ver que si quisiéramos imitar su ejemplo y adoptar su sistema a los diversos países de que se compone el antiguo continente, lo que no sería difícil, resultaría un retrato no menos espantoso. Pero dejemos esto, como ajeno de nuestro propósito, y limitémonos a hablar sobre el clima de México.

Siendo este país tan vasto, y hallándose dividido en tantas provincias, tan diversamente situadas, no es extraño que reinen en ellas diferentes climas. Algunas tierras, como las inmediatas a las costas, son cálidas, y por lo común húmedas y malsanas: otras, como casi todas las interiores, son templadas, secas y sanas. Estas son demasiado altas, y aquéllas demasiado bajas. En unas reinan los vientos del sur, en otras el levante, en otras el norte. El mayor frío de todos los puntos habitados no llega al de Francia ni aun al de Castilla; ni el mayor calor puede compararse con el de Africa, ni con el de la canícula en algunos pueblos de Europa. La diferencia entre el verano y el invierno es generalmente tan

pequeña, que muchas personas usan la misma ropa en agosto y en enero. Todo esto, y lo que he dicho en otra parte acerca de la benignidad y suavidad de aquel clima, es tan notorio, que no necesitamos de citas ni de argumentos para probarlo.

Mr. de Paw, para demostrar la malignidad del clima de América, alega: 1.º la pequeñez y la irregularidad de los animales; 2.º la corpulencia y la enorme multiplicación de los insectos; 3.º las enfermedades de los americanos, y especialmente el mal venéreo; 4.º los defectos de su constitución física; 5.º el exceso del frío en algunos países de América, con respecto a los del antiguo continente, situados a igual distancia de la línea equinoccial.

Ahora bien, la supuesta pequeñez y la menor ferocidad de los animales americanos, de que hablaré después, lejos de demostrar la malignidad del clima, manifiestan su suavidad, si damos crédito al conde de Buffon, de cuyo testimonio se ha valido el mismo Mr. de Paw, en todo lo que dice contra Pernetty. Buffon, que en muchos pasajes de la *Historia Natural* alega la pequeñez de los animales americanos, como una prueba cierta de la malignidad del clima, dice en el tomo XI, hablando de los animales selváticos: "Como todas las cosas, y aun las criaturas más libres, están sujetas a las leyes físicas; y como los animales, igualmente que los hombres, están sometidos al influjo del cielo y de la tierra, parece que las mismas causas que han civilizado y suavizado la especie humana en nuestros climas, han debido producir los mismos efectos en las otras especies. El lobo, que es quizás el cuadrúpedo más feroz de la zona templada, es, por otra parte, incomparablemente menos terrible que el tigre, el león, y la pantera de la zona tórrida, y que el oso blanco, el lobo cervical y la hiena de la zona fría. En América, donde el aire y la tierra son más blandos que en Africa, el tigre, el león y la pantera sólo tienen de terrible el nombre. Si la ferocidad unida a la crueldad, formaba parte de su naturaleza, no hay duda que han degenerado, o por mejor decir, han sufrido el influjo del clima: bajo un cielo más suave, su índole se ha amansado. De los climas extremosos salen las drogas, los perfumes, los venenos y todas las plantas cuyas cualidades son fuertes y vehementes. Por el contrario, una tierra templada no da sino productos templados: a ella pertenecen las yerbas más dulces, las legumbres más sanas, los frutos más suaves, los animales más pacíficos, y los hombres más tran-

quilos: porque la tierra influye en las plantas; la tierra y las plantas, en los animales; la tierra, las plantas y los animales, en el hombre. Las cualidades físicas del hombre, y de otros animales que se alimentan de otros animales, dependen, aunque más remotamente, de aquellas mismas causas que influyen en su índole y en sus costumbres. La mayor prueba que puede darse de que en los climas templados todo se templá, y de que todo es excesivo en los extremos, es que el tamaño y la forma que parecen cualidades fijas y determinadas, dependen, como las cualidades relativas, de la acción que el clima ejerce. El tamaño de nuestros cuadrúpedos no puede compararse con el del elefante, el rinoceronte y el hipopótamo; las mayores de nuestras aves son harto pequeñas comparadas al avestruz, al cóndor y al casoar." Hasta aquí el conde de Buffon, cuyo texto he copiado, porque me ha parecido importante a mi propósito, y contrario a lo que Mr. de Paw dice contra el clima de América, y a lo que el mismo Buffon escribe en otras partes.

Si, pues, los animales grandes y feroces son propios de los climas excesivos, y los pequeños y mansos de los templados, como dice el conde de Buffon; si la suavidad del clima influye en la índole y en las costumbres de los animales, mal deduce Mr. de Paw la malignidad del clima de América, del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales; antes bien, de esto mismo debería inferir la suavidad de su clima. Si por el contrario, el menor tamaño y la menor ferocidad de los animales americanos, con respecto a los del antiguo continente, prueban su degeneración por la malignidad del clima, como dice Mr. de Paw, deberemos del mismo modo deducir la malignidad del clima de Europa, del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales, comparados con los de Africa. Si algún filósofo de Guinea emprendiese una obra por el estilo de la de Mr. de Paw, con el título de **Recherches Philosophiques sur les européens** (Indagaciones filosóficas sobre los europeos) podría valerse del mismo argumento para censurar el clima de Europa y las ventajas del de Africa. "El clima de Europa, podría decir con las mismas palabras de su modelo, es demasiado opuesto a la generación de los cuadrúpedos, que allí son incomparablemente menores y más cobardes que en el nuestro. ¿Qué son el caballo y el buey, los mayores de sus animales, comparados con nuestros elefantes, con nuestros rinocerontes, con nuestros hipopótamos, con nues-

tros camellos y nuestras girafas? ¿Qué son sus lagartos, comparados en intrepidez y tamaño con nuestros cocodrilos? Los lobos y los osos, las más temidas de sus fieras, parecen ovejas al lado de nuestros leones y tigres. Sus águilas y sus buitres son gallinas en comparación de nuestros avestruces.” Omito otras bellas cosas que podrían decirse contra Europa, valiéndose de los mismos materiales y casi de las mismas expresiones de Mr. de Paw, por no hacer fastidiosa esta Disertación. Lo que aquellos dos escritores responderían al filósofo africano, respondo yo a cuanto ellos dicen; pues sus argumentos, o no prueban que es malo el clima de América, o demuestran que es malo el de Europa, o a lo menos inferior al de América.

De la escasez y pequeñez de los cuadrúpedos pasa Mr. de Paw al enorme tamaño y prodigiosa multiplicación de los insectos y otros animalillos dañosos. “La superficie de la tierra, dice, inficionada por la putrefacción, estaba inundada de lagartijas, de culebras, de reptiles e insectos monstruosos por su tamaño y por la actividad de su veneno, los cuales sacaban jugos abundantes de aquel suelo inculto, viciado y abandonado a sí mismo, en que el jugo nutritivo se agriaba, como la leche en el seno de los animales que no ejercen la virtud propagativa. Las orugas, las garra-patas, las mariposas, los escarabajos, las arañas, las ranas y los sapos eran de una corpulencia gigantesca en su especie, y se habían multiplicado más de lo que puede imaginarse. Panamá está infestada de culebras; Cartagena, de nubes espesas de enormes murciélagos; Porto Beo, de sapos; Suriñan, de kakerlaquis o cucarachas; Guadalupe y otras colonias de las islas, de escarabajos; Quito, de piques o niguas, y Lima, de piojos y chinches. Los antiguos reyes de México y los emperadores del Perú no hallaban otro medio de libertar a sus súbditos de estos insectos que los devoraban, que el de imponerles cierta cantidad de piojos que debían pagarles cada año. Hernán Cortés encontró sacos llenos de ellos en el palacio de Moteuczoma.” Pero este argumento, lleno de falsedades y exageraciones, nada prueba contra el clima de América en general, ni en particular contra el de México. El haber algunas tierras en América, en que por ser cálidas, húmedas e inhabitadas, se hallan insectos grandes y que se multiplican excesivamente, probará, cuando más, que en aquella vasta parte del mundo hay algunos puntos inficionados por la putrefacción; pero no que el terreno de México y el de toda la América, son fétidos,

incultos, viciados y abandonados a sí mismos, como pretende des-
acertadamente Mr. de Paw. Si esta consecuencia fuera exacta, po-
díamos decir que el terreno del antiguo continente, es igualmente
fétido y podrido, pues en muchos países de los que lo componen,
hay una prodigiosa multitud de insectos monstruosos, de reptiles
dañinos y de viles animalillos, como en las islas Filipinas, en las
del Océano Indico, en muchas partes del Asia Meridional y de
Africa, y aun en no pocas de Europa. Las Islas Filipinas están in-
festadas de hormigas enormes, y de murciélagos monstruosos; el
Japón, de escorpiones; el Asia Menor y el Africa, de serpientes;
el Egipto, de áspides; la Guinea y la Etiopia, de ejércitos de hor-
migas; la Holanda, de ratones; la Ukrania, de sapos, como el mis-
mo Mr. de Paw asegura. En Italia, la campaña romana, cuya po-
blación es tan antigua, abunda en víboras; la Calabria, en tarán-
tulas; las costas del mar Adriático, en nubes de mosquitos; y
aun en la misma Francia, cuya población es tan antigua y tan
grande, cuyas tierras están tan cultivadas, y cuyo clima alaban
tanto los franceses, apareció hace años, según el mismo conde
de Buffon, una nueva especie de rata campestre, mayor que la
común y que él llama **surmulot**, cuya especie se propagó excеси-
vamente, con gran daño de los campos. Mr. Bazin, en el **Compen-
dio de la Historia de los Insectos**, cuenta setenta y siete espe-
cies de chinches en París y en sus contornos. Aquella gran capital,
según Mr. de Bomare, hormiguea de tan enojosos bichos. Es muy
cierto que hay puntos en América, en que la muchedumbre de
insectos y reptiles hace incómoda la vida; pero no sabemos que
de resultas de su excesiva multiplicación se haya despoblado la
más miserable aldea: a lo menos no podrían citarse tantos ejem-
plos de despoblación por aquel motivo, como los que del antiguo
continente refieren Teofrasto, Varron, Plinio y otros autores. Las
ranas despoblaron un lugar de las Galias, y otro en Africa las lan-
gostas. La isla de Giaro, una de las Cicladas, quedó despoblada por
las ratas; Amiclas, cerca de Terracina, por las culebras; otro pue-
blo próximo a Etiopia, por los escorpiones y por las hormigas
venenosas, y otro por las escolopendras; y más cerca de nuestros
tiempos, los habitantes de la isla Mauricio estuvieron próximos
a abandonarla, de resultas de la extraordinaria multiplicación
de los ratones, según me acuerdo de haber leído en un autor
francés.

En cuanto al tamaño de los insectos y de los reptiles, Mr. de Paw se vale del testimonio de Mr. Dumont, el cual, en sus **Memorias sobre la Luisiana**, dice que las ranas de aquel país son tan grandes, que pesan 37 libras francesas, y que su horrendo clamor es muy semejante al de las vacas. Pero ¿quién podrá fiarse de aquel autor, sabiendo lo que dice el mismo Mr. de Paw, que todos los que han escrito sobre la Luisiana, desde Kenepin, Le Clerc, y el Caballero Tonti, hasta Dumont, se han contradicho unos a otros? Yo, además, me maravillo que Mr. de Paw, haya osado decir que no existen semejantes monstruos en el resto del mundo. Sé que ni en el antiguo continente, ni en el nuevo, existen ranas de 37 libras; pero existen en Asia y Africa serpientes, murciélagos, hormigas y otros animales de esta especie, de tan estupendo tamaño, que superan a cuantos se han descubierto hasta ahora en el Nuevo Mundo. ¿En qué parte de América se ha visto una serpiente de 50 codos romanos, como la que enseñó Augusto al pueblo en los espectáculos, según afirma Suetonio, (1) o tan gruesa como la que se mató en el Vaticano, en tiempo del emperador Claudio, de la que asegura Plinio, autor casi contemporáneo, que se le encontró un niño entero en el vientre? Sobre todo, ¿cuándo se ha visto, aun en los bosques más solitarios de América, una serpiente que se pueda comparar, bajo ningún aspecto, con la enorme y prodigiosa, de 120 pies, vista en Africa en tiempo de la primera guerra Púnica, destruída con máquinas de guerra por el ejército de Atilio Régulo, y cuya piel y quijadas se conservaron en un templo de Roma, hasta la guerra de Numancia, como testifican Livio, Plinio y otros historiadores? Sé que algún escritor ha dicho que en los bosques de América se hallan unas culebras gigantescas, que con su aliento atraen a los hombres, y los ahogan; pero también sé que lo mismo y algo más cuentan algunos historiadores antiguos y modernos de las serpientes de Asia. Megasthenes, citado por Plinio, dice que en aquellas regiones se hallan serpientes que tragan ciervos y toros enteros. (2) Metrodoro, citado por el mismo escritor, afirma que

(1) In Octaviano Caesare.

(2) Megasthenes scribit, in India serpentes in tantam magnitudinem adolescere, ut solidos hauriant cervos, taurosque. Metrodorus, circa Rhindacum amnem in Ponto, ut supervolantes quamvis alte, perneciterque alites haustu raptas absorbeant. Nota est in Punicis bellis ad flumen Bagradam a Regulo Imper, balistis, tormentisque, ut oppidum aliquod, expugnata

en el Ponto había unas culebras que atraían con su aliento a los pájaros, por altos que estuviesen y por rápido que fuera su vuelo. Gemelli, en el tomo V de su **Vuelta al Mundo**, hablando de las islas Filipinas, dice así: “Hay serpientes en aquellas islas, de desmesurado tamaño. Hay una, llamada Ibitin, que se cuelga por la cola del tronco de un árbol, y espera que pasen ciervos, javalíes y aun hombres, para atraerlos a sí violentamente con el aliento, y devorarlos enteros.” Bien se ve por todo esto que aquella antiquísima fábula ha sido común a uno y otro continente.

Mr. de Paw querrá quizás responder que aquellos monstruosos animales se veían en el antiguo continente, cuando aun no se había perfeccionado su clima. Pero si se compara lo que escribieron los antiguos, con lo que ahora sabemos del Asia y Africa, ¿quién negará que el clima de aquellos países es el mismo que era hace 2,000 años, con el mismo calor, la misma humedad y las mismas producciones animales y vegetales? Además, que aun en nuestros tiempos se ven allí varias suertes de animales de extraordinarias dimensiones, que superan a los de la misma especie en el nuevo continente. ¿En qué país de América encontrará Mr. de Paw hormigas que puedan compararse con las llamadas **sulum** en las islas Filipinas, de las cuales afirma el Dr. Hernández que tienen seis dedos de largo y uno de ancho? ¿Quién ha visto en América murciélagos tan gruesos como los de las islas Borbón, Ternate, Filipinas y los de todo el archipiélago Indico? El mayor murciélago de América, propio de ciertas tierras cálidas y sombrías, que es el que el conde de Buffon llama **vampiro**, es, según él mismo, del tamaño de un pichón: la **rougette**, una de las especies de Asia, es tan grande como un cuervo, la **roussete**, otra especie de Asia, como una gallina. Sus alas tienen de punta a punta tres pies de París, y según Gemelli, que las midió en Filipinas, seis palmos. El conde de Buffon confiesa el exceso de tamaño en los murciélagos asiáticos, pero les niega el del número. Gemelli, testigo ocular, dice que los de la isla de Luzon eran tantos, que cubrían el aire, y que el rumor que hacían con los dientes, al comer las frutas de los bosques, se oía a distancia de tres millas. Lo mismo

serpens CXX pedum longitudinis. Pellis ejus maxillaeque usque ad bellum Numantinum duravere Romae in templo. Faciunt his fidem in Italia apellatae boae in tantam amplitudinem exeuntes, ut Divo Claudio principe, occisae in Vaticano, solidus in alvo spectatus sit infans.” Plin., Hist. Nat., lib. VIII, cap. 14.

confirman muchas personas fidedignas que han residido largos años en aquellas islas. El mismo Mr. de Paw dice, hablando de las serpientes, que “no se puede afirmar que en el Nuevo Mundo se hayan encontrado tan grandes como las que vió Adanson en los desiertos de Africa.” La mayor serpiente hallada en México, después de las más diligentes investigaciones hechas por el Dr. Hernández, tenía 18 piés de largo; mas ésta no es comparable con la de las Molucas, de la que dice Mr. de Bomare que tiene 32 pies de largo, ni con la Anacandaya de Ceylán, que, según él mismo, tiene 33 piés, ni con otras de Asia y Africa, citadas por el mismo autor. Finalmente, el argumento sacado de la muchedumbre y tamaño de los insectos americanos, es casi tan débil, como el que se deduce de la pequeñez y escasez de los cuadrúpedos, y en uno y otro se muestra la misma ignorancia y el mismo voluntario olvido de las cosas del Antiguo Mundo.

En cuanto a lo que dice Mr. de Paw acerca del tributo de piojos que se pagaba en México, descubre su mala fe, como en otras muchas cosas. Es cierto que Cortés halló sacos de piojos en los almacenes del palacio del rey Axayacatl; también es cierto que Moteuczoma impuso aquel tributo; pero no a todos sus súbditos, sino a los mendigos; y no porque la excesiva multitud de aquellos insectos los devoraba, como dice Mr. de Paw, sino porque Moteuczoma, que no podía soportar el ocio en sus vasallos, quiso que hasta aquella gente miserable, que no podía trabajar, se ocupase en quitarse de encima aquella asquerosa molestia. No influiría poco en aquella medida la gran afición de aquel monarca al orden y al aseo. Tales eran los motivos de aquel extravagante tributo, como afirman Torquemada, Betancourt y otros historiadores, y a nadie se le ha ocurrido hasta ahora la interpretación de Mr. de Paw, con la cual creía, sin duda, dar mayor peso a sus opiniones. Por lo demás, aquellos inmundos insectos abundan en los cabellos y en la ropa de los mendigos americanos, como en los de la gente miserable de todos los países del mundo, y no hay duda que si algún soberano de Europa exigiese aquella contribución de los pobres de sus dominios, podría llenar fácilmente, no digo yo sacos, sino fragatas enteras.

Finalmente, reservando para otra disertación el examen de las pruebas del clima de América, fundadas en las dolencias y en los defectos de la constitución física de los americanos, en la cual demostraremos los errores y las preocupaciones pueriles de

aquel escritor, vengamos a lo que dice sobre el exceso del frío en los países del Nuevo Mundo, con respecto a los del antiguo, situados a igual distancia de la línea equinoccial. “Comparando, dice, las experiencias hechas con los termómetros en el Perú, por los señores de la Condamine y D. Juan de Ulloa (no se llamaba Juan, sino Antonio), con las del infatigable Adanson en el Senegal, se puede fácilmente inferir que el aire es menos cálido en el Nuevo Mundo que en el antiguo. Calculando con la mayor exactitud posible la diferencia de temperatura, creo que será de 12 grados de latitud: esto es, que hace tanto calor en Africa a 30° del ecuador, como a 18° de la misma línea en América. El licor no ha subido a tanta altura en el termómetro ni en el Perú, ni en el centro de la zona tórrida, como en Francia en el mayor calor del verano. Quebec, con estar a la misma altura polar que París, tiene incomparablemente un clima más áspero y más frío que esta capital. La misma diferencia se nota entre la bahía de Hudson y el Támesis, que están a la misma latitud.”

Aun cuando concediésemos todo esto, nada se inferiría en contra del clima de América. ¿Por qué se ha de deducir la perversidad de aquel clima de exceso del frío en América, y no se deducirá más bien la perversidad del clima del antiguo continente del exceso del calor en los países situados a igual distancia de la línea? No se podrá sacar ningún argumento contra América, que los americanos no puedan emplear contra Europa y Africa. Pero lo principal es que las observaciones hechas hasta ahora no bastan a establecer, como principio general, que los países del Nuevo Mundo son más fríos que los del antiguo, situados a la misma latitud; y mucho menos para creer, como cree Mr. de Paw, que haya tanto calor en el antiguo, a 30° de latitud polar, como a los 18° en el nuevo. Si esto fuera verdad, sería en América tan intenso el frío a los 67° de latitud como a los 80° en el continente antiguo. Ahora bien, Mr. de Paw dice que el frío del antiguo continente en noviembre, más allá de los 80°, es tan perjudicial al hombre, que destruye la vida: ¡y no la destruiría en América más allá de los 67°! ¿Cómo, pues, afirma él mismo que en el país de los esquimales se hallan habitantes más allá del 75°? Y si los débiles americanos pueden subsistir en aquella latitud, debemos creer que los fortísimos europeos serían capaces de resistir al frío de los 80°. Además, si aquel principio fuera cierto, haría tanto calor en Jerusalén, situada a poco menos de 32°, como en la

Veracruz que está a poco menos de 20° ; lo que nadie, si no es Mr. de Paw, es capaz de pensar. Igualmente podrían inferirse otros despropósitos, especialmente si se adoptase el cálculo del Dr. Michel, el cual, según dice el Dr. Robertson, concluyó después de treinta años de observaciones, que la diferencia entre el clima del Nuevo Mundo y el del antiguo, es de 14 a 15 grados: esto es, que hace tanto calor en los países del antiguo continente, que están a los 29° o a los 30° , como en los del nuevo que están a los 15° . Es cierto que así como hay muchos países en América más fríos que otros del mundo antiguo, igualmente distantes de la línea Equinoccial, así hay otros mucho más cálidos. Agra, capital del Mogol, y el puerto de Loreto en las Californias, se hallan en la misma latitud, y sin embargo no es comparable el calor de aquella ciudad asiática con el de este puerto americano. Hue, capital de la Cochinchina, y Acapulco, están a igual distancia de la línea, y el aire de Hue es fresco, comparado con el de Acapulco. Más falsa es aún, y más improbable la otra proposición de Mr. de Paw, a saber, que en el centro de la zona tórrida no sube a tanta altura el termómetro, como en París, en lo más fuerte del verano. Si esto fuera cierto, la diferencia entre el clima europeo y el americano, no sería sólo de 12 grados, como dice Mr. de Paw, sino de 49, cuanta es la diferencia de latitud entre el centro de la zona tórrida y París. Es cierto que en virtud de las observaciones hechas en Quito, y comparadas con las hechas en París, el calor de aquella ciudad equinoccial no llega nunca al de París en el verano; pero también es cierto, según las observaciones hechas por los mismos académicos con los mismos termómetros en la ciudad de Cartagena, que no es el centro de la zona tórrida, sino al 10° de la línea, que el calor ordinario de esta ciudad es igual al mayor de París, como lo asegura D. Antonio de Ulloa, uno de los observadores. (1)

Son muchas las causas que, además de la proximidad o distancia de la línea, influyen en el calor y en el frío. La elevación del terreno, la proximidad de alguna alta montaña cubierta de nieve, la abundancia de lluvias, etc., contribuyen a aumentar la frialdad del ambiente; y por el contrario, la depresión del terreno,

(1) En el año de 1735 se mantuvo el termómetro de M. Reaumur en Cartagena a $1025\frac{1}{2}^{\circ}$, sin otra variación que el bajar tal cual vez a 1024° , o subir a 1026° . En París, el mismo año no subió a más de $1025\frac{1}{2}^{\circ}$ en el mayor calor del verano.

la escasez de agua, los arenales, etc., aumentan el calor. Ciudad Real, capital de la diócesis de Chiapa, por estar situada en un punto alto, es fría, y Chiapa de los Indios, poco distante de allí, es calidísima, por estar en un punto bajo. Chalchicomula, villa grande, al pie de la altísima montaña de Orizaba, es fría, y Veracruz, en la misma latitud, es sumamente calurosa; y, lo que es más, siendo frío el aire de Ciudad Real, en la latitud de $16\frac{1}{2}^{\circ}$, es caliente el de Loreto, en Californias, a $25\frac{1}{2}^{\circ}$.

Las mismas observaciones de Mr. de Paw convencen que el clima de América no es tan vario como el de Europa, y que los habitantes del Nuevo Mundo no pasan, como la mayor parte de los del antiguo, de un frío excesivo a un calor intolerable. Cuanto más uniforme es el clima, tanto más se acostumbran a él los hombres, y tanto más fácilmente evitan los perniciosos efectos que ocasiona la mudanza de temperatura. En Quito no sube el termómetro tanto como en París en verano; pero tampoco baja tanto como en los países más templados de Europa, en invierno. ¿Qué se puede desear más en un clima que un temple en el aire, igualmente distante de uno y otro extremo, como el de Quito, y el de la mayor parte del territorio mexicano? ¿Qué clima puede haber más benigno, y más favorable a la vida, que aquel en que se goza todo el año de los deleites del campo; en que la tierra se ve siempre adornada de yerbas y flores, los campos cubiertos de grano, y los árboles cargados de fruta; en que los rebaños, sin necesitar del trabajo del hombre, tienen bastante con lo que les da la Providencia, sirviéndoles el cielo de techo para resistir a la inclemencia de las estaciones? Ni la nieve, ni el hielo obligan al hombre a vivir entumido al lado del fuego; ni el ardiente calor del estío lo arroja de las ciudades, sino que experimentando siempre la acción benigna de la naturaleza, goza indiferentemente en todas las estaciones de la sociedad en las poblaciones, y de las delicias de la naturaleza en el campo. Esta es la idea que tienen los hombres de un buen clima, y por esto los poetas, queriendo ensalzar en sus versos algunos países, decían que reinaba en ellos una perpetua primavera, como Virgilio hablando de Italia:—

Bis grávidae pecudes, bis pomis utilis arbor.

Hic ver assidum, atque alienis mensibus aestas,

y Horacio de las islas Fortunadas:—

Jupiter brumas.

Ver ubi longum, tepidasque praebet.

Así representaban los antiguos los Campos Elíseos, y aun en los libros santos, para darnos alguna idea de la Jerusalén celeste, se dice que no se siente en ella frío, ni calor.

El P. Acosta, a cuya **Historia** da Mr. de Paw el título de obra excelente, que era práctico en los climas de ambos continentes, y que por no ser muy parcial de América, no debía tener gran interés en exagerar sus preeminencias, dice, hablando de su clima: “Viendo yo la dulzura del aire, y la suavidad del clima de muchos países de América, donde no se sabe qué cosa es invierno que moleste, ni verano que angustie; donde una estera basta para preservarse de la intemperie de las estaciones; donde apenas se necesita mudar de ropa en todo el año; considerando yo todo esto, me ha parecido muchas veces, y lo mismo pienso hoy, que si los hombres quisieran desembarazarse de los lazos que les tiende la codicia, y dejar ciertas pretensiones inútiles y enojosas, podrían llevar en América una vida tranquila y agradable; porque lo que los poetas cantaron de los Campos Elíseos y del famoso valle de Tempe, y lo que Platón refería, o fingía de su isla Atlántida, se halla reunido en aquellas tierras.” Lo mismo que Acosta, dicen de América algunos historiadores, y particularmente de México y de las provincias circunvecinas, cuyos países mediterráneos, casi desde el istmo de Panamá hasta los 40° de latitud (pues los de más allá no se han descubierto), gozan de un aire benigno y de clima favorable a la vida; excepto algunos puntos, que o por su depresión son cálidos y húmedos, o por demasiada elevación son de un clima áspero. Pero ¡cuántos no hay en el Mundo Antiguo ásperos y dañosos!

DE LAS CALIDADES DEL TERRENO EN MEXICO

“Lo cierto es, dice Mr. de Paw, que la América en general ha sido, y es hoy día un país demasiado estéril.” Lo que sí es cierto es que esta proposición general es una falsedad insigne, y si quiere convencerse de ello, infórmese de los muchos alemanes que han estado recientemente en América, y residido allí algunos años, y ahora se hallan en Austria, en Bohemia, en el Palatinado del Rhin, y aun en la misma Prusia; o si no, lea de nuevo la **excelente obra** del P. Acosta, y encontrará en el libro II, cap. 14, que si hay alguna tierra a que convenga el nombre de paraíso es la de América. Esto dice un europeo docto, juicioso, imparcial, nacido

en España, uno de los mejores países de Europa; y hablando en el libro III, de los del imperio mexicano, dice: "que la Nueva España es uno de los mejores países de todos cuantos alumbra el sol". Ciertamente no hablaría así de América en general, ni en particular de la Nueva España, bajo cuyo nombre comprende toda la América Septentrional dominada por los españoles, si la América fuera un país estéril. No hablan de otro modo de aquellas regiones, y con especialidad de México, otros muchos europeos, cuyos testimonios omito por no dar fastidio a los lectores. (1) Por la misma razón dejo aparte lo que el mismo Mr. de Paw escribe contra otros países del Nuevo Mundo; pues sería imposible examinar las razones que alega sobre cada uno de ellos, sin escribir un gran volumen, y me limitaré a lo que pertenece exclusivamente a México.

El conde de Buffon y Mr. de Paw parecen convencidos de que todo el terreno de América se reduce a montes inaccesibles, a bosques impenetrables, y a llanuras anegadas y pantanosas. Leyeron sin duda en las descripciones de aquel país, que los famosos Andes, o Alpes americanos, formaban dos larguísimas cadenas de montes altos, y cubiertos en gran parte de nieves; que el vasto desierto de las Amazonas se compone de bosques espesos; que Guayaquil y tal cual otro pueblo son húmedos y pantanosos, y esto bastó para que no viesen en todo aquel continente sino pantanos, sierras y espesuras. Leyó Mr. de Paw en la Historia de Gumilla lo que dice aquel autor acerca del modo que tenían los indios del Orinoco de preparar el terrible veneno de sus flechas; en la Historia de Herrera y en otros autores, que los caníbales y otras naciones bárbaras usaban de flechas envenenadas, y de aquí sacó que "el nuevo continente produce mayor número de yerbas venenosas que todo el resto del mundo." Leyó que en las tierras demasiado calientes no nace trigo, ni prosperan las frutas de Europa, y no necesitó de más para decir que "los albérchigos

(1) Tomas Gage, oráculo de los ingleses y de los franceses, en cuanto es relativo a la América, hablando de México, dice: "En México no falta nada de lo que puede constituir la felicidad de un pueblo; y si los escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España, y de Lombardía y Toscana en Italia, que convierten en paraísos terrestres, hubieran visto este Nuevo Mundo y la ciudad de México, pronto se retractarían de todo lo que han dicho acerca de aquellos países." Esto dice de México aquel autor que no sabe hablar bien de nada.

y albaricoques sólo han fructificado en la isla de Juan Fernández," (1) y que "el trigo y la cebada no han granado sino en algunos países del Norte".

Nada es cierto, con respecto a México, de todo lo que dicen contra el terreno de América. Hay, ciertamente, en aquel país montañas elevadísimas, y cubiertas de nieves eternas: hay grandes bosques, y algunos puntos pantanosos; pero es sin comparación más vasto el terreno fértil y cultivado, como lo saben cuantos lo han visto. En todo aquel inmenso espacio en que ahora se siembra trigo, cebada, maíz, y otras especies de plantas cereales y leguminosas, de que abunda infinitamente aquel país, se sembraba antes maíz, pimienta, judías, cacao, chíca, algodón, y otras plantas que servían a las necesidades y placeres de aquellos pueblos; los cuales, siendo tan numerosos, como he dicho en la Historia, y demostraré en otra parte, no hubieran podido tener con que subsistir, si la tierra hubiera sido una continuación de montes, bosques y pantanos. El conde de Buffon que en su tomo 1.º dice que la América no es más que un pantano continuo, y en el tomo V afirma que las montañas inaccesibles apenas dejan allí pequeños espacios para la habitación de los hombres, en el mismo tomo confiesa que los pueblos de México y del Perú eran bastante numerosos. Pero si estos pueblos, que ocupaban una grandísima parte de la América, eran bastante numerosos, y vivían, como él dice, en sociedad, y bajo la dirección de las leyes, no es posible que el país que los alimentaba fuese un vasto pantano; si estos pueblos tan numerosos se sustentaban, como es cierto, de los granos y frutos que cultivaban, no pueden ser pequeños los espacios que los montes inaccesibles dejan a la agricultura y a la habitación de los hombres.

La muchedumbre, la variedad, y la bondad de las plantas de México no dejan la menor duda acerca de la prodigiosa fertilidad de su suelo. "En los pastos, dice el P. Acosta, es excelente

(1) A fin de mostrar cuánto se aparta de la verdad Mr. de Paw, es necesario saber que en la miserable isla de Juan Fernández, donde dice que se crían tan bien los albérchigos, hay muy pocos, y éstos malos, como lo he oído decir al presbítero D. José García, valenciano, que estuvo allí siete meses, y en la estación de las frutas. Por el contrario, en casi todos los países templados y fríos de América, donde cree Mr. de Paw que no hay albérchigos, se dan excelentes, y en algunas partes, como en Chile y en varios pueblos de México, mejores que en Europa.

el terreno de México y es increíble la multitud de caballos, vacas, ovejas, y otros cuadrúpedos que allí se crían. También es abundante, tanto en frutas como en toda clase de granos." En efecto, no hay grano, legumbre, hortaliza o fruta que no prospere en aquella tierra venturosa. El trigo, que apenas concede Mr. de Paw a pocos distritos del Septentrión, no nace generalmente en las tierras demasiado cálidas de México, como tampoco en la mayor parte de Africa, y en otros muchos países del antiguo continente; pero las tierras frías y templadas de las provincias mexicanas, lo dan de excelente calidad, y más abundante que en Europa. Baste decir que el que se coge en la diócesis de la Puebla de los Angeles es tanto, que del que sobraba, después de provistos sus innumerables habitantes, se proveían las islas Antillas, y la escuadra que había en la Habana con el nombre de Armada de Barlovento. En Europa no hay más que una siembra, y una cosecha: en México hay muchas. Torquemada, autor europeo, que estuvo muchos años en aquellos países, y los recorrió en todos sentidos, dice: "En las tierras en que se cultiva el trigo, se ve en cada estación del año un trigo que se está segando, otro que empieza a madurar, otro que aún está verde, y otro que se siembra; y ahora, que es el mes de noviembre, se verifica así, pues vemos la siega del trigo temporal, el de riego, (1) que va creciendo en Atlixco y en otros lugares, mientras se está haciendo en otros la siembra: lo que demuestra la maravillosa fertilidad de la tierra." (2) El mismo autor hace mención de muchas tierras que daban 60, 80 y 100 por uno; y en nuestros días se ha visto aquella extraordinaria multiplicación de trigo en muchos campos, (3) siendo generalmente cierto que dando más productos que los de Europa, exigen menos cultivo, como

(1) El trigo llamado de **riego**, se siembra en octubre, en noviembre o en diciembre, y la cosecha se hace en mayo o en junio; el de **temporal** se siembra en junio, y se siega en octubre; y el **aventurero** se siembra en noviembre, y la cosecha no tiene época fija.

(2) Torquemada, lib. I, de la **Monarquía Indiana**, cap. 4. Véase también lo que dice acerca de la abundancia de frutas en todas las estaciones, y Herrera en muchas partes de su obra.

(3) Yo he estado en países en que la tierra solía dar 50 por uno, y he sabido de otros en que daba hasta 100. En Sinaloa, aunque es país caliente, la tierra suele dar 200 por uno, según me ha informado una persona digna de fe que estuvo allí muchos años. Mi erudito amigo el profesor D. Juan

es notorio a los europeos inteligentes que han viajado por aquellas regiones. Lo que decimos del trigo, se puede aplicar a la cebada, aunque de ésta no se siembra sino lo necesario para mantener los caballos, las mulas y los puercos. Mucho más podría decir del maíz, que es el grano propio de aquella parte de América.

Mr. de Paw dice que todas las plantas de Europa han degenerado en América, excepto las acuáticas y jugosas; y para apoyar este despropósito, añade que “los albérchigos y los albaricoques sólo han fructificado en la isla de Juan Fernández.” Aunque le concediésemos que ningún país de América da aquellas dos clases de frutas, no por esto habría probado su aserción; pero el hecho en que se funda es enteramente falso. El P. Acosta, hablando de aquellas frutas en particular, dice: “Prosperan allí los albérchigos, los melocotones y los albaricoques; (1) pero mejor que en ninguna parte, en México.” En todo aquel país, excepto en las tierras muy calientes, han prosperado aquellas frutas, y todas las otras que se han llevado de Europa, y nacen en gran abundancia, como atestiguan todos los viajeros. (2) “Finalmente, dice Acosta, hablando de la América en general, casi todo lo bueno que produce la España, lo hay allí, en parte mejor, y en parte no: trigo, cebada, ensaladas, hortalizas, legumbres, etc.” (3) Si hubiera hablado sólo de México, hubiera podido omitir el *casi*.

Ignacio Molina, dice en su *Historia Compendiosa de Chile*, publicada en Bolonia, que en aquellos países el trigo da comunmente 150 por uno. La fanega se vende a precio ínfimo, y cada año van al Perú 30 buques cargados de trigo, quedando mucho en el país.

(1) Acosta, lib. IV, cap. 31. Es tanta la abundancia de albérchigos en México, que se suelen dar dos, tres, y aun cuatro veintenas por la moneda más pequeña del país. En Chile se cuentan hasta doce especies de albérchigos, y los hay tan grandes que algunos pesan una libra española. Así lo asegura Molina. Véase lo que dice el P. La Feuillée, acerca de su delicadísimo sabor.

(2) Las peras se venden también por veintenas en México, y hay más de cincuenta especies. Gemelli habla de la cuantiosa renta que sacaban de las frutas europeas de su jardín, los carmelitas de S. Angel, pueblo distante siete millas de la capital, y del producto de la hortaliza que cultivaban en su pequeño huerto los dominicanos de S. Jacinto, en un arrabal de la misma.

(3) Acosta, lib IV, cap. 31.

“Hay otra ventaja, añade el mismo, y es que en América se dan mejor los productos de Europa, que en Europa los de América.” ¿Y parecerá pequeña esta ventaja a Mr. de Paw? Esto sólo bastaría para demostrar que si hay algún exceso, está en favor de América. En México prosperan admirablemente, como dicen muchos escritores, y como saben todos los que han estado allí, el trigo, la cebada, el arroz y todos los otros granos de Europa; las judías, los guisantes, las habas y todas las legumbres; las lechugas, las coles, los nabos, los espárragos y otras ensaladas y raíces, y en general, toda especie de hortaliza; los albérchigos, las manzanas, las peras y otras frutas; las rosas, los claveles, las violetas, los jazmines, la albahaca, la yerba buena, la mejorana, el toronjil y otras flores y plantas europeas; pero en Europa no prosperan, ni pueden prosperar, las plantas americanas. El maíz se cultiva en Europa; pero es mucho más pequeño, y de inferior calidad que el de América. De las muchas y sabrosas frutas del Nuevo Mundo, algunas, como el plátano y la piña, han fructificado en los jardines europeos, gracias a las estufas y a un grandísimo esmero; pero ni tan bien sazonadas, ni con tanta abundancia como en su propio país. Otras más apreciadas, como la chirimoya, el mamey y el chicozapote, no sabemos que se hayan podido aclimatar, a pesar de la industria y del saber que en ello se ha empleado. La causa de esta gran diversidad entre Europa y América, es la que señala el mismo Acosta, esto es, “porque en América hay mayor variedad de temperaturas que en Europa, y así es más fácil dar a cada planta el temple que le conviene.” Y como no es prueba de la esterilidad de Europa que no se den en ella las plantas propias de América, tampoco podrá inferirse la esterilidad de algunas partes de América, de que no se den allí algunas plantas de Europa.

*Non omnis fert omnia tellus,
Hic segetes, ibi provenient felicius uvae. (1)*

Antes bien puede asegurarse que los países cálidos, que se niegan a la producción del trigo y de las frutas europeas, son más fecundos y amenos bajo otros aspectos, como saben los que en ellos han residido.

(1) No toda especie de tierra produce todos los frutos: una es más propia para el cultivo de las mieses, otra para el de las vides.

Yo, sin embargo, no dudo que si se quiere hacer un parangón entre los dos continentes, se hallarán casi iguales en sus producciones, porque en Asia y Africa hay tierras y climas proporcionados a todas las plantas de América, las cuales, por causa de la diversidad de aquellos dos elementos esenciales, no pueden prosperar en Europa. Pero ¿qué ventaja sacan los europeos de lo que produce el Asia? Por el contrario, los mexicanos, rodeados de países en que reinan toda clase de climas, gozan de todos los frutos que éstos favorecen. La plaza de México (así como las de otras muchas ciudades de América) es el centro de todos los dones de la naturaleza. Allí se ven la manzana, el albérchigo, el albaricoque, la pera, la uva, la cereza, el camote, la jícama, la nuez y otras innumerables frutas, raíces y yerbas sabrosas que se crían en los países fríos y templados; la piña, el plátano, el coco, la anona, la chirimoya, el mamey, el chicozapote, el zapote negro, y otros muchísimos de las tierras cálidas; el melón, la sandía, la naranja, la granada, el aguacate, el zapote blanco y otros, comunes a países calientes y fríos. En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente provisto de varias frutas exquisitas, y aun en la época en que los europeos no tienen más que castañas y, cuando más, las uvas y manzanas que su industria sabe conservar. Todo el año, sin exceptuar el invierno, entran en aquella plaza, por uno de los canales, innumerables barcas, cargadas de frutas, flores y hortalizas; de modo que parece que todas las estaciones y todos los países son tributarios a las necesidades y placeres de aquellos habitantes: díganlo los europeos que han tenido la satisfacción de verlo.

No es menor la abundancia de aquella tierra en plantas medicinales: basta para esto ver la obra del célebre naturalista Hernández, en la cual se describen y dibujan más de 900 plantas (la mayor parte de ellas nacidas en los alrededores de la capital), cuyas virtudes ha dado a conocer la experiencia, además de otras 300 cuyo uso no es conocido. No hay duda que en este largo catálogo faltan otras innumerables. Mr. de Paw, por el contrario, dice que la América produce mayor número de plantas venenosas que todo el resto del mundo. Pero ¿qué sabe él de las que se crían en lo interior del Asia y del Africa? Siendo tan grande la fertilidad de aquel suelo, no es extraño que abunden en él toda clase de vegetales. Pero, a la verdad, yo no sé que hasta ahora se hayan descubierto en México ni la vigésima

parte de las plantas ponzoñosas del continente antiguo, de que hacen mención en sus libros los naturalistas y los médicos europeos.

En cuanto a las gomas, resinas, aceites y otros jugos que despiden los árboles, o espontáneamente, o ayudados por la industria humana, es admirable, como dice el P. Acosta, el terreno de México, por la abundancia de esta clase de productos. Hay bosques enteros de acacias, que son las que dan la verdadera goma arábica, la cual, por ser tan común, no tiene valor en aquel país. Hay bálsamo, incienso, copal de muchas especies, líquidámbar, tecamaca, aceite de abeto, y otros muchos jugos apreciables por su suavísimo olor y por sus virtudes medicinales.

Aun esos mismos bosques que cubren el suelo de América, según afirman el conde de Buffon y Mr. de Paw, acreditan su fecundidad. Siempre ha habido, y en la actualidad hay en aquellas vastas regiones bosques espesos y sostenidos; pero no son tantos que no se pueda hacer un viaje de 500 o de 600 millas sin encontrar uno solo. ¿Y qué clases de bosques son esos que tanto disgustan a aquellos dos escritores? Por lo común, o de árboles frutales, como de plátanos, mameyes, chicozapotes, naranjos y limoneros, cuales son los de Coatzacoalco, Mixteca y Michuacan; o de árboles preciosos por sus maderas y por sus resinas, como los que separan el valle de México de la diócesis de la Puebla de los Angeles, y los de Chiapa, Zapotecas y otros. Además de los pinos, robles, fresnos, nogales, abetos y otros muchísimos, comunes a los dos continentes, hay mayor número de los propios de aquella tierra, que son los más apreciados. Encuéntranse bosques enteros de cedro, como en otra parte he dicho. El conquistador Cortés fue acusado por sus émulos ante el emperador Carlos V, de haber empleado en el palacio que hizo construir en México, 7,000 vigas de cedro, y se excusó diciendo que el cedro era una madera común del país. Lo es en efecto tanto, que con él se hacen las estacas para los cimientos de las casas, en el suelo pantanoso de la capital. Del justamente celebrado ébano, hay también bosques en Chiapa, Yucatán y Cozumel; del brasil en las tierras calientes, y en otras partes, del oloroso aloe. El *tapinceran*, el *granadillo* o ébano rojo, el camote, y los otros de que he hablado en la Historia, suministran materias harto mejores que las que se emplean en Europa. Finalmente, para no detenerme en una larga y enojosa enume-

ración, me refiero al P. Acosta, al Dr. Hernández, a Jiménez, y a otros autores españoles que han estado en México, sin embargo de que todo lo que dicen no basta a formar una idea de la fertilidad de aquella tierra. El P. Acosta afirma que en cuanto al número y la variedad de árboles incultos, es muy superior la América al Africa, al Asia y a la Europa.

Este último dato es decisivo; pues la naturaleza y propiedades de un terreno se dan a conocer mucho más por sus producciones espontáneas, que por las que nacen con el auxilio del arte. Comparemos, pues, las de Europa, no ya con las de América, sino tan solamente con las de México. “La causa, dice Montesquieu, de haber tantos salvajes en América, es la abundancia de frutas que da por sí misma la tierra, y que les suministra un fácil alimento. Creo que no se gozarían de estas ventajas en Europa, si se dejase la tierra sin cultivo, y que sólo produciría encinas y otros árboles inútiles.” “Examinando, dice Mr. de Paw, la historia y el origen de nuestras legumbres, de nuestras hortalizas, de nuestros árboles frutales y aun de nuestros granos, se conoce que todos son extranjeros, y que han sido transportados de otros climas al nuestro. Fácilmente puede concebirse cuán grande habrá sido la miseria de los antiguos galos y aun de los germanos, cuya tierra no producía en los tiempos de Tácito ningún árbol frutal. Si la Alemania debiera restituir todos los vegetales que no pertenecen originalmente a su terreno, ni a su clima, casi nada le quedaría, ni conservaría otros granos que la amapola y la avena silvestre”. Lo que Mr. de Paw confiesa claramente de las Galias y de la Germania, podría decirse de los otros países de Europa, sin excluir la Grecia y la Italia, que han sido los almacenes de los demás. Si se quitasen al suelo de Italia las adquisiciones con que lo ha enriquecido la industria del hombre, ¿qué otra cosa le quedaría sino sus antiguas bellotas? Los nombres de *malum persicum*, *malum medicum*, *malum assyrium*, *malum punicum*, *malum cidonium*, *malum armeniacum*, *nux pontica*, etc., sirven a recordar el origen asiático y africano de las frutas que designan. “Se sabe, dice Mr. Busching, que las frutas mejores y más hermosas pasaron de Italia a los países que actualmente las producen. Italia las recibió de Grecia, de Asia y de Africa. La manzana viene de Siria, de Egipto y de Grecia; el albaricoque, de Egipto; la pera, de Alejandría, de Siria, de Numidia y de Grecia; el limón y la naran-

ja, de Media, de Asiria y de Persia; el higo, de Asia; la granada, de Cartago; la castaña, de Castania en Magnesia, provincia de Macedonia; la cereza, de Cerezunto en el Ponto; la almendra, de Asia a Grecia, y de aquí a Italia; la nuez, de Persia; la avellana, del Ponto; la aceituna, de Chipre; el albérchigo, de Persia; el melocotón, de Cidonia en Candía.”

Plinio dice que los hombres no se alimentaban al principio de otra cosa que de bellotas. Aunque esto es falso con respecto al común de los hombres, parece cierto con respecto a los primeros pobladores de Italia; al menos tal era la opinión de los antiguos, según se lee en sus escritos. Plinio añade que aun en su tiempo muchos pueblos que carecían de granos, se estimaban ricos a proporción de las bellotas que poseían, y con cuya harina hacían pan, como en los tiempos modernos los noruegos lo hacían con corteza de pino, y otros pueblos con huesos de pescado. Mr. de Bomare asegura que todos los primores de los jardines de Europa son extranjeros, y que las principales flores que los hermosean vienen de Levante. El mismo Mr. de Paw hace una confesión más franca de la antigua miseria de los europeos, cuando asegura que las plantas útiles que ahora poseen, vinieron del Asia meridional a Egipto, de Egipto a Grecia, de Grecia a Italia, de Italia a las Galias, y de las Galias a Germania: así que, el terreno de Europa, en cuanto a sus producciones originales, es de los más pobres y estériles del mundo. Por el contrario, ¡cuán feraz y abundante no es el suelo americano, y especialmente el de México, en plantas propias y útiles a la manutención, al vestido y a los otros usos sociales! Para convencerse de esta verdad basta leer las obras de los autores europeos que han escrito sobre la historia de aquel Nuevo Mundo.

Véase, pues, cómo podrían responder los americanos al ridículo parangón que hace el cronista Herrera en su primera Década, y de que hemos hecho mención al principio de este discurso. “En América, dice, no había, como en Europa, limones, naranjas, granadas, higos, melocotones, uvas, olivas, azúcar, arroz ni trigo.” Los americanos dirían: 1.º Tampoco había en Europa ninguno de esos frutos, antes que se trajesen de Asia y Africa. 2.º Actualmente se hallan en América, y generalmente son mejores y más abundantes, especialmente la caña de azúcar, la naranja, el limón y el melón. 3.º Si la América no tenía trigo, tampoco tenía maíz la Europa, grano que no cede al trigo, ni en

utilidad ni en buenas cualidades: si la América no tenía naranjas ni limones, en el día los tiene; y la Europa no tiene, ni ha podido tener, chirimoyas, plátanos, aguacates, chicozapotes etc.

Finalmente, los dos escritores a quienes he combatido en esta Disertación, y otros historiadores y filósofos europeos, que tanto ponderan la esterilidad, los bosques, los pantanos y los desiertos de América, podrían acordarse de que los miserables países de Laponia, Noruega, Islandia, Nueva-Zembla, Spitzberg, y los vastos y horrendos desiertos de Siberia, Tartaria, Arabia, Africa y otros, pertenecen al antiguo continente, y forman una cuarta parte de su extensión. Y ¡qué países! Véase a lo menos la elocuente descripción que hace el conde de Buffon de los desiertos de Arabia: “Un país sin verdor y sin agua, un sol abrasador, un cielo constantemente seco, llanuras arenosas, montes aun más áridos que las llanuras, sobre las cuales se extiende la vista hasta donde puede alcanzar, sin encontrar un objeto animado: una tierra, por decirlo así, muerta y desollada por los vientos, en cuya superficie sólo se ven huesos y guijarros esparcidos, rocas erguidas y destrozadas: un desierto desnudo, en que el caminante no respira jamás bajo la sombra, en que nada lo acompaña, ni le recuerda la naturaleza viva: soledad absoluta, algo más espantosa que la de los bosques; pues a lo menos los árboles son criaturas vivas, que dan algún alivio al hombre, el cual se halla solo, aislado, más desnudo y más abatido en estos lugares vacíos y sin término. Todo el terreno que lo rodea, se le presenta como una vasta sepultura; la luz del día, más melancólica que las sombras de la noche, no renace sino para hacerle ver su desnudez y su impotencia, y para presentarle a los ojos su horrenda situación, alejando de ellos los límites del vacío, y ensanchando en torno el abismo de la inmensidad que lo separa de la tierra habitada: inmensidad que en vano procuraría atravesar, pues el hambre, la sed, y el calor sofocante le abrevian los instantes que median entre la desesperación y la muerte.”

DISERTACION IV

DE LOS ANIMALES DE MEXICO

Una de las especies que más inculcan el conde de Buffon y Mr. de Paw, para probar la mezquindad del suelo americano y la malignidad de aquel clima, es la supuesta degradación de los animales, tanto de los propios de aquella tierra, como de los que han sido transportados del antiguo continente. En esta disertación examinaré sus razones y demostraré algunos de sus errores y contradicciones.

ANIMALES PROPIOS DE MEXICO

Todos los animales que se hallan en el Nuevo Mundo pasaron del antiguo, como he dicho, y esto lo confiesa el mismo Buffon en el tomo XXIX de la **Historia Natural**, y deben confesarlo todos los que miran con respeto los libros santos. Cuando hablo, pues, de animales propios de México, entiendo los que encontraron allí los españoles, no porque traigan su origen primitivo de aquel país, como han dado a entender Mr. de Paw y el conde de Buffon en los primeros veintiocho tomos de su obra, sino para distinguir los que desde tiempo inmemorial se han criado allí, de los que fueron transportados de Europa: llamaré, pues, a éstos europeos, y americanos a los otros.

La primera acusación contra América, según Buffon, es el pequeño número de sus cuadrúpedos, comparados con los del antiguo continente. Cuenta 200 especies de cuadrúpedos descubiertos hasta ahora en la tierra, de las cuales 130 pertenecen al antiguo continente, y sólo 70 al nuevo. Si de éstas se quitan las que son comunes a ambos, apenas tendremos, dice, 40 especies de cuadrúpedos propiamente americanos. De este antecedente deduce que **en América ha escaseado prodigiosamente la materia.**

Pero ¿por qué quitar a la América, de las 70 especies de cuadrúpedos que posee, las 30 que son comunes a ambos continentes,

cuando por su antiquísima residencia en el nuevo, merecen tan propiamente el nombre de americanas como las otras? Además, si las bestias que llama propiamente americanas, fueron creadas desde el principio en América, podría, con menos verosimilitud, alegar la pretendida escasez de la materia en aquella parte del mundo; pero siendo asiático en su origen todo el reino animal, como confiesa él mismo, no sé en qué puede fundar su atrevida consecuencia. "Todo animal, dice, abandonado a su instinto, busca la zona y la región proporcionada a su naturaleza." He aquí, pues, la verdadera causa del menor número de las especies de cuadrúpedos en América; porque abandonados a su instinto, desde que salieron del arca de Noé, buscaron y encontraron en su mismo continente la zona y la región que les acomodaban, y no necesitaron de hacer un largo viaje para buscar lo que ya tenían. Si el arca de Noé, en lugar de detenerse en los montes de Armenia, se hubiese detenido en la cordillera de los Andes, por la misma razón hubiera sido menor el número de las especies de cuadrúpedos en Asia, Africa y Europa, y sería digno de censura el filósofo americano que de allí sacase la consecuencia de la prodigiosa escasez de materia y el **cielo avaro** de aquellas tres partes del mundo.

Pero aunque todos aquellos caudrúpedos fueran verdaderamente originarios de América, no debía deducirse de aquí la supuesta escasez de la materia; pues no debe decirse que escasea la materia en un país que tiene un número de especies de cuadrúpedos proporcionado a su extensión. La de América es igual a la de la tercera parte de toda la tierra: teniendo, pues, de 200 especies, 70 propiamente suyas, que son algo más de la tercera parte de aquel número, no hay motivo para quejarse de su pobreza.

Hasta ahora he raciocinado sobre la suposición de ser cierto cuanto dice el conde de Buffon acerca de cuadrúpedos; pero, ¿quién lo sabe, cuando a la hora esta no se ha descubierto el verdadero carácter distintivo de la especie? Tanto el conde de Buffon como otros muchos naturalistas que han escrito después, creen que la única señal indudable de la diversidad específica de dos animales semejantes en muchos accidentes y propiedades, es la de no poder el macho cubrir la hembra y producir, por la generación, un individuo fecundo y semejante a ellos. Pero este carácter de diversidad falla en algunos animales, y en otros

es muy difícil de determinar. Para conocer su incertidumbre, comparemos la unión del asno y la yegua, con la del mastín y la galga, que son dos razas diferentes de perros. De esta segunda unión nace un perro o perra, que participa del mastín y de la galga; de aquélla una mula o mulo, que participa de la yegua y del asno. Ahora quisiera yo saber, ¿por qué el asno y la yegua son dos especies de cuadrúpedos, y el mastín y la galga dos razas de la misma especie? “Porque de esta pareja, dice el conde de Buffon, nace un individuo fecundo, y de aquélla no.” Pero ¿cómo? El mismo, en el tomo XXIX de la **Historia Natural**, afirma positivamente que el no concebir generalmente las mulas, no nace de absoluta impotencia, sino del calor excesivo y de las extraordinarias convulsiones que padecen en el acto del coito. Aristóteles, en su **Historia de los Animales**, cuenta que, en su tiempo, los mulos de Siria, hijos de caballo y asno, engendraban sus semejantes. Mr. de Bomare, después de haber citado esta autoridad, añade: “Este hecho, apoyado por el testimonio de un filósofo tan digno de fe, prueba que las mulas son animales específicamente fecundos en sí mismos y en su posteridad.” Semejantes hechos, que demuestran la fecundidad de las mulas, se ven atestiguados por muchos autores de crédito, antiguos y modernos, y algunos se han verificado en mis días en México. (1) La única diferencia entre los dos ejemplos que he comparado es que los partos de la galga, cubierta por el mastín, son más comunes que los de la yegua cubierta por el asno.

¿De dónde ha sacado, además, el conde de Buffon, que el gibón, el magote, el mammón y el pappión (cuatro diferencias de monos) no se cubren recíprocamente, ni engendran individuos fecundos? Ni averigua el hecho con experiencias propias, ni cita otro naturalista que las haya emprendido, y sin embargo, decide que aquellos cuadrúpedos son otras tantas especies diversas. Luego es muy dudosa e inconsecuente la división que hace de las especies, y no es posible saber si pertenecen a una misma las que aquel autor separa, o si son específicamente diversas las que reúne.

(1) Entre otros ejemplos es digno de particular mención el parto repetido de mula, engendrada por asno y yegua, que se vió en la gran hacienda llamada **Salto de Zurita**, junto a la ciudad de Lagos, perteneciente a don Fulgencio González Rubalcaba. Esta mula concibió de un asno, y parió un muleto en 1762 y otro en 1763.

Pero sin hacer uso de este argumento, para desconfiar de la clasificación que el conde de Buffon hace de las especies, basta notar las contradicciones en que incurre, tanto en éste como en otros de los puntos que agita en su Historia, por otra parte tan apreciable. Cuando habla, en el tomo XXIX, de la degeneración de los animales, afirma que si se quiere hacer la enumeración de los cuadrúpedos propios del nuevo continente, hallaremos 50 especies diferentes, y en la enumeración que hace de los cuadrúpedos de ambos continentes, apenas concede 40 especies a la América. En este mismo cálculo cuenta, como especies diferentes, la cabra doméstica, la gamuza y la cabra montés, y en el tomo XXIV, hablando de los mismos animales, dice que estos tres y las otras seis o siete especies de cabras, que los nomencladores distinguen, son todas una sola; así que, de las 130 que atribuye al continente antiguo, tenemos que disminuir ocho o nueve. En la misma enumeración cuenta al perro, a la rata y a la marmota, y añade que ninguno de estos cuadrúpedos existía en América; y después, cuando trata de los comunes a ambos mundos, dice que la marmota y la rata son de esta clase, aunque es difícil conocer si los que se designan con aquellos nombres en América son de la misma especie que los de las otras partes; a lo que añade en el tomo XVI, que las ratas fueron llevadas a América en buques europeos. En cuanto a los perros, se los niega al continente americano en la enumeración citada, y luego se los concede en el tomo XXX, donde dice que el *toloitzcuintli*, el *itzcuintepotzoli* y el *techichi* eran tres razas diferentes de la misma especie de perros del continente antiguo. Basta lo dicho para manifestar que aquel sabio naturalista, a pesar de su gran ingenio y diligencia, se olvida a veces de lo que había escrito.

En las 130 especies de cuadrúpedos del mundo antiguo, cuenta 7 especies de murciélagos comunes a la Francia y a otros países de Europa, 5 de las cuales, desconocidas o confundidas antes, fueron descubiertas o clasificadas por Mr. Daubenton, como el mismo Buffon asegura en el tomo XVI de su *Historia Natural*. Y si en la docta Francia (donde tantos años hace que se estudia la historia de la naturaleza, han sido hasta ahora ignoradas cinco especies de murciélagos, ¡qué extraño será que en las vastas regiones de América, donde no son tan comunes los buenos naturalistas, y donde no hace mucho que se aprecia

aquel estudio, sean igualmente desconocidas muchas especies de cuadrúpedos! Yo no dudo que si fueran allí algunos hombres como Buffon y Daubenton, se hallaría mayor número de especies que las que se pueden contar desde París, donde no es regular que haya tantos datos sobre los animales americanos como sobre los europeos. En efecto, da lástima ver que un filósofo tan célebre, tan ingenioso, tan erudito, tan elocuente, que describe todos los cuadrúpedos del mundo, que distingue sus especies, familias y razas; que pinta su carácter, su índole y sus costumbres; que cuenta sus dientes, y aun mide sus colas, se muestre tan ignorante del reino animal de un país tan interesante como México. ¿Qué animal más común y más conocido allí que el coyote? Nómbrenlo todos los historiadores de aquel reino, y lo describe exacta y menudamente el Dr. Hernández, cuya Historia cita frecuentísimamente el mismo Buffon; y, sin embargo, no hace la menor mención de él, ni bajo aquel, ni bajo ningún otro nombre. (1) ¿Quién no sabe que el conejo era un cuadrúpedo comunísimo en los países del imperio mexicano, donde se conocía con el nombre de **tochtli**; que su figura era uno de los caracteres del año mexicano, y que de su pelo se hacían ropas para la gente rica? Sin embargo, el conde de Buffon quiere que éste sea uno de los cuadrúpedos transportados de Europa; pero de todos los historiadores europeos de México no hay uno solo que lo diga: todos suponen que el ratón habita desde tiempo inmemorial aquellos países, y yo no dudo que los mexicanos se reirán al leer tan singular anécdota.

El Dr. Hernández cuenta en la Historia de los cuadrúpedos, cuatro animales mexicanos de la especie de los perros, que son los que yo he nombrado en el libro I de esta obra, a saber: el **xoloitzcuintli**, o perro pelado; el **itzcuintepotzotli**, o perro jorobado; el **techichi**, o perro comestible, y el **tepeitzcuintli**, o perro montés. Estas cuatro diversísimas especies de cuadrúpedos han sido reducidas por el conde de Buffon a una sola. Dice que el Dr. Hernández se engañó en lo que escribió del **xoloitzcuintli**,

(1) Los animales del Antiguo Continente que más se parecen al coyote son el chacal, el adive y el isatis; pero con grandes diferencias. El chacal es del tamaño de un zorro, y el coyote es doble mayor. El coyote va solo, y el chacal en cuadrillas de 30 o 40. El adive es más chico y más débil que el chacal. El isatis es propio de las zonas frías y huye de los bosques; el coyote gusta de los bosques y habita los países cálidos o templados.

porque ningún otro autor lo nombra y, por consiguiente, es de creer que aquel animal fue transportado de Europa; mayormente asegurando el mismo Hernández haberlo visto en España, y que no tenía nombre en México. Añade Buffon que **xoloitzcuintli** es el nombre propio del lobo, impuesto por Hernández a aquel cuadrúpedo, y que todos los perros se conocían en México con el nombre genérico de **alco**. ¡Qué conjunto de errores en pocas palabras! El nombre **alco** o **allco** no es mexicano, ni jamás se ha usado en México, sino en la América Meridional. El **xoloitzcuintli** no se ha aplicado jamás al lobo, ni ningún mexicano lo ha usado en este sentido. El nombre mexicano de lobo es **cuetlachtli**, y en algunos pueblos, donde no se habla con mucha pureza, se le llama **tecuaní**, que es el nombre genérico de las fieras. Consta, además, por el mismo texto de Hernández, copiado en la nota (1), que ni el **xoloitzcuintli** fue transportado de Europa al Nuevo Mundo, ni fue Hernández quien le dió aquel nombre, que era propio del idioma del país para designar el animal de que se trata. Hernández lo había visto en España, a donde había sido transportado de México, como él mismo dice, y también había visto muchas plantas mexicanas en los jardines de Felipe II. Pero ¿por qué no hablan del **xoloitzcuintli** los otros autores? Porque no ha habido ninguno, antes ni después de Hernández, que haya emprendido escribir la historia de los cuadrúpedos mexicanos, y los historiadores de aquel país sólo hacen mención de los más comunes. Por lo demás, todo hombre sensato e imparcial deberá dar mayor crédito al Dr. Hernández en todo lo relativo a la historia natural de México, por haber sido tantos años empleado en aquellos países de orden de Felipe II, observando por sí mismo los animales que describe, o tomando noticias verbales de los indios, cuya lengua aprendió, que al conde de Buffon, el cual, aunque más ingenioso y elocuente, no tuvo otras noticias de los animales mexicanos que las que tomó del mismo Hernández, o en las relaciones de otros autores, no tan dignos de fe cuanto aquel docto y práctico naturalista.

(1) "Praeter canes notos nostro orbi, qui omnes pene ab Hispanis translati ab Indis in his plagis hodie educantur, tria alia offendas genera, quorum primum, antequam huc me conferrem, vidi in patria: caeteros vero neque conspexeram, neque adhuc eo delatos puto, Primus **xoloitzcuintli** vocatus alios corporis vincit magnitudine &c."—Hernández, *Hist. Quadrup. Novae. Hisp.*, cap. 20.

Quiere Buffon que el **tepeitzcuintli**, de Hernández, no sea otro que el glotón, cuadrúpedo común en los países más septentrionales de ambos continentes; pero quien quiera confrontar la descripción que da de este animal con la que Hernández da de aquél, pronto echará de ver que reina entre ellos una gran diferencia. El glotón es, según Buffon, propio de los países fríos del Norte; el **tepeitzcuintli**, de la Zona Tórrida; el primero, de doble tamaño que el tejón; el segundo, como dice Hernández, **parvi canis magnitudine**. El glotón ha merecido este nombre por su inaudita y estupenda voracidad, que lo obliga a desenterrar los cadáveres para devorarlos: nada de esto se cuenta del **tepeitzcuintli**, y no lo hubiera omitido Hernández, siendo el principal carácter del glotón; antes bien, asegura que aquél se domestica y se alimenta con huevos y pan deshecho en agua caliente, lo que no bastaría a una fiera tan ávida como ésta. Finalmente, omitiendo otras pruebas de su diversidad, la piel del glotón es, según el escritor francés, tan preciosa como la de la marta cebellina, y no sabemos que la del cuadrúpedo mexicano goce del mismo favor.

Siendo, pues, el **xoloitzcuintli** distinto del lobo, y el **tepeitzcuintli** del glotón; siendo aquellos cuatro cuadrúpedos americanos de la clase de los perros y diversos entre sí en tamaño, índole y otros accidentes notables, y no constando que puedan unirse unos a otros, ni producir un tercer individuo fecundo, debemos concluir que son cuatro especies diferentes y, por consiguiente, restituir a la América las tres que se le han arrebatado injustamente.

No acabaría si quisiera notar todos los errores de este autor en cuanto dice sobre el asunto presente; pero para demostrar que el número de 70 especies, que señala al nuevo continente, no es exacto, sino muy inferior a la verdad y contrario a lo que él mismo dice en el curso de su Historia, daré al fin de esta Disertación una lista de los cuadrúpedos americanos, sacada de su **Historia Natural**, a que añadiré los que ha confundido con otros diversos y los que ha omitido enteramente, demostrando cuánto se ha alejado de la verdad al decir que **en América ha escaseado prodigiosamente la materia**. Además de que para inferir esta prodigiosa escasez, no basta probar que es reducido el número de especies: sería necesario demostrar que son pocos los individuos de cada una de ellas, pues si los individuos de

aquéllas 70 son más que los de las 130 del continente antiguo, podrá decirse que la naturaleza no ha sido tan varia en América, pero no que la materia es escasa. Sería preciso, igualmente, examinar si son pocas o poco numerosas las especies de reptiles y de pájaros, pues éstas pertenecen también a la materia; pero ¿quién habrá tan ignorante de las cosas de América, que no tenga noticia de la increíble variedad y extraordinaria muchedumbre de los pájaros americanos? ¿Y era posible que la naturaleza, tan pródiga en aquellos países para esta clase de vivientes, se haya manifestado tan avara con los cuadrúpedos, como quieren decir los escritores a quienes estoy respondiendo?

No contento ni uno ni otro con disminuir el número de las especies, se esfuerzan también en abreviar su estatura. “Todos los animales de América, dice el conde de Buffon, no menos los que fueron transportados por los hombres, como el caballo, el toro, el asno, la oveja, la cabra, el puerco, el perro, etc., que los que pasaron por sí mismos, como el lobo, el zorro, el ciervo, el alce, etc., son considerablemente más pequeños allí que en el mundo antiguo, y esto, sin ninguna excepción;” cuyo estupendo efecto atribuye al cielo avaro de América, y a la combinación de los elementos y de otras causas físicas. “No hay, dice Mr. de Paw, bajo la Zona Tórrida del nuevo continente ningún gran cuadrúpedo. El mayor de los propios de aquel país, existente en el día entre los trópicos, es el tapir, que es del tamaño de un ternero.” “La bestia más corpulenta del nuevo continente, dice el conde de Buffon, es el tapir, que no es mayor que una mula pequeña, y después el cabiai, semejante en las dimensiones a un puerco mediano.”

Ya he demostrado en la precedente Disertación, que aun concediendo a estos filósofos la supuesta pequeñez de los cuadrúpedos americanos, nada se inferiría contra el terreno, ni contra el clima de América; pues, según los principios del conde de Buffon, los animales mayores son propios de los climas excesivos y los menores de los templados y suaves. Si el gran tamaño de los cuadrúpedos fuera indicio de las ventajas del clima, confesaríamos que el de Africa y el de Asia meridional eran mucho mejores que el de Europa. Pero si en América, cuando fue descubierta por los europeos, no había elefantes, rinocerontes, hipopótamos, camellos, ni jirafas, al menos en otro tiempo los hubo, si hemos de dar crédito a Mr. de Paw, a Sloane, a Pratz,

a Lignery y a otros escritores, los cuales afirman la antigua existencia de aquellos grandes cuadrúpedos en América, fundándose en el descubrimiento de huesos fósiles y de esqueletos enteros de desmesurado tamaño, en diversos puntos de aquel continente. Y aun más: pues si creemos lo que dice el conde de Buffon en el tomo XVIII de su Historia, hubo en América un cuadrúpedo seis veces mayor que el elefante, llamado **mammout** por Mr. Muller; (1) pero en Europa no ha habido, ni podido haber jamás, cuadrúpedos de primera magnitud. En América no había caballos, asnos, ni toros (2) antes que los llevasen los europeos; pero tampoco los había en Europa antes que pasasen allí del Asia. Todos los animales traen su origen de esta parte del mundo: de ella se esparcieron por las otras. La proximidad de Europa y el comercio de los pueblos asiáticos con los europeos, facilitaron el paso de los cuadrúpedos y con ellos pasaron también muchos usos e inventos útiles a la vida, de que estuvieron privados los americanos, por causa de la lejanía y de la falta de tráfico.

Cuando el conde de Buffon afirmó que el mayor cuadrúpedo del Nuevo Mundo era el tapir, y después el cabiai, se olvidó enteramente de la morsa, de la foca, del bisonte, del rengífero, del alce, del oso y del huanaco. El mismo confiesa que la foca vista en América por lord Anson y por Rogers, a la cual dieron el nombre de **león marino**, era incomparablemente mayor que todas las del mundo antiguo. ¿Quién osará comparar el cabiai, que no es mayor que un puerco mediano, con el bisonte y con el alce? El bisonte es comunmente igual y muchas veces mayor

(1) En vista de lo que dice Mr. Muller de su **mammout**, este cuadrúpedo tenía 133 pies de largo, y 105 de alto. El conde de Buffon dice: "El prodigioso **mammout**, cuyos enormes huesos he considerado muchas veces, y que juzgo, a lo menos, seis veces mayor que el más grueso elefante, no existe ya." En otra parte dice que está seguro de que aquellos huesos desmesurados eran de un elefante siete u ocho veces mayor que aquel cuyo esqueleto había observado en el gabinete real de París; pero en las *Epocas de la Naturaleza*, obra posterior a la *Historia Natural*, vuelve a asegurar la antigua existencia de aquel cuadrúpedo gigantesco en América.

(2) Cuando digo que no había toros en América, aludo a la raza común que se emplea en la agricultura; pues había bisontes, que el conde de Buffon coloca unas veces en la especie del toro y otras no.

que el toro. Véase la descripción que hace Mr. de Bomare (1) de uno de aquellos cuadrúpedos, transportado de la Luisiana a Francia, y medido con gran exactitud en París, el año de 1769, por el mismo naturalista. Hay una cantidad innumerable de aquellos animales en la Zona Templada de la América Septentrional. Los alces del Nuevo México son del tamaño de un caballo grande. En Zacatecas hubo un sujeto que se sirvió de ellos para tirar de su coche en lugar de caballos, como atestigua Betancourt, (2) y a veces se han enviado de regalo al rey de España.

La proposición universal en que afirma el conde de Buffon que todos los cuadrúpedos comunes a ambos continentes, son más pequeños en América, y esto **sin excepción alguna**, ha sido desmentida por muchos escritores europeos, que por sí mismos observaron los animales de que se trata, y aun por el mismo conde de Buffon en otras partes de su Historia. Del **miztli**, o león americano, dice el Dr. Hernández que es mayor que el león de la misma especie del antiguo continente. (3) Del tigre mexicano afirma lo mismo. (4) Ni el conde de Buffon, ni Mr. de Paw tuvieron ideas exactas de aquella fiera. Entre otras muchas, ví una que había muerto pocas horas antes, de nueve escopetazos, y era mucho mayor que lo que dice Buffon. Estos dos autores, ya que no tuvieron a bien fiarse del testimonio de los españoles, hubieran debido dar crédito a Mr. de la Condamine, francés docto y sincero, el que dice que los tigres que vió en los países calientes del Nuevo Mundo, no le parecieron diversos de los africanos,

(1) Mr. de Bomare llama al bisonte **cuadrúpedo colosal**; dice que su longitud, desde la extremidad del hocico hasta la raíz de la cola, medida por los costados, era de 9 pies y 2 pulgadas; su altura desde la cima de la corcova hasta las uñas, 5 pies y 4 pulgadas; su grueso, midiendo la corcova, 10 pies de circunferencia. Añade que el dueño del bisonte que vió, y a que se refieren estas medidas, decía que las hembras eran mayores.

(2) Muy grandes debían ser aquellos alces para poder tirar de un coche de los que se usaban en aquel país el siglo pasado.

(3) "Leoni nostrati minime jubato aut idem est **miztli**, aut congener, in infantia fuscus, et fulvus in juvenia, interdumque rubeus, aut subalbidus, in majorem tamen assurgens molem, quod ob regionis diversitatem potest evenire."—*Hist. Quadrup. Novae Hisp.*, cap. XI.

(4) "Vulgaris est huic orbi tygris, sed nostrate major."—*Ibid.*, cap. X.

ni en la hermosura de los colores, ni en el tamaño, ni en ninguna otra propiedad. Del lobo mexicano, dice el mismo Dr. Hernández, que tanto en el color como en la figura, en las inclinaciones y en el tamaño, es semejante al europeo; excepto que aquél tiene la cabeza más voluminosa. (1) Lo mismo dice del ciervo, y Oviedo del ciervo y del gamo. El mismo conde de Buffon, a pesar de la generalidad del principio que establece, sin alguna excepción, sobre el menor tamaño de los cuadrúpedos americanos, raciocinando después en el tomo XXIX sobre la degeneración de los animales, dice que el gamo y el corzo son, de los cuadrúpedos comunes a los dos continentes, los solos mayores y más fuertes en el nuevo que en el antiguo; y en el tomo XXVII, hablando de la nutria del Canadá, confiesa que es mayor que la de Europa, y lo mismo dice del castor americano; así que, después de no admitir ninguna excepción a su principio, la reconoce en el gamo, en el corzo, en la nutria, en el castor y en la foca. Si a éstos se añaden el tigre, el león sin melena, y el ciervo, según el testimonio de Hernández y de Oviedo, tendremos a lo menos ocho especies de cuadrúpedos, comunes a los dos mundos, y que son mayores en el nuevo que en el antiguo. Igualmente debemos incluir en este catálogo los cuadrúpedos que son del mismo tamaño en todas las partes del mundo; pues también éstos demuestran la falsedad de aquel principio general. El Dr. Hernández dice que el lobo mexicano es del mismo tamaño que el europeo; Buffon asegura que entre uno y otro no hay más diferencia sino que el mexicano tiene más hermosa la piel, cinco dedos en los pies delanteros y cuatro en los traseros. Por lo que hace a los osos, no faltan sujetos en Europa que han visto los de México y los de los Alpes, y no creo haya uno solo que no reconozca la superioridad de aquéllos en el tamaño. Yo a lo menos declaro sinceramente que todos los que he visto en México me han parecido mayores que los de Italia. (2)

(1) Forma, colore, moribus, ac mole corporis lupo nostrati similis est cuetlachtli, atque adeo ejus, ut mihi videtur, speciei, sed ampliore capite.—*Hist. Quadrup. Novae. Hisp.*, cap. XXIII.

(2) Buffon distingue la especie de los osos negros de la de los pardos, y afirma que aquéllos no son tan feroces; pero los mexicanos, que son enteramente negros, son ferocísimos, como yo lo he visto y como es notorio en aquellos países.

Es, pues, falso que todos los animales del Nuevo Mundo son más pequeños que los del antiguo, sin ninguna excepción: es también falsísimo que todos son mucho más pequeños, y que la naturaleza se ha servido en América de diferente escala de dimensiones, como en otra parte asegura el mismo conde de Buffon. Del mismo modo se puede demostrar el error de Mr. de Paw, cuando dice que todos los cuadrúpedos americanos son una sexta parte más pequeños que sus análogos en las otras partes del mundo. La tuza mexicana es análoga al topo europeo, y mayor que éste, según Buffon. El cuadrúpedo mexicano que el mismo naturalista llama *cocualino*, y nosotros *tlalmototli*, es análogo a la ardilla de Europa, y, según el mismo, de doble tamaño. La musaraña del Brasil, análoga a la europea; el coyote, que lo es al chacal; y la llama, que lo es al carnero, son de mayores dimensiones que estos animales antiguos. Pero aquellos filósofos, empeñados en desacreditar la América y sus animales, hallan también defectos en sus colas, en sus pies y en sus dientes. “No sólo, dice el conde de Buffon, escaseó la materia en el nuevo continente, sino que parece que se descuidó en las formas imperfectas de los animales. Los de la América Meridional, que son los que realmente pertenecen al Nuevo Mundo, están casi generalmente privados de astas y cola; su figura es extravagante; sus miembros desproporcionados y mal distribuidos, y algunos, como el hormiguero y el perico ligero, de tan miserable constitución, que apenas tienen las facultades de comer y andar.” “Los animales propios del Nuevo Mundo, dice Mr. de Paw, son, por la mayor parte, de una forma desairada, y en algunos tan mal dispuesta, que los primeros dibujantes no pudieron, sin grandes dificultades, diseñarlos exactamente. Se ha observado que la mayor parte de las especies carecen de cola y tienen una irregularidad en los pies; lo cual es notable en el tapir, en el hormiguero, en el glama de Margraf, en el perico ligero y en el cabiai. El avestruz, que en nuestro continente tiene dos dedos unidos con una membrana, tiene cuatro dedos separados en América.”

Estas objeciones, en verdad, son más bien dirigidas contra la conducta del Creador que contra el clima de América; por el estilo de la blasfemia que se atribuye al rey don Alfonso el Sabio, sobre la disposición de los cuerpos celestes. Si los primeros individuos de aquellas especies de animales no salieron de las manos del Creador con esas imperfecciones que se les atribuyen,

sino que son efectos del clima de América, no hay duda que transportados a Europa, desaparecerían aquellos defectos, y mejorarían de forma, de índole y de instinto: a lo menos, después de diez o doce generaciones, aquellas infelices bestias que el clima ha despojado de cola y de astas, las recobrarían bajo un **cielo menos avaro**. No: dirán los dos filósofos, porque no es tan fácil recobrar de la naturaleza lo que se pierde, como perder lo que se tiene; de modo que aunque el clima de Europa no les restituyese lo que han perdido, podría todavía decirse que el clima de América era la verdadera causa de aquella privación. Sea en buena hora, y por consiguiente, no hablemos de las irregularidades que consisten en algún defecto, sino de las que son tales por exceso de materia. Hablemos del avestruz, que, según Mr. de Paw, tiene, por vicio de la naturaleza, dos dedos más en cada pie: (1) o más bien, para no salir de los cuadrúpedos, hablemos del **unau**, especie de perico ligero que, entre otras irregularidades, tiene cuarenta y seis costillas. “El número de cuarenta y seis costillas en un animal de tan pequeño cuerpo, dice el conde de Buffon, es una especie de error o de exceso de la naturaleza; pues ningún animal tiene tantas, ni aun los más voluminosos o los que tienen el cuerpo más largo, a proporción de su grueso. El elefante tiene cuarenta, el caballo treinta y seis, el tejón treinta, el perro veintiséis y el hombre veinticuatro.” Si el primer **unau** que hubo en el mundo recibió de la mano de Dios el mismo número de costillas que tienen los individuos actuales, la observación del conde de Buffon es una censura del Hacedor Supremo; y decir que aquel excesivo número de costillas ha sido un error de la naturaleza, es decir que ha sido un error de Dios, que es el autor de la naturaleza y el que sacó el mundo de la nada. Estoy seguro de que esta blasfemia es muy ajena de la mente sublime y del corazón cristiano del conde de Buffon; pero el espíritu filosófico que reina en sus obras lo indujo tal vez a hacer uso de aquellas expresiones que, bien examinadas, no concuerdan con la fe que profesamos. (2) Si, por el contrario,

(1) Mr. de Paw se engañó en el número de los dedos del **tuyu**, o avestruz americano, pues no tiene más que tres; pero en la parte posterior de los pies tiene un tubérculo redondo y calloso que le sirve de talón y a que el vulgo ha dado el nombre de dedo.

(2) Queriendo explicar por qué el hombre resiste más que los animales el influjo del clima, dice así en el tomo XVIII: “El hombre es en todo

creen aquellos escritores que el **unau**, en su primer origen, tuvo un número de costillas proporcionado a su tamaño, y que el maligno clima de América se las fue aumentando poco a poco, debemos creer que, transportada aquella especie al continente antiguo y sometida al influjo de un clima más favorable, retrocedería finalmente a su antigua perfección. Hágase, pues, la experiencia: tráiganse a Europa dos o tres machos de aquella desgraciada especie, y otras tantas hembras, y si después de veinte o más generaciones, se reconoce que, en efecto, empieza a disminuir el número de costillas, confesaremos que la tierra de América es la más infeliz, y su clima el más perverso del globo. Si así no sucede, diremos, como decimos ahora, que la lógica de aquellos señores es más miserable que el cuadrúpedo, asunto de sus observaciones, y que sus argumentos son verdaderos *paralogismos*. Por otra parte, es cosa extraña que en un país en que tanto ha escaseado la materia, la naturaleza haya pecado por exceso en los dedos de un ave y en las costillas de un cuadrúpedo.

Mas para demostrar que estos filósofos tan empeñados en desacreditar el clima de América se han olvidado enteramente de las miserias del continente que habitan, preguntémosles ¿cuál es el animal más imperfecto y miserable de todos los americanos? El perico ligero, responderán, porque es el de más débil organización, el menos capaz de movimiento, el más desprovisto de armas para su defensa, y, sobre todo, el que parece menos susceptible de sensaciones: animal verdaderamente infeliz, condenado por la naturaleza a la inercia, al hambre y al llanto, con el cual inspira horror y compasión a todos los otros. Pero este cuadrúpedo, tan famoso por sus miserias, es común a los dos continentes. El conde de Buffon no quiere creerlo, porque no le acomoda, y dice que si se halla algún individuo en Asia, ha sido transportado de América; pero por más que diga, lo cierto es que el **unau**, que es de la misma especie, es animal asiático, según la opinión de Klein, Linneo, Brisson, del publicador del gabinete de Seba, y, sobre todo, de Vosmaer, docto e inteligente naturalista holandés. El **unau** de Bengala, visto, cria-

obra del cielo; los animales no son, bajo muchos aspectos, sino producciones de la tierra." Esta proposición parece algo dura; pero otras harto más duras se hallan en las *Epocas de la Naturaleza*.

do y exactamente descrito por este autor, no ha podido proceder de América, porque jamás ha habido comercio entre la América Meridional y el Asia. Además, el **unau** de Bengala es diverso del perico ligero americano: éste tiene dos dedos, y aquél cinco. Si el conde de Buffon se persuade que el clima de Asia puede aumentar los dedos de este cuadrúpedo, sería natural que el clima del antiguo continente restituyese la cola y las astas a los animales que las han perdido a efecto del clima maléfico del Nuevo Mundo. Ultimamente, cualquiera que compare la elocuente descripción que el conde de Buffon hace del perico ligero americano, con la que Mr. Vosmaer hace del **pentadattilo** de Bengala, conocerá que éste es tan desventurado como aquél.

Pero examinemos filosóficamente lo que dicen estos autores acerca de la supuesta irregularidad de aquellos cuadrúpedos. La verdadera irregularidad en los animales es la desproporción de los miembros, o la inconveniencia de la forma, o de la índole de algunos individuos, con respecto a la masa común de la especie; y no ya la diferencia que se observa entre una especie nueva y otra conocida. Sería una necedad decir que el techichi es irregular porque no ladra. Este cuadrúpedo americano fue llamado **perro** por los españoles, en virtud de su semejanza con el perro de Europa, no porque pertenece a la misma especie; y de aquí nació la fábula de que los perros de América son mudos. También el lobo se asemeja al perro, y no ladra, sino aulla. Si los primeros españoles que fueron a México no hubieran visto lobos en Europa, al ver los de México hubieran dicho que eran perros grandes, incapaces de domesticarse, y que aullaban en vez de ladrar; y de este argumento se hubieran valido el conde de Buffon y Mr. de Paw, para aprobar la degradación y la irregularidad de los cuadrúpedos americanos.

En efecto, no es de otro calibre la objeción de Mr. de Paw sobre el avestruz americano. El **tuyu** (1) es un ave específicamente diversa del avestruz; pero le han dado este nombre por parecerse al avestruz y por ser muy corpulento. Esto basta a Mr. de Paw para declarar que hay irregularidades en aquel ave de América; pero aun concediéndole que el **tuyu** es un verdadero avestruz, jamás podrá sacar la consecuencia con que quiere apo-

(1) El avestruz es conocido en el Perú con el nombre de **suri**; pero adoptó el de **tuyu**, para condescender con los naturalistas.

yar su opinión. Dice que el avestruz del Nuevo Mundo es irregular, porque en lugar de dos dedos unidos con una membrana, como el del antiguo, tiene cuatro separados. Pero un americano podrá decir que el avestruz africano es el que verdaderamente merece el nombre de irregular, pues en lugar de tener cuatro dedos separados, tiene dos unidos por una membrana. "No, responderá enfadado Mr. de Paw; no es así: la irregularidad está en vuestro pájaro, porque no se conforma con el del mundo antiguo, que es el modelo de su especie, ni con el retrato que de este animal nos han hecho los primeros naturalistas de Europa." "Nuestro mundo, dirá el americano, que vos llamáis nuevo porque hace tres siglos que lo empezásteis a conocer, es tan antiguo como el vuestro, y nuestros animales son coetáneos a los que poseéis. No están ellos obligados a conformarse con los vuestros, ni nosotros tenemos la culpa de que vuestros naturalistas tengan tan escasas luces acerca de lo que pasa en América: así que, o es irregular vuestro avestruz porque no se conforma con el nuestro, o, a lo menos, éste no debe llamarse irregular porque no se conforma con aquél. Interin no probéis con documentos auténticos que el primer avestruz salió de las manos de la naturaleza con dos dedos unidos por una membrana, no puedo creer en la irregularidad del tuyu." Este mismo eficaz raciocinio sirve para disipar otras observaciones de nuestros filósofos, que nacen de la imperfección de sus ideas, o de sus prevenciones contra el nuevo continente.

No son más acertados en lo que dicen acerca de las colas de los animales. Declaran francamente, y sin ningún respeto a la verdad, que la mayor parte de los cuadrúpedos americanos carecen enteramente de cola; lo cual, como todos los demás efectos observados por ellos en aquellos desventurados países, atribuyen a la avaricia del cielo americano, a la infancia de la naturaleza én aquella parte del mundo, a la perversidad del clima, y a no sé qué combinación de los elementos. Así raciocinan aquellos célebres filósofos del siglo de las luces. Pero siendo, según Buffon, 70 las especies de cuadrúpedos americanos, sería necesario, a lo menos, que 40 estuviesen privadas de cola, para que fuese cierto que la mayor parte carece de aquel miembro, como dice Mr. de Paw, o que casi todos experimentasen esta privación, como el mismo Buffon opina. Ahora bien, los cuadrúpedos americanos que se hallan en este caso, son seis, como después vere-

mos: con que aquella proposición es una desmesurada hipérbole, por no decir una gran mentira.

Parece que en tiempo de Plinio no conocían los naturalistas otros animales sin cola que el hombre y el mono. (1) Si desde entonces no se hubiesen descubierto en el antiguo continente otros muchos cuadrúpedos desprovistos de aquel miembro, tendrían razón el conde de Buffon y Mr. de Paw; pero de la misma **Historia Natural** del primero consta que las especies europeas, defectuosas en esta parte, componen mayor número que las americanas. He aquí la lista de unas y otras sacada de la citada obra.

CUADRUPEDOS SIN COLA DEL CONTINENTE ANTIGUO

1. El **pongo**, orang-után, sátiro u hombre salvaje.
2. El **Piteco**, o mono.
3. El **Gibón**, especie de mono.
4. El **Cinocéfaló**, o magoto.
5. El **Perro Turco**.
6. El **Tanrec** de Madagascar.
7. El **Loris** de Ceilán.
8. El **Cochinillo** de Indias.
9. La **Ruseta** } dos especies de murciélagos grandes de
10. La **Rugeta** } Asia.
11. El **Topo dorado** de Siberia.
12. El **Perico ligero pentadattilo** de Bengala, descrito por Mr. Vosmaer.
13. La **Klipda**, o marmota bastarda del Cabo de Buena Esperanza, descrita por el mismo.
14. El **Capiverd**, o **Capivard**, del Cabo de Buena Esperanza, descrito por Mr. de Bomare.

CUADRUPEDOS SIN COLA DEL NUEVO CONTINENTE

1. El **Unau**, especie de perico ligero.
2. El **Cabiai**, o puerco anfibio.
3. La **Aperea** del Brasil.
4. El **Cochinillo** de Indias.
5. El **Saino**, pecar, o cayametl.
6. El **Tapeto**.

(1) "Caudae praeter hominem ac simias omnibus fere animalibus et ova gignentibus pro desiderio corporum." Plin., *Hist. Nat.*, lib. XI, cap. 58.

Vemos, pues, que en el antiguo mundo hay, a lo menos, catorce especies de cuadrúpedos desprovistos de cola, (1) y en América sólo seis, de las que debemos quitar las dos últimas por ser inciertas. (2) En todos los treinta tomos de la **Historia Natural** de Buffon no he hallado otro animal americano sin cola que los ya dichos. ¡Y no obstante, osó decir que **casi todos** carecen de ella! En lo que se echa de ver que esas proposiciones generales son tan fáciles de proferir, como difíciles de probar.

Si el clima de América es tan pernicioso a las colas de los animales, ¿por qué estando privados de este miembro cuatro especies de monos del antiguo continente, a saber: el **pongo**, el **piteco**, el **gibón** y el **cinocéfalo**, lo tienen todas las especies de monos del nuevo, y algunas, como el **saki**, seis veces más larga que el cuerpo del animal? ¿Por qué abundan tanto en América las ardillas, los **cocualines**, los hormigueros y otros cuadrúpedos semejantes, de enorme cola con respecto a sus cuerpos? ¿Por qué la marmota del Canadá, con ser de la misma especie que la de los Alpes, tiene la cola mucho más larga que ésta, como dice Buffon? ¿Por qué el ciervo y el corzo de América, aunque más pequeños que los del mundo antiguo, se hallan en el mismo caso? Si hubiese en América algún principio destructor de las colas de los animales, los que llevó Colón de Europa y de las islas Canarias, por los años de 1493, carecerían ahora de aquel miembro, especialmente los puercos, en que es tan corto, o a lo menos se hubiera disminuido notablemente al cabo de 288 años; pero de tantos europeos como han visto caballos, bueyes, ovejas, etc., nacidos en América, y los nacidos en Europa, no se encontrará

(1) A las catorce especies mencionadas podríamos añadir el **unau** didáctilo de Ceylán, de que hablan muchos autores, y el **porta-almizcle**, descrito por Daubenton y por Bomare; pero dejemos el primero, porque no estoy seguro de que sea diferente del **loris** de Buffon; dejemos el segundo, porque quizás tendrá una cola pequeña, aunque no pudo encontrarla el diligente Daubenton; también debemos dejar aparte como inciertas las dos últimas especies de cuadrúpedos americanos del catálogo.

(2) Oviedo, Hernández y Acosta, describen el **pecar** con los nombres de **saino**, **cayametl**, y nada dicen de la falta de cola. Yo me he informado de personas inteligentes y sinceras que han visto muchos **sainos**, y me han dicho que la tienen, aunque pequeña. En cuanto al **tapeto**, Buffon cree que es el **citli** de Hernández, y todos los mexicanos saben que el **citli** es la liebre de México, la cual tiene cola, como la europea.

uno solo que haya notado la menor diferencia entre las colas de unos y otros.

Con las mismas razones podemos responder a lo que dice el conde de Buffon sobre la falta de astas y de otras partes en el mayor número de los cuadrúpedos americanos; pues el buey, el carnero y la cabra conservan allí invariablemente sus astas, el perro y el puerco sus dientes, y los gatos sus uñas, como saben cuantos han estado en aquellos países. Si el clima americano es tan contrario a los dientes y a las astas de los animales, habrían perdido, a lo menos, una buena parte de ellas los descendientes de los cuadrúpedos que fueron transportados al Nuevo Mundo, tres siglos hace, y especialmente la posteridad de los lobos, de los osos y otros, que quizás pasaron de Asia a principios del primer siglo después del Diluvio Universal. Si, por el contrario, la Zona Templada de Europa es más propicia a los dientes que la Tórrida de América, ¿por qué la naturaleza dió a ésta y no a aquélla, el tapir y el cocodrilo, los cuales en el número, en el tamaño y en la atrocidad de los dientes exceden a todos los cuadrúpedos y reptiles europeos?

Finalmente, si hay en América algunos animales sin astas, sin dientes (1) y sin cola, no es por causa de la perversidad del clima, ni de la avaricia del cielo, ni por aquella imaginaria combinación de elementos; sino porque Dios, cuyas obras son perfectas, y cuyos consejos debemos reverenciar humildemente, quiso hacerlo así, para que esa misma variedad sirviese a hermo-sear el universo y a ostentar su infinita sabiduría y poder. Lo que en unos animales es perfección, en otros sería deformidad. En el caballo es perfección tener la cola larga; en el ciervo, tenerla pequeña, y en el pongo no tener ninguna.

En cuanto a lo que dicen nuestros filósofos acerca de la fealdad de los animales americanos, es cierto que entre tantos hay algunos cuya forma no corresponde a la idea que nos hemos formado de la belleza de las bestias. Pero ¿quién nos ha dicho que esta idea es exacta? ¿Y por qué no será imperfecta y pro-

(1) Los solos cuadrúpedos americanos privados de dientes son los hormigueros, como en el continente antiguo lo son el **pangolino** y el **fata-gino**, cuadrúpedos de la India Oriental, cubiertos de escamas en lugar de pelo. Todos estos carecen de dientes porque no los necesitan, manteniéndose sólo de hormigas. El Creador los ha provisto de una lengua larguísima, con la que cogen las hormigas para tragarlas.

ducto de la limitación de nuestros conocimientos? ¡Y cuántos otros animales no podremos hallar en el antiguo continente, aun peor formados que todos los del nuevo, hablando en el sentido de aquellos escritores, y reverenciando la mano de Dios en todas sus obras! ¿Qué cuadrúpedo hay en América, que pueda compararse en la deformidad y desproporción de los miembros al elefante, llamado **mónstruo de materia** por el mismo conde de Buffon? (1) Aquella vasta mole de carne, más alta que larga; aquella piel áspera, desnuda y surcada de arrugas; aquella enorme trompa en lugar de nariz; aquellos largos dientes que salen de una feísima boca y que se vuelven hacia arriba, al revés de lo que se nota en los demás animales; aquellas orejas vastas y polígonas; aquellas piernas gruesas, torcidas y desproporcionadamente pequeñas; aquellos pies informes y con los dedos apenas bosquejados, y, finalmente, aquellos pequeñísimos ojos, y aquella ridícula cola en un cuerpo tan desmesurado ¿no hacen del elefante un verdadero mónstruo, según las reglas que gobiernan la creación animal? Busquen nuestros dos filósofos un ejemplo de esta clase entre las especies americanas. Las mismas reflexiones podrían aplicarse al camello, a la jirafa, al macaco, del cual dice el conde de Buffon que es de una deformidad espantosa; y no por esto debemos acusar al clima en que nacen, ni a la mano que los formó.

Lo que dicen aquellos dos escritores acerca de la menor ferocidad de las fieras americanas, en lugar de probar la malignidad del clima, no prueba sino su blandura y bondad. “En América, dice el conde de Buffon, donde el aire y la tierra son más blandos que en Africa, el tigre, el león y la pantera no son terribles sino en el nombre. Han degenerado sin duda, si es cierto que la ferocidad y la crueldad eran propiedades de su índole; o por mejor decir, no han hecho más que sufrir el influjo del clima. Bajo un cielo apacible, se ha apaciguado su naturaleza.” ¿Qué más se puede desear en favor del clima de América? ¿Có-

(1) “Considerando este animal, dice Bomare, con relación a la idea que nos hemos formado de las proporciones, lo hallaremos mal proporcionado, por tener el cuerpo grueso y corto, las piernas inflexibles y mal formadas, los pies redondos y torcidos, la cabeza gruesa, los ojos pequeños y las orejas grandes. Puede decirse también que su ropaje contribuye a su fealdad. Tan extraordinario es por su estatura como por sus pies, su trompa y sus colmillos.”

mo hay, pues, quien alegue la menor ferocidad de las bestias americanas como prueba de su degeneración, ocasionada por la malignidad del clima? Si el clima del antiguo continente debe reputarse mejor que el del nuevo, porque bajo aquél nacen las fieras más terribles, por la misma razón el de Africa será incomparablemente mejor que el de Europa. Esta objeción, de que ya he hecho uso, debe ser inculcada para mayor confusión de nuestros dos filósofos.

Pero estos escritores no tienen ideas exactas de las fieras americanas. Es cierto que el *miztli*, o león mexicano, no es comparable con los célebres leones de Africa. Esta especie o no pasó al Nuevo Mundo, o fue extinguida por los hombres; pero en nada cede la fiera de América a las demás de su especie, o leones sin melena del continente antiguo, como dice Hernández, que conocía bien a unas y a otras. El tigre mexicano, sea o no sea de la misma especie que el tigre real de Africa, pues esto no importa a la cuestión, es de una fuerza y ferocidad extraordinarias. No hay cuadrúpedo europeo ni americano que pueda resistirle. Ataca intrépidamente y destroza los hombres, los ciervos, los toros y aun los más horrendos cocodrilos, como testifica Acosta. Este docto escritor habla con admiración de su arrojo y velocidad. Gonzalo de Oviedo, que había viajado por muchos países de Europa y no ignoraba la historia natural, hablando de los tigres americanos, dice: "Son animales muy fuertes de piernas, bien armados de garras, y tan terribles, que, en mi juicio, no hay león real que pueda competir con ellos en fuerza ni ferocidad." El tigre es el terror de los bosques de América: cuando es adulto, no es posible amansarlo, ni cogerlo; sólo se cogen los pequeños y no pueden guardarse sin peligro, si no es en fortísimas jaulas de hierro o de madera. Tal es la índole de aquellas bestias, llamadas cobardes por Mr. de Paw y por otros autores, que no supieron discernir las especies de cuadrúpedos de piel manchada.

Por otra parte, aquellos escritores se mostraron tan fáciles en creer todo lo que hallaron escrito acerca del tamaño, de la fuerza y de la fiereza de los tigres reales, como obstinados en negar fe a lo que dicen de los americanos muchos testigos oculares. El conde de Buffon cree, porque lo refiere no sé quién, que el tigre real tiene trece o catorce pies de largo y cinco de alto; que hace frente a tres elefantes; que mata a un búfalo y lo arras-

tra a una gran distancia y otras maravillas a que no se puede dar crédito sino en virtud de una fuerte prevención en favor del antiguo continente. Si algunos autores fidedignos contasen del tigre americano una pequeña parte de tan extraordinarias proezas, su autoridad sería desechada como si refiriesen fábulas ridículas. (1) Lo que se lee en Plinio de la industria de los cazadores en quitar a la hembra del tigre sus hijos, y de la paciencia con que ella los va recobrando uno a uno, y lo que dice Mr. de Bomare del combate que se vió el año de 1764 en el bosque de Windsor en Inglaterra, entre un ciervo y un tigre traído del Asia para el duque de Cumberland, y del cual salió vencedor el ciervo, hacen ver que la ferocidad de aquel cuadrúpedo asiático no es tanta cuanto la representan el conde de Buffon y Mr. de Paw.

Los lobos americanos no son menos fuertes ni menos atrevidos que los del mundo antiguo. Aun los ciervos, que, según Plinio, son los más tímidos de todos los animales, en México tienen tanta audacia, que muchas veces atacan a los viajeros, como dice el Dr. Hernández y es notorio en aquel reino. Yo mismo he visto los estragos que hizo en mi casa un ciervo casi domesticado, en una pobre americana.

Pero sean pequeños, informes y pusilánimes los cuadrúpedos de América: concedamos también que de este principio se deba inferir la bondad del clima del antiguo continente; no por esto se me persuadirá jamás que aquel mismo principio forma una prueba completa de la malignidad del nuevo. Sería necesario manifestar en los reptiles y en las aves la misma degradación que en los cuadrúpedos. (2) Mr. de Paw dice, hablando de los cocodrilos americanos, cuya ferocidad es tan notoria, que “parece,

(1) Basta saber el caso que hacen los dos citados filósofos, del testimonio de Mr. de la Condamine sobre los tigres americanos, a pesar de la estimación general de que goza aquel sabio matemático.

(2) El conde de Buffon dice que cuando se habla de aves no se debe hacer caso del clima; pues “pudiendo pasar fácilmente de un continente a otro, es imposible distinguir los que a cada uno pertenecen.” Pero como la causa de los viajes que hacen es el frío o el calor del clima, que procuran evitar, no es extraño que las aves americanas permanezcan en su país, donde pueden huír de todos los excesos de temperatura, hallando por doquiera el alimento de que necesitan. Lo cierto es que las aves mexicanas no trasmigran al continente antiguo.

por las observaciones de Mr. de Pratz y otros viajeros, que no tienen el furor y la impetuosidad de los de Africa;" pero el Dr. Hernández, que conocía unos y otros, no encontró la menor diferencia entre ellos. Acosta dice que el americano es ferocísimo, pero lento; mas esta lentitud no se entiende del movimiento progresivo en línea recta, sino de las vueltas de un lado a otro, pues en el primero es extraordinaria su velocidad, y en el segundo es torpe y pesado, como el africano, por causa de la inflexibilidad de las vértebras. El Dr. Hernández afirma que el **acuetzpalin**, o cocodrilo mexicano, huye de los que lo persiguen y persigue a los que huyen, aunque esto sucede más frecuentemente que aquello. Plinio cuenta lo mismo del cocodrilo africano. (1) Finalmente, si se comparan los datos que reunieron estos dos naturalistas sobre aquel gran anfibio, se verá que no hay la menor diferencia, ni aun de tamaño, entre los que producen los dos continentes. (2)

En cuanto a los pájaros, Mr. de Paw sólo habla del avestruz, y esto tan de ligero como hemos visto. Tomó, sin duda, el partido de callar, porque en esta parte vió su causa perdida; pues ora se considere el número y la variedad de las especies, ora la intrepidez, ora la hermosura del plumaje, ora la excelencia del canto, no hay duda que las aves americanas son superiores a las de todos los países de la tierra. He hablado en otra parte de su inmensa muchedumbre. Son innumerables las especies que se ven en los campos, en los bosques, en los ríos, en los lagos, y aun en los pueblos. Gemelli, que había dado la vuelta al mundo y había estado en los mejores países de Asia, Africa y Europa, dice que no hay región en el universo que pueda compararse con México en la hermosura y variedad de sus aves. Véase lo que dicen los historiadores de la Nueva Francia, de la Luisiana, del Brasil y de otros países del Nuevo Mundo.

De la fuerza y animosidad que los distinguen dan testimonio muchos escritores fidedignos. El Dr. Hernández, que tanta expe-

(1) "Terribilis haec contra fugaces bellua est, fugaz contra insequentes."—Lib. VIII, cap. 25.

(2) Plinio dice que el cocodrilo africano suele tener 18 codos de largo; el Dr. Hernández dice que el americano llega comunmente a la longitud de 7 pasos. Si se calculan estas medidas, se verá que es poquísima la diferencia, y que si hay algún exceso, está en favor del americano.

riencia tenía en las aves de rapiña, por haber estado muchos años en la corte de Felipe II, cuando la halconería era la caza favorita de los nobles, dice, hablando del **cuauhtotli**, o sacre mexicano, que todos los pájaros de esta clase son mejores y más animosos en México, que en el antiguo continente. (1) Tan conocida fue desde el principio la excelencia de los halcones de aquel país, que Carlos V mandaba llevar cada año cincuenta a su corte, y otros tantos de la isla de Santo Domingo, como cuenta Herrera. Acosta dice que se regalaban a los magnates de España halcones de México y del Perú, por ser muy apreciados. El mismo historiador refiere “que el cóndor o buitre americano es de un tamaño enorme, y de tan extraordinaria fuerza, que no sólo destroza una oveja, sino también un ternero;” y D. Antonio Ulloa asegura que de un aletazo echa al suelo a un hombre. (2) El Dr. Hernández dice que el **itzcuauhtli**, o águila real de México, ataca a los hombres y aun a los más feroces cuadrúpedos. Si el clima de América hubiera privado a los cuadrúpedos de la fuerza y del valor, sin duda hubiera producido el mismo efecto en las aves; pero por el testimonio de los mencionados autores y de otros, todos europeos y dignos de fe, consta que, lejos de ser débiles y pusilánimes, exceden en intrepidez y fuerza a las de todas las regiones conocidas.

En cuanto a su belleza, no niegan esta ventaja a la América los autores que tanto se han empeñado en vilipendiarla. En vano lo harían, cuando tantos testimonios respetables confirman la hermosura de los pájaros que allí se crían. Quien quiera formarse alguna idea de ella, consulte los escritos de Oviedo, Herrera, Acosta, Ulloa y otros autores europeos que hablan de lo que ellos mismos han visto. “En México, dice Acosta, hay gran abundancia de pájaros, adornados de tan excelentes plumas, y tan finas, que no se hallan semejantes en Europa.”

(1) “Fateor accipitrum omne genus apud hanc Novam Hispaniam Jucatanicamve provinciam repertum praestantius esse atque animosius, vete-
tere in orbe natis.”—De **Avibus Novae Hisp.**, cap. 92.

(2) El cóndor es tan grande, que tiene de 14 a 16 pies de una a otra extremidad de las alas extendidas. Mr. de Bomare dice que es común a los dos continentes y que los suizos lo llaman **Laemmer-geyer**. Como quiera que sea, hasta ahora no se ha visto en el mundo antiguo una ave de rapiña que pueda compararse en tamaño y fuerza con el cóndor americano.

Es verdad, dicen algunos, que los pájaros americanos exceden a los nuestros en la belleza de las plumas; pero no en la excelencia del canto, en lo que los nuestros son superiores. Así hablan dos escritores italianos, (1) tan doctos en ciertas materias especulativas, como ignorantes en las cosas de América. Bastaría a confundirlos el testimonio del Dr. Hernández que copio en la nota. (2) Aquel excelente observador, después de haber oído los mejores ruiseñores en la corte de Felipe II, oyó muchos años al **centzontli** o poligloto, al cardenal, al tigrillo, al **cuitlaccochi** y otras aves canoras, comunes en México y no conocidas en Europa, además del ruiseñor, el jilguero, la calandria y otros comunes a los dos continentes. Entre todos los pájaros apreciados en Europa, el ruiseñor es el generalmente preferido, y, sin embargo, el de América es mejor, como dice Mr. de Bomare. “El ruiseñor de la Luisiana, dice, es el mismo de Europa; pero aquél es más familiar, canta todo el año, y tiene más variedad de sonos.” He aquí tres grandes ventajas del pájaro americano sobre el europeo. Pero aunque no hubiese en América ruiseñores, jilgueros, ni ningún otro de los que se estiman en Europa por su canto, bastaría el **centzontli** o poligloto, para no tener nada que envidiar a ningún país del globo. (3) Puedo asegurar a nuestros filósofos antiamericanos que cuanto dice el Dr. Hernández acerca de la superioridad de aquel pájaro con respecto al ruiseñor, es la pura verdad, y tan conforme a la opinión de los europeos que han estado en México, como a la de los mexicanos que han estado en Europa. Además de la singular dulzura de su canto, de la prodigiosa variedad de sus sonos, y de la donosa propiedad de remedar las

(1) El autor de cierta disertación metafísico-política sobre la **proporción de los talentos y sobre su uso**, en la que dice tales despropósitos sobre América y se mostró tan ignorante de todo lo relativo a aquella parte del mundo, como el niño más idiota. El otro es el autor de unas fabulillas italianas en que finge una conversación entre un pájaro americano y un ruiseñor.

(2) “In caveis, quibus detinetur, suavissime cantat; nec est avis ulla, animalve cujus vocem non reddat luculentissime, et exquisitissime aemuletur. Quid? Philomelam nostram longo superat intervallo, cujus suavissimum concentum, tantopere laudant, celebrantque vetusti auctores, et quidquid avicularum apud orbem nostrum cantu auditur suavissimum.”—De Avibus Novoe Hisp., cap. XXX.

(3) Linneo llama al centzontli **Orfeo**; otros **moqueur**, o burlón.

diferentes voces de animales que oye, (1) lleva al ruiseñor la ventaja de ser mucho más común y de condición más apacible. Su especie es una de las más numerosas de aquellos países. Si yo quisiese discurrir a la manera de Mr. de Paw, podría añadir, para probar la bondad del clima de América, que algunas aves que no se aprecian en Europa por su canto, allí lo tienen bastante agradable.

“El gorrión, dice Valdecebro, autor europeo, no canta en España, y en México canta mejor que el jilguero. (2)

Lo que digo de los pájaros cantores se aplica a los que imitan el habla del hombre, pues las especies de papagayos americanos son mucho más numerosas que las de los africanos y asiáticos. (3)

Pero, pues estoy hablando de pájaros, quiero, antes de dejar este asunto, hacer una reflexión que no me parece inoportuna. No hay animal americano sobre el cual hagan más aspavientos nuestros filósofos que el perico ligero, a causa de su extraordinaria lentitud e incapacidad de movimiento. ¿Qué diríamos si hallásemos un ave semeiante? Este sería, sin duda, el animal más irregular de todos, pues la pereza y la inercia desdican más del ave que del cuadrúpedo. ¿Y dónde se encuentra este pájaro? En el antiguo continente, según el conde de Buffon, el cual dice que el **dronte** de las Indias Orientales es, entre las aves, lo que entre los cuadrúpedos el perico ligero. “Parece, añade, una tortuga vestida con los despojos de un ave, y la naturaleza, concediéndole los inútiles adornos de las alas y la cola, parece haber querido aumentar, con nuevos estorbos, la irregularidad de sus movimientos y la inercia de su cuerpo, y hacerle más enojoso su pesado volúmen, recordándole que es pájaro.”

(1) Mr. Barrington, vicepresidente de la Real Sociedad de Londres, dice en una obra muy curiosa sobre el canto de las aves, presentada por él a aquella docta asamblea, que oyó a un poligloto, el cual, en el espacio de un solo minuto, remedó las voces de cinco aves diferentes.

(2) Valdecebro, en su obra **Gobierno de las Aves**, lib. V, cap. 29: “El gorrión americano, aunque semeiante al de Europa, es de diversa especie.”

(3) “Hay en América una gran variedad de papagayos, especialmente en los Andes del Perú y en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo.”—Acosta, lib. IV, cap. 35.—En las costas mexicanas del Mar Pacífico son más numerosos que en las islas.

De todo lo que llevo dicho se infiere claramente que ni el cielo de América es avaro, ni su clima contrario a la generación de los animales, ni la materia escasea; ni la naturaleza ha empleado una escala de dimensiones diferente de las del mundo antiguo: por fin, que es un error, o por mejor decir, un conjunto de errores, cuanto el conde de Buffon y Mr. de Paw dicen sobre la pequeñez, la irregularidad y los defectos de los cuadrúpedos americanos; lo cual, aun siendo cierto, de nada serviría para probar la malignidad del clima de aquel vasto continente. Veamos ahora si han hablado con más acierto en lo que dicen sobre la imaginaria degradación de los cuadrúpedos transportados de Europa.

ANIMALES TRANSPORTADOS AL NUEVO MUNDO

“Todos los animales transportados al Nuevo Mundo, dice el conde de Buffon, como el caballo, el asno, el toro, el carnero, la cabra, el perro y el puerco, son considerablemente más pequeños allí que en Europa; y esto sin excepción.” Si buscamos la prueba de una regla tan general, no hallaremos otra en toda la **Historia Natural** de aquel filósofo, sino que algunos de los cuadrúpedos del mundo antiguo transportados al Canadá, son más pequeños en aquella parte de América que en Francia. “Los animales europeos y asiáticos, dice Mr. de Paw, que se han llevado a América, inmediatamente después de su descubrimiento, han degenerado; su corpulencia ha disminuido y han perdido una parte de su instinto y de su índole; los cartílagos y las fibras de sus carnes se han vuelto más gruesos y rígidos.” Tal es la conclusión general de aquel autor; veamos ahora sus pruebas: “1. La carne de buey es tan fibrosa, que apenas se puede comer en la isla española. 2. Los puercos de la isla de Cubagua mudaron en breve de forma, en tales términos que era imposible reconocerlos: las uñas les crecieron hasta tener un palmo de largo. 3. Las ovejas sufrieron una gran alteración en la Barbada. 4. Los perros transportados de nuestros países perdieron la voz y cesaron de ladrar en la mayor parte del nuevo continente. 5. El frío del Perú desconcertó, en los camellos que se llevaron de Africa, los órganos de la generación.” Tales son los argumentos de que se valen nuestros filósofos para pronunciar la degradación de los animales introducidos en América, después de su descubrimiento: argumentos que, aunque fuesen verdaderos, no bastarían a establecer una opinión tan general; porque ¿qué importa que la carne

de buey sea tan fibrosa en Santo Domingo, si en casi todos los otros países de América es buena, y en algunos, como en todos los de México situados en la costa del Pacífico, tan excelentes cuanto la mejor de Europa, y quizás superior? ¿Qué importa que las ovejas hayan sufrido alguna alteración en la Barbada, y en algunos países demasiado calientes, si en los templados de México y de la América Meridional se conservan como fueron de España? ¿Qué importa que los puercos se hayan desfigurado en Cubagua, isla miserable, privada de agua y de todo lo necesario a la vida, si en el resto de la América han adquirido, según Mr. de Paw, una corpulencia extraordinaria y su carne se ha perfeccionado en tales términos, que los médicos la prescriben a sus enfermos, como la más sana que puedan comer? Ahora pues, si el haberse desfigurado los puercos en Cubagua no prueba que el clima de América les sea contrario, ¿por qué el detrimento de las ovejas en la Barbada, la fibrosidad de la carne de buey en Santo Domingo, y la diminución de algunos cuadrúpedos en Canadá han de probar que el clima de América es, en general, contrario a la generación de los animales, a su corpulencia y a su instinto?

Si esta lógica fuese admisible, más fuertes serían los argumentos de que podría echar mano contra el clima del antiguo continente, sin servirme de otras armas que las que me suministra el conde de Buffon en su *Historia Natural*. Los camellos no han podido multiplicarse en España, como dice el mismo autor, aunque aquel clima sea, de todos los de Europa, el menos contrario a su naturaleza. Los toros han degenerado en Berbería, y en Islandia han perdido las astas. “Las ovejas, dice Buffon, se han alejado de su ser primitivo en nuestros países,” y en todos los calientes del mundo antiguo han mudado la lana en pelo. Las cabras han disminuido de volumen en Guinea y en otras partes. Los perros en Laponia son pequeñísimos y disformes, y los de los climas templados, si pasan a los fríos, dejan de ladrar, y después de la primera generación nacen con las orejas derechas. Por las relaciones de los viajeros consta que los mastines y galgos, y las otras razas de perros europeos, llevados a Madagascar, a Calicut, a Madure y a Malabar, degeneran después de la segunda o tercera generación, y que en los países excesivamente calientes, como la Guinea y el Senegal, esta degradación es mucho más pronta, pues apenas pasan tres o cuatro años, pierden el pelo y la voz. Los ciervos han perdido la mitad de su corpulencia en los

países montuosos, cálidos y secos, como en Córcega y Cerdeña. Si a estas y otras noticias que nos da el conde de Buffon, queremos añadir las que suministran otros autores, ¡cuántos argumentos no pondríamos a nuestros filósofos, algo más sólidos y decisivos que los suyos! ¡cuántas pruebas de que la degeneración animal ha sido mayor en el continente antiguo que en el nuevo! Pero para que se vea la exageración y la falsedad de sus ejemplos, examinemos una a una todas las especies de animales asiáticos y europeos, transportados al Nuevo Mundo, y que han degenerado allí, según aseguran aquellos dos escritores.

CAMELLOS

“De todos los cuadrúpedos llevados a América, dice Mr. de Paw, los que más han prosperado han sido los camellos. A principios del siglo XVI pasaron algunos de Africa al Perú, donde el frío les deconcertó los órganos destinados a la reproducción, y no dejaron posteridad.” Pero, disimulando el error cronológico en que incurre, porque no hace al caso si el frío fue la causa de la destrucción de los camellos en América, lo mismo sucedería en Europa, especialmente en los países del Norte, en los que el frío es sin comparación mucho mayor que en cualquiera parte del Perú. Acuse Mr. de Paw a los que quisieron aclimatar aquellos animales en regiones poco análogas a su naturaleza, y no acuse a la América, en cuya extensión hay tierras cálidas y secas, como las que necesita el camello para subsistir. La misma experiencia se hizo en España, y no tuvo buen éxito, y no habrá quien niegue que el clima de esta península es de los más templados y benignos de Europa. El conde de Buffon opina que aquellos útiles cuadrúpedos podrían fácilmente propagarse en América y en España, si se tomasen las precauciones convenientes, y yo no dudo que prosperarían en la Nueva Galicia. Por lo demás, es falso que los camellos transportados al Perú no dejaran posteridad: el P. Acosta, que estuvo allí pocos años después, asegura haberlos visto multiplicados, aunque no tanto como era de desear.

TOROS

Esta es una de las especies de animales que nuestros filósofos creen degradadas en América, y a las que suponen ser contrario aquel clima. Pero si el ganado vacuno ha perdido una parte de su corpulencia en el Canadá, como afirma el conde de Buffon, y

si en Santo Domingo se ha hecho fibrosa su carne, según la opinión de Mr. de Paw, al menos no ha sucedido así en la mayor parte de los países del Nuevo Mundo, en los cuales la muchedumbre y gran tamaño de aquellos animales, y la bondad de su carne, manifiestan cuán favorables sean aquellos climas a su generación. Su prodigiosa multiplicación en América se halla atestiguada por muchos autores europeos, antiguos y modernos. El P. Acosta cuenta que en la flota en que él volvió a Europa el año de 1587, esto es, sesenta años, poco más o menos, después de introducidos en México los primeros toros y vacas, se enviaron a España 64,360 cueros de aquel país, y 35,444 de Santo Domingo, cuyo clima parece a Mr. de Paw tan opuesto a su prosperidad. Yo no dudo que si se comparase el número de toros y vacas llevados del antiguo continente al nuevo, con el de cueros que América ha enviado a Europa, se hallarían más de 5.000,000 de cueros por cada uno de aquellos animales. Valdecebro, escritor español de la orden de Santo Domingo, que vivió muchos años en México a mediados del siglo pasado, refiere, como un hecho notorio, que las vacas de don Juan Orduña, caballero mexicano, dieron en un año 36,000 terneros, lo que supone un rebaño de 200,000 entre toros y vacas. En el día hay sujetos que poseen 50,000 cabezas de este ganado. Pero nada prueba tanto la estupenda multiplicación de estos animales, como el precio a que se venden en aquellos países en que son necesarios para el sustento del hombre y los trabajos del campo, y donde, en razón de la abundancia de los metales preciosos, todo se vende caro. (1) Para decirlo en pocas palabras, los toros se han multiplicado en México, en el Paraguay, y en algunas otras regiones del Nuevo Mundo, mucho más que en Italia, que mereció de los escritores latinos el epíteto de **armentosa** (2).

(1) En los contornos de la capital de México, a pesar de estar muy poblados, se vende un buen par de bueyes para el arado por veinte pesos; en los de Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, por doce o catorce. Aun son más ínfimos los precios en otros puntos del territorio mexicano. En el Río de la Plata es aun más numeroso este ganado. Según persona fidedigna, hay en aquellas provincias 5.000,000 de toros y vacas en rebaños, y cerca de 2.000,000 salvajes.

(2) Timeo, autor griego, y Varron, citados por Aulo Gellio (Noct. Attic., lib. XI, cap. I), dicen que Italia fue llamada así por la abundancia de bueyes, siendo el nombre de este animal en griego *irakoi*, por lo que dice Gellio que Italia quiere decir **armentosísima**.

Por lo que hace al tamaño de los toros y vacas de aquel país, fácil es averiguar la verdad, viniendo tantos buques cargados de cueros a los puertos de Europa. (1) Mande Mr. de Paw, o algún otro de los que siguen su opinión, medir cincuenta o sesenta de aquellos cueros, y si resultan más pequeños que los comunes de Europa, confesaremos que el clima de América ha reducido la corpulencia del ganado vacuno, y que la materia ha escaseado en el Nuevo Mundo. De lo contrario, tendrán ellos que confesar que son falsas sus noticias, mal fundadas sus observaciones, y fantástico su sistema; y para demostrar que no debemos tener mucha confianza en sus datos, citaremos a Gonzalo de Oviedo, uno de los antiguos pobladores de Santo Domingo, donde residió muchos años. Hablando de los bueyes de aquella isla, cuya carne no puede comerse, según Mr. de Paw, dice aquel escritor: "Los ganados son aquí mayores y más hermosos que todos los de España, y como el aire es tan suave y nunca hace frío, jamás enflaquecen los bueyes, y nunca adquiere mal sabor su carne." El conde de Buffon afirma que los países fríos son más favorables a estos animales que los calientes; lo contrario se verifica en México. La carne de vaca de las tierras marítimas, que son generalmente cálidas, es tan delicada, que se suele enviar de regalo a la capital, aunque la distancia es de 250 a 300 millas.

CARNEROS

El conde de Buffon confiesa que el ganado lanar ha prosperado en los países calientes y fríos del nuevo continente; pero añade que esta prosperidad consiste sólo en la multiplicación, pues los individuos son más flacos, y su carne menos jugosa y tierna que en Europa. En todo esto manifiesta que sus informes son muy errados. En los países cálidos de América no prosperan comunmente los carneros, y la carne de los castrados es mala; de lo que no debemos maravillarnos, pues todo clima caliente es tan opuesto a estos animales, que, según Buffon, los hace mudar la lana en pelo. En los climas fríos y templados de México se han

(1) Todos saben que el mayor comercio de cueros se hacía en el Paraguay, y yo sé, por persona práctica y fidedigna, que los que se envían de aquel país a España, tienen por lo común tres varas de largo, cuando menos, y muchos llegan a cuatro. No creo que haya tres países en Europa en que los bueyes adquieran tan desmesurada dimensión.

multiplicado en proporción más que los toros y vacas; su lana es en algunas partes tan fina como la mejor de España, y su carne tan gustosa como la mejor de Europa. La propagación de los carneros en América es casi increíble. El P. Acosta asegura que antes de su viaje al Nuevo Mundo había allí hacendados que poseían de 60 a 100,000 cabezas, y hoy se ven en México sujetos que tienen 400, 500, y aun 600,000. Los europeos que no han visto aquellos países podrán dudar de estos datos; pero yo no osaría presentarlos al público, a no estar seguro de que es imposible desmentirlos. Valdecebro dice que D. Diego Muñoz Camargo, noble tlaxcalteca de quien he hecho mención en otra parte, tuvo en diez años 40,000 cabezas de ganado, de solas diez ovejas. ¿Cómo podría verificarse esta excesiva multiplicación bajo un clima contrario? En cuanto al tamaño, aseguro que no he visto en ningún país del mundo carneros mayores que los de México.

CABRAS

El conde de Buffon, aunque tan empeñado en proscribir los animales de América, confiesa que las cabras se han aclimatado bastante bien en algunos de aquellos países, y que se multiplican más que en Europa; pues aquí dan en un parto uno o dos cabritos, y allí suelen dar tres, cuatro, y a veces cinco. Mr. de Paw, que da tan justamente a Buffon el título de **Plinio de la Francia**, y quiere que en tratando de animales se respete su autoridad, como la de quien ha pasado revista a todos los de la tierra, debería haber considerado esta y otras noticias de aquel sabio naturalista, antes de ponerse a escribir sobre los animales americanos.

PUERCOS

No están de acuerdo en este punto aquellos dos escritores, pues el conde de Buffon coloca al puerco entre los animales que han degenerado en América, y Mr. de Paw asegura, al contrario, que adquiere en el Nuevo Mundo una corpulencia extraordinaria, y que su carne se perfecciona. Esta contradicción nace de no distinguir los países. Puede ser, aunque yo lo ignoro, que haya algunos en que el puerco ha perdido parte de su volumen; pero lo cierto es que en México, en las islas Antillas, en Tierra Firme, y en otras partes de América, los puercos son tan grandes como

en Europa, y que en la isla de Cuba hay una raza de mucha mayor corpulencia, como consta a todos los que han estado en aquellas regiones. Nuestros filósofos pueden, si gustan, informarse de muchos escritores europeos que han visto los puercos de Toluca, de la Puebla de los Angeles, de Cartagena, de Cuba, etc., y tendrán datos acerca de su excesiva multiplicación y de la excelencia de su carne. (1)

CABALLOS Y MULAS

En nada de cuanto dicen el conde de Buffon y Mr. de Paw, acerca de los animales americanos, ofenden tanto a la verdad, como en suponer la degradación de los caballos en aquellos países. De éstos dice el P. Acosta “que en muchas partes de América han prosperado y prosperan, y hay razas tan buenas como las mejores de España, no menos para la carrera y el lucimiento, que para el viaje y la fatiga.” Este testimonio de un europeo tan crítico, tan imparcial y tan práctico en las cosas de América y de Europa, vale más que todas las declamaciones de aquellos filósofos contra el Nuevo Mundo. El teniente general D. Antonio Ulloa, docto matemático español, habla con admiración de los caballos que vió en Chile y en el Perú, y celebra con especialidad los llamados en Chile **aguilillas**, por su extraordinaria velocidad, y los **parameros**, que en la caza de ciervos corren agilísimamente con el jinete encima, por los puntos más ásperos y difíciles de los montes. El mismo asegura haber montado muchas veces uno de los aguilillas, el cual no era de los mejores de su raza, y andaba más de quince millas en 57 o 58 minutos. En México hay una indecible cantidad de caballos y mulas: su gran número puede inferirse de su precio. En tiempo de la Conquista valía un caballo ordinario mil pesos, y hoy se compra uno bueno por diez o

(1) “Es cierto, dice el P. Acosta, que los puercos se han multiplicado considerablemente en toda la América. En Cartagena y en otros muchos países se come su carne fresca, reputándola tan sana como la del carnero castrado. En otros se ceban con maíz y engordan extraordinariamente. En Toluca, en Paria y en otras partes, se preparan muy bien el tocino y los jamones.” El conde de Buffon, después de haber colocado al puerco en el número de los animales degenerados de América, dice que ha prosperado bien en aquel país.

doce. (1) Su tamaño es el del caballo común de Europa: raras veces se ve en México un caballo tan pequeño como los esclavones de Italia o como los de Islandia y la Gran India, si es cierto lo que de éstos dicen Anderson, Tavernier y otros autores. Su fuerza es tal, que es muy común en los habitantes de aquellos países hacer un viaje de 70, 80 y aun más millas, sin mudar de caballo, ni parar, andando siempre a buen paso y por caminos muy difíciles. Los de silla, aunque comunmente capones, son muy fogosos. Las mulas, que en casi todo el territorio de México sirven al tiro y a la carga, son también, en cuanto al tamaño, semejantes a las europeas. Las de carga, que van en recuas, suelen llevar cerca de 500 libras de peso; su jornada ordinaria no pasa de 12 a 14 millas, por ser éste el uso de los arrieros; pero de este modo hacen viajes de 800, 1,000 y aun de 1,500 millas. Las de coche van al paso común de la posta de Europa, aunque el carruaje lleva un peso muy considerable, que es el equipaje de los viajeros; sin embargo de lo cual hacen viajes muy largos, caminando 30 millas diarias, a lo menos. Las de silla sirven para los viajes más largos. Es común ir en mula de México a Guatemala, que dista cerca de 1,000 millas, por un camino en gran parte montuoso y áspero, y andando cada día más de 30 millas. Todo esto, que demuestra el error de nuestros filósofos acerca de la degradación de aquellos cuadrúpedos, es público y notorio en América, y conforme a lo que escriben muchos autores europeos. Concluiré con una observación que me parece probar de un modo irrefragable la multitud y excelencia de los caballos americanos. Entre tantas cosas como los europeos establecidos en América hacen venir de su país, a efecto del amor que le conservan, no sé que de doscientos años a esta parte hayan enviado a pedir caballos de España; a lo menos puedo asegurarlo de México; por el contrario, es sabido que muchas veces se envían caballos americanos a España, para regalo de los magnates y aun del mismo rey católico.

(1) En la Nueva Galicia se compra un caballo mediano por cuatro pesos, una mula por seis, y una yeguada de veinticuatro cabezas, con el padre, por cincuenta. En Chile se tiene por un peso uno de los caballos que van al trote, los cuales son los que más aprecia la gente del campo, por su fuerza y extraordinaria agilidad.

PERROS

Es grande el despropósito que, entre otros muchos, dice Mr. de Paw acerca de los perros americanos: "Los perros que se llevan de nuestros países pierden en breve la voz y dejan de ladrar en la mayor parte de las regiones del nuevo continente." Los americanos se reirán de muchos errores de Mr. de Paw; pero al llegar a este que acabo de citar, soltarán la carcajada. Aunque concediésemos la degradación de los perros en el Nuevo Mundo, nada se inferiría contrario a su clima, que no pudiera aplicarse al del antiguo; pues según Mr. de Buffon, los perros llevados de los climas templados a los fríos de Europa, pierden la voz, y en los muy cálidos pierden también el pelo. Esta aserción se apoya en la experiencia hecha con los perros europeos llevados a varias partes de Asia y Africa, cuya degradación, dice aquel filósofo, ha sido tan rápida en Guinea y en otros países calientes, que al cabo de tres o cuatro años quedan enteramente pelados y mudos. No se atreve Mr. de Paw a decir otro tanto de América; pero aun lo que dice es falsísimo. ¿Dónde están esos países americanos en que pierden la facultad de ladrar los perros llevados de Europa? ¿Cuál es el autor en cuyo crédito se funda tan absurda fábula? La mayor parte del territorio de América en que hay perros europeos, es el que los españoles conquistaron, y yo no he oído decir que se haya observado en ninguna de sus partes semejante fenómeno. Ni entre los autores europeos que han notado las particularidades de América, ni entre los muchos americanos que se hallan actualmente en Europa y que proceden de todas las regiones de aquella parte del mundo, he hallado uno solo que conforme la anécdota de Mr. de Paw. Lo que sabemos por los escritores americanos y por muchas personas que conocen prácticamente aquellos países, es que los perros no padecen nunca de rabia en el Perú, en Quito, en Chile y en otras muchas partes del Nuevo Mundo. Si en los dominios americanos de Francia y de Inglaterra hay alguno (que no lo creo) en que los perros hayan perdido la voz, ¿podrá decirse por esto que lo mismo sucede "en la mayor parte de las regiones del nuevo continente?" Mr. de Paw leería acaso que en algunos países de América hay perros que no ladran, y esto le bastó para generalizar el hecho. Por la misma razón podría decirse que el higo trasportado de Europa al

Nuevo Mundo se hace inmediatamente espinoso, por las espinas que tiene el fruto del **nochtli** o nopal, a que los españoles dieron, no sé por qué, el nombre de **higo de las Indias**, como llamaron **perro de México** al **techichi**, fundados en la semejanza que se nota entre los dos animales. Pero ni este cuadrúpedo es perro, ni aquel fruto es higo. Fácil es caer en semejantes errores cuando no se moderan las pasiones y no se rectifican las ideas. El conde de Buffon, por el contrario, asegura que los perros europeos han prosperado tanto en los países cálidos como en los fríos del Nuevo Mundo; en lo cual concede gran ventaja a la América, con respecto al continente antiguo.

GATOS

Nada dicen nuestros filósofos sobre la degeneración de los gatos en América; pero deben entenderse comprendidos en su sentencia general. Sin embargo, el conde de Buffon, que en el pasaje citado no admite excepción en la degeneración de los animales europeos en el Nuevo Mundo, hablando en particular de los gatos, después de haber elogiado los de España como los mejores, afirma que “estos gatos españoles trasportados a América, han conservado sus bellos colores y en nada han degenerado.” (1)

Estos son los cuadrúpedos con que el mundo antiguo ha enriquecido al nuevo, y todos ellos, con excepción del camello, se han multiplicado profusamente y han conservado sin alteración su corpulencia, su figura y todas las perfecciones de sus progenitores. Así consta, en parte, por la confesión de los mismos filósofos, en parte por el dicho de autores europeos imparciales, juiciosos y prácticos en aquellos países, y, finalmente, por la notoriedad que alego sin temor de ser desmentido. No dudo que los lectores de buena fe echarán de ver, por lo que he expuesto con la mayor sinceridad, los errores y contradicciones de nuestros filósofos, dictados por el ridículo empeño de infamar al Nuevo Mundo; la falsedad de sus observaciones, la inconsecuencia de sus racionios y la temeridad de su censura.

(1) A los cuadrúpedos de que he hablado añade el conde de Buffon el conejo y el puerco de Guinea, y afirma que estas especies han prosperado bien en América. En cuanto a las ratas, sería un gran bien para aquellos países que no pudieran vivir en ellos.

CATALOGO DE LOS CUADRUPELOS AMERICANOS

ESPECIES CONOCIDAS Y ADMITIDAS POR EL CONDE DE BUFFON

Acuti, pequeño cuadrúpedo del Paraguay y del Brasil, semejante al conejo. El nombre **acuti** es de las lenguas guarani y paraguayesa.

Ai, especie de perico ligero con cola.

Akuchi, pequeño cuadrúpedo de la Guayana.

Alce, vulgarmente llamado **gran-bestia**, por los franceses **elan**, y por los canarios **oriñac**. En la América dan el nombre de **gran-bestia** al **tapir**.

Alco, llamado por los peruanos **allco**, por los mexicanos **techi-chi**. Cuadrúpedo mudo y bueno de comer, semejante al perro.

Apar, especie de **tatú** o **armadillo**, armado de tres fajas móviles.

Aperea, en Guarani: cuadrúpedo semejante al conejo, pero sin cola.

Bisonte o toro jorobado, llamado en México **cíbolo**. Cuadrúpedo grande de la América Septentrional.

Cabassu, especie de **tatú**, cubierto de dos placas o conchas, y de doce bandas móviles.

Cabiai o **capibara**, cuadrúpedo anfibio, semejante al puerco. Los tucumaneses lo llaman **capibara** o **capiguara**; los guaranies **capiira** o **capibará**; los tamanaques **cappivá**; los chiquitos **oquis**, y en otras naciones **chiaco**, **ciguiri** e **irabubi**.

Cachimaco, especie de **tatú**, cubierto con dos láminas y nueve fajas móviles.

Castor.

Chinche. Aunque puede ser que el conde de Buffon haya alterado el nombre de **chingue**, que dan en Chile a otro insecto.

Ciervo.

Coaita, especie de **cercopiteco**, o mono con cola.

Coaso. Véase lo que he dicho en el libro I de la Historia, acerca de este cuadrúpedo.

Coati o **cuati**, pequeño y curioso cuadrúpedo de la América Meridional.

Cochinillo de Indias, pequeño cuadrúpedo de la América Meridional, semejante al conejo y al puerco, pero sin cola.

Coendú, o más bien **cuandú**, de la Guayana y del Paraguay. Llámase en el Orinoco **arura**.

Conepata, en México **conepatl**.

Coqualino. Así llama el conde de Buffon al **cozocotecuillin** de los mexicanos, cuadrúpedo semejante a la ardilla, pero diverso.

Corzo.

Couguar, fiera manchada como el tigre.

Coyopolin, y no **cayopolin**, como escribe Buffon. Pequeño cuadrúpedo de México.

Encobertado, tatú cubierto de dos láminas o conchas y de seis fajas.

Exquima, especie de **cercopiteco**.

Falanger, nombre dado a un pequeño cuadrúpedo semejante a la rata.

Filandro de Suriñán. Cuadrúpedo semejante a la marmosa y al **tlacuatzin**, pero diverso.

Gamo.

Gamuza.

Hormiguero, cuadrúpedo de los países calientes de América. Los españoles lo llaman oso hormiguero, aunque es más diferente del oso que el perro del gato. El conde de Buffon distingue tres especies en América: La primera, el hormiguero; la segunda, el tamanoir; y la tercera, el tamandua. Los peruanos lo llaman **hucumari**; los quiteses, **huauniri** y **cuchichi**; y los tamanaques del Orinoco, **varaca**. En el Brasil llaman al hormiguero grande **tamandua-guazu**, y al pequeño, **irara** y **guatimonde**.

Glotón, llamado en el Canadá **carcaju**, fiera de los países septentrionales.

Jaguar, o tigre americano. **Jagua**, en lengua guarani, es nombre común al tigre, a la **puma** y al perro. Los peruanos llaman al tigre **uturuncu**, y los mexicanos **ocelotl**.

Jaguarete, o más bien **jaguareté**, fiera del género de los tigres. **Jaguar-eté** es en guarani el nombre genérico de los tigres.

Isatis, fiera de los países fríos.

León marino: así llama lord Anson a la foca mayor, que en Chile se llama **lame**.

Liebre común.

Lince o gato cervical.

Llama, no **lama**, como dice el conde de Buffon, ni **glama**, como escribe Mr. de Paw: nombre del carnero peruano.

Lobo común, llamado por los mexicanos **cuetlachтли**.

Lobo marino o foca menor.

Lobo negro, muy diverso del común.

Manati, llamado por los franceses **lamentin**, gran animal marino de los lagos y de los ríos, colocado por el conde de Buffon entre los cuadrúpedos, aunque apenas pueda llamarse bípedo o bimanio.

Mapach, cuadrúpedo curioso de México.

Margai, o gato-tigre, fiera. Puede ser que este nombre se derive del **mharacayá** de los paraguayeses.

Marikina, o mona leonina, especie de cercopiteco.

Marmosa, pequeño y curioso cuadrúpedo de los países cálidos y templados de América.

Marmota, llamada **muar** de los canadenses.

Mico, la especie más pequeña de los cercopitecos. En español es nombre genérico de todos ellos.

Morso, gran anfibio marino.

Musaraña.

Nutria, llamada **miquilo** en el Perú.

Ocelotl, o gato-pardo de México. **Ocelotl** en mexicano es el nombre del tigre; pero el conde de Buffon lo da al gato-pardo.

Ondatra (**rat musqué du Canadá**), cuadrúpedo semejante a la rata.

Oso negro, específicamente diverso del pardo.

Oso pardo.

Paca, cuadrúpedo semejante al puerco en el pelo y en el gruñido, y en la forma de la cabeza al conejo. En Brasil se llama **paca**; en Paraguay **pag**; en Quito **picuru**, y en el Orinoco **accuri**.

Paco, cuadrúpedo de la América Meridional, del mismo género, pero no de la misma especie que el **llama**. El nombre indio es **alpaca**.

Pecari, cuadrúpedo que tiene en la espalda una glándula, que muchos han creído ser el ombligo, y por la cual exhala un humor fétido. Los verdaderos nombres de este animal en diferentes países de América son **saino**, **coyamatl**, **tatabro** y **pachira**. De este último se deriva quizás el de **pecari** que

le da el conde de Buffon. También lo llama **tajazú**, nombre común en Guaraní a todas las especies de puercos.

Pekan, o marta americana.

Pequeño gris (petit gris). Así llama el conde de Buffon a un pequeño cuadrúpedo de los países fríos, semejante a la ardilla.

Pilori (rat musqué des Antilles), pequeño cuadrúpedo semejante a la rata y diferente de la **ondatra**.

Pinchis, llamado por el conde de Buffon **pinche**, especie de pequeño cercopiteco.

Polatuca, cuadrúpedo semejante en parte a la ardilla, llamado por los españoles **quimichpatlan** o ratón volante.

Puma, o león americano, llamado por los mexicanos **miztli**, y por los chilenos **pagi**.

Quirquincho, especie de **tatú** cubierto de una concha y de dieciocho fajas. **Quirquincho**, nombre peruano; **ayotochtli**, mexicano; **tatú**, paraguayés, y **armadillo**, español, son genéricos de estas especies de cuadrúpedos. El conde de Buffon limita el nombre de **quirquincho** a una sola especie, como hace con el **ayotochtli**.

Ratón de agua.

Rengífero, llamado en el Canadá **caribu**.

Sai, especie de cercopiteco. **Cai**, en lengua guaraní, es el nombre genérico de los cercopitecos; pero el conde de Buffon lo limita a una sola especie.

Saimiri, más bien **caimiri**, especie curiosa de cercopiteco.

Saki, especie de cercopiteco con cola larga.

Saricovienna, nutria particular del Paraguay, del Brasil, de la Guayana y del Orinoco. En el Paraguay se llama **kijá**, y en el Orinoco **cairo** o **nevi**.

Sayú, o **cayú**, especie de cercopiteco.

Suizo, llamado por los mexicanos **tlalmototli**, cuadrúpedo semejante en la forma a la ardilla; pero diverso en muchas cualidades y casi de doble tamaño.

Suricate, cuadrúpedo de la América Meridional, que tiene, como la hiena, cuatro dedos en cada uno de los cuatro pies.

Taira, de la Guayana.

Tamandua, o más bien **tamanduá**, la especie media de los hormigueros.

Tamannoir, la mayor especie de los hormigueros.

Tamarino, especie de pequeño cercopiteco.

Tapet o **tapeto**, cuadrúpedo de la América Meridional, semejante en algo a la liebre y al conejo. Su verdadero nombre en lengua guarani, es **tapiti**.

Tapir, cuadrúpedo grande de América, llamado por los españoles **anta**, **danta** o **gran bestia**, y en diversas lenguas americanas **tapii**, **tapiíra**, **beori**, **tlacaxolotl**, **huariari**, **sacha-vaca**, etc. Yo adopto el nombre de **tapir**, porque ya lo usan los zoologistas, y además porque no es equívoco. El de **gran bestia** es propio del **alce**; el de **anta** o **danta** se da también al **zebu**, cuadrúpedo del Africa muy diverso del **tapir**.

Tarsiere, cuadrúpedo algo semejante a la marmosa y al **tlacuatzin**.

Tatuelo, nombre dado por el conde de Buffon a una especie de **tatú** que está cubierto de dos conchas y de ocho fajas.

Tlacuatzin, cuadrúpedo curioso, cuya hembra lleva los cachorros después del parto en una bolsa o membrana que tiene debajo del vientre. En diversos países de América tiene los nombres siguientes: **churcha**, **chucha**, **mucamuca**, **jariqué**, **fara**, **auare**. Los españoles de México lo llaman **tlacuache**. Algunos naturalistas le dan el nombre de **filandro** y otros el de **didelfo**, que le conviene con más razón. El conde de Buffon lo llama **sarigue** o **cariguei**, alterando el nombre **jariqué**, que es el que le dan en el Brasil.

Tuza (no **tucan**, como dice el conde de Buffon), en mexicano **tozan**, cuadrúpedo de México, del género del **topo**; pero mayor y de hermoso aspecto. No sé si este animal es el mismo que los peruanos llaman **tupu-tupu**.

Vampiro, gran murciélago de América.

Varina, llamado por el conde de Buffon **ouarine**; gran cercopiteco barbudo, llamado en Quito **omeco**. Buffon duda si es la misma especie que el **aluata**, otro cercopiteco grande. Yo convengo en que sea así y por esto no pongo al **aluata** en el catálogo.

Vison, o **fuina** americana.

Unistiti, cercopiteco pequeño.

Unau, especie de perico ligero sin cola. El conde de Buffon distingue con razón dos especies de perico ligero: una con cola y otra sin ella; pues además de éste tienen otros carac-

teres distintos. El perico ligero se llama en Quito **quillac**, y en el Orinoco **proto**.

Urson, cuadrúpedo de los países fríos, semejante al castor, pero diverso.

Zorra común.

Zorrillo. Los mexicanos lo llaman **epatl**; en Chile **chingue**, y en otros países de la América Meridional **mapurita**, **aguatuja**, etc.

Así que, el conde de Buffon, que no ha hallado en toda la América más de 70 especies de cuadrúpedos, cuenta y distingue 94 a lo menos en su **Historia Natural**. Digo a lo menos, pues a las precedentes deben añadirse el puerco común, el armiño y otras que en unas partes concede a la América y en otras se las niega.

ESPECIES CONFUNDIDAS POR EL CONDE DE BUFFON

El **guanaco** con la llama. Además de otras diferencias entre el llama, el guanaco, la vicuña y el paco, se observa que los individuos de cada una de estas especies no procrean con los de las otras, aunque vivan juntos. Si esto basta para distinguir la especie del perro de la del lobo, siendo animales tan semejantes entre sí, ¡cuánto más no servirá para los cuatro mencionados que no tienen tanta semejanza!

La **vicuña** con el paco.

El **citli** con el tapete. Las mismas descripciones del conde de Buffon y las del Dr. Hernández no dejan duda acerca de la diferencia de estas dos especies.

El **huitzlacuatzin** con el **cuandú** de la Guayana.

El **tlacocelotl** con el **ocelotl**. El conde de Buffon dice que éste es el macho y aquél la hembra de la misma especie, y que el segundo nombre es la síncopa del primero. Por esto mismo podríamos decir que el **canis** latino es lo mismo que el **semicanis**, y el **tygris** lo mismo que el **semitygris**; pues el **ocelotl** mexicano significa **tigre**, y el **tlacocelotl** no quiere decir otra cosa que **medio-tigre**. No es extraño que aquel naturalista ignorase el mexicano; pero sí lo es que afirme lo que no sabe. El Dr. Hernández, que vió por sí mismo y observó aquellas especies como hombre sabio, merece más crédito.

El **tepeitzcuintli**, o perro montañés de México, con el **glotón**.

El **xoloitzcuintli**, o perro pelado, con el lobo.

El **izcuintepozotli**, o perro jorobado, con el **alco** o **techichi**. Añádanse estas ocho especies, confundidas con otras, a las 94 del catálogo anterior, y harán 102.

ESPECIES IGNORADAS O NEGADAS SIN FUNDAMENTO

POR EL CONDE DE BUFFON

Achuni, cercopiteco de Quito, con gran hocico, fortísimos dientes y pelo grueso como cerdas. Manuscrito que poseo.

Ahuitzotl, pequeño cuadrúpedo anfibio de México, que he descrito en el libro I de la Historia.

Amiztli, cuadrúpedo descrito en el libro I. Dije allí que me parecía el mismo que el conde de Buffon llama **saricovienne**; pero después he hallado diferencias específicas entre ambos.

Cacomiztle, cuadrúpedo mexicano semejante a la fuina, pero diverso en la forma; descrito por mí en el libro I de mi Historia.

Chinchico, cercopiteco de Quito, tan pequeño que puede tenerse en el puño. Suele hallarse en diversos colores. Manuscrito.

Chillihueque, cuadrúpedo grande de Chile, semejante al **huana-co**, pero de diversa especie. **Historia de Chile**, por Molina.

Chinchilla, especie de ratón campestre lanudo. Hablan de él muchos autores de la América Meridional.

Chinchimen, o gato marino; cuadrúpedo anfibio del mar de Chile. **Historia de Chile**.

Cinocéfalo cercopiteco, cuadrúpedo de México, de que hacen mención Hernández, Brisson y otros.

Coyote (en mexicano **coyotl**), fiera descrita en el libro I.

Conejo común, llamado por los mexicanos **tochtli**.

Cui, o conejo peruano, pequeño cuadrúpedo muy semejante al cochinillo de Indias. Lo describen muchos historiadores del Perú.

Culpeu, especie particular de zorra grande de Chile. **Historia de Chile**.

Degu o **guiro**, de Chile. **Historia de Chile**.

Foca porcuna, o puerco marino anfibio de Chile, especie particular de foca. **Historia de Chile**.

Gato melero. Así llaman los españoles a un cuadrúpedo de la provincia del Chaco, en la América Meridional. Es semejante en la forma al gato; caza los pájaros en los árboles y gusta mucho de la miel de abejas. Manuscrito.

Guanque. Especie de ratón campestre azul, de Chile. **Historia de Chile.**

Horro, cercopiteco grande de Quito y de México; negro en todo el cuerpo, excepto el cuello, que es blanco. Grita mucho en los bosques, y puesto en pie tiene la altura de un hombre. Manuscrito que poseo.

Huemul, o caballo bifulco de Chile. **Historia de Chile.**

Hurón de Chile y del Paraguay, llamado en guarani jaguarobape.—**Historia de Chile** y manuscrito.

Jaguarón, en guarani jagua-rú, fiera anfibia del Paraguay, llamada por algunos **tigre acuático.**

Kiki, cuadrúpedo de Chile. **Historia de Chile.**

Mayan, cuadrúpedo semejante al puerco. Tiene el cuerpo redondo, las cerdas encrespadas y habita en el Paraguay. Manuscrito que poseo.

Perro de Cibola, o de carga, cuadrúpedo del país de Cibola, semejante en la forma a un mastín. Se sirven de él los indios para llevar cargas. Hacen mención de este robusto animal muchos historiadores de México.

Pisco-Cushillo, esto es, cercopiteco pájaro, cercopiteco de Quito. Tiene casi todo el cuerpo cubierto de una especie de pluma. Manuscrito que poseo.

Rata blanca rústica, común en México.

Rata común rústica, común en México y en otros países de América.

Rata de Maule, cuadrúpedo de aquella provincia de Chile, muy semejante a la marmota, pero doble mayor. **Historia de Chile.**

Ratón, comunísimo en América antes de la llegada de los españoles, llamado por los mexicanos **quimichín,** y descrito en el libro I de esta Historia.

Ratón rústico, común en México y en otros países de América.

Richo, común en el Paraguay. Manuscrito que poseo.

Tayé, cuadrúpedo de la California, de que se hace mención tanto en la **Historia** impresa cuanto en las relaciones manuscritas de aquel país. El tayé es sin duda el **ibex** de Plinio, descrito por el conde de Buffon con el nombre de **bouquetin.**

Taitetú, cuadrúpedo del Paraguay, del género del puerco. La hembra pare siempre dos individuos, que nacen unidos por el cordón umbical. Manuscrito que poseo.

Tejón blanco, de Nueva York, descrito por Mr. Brisson.

Thopel-Lame, cuadrúpedo anfibio del mar de Chile, especie de foca mucho más semejante al león, que la que vió lord Anson.—**Hist. Nat. de Chile.**

Tlalcoyote, en mexicano **tlalcoyotl**, cuadrúpedo común en México, descrito en el libro I de esta Historia.

Trefle o trifoglio, cuadrúpedo grande de la América Septentrional, descrito por Mr. de Bomare.

Viscacha rústica, cuadrúpedo semejante al conejo, pero con una gran cola empinada. Acosta y otros historiadores de la América Meridional.

Viscacha montaraz, hermoso cuadrúpedo del mismo género que el precedente, pero de diversa especie. Manuscrito que poseo.

Usnagua, o cercopiteco nocturno. Manuscrito.

Unidas estas 40 especies a las 102 mencionadas arriba, tenemos 142 especies de cuadrúpedos americanos. Si se añaden las del caballo, el asno, el toro, la oveja, la cabra, el puerco común, el puerco de Guinea, el perro, el gato y la rata doméstica, trasportados después de la Conquista, contaremos en América hasta 152 especies. El conde de Buffon, que en toda su **Historia Natural** no cuenta más de 200 especies de cuadrúpedos en los países del mundo antiguo descubiertos hasta ahora, en su obra posterior intitulada **Las Epocas de la Naturaleza** halla 300. ¡Tanto se aumentó su número en pocos años! Pero dando por cierto este cálculo, la América, que no es más que la tercera parte de nuestro globo, tiene la mitad a lo menos de las especies de cuadrúpedos. Vuelvo a decir **a lo menos**, porque he omitido algunas que dudo si son o no las mismas descritas por el conde de Buffon. El fin principal que me he propuesto en la formación de este catálogo, no ha sido el de demostrar el error del conde de Buffon en la enumeración de los cuadrúpedos americanos, ni la falsedad de su opinión sobre la escasez de la materia en el Nuevo Mundo, sino el de servir a los naturalistas europeos, indicándoles algunos cuadrúpedos desconocidos hasta ahora, y allanándoles las dificultades que ha podido suscitar una mal entendida nomenclatura. De buena gana hubiera añadido

a los nombres de los cuadrúpedos una exacta descripción de cada uno de ellos; mas esta empresa no entra en el cuadro de mi trabajo. Para la formación del catálogo, además del gran estudio que he necesitado hacer, he tomado informes por escrito de personas doctas, sinceras y prácticas en los diversos países de América, a las que doy gracias por la bondad con que me han complacido.

DISERTACION V

CONSTITUCION FISICA Y MORAL DE LOS MEXICANOS

Cuatro clases de hombres pueden distinguirse en México y en otros países de América: 1.º Los propiamente americanos, vulgarmente llamados **indios**, esto es, los descendientes de los antiguos habitantes del Nuevo Mundo, cuya sangre no se ha mezclado con la de los pueblos del antiguo. 2.º Los europeos, los asiáticos y los africanos, establecidos en aquellos países. 3.º Los hijos y descendientes de éstos, llamados **criollos** por los españoles, nombre que se da principalmente a los hijos o descendientes de europeos, cuya sangre no se ha mezclado con la de los americanos, africanos ni asiáticos. 4.º Las razas llamadas **castas** por los españoles, es decir, los hijos o descendientes de europeo y americana, o de europeo y africana, o de africano y americana, etc. A todas estas clases de hombres comprenden los denuestos de Mr. de Paw. Supone o finge tan maligno al clima de América, que hace degenerar no sólo a los criollos y a los americanos, sino también a los habitantes europeos de aquellos países, a pesar de haber nacido bajo un cielo más blando y en un clima más favorable, como él dice, a todos los animales. Si aquel escritor hubiera compuesto sus **Investigaciones filosóficas** en América, podríamos con razón sospechar la degeneración de la especie humana en el Nuevo Mundo; pero como vemos que aquella obra y otras del mismo jaez se han escrito en Europa, tenemos un nuevo testimonio de la verdad del refrán español, imitado del griego: **Todo el mundo es Popayán**. Pero, dejando aparte los despropósitos de aquel filósofo y de sus partidarios contra las otras clases de hombres, hablaré sólo de lo que escribe contra los propiamente americanos, que son los más injuriados y los más indefensos. Si a esta tarea me indujese alguna pasión o interés, me hubiera encargado más bien de la causa de los criollos, que, además de ser la más fácil, es la que más de cerca

me toca. He nacido de padres españoles y no he tenido la menor afinidad ni consanguinidad con indios, ni espero el menor galardón de su miseria. Así que, sólo el amor a la verdad y el celo en favor de la especie humana, me hacen abandonar la causa propia y abrazar la ajena, con menos peligro de errar.

CUALIDADES FISICAS DE LOS MEXICANOS

Mr. de Paw, que critica la estatura, la forma y las supuestas irregularidades de los animales americanos, no se ha mostrado más indulgente para con los hombres de aquel país. Si los animales le parecieron una sexta parte más pequeños que los de Europa, los hombres son también, en su opinión, más pequeños que los castellanos. Si en los animales notó la falta de cola, en los hombres censuró la falta de pelo. Si en los animales halló notables deformidades, en los hombres vitupera el color y las facciones. Si creyó que los animales eran menos fuertes que los del continente antiguo, también afirma de los hombres que son debilísimos y que están expuestos a mil dolencias ocasionadas por la corrupción de aquel aire y por las exhalaciones pestilentes de aquel terreno.

En cuanto a la estatura de los americanos, dice, en general, que aunque no sea igual a la de los castellanos, hay poca diferencia entre la de unos y otros. Pero yo estoy seguro, y es notorio en todo México, que los indios que habitan aquellos países, esto es, los que están desde el 9° hasta el 40° de latitud septentrional hasta donde han llegado los descubrimientos de los españoles, tienen más de cinco pies de París de alto, y que los que no pasan de aquella estatura son más raros entre los indios que entre los españoles. También estoy cierto de que muchas de aquellas naciones, como los apaches, los hiaqueses, los pimeses y los coquimes (1) son, a lo menos, tan altos, cuanto los más altos europeos, y no sé que en toda la vasta extensión del Nuevo Mundo se halle un pueblo, excepto los esquimales, cuya estatura sea tan reducida como la de los lapones, samoyedos y tártaros septentrionales del antiguo continente. Así que, bajo

(1) Lo que digo de las naciones de la América Septentrional, se puede aplicar a los chilenos, a los patagones y a los otros pueblos de la Meridional.

este aspecto, no ceden los mexicanos a los habitantes de las otras partes del mundo.

En cuanto a la regularidad y proporción de los miembros, no es necesario añadir nada a lo que he dicho en el libro I de mi Historia. Estoy persuadido que no habrá una sola persona de las que lean esta obra en América, que contradiga la descripción que allí hago de las formas y del carácter de los indios, a menos de tener nubes en los ojos y trastornado el cerebro. Es cierto que don Antonio Ulloa dice, hablando de los indios de Quito, haber observado “que entre ellos abundan los imperfectos, o porque tienen los cuerpos irregulares y monstruosos a causa de su pequeñez, o porque pierden la razón, el habla o la vista, o porque les falta algún miembro;” pero habiendo yo hecho grandes investigaciones acerca de esta singularidad de aquellos pueblos, he sabido, por personas dignas de fe y prácticas en el conocimiento del país, que estos defectos no nacen de los malos humores, ni del influjo del clima, sino de la mal entendida y cruel humanidad de los padres, los cuales, para sustraer a sus hijos de los gravámenes y fatigas que los españoles exigen de los indios sanos, los inutilizan en la niñez y los ponen imperfectos e irregulares; lo que no sucede en los otros países de América, ni tampoco en los otros pueblos de Quito, en que los indios están exentos de aquellas penalidades. Mr. de Paw y el Dr. Robertson dicen que entre los salvajes de América no se hallan personas irregulares y monstruosas, porque, como los lacedemonios, dan muerte a los niños que nacen ciegos, jorobados o privados de algún miembro; pero que en los países en que están reunidos en sociedad y en que la vigilancia de los que los rigen no permite ejercer aquella cruel previsión, el número de los individuos defectuosos es mayor que en cualquier parte de Europa. Este sería un excelente modo de eludir la dificultad, si se fundara en hechos positivos; pero si ha habido en América alguna tribu salvaje que haya imitado el ejemplo de los tan celebrados lacedemonios (1), no se infiere de aquí que deba imputarse la misma barbarie a los otros pueblos de aquel continente, pues es innegable que la mayor parte de las naciones americanas desconocen aquel uso, como puede demostrarse por

(1) La inhumanidad de matar a los niños que nacían disformes, no sólo era permitida en Roma, sino prescrita por las leyes de las XII tablas: *pater insignem ad deformitatem puerum cito necat*.

el testimonio de los escritores mejor instruidos en sus costumbres. Además de esto, en todos los países de México, los cuales forman a lo menos una cuarta parte del Nuevo Mundo, los indios viven en sociedad y congregados en ciudades, villas o aldeas; bajo la vigilancia de magistrados y de párrocos españoles o criollos. Allí no se tiene noticia de la inhumana precaución que alegan en su defensa los dos mencionados escritores, y, sin embargo de esto, todos los españoles y criollos que vinieron de México a Italia en 1768, fueron entonces y están hoy día maravillados de observar en los pueblos de esta cultísima península tan gran número de ciegos, cojos, tullidos y estropeados. Es, pues, hartamente diversa de la que imaginan aquellos autores, la causa de aquel fenómeno observado por tantos escritores en América.

Del color de aquellos pueblos no se puede sacar ninguna objeción contra el Nuevo Mundo; pues aquel color es menos distante del blanco de los europeos, que del negro de los africanos y de una gran parte de los asiáticos. El cabello de los mexicanos y de los otros indios, como ya he dicho en otra parte, es espeso y tupido, su barba escasa y por lo común (1) carecen de vello en las piernas y en los brazos; pero es un error decir, como dice Mr. de Paw, que están enteramente privados de pelo en todas las otras partes del cuerpo. Este es uno de los muchos pasajes de las **Investigaciones filosóficas** en que no podrán contener la risa los mexicanos y otros pueblos de América, viendo el tenaz empeño de un filósofo europeo en privarlos de lo que la naturaleza les ha concedido. Leyó sin duda aquel autor la ignominiosa descripción que Ulloa hace de algunos pueblos americanos del mediodía, y de este solo dato dedujo, con su acostumbrada lógica, una conclusión universal (2).

El aspecto solo de un angolano, mandinga, o congo, hubiera debido espantar a Mr. de Paw y disuadirlo de su malhumorada censura contra el color, las facciones y el pelo de los ame-

(1) Digo **por lo común**, porque hay en México pueblos barbudos y que tienen vello en los brazos y en las piernas.

(2) Ulloa, en la descripción que hace de los indios de Quito, dice que ni a los hombres ni a las mujeres les nace pelo cuando llegan a la edad de pubertad. Sea lo que fuere de esta singularidad y de su causa, lo cierto es que en el resto de América la pubertad tiene los mismos síntomas que en las otras partes del mundo.

ricanos. ¿Puede imaginarse un conjunto más opuesto a la idea general que tenemos de la belleza y de la perfección del cuerpo humano, que un hombre fétido, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza cubierta de lana negra en lugar de cabello, los ojos amarillentos o rojos, los labios gruesos y negruzcos y la nariz aplastada? Tales son los habitantes de una gran parte del Africa y de muchas del Asia. ¿Qué hombres más imperfectos que los que tienen apenas cuatro pies de estatura, el rostro largo y chato, la nariz respingada, los ojos de un amarillo obscuro, los párpados estirados hacia las sienes, las mejillas desproporcionadamente elevadas, la boca grandísima, los labios gruesos y prominentes y estrechísima la parte inferior de la cara? Tales son, según el conde de Buffon, los lapones, los zembleses, los borandianos, los samoyedos y los tártaros orientales. ¿Qué objeto más disforme que un hombre con el rostro largo y arrugado aun en la juventud, la nariz gruesa, los ojos pequeños y hundidos, las mejillas altas, la parte superior de las mandíbulas encorvada, los dientes largos y desunidos, las cejas tan peludas que cubren los ojos, los párpados carnudos, los muslos grandes, las piernas pequeñas, y cubierta una parte del rostro de cerdas en lugar de barba? Tal es el retrato que el mismo naturalista hace de los tártaros, pueblos que, según dice, habitan una porción del Asia que tiene más de 1,200 leguas de largo y más de 750 de ancho. Entre ellos, los calmucos son los más notables por su deformidad, la cual les ha merecido el título de los hombres más feos del universo, como los llama el viajero Tavernier. Su rostro es tan ancho, que, si hemos de dar crédito a Buffon, tiene entre los dos ojos un espacio de cinco a seis dedos. En Calicut, en Ceylán y en otros países de la India, hay, según Pyrard y otros escritores, una raza de hombres con una de las piernas, y aun con ambas, cada una tan gruesa como el cuerpo de un hombre regular, imperfección hereditaria entre ellos. Los hotentotes tienen, entre otros defectos, aquella monstruosidad de un apéndice calloso que se extiende desde el hueso pubis hacia abajo, como atestiguan todos los que han descrito los países inmediatos al Cabo de Buena Esperanza. Marco Polo, Struys, Gemelli y otros viajeros afirman que en el reino de Lambry, en la isla Formosa, y en la de Mindoro, se hallan hombres con cola. Mr. de Bomare dice que ésta en los hombres no es más que una prolongación del hueso sacro, o rabadilla: ¿qué otra cosa es la cola

en los otros animales, sino una prolongación del mismo hueso, aunque dividida en muchas articulaciones? Llámese como se quiera, un hombre con rabo no deja de ser un conjunto harto irregular y monstruoso.

Si nos pusiéramos a recorrer las otras naciones africanas y asiáticas, apenas hallaríamos una pequeña parte de ellas que no se distinga, o por la obscuridad del color, o por alguna irregularidad más enorme, o por algún defecto más notable que cuantos Mr. de Paw censura en los americanos. El color de éstos es mucho más claro que el de casi todos los habitantes de Africa y del Asia Meridional. La escasez de barba es común a los filipinos, a los pueblos del Archipiélago Indico, a los famosos chinos, a los japoneses, a los tártaros y a otras muchas naciones del antiguo continente, como saben todos los que tienen alguna idea de la variedad de la especie humana en los diversos países del globo. Las imperfecciones de los americanos, por mucho que se exageren, no pueden compararse con los defectos de aquellos pueblos inmensos cuyo dibujo he bosquejado y con los de otros que omito. Véase lo que dicen el conde de Buffon en el tomo VI de su **Historia Natural**, y todos los viajeros de Asia y Africa. Estas consideraciones hubieran debido refrenar la pluma de Mr. de Paw; pero o las echó en olvido o maliciosamente las disimuló.

Mr. de Paw representa a los americanos débiles y enfermos; Ulloa afirma, por el contrario, que son sanos, robustos y fuertes. ¿Cuál de estos dos escritores merece más crédito: Mr. de Paw, que se puso a filosofar en Berlín sobre los americanos sin conocerlos, o don Antonio de Ulloa, que por muchos años los vió y trató en diversos países de la América Meridional? ¿Mr. de Paw, que se propuso vilipendiarlos y envilecerlos para establecer su desatinado sistema de la degeneración, o don Antonio de Ulloa que, aunque poco favorable a los indios, no trató de formar un sistema, sino de escribir lo que creyó verdadero? Decidan esta cuestión los lectores imparciales.

Para demostrar la debilidad y el desconcierto de la constitución física de los americanos, alega Mr. de Paw otras razones de que debo hacerme cargo, y son las siguientes: 1.^a Que los primeros americanos traídos a Europa rabiaron en el viaje, y que la rabia les duró hasta la muerte. 2.^a Que los hombres adultos en muchos países de América tienen leche en los pechos. 3.^a Que

las americanas paren con demasiada facilidad, tienen una extraordinaria abundancia de leche y muy escasa e irregular la periódica evacuación de sangre. 4.^a Que el menos vigoroso europeo vencía en la lucha a cualquier americano. 5.^a Que los americanos no pueden sobrellevar un peso ligero. 6.^a Que padecían el mal venéreo y otras enfermedades endémicas.

En cuanto a la primera prueba, la niego como absolutamente falsa y destituída de fundamento. Mr. de Paw, fiado en la autoridad del flamenco Dappers, dice que los primeros americanos que trajo consigo Cristóbal Colón el año de 1493, quisieron darse muerte en la navegación; pero que habiéndolos atado para evitar la ejecución de aquel designio, se pusieron rabiosos y continuaron en el mismo estado hasta su muerte; que cuando entraron en Barcelona, espantaron de tal modo a los habitantes con sus gritos, contorsiones y movimientos convulsivos, que todos los creían frenéticos. Yo no he visto la obra de Dappers; pero no dudo que toda esta relación es un conjunto de fábulas absurdas, pues no hallo quien haga mención de tal suceso, ni entre los autores contemporáneos ni entre los que escribieron en los años siguientes; antes, de lo que atestiguan éstos se puede demostrar la falsedad de toda la historia.

Gonzalo Fernández de Oviedo, que se hallaba en Barcelona cuando llegó Cristóbal Colón; que vió y conoció a aquellos americanos y fue testigo ocular de su conducta, nada dice de su rabia, de sus aullidos, de sus contorsiones; y no lo hubiera omitido, si fuera cierto, por no ser muy partidario de los indios, como después veremos, y porque hablando de los que trajo Colón, describe individualmente su entrada en Barcelona, su bautismo, sus nombres, y en parte el fin que tuvieron. Dice que Cristóbal Colón condujo de la isla Española, después llamada Santo Domingo, diez americanos, de los cuales uno murió en el viaje; tres quedaron enfermos en Palos, puerto de Andalucía, donde murieron de allí a poco, según conjetura; y los otros seis llegaron a Barcelona, donde se hallaba la corte a la sazón; que fueron bien instruídos en la religión cristiana y solemnemente bautizados, siendo sus padrinos los reyes católicos y el príncipe don Juan; que el principal de ellos, pariente del rey Guacagari, tomó en el bautismo el nombre del rey católico y se llamó don Fernando de Aragón; que al segundo se dió el nombre del príncipe, y desde entonces se llamó don Juan de Castilla; que

el príncipe alojó a éste en su palacio y cuidó de su enseñanza; que aprendió muy bien la lengua española y murió de allí a dos años. Pedro Mártir de Anglería, que se hallaba en España en la época de la llegada de Colón, hace mención de los indios que trajo aquel famoso almirante, y no dice una palabra de su rabia; antes bien, cuenta que cuando Colón regresó a la Española lo acompañaron tres de aquellos indios, habiendo muerto los otros a efecto de la mudanza de clima y de alimentos, y que se valió de uno de ellos para informarse del estado de los españoles que había dejado en aquella isla (1). Fernando Colón, docto y diligente biógrafo de su padre don Cristóbal, y que a la sazón se hallaba en España, hace una relación menuda de las acciones y viajes de aquel ilustre navegante, habla de los indios que él mismo vió y nada añade a los pormenores de Pedro Mártir de Anglería. Son, pues, falsas las noticias de Dappers, o si no, diremos que los reyes católicos consintieron en ser padrinos de bautismo de unos hombres rabiosos; que el príncipe quiso tener consigo a un rabioso, para divertirse con sus espantables aullidos; que un rabioso aprendió bastante bien la lengua española, y, finalmente, que el prudente Colón se sirvió de un rabioso para informarse de todo lo que había ocurrido en una vasta posesión durante su ausencia.

La anécdota de la leche en los pechos de los americanos, es una de las más curiosas de cuantas contienen las **Investigaciones filosóficas** y de las más dignas de celebrarse con la risa general de los habitantes del Nuevo Mundo; pero es necesario confesar que el investigador filosófico se mostró más moderado

(1) A las causas de la muerte de aquellos indios, citados por Pedro Mártir de Anglería, deben añadirse los males extraordinarios que sufrieron en aquella horrible navegación, cuya descripción puede verse en las cartas del almirante, copiadas por su hijo don Fernando. Del número de muertos que Pedro Mártir refiere, debe disminuirse el que conservó el príncipe don Juan, pues murió dos años después, como dice Oviedo. Pero aunque todos hubiesen muerto en el viaje, o se hubiesen vuelto frenéticos, nada tendría de extraño, si se compara con lo que el mismo Mr. de Paw dice en la 3.^a parte, sec. 6.^a de sus **Investigaciones**: "Los académicos franceses tomaron más allá de Torneo dos lapones, que, molestados y martirizados por aquellos filósofos, murieron de desesperación en el viaje." Ahora bien, ni el país que dejaban los lapones, ni el viaje que hicieron, pueden compararse con el país y el viaje de los indios de Colón, ni yo puedo creer tan humanos a los marinos españoles del siglo XV, como a los académicos franceses del siglo XVIII.

en esto que otros autores que él mismo cita. El célebre naturalista Johnston afirma en su **Thaumatografía**, con la autoridad de no sé qué viajero, que en el Nuevo Mundo casi todos los hombres tienen abundancia de leche en los pechos. "En todo el Brasil, dice el autor de las **Investigaciones históricas**, los hombres son los que dan de mamar a los niños, pues las mujeres tienen poquísima leche." ¡Qué excelentes materiales para una Thaumatografía! Yo no sé ciertamente lo que más deba admirar, si la temeridad y la desfachatez de los viajeros que propagan semejantes fábulas, o la sencillez de los que les dan crédito. Si se hubiese observado aquel fenómeno en algún pueblo del Nuevo Mundo (lo que jamás probará Mr. de Paw), ciertamente no bastaría esto para decir que en muchas partes de América abunda la leche en los pechos de los hombres, y mucho menos para afirmarlo, como afirma Johnston, de casi todos los hombres del nuevo continente.

Las singularidades que observa Mr. de Paw en las americanas, serían sumamente agradables si fueran ciertas, porque ¿qué más podrían apetecer que verse libres de los grandes dolores del parto, tener en abundancia el licor con que alimentan a sus hijos y ahorrarse en gran parte las incomodidades que trae consigo la evacuación periódica? Pero lo que ellas tendrían a gran dicha, es, en sentir de Mr. de Paw, un síntoma cierto de degeneración. La facilidad del parto demuestra, según dice, la expansión del conducto vaginal y la relajación de los músculos de la matriz por causa de la profusión de los fluidos: la abundancia de leche no puede provenir sino de la humedad de la complexión, y por lo demás, las americanas no se conforman con las mujeres del antiguo continente, el cual debe ser, según la legislación de Mr. de Paw, el modelo de todo el mundo. Pero, ¿no es cosa admirable que el autor de las **Investigaciones históricas** declare a las americanas tan escasas de leche que los hombres tienen que criar a los hijos, mientras el autor de las **Investigaciones filosóficas** atribuye a la complexión húmeda de las americanas la abundancia excesiva que tienen de aquel licor? ¿Y quién no echará de ver, al notar estas y otras contradicciones y disparates publicados en Europa de pocos años a esta parte, que los viajeros, los naturalistas, los historiadores y los filósofos europeos han hecho de la América el almacén general de sus fábulas y de sus delirios, para dar más amenidad

a sus obras con la novedad de las observaciones, atribuyendo a todos los americanos lo que se ha notado en algunos individuos o quizás en ninguno? (1)

Las americanas, sometidas a la sentencia común de su sexo, no paren sin dolor; pero tampoco echan mano del aparato de las damas europeas, porque son menos delicadas y no temen tanto la molestia ni el sufrimiento. Tevenot dice que las mujeres del Mogol paren con suma facilidad y que al día siguiente al del parto se las ve andar por las calles, sin dudar por esto de su fecundidad ni hallar nada que decir contra su complexión.

La cantidad y la cualidad de la leche de las americanas son bien conocidas en México a las señoras europeas y criollas, que ordinariamente les confían la crianza de sus hijos; y saben que son sanas, robustas y diligentes en el desempeño de aquel ministerio. No basta decir que se habla de las americanas antiguas y no de las modernas, como tal vez responde Mr. de Paw a su adversario Pernety; pues además de que sus proposiciones contra ellas están en tiempo presente, como sabe todo el que ha leído su obra, aquella distinción no puede aplicarse a muchos países de América, y especialmente a México. Los mexicanos usan generalmente la misma clase de alimento que usaban sus progenitores antes de la Conquista. Habrá mudado quizás el clima en otras partes por la destrucción de los bosques y de las aguas estancadas; mas en México no se ha notado la menor alteración. Los que han comparado, como yo lo he hecho, las relaciones de los primeros españoles con el estado presente del país, saben del modo más positivo que existen los mismos lagos, los mismos ríos y casi los mismos bosques que en otros tiempos.

En cuanto a la evacuación periódica de las americanas, ni yo puedo dar cuenta de ella, ni creo que haya muchos que puedan darla. Mr. de Paw, que desde Berlín ha visto en América tantas cosas ignoradas por los mismos americanos, habrá encontrado quizás en algún autor francés, el modo de saber lo que yo no puedo ni quiero averiguar. Pero suponiendo que esta evacuación sea escasa e irregular en las mujeres de América, como pretende Mr. de Paw, nada se inferiría de aquel hecho en

(1) Lo que digo de los escritores europeos de las cosas de América, no se entiende con todos; pues entre ellos hay hombres verdaderamente sabios y amantes de la verdad.

contra de su complexión, porque “la cantidad de aquella evacuación depende, como dice muy bien el conde de Buffon, de la cantidad del alimento y de la transpiración insensible. Las mujeres que comen demasiado y hacen poco ejercicio, tienen los meses abundantísimos. En los países cálidos, en que la transpiración es más copiosa que en los fríos, la evacuación es más escasa.” Luego si esta escasez puede provenir de la sobriedad, del calor del clima y del ejercicio, ¿por qué se ha de atribuir a la mala complexión? Además que yo no sé cómo ajustar esta escasez de menstruos con aquella superabundancia de fluidos, que Mr. de Paw supone en las americanas, como efecto del desconcierto de su constitución física.

No son más eficaces las otras pruebas de la debilidad de los americanos. Dice Mr. de Paw que eran vencidos en la lucha por los europeos; que no podían llevar un peso mediano y que se ha calculado haber perecido en un año 200,000 americanos, empleados en el transporte de bagajes. En cuanto a lo primero, sería necesario que la experiencia de la lucha se hubiese hecho con muchos individuos de uno y otro continente, y que el resultado se hallase apoyado en el testimonio de los americanos y de los europeos. Sea como fuere, yo no pretendo que aquéllos sean más fuertes que éstos: los americanos pueden serlo menos, sin que esto baste a decir que positivamente son débiles y que en ellos ha degenerado la especie humana. Los suizos son más fuertes que los italianos, y no por esto creemos que los italianos han degenerado, ni acusaremos el clima de aquella península. El ejemplo de 200,000 hombres muertos en un año bajo el peso de los bagajes, si fuese cierto, no probaría tanto la debilidad de los americanos como la inhumanidad de los europeos. Como perecieron aquellos 200,000 hombres americanos, hubieran perecido 200,000 prusianos, si se les hubiese obligado a hacer un viaje de 300, 400 o más millas, con 100 libras de peso en los hombros de cada uno; si hubieran llevado al cuello gruesas argollas, sujetas con cadenas de hierro, obligándolos a caminar por montes y asperezas, cortando la cabeza a los que se cansaban o a los que se les rompían las piernas, para que no detuviesen a los otros, y dando a todos un mezquinísimo alimento, para sobrellevar tan enorme fatiga. El señor Las Casas, de cuyas obras sacó Mr. de Paw el hecho principal de la muerte de aquellos 200,000 hombres, refiere también todas las circunstan-

cias que acabo de indicar; conquese si lo cree en lo uno, también deberá darle fe en lo otro. Pero un filósofo que tanto pondera las cualidades físicas y morales de los europeos a expensas de los americanos, debería abstenerse de citar unos hechos tan poco favorables a los objetos de su admiración. Es cierto que no pueden inculparse a la Europa ni a ninguna de las naciones que la componen, los excesos en que incurren algunos de sus individuos, especialmente en países tan remotos de la capital, y contra la voluntad expresa y las órdenes repetidas de los soberanos; pero si los americanos quisieran servirse de la lógica de Mr. de Paw, podrían de muchos de estos antecedentes particulares, deducir consecuencias universales contra todo el antiguo continente, pues aquel escritor forma a cada tres palabras argumentos contra todo el Nuevo Mundo, de lo que sólo se ha observado en un pueblo o en un individuo, como puede ver todo el que lea sus obras.

Concede a los americanos una gran ligereza y velocidad en la carrera, porque desde la infancia se acostumbran a este ejercicio. Por la misma razón no debería negarles la fuerza, pues desde niños se acostumbraban, como consta por sus pinturas, a llevar grandes pesos, en cuyo ejercicio debían emplearse durante toda su vida; antes bien, según los principios de aquel autor, ninguna otra nación debería serles superior en esta parte, pues ninguna se ejercitaba, como los americanos hacían, en el transporte de grandes pesos, careciendo de bestias de carga (1) de que otros se sirven. Si Mr. de Paw hubiera visto, como yo, los enormes pesos que llevan a hombro los americanos, no hubiera osado echarles en cara su debilidad.

Nada prueba la robustez y fuerza de aquellos pueblos, como las grandes fatigas en que están continuamente empleados. Mr. de Paw dice que cuando se descubrió el Nuevo Mundo, no se veía más en su terreno que espesísimos bosques; que en el día hay algunas tierras cultivadas; mas no por los americanos, sino por los africanos y europeos; que el terreno cultivado, con

(1) Aunque los peruanos tenían animales de carga, no podían servir para la conducción de aquellas grandes piedras que se hallan en algunos de sus edificios, como en los de México: con que no teniendo máquinas para facilitar la operación, sólo debían emplearse en ella las fuerzas del hombre.

respecto al inculto, está en proporción de 2,000 a 2.000,000 (1). Estas tres especies son otros tantos errores; pero dejando para otra disertación lo relativo a los trabajos de los antiguos mexicanos, y hablando sólo de los tiempos modernos, no hay duda que desde los de la Conquista, los americanos solos han sobrellevado las fatigas de la agricultura en todos los vastos países de la América Septentrional y en la mayor parte de los de la Meridional, conquistados por los españoles. Allí no se ven europeos empleados en las labores del campo. Los negros, que en el inmenso territorio mexicano son poquísimos en comparación de los naturales, se emplean en la cultura del tabaco y de la caña y en las elaboraciones del azúcar; pero el terreno destinado al cultivo de estas plantas, no está, con respecto a toda la tierra cultivada, ni en la proporción de 1 a 2,000. Los americanos son los verdaderos labradores; ellos son los que aran, siembran, escardan y siegan el trigo, el maíz, el arroz, las habas, las habichuelas y todos los otros granos y legumbres; ellos los que cultivan el cacao, la vainilla, el algodón, el añil y todas las plantas útiles al sustento, al vestido y al comercio de aquellas provincias. Sin su ministerio no se hace nada, en términos que el año de 1762 se abandonó en muchas partes la cosecha del trigo, de resultas de las enfermedades que atacaron a los indios y que no les permitieron hacer la siega. Aun puedo decir algo más: ellos son los que cortan y transportan de los bosques toda la leña y madera que se consume; ellos los que cortan, transportan y elaboran la piedra; ellos los que hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos son los que construyen todos los edificios de aquellos pueblos, excepto en los que habitan; ellos son los que abren y componen los caminos; los que limpian las ciudades; los que trabajan en las innumerables minas de plata, oro, cobre y otros metales. Ellos son los pastores, los gañanes, los tejedores, los alfareros, los panaderos, los horneros, los correos, los mozos de cordel; en una palabra, ellos son los que llevan todo el peso de los trabajos públicos, como es notorio a cuantos han estado en aquellas regiones. Esto hacen los débiles, flojos e inútiles americanos, mientras el vigoroso Mr. de Paw y otros infatigables europeos se ocupan en escribir contra ellos amargas invectivas.

(1) Hubiera sido mejor decir: "en la proporción de 1 a 1,000," porque significa lo mismo con números más simples.

Estos trabajos, en que se emplean continuamente los indios, demuestran su salud y su robustez; pues sería imposible que resistiesen a tan arduas fatigas si fueran de una constitución enfermiza, y si por sus venas corriese una sangre corrompida, como pretende Mr. de Paw. Para hacer creer viciosa su complexión, alega todo lo verdadero y falso que recogió de los escritores de América acerca de las enfermedades que reinan en algunos países particulares de aquel vasto continente, y, sobre todo, acerca del mal venéreo, que cree natural de América. De este último punto hablaré largamente en otra disertación: por lo que hace a otras dolencias, yo le concedo que en la inmensa superficie de América hay países en que los hombres están más expuestos que en otras partes a ciertas enfermedades ocasionadas, o por la intemperie del aire, o por la mala calidad de los alimentos; pero lo cierto es, conforme a la autoridad de muchos graves escritores, prácticos en las cosas del Nuevo Mundo, que la mayor parte de aquellos países son sanos, y que si los americanos quisieran pagar en la misma moneda a Mr. de Paw y a otros europeos que escriben como él, tendrían una buena colección de materiales para desacreditar el clima del antiguo continente y la complexión de sus habitantes, en las muchas enfermedades endémicas que les son propias; en la elefantiasis y la lepra de Egipto y Siria (1); en el **verben** del Asia Meridional; en el dragoncillo, o gusano de Medina; en el **pircal** del Malabar; en el **yaws**, o mal de Guinea; en la **tiriasis**, o dolencia pedicular de la pequeña Tartaria; en el escorbuto, o disentería boreal de los países del Norte; en la **plica** de Polonia; en las paperas del Tirol y de muchos países alpinos; en la sarna, la raquitis, la viruela (2), y, sobre todo, en la peste, que tantas veces ha des-

(1) La elefantiasis, enfermedad endémica de Egipto y enteramente desconocida en América, fue tan común en Europa en el siglo XII, que según Mateo de París, escritor exacto de aquel tiempo, había 19,000 hospitales para los contagiados.

(2) La viruela fue llevada al Nuevo Mundo por los europeos, como saben todos, y ha hecho más estragos allí que el mal venéreo en Europa. La raquitis no es conocida en América, y ésta es, en mi entender, la causa de no verse allí tantas personas imperfectas como en el continente antiguo. La sarna o no existe, o es tan rara, que habiendo yo estado muchos años en aquellos países, ni ví, ni tuve noticia de ningún sarnoso. El **vómito prieto** o **negro**, que también parece enfermedad endémica, es bastante mo-

poblado ciudades y provincias enteras del antiguo continente y que tantos estragos hace anualmente en las regiones orientales, terrible azote de que hasta ahora se ha preservado el Nuevo Mundo.

Finalmente, es algo difícil combinar la supuesta flaqueza y viciosa constitución de los americanos, con el largo término de su vida. De aquellos a quienes no anticipan la muerte las grandes fatigas, los excesivos trabajos y las enfermedades epidémicas, hay muchos que llegan a 80, 90 y 100 años; y lo más admirable es no observarse en ellos los estragos que hace comunmente la edad en los cabellos, en los dientes, en la piel y en los músculos del cuerpo humano. Este fenómeno, tan admirado por los españoles residentes en México, puede atribuirse a la sanidad de su complexión y a las excelentes calidades de su clima. Lo mismo refieren de los otros países del Nuevo Mundo los historiadores y otras personas que han permanecido en ellos muchos años. Mas si acaso hay en aquel continente alguna región en que no se prolongue tanto la vida, no se hallará una en que se abrevie tanto como en la Guinea, en Sierra Leona, en el Cabo de Buena Esperanza y en otras partes de Africa, donde la vejez empieza a los 40 años y donde el que llega a 50 se mira como entre nosotros un octogenario. De éstos sí podría decirse con razón que tienen la sangre corrompida y desconcertada la constitución (1).

dermo, y sólo se padece en algunos puertos de la zona tórrida frecuentados por los europeos. Los primeros que lo experimentaron fueron unos marineros de buques europeos, que después de los malos alimentos de la navegación, comían en aquellos puertos con exceso las frutas del país y bebían aguardiente. Don Antonio Ulloa asegura que en Cartagena, uno de los puntos más insalubres de América, no se conoció el vómito antes del año de 1729, y empezó en la marinería europea de la escuadra que aportó allí, mandada por don Domingo Justiniani.

(1) Los hotentotes, dice el conde de Buffon, viven poco, pues apenas pasan de cuarenta años. Drack asegura que unos pueblos que habitan en las fronteras de los desiertos de Etiopía, son tan escasos de víveres, que su principal alimento consiste en langostas saladas, lo que produce un terrible efecto, pues cuando se acercan a los cuarenta años, se engendran en sus cuerpos unos insectos volantes que les acarrearán la muerte, devorándoles el vientre, el pecho y aun los huesos algunas veces. Estos insectos, como los que afligen a los habitantes de la pequeña Tartaria, según dice Mr. de Paw, bastan a los americanos para contrapesar los gusanos ascárides, que dice haber descubierto en no sé qué nación de América.

CUALIDADES MENTALES DE LOS MEXICANOS

Hasta ahora sólo hemos examinado lo que dice Mr. de Paw acerca de las cualidades físicas de los americanos; veamos sus despropósitos acerca de la parte espiritual de aquellos pueblos. En ellos ha encontrado una memoria tan débil, que no se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer; un ingenio tan obtuso, que no son capaces de pensar ni de poner en orden sus ideas; una voluntad tan fría, que no sienten los estímulos del amor; un ánimo apocado y un entendimiento indolente y estúpido. En fin, tales son los colores que emplea en el retrato de los americanos y de tal modo envilece sus almas, que aunque a veces se enfada contra los que pusieron en duda su racionalidad, no dudo que si entonces hubiera dicho francamente su opinión, hubiera declarado ser partidario del mismo sistema. Sé que otros muchos europeos, y lo que es más extraño, algunos hijos y descendientes de europeos, nacidos en la misma América, piensan en esta parte como Mr. de Paw, los unos por ignorancia, los otros por falta de reflexión y otros, en fin, por cierta pasión o preocupación hereditaria. Pero todo esto, y aunque hubiese mucho más, no bastaría a desmentir mi propia experiencia y el testimonio de muchos europeos, cuya autoridad es de gran peso, por ser hombres de juicio, de doctrina y de experiencia en aquellos países, y porque hablan en favor de extranjeros y en contra de sus compatriotas. Son tantos los argumentos y las razones que podríamos alegar en favor de la parte mental de los americanos, que con ellas nos sería fácil componer un grueso volumen; pero, dejando aparte el mayor número de estas pruebas, por no hacer difusa y enojosa esta disertación, nos limitaremos a algunas pocas autoridades, que valen por muchas.

El señor don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, prelado de gran reputación y sumamente estimado de los reyes católicos, por su doctrina, por la pureza de su vida, por su celo pastoral y por sus fatigas apostólicas, en su carta escrita el año de 1531 al capítulo general de franciscanos reunido en Tolosa, dice, hablando de los indios: "son castos y bastante ingeniosos, especialmente en la pintura. Sus almas son buenas. Dios sea alabado por todo."

Si Mr. de Paw no aprecia el testimonio de aquel venerabilísimo prelado, a quien llama **Sumaricá** y **bárbaro**, en virtud de

la autoridad que se arroga de injuriar a los que no están de acuerdo con su desbarajustado sistema de la degeneración, lea lo que dice el famoso Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, que conocía bien a los indios, como que tanto los trató en muchos países de América. Así se explica aquel prelado en uno de los memoriales que presentó a Felipe II: "son (los americanos) de ingenio vivo y despejado; bastante dóciles y capaces de admitir toda buena doctrina, aptísimos a recibir nuestra santa fe y las costumbres virtuosas y los que tienen menos obstáculos para ello entre todos los pueblos del mundo." Casi los mismos términos emplea en su impugnación de la respuesta del Dr. Sepúlveda: "Tienen, dice, tan buen entendimiento, tan agudo ingenio, tanta docilidad y capacidad para las ciencias morales y especulativas, y son generalmente tan racionales en su gobierno político, como se echa de ver en muchas de sus justísimas leyes; y han hecho tantos progresos en el conocimiento de nuestra santa fe y religión y en las buenas costumbres, cuando han tenido religiosos y personas de buena vida que los enseñen; y tan adelantados están hoy día, como ha podido estarlo cualquiera otra nación, desde los tiempos apostólicos hasta los nuestros." Ahora bien, puesto que Mr. de Paw cree todo lo que aquel docto, ejemplar e infatigable obispo escribió contra los españoles, aunque no estuvo presente a la mayor parte de los sucesos que refiere, mucho más crédito deberá darle en lo que él mismo depone en favor de los indios, como testigo ocular y tan práctico en el conocimiento de aquellas gentes, especialmente siendo necesario menor esfuerzo del entendimiento para creer que los americanos son de buen ingenio y de buena índole, que para admitir como ciertos aquellos horrendos e inauditos atentados de los conquistadores.

Pero si nuestro investigador recusa la autoridad de Las Casas, como de un hombre preocupado y ambicioso, en lo que seguramente se engañaría, lea lo que dice Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, hombre doctísimo y con razón apreciado y alabado por su famoso maestro Antonio de Nebrija, restaurador de las letras en España. Este insigne prelado, en su excelente carta latina al Papa Paulo III, escrita en 1536, después de diez años de continua práctica y de observaciones oculares de los indios, entre las muchas expresiones con que celebra su buena índole y las prendas de su alma, alaba su ingenio,

y en cierto modo lo hace superior al de los españoles, como puede verse en el fragmento de su carta que copio en la nota (1). ¿Quién habrá que no dé mayor crédito a estos tres venerables obispos, que, además de su probidad, doctrina y carácter, tuvieron la ventaja de un largo trato con los indios, que a tantos otros escritores, los cuales, o no vieron a los americanos o los vieron sin reflexión, o se fiaron más de lo que convenía en los informes de hombres ignorantes, prevenidos o interesados?

Pero si, finalmente, Mr. de Paw rehusa el dicho de aquellos tres testigos, por grande que sea su autoridad, fundado en que eran religiosos, de quienes cree inseparable la imbecilidad mental, no podrá resistir al juicio del famoso obispo Palafox, cuya obra sobre las **Virtudes del Indio** ha sido muchas veces impresa, y a quien el mismo escritor, aunque prusiano y filósofo, llama **venerable siervo de Dios**. Si da tanta fe a este **venerable siervo de Dios** en lo que escribe contra los jesuítas, cuando hablaba en su propia causa, ¿por qué no ha de dar asenso a lo que dice en favor de los americanos? Lea, pues, la obra escrita por aquel prelado con el solo objeto de demostrar las buenas prendas que adornan al indio.

A pesar del odio implacable que Mr. de Paw profesa a los eclesiásticos de la comunión romana, y sobre todo a los jesuítas, alaba con justa razón la **Historia Natural y Moral** del P. Acosta, llamándola **obra excelente**. Este juicioso, imparcial y doctísimo español, que vió y observó por sí mismo a los americanos, tanto en el Perú como en México, emplea todo el libro VI de aquella **excelente obra** en probar la sana razón de aquellas gentes, alegando por pruebas su gobierno antiguo, sus leyes, sus historias en pinturas y cordones, su calendario, etc. Basta para

(1) "Nunc vero de horum sigillatim hominum ingenio, quos vidimus ab hinc decennio, quo ego in patria conversatus eorum potui perspicere mores, ac ingenia perscrutari, testificans coram te, Beatissime Pater, qui Christi in terris vicarium agis, quod vidi, quod audivi, et manus nostrae contrectaverunt, de his progenitis ab Ecclesia, per quaecumque ministerium meum in verbo vitae, quod singula singulis referendo, id est, paribus paria, rationis optimae compotes sunt, et integri sensus ac capitis, sed insuper nostratibus pueri istorum et vigore spiritus et sensuum vivacitate, dexteriore in omne agibili, et intelligibili praestantiores reperiuntur." Esta carta se halla en latín en el primer tomo de los **Concilios Mexicanos**, publicados en México el año de 1769, y en francés en la misma **Historia de América**, del P. Tournon, que Mr. de Paw alega contra los americanos.

informarse de su opinión en esta materia, leer el primer capítulo del citado libro. Ruego, tanto a Mr. de Paw como a mis lectores, que lo lean atentamente porque hay cosas dignas de saberse. Allí encontrará nuestro filósofo el origen de los errores en que él y otros muchos europeos han caído, y notará la gran diferencia que hay entre ver las cosas con ojos oscurecidos por la pasión, y examinarlas con imparcialidad y juicio. Mr. de Paw llama a los americanos **bestias**; Acosta llama locos y presuntuosos a los que abrigan aquella opinión. Mr. de Paw dice que el más diestro de los americanos era inferior en industria y sagacidad al habitante más limitado del antiguo continente; Acosta encomia el gobierno político de los mexicanos y lo cree mejor que el de muchos Estados de Europa. Mr. de Paw no halla en la conducta moral y política de los americanos sino barbarie, extravagancia y brutalidad; Acosta encuentra en aquellas naciones leyes admirables y dignas de ser imitadas por los pueblos cristianos. ¿Cuál de estos dos testimonios tan opuestos debemos preferir? Decídalo la imparcialidad de los lectores.

Yo, entretanto, no puedo menos de copiar aquí un pasaje de las **Investigaciones filosóficas**, en que el autor se muestra no menos maldiciente que enemigo de la verdad: “Al principio, dice, no se creyó que los americanos eran hombres, sino sátiros o monos grandes, que era lícito matar sin escrúpulo ni remordimiento. Al fin, para que no faltase la ridiculez a todas las calamidades del tiempo, hubo un papa que promulgó cierta donosa bula, en que declaró que, deseando fundar obispados en los países más ricos de América, era de su agrado y del Espíritu Santo reconocer por hombres a los americanos; de modo que, sin esta decisión de un italiano, los habitantes del Nuevo Mundo serían hoy, a los ojos de los fieles, una raza de hombres equívocos. No hay ejemplo de una decisión semejante desde que los monos y los hombres habitan el globo terráqueo.” ¡Ojalá no hubiese en el mundo otro ejemplo de semejantes calumnias e insolencias como las que emplea Mr. de Paw! Mas a fin de dejar más a descubierto su malignidad, daremos una copia de aquella decisión papal, después de haber expuesto su motivo.

Algunos de los primeros europeos que se establecieron en América, no menos poderosos que avaros, queriendo aumentar sus riquezas a expensas de los indios, los tenían continuamente

ocupados y se servían de ellos como de esclavos; y para evitar las amonestaciones que les hacían los obispos y los misioneros a fin de que los trataran humanamente y les dejaran algún tiempo libre, a lo menos para instruirse y para desempeñar sus obligaciones cristianas y domésticas, aquellos hombres codiciosos e injustos propagaban que los indios estaban destinados por la naturaleza a la esclavitud, que eran incapaces de instrucción, y otros semejantes despropósitos de que hace mención el cronista Herrera. No pudiendo aquellos celosos eclesiásticos, ni con su autoridad ni con sus exhortaciones, sustraer los pobres neófitos al yugo de sus opresores, acudieron a los reyes católicos, y finalmente obtuvieron de su equidad y clemencia aquellas leyes tan favorables a los indios y tan honrosas a la corte de España, que se leen en la **Nueva recopilación de las leyes de Indias**, las cuales se debieron principalmente al celo infatigable del obispo Las Casas. Por otra parte, don Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, sabiendo que los españoles, a pesar de su perversidad, miraban con gran respeto las decisiones del vicario de Jesucristo, recurrió el año de 1536 al papa Paulo III, con la famosa carta que he mencionado, representándole los males que de aquellos malos cristianos sufrían los indios y rogándole que interpusiese su autoridad. Movidó el pontífice por tan poderosas razones, expidió el año siguiente aquella **donosa bula**, cuya copia doy en la nota (1), la cual no tiene por objeto declarar que los ameri-

(1) "Paulus Papa III universis Christi Fidelibus praesentes Litteras inspecturis Salutem et Apostolicam benedictionem. Veritas ipsa, quae nec falli, nec fallere potest, cum praedicatores fidei, ad officium praedicationis destinaret, dixisse dignoscitur: **Euntes docete omnes gentes**: omnes dixit, absque omni delectu, cum omnes fidei disciplinae capaces existant. Quod videns et invidens ipsius humani generis aemulus, qui bonis operibus, ut pereant, semper adversatur, modum excogitavit hactenus inauditum, quo impediret ne Verbum Dei gentibus, ut salvae fierent, praedicaretur; ac quosdam suos satellites commovit, qui suam cupiditatem adimplere cupientes, occidentales et meridionales indos, et alias gentes, quae temporibus istis ad nostram notitiam pervenerunt, sub praetextu quod fidei Catholicae expertes existant, uti bruta animalia, ad nostra obsequia redigendos esse, passim asserere praesumant, et eos in servitutem redigunt, tantis afflictionibus illos urgentes, quantis vix bruta animalia illis servientia urgeant. Nos igitur, qui ejusdem Domini nostri vices, licet indigni, gerimus in terris, et oves gregis sui nobis commissas, quae extra ejus ovile sunt, ad ipsum ovile toto nixu exquirimus, attendentes indos ipsos, utpote veros homines, non solum Christiane Fidei capaces existere, sed, ut nobis

canos son realmente hombres, pues esto sería una insensatez ajena de aquel y de cualquier otro Sumo Pontífice, sino sostener los derechos naturales de los americanos contra las tentativas de sus perseguidores, y condenar la injusticia y la inhumanidad de aquellos que, bajo pretexto de ser los indios idólatras e incapaces de instrucción, les quitaban los bienes y la libertad y los empleaban a guisa de animales. Los españoles en verdad hubieran sido más estúpidos que los más incultos salvajes del Nuevo Mundo, si para reconocer por hombres a los americanos hubieran necesitado aguardar la decisión de Roma. Mucho antes que el papa expidiese aquella bula, los reyes católicos habían recomendado eficazmente la instrucción de los americanos, dando las órdenes más urgentes para que fuesen bien tratados y no se les hiciese el menor perjuicio en sus bienes ni en su libertad. Así lo acredita Herrera en sus **Décadas** y lo demuestran las leyes de la **Recopilación**. Enviáronse al Nuevo Mundo muchos obispos y algunos centenares de misioneros a expensas del real erario, para que predicasen a aquellos **sátiros** y **grandes mones** las verdades del Evangelio, y los doctrinasen en la vida cristiana. En 1531, seis años antes de la promulgación de la bula, sólo los misioneros franciscanos habían bautizado más de un millón de indios, como asegura Zumárraga, y en 1534 se había fundado en Tlatelolco el seminario de Santa Cruz, para la instrucción de los jóvenes del país, los cuales aprendían allí la lengua latina, la retórica, la filosofía y la medicina. Si desde el principio se creyó que los americanos eran **sátiros**, nadie podía decirlo mejor que Cristóbal Colón, su descubridor. Véase, pues, cómo habla aquel célebre navegante en su relación a los reyes católicos Fernando e Isabel, de los primeros **sátiros** que vió en la isla de Haití, o Española: “Juro, dice, a VV. AA., que no hay

innotuit, ad Fidem ipsam promptissime currere, ac volentes super his congruis remediis providere, praedictos indos, et omnes alias gentes ad notitiam Christianorum in posterum deventuras, licet extra Fidem Christi existant, sua libertate et dominio hujusmodi uti, et potiri, et gaudere libere et licite posse, nec in servitutem redigi debere, ad quidquid secus fieri contigerit irritum et inane, ipsosque indos, et alias gentes Verbi Dei praedicatione, et exemplo bonae vitae, ad dictam Fidem Christi invitandos fore, Auctoritate Apostolica per praesentes litteras decernimus, et declaramus, non obstantibus praemissis, caeterisque contrariis quibuscumque. Datum Romae anno 1537, IV. Non. Jun. Pontificatus nostri anno III.” Esta y no otra es la famosa bula que tanto ruido ha hecho.

en el mundo mejor gente que ésta, ni tan amorosa, afable y mansa. Aman a sus prójimos como a sí mismos; su idioma es el más suave, el más dulce, el más alegre, pues siempre hablan sonriendo; y aunque van desnudos, créanme VV. AA. que tienen costumbres loables y que su rey es servido con gran majestad, el cual tiene modales tan amables, que da gusto verlo, así como el considerar la gran retentiva de aquel pueblo y el deseo de saber todo, lo que los impulsa a preguntar las causas y los efectos de las cosas." ;Cuánto mejor sería que el mundo estuviera habitado por sátiros de esta especie que por hombres embusteros y calumniadores! Por lo demás, puesto que Mr. de Paw empleó diez años continuos en indagar las cosas de América, debería saber que en los países del Nuevo Mundo conquistados por los españoles, no se han fundado otros obispados que los que han querido los reyes católicos. A ellos tocan el patronato que ejercen en las iglesias americanas, y el derecho, reconocido el año de 1508 por el papa Julio II, de fundar obispados y de presentar los obispos. Luego el afirmar que Paulo III quiso reconocer por hombres a los americanos para fundar obispados en los países más ricos del Nuevo Mundo, es una temeraria calumnia de un enemigo de la Iglesia romana, el cual, a no tener la mente tan obcecada por el odio, debería más bien alabar el celo y la humanidad que respira toda aquella bula.

El Dr. Robertson, que en parte adopta las extravagantes opiniones del investigador, habla así de los americanos en el libro VIII de su **Historia de América**: "Algunos misioneros, atónitos al ver la lentitud de su comprensión y su insensibilidad, creyeron que eran una raza de hombres tan degenerada, que eran incapaces de entender los primeros rudimentos de la religión." Pero de quiénes sean estos misioneros y de cuánto peso su opinión, nadie podrá saberlo mejor que el obispo Garcés, el cual lo explica en la citada carta al papa Paulo III. Léase el pasaje de ella que copio (1) y se verá que las causas de aquel error han sido la ig-

(1) "Quis tan impudenti animo ac prefricata fronte incapaces fidei asserere audeat, quos mechanicarum artium capacissimos intuemur, ac quos etiam ad ministerium nostrum redactos bonae indolis, fideles, et solertes experimur? Et si quando, Beatissime Pater, tua Sanctitas aliquem religiosum virum in hanc declinare sententiam audierit, etsi eximia integritate vitae, vel dignitate fulgere videatur, is, non ideo quicquam illi hac in re praestet autoritatis, sed eundem parum aut nihil insudasse in illorum con-

norancia y la desidia de algunos misioneros: y yo añado que también las falsas ideas inspiradas a los indios en su primera edad. Casi lo mismo que Garcés, dicen Las Casas, Acosta y otros graves escritores.

“Un concilio celebrado en Lima, continúa el Dr. Robertson, decretó que en virtud de esta su natural imbecilidad, fuesen excluidos del sacramento de la Eucaristía, y aunque Paulo III, en su bula de 1537, los declarase criaturas racionales y capaces de todos los privilegios de cristianos, sus progresos han sido tan lentos en el curso de dos siglos, que pocos poseen bastante discernimiento espiritual para que se les crea dignos de acercarse a la sagrada mesa. Después de la más asidua instrucción, su fe ha parecido débil y dudosa; y aunque algunos han llegado a conocer las lenguas sabias y han recorrido con aplauso la educación académica, tan sospechosa es la solidez de su juicio, que a ninguno de ellos se confiere el orden del sacerdocio y ninguno es admitido fácilmente en las casas religiosas.” He aquí en pocas palabras cuatro errores a lo menos. 1.º Que un concilio de Lima haya excluido a los indios del Sacramento de la Eucaristía, por causa de su imbecilidad. 2.º Que Paulo III declaró a los indios criaturas racionales. 3.º Que pocos son los que poseen bastante discernimiento espiritual para que se les juzgue dignos de acercarse a la sagrada mesa. 4.º Que a ningún indio se confiere el orden sacerdotal.

En cuanto a lo primero, es cierto que en una congregación de eclesiásticos reunida en Lima el año de 1552, la cual se llamó primer concilio de Lima, aunque no fue concilio, ni tuvo fuerza de tal, se mandó que no se administrase el Sacramento de la Eu-

versione certo certius arbitretur, ac in eorum addiscenda lingua, aut investigandis ingeniis parum studuisse perpendat; nam qui in his caritate christiana laborarunt, non frustra in eos jactare retia caritatis affirmant: illi vero qui solitudini dediti, aut ignavia praepediti neminem ad Christi cultum sua industria reduxerunt ne inculpari possint quod inutiles fuerint, quod propriae negligentiae vitium est, id infidelium imbecillitati adscribunt, veramque suam desidiam falsae incapacitatis impositione defendunt, ac non minorem culpam in excusatione commitunt, quam erat illa, a qua liberari conantur. Laedit namque summe istud hominum genus talia asserentium, hanc Indorum miserrimam turbam: nam aliquos religiosos viros retrahunt, ne ad eosdem in fide instruendos proficiscantur, quamobrem nonnulli Hispanorum qui ad illos debellandos accedunt, horum freti iudicio, illos negligere, perdere ac mactare opinari solent non esse flagitium.”

caristía a los indios, hasta que se hallasen perfectamente instruidos y convencidos de las verdades de la fe cristiana; pues aquel Pan Divino es alimento de perfectos, no ya porque se creyesen idiotas aquellas gentes. Así consta por el testimonio del primer concilio provincial, vulgarmente llamado II, celebrado en Lima el año de 1567, el cual mandó a los párrocos que administrasen la Eucaristía a todos los indios que hallasen bien dispuestos. (1) Y no bastando aquella disposición para que algunos eclesiásticos la obedeciesen, de lo que se quejaba con razón el P. Acosta, el segundo concilio de Lima, del año de 1583, presidido por Santo Toribio de Mogrobejo, procuró remediar el daño con otros decretos que copio (2), en los cuales se ve que por los mismos motivos se negaba la Eucaristía a los negros traídos de Africa; que las verdaderas causas de negarla eran, a juicio del concilio, la negligencia o desidia, o el celo indiscreto, mal entendido de los párrocos, y que el concilio se creyó obligado a remediar tan grave desorden con nuevos decretos y con severos castigos. No ignoro que estas respetables providencias fueron también desobedecidas y que fue preciso inculcarlas de nuevo en los sínodos diocesanos de Lima, de la Plata, de la Paz, de Arequipa y del Paraguay; pero todo esto prueba más la obstinación de algunos párrocos que la incapacidad de los indios.

Por lo que hace a la bula de Paulo III, ya he demostrado que no tuvo por objeto declarar hombres a los americanos, de que

(1) "Quamquam omnes Christiani adulti utriusque sexus teneantur sanctissimum Eucharistiae Sacramentum accipere singulis annis saltem in Paschate, hujus tamen provinciae antistites, cum animadverterent gentem hanc Indorum et recentem esse, et infantilem in fide, atque id illorum salute expedire judicarent, statuerunt ut usque dum fidem perfecte tenerent, hoc divino Sacramento, quod est perfectorum cibus, non communicarentur, excepto si quis ei percipiendi satis idoneus videretur. Placuit huic Sanctae Synodo monere, prout serio monet, omnes Indorum Parochos, ut quos audita jam confessione perspexerint, hunc coelestem cibum a reliquo corporali discernere, atque eundem devote capere et poscere, quoniam sine causa neminem divino alimento privare possumus, quo tempore caeteris Christianis solent, Indis omnibus administrent." Conc. Lim. I, vulgo II, cap. 58.

(2) "Coeleste viaticum, quod nulli ex hac vita migranti negat Mater Ecclesia, multis abhinc annis, Indis atque Aethiopibus, caeterisque personis miserabilibus praeberi debere, Concilium Limense constituit. Sed tamen Sacerdotum plurium vel negligentia, vel zelo quodam praepostero, atque intempestivo illis nihilo magis hodie praebetur. Quo fit ut imbeci-

sólo podrían dudar las bestias, si fueran capaces de duda; sino, supuesta su racionalidad, condenar la injusticia de sus opresores.

En cuanto al tercer error de Robertson, dejando aparte los otros países de América, porque no hacen al caso, es cierto y notorio que en todas las provincias de México los indios están obligados, como los españoles, a recibir la Eucaristía por Pascua, excepto los neófitos de los países remotos, los cuales son admitidos o no a la participación del Sacramento, según el juicio de los misioneros. "En las tres audiencias en que está dividido el territorio de México, dice Robertson, hay en la actualidad a lo menos dos millones de indios." Estoy seguro que este número es inferior a la verdad; pero convengamos por un momento en su exactitud. Luego no son poquísimos los indios que poseen bastante discernimiento espiritual para que se les juzgue dignos de ser admitidos a la sagrada mesa; a menos que Robertson crea que dos millones de hombres son poquísimos hombres, o que atribuya a los obispos y párrocos la temeridad, no sólo de admitir, sino de obligar a participar del Sacramento a los indios que no están dignamente preparados. ¡Cuánta mayor fuerza no tiene este argumento si se añaden a aquel número los indios de las provincias meridionales que están sometidos a la misma obligación!

No es menos extraño el otro error sobre que ningún indio recibe el orden sacerdotal. ¡Es posible que en éste y otros puntos se muestre tan mal informado un escritor que reunió tan vasta librería de escritores de América, y que recibió de Madrid tantas noticias sobre el Nuevo Mundo! Sepa el Dr. Robertson

lles animae tanto bono, tamque necessario priventur. Volens igitur Sancto Synodus ad executionem perducere, quae Christo duce, ad salutem Indorum ordinata sunt, severe praecipit, omnibus Parochis, ut extreme laborantibus Indis atque Aethiopibus, viaticum administrare non praetermittant dummodo in eis debitam dispositionem agnoscant, nempe fidem in Christum, et poenitentiam in Deum suo modo... Porro Parochos qui a prima hujus decreti promulgatione negligentes fuerint, noverint se, praeter divinae ultionis judicium, etiam poenas arbitrio ordinarium, in quo conscientiae onerantur, daturos: atque in visitationibus in illos de hujus statuti observatione specialiter inquirendum." Conc. Lim. II, vulgo III, act II, cap. 19. "In Paschate saltem Eucharistiam ministrare Parochus non praetermittat iis, quos et satis instructos et correctione vitae idoneos judicaverit: ne et ipse alioqui ecclesiastici praecepti violati reus sit." Ib. cap. 20.

que, aunque el primer concilio provincial, celebrado en México el año de 1555, prohibiese que se ordenasen los indios, no ya por su incapacidad, sino porque se creía que del envilecimiento de su condición redundase alguna infamia al estado eclesiástico, el tercer concilio provincial de 1585, que fue el más célebre de todos, y cuyas disposiciones están en vigor, permitió que se les confriese la orden sacerdotal, con las precauciones debidas. Pero conviene saber que los decretos de uno y otro concilio comprenden igualmente y bajo los mismos términos a los indios y a los mulatos, esto es, los hijos descendientes de sangre europea y africana, y, sin embargo, nadie duda del gran talento y de la capacidad de los mulatos para toda clase de ciencias. Torquemada, que escribió su *Historia* en los primeros años del siglo XVII, dice que no era común admitir indios a las órdenes religiosas, ni al sacerdocio, por su violenta inclinación a la embriaguez; pero al mismo tiempo asegura que en su tiempo había sacerdotes indios, sobrios y ejemplares; así que hace a lo menos 170 años que empezaron a recibir el sacerdocio. Desde entonces ha habido tantos sacerdotes americanos en México, que podrían contarse por millares; entre ellos algunos centenares de párrocos, muchos canónigos y doctores (1), y, según conjeturas, un obispo doctísimo (2). Actualmente hay un gran número de sacerdotes, no pocos párrocos y entre ellos tres o cuatro discípulos míos. Si en hechos tan positivos erró tan groseramente el historiador inglés, ¿qué será en aquellos puntos que no pudo averiguar tan fácilmente, escribiendo desde tan lejos y de países que nunca vió!

(1) Entre estos doctores es digno de particular mención don Sebastián Grijalva, natural de Ocozacauhtla, pueblo grande de la diócesis de Chiapa. Habiendo venido a España, recibió el grado de doctor en Teología en la Universidad de Salamanca, donde adquirió una gran reputación por su saber. Regresado a América, fue nombrado párroco de su país, y allí hizo tan sabios reglamentos para la conducta civil y cristiana de sus compatriotas, que su parroquia hubiera debido ser el modelo de todas las de América. Hasta nuestros días se han conservado allí los efectos de sus prudentes disposiciones. Escribió una docta obra teológica sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen, cuyo original se hallaba en la librería del colegio de jesuitas de Ciudad Real, capital de aquella diócesis.

(2) Don Juan de Merlo, obispo de Honduras, y antes vicario general del obispo Palafox. No he podido hallar ningún autor que hable de su patria; pero en la opinión general pasa por indio.

Yo, al contrario, traté íntimamente a los americanos; viví algunos años en un seminario destinado a su educación; ví la erección y los progresos del colegio de Guadalupe, fundado en México por un jesuíta mexicano para la instrucción de las jóvenes indias; tuve muchos indios entre mis discípulos; traté con muchos párrocos americanos, con muchos nobles, y con un grandísimo número de artesanos; observé atentamente su carácter, su genio, sus inclinaciones y su modo de pensar; he examinado con suma diligencia su historia antigua, su religión, su gobierno, sus leyes y sus costumbres. Después de tan gran práctica y de tan prolijo estudio, por lo que me creo en estado de poder decidir sin mucho peligro de engañarme, aseguro a Mr. de Paw y a toda Europa que las almas de los americanos no son en nada inferiores a las de los europeos; que son capaces de todas las ciencias, aun de las más abstractas, y que si seriamente se cuidase de su educación; si desde niños se instruyesen en seminarios, bajo la dirección de buenos maestros, y si fuesen protegidos y estimulados con premios, se verían entre ellos filósofos, matemáticos y teólogos que podrían rivalizar con los más famosos de Europa. Pero es harto difícil, por no decir imposible, hacer grandes porgresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil, y bajo el peso de continuos males. Quien contemple el estado presente de la Grecia, dudaría que aquel país haya sido la cuna de tantos hombres grandes, si no constase por sus inmortales obras y por el consentimiento general de los siglos. Y, sin embargo, los obstáculos que los griegos modernos tienen que vencer para llegar a las fuentes de la ciencia, no son comparables con los que siempre se han opuesto a la ilustración de los americanos. A pesar de todo, yo quisiera que Mr. de Paw y todos los que piensan como él, se hallasen presentes, sin ser vistos, a los consejos y reuniones que celebran en ciertos días, para tratar de sus negocios, los indios que ejercen más autoridad e influjo en sus pueblos, y oyesen cómo arregan y discurren aquellos **sátiros** del Nuevo Mundo.

Finalmente, toda la historia antigua de los mexicanos y de los peruanos manifiesta que saben pensar y ordenar sus ideas; que son susceptibles de las pasiones de la humanidad y que la única ventaja que les llevan los europeos es la de haber recibido mayor dosis de instrucción. El gobierno político de los antiguos americanos, sus leyes y sus artes, demuestran evidentemente su buen ingenio. Sus guerras hacen ver que sus almas no son

insensibles a los estímulos del amor, como piensan el conde de Buffon y Mr. de Paw, pues hubo ocasiones en que el amor les puso las armas en la mano.

He hablado de su valor, exponiendo sinceramente, cuando traté de su carácter en general, lo que he observado en los americanos actuales, y mi opinión sobre los antiguos; pero, pues Mr. de Paw alega la conquista de México como una prueba convincente de su cobardía, conviene ilustrar su ignorancia o hacer patente su mala fe.

“Cortés, dice, conquistó el imperio de los mexicanos con 450 vagabundos, mal armados, y con 15 caballos; su miserable artillería constaba de 6 falconetes, que hoy no serían capaces de amedrentar a un castillejo defendido por inválidos. Durante su ausencia se mantuvo dueño de la capital con la mitad de aquella fuerza. ¡Qué hombres! ¡Qué sucesos!”

“Es constante, dice en otra parte, por la deposición de todos los historiadores, que los españoles entraron por primera vez en la capital de México, sin disparar una vez la artillería. Si el título de héroe conviene al que tiene la desgracia de dar muerte a un gran número de animales racionales, Hernán Cortés puede aspirar a conseguirlo: por lo demás, no creo que haya adquirido verdadera gloria, trastornando una monarquía vacilante, que del mismo modo hubiera podido trastornar cualquier bandido de nuestro continente.” Estos pasajes de las **Investigaciones filosóficas** demuestran que su autor ignoraba la historia de la conquista de México, o, lo que es más verosímil, que calló maliciosamente lo que se oponía a su sistema, pues todos los que la han leído saben que la conquista de México no se hizo con 450 hombres, sino con más de 200,000. El mismo Cortés, a quien más que a Mr. de Paw convenía disminuir el número de los conquistadores para dar más realce a su valor y más gloria a su empresa, declara que era excesivo el número de aliados que estaban a sus órdenes en el asedio de la capital, y que combatían contra los mexicanos más furiosamente que los mismos españoles. Consta, por la relación de Hernán Cortés enviada a Carlos V, que el asedio de México empezó con 87 caballos, 848 peones españoles armados de mosquetes, ballestas, espadas y lanzas, y más de 75,000 aliados tlaxcaltecas, huexotzingos, cholultecas y chalqueses, y provistos de diferentes especies de armas; con tres grandes cañones de hierro, 15 pequeños de bron-

ce y 13 bergantines. Durante el sitio se agregaron a los españoles las numerosas naciones de otomites, cohuixcas, matlazinescas y las tropas de las populosas ciudades de los lagos; de modo que el ejército de los aliados no sólo pasó de 200,000 hombres, sino que llegó a 240,000, según parece por la misma carta del general, sin contar 3,000 barcas o canoas que acudieron a su ayuda. Ahora pregunto yo a Mr. de Paw si le parece cobardía haber sostenido por 75 días el asedio de una ciudad abierta, combatiendo diariamente con un ejército tan numeroso y en parte provisto de armas superiores, y luchando, sobre todo, al mismo tiempo con la sed y con el hambre. ¿Merecen el nombre de cobardes los que, después de haber perdido siete de las ocho partes de la ciudad y 150,000 conciudadanos, parte en acciones de guerra, parte exterminados por las privaciones y por las enfermedades, continuaron defendiéndose hasta verse furiosamente atacados y oprimidos por el número, en el único rincón que les quedaba? Pues todo esto consta por las cartas del mismo caudillo de las tropas del sitio.

“Lo cierto es, dice Mr. de Paw, y en ello convienen todos los historiadores, que los españoles entraron la primera vez en México sin disparar una sola vez su artillería.” ¡Qué argumento tan sólido, y cuán digno de la lógica del investigador! Si los mexicanos fueron cobardes porque los españoles entraron la primera vez en su capital sin disparar su artillería, podremos también decir que son cobardes los prusianos, porque los embajadores de muchas partes de Europa entran en Berlín sin disparar siquiera una pistola. ¿Quién ignora que los españoles fueron entonces admitidos como embajadores del gran monarca de Levante? Véase lo que dicen los historiadores, y el mismo Cortés, que en aquella ocasión se fingió embajador del rey católico. Si los mexicanos hubieran querido entonces oponerse a su entrada, como se opusieron la segunda vez, ¿cuándo hubieran podido entrar con 6,000 hombres, habiéndoles sido tan difícil después hacerlo con 200,000? (1)

(1) “No es menos cierto, dice Acosta, que en la Nueva España, el auxilio de los tlaxcaltecas fue el que dió a Cortés y a los suyos la victoria y la conquista de México, y sin ellos hubiera sido imposible, no ya apoderarse de la ciudad, sino mantenerse más tiempo en ella. Los que hacen poco caso de los indios y se persuaden que los españoles podían conquistar solos aquellos países, gracias a las ventajas de sus personas, de sus caballos y de sus armas, se engañan notablemente.”

Mr. de Paw censura a Cortés, y yo ni quiero hacer la apología de este conquistador, ni puedo sufrir el panegírico que en lugar de historia escribió Solís; pero todo hombre instruido en la de sus acciones militares, deberá confesar que en la constancia, en el valor y en la prudencia militar, rivaliza con los generales más famosos de los tiempos antiguos y modernos, y que tuvo aquella especie de heroísmo que reconocemos en Alejandro y en César, a cuya magnanimidad se tributan los elogios que merece, sin embargo de los vicios que la obscurecieron.

Las causas de la rapidez con que los españoles se apoderaron de América, han sido en parte indicadas por Mr. de Paw. “Confieso, dice, que la artillería era un instrumento destructor y poderosísimo, al cual debían ceder al cabo los americanos.” Si a la artillería se añaden las otras armas superiores, los caballos y la mejor disciplina militar de los conquistadores; si se agrega, sobre todo, la discordia que dividía a los conquistados, se verá que no hay motivo para censurar la cobardía de aquellos pueblos, ni para maravillarse del violento trastorno que sufrió el Nuevo Mundo. Imagínese Mr. de Paw que en los tiempos de las estrepitosas y crueles facciones de Sila y de Mario hubiesen los atenienses inventado la artillería y las otras armas de fuego, y que 6,000 hombres, reunidos, no a todo el ejército de Mario, sino a una pequeña parte de sus tropas, hubiesen emprendido la conquista de Italia: ¿cree que no la hubieran logrado, a despecho del poder de Sila, del valor y de la disciplina de las legiones romanas, del número de éstas y de su caballería, de la multitud de sus armas y de sus máquinas y de las fortificaciones de las ciudades? ¡Cuánto terror no hubieran inspirado en los ánimos de los más intrépidos centuriones el horrendo estrépito de la artillería, la violencia destructora de las balas, a cuyo irresistible impulso hubieran visto desaparecer filas enteras! ¡Y qué no habrá sido en las naciones del Nuevo Mundo, que no tenían ni las armas, ni la caballería, ni la disciplina, ni las máquinas, ni las fortificaciones de los romanos! Por el contrario, lo que es realmente digno de admiración es que los valientes españoles, con toda su disciplina, con su artillería, con sus armas de fuego, no hayan podido en más de dos siglos subyugar en la América Meridional los guerreros araucanos, armados sólo de lanzas y de mazas; en la América Septentrional, los apaches, que sólo tienen arcos y flechas, y, sobre todo, lo

que parece increíble, y es, sin embargo, cierto, que 500 hombres de la nación de los Seris hayan sido por muchos años el azote de los españoles de Sonora y Sinaloa.

Finalmente, omitiendo otros muchos despropósitos de Mr. de Paw contra los americanos, no puedo disimular la atroz injuria que les hace, hablando de sus costumbres. Cuatro son los principales vicios con que infama a todos los americanos, a saber: la glotonería, la embriaguez, la ingratitud y la sodomía.

Yo, ciertamente, no había oído hablar de la glotonería de los americanos, hasta que tropecé con el pasaje de Mr. de la Condamine, citado y adoptado por Mr. de Paw; por el contrario, no he leído autor, algo instruido en las cosas de América, que no celebre la sobriedad de aquellos pueblos. Consúltense las obras de Las Casas, Garcés, el conquistador anónimo, Oviedo, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada, Betancourt, etc. (1) Casi todos los historiadores cuentan la admiración que causó a los españoles la parsimonia de los indios, y, por el contrario, la extrañeza de éstos al ver que aquéllos comían en un día más que ellos en una semana, y, para decirlo en pocas palabras, la sobriedad de los americanos es tan notoria, que sería necedad defenderlos del vicio contrario. Mr. de la Condamine vió quizás comer a algunos indios hambrientos, en su viaje por el río Marañón, y de allí infirió, como tantas veces sucede a los viajeros, que todos ellos eran glotones. Don Antonio Ulloa, que estuvo en América con Mr. de la Condamine, que se detuvo allí más tiempo y tomó más menudos informes acerca de las costumbres de los indios, dice todo lo contrario que el matemático francés.

La embriaguez es el vicio dominante de aquellas naciones. Así lo confieso ingenuamente en el libro I de esta Historia, exponiendo sus excesos y señalando sus causas; pero añadido que no era así en los países de Anáhuac antes que los ocupasen los

(1) Las Casas, en su memorial a Felipe II, intitulado **Destrucción de los Indios**, afirma que el comer de los indios es tal, que el de los antiguos padres de la Tebaida no podía ser ni menos sobrio, ni más escaso, ni más miserable. Garcés, en su carta a Paulo III, dice que no es posible dar una idea exacta de su sobriedad. El conquistador anónimo dice que no hay pueblo que se mantenga con menos que el americano. Así hablan todos los testigos oculares de sus costumbres. Por Torquemada sabemos que los primeros abstinentísimos religiosos que anunciaron el Evangelio a los mexicanos tuvieron mucho que aprender y no poco que admirar de su moderación en comer.

españoles, por el gran rigor con que se castigaba aquel vicio, el cual queda impune en la mayor parte de los países del antiguo continente, o más bien sirve de excusa a otros delitos más graves. Los escritores que investigaron el gobierno político de los mexicanos citan las leyes severas que había contra la embriaguez, tanto en México como en Texcoco, Tlaxcala y otros Estados, según lo representan sus pinturas. La LXIII de la colección de Mendoza representa dos jóvenes de ambos sexos, condenados a muerte por haberse embriagado, y un anciano septuagenario, a quien la ley, en consideración a su edad, permitía beber cuanto apetecía. Pocos Estados se hallarán en el mundo, en que haya sido mayor el celo de los soberanos en la corrección de esta clase de excesos.

También he refutado, en dicho libro I de mi Historia, el error común acerca de la ingratitud de los americanos; mas, como todo lo que allí he dicho no bastará a convencer a los que están prevenidos contra ellos, quiero citar aquí un singular ejemplo de gratitud que bastará a disipar la opinión contraria.

El año de 1556 murió en Uruapan, pueblo considerable de Michuacan, visitando su diócesis, a la edad de 95 años, el célebre Vasco de Quiroga, fundador y primer obispo de aquella iglesia, el cual, a ejemplo de San Ambrosio, pasó de la judicatura civil a la dignidad episcopal. Este insigne prelado, digno de compararse a los primeros padres del cristianismo, trabajó infinito en favor de los michuacanos, instruyéndolos como apóstol y amándolos como padre; construyó templos, fundó hospitales y señaló a cada lugar de indios un ramo principal de comercio, a fin de que su recíproca dependencia los tuviese unidos con los vínculos de la caridad y de este modo se perfeccionasen en las artes y a nadie faltasen recursos para vivir. La memoria de tantos beneficios se conserva tan viva en aquellos naturales, después de pasados dos siglos, como si todavía viviese su bienhechor. El primer cuidado que tienen las indias, cuando sus hijos empiezan a hacer uso de la razón, es el de hablarles de **tata don Vasco** (así lo llaman todavía por el amor filial que le conservan), declarándoles lo que hizo en favor de su nación, enseñándoles su retrato y acostumbrándolos a no pasar nunca delante de él sin arrodillarse. Además de esto fundó aquel gran prelado, por los años de 1540, un seminario en la ciudad de Pátzcuaro, para la instrucción de la juventud, y encargó a los

indios de Santa Fe (pueblo fundado por él mismo en las orillas del lago de Pátzcuaro) que enviasen cada semana un hombre a servir a los seminaristas. Fue puntualmente obedecido, y hasta hoy, después de más de 230 años, no ha faltado nunca el indio a quien toca desempeñar aquellas funciones, sin haber sido jamás necesario llamarlos ni constreñirlos, pues tienen empeño en corresponder de este modo a los grandes bienes que les hizo aquel pastor incomparable. Poseen en la ciudad de Pátzcuaro sus huesos, con tal veneración, que una vez que pensó en transferirlos a Valladolid el cabildo de aquella catedral, se inquietaron los indios y se disponían a impedirlo con la fuerza, como hubiera sucedido a no haber renunciado el cabildo a su proyecto, por evitar los desórdenes que se apercibían. ¿Puede darse una prueba más positiva de la gratitud de una nación? Semejantes demostraciones han hecho los indios en muchos pueblos de aquellos países a fin de retener en ellos a los misioneros que los habían doctrinado en la fe. Las ocurrencias de esta clase que sucedieron en los dos siglos pasados pueden verse en el tomo III de Torquemada y en el **Teatro Mexicano**, de Betancourt. De las de nuestros tiempos, aún viven muchos testigos oculares, y yo soy uno de ellos. Si a veces no se muestran agradecidos los indios a sus bienhechores, es porque los continuos males que padecen les hacen sospechosos los beneficios; pero cuando están seguros de la sincera benevolencia del que los favorece, son capaces de sacrificar cuanto poseen a la gratitud, como saben todos los que han vivido entre ellos y los han observado sin preocupación.

Pero la mayor injuria que Mr. de Paw hace a los americanos es la de afirmar que "la sodomía estaba en gran uso en aquellas islas, en el Perú, en México y en todo el continente." No sé cómo, después de haber estampado tan atroz calumnia, se atrevió a decir, como dice en su respuesta a Pernety, que toda su obra de las **Investigaciones** respira humanidad. ¿Es humanidad infamar a todas las naciones del Nuevo Mundo, echándoles en cara un vicio tan vil y tan vergonzoso? ¿Es humanidad su cólera contra Garcilaso porque defiende a los peruanos de aquella imputación? Aunque hubiese graves autores que atribuyesen tan torpe delito a todos los pueblos americanos, siendo, como en efecto son, muchos los autores graves que aseguran todo lo contrario, debía Mr. de Paw, según las leyes de la hu-

manidad, abstenerse de una acusación de tan graves consecuencias, especialmente cuando no hay un solo autor digno de crédito en cuya autoridad pueda fundarse la generalidad de su proposición. Hallará quizás algunos escritores, como el conquistador anónimo, Gomara y Herrera, que han achacado aquel vicio a algunos americanos o cuando más a algún pueblo de América; pero ¿dónde hallará un escritor de nota que haya osado decir “que la sodomía estaba en gran uso en las islas, en el Perú, en México y en todo el Nuevo Mundo?” Antes bien, todos los historiadores de México declaran a una voz que las naciones mexicanas detestaban aquel vicio, y citan las penas terribles con que lo castigaban las leyes, como puede verse en las obras de Gomara, Torquemada, Betancourt y otros. Las Casas asegura, en su escrito presentado a Carlos V en 1542, que habiendo hecho diligentes averiguaciones en las islas Española, Cuba, Jamaica, Puerto Rico y Lucayas, halló que no había memoria de semejante delito en aquellas naciones. Lo mismo afirma del Perú, de Yucatán, de todos los países de América en general, exceptuando tan sólo tal cual pueblo, según sus expresiones, en que hay algunos culpables; “mas no por esto, añade, debe inculparse todo aquel mundo.” (1) ¿Quién, pues, ha autorizado a Mr. de Paw para vilipendiar en asunto tan grave a todo un continente? Aunque los americanos fuesen, como él supone, hombres sin honor y sin vergüenza, las leyes de la humanidad exigen, a lo menos, que no se les calumnie. A tamaños excesos lo conduce aquel ridículo empeño de envilecer a la América, y tales son las consecuencias de su perversa lógica, con la que deduce muchas veces, según hemos demostrado, proposiciones generales, de premisas particulares y de hechos aislados. Si por-

(1) “Los españoles (dice Las Casas hablando de algunos y no de todos) han infamado a los indios con los mayores delitos, no por otra razón que por sus intereses personales. Desde que echaron de ver cuán fácil era enriquecerse a costa de los bienes y de las personas de los indios, los han acusado mil veces de estar infestados con el vicio de sodomía; pero esta acusación es una gran maldad y perversidad de los acusadores, pues en todas las grandes islas Española, Cuba, San Juan, Jamaica, y en 60 islas Lucayas, en que había pueblos numerosos, no hay memoria de semejante vicio, como yo puedo atestiguar habiendo hecho desde el principio grandes investigaciones sobre el asunto. Ni tampoco se halló este vicio en el Perú ni en Yucatán, y así generalmente en ninguna parte, excepto en algunos lugares en que dicen que había algunos que lo practicaban.”

que los panuqueses u otros pueblos americanos estaban infestados de aquel vicio, es lícito decir que era común a toda la América, también podrán los americanos infamar con igual imputación a todo el antiguo continente, sabiendo que la sodomía estaba muy en uso en algunos pueblos antiguos del Asia y mucho más entre los griegos y romanos. Además de que no se sabe que en América haya en la actualidad pueblo alguno contaminado con aquella peste moral; y, por el contrario, sabemos, por deposición de muchos autores, que algunos pueblos del Asia no han renunciado a ella, y que aun en la Europa misma, si es cierto lo que dicen Locke y Mr. de Paw, es común entre los turcos santones otro vicio más execrable del mismo género y que, en lugar de ser castigados los que lo practican, son reputados generalmente por santos y todos los turcos les prodigan las mayores demostraciones de respeto y veneración.

El suicidio es otra de las enormidades que Mr. de Paw achaca a los objetos de su encarnizado odio. Es cierto que en tiempo de la Conquista hubo muchos que se ahorcaron, se precipitaron, o por medio de un hambre voluntaria pusieron fin a su amarga existencia; pero ¿qué extraño es que unos hombres privados de las luces de la religión y desesperados por las intolerables vejaciones que les hacían sufrir los conquistadores, hiciesen lo que tan frecuentemente hacían los griegos, los romanos y los españoles antiguos, y lo que hacen los ingleses, los franceses y los japoneses modernos, por el más leve motivo, por un capricho o por una idea ridícula de honor? (1) ¿Cuál es el europeo que puede echar en cara el suicidio a los americanos, en un siglo en que se ha hecho moda en Inglaterra y en Francia (2) y en que, borrando de la mente las ideas más justas que recibimos de la naturaleza y de la religión, se inventan razones y se publican libros para justificarlo? ¡Tan grande es el empeño de ultrajar a la América y a los americanos!

El mismo ahinco tuvo, sin duda, el español, cualquiera que sea, que ordenó el índice general de las Décadas del cronista

(1) Entre las muchas y memorables extravagancias de los que en estos últimos tiempos se han suicidado en Inglaterra, sé, por persona que se hallaba a la sazón en Londres, que uno que se mató en aquella capital dejó escrito no tener otro motivo para dejar la vida, que el deseo de ahorrarse la molestia de vestirse y desnudarse diariamente.

(2) Consta que en París ha habido año de 150 suicidios.

Herrera, imputando inconsideradamente a todos los americanos lo que dice de algunos individuos, con varias excepciones. Quiero copiar aquí lo que se lee en aquel índice, para que se avergüencen los hombres de escribir tales despropósitos. "Los indios, dice, son harto perezosos, viciosísimos, grandes borrachos por genio, estafadores, débiles, embusteros, enredadores, novadores, inconstantes, ligeros, cobardes, inmundos, sediciosos, ladrones, ingratos, incorregibles, vengativos más que ninguna otra nación; de tan grosera masa que se duda si son racionales; bárbaros, bestiales, gobernados por sus apetitos como los brutos, etc." Este mismo es el lenguaje de Mr. de Paw y de otros muchos humanísimos europeos; de modo que parece que estos hombres no se creen obligados, para con el Nuevo Mundo, a respetar la verdad, ni a observar las leyes de la caridad fraterna, publicadas por el Hijo de Dios en el mundo antiguo.

Pero si un americano dotado de mediano ingenio y de alguna erudición, quisiera pagar en la misma moneda a los mencionados escritores (como hemos dicho del filósofo Guineo), le sería fácil componer una obra con el título de **Investigaciones filosóficas sobre los habitantes del antiguo continente**. Observando el mismo método de su predecesor, recogería cuanto hallase escrito sobre los países estériles del mundo antiguo, sus montes inaccesibles, sus llanuras pantanosas, sus bosques impenetrables, sus desiertos arenosos y sus maléficos climas; de los reptiles asquerosos y malignos, de las culebras, de los sapos, de los escorpiones, de las hormigas, de las arañas, de los cientopíes, de los escarabajos, de las chinches y de los piojos; de los cuadrúpedos irregulares, chicos, rabones, defectuosos y pusilánimes; de los hombres degenerados, descoloridos, desproporcionados en la estatura, disformes en las facciones, débiles de complexión, apocados de ánimo, obtusos de ingenio y crueles de índole. Cuando llegase al capítulo de los vicios ¡qué inmensa copia de materiales no podría reunir! ¡Cuántos ejemplos de bajeza, de perfidia, de crueldad, de superstición, de disolución, de hipocresía! La historia del pueblo romano, la nación más célebre del mundo antiguo, le suministraría por sí sola una cantidad increíble de las más horrendas maldades. Bien echaría de ver que aquellos defectos y estos vicios no eran comunes a todos los paí-

ses ni a todos los habitantes de aquella parte del globo; pero no importa, si había de seguir por modelo a Mr. de Paw y servirse de su lógica. Esta obra sería mucho más apreciable y más digna de crédito que la de Mr. de Paw; pues si este filósofo no cita contra la América y contra los americanos sino autores europeos, nuestro investigador americano no echaría mano sino de autores nacidos en el mismo continente contra el cual dirigiría sus ataques.

DISERTACION VI

CULTURA DE LOS MEXICANOS

Siempre enfurecido contra el Nuevo Mundo Mr. de Paw, llama bárbaros y salvajes a todos los americanos y los juzga inferiores en sagacidad e industria a los pueblos más toscos y groseros del antiguo continente. Si se hubiese satisfecho con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y brutales en sus costumbres, como fueron antiguamente muchas naciones de las que ahora son las más cultas de Europa, y como son en la actualidad muchos pueblos de Asia, de Africa y de la Europa misma; que sus artes no estaban tan perfeccionadas ni sus leyes eran tan buenas ni tan bien ordenadas; que sus sacrificios eran inhumanos, y algunos de sus usos extravagantes, no podríamos ciertamente contradecirlo. Pero tratar a los mexicanos y a los peruanos como a los caribes y a los iroqueses; colocar en la misma línea su industria, desacreditar sus leyes, despreciar sus artes y poner aquellas activas y laboriosas naciones en el mismo pie que los pueblos más toscos del antiguo continente, ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo Mundo y a sus habitantes, en lugar de buscar la verdad, como parece prometerlo el título de **Investigaciones filosóficas**?

Llamamos hoy bárbaros y salvajes a los hombres que, conducidos más bien por el ímpetu de los apetitos naturales que por los dictados de la razón, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que decidan sus derechos, ni superiores que velen su conducta, ni ejercitan las artes necesarias para remediar las miserias de la vida; en fin, los que no tienen idea de la Divinidad, o a al menos carecen de un culto establecido para honrarla. Los mexicanos, todas las naciones de Anáhuac y los peruanos, reconocían un Ser Supremo y Omnipotente, aunque su creencia era, como la de otros mu-

chos pueblos idólatras, un tejido de errores y supersticiones. Tenían, sin embargo, un sistema fijo de religión; sacerdotes, templos y sacrificios; ritos encaminados al culto uniforme de la Divinidad. Tenían reyes, gobernadores y magistrados; ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas como haré ver en otra Disertación. Tenían leyes y costumbres de cuya observancia cuidaban las autoridades públicas. Ejercían el comercio y se esmeraban en hacer respetar la equidad y la justicia en sus tratos. Sus tierras estaban distribuidas y aseguradas a cada uno la propiedad y la posesión de su terreno. Practicaban la agricultura y las otras artes, no sólo las necesarias a la vida, sino también las de deleite y lujo. ¿Qué más se requiere para sacar a una nación del catálogo de las bárbaras y salvajes? “La moneda, responde Mr. de Paw; el uso del hierro; el arte de escribir, el de construir navíos y puentes de piedra y el de hacer cal. Sus artes eran imperfectas y toscas; sus lenguas escasísimas de voces numerales y de términos capaces de expresar las ideas universales; se puede decir que casi no tenían leyes, porque no puede haberlas donde reinan la anarquía y el despotismo.” Cada uno de estos artículos exige un examen particular.

MONEDA

Mr. de Paw decide que ninguna nación de América era culta y civilizada, porque ninguna usaba de moneda; y para probar la exactitud de su consecuencia alega un pasaje de Montesquieu: “Habiendo naufragado Arístipo, dice este escritor, se salvó a nado en una playa, y, al ver delineadas en la arena unas figuras de geometría, se llenó de júbilo, conociendo que había llegado a un pueblo griego y no a una horda bárbara. Imagináos que llegáis por acaso a un país desconocido; si encontráis alguna moneda, no dudéis que estáis en un país culto.” Pero si Montesquieu infirió sensatamente la cultura de un pueblo del uso de la moneda, Mr. de Paw infiere muy insensatamente de la falta de moneda, la falta de cultura. Si por moneda se entiende un pedazo de metal acuñado con el busto del rey o con un sello o signo público, es cierto que su falta no supone barbarie en una nación. “Los atenienses, dice el mismo Montesquieu, porque no hacían uso de los metales, se servían de bueyes en lugar de moneda, como los romanos de ovejas;” de donde viene el nombre de *pecunia*; pues en la primera moneda acuñada de los ro-

manos, se puso la imagen de la oveja, en recuerdo del objeto que había servido antes para sus contratos. Los griegos eran, sin duda, una nación bastante culta en tiempo de Homero; pues no era posible que de un pueblo inculto se alzase un hombre capaz de componer la Iliada y la Odisea, poemas inmortales, que después de veinticinco siglos no cesan de ser admirados, aunque nadie ha sido parte a imitarlos todavía, y, sin embargo, los griegos de aquellos tiempos no conocían la moneda acuñada, como se echa de ver en las obras mismas de aquel poeta, el cual, cuando quiere significar el valor de alguna cosa, no lo expresa de otro modo que por el número de bueyes o de ovejas que valía. Así es como en el libro VII de la Iliada dice que Glauco dió sus armas de oro, que valían cien bueyes, por las de Diomedes, que eran de cobre y no valían más que nueve. Dondequiera que habla de un objeto adquirido por contrato, se expresa en términos de cambio o permuta. Por esto, en la antigua controversia suscitada entre las dos sectas de jurisconsultos, sabinianos y proculianos, los primeros sostenían que podía haber verdadera compra y venta sin precio, y en su apoyo citaban ciertos versos de Homero, en que se llama compra y venta lo que no era realmente más que el cambio de una cosa por otra. Los lacedemonios eran un pueblo civilizado de Grecia, sin embargo de carecer de moneda, pues una de las leyes fundamentales de Licurgo era que no se comerciase de otro modo que por permutas (1). Los romanos no tuvieron moneda acuñada hasta los tiempos de Servio Tulio; ni los persas, hasta el reinado de Darío Histaspes, y nadie habrá que llame bárbaros a unos y a otros en los tiempos que precedieron a aquellas dos épocas. Los hebreos estaban civilizados a lo menos desde el tiempo de sus jueces, y no sabemos que conociesen la moneda hasta los de los macabeos. Luego la falta de moneda acuñada no es prueba de barbarie.

Si por moneda se entiende **un signo representativo del valor de todas las cosas**, como lo define el mismo Montesquieu, es cierto e indudable que los mexicanos y todas las naciones de Anáhuac, excepto los bárbaros chichimecas y otomites, se servían de moneda en su tráfico. ¿Qué otra cosa era el cacao, que constantemente empleaban en el mercado, para adquirir lo que

(1) "Emi singula, non pecunia, sed compensatione mereium jussit."—Justin, lib. III.

necesitaban, sino un signo representativo de todas las cosas que se adquirirían por su medio? El cacao tenía su valor fijo: se daba por número; y para ahorrarse el trabajo de contar cuando la mercancía importaba un gran número de almendras, ya se sabía que cada saco de cierto tamaño contenía tres **xiquipillis** o 24,000 almendras. ¿Y quién no confesará que el cacao es mucho más conveniente para signo representativo que los bueyes y las ovejas de que se servían los griegos y los romanos, y la sal que en la actualidad tiene el mismo uso entre los abisinios? Con un buey o con una oveja no se puede adquirir un objeto de poco valor, y cualquiera enfermedad o accidente que les sobreviniese podía empobrecer fácilmente al que no tenía otro capital. “Empléase el metal en la moneda, dice Montesquieu, a fin de que el signo sea más durable. La sal de que se sirven los abisinios tiene el inconveniente de una disminución progresiva;” el cacao, por el contrario, podía servir para toda especie de valores, se transportaba y custodiaba más fácilmente y se conservaba con menos peligro y sin necesidad de tantas precauciones.

El uso del cacao en el tráfico de aquellas naciones podrá parecer a algunos un verdadero cambio; mas no era así, pues habiendo varias especies de cacao, no usaban como moneda el llamado **tlalcacahuatl** o cacao menudo, con que hacían sus bebidas ordinarias, sino más bien otras especies más comunes y menos aptas para servir de alimento, las cuales corrían de mano en mano, y casi no se aplicaban a otro fin que a las transacciones mercantiles. De esta especie de moneda hacen mención todos los historiadores de México, tanto españoles como indios: de las otras cuatro especies mencionadas en el libro VII de esta Historia, hablan Cortés y Torquemada. Cortés afirma, en su última carta al emperador Carlos V, que habiendo hecho muchas indagaciones acerca del comercio de aquellas gentes, halló que en Tlachco y en otras provincias se servían de moneda. Si no hubiese oído hablar de **moneda acuñada**, no habría limitado su uso a Tlachco y a otras provincias, pues bien sabía, sin necesidad de hacer nuevas investigaciones, que en los mercados de México y de Tlaxcala, a los que muchas veces había concurrido, se servían, como de moneda, del cacao, de unos pedazos de tela de algodón, que llamaban **Patolquachtli**, y del oro en polvo, puesto en plumas de ánade. Yo sospecho, sin embargo de lo que he dicho en aquella parte de mi Historia, que había verdadera

moneda acuñada y que tanto aquellas piezas delgadas de estaño, de que habla Cortés, como las de cobre, hechas en forma de T, que menciona Torquemada (1), tenían algún sello o señal autorizada por el rey o por los señores feudatarios.

Para evitar todo fraude en el comercio, nada podía venderse fuera del mercado, si no es los comestibles ordinarios; y en aquel sitio, como ya he dicho y como consta por testigos oculares, reinaba el mejor orden que puede imaginarse. Había medidas prescritas por los magistrados; comisarios que giraban por todas partes observando cuanto ocurría, y jueces de comercio encargados de conocer en todos los pleitos que se suscitaban entre los comerciantes, y en castigar los delitos que se cometían en el mercado. ¡Y en vista de todos estos datos, habrá quien diga que los mexicanos eran inferiores en industria a los pueblos más groseros del antiguo continente, entre los cuales hay algunos tan embrutecidos y obstinados en su barbarie, que no ha bastado en tantos siglos el ejemplo de las otras naciones para darles a conocer las ventajas de la moneda!

USO DEL HIERRO

El uso del hierro es una de aquellas circunstancias que Mr. de Paw exige para llamar culta a una nación; y por falta de ella cree bárbaros a todos los americanos. Así que si Dios no hubiese formado aquel metal en las entrañas de la tierra, todo el género humano merecería el título de bárbaro, según el modo de raciocinar de aquel filósofo. Pero en la misma parte de su obra en que echa mano de este argumento contra los americanos, nos suministra todos los materiales que se podían apeteer para rebatirlo. Afirma “que en todo el territorio de América se hallan pocas minas de hierro, y el que hay es de tan inferior calidad al del antiguo continente, que apenas se puede emplear en hacer clavos; que los americanos poseían el secreto, perdido en el antiguo continente, de dar al cobre un temple igual al del acero; que Mr. Godin mandó en 1727 (quiere decir en 1747, pues en 1727 aun no había ido Mr. Godin al Perú) al conde de Maurepas una segur vieja de cobre peruano, endurecido, y que habién-

(1) En la misma capital de México, en que se acuñan hoy 18 ó 20.000.000 de pesos al año, en oro y plata, emplea todavía la gente pobre el cacao para comprar algunas frioleras en el mercado.

dola observado el conde Caylus, declaró que casi era igual en dureza a las armas antiguas de cobre, de que se servían los griegos y los romanos, los cuales no empleaban el hierro en muchos usos a que nosotros lo aplicamos en la actualidad, o porque entonces era más escaso, o porque sabían temprar mejor el cobre que el acero." Finalmente añade que el conde de Caylus, admirado de la perfección de aquel trabajo, se persuadió (engañado por el mismo Mr. de Paw) que la segur no era obra de aquellos peruanos embrutecidos que los españoles encontraron en tiempo de la Conquista, sino de otra nación más antigua y más industriosa.

De todo esto que dice el investigador saco yo cuatro consecuencias importantes: 1.^a Que los americanos tuvieron el honor de imitar en el temple del cobre a las dos naciones más célebres del antiguo continente. 2.^a Que obraron sensatamente en no hacer uso del hierro, siendo el que tenían tan inferior, que ni aun podía servir para hacer clavos, y sirviéndose en su lugar de un cobre al que sabían dar el temple del acero. 3.^a Que si ignoraron el arte comunísimo de elaborar el hierro, poseían el singularísimo de temprar el cobre como el acero, que no han sido parte a restaurar los filósofos europeos del siglo ilustrado. 4.^a Que tanto se engañó el conde de Caylus en el juicio que formó de los peruanos, cuanto Mr. de Paw en el que ha hecho de todos los pueblos de América. Tales son las consecuencias legítimas que deben deducirse de la doctrina de nuestro filósofo sobre el uso del hierro, y no la falta de industria, que es la que él infiere. Quisiera preguntarle si se necesita mayor industria para trabajar el hierro como lo trabajan los europeos, que para trabajar sin hierro toda clase de piedras y maderas, fabricar muchas especies de armas, y hacer, como ellos hacían, los más curiosos trabajos de oro, plata y piedras preciosas. El uso determinado del hierro no prueba un alto grado de industria en las naciones europeas. Inventado por los primeros hombres, fácilmente pasó a sus descendientes, y como los americanos modernos lo recibieron de los europeos, así éstos lo recibieron de los asiáticos. Los primeros pobladores conocían sin duda el uso del hierro, pues su invención es casi coetánea al principio del género humano. Pero yo no dudo de la probabilidad de la conjetura que expuse en mi primera Disertación, a saber: que no habiendo hallado desde luego las minas de aquel metal en los

países del norte, donde entonces se establecieron, se fue poco a poco extinguiendo su memoria en las generaciones sucesivas.

Pero, finalmente, si son bárbaros lo que no conocen el uso del hierro, ¿qué serán los que desconocen el uso del fuego? Ahora bien, en toda la extensión de la América no se ha encontrado un solo pueblo ni una sola tribu, por bárbara que fuese, que no conociera el modo de hacer fuego y el de aplicarlo a los usos comunes de la vida; pero en el mundo antiguo se han visto gentes tan estúpidas, que no tenían la menor idea de la aplicación de aquel elemento. Tales eran los habitantes de las islas Marianas, a los cuales era enteramente extraño antes de la llegada de los españoles, como lo testifican los historiadores de aquellos países. Y con todo eso, ¡querrá hacernos creer Mr. de Paw que los pueblos americanos son más salvajes que los más toscos del mundo antiguo!

Por lo demás, tanto se engaña nuestro investigador en lo que dice del hierro americano, como en lo que piensa del cobre. En México, en Chile y en otros muchos países de América se han descubierto innumerables minas de hierro, de buena calidad; y si no hubiera estado prohibida su elaboración, para no perjudicar al comercio de España, podría la América suministrar a Europa todo el hierro que necesita, como hace con el oro y con la plata. Si Mr. de Paw hubiese sabido investigar filosóficamente las cosas de América, hubiera hallado en el cronista Herrera que aun en la isla Española había hierro mejor que el de Vizcaya. También habría visto, en el mismo autor, que en Zacatula, provincia marítima de México, conocían dos especies de cobre: uno duro, de que se servían en lugar de hierro para hacer segures, hachas y otros instrumentos militares y agrícolas; y otro ordinario y flexible, que emplean en ollas, pucheros y otros vasos para los usos domésticos; así que no necesitaban del ponderado secreto de los pueblos antiguos. El amor a la verdad me obliga a defender los progresos reales de la industria americana y a rechazar las invenciones imaginarias que se atribuyen a las naciones del Nuevo Mundo. El secreto que verdaderamente poseían, era el que menciona Oviedo, testigo ocular y muy práctico e inteligente en metales. “Los indios, dice, saben dorar bastante bien los vasos de cobre o de oro bajo, y les dan un color tan excelente y tan encendido, que parece oro de 22 quilates y

más. Lo hacen con ciertas yerbas. Este trabajo tiene tan buen efecto, que si algún platero de España o de Italia poseyese el secreto, no necesitaba más para enriquecerse.”

ARTE DE CONSTRUIR BUQUES Y PUENTES Y DE HACER CAL

Si a otras naciones puede echarse en cara la ignorancia de las construcciones navales, esta reconvención sería injusta dirigida a los mexicanos, porque, no habiéndose hecho dueños de las costas del mar sino en los últimos tiempos de su monarquía, no tuvieron necesidad ni ocasión de pensar en aquel adelanto. A los pueblos que ocupaban las playas de ambos mares antes que llegasen a ellas los mexicanos, bastaban aquellas barcas de que se servían para la pesca y para su comercio con las provincias vecinas, porque, exentos de codicia y de ambición, que son por lo común las causas de las navegaciones largas, no aspiraban a usurpar a otras naciones lo que legítimamente poseían, ni querían transportar de países remotos los metales que no les hacían falta. Los romanos, a pesar de haber fundado su metrópoli tan próxima al mar, estuvieron 500 años (1) sin construir buques, hasta que la ambición de ensanchar sus dominios y de apoderarse de la Sicilia, los impulsó a proporcionarse los medios de pasar el estrecho. ¡Qué extraño es, pues, que las naciones americanas, que no sentían aquellos estímulos para abandonar su patria, no inventasen buques en que poder trasladarse a países remotos! Lo cierto es que la falta de construcciones navales no arguye falta de industria en los pueblos que no la necesitaban.

No puede decirse lo mismo de la invención de los puentes. Mr. de Paw afirma que “no había un solo puente de piedra en toda la América cuando fue descubierta,” porque los americanos no sabían fabricar arcos, y que “el arte de hacer cal fue enteramente desconocido en aquellos pueblos;” tres proposiciones que son otros tantos errores clásicos. Los mexicanos sabían ha-

(1) “Appio había empleado toda la diligencia posible en acudir al socorro de los mamertinos. Para conseguirlo era necesario pasar el estrecho de Messina, y la empresa era no sólo temeraria, sino peligrosa y, según todas las apariencias, imposible. No tenían los romanos armada naval, sino barcas groseramente construidas, por el estilo de las canoas de los indios.”—Rollin, *Hist. Rom.*, lib. XI.

cer puentes de piedra, y entre los restos de su antigua arquitectura se ven hoy día en el río de Tula los grandes y fuertes pilares del puente que allí había. Los restos de los antiguos palacios de Texcoco, y, aun mucho más, los **temazcalli** o hipocaustos, descubren el uso antiguo de los arcos y de las bóvedas en las naciones de Anáhuac. Diego Valadés, que permaneció treinta años en México, adonde fue poco tiempo después de la Conquista, nos muestra, en su **Retórica Cristiana**, la imagen de un templo pequeño, que él mismo vió y que no deja duda sobre esta materia.

Sobre el uso de la cal, es necesario todo el arrojio de Mr. de Paw para asegurar, como asegura, que el secreto de hacerla era desconocido en toda la América; pues consta, no menos por la deposición de los conquistadores españoles que por la de los primeros misioneros, que no sólo usaban cal las naciones de México, sino que blanqueaban muy bien las casas y los templos y pulían primorosamente los muros. En las obras de Bernal Díaz, de Gomara, de Herrera, de Torquemada y de otros, se ve que los primeros españoles que entraron en la ciudad de Zempoala creyeron que eran de plata los muros del palacio principal, error a que dió lugar el bruñido resplandeciente de sus paredes. Ultimamente, de las pinturas de tributos que están entre las de la **Colección** de Mendoza, se infiere que las ciudades de Tepeyacac, Tecamachalco, Quecholac, etc., pagaban anualmente al rey 4,000 sacos de cal. Pero aunque no existiera ninguno de estos documentos, bastarían a demostrar el conocimiento que los mexicanos tenían de la cal, y a confundir la temeridad de Mr. de Paw, las ruinas de los edificios antiguos que se ven en Texcoco, en Mictlan, en Huatusco y en otros muchos puntos de aquel territorio.

Con respecto al Perú, aunque el P. Acosta confiesa que aquellos pueblos no conocían el arte de hacer cal, ni sabían construir arcos ni puentes de piedra; y aunque este solo dato bastase a Mr. de Paw para decir, según su execrable lógica, que el uso de la cal era ignorado en toda la América, con todo, el mismo Acosta, que no era hombre vulgar ni exagerador, ni parcial de los americanos, alaba la maravillosa industria de los peruanos en sus puentes de **totorá**, o sea junco, en la embocadura del lago de Titicaca y en otros puntos donde la gran profundidad del agua no permite la construcción de obras de mampostería y donde la rapidez de la corriente hace peligroso el uso de los

barcos. Asegura haber pasado por aquellos puentes, y encarece la seguridad y facilidad del paso. Mr. de Paw se aventura a decir que los peruanos no conocían ni aun los rudimentos de la navegación; que no sabían hacer ventanas en los edificios, y aun sospecha que no tenían techos en las casas; despropósitos de los más ridículos que pueden ofrecerse a la imaginación de un escritor de cosas de América. Da a entender que no sabe lo que son **bejucos**, y que no ha formado idea exacta de los ríos de la América Meridional. Mucho podría decirse acerca de esta extraña confesión; pero tenemos asuntos más importantes que discutir.

FALTA DE LETRAS

Ninguna nación americana conocía el arte de escribir, si por arte de escribir se entiende el de expresar en papel, pergamino, tela u otra materia semejante, cualquiera especie de palabras, con la diferente combinación de algunos caracteres; pero si el arte de escribir es el de significar, representar o dar a entender las cosas o las ideas a los ausentes y a la posteridad, con figuras, geroglíficos o caracteres, no hay duda que este arte era conocido y estaba en gran uso entre los mexicanos, los acolhuas, los tlaxcaltecas y todas las naciones de Anáhuac que habían salido del estado de barbarie. El conde de Buffon, para demostrar que la América era una tierra enteramente nueva, y nuevos también los pueblos que la habitaban, alega, como he dicho en otra parte, que “aun aquellas naciones que vivían en sociedad, ignoraban el arte de transmitir los hechos a la posteridad, por medio de signos durables, a pesar de haber descubierto el de comunicarse de lejos y de escribirse unos a otros por medio de nudos.” Pero el arte que empleaban para hablar a los ausentes, ¿no podía también servir para hablar a la posteridad? ¿Qué eran las pinturas históricas de los mexicanos, sino signos durables que transmitían la memoria de los sucesos a los lugares y a los tiempos remotos? El conde de Buffon se muestra tan ignorante en la historia de México, como sabio en la historia natural. Mr. de Paw, aunque concede a los mexicanos el arte que tan injustamente les niega el conde de Buffon, sin embargo, para desacreditarlos, alega innumerables desatinos, algunos de los cuales no puedo pasar por alto.

Dice, pues, "que los mexicanos no usaban de geroglíficos; que sus pinturas no eran otra cosa que representaciones toscas de los objetos; que para figurar un árbol, pintaban un árbol; que en sus pinturas no se descubre la menor traza de claro-oscuro, ni la menor idea de perspectiva, ni de imitación de la naturaleza; que no habían hecho el menor progreso en el arte que empleaban en perpetuar la memoria de los sucesos; que la única copia de pinturas históricas mexicanas sustraídas al incendio que hicieron los primeros misioneros, fue la que el primer virrey de México envió a Carlos V, la cual publicaron después Purchas en Inglaterra y Thevenot en Francia; que esta pintura es tan grosera y tan mal ejecutada, que no se puede discernir si trata, como dice el intérprete, de ocho reyes de México o de ocho concubinas de Moteuczoma," etc.

En todo esto se muestra la ignorancia del investigador, y de su ignorancia nace su temeridad. Pero ¿deberá darse mayor crédito a un filósofo prusiano, que sólo ha visto los malos dibujos de Purchas, que a los que han visto y estudiado diligentemente muchas pinturas originales de los mexicanos? Mr. de Paw no quiere que los mexicanos se sirviesen de geroglíficos, porque no se piense que les concede alguna semejanza con los antiguos egipcios. El P. Kirker, célebre investigador y encomiador de las antigüedades de aquel pueblo, en su obra intitulada **Oedipus Aegyptiacus**, y Adriano Walton, en los prolegómenos de la Biblia Políglota, opinan del mismo modo que Mr. de Paw, y su opinión no tiene otro apoyo que las estampas del mismo Purchas; pero Motolinía (1), Sahagún, Valadés, Torquemada, Enrique Martínez, Sigüenza y Boturini, que supieron la lengua mexicana, que consultaron a los indios, que vieron y estudiaron con esmero un número considerable de sus pinturas antiguas, dicen que uno de los medios que los mexicanos empleaban para representar los objetos, eran los geroglíficos y las pinturas simbólicas. Lo mis-

(1) Toribio de Motolinía en sus manuscritos, especialmente en la exposición del **calendario mexicano**. Bernardino Sahagún en su **Diccionario Mexicano**. Diego Valadés en su **Retórica Cristiana**. Enrique Martínez en su **Historia de la Nueva España**. Sigüenza en su **Ciclografía Mexicana** y en su **Teatro de virtudes políticas**. Torquemada en su **Monarquía Indiana**. Valadés trató a los mexicanos 30 años; Torquemada más de 40; Motolinía 45, y Sahagún 60. Este fue el hombre más instruido en los secretos de aquella nación. Se necesita gran orgullo para fiarse más a sus propias luces, y éstas escasas, que a las de tantos hombres doctísimos.

mo testifican Acosta y Gomara en sus Historias; el Dr. Eguia-
ra, en su erudito prefacio de la **Biblioteca Mexicana**, y los doc-
tos españoles que publicaron con grandes adiciones la obra de
Gregorio García **Sobre el origen de los indios**. El Dr. Sigüenza
impugnó victoriosamente al P. Kirker, en su **Teatro de virtudes
políticas**. Lo cierto es que Kirker se contradice manifestamen-
te, pues en el primer tomo de la citada obra **Oedipus Aegyptia-
cus**, confrontando la religión de los egipcios con la de los mexi-
canos, confiesa claramente que las partes de que se componía la
imagen del dios **Huitzilopochtli** tenían muchas significaciones
que eran otros tantos arcanos y misterios. Acosta, cuya Histo-
ria alaba tan justamente Mr. de Paw, en la descripción que hace
de aquella imagen, dice: "Todos estos ornatos que hemos dicho,
y lo demás, que era bastante, tenían sus significaciones particu-
lares, según declaraban los mexicanos;" y en la descripción del
ídolo de Tezcatlipoca se expresa en estos términos: "Sus cabe-
llos estaban atados con una cuerdecilla de oro, de cuyas extre-
midades pendía una oreja del mismo metal, con ciertos vapores
de humo pintados en ella, los cuales significaban los ruegos de
los atribulados y de los pecadores que aquel dios escuchaba cuan-
do se encomendaban a él. En la mano izquierda tenía un abanico
de oro, adornado con hermosas plumas verdes, azules y amari-
llas, tan relucientes, que parecían un espejo, en lo que daban a
entender que en aquél se veía todo lo que pasaba en el mundo.
En la mano derecha tenía cuatro saetas para significar el casti-
go que daba a los delincuentes por sus atentados, etc." ¿Qué
son éstas y otras semejantes insignias de los dioses mexicanos
de que hablo en el libro VI de la Historia, sino geroglíficos y
signos no muy diferentes de los que usaban los antiguos egip-
cios?

Mr. de Paw dice que para significar un árbol pintaban un
árbol. Hágame favor de decirme ¿qué es lo que pintaban para
representar el día, la noche, el mes, el año, el siglo, los nombres
de las personas y otras mil cosas que no tienen tipos fijos en la
naturaleza? ¿Cómo podían representar el tiempo, si no es por
medio de un geroglífico o emblema? "Tenían los mexicanos, dice
Acosta, figuras y geroglíficos con que representaban las cosas
de este modo: esto es, las cosas que tenían figura las signi-
ficaban con sus figuras; para las que no tenían imágenes pro-
pias se servían de otros caracteres significativos de aquéllas;

así expresaban cuanto querían, y para determinar el tiempo en que ocurría algún suceso, empleaban aquellas ruedas pintadas, cada una de las cuales comprendía un siglo de 52 años."

Pero he aquí otra piedra de escándalo para la ignorancia del prusiano. Búrlase de las ruedas de los mexicanos, "cuya exposición se atrevió a dar Carreri, fiándose a un profesor castellano llamado **Congara**, el cual no osó publicar la obra que había prometido sobre este asunto, porque sus parientes y amigos le aseguraron que contenía muchos errores." Parece que Mr. de Paw no sabe escribir sin disparatar. Aquel profesor en quien se fió Carreri, o sea Gemelli, no era castellano, sino criollo, nacido en la misma ciudad de México; no se llamaba **Congara**, sino Sigüenza y Góngora; no dejó de estampar su **Ciclografía mexicana**, que fue la obra de que se sirvió Gemelli, por temor de la censura del público, sino por los crecidos gastos de la impresión en aquellos países, que es lo que también ha estorbado la publicación de otras excelentes producciones, tanto del mismo escritor como de otros hombres doctísimos. Decir que los parientes y los amigos de Sigüenza lo disuadieron de publicar la obra porque contenía muchos errores, no es un error o equivocación cometida por descuido, sino una mentira manifiesta, inventada con el premeditado designio de alucinar al público. ¿Quién puede haberle comunicado tan extraña anécdota, enteramente ignorada en México, donde es tan cara la memoria y tan célebre la fama de aquel grande hombre, y donde los literatos no cesan de deplorar la pérdida de aquellas y de otras preciosas obras de su mano? ¿Qué podía temer Sigüenza de la publicación de las ruedas mexicanas, publicadas ya un siglo antes por Valadés en Italia, y descritas por Motolinía, Sahagún, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada y Martínez, todos europeos, y por los historiadores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, Ixtlilxóchitl, Chimalpain, Tezozomoc, Niza, Ayala y otros? Todos estos escritores están de acuerdo con Sigüenza en las explicaciones de las ruedas mexicanas del siglo, del año, del mes, y sólo difieren de él acerca de los principios del año y de los nombres de algunos meses, por las razones que he indicado en el libro VI de mi Historia. Todos los que han escrito en esta materia, tanto españoles como americanos, que son en gran número, dicen a una voz que los mexicanos y las otras naciones de aquellos países se valían de las ruedas para representar su siglo, su año y su mes; que

su siglo constaba de 52 años; su año de 365 días, distribuidos en 18 meses de 20 días cada uno, con 5 días más que llamaban **Nemontemi**; que en su siglo contaban 4 períodos de 13 años; que los nombres y caracteres de los años eran solamente cuatro, a saber: el **conejo**, la **caña**, el **pedernal** y la **casa**, los cuales alternaban sin interrupción mudando los números, etc.

“No puede ser, dice el investigador prusiano, porque estos usos supondrían una larga serie de observaciones astronómicas y de conocimientos exactos sobre el arreglo del año solar, lo cual no puede combinarse con la prodigiosa ignorancia en que estaban envueltos aquellos pueblos. ¿Cómo podían perfeccionar su cronología los que no tenían voces para contar más allá de diez?” Está bien. Luego, si los mexicanos tuvieron en efecto aquel modo de coordinar el tiempo, no deberán de llamarse bárbaros y salvajes, sino cultos y cultísimos, pues no merece otro epíteto la nación que tiene una larga serie de observaciones y de conocimientos exactos en astronomía. Ahora bien, la certeza del arreglo del tiempo entre los mexicanos, es una cosa que no admite duda, porque si el unánime consentimiento de los escritores españoles acerca de la comunión de los mexicanos (1) no permite dudar de aquella solemnidad religiosa, ¿no existe el mismo consentimiento unánime, añadido al de los escritores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas en favor del método que tenían aquellas naciones para el cómputo de los siglos, de los meses y de los años, y de la conformidad de este cómputo con el curso solar? Además de que la deposición de los españoles en esta materia es de gran peso, pues se empeñaron, como dice Mr. de Paw, en desacreditar a los americanos hasta el extremo de poner en duda su racionalidad. Cedamos, pues, al peso de tantas autoridades; creamos lo que dicen los historiadores acerca de las ruedas, y confesemos que los mexicanos no estaban sumergidos en la prodigiosa ignorancia que finge Mr. de Paw. Por lo que hace a la escasez de voces numerales, en otra disertación haré ver su error y su ignorancia.

(1) “Confieso que el consentimiento de los historiadores españoles no permite dudar que estos dos pueblos (mexicano y peruano), en la masa enorme de sus supersticiones, tenían algunos usos que no se diferenciaban mucho de lo que nosotros llamamos comunión.”—*Investigaciones filosóficas*, tom. II, carta a Mr. * * * sobre la religión de los americanos.

“No puede saberse, dice Mr. de Paw, la significación de las pinturas mexicanas, porque los españoles no podían entenderlas sin que se las declarasen los mexicanos, y ninguno de ellos ha sabido lo bastante para traducir un libro.” ¡Cuántos dislates en pocos renglones! Para que los españoles entendiesen el sentido de las pinturas mexicanas, no era necesario que los mexicanos supiesen la lengua española, pues bastaba que los conquistadores supiesen la del país; ni para explicar una pintura se necesita tanto saber como para traducir un libro. Mr. de Paw dice que la aspereza de la lengua mexicana ha impedido hasta ahora que los españoles la pronuncien, y que la estolidez de los mexicanos les ha impedido aprender el español; una y otra especie son opuestas a la verdad. De la lengua mexicana hablaré en otra parte. La castellana ha sido siempre comunísima entre los habitantes de México y hay muchos que la hablan tan correcta y fluidamente como los mismos españoles. Muchos de ellos escribieron en castellano su historia antigua y la de la Conquista, como puede verse en el catálogo que se halla al fin de esta obra; otros tradujeron libros latinos en castellano, castellanos en mexicano y mexicanos en castellano; entre los cuales son dignos de particular mención don Fernando Alva Ixtlilxóchitl, de quien tantas veces he hablado; don Antonio Valeriano, de Azcapozalco, maestro de lengua mexicana del historiador Torquemada, que habla de él con grandes elogios; don Juan Bernardo, de Huexotzingo; don Francisco Bautista Contreras, de Cuauhnahuac; Fernando Rivas y Esteban Bravo, de Texcoco; Pedro de Gante; Diego Adrián y Agustín de la Fuente, de Tlatelolco (1). Sabemos, por la historia de la Conquista, que la célebre india doña Marina aprendió con extraordinaria prontitud y facilidad la lengua castellana, y que hablaba muy bien la mexicana y la maya, más diferentes entre sí que el francés, el hebreo y el ilírico. Habiendo, pues, habido en todos tiempos muchos españoles que han hablado el mexicano y muchos mexicanos que han hablado el español, ¿qué tiene de imposible que los mexicanos hayan explicado a los españoles el sentido de sus pinturas?

(1) Véase sobre este asunto la *Monarquía Indiana*, de Torquemada; el *Epítome de la Biblioteca Occidental*, de Pinelo; la *Biblioteca Mexicana*, del Dr. Eguiara, y el *Teatro Mexicano*, de Betancourt.

Es cierto que en las copias de las pinturas mexicanas publicadas por Purchas y por Thevenot no se ven observadas las proporciones ni las leyes de perspectiva; pero es necesario tener presente que aquellos toscos dibujos están grabados en madera, lo que verosíblemente aumentaría los defectos del original. Ni es de extrañar que las referidas estampas fuesen copias imperfectísimas de las pinturas, si se observan los descuidos de toda la publicación; pues en ella se omiten enteramente las pinturas XXI y XXII, en la mayor parte de las otras faltan las imágenes de las ciudades y además están trastornadas las de los años correspondientes a los reinados de Ahuitzotl y Moteuczoma II, como ya lo he manifestado hablando de las diversas colecciones de pinturas mexicanas que existen en la actualidad. Boturini, que vió en México las pinturas originales de aquellos anales y las de la matrícula de tributos, copiadas en las obras de Purchas y Thevenot, se lamenta de los grandes defectos que se notan en estas ediciones. En efecto, basta comparar las publicadas en México el año 1770, por Lorenzana, con las publicadas en Londres por Purchas, y en París por Thevenot, para conocer la gran diferencia que reina entre unas y otras. Yo no me empeño, sin embargo, en defender la perfección de las pinturas originales copiadas por Purchas; antes bien, soy de opinión que eran imperfectas, como todas las históricas de aquellos pueblos, pues los pintores sólo se limitaban a los contornos y al colorido de los objetos, sin curarse de la perspectiva, de las proporciones, ni del claro-oscuro. Ni era posible que observasen escrupulosamente las reglas del arte, si se atiende a la extraordinaria prontitud con que pintaban, de lo que dan fe Cortés y Bernal Díaz, como testigos oculares. Pero veamos las consecuencias que de todo esto deduce Mr. de Paw. Los mexicanos no observaban en sus pinturas las reglas de la perspectiva: luego no podían por medio de ellas perpetuar la memoria de los sucesos. Los mexicanos eran malos pintores: luego no podían ser buenos historiadores. Pero si se quiere adoptar esta lógica, deberemos también decir que los que no tienen buena letra no pueden ser buenos historiadores, pues las letras son para los nuestros lo que las pinturas para los mexicanos, y así como pueden escribirse buenas historias con mala letra, así también pueden representarse bien los hechos históricos con imágenes toscas; lo esencial es que se entienda lo que se ha querido expresar.

Mas esto es justamente lo que Mr. de Paw no encuentra en las copias de Purchas. Declara que habiendo confrontado de diversos modos las figuras con la explicación, no halla la menor relación entre aquéllas y ésta; y que así como en una de ellas se interpretan ocho reyes de México, podrían entenderse del mismo modo ocho concubinas de Moteuczoma. Esto mismo podría sucederle si se le presentase el libro **Chun-yum** del filósofo Confucio, escrito en caracteres chinos, con la interpretación al lado en lengua francesa. Confrontaría de varios modos los caracteres chinos con la interpretación, y no hallando la menor relación en ellos, diría que como se interpretan allí las nueve condiciones que debe tener un buen emperador, así podrían interpretarse las nueve concubinas o los nueve eunucos que tuvo un emperador antiguo, pues tanto entiende de figuras mexicanas como de caracteres chinos. Si yo pudiera abocarme con Mr. de Paw, le demostraría la relación que hay entre las ideas y las imágenes de que se valían los mexicanos para representarlas; mas pues lo ignora, debería remitirse al juicio de los inteligentes.

Cree, o quiere hacernos creer, que las pinturas copiadas por Purchas son las únicas que escaparon del incendio dispuesto por los primeros misioneros; mas esto es falsísimo, como lo hice ver en el tomo I, rebatiendo la opinión de Robertson. Las pinturas que se preservaron del incendio fueron tantas, que ellas suministraron la mayor parte de los materiales para la historia antigua de México, no sólo a los escritores mexicanos, sino a los españoles. No se fundaban en otros apoyos ni documentos las obras de don Fernando Alva Ixtlilxóchitl, de don Domingo Chimalpain, de don Fernando Alvarado Tezozomoc, de don Tadeo de Niza, de don Gabriel de Ayala y de los otros que he nombrado en mi catálogo. El infatigable Sahagún se valió de muchas pinturas para su **Historia de la Nueva España**. Torquemada cita con frecuencia las que consultó para su obra. Sigüenza heredó los manuscritos y las pinturas de Ixtlilxóchitl y adquirió otras muchas a sus expensas, y después de haberse servido de ellas, las dejó, por su muerte, con su preciosa librería, al colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, donde yo ví y estudié muchas de ellas. En los dos últimos siglos se presentaban muchas veces por los indios, en los tribunales de México, pinturas antiguas como títulos de propiedad o de posesión de las

tierras, y para esto había intérpretes instruidos en su significación. Gonzalo de Oviedo hace mención de este uso, en tiempo de don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la audiencia de México; y porque era de mucha importancia la inteligencia de aquellos títulos para la decisión de los pleitos, había en la Universidad de México un profesor encargado de enseñar la ciencia de las pinturas, de los geroglíficos y de los caracteres. Las muchas pinturas recogidas por Boturini e indicadas en el catálogo de su museo, impreso en Madrid el año de 1746, como las que yo he citado en muchas partes de esta obra, prueban que no son pocas, como pensaron Mr. de Paw y el Dr. Robertson, las que escaparon del incendio de los misioneros.

Finalmente, para mayor confirmación de lo que llevo dicho y para manifestar a Mr. de Paw la variedad de las pinturas mexicanas, extractaré lo que dejó escrito el Dr. Eguiara (1) en el erudito prefacio de su **Biblioteca Mexicana**. “Había, dice, pinturas lunares, llamadas **Tonalamatl**, en que publicaban sus pronósticos acerca de las mudanzas del tiempo. De una de ellas se sirvió el Dr. Sigüenza en su **Ciclografía Mexicana**, como él mismo asegura en la obra que intituló **Libra Astronómica**. Otras contenían los horóscopos de los niños, en que se representaban sus nombres, los signos de su nacimiento y su hado o estrella; de esta clase son las que menciona Jerónimo Román en su **República del Mundo**. Otras eran dogmáticas, que contenían el sistema religioso de aquellos pueblos; otras históricas, otras geográficas. Es cierto que las que se hacían para el uso común y familiar eran tan claras que todos las entendían; pero las que con-

(1) El Dr. Eguiara, digno de perpetua memoria por su índole amabilísima, por su incomparable modestia, por su vasta literatura y por el celo con que trabajó hasta su muerte en servicio de su patria, nació en México a fines del siglo pasado. Fue muchos años profesor de teología en aquella Universidad, y publicó en un tomo en folio algunos tratados teológicos muy apreciados. Fue rector y luego canciller de aquel cuerpo literario, y dignidad de aquella iglesia metropolitana, amado siempre y reverenciado por toda clase de personas, por la pureza de su vida y la solidez de su doctrina. Después de haber renunciado el obispado de Yucatán, a que lo destinó el rey católico en atención a sus relevantes méritos, publicó en México un tomo en folio de su **Biblioteca Mexicana**, para la cual, además de la inmensa fatiga de recoger, ordenar y perfeccionar los materiales, mandó llevar de París una gran imprenta, provista de caracteres romanos, griegos y hebreos. Su muerte, ocurrida en 1763, no nos permitió ver terminada aquella obra, que hubiera hecho mucho honor a su patria.

tenían los arcanos de la religión, estaban llenas de geroglíficos que no estaban al alcance del vulgo. Había, además, gran diversidad entre ellas, tanto con respecto a los pintores como por lo que hace a su ejecución, a su fin y a su uso. Las que se destinaban al ornato de los palacios eran perfectas; pero en las que contenían algún sentido misterioso, se veían ciertos caracteres y figuras horribles. Los pintores eran muchos; pero el escribir los caracteres, el componer los anales y el tratar de los asuntos relativos a la religión, eran funciones propias de los sacerdotes." Hasta aquí el Dr. Eguiara.

Sepa, pues, Mr. de Paw que de las pinturas mexicanas algunas eran imágenes simples de los objetos; otras, caracteres que no expresaban palabras como los de nuestra escritura, sino cosas como las de los astrónomos y algebristas. Algunas pinturas estaban destinadas a expresar solamente las cosas o las ideas, o por decirlo así, a escribir; y en éstas no se curaban de las proporciones ni de la belleza, porque se hacían de prisa, para instruir la mente y no para recrear los ojos; pero en las que procuraban imitar la naturaleza, y que se ejecutaban con la lentitud que repieren obras de esta especie, se observaban las proporciones, las distancias, las actitudes y las reglas del arte, aunque no con tanta perfección como las que admiramos en los buenos artistas de Europa. Como quiera que sea, yo quisiera que Mr. de Paw me indicase en el antiguo continente un pueblo bárbaro o semibárbaro que haya empleado tanta industria y diligencia como los mexicanos en eternizar la memoria de sus sucesos.

El Dr. Robertson, hablando de la cultura de los mexicanos en el libro VII de su Historia, expone los progresos que hace la industria humana para llegar a la invención de las letras, con cuya combinación puedan expresarse todas las modificaciones del habla. Estos progresos sucesivos son, según aquel escritor, de la pintura actual al simple geroglífico; de éste al símbolo alegórico; del símbolo alegórico al carácter arbitrario, y, últimamente, al alfabeto. Si alguno busca en aquella obra a qué grado llegaron los mexicanos, no podrá ciertamente adivinarlo, pues el autor habla con tanta ambigüedad, que a veces parece creer que llegaron apenas al simple geroglífico, otras al carácter arbitrario. Diga lo que quiera, lo cierto es que todos los modos que cita de representar las ideas, excepto el alfabeto, estaban

en uso entre los mexicanos. Sus caracteres numerales, los significativos de la noche, del día, del año, del siglo, del cielo, de la tierra, del agua, de la voz, del canto, etc., ¿no eran acaso verdaderos caracteres arbitrarios y convencionales? Llegaron, pues, al mismo grado que los famosos chinos después de tantos siglos de cultura. No hay otra diferencia entre los unos y los otros, sino que los caracteres chinos se han multiplicado con tanto exceso, que no basta la vida de un hombre para aprenderlos.

El mismo Dr. Robertson, lejos de negar, como hace temerariamente Mr. de Paw, la existencia de las 'ruedas seculares de los mexicanos, reconoce su método en el cómputo de los tiempos, y confiesa que habiendo ellos observado que en 18 meses de 20 días cada uno no se abrazaba el curso completo del sol, añadieron los cinco días **Nemontemi**. "Esta gran proximidad, añade, a la exactitud filosófica, muestra claramente que los mexicanos habían prestado a las investigaciones especulativas la atención que los hombres en estado de salvajes no suelen emplear en semejantes objetos." ¿Qué hubiera dicho al saber, como sabemos, no sólo por el gravísimo testimonio del Dr. Sigüenza, sino por observaciones propias sobre la cronología mexicana, que además de contar aquellas gentes 365 días en el año, reconociendo el exceso de casi seis horas del año solar con respecto al civil, remediaron esta irregularidad por medio de los 13 días intercalares que añadían a su siglo de 52 años?

ARTES DE LOS MEXICANOS

Después de haber hecho Mr. de Paw una ignominiosa descripción del Perú y de la barbarie de sus habitantes, habla de México, "de cuyo imperio, dice, se han contado tantas maravillas y falsedades como las del Perú; pero lo cierto es, añade, que aquellas dos naciones eran casi iguales, ora se considere su gobierno, ora sus instrumentos y sus artes. La agricultura estaba en ellas abandonada; la arquitectura era mezquina; sus pinturas toscas; sus artes imperfectas; sus fortificaciones, sus palacios, sus templos, puras ficciones de los españoles. Si los mexicanos hubieran tenido fortificaciones, hubieran podido guardarse de los efectos de las armas de fuego, y aquellos seis mequinos cañones de hierro que llevó consigo Cortés, no hubieran destruido en un momento tantos baluartes y trincheras. Los

muros de sus edificios no eran otra cosa que grandes piedras puestas unas sobre otras. El ponderado palacio en que residían los reyes de México, era una cabaña; por lo que Cortés, no hallando habitación proporcionada en toda la capital de aquel Estado que acababa de someter, se vió en la precisión de mandar construir un palacio, que todavía subsiste." No es fácil llevar cuenta de los desatinos que amontona Mr. de Paw en este pasaje; pero dejando aparte los relativos al Perú, hablemos tan sólo de lo que escribe sobre las artes de los mexicanos.

De su agricultura he hablado lo bastante para hacer ver que no sólo cultivaban con gran esmero todas las tierras cultivables del imperio, sino que formaban con maravillosa industria nuevos terrenos, construyendo en la superficie del agua aquellos huertos y jardines flotantes tan celebrados por españoles y extranjeros, y que aún admiran los que navegan en los lagos. También he probado, con la autoridad de muchos testimonios oculares, que no sólo cultivaban las plantas útiles al mantenimiento y al vestido del hombre, y al alivio de sus males, sino también las flores y los otros vegetales que sólo sirven a los placeres de la vida. Cortés, en sus cartas a Carlos V, y Bernal Díaz, en su Historia, hablan con admiración de los famosos huertos de Iztapalapan y de Huaxtepec, que uno y otro vieron, y de los que habla también el Dr. Hernández, que los vió 40 años después de la Conquista. El mismo Cortés, en su carta al emperador, fecha 30 de octubre de 1520, dice: "es cosa grande la muchedumbre de habitantes en estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado." Es necesario tener una dosis nada vulgar de terquedad para negar crédito a esta clase de testimonios.

Con los mismos apoyos he hablado de la gran diligencia de los mexicanos en la cría de toda especie de animales, en cuyo género de magnificencia excedió Moteuczoma a todos los reyes del mundo. Era imposible que aquellas gentes mantuviesen tan estupenda variedad de cuadrúpedos, aves y reptiles, sin tener grandes conocimientos acerca de su naturaleza, de su instinto, de su modo de vivir, etc.

Su arquitectura no era ciertamente comparable con la de los europeos; mas era muy superior a la de la mayor parte de los pueblos de Asia y Africa. ¿Quién osará comparar a las casas, a los palacios, a los templos, a los baluartes, a los acueduc-

tos, a los caminos de los antiguos mexicanos, no ya las miserables cabañas de los tártaros, de los siberianos, de los árabes y de aquellas mezquinas naciones que viven entre el Cabo Verde y el de Buena Esperanza, sino los edificios de Etiopía, de una gran parte de la India, de las islas del Asia y del Africa, y entre ellas el Japón? Basta confrontar lo que han escrito acerca de la arquitectura de todos estos países los viajeros que los han recorrido y examinado, para desmentir a Mr. de Paw, el cual osa asegurar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad a los pueblos más groseros del antiguo continente.

Dice que el ponderado palacio de Moteuczoma no era más que una cabaña; pero Cortés, Bernal Díaz y el conquistador anónimo, que tantas veces lo vieron, dicen todo lo contrario: "Tenía, dice Cortés hablando de Moteuczoma, en esta ciudad (de México) casas para su habitación, tales y tan maravillosas, que no creo poder expresar su excelencia y grandeza; por lo que diré tan solamente que no las hay iguales en España." Así escribe este conquistador a su rey, sin miedo de que lo desmientan sus capitanes y soldados, los cuales tenían a la vista los objetos de que se habla. El conquistador anónimo, en su curiosa y sincera relación, tratando de los edificios de México, se explica en estos términos: "había hermosas casas de señores, tan grandes y con tantas cuadras y jardines altos y bosques, que nos dejaban atónitos. Yo entré cuatro veces, por curiosidad, en un palacio de Moteuczoma, y habiendo girado en lo interior hasta cansarme, no lo ví todo. Acostumbraban tener alrededor de un gran patio, cámaras y salas grandísimas; pero sobre todo había una tan vasta, que dentro de ella podían estar tres mil hombres sin incomodarse; era tal, que el corredor que había encima formaba una placeta en que podían correr cañas treinta hombres a caballo." De semejantes expresiones usa Bernal Díaz en su Historia. Todos los historiadores de México convienen en que el ejército de Cortés, compuesto de más de 6,400 hombres, entre españoles, tlaxcaltecas y zempoaltecas, se alojó todo en el palacio que había sido del rey Axayacatl, y quedó bastante para la habitación del rey Moteuczoma y de su servidumbre, además de los almacenes en que estaba guardado el tesoro del primero de aquellos dos monarcas. Por los mismos escritores consta la magnificencia y bellísima disposición del palacio de los pájaros; y

Cortés añade que en las piezas de aquel edificio podían alojarse cómodamente dos grandes príncipes con todas sus cortes, y describe menudamente sus pórticos, sus cuartos y jardines. El mismo Cortés dice a Carlos V que en el palacio del rey Nezahualpilli, en Texcoco, se alojó él con 600 españoles y 40 caballos, y que era tan grande, que cabían en él 600 hombres más. También habla del palacio del señor de Iztapalapan, y de muchas ciudades, alabando su estructura, su hermosura y su magnificencia. Tales eran las cabañas de los reyes y señores de México.

Decir, como dice Mr. de Paw, que Cortés mandó construir a toda prisa un palacio porque no hallaba habitación proporcionada en aquella capital, es un error que, hablando con mayor propiedad, deberá llamarse una mentira. La verdad es que Cortés, durante el asedio de México, quemó y arruinó la mayor parte de su caserío, como él mismo refiere, con cuyo objeto pidió, y obtuvo de sus aliados, algunos millares de hombres que únicamente se empleaban en echar abajo los edificios a medida que los españoles adelantaban, a fin de no dejar a retaguardia ninguna casa en que pudieran parapetarse los enemigos. No era, pues, extraño que el caudillo español careciese de alojamiento proporcionado en una ciudad que él mismo había destruido; pero esta destrucción no fue tan general que no quedasen en pie muchas buenas casas en el cuartel de Tlaltelolco, en que hubieran podido acomodarse muy bien los españoles y todos sus aliados. “Desde que dispuso nuestro señor, dice Cortés, que esta gran ciudad de Temixtitan (México) fuese conquistada, no me pareció bien residir en ella, por causa de muchos inconvenientes; así que me fui con toda mi gente a vivir a Coyoacan.” Si fuese cierto lo que dice Mr. de Paw, Cortés hubiera dado por motivo de su salida de la capital, la falta de edificios para su residencia y la de sus tropas. El palacio de Cortés se construyó en el mismo sitio en que había estado el de Moteuczoma. Si Cortés no hubiese arruinado éste, hubiera podido habitar cómodamente en él, como habitaba Moteuczoma con toda su corte. Además, es falso que exista actualmente el palacio de aquel conquistador, pues se quemó el año de 1692, en una sedición popular. Pero, sobre todo, es falsísimo que los muros de los edificios mexicanos no fuesen más que grandes piedras, puestas unas sobre otras, sin ninguna unión; lo contrario demuestran todos los historiadores y los restos de los edificios antiguos, de que

después hablaré. Así que no hay en todo el pasaje de Mr. de Paw una sola proposición que no sea un error.

No contento con echar al suelo las casas de los mexicanos, también se pone a destruir sus templos, y enfadado con Solís porque afirma que los de México eran 2,000, entre grandes y pequeños, dice: "Jamás ha habido tan gran número de edificios públicos en ninguna ciudad, desde Roma a Pekín; por lo que Gomara, menos temerario, o más sensato que Solís, dice que, contando siete capillas, no se hallaron en México más de ocho lugares destinados al culto de los ídolos." Para que se vea la fidelidad de las citas de Mr. de Paw, copiaré el pasaje de Gomara a que se refiere. "Había, dice en el capítulo XXC, muchos templos en la ciudad de México, esparcidos por las parroquias o barrios, con sus torres, y en ellos había capillas y altares en que se ponían los ídolos. Casi todos eran de la misma forma; así que lo que voy a decir del templo principal bastará para dar a conocer todos los otros;" y después de una menuda descripción de aquel gran templo, ponderando su altura, su amplitud y su belleza, añade: "Además de estas torres, que se formaban sobre las pirámides, con sus capillas correspondientes, había otras cuarenta, y más, entre grandes y pequeñas, en otros **Teocallis** (1) menores que había dentro del recinto de aquel templo principal, los cuales eran todos de la misma forma que éste... otros **Teocallis** o **Cues** había en otros puntos de la ciudad... todos estos templos tenían sus casas propias y sus sacerdotes y sus dioses, con todo lo necesario a su culto y servicio." Vemos, pues, que el mismo Gomara, que, según Mr. de Paw, sólo halló en México ocho lugares destinados al culto de los ídolos, comprendiendo siete capillas, cuenta claramente más de 40 templos, dentro del recinto del templo principal, además de otros muchos esparcidos por las parroquias y barrios. ¿Quién podrá fiarse de Mr. de Paw después de tan manifiesta falsedad?

Es verdad que Solís mostró poca crítica en dar por cierto el número de templos que los primeros historiadores expresaron sólo por un cálculo conjetural; pero también se muestra poco

(1) **Teocalli** (casa de Dios) era el nombre que daban los mexicanos a sus templos. Entre los españoles, unos los llamaban templos, otros adoratorios; los otros, acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, mezquitas, y otros, en fin, **Cues**, palabra tomada de la lengua haitiana. Los templos pequeños solían llamarse **humilladeros** o **sacrificaderos**.

juicioso Mr. de Paw en comprender en el número de los edificios públicos las capillas que los españoles llamaron templos. De éstas había innumerables. Todos los que vieron aquel país antes de la Conquista, declaran que, tanto en los pueblos cuanto en los caminos y en las montañas, se veían por todas partes edificios de esta clase, los cuales, aunque pequeños y diferentes en un todo de nuestras iglesias, fueron, sin embargo, llamados templos por estar consagrados al culto de los ídolos. Así en las cartas de Cortés como en la Historia de Bernal Díaz, se ve que apenas daban un paso los conquistadores en sus expediciones, sin encontrar un templo o capilla. Cortés dice que contó más de 400 templos en la ciudad de Cholula. Pero había una gran diferencia en las dimensiones de estos edificios. Algunos no eran más que un pequeño terraplén de poca elevación sobre el cual estaba la capilla del ídolo titular; otros eran realmente estupendos en su altura y amplitud. Cortés, hablando del templo mayor de México, asegura a Carlos V que no era fácil describir sus partes, su grandeza y las cosas que en él se contenían; que era tan grande, que dentro del recinto de la fuerte muralla que lo circundaba, cabía un pueblo de 500 casas. No hablan de otro modo de aquel y de los otros templos de México, Texcoco, Cholula y otras ciudades, Bernal Díaz, el conquistador anónimo, Sahagún y Tovar, que los vieron, y los historiadores mexicanos y españoles que escribieron después, y con buenos informes y datos seguros, como son Acosta, Gomara, Herrera, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y otros muchos. Hernández describe, una a una, las 78 partes de que se componía el templo mayor. Cortés asegura que entre las altas torres que hermosaban aquella gran capital, había cuarenta tan elevadas que la menor de ellas no era inferior en altura a la famosa Giralda de Sevilla. Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl habla en sus manuscritos de aquella torre de nueve pisos, que su célebre abuelo Nezahualcoyotl dedicó al Creador del cielo, edificio que probablemente es el mismo famoso templo de Tezcutzinco, que tanto encomia Valadés en su **Retórica Cristiana**.

Toda esta nube de autoridades depone contra Mr. de Paw: a pesar de las cuales no tiene a bien creer aquella gran multitud de templos en México, “porque Moteuczoma I fue el que dió a aquella villa la forma de ciudad; desde el reinado de aquel mo-

narca hasta la llegada de los españoles no habían transcurrido más de 42 años, espacio que no basta a construir 2,000 templos.”

En primer lugar, es falso que Moteuczoma I fue el que dió a México la forma de ciudad, pues sabemos, por la historia, que aquella capital tenía forma de ciudad desde los tiempos de Aca-mapichtzin, primer rey de aquel Estado. En segundo lugar, es falso que desde el reinado de Moteuczoma I hasta la conquista de los españoles no transcurrieron más que 42 años. Moteuczoma empezó a reinar, según he probado en mi segunda Disertación, el año de 1436 y murió en 1464, y los españoles no llegaron a México antes de 1519; luego desde el principio del reinado de aquel príncipe hasta la llegada de los españoles hubo 83 años, y 55 desde la muerte de Moteuczoma. En tercer lugar, Mr. de Paw se muestra enteramente ignorante de la estructura de los templos mexicanos, ni sabe cuán grande era el número de operarios que concurrían a la construcción de los edificios públicos, y cuánta su prontitud en llevarlos a cabo. Tal vez se ha visto en México construir en una sola noche un pueblo entero (aunque en verdad sólo se componía de cabañas de madera cubiertas de heno) y conducir a él los nuevos colonos sus familias, sus animales y sus bienes.

En cuanto a fortificaciones, es cierto e indudable, por el dicho de Cortés y de todos cuantos vieron las antiguas ciudades de aquel imperio (1), que los mexicanos y todas las otras naciones que vivían en sociedad usaban murallas, baluartes, estacadas, fosos y trincheras. Pero aunque no hiciesen fe tantos testigos oculares, bastarían las fortificaciones antiguas que aún subsisten en Cuauhtochco o Huatusco, y en Molcaxac, de que ya he hablado en otra parte, para demostrar el error de Mr. de Paw. Es cierto que no eran comparables con las de Europa, porque ni la arquitectura militar de aquellos pueblos se había perfeccionado tanto, ni tenían necesidad de ponerse a cubierto de la artillería, cuyo uso les era desconocido; pero bastante dieron a entender su industria inventando tantas especies de reparos para defenderse de sus enemigos ordinarios. Quien lea las uná-

(1) Hablan con mucha frecuencia de las antiguas fortificaciones Cortés, en sus cartas a Carlos V, Pedro de Alvarado y Diego Godoy en sus cartas a Cortés, Bernal Díaz en su Historia, el conquistador anónimo en su relación, Alfonso de Ojeda en sus Memorias, y Sahagún en su Historia; todos testigos oculares.

nimes deposiciones de los conquistadores, no dudará de los grandes esfuerzos que tuvieron que emplear para combatir los fosos y las trincheras de los mexicanos en el asedio de la capital, a pesar de ser excesivo el número de los aliados y de tener tantas ventajas los sitiadores en las armas de fuego y en los bergantines. La terrible derrota que sufrieron los españoles cuando se retiraron de México, no deja lugar a que se dude de las fortificaciones de aquella capital. No estaba circundada de murallas, porque tenía bastante para su seguridad con los grandes fosos que cortaban las calzadas que la unían con tierra firme, y que eran los únicos puntos por los cuales se podía entrar en su recinto; mas otras ciudades cuya situación no era tan venjato-sa, tenían murallas y otros reparos para su defensa. El mismo Cortés describe menudamente las fortificaciones de la ciudad de Cuauhquechollan.

Mas, ¿para qué perder el tiempo en acumular testimonios y otras pruebas de la arquitectura de los mexicanos, cuando ellos mismos nos las han dejado irrecusables en las tres calzadas que construyeron sobre el lago, y en el antiquísimo acueducto de Chapoltepec un monumento inmortal de su industria?

Los mismos autores que testifican el estado a que llegó la arquitectura en aquellos pueblos, acreditan la excelencia de sus plateros, de sus tejedores, de sus lapidarios y de los que se empleaban en los mosaicos y otras obras de plumas. Fueron muchos los europeos que vieron y examinaron estos trabajos, y se maravillaron de la destreza de sus artífices. Sus obras fundidas excitaron la admiración de los plateros de Europa, como afirman muchos escritores que entonces vivían, y entre otros el historiador Gomara, que tuvo muchas de aquellas piezas en sus manos, y oyó decir a los plateros de Sevilla que no se creían capaces de imitarlas. ¿Es tan común el arte de construir aquellas alhajas de que hablé en el libro VIII de esta Historia, y que celebran unánimemente tantos escritores? ¿Hay muchos artífices en Europa que sepan fundir un pez, con escamas de oro y plata, dispuestas alternativamente? Cortés dice que las imágenes de oro y de pluma que vió en México, eran de tan exquisita labor que no le parecía posible se hiciesen mejores en Europa; que en cuanto a las joyas, no se podía entender de qué instrumentos se valían para darlas tanta perfección, y que los trabajos de pluma eran tales, que ni en cera ni en seda se podían

imitar. En su tercera carta a Carlos V, hablando del botín que cayó en manos de los conquistadores, después de la toma de México, dice que se hallaron unas rodelas de oro y plumas, y otras preciosidades de la misma materia, tan maravillosas, que no siéndole posible dar una exacta idea de su mérito por escrito, las enviaba a S. M. para que por sus propios ojos se asegurase de su excelencia y perfección. Estoy seguro que no hubiera hablado en aquellos términos de unos objetos que enviaba, si no hubieran merecido éstos los elogios que de ellos hacía. Casi en los mismos términos que Cortés, se expresan sobre el mismo asunto los autores que vieron aquellas obras, como Bernal Díaz, el conquistador anónimo, Gomara, Hernández, Acosta y otros, de cuyos datos me he valido para todo lo que he escrito sobre este asunto en mi Historia.

El Dr. Robertson reconoce el unánime testimonio de los antiguos escritores españoles, y cree que no tuvieron intención de engañar a los que leyeran sus escritos; pero asegura que todos fueron inducidos a exagerar, por las ilusiones que el calor de su imaginación les sugería. Con esta bella solución no hay cosa más fácil que echar por tierra todo lo que en sí contienen las historias. Todos, todos se engañaron, sin exceptuar al ilustre Acosta, ni al docto Hernández, ni a los artífices sevillanos, ni al rey Felipe II, ni al Sumo Pontífice Sixto V, admiradores todos y encomiadores de aquellas obras maestras de la industria de los pueblos del Nuevo Mundo. Todos tuvieron caliente la imaginación, y aun aquellos mismos que escribieron pocos años después de la Conquista. Tan solamente el escocés Robertson y el prusiano Paw han tenido, después de dos siglos y medio, aquel temple de fantasía que es necesario para juzgar exactamente de las cosas; sin duda porque el frío de los países en que nacieron habrá moderado los ímpetus fogosos de su imaginación.

“Estas descripciones, añade Robertson, no bastan para que formemos juicio del mérito de los trabajos de los mexicanos; es necesario considerar los productos de sus artes como todavía se conservan. Muchos de sus adornos de oro y plata, como también muchos utensilios domésticos, están depositados en el magnífico gabinete de curiosidades naturales y artificiales que acaba de abrir el rey católico; y algunas personas, en cuyo gusto y juicio debo fiarme, me han asegurado que estos ponderados esfuerzos del arte de los mexicanos, son torpes representacio-

nes de objetos comunes, o imágenes de figuras humanas y de animales, privadas enteramente de gracia y propiedad.” Y en la nota de este pasaje añade: “En la armería del palacio real de Madrid se muestran unas armaduras que dicen ser de Moteuczoma. Compónense de unas placas de cobre muy bruñidas. Los inteligentes las creen orientales. La forma de los adornos de plata de que están cubiertas, son figuras de dragones y pueden considerarse como apoyos de aquella opinión. En punto a trabajo, son infinitamente superiores a todos los otros esfuerzos de la industria americana, vistos hasta ahora. La sola muestra indudable que yo he visto del arte de los mexicanos en Inglaterra, es una copa de oro finísimo, que aseguran haber pertenecido a Moteuczoma. En esta copa se representa un rostro humano. Por una parte se ve el rostro de frente; por otra de perfil, y por la otra la parte superior de la cabeza. Las facciones son gruesas, pero tolerables, y demasiado tosco el trabajo para que se pueda atribuir a mano española. Esta copa fue comprada por Odoardo, conde de Oxford, cuando se hallaba en el puerto de Cádiz.” Hasta aquí Robertson, a cuyas observaciones respondo: 1.º Que no tuvo motivo para creer que aquel tosco trabajo fuese realmente mexicano. 2.º Que tampoco sabemos si las personas a cuyo juicio creyó deber fiarse Robertson, merecían también nuestra confianza, pues vemos que aquel escritor se fía con mucha frecuencia del testimonio de Gage, de Corral, de Ibáñez y de otros autores muy poco dignos de crédito. También pudo ser que aquellas personas tuviesen caliente la imaginación, pues, según la índole de la corrompida especie humana, es más común calentarse la imaginación en contra que en favor de una nación. 3.º Que es bastante probable fuesen realmente mexicanas las armas que aquellos inteligentes creyeron orientales, pues estamos seguros, por el testimonio de todos los escritores de México, que aquellas naciones usaban armaduras de placas u hojuelas de cobre, y que con ellas se cubrían el pecho, los brazos y los muslos, para defenderse de las flechas, y no sabemos que hayan tenido el mismo uso los habitantes de las islas Filipinas, ni algún otro pueblo de los que con ellos tenían tráfico y comunicación. Los dragones representados en aquellas armas, lejos de confirmar, como cree Robertson, la opinión de los que las tienen por orientales, confirman más bien la mía; pues no ha habido pueblo en el mundo que haya usado en sus armas las figu-

ras de animales terribles tan comunmente como hacían los mexicanos. Ni es de extrañar que éstos tuviesen idea de los dragones, pues también la tenían de los grifones, como asegura Gomara, el cual dice que algunos señores tenían en sus armas la figura de un grifón con un ciervo en las garras. 5.º Que aunque sean toscas las imágenes formadas en aquellas labores de oro y plata, bajo otro aspecto podrían ser excelentes, maravillosas e inimitables, pues en ellas deben considerarse dos clases de trabajo que no tienen entre sí la menor conexión, a saber: la fundición y el dibujo. El famoso pez de que ya he hablado, tendría quizás una forma incorrecta y desproporcionada, sin que esto disminuya el mérito de aquella admirable alternativa de escamas de oro y plata, hechas en la fundición. 6.º Finalmente, el juicio de algunas personas desconocidas al público, sobre aquellos pocos objetos de dudoso origen que están en el gabinete de Madrid, no puede contrapesar la unánime decisión de todos los historiadores antiguos que vieron y describieron muchos trabajos de aquella especie, indudablemente mexicanos.

De todo lo que llevo dicho hasta ahora, se infiere el gran agravio que hace Mr. de Paw a los mexicanos, creyéndolos inferiores en industria y sagacidad a los pueblos más incultos del antiguo continente. El P. Acosta, hablando de los peruanos, dice: "Si estos hombres son bestias, dígallo quien quiera; yo estoy seguro que en aquello a que se aplican, nos son muy superiores." Esta ingenua confesión de un europeo de tan sana crítica y tan imparcial en sus opiniones, vale algo más que todas las invectivas de un filósofo prusiano y de un historiador escocés, mal instruidos uno y otro en las cosas del Nuevo Mundo, y extrañamente prevenidos contra los pueblos que lo habitan.

Pero aun concediendo a Mr. de Paw que la industria de los americanos en sus artes sea inferior a la de los otros pueblos del mundo, nada debe inferirse de aquí contra las calidades mentales de aquellos pueblos, ni contra el clima de sus regiones, siendo cierto e indudable que la mayor parte de los inventos y progresos de la industria, se deben, más que al ingenio, a la suerte, a la necesidad y a la codicia. Los hombres más diestros en las artes no son siempre los más ingeniosos, sino los que más necesidades padecen y los que más vivamente sienten los deseos de adquirir. "La esterilidad de la tierra, dice Montesquieu, hace industriosos a los hombres, porque se ven precisados a propor-

cionarse de un modo o de otro lo que la tierra les*rehusa. La fertilidad de la tierra trae consigo la facilidad de mantenerse y, al mismo tiempo, la desidia.” “La necesidad, dice el mismo Robertson, es el estímulo y el conductor del género humano en el camino de los inventos.” Los chinos no serían ciertamente tan industriosos como son, si la excesiva población del país no hiciese tan difícil la subsistencia; ni en Europa se hubieran hecho tantos progresos en las artes si hubiese faltado el aliciente de los premios a la esperanza de mejorar fortuna en los que las cultivan. Sin embargo de todo, los mexicanos pueden alegar en su favor muchos inventos capaces de inmortalizar sus nombres, como son, además de sus famosas fundiciones de metales finos, y sus inimitables mosaicos de plumas y de conchas, el papel que hacían con algodón, maguey, seda y palma de monte (1); sus tintes de colores indelebles; sus hilados y tejidos del pelo más sutil del conejo y de la liebre; sus navajas de afeitar de obsidiana o piedra *itzli*; la industriosísima cría de la cochinilla, para sacar de este insecto tan preciosos colores; el esmalte de los pavimentos de las casas y otros muchos no menos dignos de admiración, cuyos pormenores pueden verse en esta obra y en las de todos los historiadores de México, así como de los inventos y progresos industriales de los peruanos, dan suficiente idea las obras del Inca Garcilaso y del P. Acosta, y las *Cartas Americanas* de Carli. Pero, ¿qué extraño es que las naciones civilizadas del nuevo continente poseyesen aquellas invenciones y conocimientos, cuando entre los pueblos bárbaros del mismo se han encontrado artes singularísimas y nunca vistas en Europa? ¿Qué invento, por ejemplo, más extraordinario que el de domesticar los peces del mar y servirse de ellos para pescar otros más grandes, como hacían los habitantes de las Antillas? Esta sola prueba de ingenio y destreza, de que hacen mención Oviedo (2), Gomara y otros autores, bastaría para des-

(1) Véase lo que digo sobre el papel en el libro VII. La invención del papel es sin duda más antigua en América que en Egipto, de donde pasó a Europa. Es cierto que el papel mexicano no es comparable en finura al europeo; pero debe tenerse presente que no lo hacían para escribir, sino para pintar.

(2) El pez de que los indios se servían para dar caza a otros mayores, como en Europa se usan los halcones para cazar otras aves, es el llamado en aquellas islas *Guaican*, y por los españoles *Reverso*. Oviedo describe el modo con que hacían esta pesca.

mentir las invectivas de Mr. de Paw contra la industria de los americanos.

LENGUA MEXICANA

“Las lenguas de América, dice Mr. de Paw, son tan limitadas y tan escasas de palabras, que no es posible expresar en ellas ningún concepto metafísico. En ninguna de ellas se puede contar más allá de tres (en otra parte dice que los mexicanos contaban hasta diez). No es posible traducir un libro, no ya en las lenguas de los algonquines y de los guranies o paraguayeses, pero ni aun en las de México y Perú, por no haber en ellas suficiente cantidad de voces para expresar nociones generales.” El que lea estas decisiones magistrales del filósofo prusiano, se persuadirá sin duda que pronuncia su fallo, después de haber viajado por toda la América y de haber examinado todas las lenguas que se hablan en aquel continente; pero no es así: sin salir de su gabinete de Berlín, sabe mejor todo lo que pasa en América que los mismos americanos, y en el conocimiento de las lenguas es superior a los que las hablan. Yo aprendí la mexicana y la oí hablar a los mexicanos por espacio de muchos años, y no sabía que fuese tan escasa de voces numerales y de términos significativos de ideas universales, hasta que me descubrió este gran secreto Mr. de Paw. Sabía que los mexicanos habían dado el nombre de **Centzontli** (esto es 400), o más bien el de **Centzontlatale** (esto es, el que tiene 400 voces) a aquel pájaro tan célebre por su singular dulzura y por la incomparable variedad de su canto. También sabía que los antiguos mexicanos contaban por **xiquipilli** las almendras de cacao que empleaban en el comercio, y sus tropas en la guerra; así que, para decir, por ejemplo, que un ejército se componía de 40,000 hombres, decían que tenía 5 **xiquipillis**. Sabía yo, en fin, que los mexicanos tenían voces numerales para expresar cuantos millares y millones querían; pero Mr. de Paw sabe todo lo contrario, y no hay duda que lo sabrá mejor que yo, porque yo tuve la desgracia de nacer en un clima menos favorable que el de Prusia a las operaciones intelectuales. Sin embargo, para satisfacer la curiosidad de mis lectores, quiero ponerles a la vista la serie de nombres numerales de que se han servido siempre las naciones de Anáhuac.

VOCES NUMERALES DE LOS MEXICANOS

1	Ce
2	One
3	Yei
4	Nahui
5	Macuilli
6	Chicuace
7	Chicome
8	Chicuei
9	Chiucnahui
10	Matlactli
15	Chaxtolli

Con estas voces, diversamente combinadas entre sí, y con los tres nombres de **Pohualli**, o **Poalli**, 20, **Tzontli**, 400, y **Xiquipilli**, 8,000, expresan cualquiera cantidad. como

20	Cempoalli
40	Ompoalli
60	Epoalli
80	Nauhpoalli
100	Macuilpoalli
120	Chicuacempoalli
200, 10 veces 20	Matlacpoalli
300, 15 veces 20	Caxtolpoalli

De este mismo modo cuentan hasta llegar a 400.

400	Centzontli
800	Ontzontli
1,200	Etzontli
1,600	Nauhtzontli
2,000	Macuiltzontli
2,400	Chicuacentzontli
4,000, 10 veces 400	Matlactzontli
6,000, 15 veces 400	Caltoltzontli

Este modo de numerar sigue hasta 8,000.

8,000	Cexiquipilli
16,000	Onxiquipilli
24,000	Exiquipilli

32,000	Nauhxiquipilli
40,000	Macuilxiquipilli
48,000	Chicuacenxiquipilli
80,000, 10 veces 8,000	Matlacxiquipilli
120,000, 15 veces 8,000	Caxtolxiquipilli
160,000, 20 veces 8,000	Cempoalxiquipilli
320,000, 40 veces 8,000	Ompoalxiquipilli
3.200,000, 400 veces 8,000	Centzontxiquipilli
6.400,000, 800 veces 8,000	Ontzonxiquipilli
32.000,000, 4,000 veces 8,000	Matlactzonxiquipilli
48.000,000, 6,000 veces 8,000	Caltoltzonxiquipilli (1).

En este catálogo de voces numerales mexicanas, se echa de ver que los que, según Mr. de Paw, no tenían palabras para contar más allá de tres, podían contar, a lo menos, hasta 48.000,000. Del mismo modo me sería fácil rebatir el error de Mr. de la Condamine y del mismo Mr. de Paw, alegando el ejemplo de otras muchas lenguas de América, aun de las que se usaban por pueblos que se creían generalmente bárbaros. Actualmente se hallan en Italia personas muy prácticas en las cosas del Nuevo Mundo y que pueden dar razón de más de 60 lenguas americanas; pero todo esto serviría tan sólo para cansar la paciencia de los lectores. Entre los materiales que he recogido para esta obra, tengo los nombres numerales de la lengua araucana, que, con ser de una nación más guerrera que culta, tenía voces para contar millones (2).

No es menor la equivocación de Mr. de Paw en afirmar que las lenguas americanas no pueden expresar conceptos metafísicos, noticia que ha sacado de la obra de Mr. de la Condamine. “**Tiempo, dice este filósofo, hablando de las lenguas americanas, duración, espacio, ser, sustancia, materia, cuerpo,** todas estas palabras y otras muchas carecen de equivalente en aquellos idio-

(1) Dije que podían contar hasta 48.000,000, cuando menos, porque pueden contar mayores cantidades; pero necesitan emplear palabras más largas, y lo dicho basta para desmentir a Mr. de Paw.

(2) Mari, en lengua araucana, vale 10; Pataca, 100; Huaranca, 1,000; Patachuaranca, 100,000; Maripatacahurancu, 1.000,000. Después de escrita esta Disertación he adquirido la serie de voces numerales de la lengua otomite, que aunque se cree una de las más imperfectas de América, puede expresar todo número de millares.

mas. No sólo los nombres de los seres metafísicos, sino también los de las ideas morales carecen de voces propias, y sólo pueden expresarse aquellos conceptos, muy imperfectamente y con largas circunlocuciones." Pero Mr. de la Condamine sabía tanto de lenguas americanas como Mr. de Paw, y sin duda se informó de algún hombre ignorante, como sucede tantas veces a los viajeros. Yo estoy íntimamente convencido de que muchas lenguas americanas no tienen esa escasez de voces de que hablan aquellos escritores; pero, dejando esto por ahora, hablemos sólo de la mexicana, que es el principal objeto de la disputa.

Es cierto que los mexicanos no tenían voces para expresar los conceptos de la materia, de la sustancia, del accidente y otros semejantes; pero también es cierto que ninguna lengua de Asia y de Europa las tenía, hasta que los griegos empezaron a formar ideas abstractas y a inventar voces para expresarlas. El gran Cicerón, que tan bien sabía su lengua latina y que floreció en tiempo de su mayor perfección, aunque la creía más abundante que la griega, trabajó mucho en sus obras filosóficas en hallar voces correspondientes a las ideas metafísicas de los griegos. ¡Cuántas veces no se vió obligado a crear términos nuevos, equivalentes en algún modo a los griegos, porque no los hallaba en su idioma nativo! Y aun en la actualidad, después que aquella lengua se ha enriquecido con muchas palabras inventadas por Cicerón y por otros doctos romanos, que a su ejemplo se dieron al estudio de la filosofía, le faltan expresiones correspondientes a muchos conceptos metafísicos, y para darlos a entender tiene que echar mano del bárbaro lenguaje de las escuelas. Ninguna de las lenguas que hablan los filósofos de Europa tenía voces significativas de la sustancia, del accidente y de otros conceptos semejantes, por lo que fue necesario emplear las griegas y latinas. Los mexicanos antiguos, que no se aplicaron al estudio de la metafísica, merecen alguna disculpa por no haber inventado el lenguaje propio de aquella ciencia; no es, sin embargo, tan escasa su lengua de voces significativas de ideas generales, como Mr. de la Condamine asegura que lo son las de los pueblos de la América Meridional; antes bien, afirmo que hay pocas lenguas más capaces de expresar las ideas metafísicas, que la mexicana, porque es difícil hallar otra en que tanto abunden los nombres abstractos. Pocos son los verbos que tiene de que no puedan formarse nombres verbales correspondientes a

los latinos en **io**, y pocos los nombres sustantivos y adjetivos de que no se formen nombres abstractos, que expresen el ser o la **quididad** de las escuelas. No encuentro la misma facilidad en el hebreo, en el griego, en el latín, en el francés, en el inglés, en el italiano, en el español y en el portugués, de cuyos idiomas me parece tener el conocimiento necesario para hacer la comparación. Para ilustrar más este asunto y satisfacer la curiosidad de los lectores, daré aquí algunas de aquellas voces, que suelen oírse en boca de los indios más groseros.

CATALOGO DE VOCES MEXICANAS QUE SIGNIFICAN IDEAS
METAFISICAS Y MORALES

Cosa.	Tlamantli
Esencia.	Gelitztli
Bondad.	Cualloti
Verdad.	Neltiliztli
Unidad.	Cetiliztli
Dualidad.	Ometiliztli
Trinidad.	Jeitiliztli
Dios.	Teotl
Divinidad.	Teoyotl
Reflexión.	Neyolnonotzalitztli
Previsión.	Tlatchtopaitlalitztli
Duda.	Neyoltzotzonalitztli
Recuerdo.	Tlalnamiquilitztli
Olvido.	Tlalcahualitztli
Amor.	Tlazotlalitztli
Odio.	Tlacocolitztli
Temor.	Tlamauhtiliztli
Esperanza.	Netemachiliztli
El que tiene todas las cosas.	{ Tloqué Nahuaque
Aquel por quien se vive.	
Incomprensible.	Ipalnemoani
Eterno.	Amacicacaconi
Eternidad.	Cemicacyeni
Tiempo.	Cenmancanyeliztli
Creador de todo.	Cahuitl
Omnipotente.	Cenyocoyani
	Oenhuilitini

Omnipotencia.	Cenhueliciliztli
Persona.	Tlacatl
Personalidad.	Tlacayotl
Paternidad.	Tayotl
Maternidad.	Nanyotl
Humanidad.	Tlacticpactlacayotl
Alma.	Teyolia
Mente.	Teixtlamatia
Sabiduría.	Tlamatiliztli
Razón.	Ixtlamachiliztli
Comprensión.	Ixaxiliztli
Conocimiento.	Tlaiximatiliztli
Pensamiento.	Tlanemiliztli
Dolor.	Necocoliztli
Arrepentimiento.	Neyoltequipacholiztli
Deseo.	Ellehutliztli
Virtud.	{ Cualtihuani
	{ Yectihuani
Malicia.	Acuallotl
Fortaleza.	Tolchicahualiztli
Templanza.	Tlaixyeyecoliztli
Prudencia.	Yollomachiliztli
Justicia.	Tlamelahicacachicahualiztli
Magnanimidad.	Yolhueliztli
Paciencia.	Tlapaccaihiyohuiliztli
Liberalidad.	Tlanemactiliztli
Mansedumbre.	Paccanemiliztli
Benignidad.	Tlatlacoyotl
Humildad.	Necnomatiliztli
Gratitud.	Tlazocamatiliztli
Soberbia.	Nepohualiztli
Avaricia.	Teoyehuacatiliztli
Envidia.	Nexicoliztli
Pereza.	Tlatzihuiliztli

Por la excesiva cantidad de estas voces que forman el caudal de la lengua mexicana, ha sido muy fácil expresar en ella los misterios de nuestra religión y traducir algunos libros de la Sagrada Escritura, entre otros los Proverbios de Salomón y los Evangelios, los cuales, como la **Imitación de Cristo**, de Tomás

Kempis, y otros semejantes que se leen hoy en aquel idioma, contienen un vasto caudal de voces significativas de ideas metafísicas y morales. Son tantos los libros publicados en lengua mexicana sobre la religión y la moral cristiana, que con ellos solos podría formarse una buena librería. Al fin de esta Disertación daré un catálogo de los principales autores de que me acuerdo, no menos para confirmar cuanto llevo dicho, que en testimonio de gratitud a sus desvelos. Algunos de ellos han publicado un gran número de obras que yo mismo he visto; otros, para facilitar a los españoles la inteligencia de la lengua mexicana, han compuesto gramáticas y diccionarios de ésta.

Lo que digo del mexicano, se puede afirmar igualmente de las otras lenguas que se hablaban en aquellos dominios, como la otomí, la matlazinca, la mixteca, la zapoteca, la totonaca y la popoluca, pues también se han compuesto gramáticas y diccionarios de todas ellas, y en todas se han publicado tratados de religión, como se verá en dicho catálogo.

Los europeos que han aprendido el mexicano, entre los cuales hay italianos, franceses, flamencos, alemanes y españoles, le han tributado grandes elogios, y algunos la han encomiado hasta creerla superior a la griega y a la latina, como en otra parte he dicho. Boturini afirma que "en la urbanidad, en la cultura y en la sublimidad de las expresiones, no hay lengua alguna que pueda serle comparada." Este escritor no era español, sino milanés; no era un hombre vulgar, sino crítico y erudito; sabía muy bien a lo menos el latín, el italiano, el francés, el español, y del mexicano lo suficiente para formar un juicio comparativo. Reconozca, pues, su error Mr. de Paw, y aprenda a no decidir en las materias que ignora.

Una de las pruebas de que el conde de Buffon echa mano en apoyo de la reciente organización de la materia en el Nuevo Mundo, es que los órganos de los americanos son ásperos y sus idiomas bárbaros. "Véase, dice, la lista de sus animales, cuyos nombres son de tan difícil pronunciación que parece increíble haya habido europeos que se hayan tomado el trabajo de escribirlos." Yo no me maravillo tanto de su trabajo en escribirlos como de su descuido en copiarlos. Entre los autores europeos que han escrito la historia natural y civil de México en Europa, no he hallado uno solo que no haya alterado considerablemente los nombres de las personas, de los animales y de las ciudades,

desfigurándolos de tal manera que a veces es enteramente imposible adivinar lo que querían decir. La historia de los animales de México pasó de las manos de su autor, el Dr. Hernández, a las de Nardo Antonio Recchi, que no sabía una palabra del mexicano; de las de Recchi a las de los académicos linceos de Roma, que la publicaron con notas y disertaciones, y ésta fue la obra de que se valió el conde de Buffon. Era imposible que se conservasen los verdaderos nombres de los animales, pasando por tantos europeos que ignoraban la lengua del país. Para convencerse de las alteraciones que el mismo conde de Buffon introdujo en aquellos nombres, basta comparar los que escribe en su *Historia Natural* con los que se leen en la edición romana de Hernández. Generalmente hablando, es cierto que la dificultad que hallamos en pronunciar una lengua a la cual no estamos acostumbrados, especialmente si sus articulaciones no son semejantes a las más frecuentes en nuestro propio idioma, no prueba de ningún modo que aquélla sea bárbara. Esa misma dificultad que el conde de Buffon encuentra en la pronunciación de la lengua mexicana, hallan los mexicanos en la pronunciación de la francesa. Los que están acostumbrados a la española, experimentan gran trabajo en pronunciar la polaca y la alemana, y las tienen por las más ásperas y duras de todas. La lengua mexicana no fue la de mis padres, ni yo la aprendí en la infancia; sin embargo, todos los nombres mexicanos de animales que el conde de Buffon copia en su obra, como prueba de la barbarie de aquella lengua, me parecen, sin comparación, de mucha más fácil pronunciación que otros de lenguas europeas de que también hace uso (1). Lo mismo dirán los europeos que no están acostumbrados a los idiomas de que los saca, y no faltará quien se maraville de que aquel naturalista se haya tomado el trabajo de copiar aquellas voces capaces de arredrar al escritor más animoso. Como quiera que sea, cuando se trata de lenguas extranjeras, debemos referirnos al juicio de los que las saben y no a la opinión de los que las ignoran.

(1) Véanse los nombres siguientes que el conde de Buffon usa, y compárense con los mexicanos aun alterados por él: Baurdmannetyes. Miszorzechowa. Niedzwiedz. Brandhirts. Stachelschwein. Przawiaska. Chemikskarzecsek. Siébenschlafer. Meerschwein. Ildgiersdiur. Sterzeczeck. Sczurcz.

LEYES DE LOS MEXICANOS

Queriendo Mr. de Paw desmentir la antigüedad que Gemelli atribuyó por equivocación a la capital de México, alega la **anarquía de su gobierno y la escasez de sus leyes**; y tratando del gobierno de los peruanos, dice: "que no puede haber leyes en un Estado despótico, y que aunque las haya habido en algún tiempo, es imposible analizarlas en el día, porque no las conocemos ni podemos conocerlas, porque nunca fueron escritas y su memoria debía perecer con la muerte de los que las sabían."

Hasta ahora nadie había hecho mención de la anarquía de México; para este gran descubrimiento ha sido necesario que venga al mundo Mr. de Paw, cuyo cerebro parece singularmente organizado para entender las cosas al revés que todos las entienden. Todos los que han leído algo saben que los pueblos mexicanos vivían bajo la autoridad de ciertos señores, y todo el Estado bajo la de un jefe supremo, que era el rey de México. Todos los autores hablan del gran poder de que gozaba aquel soberano en los negocios públicos, y del sumo respeto con que lo acataban sus vasallos. Si esto es anarquía, serán sin duda anárquicos todos los Estados del mundo.

El despotismo no se conoció en México hasta los últimos años de la monarquía. En los tiempos anteriores, siempre habían los reyes observado las leyes promulgadas por sus predecesores y cuidaban con gran celo de su ejecución. Aun en los tiempos de Moctezuma II, que fue el único rey verdaderamente despótico, los magistrados juzgaban según las leyes del reino, y el mismo Moteuczoma castigaba severamente a los trasgresores, abusando tan sólo de su poder en lo que podía contribuir al aumento de su opulencia y de su autoridad.

Estas leyes no eran escritas; pero se perpetuaban en la memoria de los hombres por la tradición y por las pinturas. No había súbdito alguno que las ignorase, porque los padres de familia no cesaban de instruir en ellas a sus hijos, a fin de que, huyendo de la trasgresión, evitasen el castigo que les estaba señalado. Eran infinitas las copias de las pinturas mexicanas en que se expresaban las disposiciones de las leyes vigentes, pues aun han quedado muchas que yo he visto, no obstante haber sido tan furiosamente perseguidas por los españoles. Su inteligencia no es difícil para los que conocen los signos y figu-

ras de que los mexicanos se valían para representar las cosas y saben su lengua y la significación de sus caracteres; mas para Mr. de Paw deben ser tan obscuras como las leyes de los chinos, escritas en caracteres de aquella nación. Además de que, después de la Conquista, muchos mexicanos escribieron las leyes de México, Acolhuacan, Tlaxcala, Michuacan, etc., con los caracteres de nuestra escritura. Entre otros, don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl escribió en lengua española las 80 leyes promulgadas por su célebre abuelo el rey Nezahualcoyotl, como he dicho en la Historia. Los españoles indagaron las leyes y usos antiguos de aquellas naciones con más diligencia que las otras partes de su organización social, porque su conocimiento importaba mucho al gobierno cristiano, civil y eclesiástico, especialmente con respecto a los matrimonios, a las prerrogativas de la nobleza, a la cualidad del vasallaje y a la condición de los esclavos. Se informaron verbalmente de los indios más instruidos, y estudiaron sus pinturas. Además de los primeros misioneros, que trabajaron con gran fruto en esta empresa, don Alfonso Zurita, uno de los principales jueces de México, docto en la legislación y práctico en aquellos países, hizo esmeradas indagaciones por orden de los reyes católicos, y compuso la utilísima obra de que hice mención en el catálogo de los escritores de las cosas antiguas de México. Así es como pueden saberse las leyes de los antiguos mexicanos, sin necesidad de que ellos las hubiesen dejado por escrito.

Pero ¿qué leyes? “Dignas muchas de ellas, dice Acosta, de nuestra admiración y que podían servir de modelo a los pueblos cristianos.” En primer lugar era muy sabia y prudente la constitución del Estado en lo relativo a la sucesión de la corona, pues al mismo tiempo que evitaba los inconvenientes inseparables de la sucesión hereditaria, excluía los que siempre se han experimentado en la electiva. Debía ser elegido un individuo de la familia real, para conservar el esplendor del trono y alejar de tan alta situación a todo hombre de bajo nacimiento. No sucediendo el hijo, sino el hermano, no había peligro de que tan eminente e importante dignidad estuviese expuesta a la indiscreción de un joven inexperto, ni a la malignidad de un regente ambicioso.

Si los hermanos hubieran debido suceder según el orden de su nacimiento, tal vez hubiera tocado la corona a un hombre

inepto, incapaz de gobernar, exponiéndose también al riesgo de que el heredero presuntivo maquinase contra la vida del soberano para anticipar la sucesión; la elección evitaba uno y otro inconveniente. Los electores escogían entre los hermanos del rey muerto, y si no había hermanos, entre los hijos de los reyes predecesores, el más digno de ponerse a la cabeza de la nación. Si hubiera pertenecido al rey el nombramiento de los electores, hubiera designado los más favorables a sus designios, procurando cautivar sus sufragios en favor del hermano preferido, y quizás también en favor de su hijo, hollando las leyes fundamentales del Estado; pero no era así, pues el cuerpo de la nobleza nombraba los electores y ella representaba la opinión y los votos de toda la nación. Si el empleo de elector hubiera sido perpetuo, no hubieran hallado dificultad los electores, abusando de su autoridad, en apoderarse de la monarquía; pero como el voto electoral terminaba en la primera elección y entonces se nombraban otros electores para la siguiente, no era tan fácil que la ambición se abandonase a la ejecución de sus proyectos. Finalmente, para evitar otros inconvenientes, los verdaderos electores no eran más de cuatro, hombres de la primera nobleza, de acreditada prudencia y de notoria probidad. Es cierto que aun con todas estas precauciones no siempre se conseguía evitar desórdenes y sobornos; pero, ¿hay alguna clase de gobierno entre los hombres que no esté expuesto a mayores males?

La nación mexicana era guerrera y necesitaba, por tanto, de un jefe experto en el arte de la guerra. ¿Qué arbitrio podía inventarse más eficaz para conseguir aquel fin, que el de no conferir la corona sino al que por sus méritos hubiese obtenido antes el cargo de general de ejército, y de no coronar sino al que después de la elección hubiese tomado en la guerra las víctimas que, según su sistema de religión, debían sacrificarse en las fiestas de aquella solemnidad?

La prontitud con que los mexicanos sacudieron el yugo de los tepanecas, y la gloria que adquirieron con sus armas en la conquista de Azcapozalco, debían excitar naturalmente la rivalidad y la desconfianza de sus vecinos, y especialmente del rey de Acolhuacan, que había sido y era el mayor potentado de aquellas regiones, a lo que se añadía que, estando aún vacilante el trono de México, necesitaba de fuertes apoyos que lo sostuviesen. El rey de Acolhuacan, que acababa de recobrar, con el

auxilio de los mexicanos, la corona de que lo había despojado el tirano Tezozomoc, debía temer que algún súbdito poderoso, siguiendo las huellas de aquel usurpador, excitase a la rebelión una parte de sus pueblos y lo privase, como sucedió a su padre, de la corona y de la vida. Más graves debían ser los temores del rey de Tlacopan, que ocupaba un trono recién erigido y cuyo poder no era considerable. Cada uno de estos dos monarcas, por sí solo, no gozaba de mucha seguridad y debía desconfiar de los otros dos; pero unidos los tres, formaban un poder invencible. ¿Cuál fue, pues, el partido que tomaron? El de formar una triple alianza que aseguraba a cada uno contra la ambición de los otros dos, y a los tres contra la rebeldía de sus súbditos. A este pacto se deben la consolidación de los tronos de Acolhuacan y de Tlacopan y las conquistas que hicieron los mexicanos; la unión de los tres Estados fue tan firme y estuvo tan bien ordenada, que no se deshizo ni vaciló jamás, hasta la llegada de los españoles. Este solo rasgo de política demuestra suficientemente el discernimiento y la sagacidad de aquellos pueblos; pero aun hay otros muchos de que no podría hacer mención sin repetir una gran parte de lo que he dicho en mi Historia.

El orden judicial de los mexicanos y de los texcocanos nos ofrece también útiles lecciones de arreglo y de justicia. La diversidad de grados en los jueces contribuía al buen orden y a la subordinación de la magistratura; su asidua frecuencia a los tribunales, desde el rayar del día hasta la noche, abreviaba los procesos y apartaba a los jueces de muchas prácticas clandestinas que hubieran podido prevenirlos en favor de algunas de las partes. La pena de muerte prescrita contra un gran número de prevaricadores, la puntualidad de su ejecución y la vigilancia de los soberanos, retenían a los magistrados en los límites de su obligación, y los suministros que se les hacían, por cuenta del monarca, de todo lo que bastaba a satisfacer sus necesidades, los hacía inexcusables y los ponía al abrigo de la corrupción. Las reuniones que se celebraban de veinte en veinte días, presididas por el rey, y particularmente la asamblea general de la magistratura que se verificaba de ochenta en ochenta días para terminar las causas pendientes, además de evitar los grandes males que acarrea la lentitud de los juicios, ofrecía a los jueces una ocasión oportuna de comunicarse recíprocamente sus luces y sus observaciones. De este modo el rey conocía a

fondo a las personas a quienes había encargado aquellas elevadas funciones; la inocencia tenía más recursos y el aparato del juicio daba mayor influjo y más respeto a los tribunales. Aquella ley que permitía la apelación del tribunal **Tlacatecatl** al **Cihuacoatl** en las causas criminales y no en las civiles, manifiesta que los mexicanos, respetando las leyes de la humanidad, conocían que se necesitaba mayor número de pruebas para creer a un hombre culpable, que para declararlo deudor. En los juicios criminales no se admitía otra prueba contra el reo que la deposición de los testigos. Jamás emplearon la tortura para arrancar al inocente, a fuerza de dolor, la confesión del crimen que no había cometido; jamás se valieron de aquellas bárbaras pruebas del duelo, del fuego, del agua hirviendo y otras semejantes que fueron la legislación dominante de los pueblos europeos y que hoy no podemos leer sin horror en las historias. “No habrá quien no se maraville, dice sobre este asunto Montesquieu, que nuestros abuelos hiciesen depender el honor, el bienestar y la propiedad de los ciudadanos, de ciertas prácticas que no entraban en la jurisdicción de la razón, sino que pertenecían exclusivamente a la suerte, y que empleasen continuamente pruebas que nada probaban y que no tenían la menor conexión con la inocencia ni con el delito.” Lo que decimos ahora de este género de pruebas dirá la posteridad de la tortura, y las generaciones futuras no cesarán de admirar que este bárbaro arbitrio haya sido tanto tiempo un uso general de la parte más civilizada del mundo. El juramento era prueba de mucho peso en los juicios de los mexicanos, como ya he dicho, pues no creían que pudiese haber perjuros, estando persuadidos de los terribles castigos que los dioses imponían infaliblemente a este crimen; pero no sabemos que esta prueba se admitiese al actor contra el reo, sino solamente al reo para su justificación.

Castigaban severamente todos aquellos delitos que repugnan particularmente a la razón y que son perjudiciales al Estado, como el de lesa majestad, el homicidio, el hurto, el adulterio, el incesto y los otros excesos de esta clase contra la naturaleza; el sacrilegio, la embriaguez y la mentira. Obraron sin duda sabiamente en no dejar impunes estos atentados; pero traspasaron los límites en la imposición de las penas, pues éstas eran excesivas y crueles. No pretendo excusar las faltas de aquella nación; mas tampoco puedo disimular que de todo lo que

se halla reprehensible en su legislación, se encontrarán ejemplos en los pueblos más famosos del antiguo continente, y ejemplos que, si se comparan con las instituciones de los mexicanos, harán parecer a éstos suaves y conformes a la razón. “Las célebres leyes de las doce tablas, dice Montesquieu, están llenas de disposiciones cruelísimas... en ellas se ve el suplicio del fuego, y las penas son siempre capitales.” Pues, sin embargo, esta es la celebradísima compilación que hicieron los romanos de lo mejor que habían encontrado en los pueblos griegos. Y si esto era lo mejor de la cultísima Grecia, ¿qué sería lo que no era tan bueno? ¿Qué habrá sido la legislación de aquellos pueblos que ellos llamaban bárbaros? ¿Cuál ley más inhumana y cruel que aquella de las doce tablas que permitía a los acreedores descuartizar al deudor que no pagaba, llevándose cada cual una parte de su cuerpo en satisfacción de la deuda? (1) Y esta ley no se promulgó en Roma en los groseros principios de aquella famosa ciudad, sino 300 años después de su fundación. Por el contrario, ¿qué disposición más inicua que aquella del famoso legislador Licurgo, que permitía el hurto a los lacedemonios? Los mexicanos castigaban este delito tan pernicioso a la sociedad; pero no le imponían la pena capital sino cuando el ladrón no estaba en estado de satisfacer y pagar la ofensa con su libertad o con sus bienes. No era así con los robos cometidos en los sembrados, porque estando éstos, por su situación, más expuestos a la rapiña, tenían más necesidad de la custodia de las leyes; pero esa misma ley que imponía la pena de muerte al que robaba una cierta cantidad de frutas o de granos, permitía a los caminantes necesitados tomar de ellos lo que necesitaban para socorrer la urgencia presente. ¡Cuánto más racional no era esta disposición que la de las doce tablas, que condenaba sin distinción a la pena de horca a todo el que tomaba algo en los sembrados ajenos! (2)

La mentira, aquel pecado tan pernicioso a la sociedad, se deja comunmente impune en la mayor parte de los países del antiguo continente, y al mismo tiempo se castiga en el Japón con

(1) “Si plures forent, quibus reus esse judicatus, secare si vellent, aequae partiti corpus addicti sibi hominis permiserunt.”

(2) “Qui frugem aratro quaesitam furtim nox pavit secuitve suspensus cereri necator.”

pena capital.. Los mexicanos se alejaron prudentemente de uno y otro extremo. Sus legisladores, bien instruidos en el genio y en las inclinaciones de la nación, conocieron que si no se prescribían penas graves contra la mentira y contra la embriaguez, carecerían los hombres de juicio para satisfacer sus respectivas obligaciones y faltaría siempre la verdad en los tribunales y la fidelidad en los contratos. La experiencia ha hecho conocer cuán perjudicial sea a los mismos pueblos mexicanos la impunidad de estos dos delitos.

Pero en medio de su severidad, los mexicanos cuidaron de no confundir al inocente con el culpado en la aplicación de las penas. Muchas leyes de Europa y de Asia prescribieron el mismo castigo al reo de alta traición y a toda su familia. Los mexicanos castigaban aquel crimen con pena capital; pero no privaban de la vida a los parientes del traidor, sino sólo de la libertad; y no ya a todos, sino a los que, teniendo noticia del crimen y no habiendo querido revelarlo, se habían hecho también culpables. ¡Cuánta más humana es esta ley que la del Japón! “Ley, dice Montesquieu, que castiga, por un solo delito, toda una familia y todo un barrio; ley que no reconoce inocentes dondequiera que hay culpables.” No sabemos que los mexicanos prescribiesen pena alguna contra los que murmuraban del gobierno; parece que no hicieron caso de este desahogo del amor propio de los súbditos, que con tanto horror se mira en otros países.

Sus leyes relativas al matrimonio eran, sin duda, más honestas y más decorosas que las de los romanos, griegos, persas, egipcios y otros pueblos del mundo antiguo. Los tártaros se casaban con sus hijas; los antiguos persas y asirios con sus madres; los atenienses y los egipcios con sus hermanas. En México estaba severamente prohibido todo enlace entre personas conjuntas en el primer grado de consanguinidad y de afinidad, excepto entre cuñados, cuando el hermano dejaba por su muerte algún hijo. Esta prohibición da a conocer que los mexicanos juzgaban con más acierto del matrimonio que todas las naciones que acabo de nombrar. Aquella excepción demuestra sus sentimientos humanos y benévolos. Si una viuda pasa a segundas nupcias, muchas veces tiene el pesar de ver a sus hijos poco amados por un padre a quien no deben la existencia; a su marido, poco respetado por los hijos, que lo miran como un extraño, y a

los hijos de uno y otro matrimonio, tan desunidos y discordes entre sí como si hubiesen nacido de diversas madres. Hablando, pues, según las reglas de la política humana, que eran las únicas por las que se guiaban aquellas naciones, privadas del conocimiento de las santas leyes del cristianismo, ¿qué mejor arbitrio podían tomar para remediar males tan comunes como funestos, que el de casar a la viuda con el cuñado?

Muchas naciones antiguas de Europa, imitadas por no pocos pueblos modernos de Asia y Africa, compraban sus mujeres y ejercían en ellas una autoridad mucho más extendida que la que permite a los hombres el autor de la Naturaleza, tratándolas más bien como esclavas que como compañeras. El mexicano no obtenía la mano de su esposa si no es por medio de una lícita y decorosa pretensión, y aunque presentaba algunos dones a sus padres, no se consideraban como precio de la hija, sino como un obsequio para cautivarse su benevolencia e inclinar su ánimo a la aprobación del contrato. Los romanos, aunque no tenían mucho reparo en prestar sus mujeres (1), estaban autorizados por las leyes a quitarles la vida si las sorprendían en adulterio. Esta inicua disposición, que constituía a un hombre juez en su propia causa y ejecutor de su sentencia, en lugar de disminuir el número de los adulterios, aumentaba el de los parricidios. Entre los mexicanos no era lícito al esposo hacer un comercio infame con la compañera de su suerte; pero tampoco ejercía autoridad alguna en su existencia. El que quitaba la vida a su mujer era condenado a muerte, aunque la hubiese sorprendido en el acto de la infidelidad. Esto es, decían, usurpar la autoridad a los magistrados, a quienes toca conocer de los delitos y castigarlos según las leyes. Antes que Augusto promulgase la ley Julia **de adulteriis**, “no sabemos, dice Luis Vives (2), que se sentenciase en Roma ninguna causa de adulterio;” es decir, que aquella gran nación careció, por espacio de más de siete siglos, de justicia y de legislación en materia tan grave y tan importante.

(1) “En Roma, dice Montesquieu, era lícito al marido prestar a otro su mujer. Lo dice expresamente Plutarco. Se sabe que Catón prestó su mujer a Hortensio, y Catón no era capaz de violar las leyes patrias.”

(2) Muchos juristas dicen que la ley Cornelia **de Sicariis** fue la que despojó al marido de la potestad de quitar la vida a la mujer adúltera; pero esta ley se promulgó en tiempo de Sila, a fines del siglo VII de Roma; así que, en cuanto al tiempo, no se diferencia mucho de la de Augusto.

Si después de haber comparado las leyes quisiéramos hacer el paralelo de los ritos nupciales de aquellas dos naciones, hallaríamos en una y otra una gran masa de superstición; pero, por lo demás, se notará una gran variedad: los de los mexicanos eran honestos y decentes; los de los romanos, obscenos e infames.

Por lo que respecta a las leyes de la guerra, es difícil que sean justas en un pueblo belicoso. El gran aprecio que en él se hace del valor y de la gloria militar, hace que se miren como enemigos a los que no lo son realmente, y el deseo de conquistar lo impulsa a traspasar los términos prescritos por la justicia. Sin embargo, en las leyes de los mexicanos se notan rasgos de equidad, que harían honor a las naciones más cultas. No era lícito declarar la guerra sin haber examinado antes, en pleno consejo, sus razones y sin que éstas fuesen aprobadas por el jefe de la religión. A la guerra debían preceder las embajadas, que repetidas veces se enviaban al Estado o gobierno al cual se iba a declarar, para obtener pacíficamente por medio de un convenio, y antes de tomar las armas, el allanamiento del objeto de la disputa. Esta dilación daba tiempo al enemigo a que se apercibiese a la defensa, y mientras facilitaba su justificación contribuía a su gloria, pues se estimaba villanía y bajeza en aquellas gentes atacar a un enemigo desprovisto y sin que precediera un reto solemne, a fin de que nunca pudiera atribuirse la victoria a la sorpresa, sino al valor. Es cierto que estas leyes no eran siempre escrupulosamente observadas; mas no por esto dejaban de ser sabias y justas, y si hubo injusticia en las conquistas de los mexicanos, otro tanto y algo más puede decirse de las que hicieron los romanos, los griegos, los persas, los godos y otras célebres naciones.

Uno de los grandes males que trae consigo la guerra es el hambre, como resultado de los estragos que se hacen en los campos. No es posible impedir de un todo esta calamidad; pero si ha habido alguna disposición capaz de moderarla, fue el uso constantemente seguido por los pueblos de Anáhuac, de tener en cada provincia un sitio señalado para campo de batalla. No era menos conforme a la razón y a la humanidad la otra práctica de tener en tiempo de guerra, de cinco en cinco días, uno entero de treguas y reposo.

Tenían aquellas naciones una especie de derecho de gentes, en virtud del cual, si el señor, la nobleza y la plebe desechaban

las proposiciones que otro pueblo les hacía y llegaba el caso de referirse a la decisión de las armas, quedando vencido aquel Estado que no había querido admitir las condiciones propuestas, el señor perdía sus derechos de soberano, la nobleza el dominio que tenía en sus posesiones, la plebe quedaba sometida al servicio personal, y todos los que habían sido hechos prisioneros en las refriegas, eran privados, **quasi ex delictu**, de la libertad y del derecho a la vida. Todo esto se opone, sin duda, a las ideas que nos hemos formado de la humanidad; pero el convenio general de los pueblos hacía menos odiosa aquella violencia, y los ejemplos algo más atroces de las más cultas naciones del antiguo continente, disminuyen la crueldad que a primera vista ofrecen las prácticas de los americanos. “Entre los griegos, dice Montesquieu, los habitantes de una ciudad tomada a fuerza de armas, perdían la libertad y eran vendidos como esclavos.” Tampoco puede compararse la inhumanidad que los mexicanos ejercían con sus prisioneros enemigos, con la que los atenienses practicaban con sus mismos conciudadanos. “Una ley de Atenas, dice el mismo autor, mandaba que cuando fuese sitiada una ciudad, se diese muerte a toda la gente inútil.” Seguramente no se hallará ni en México ni en ningún otro pueblo a medio civilizar del Nuevo Mundo una ley tan bárbara como aquella de la nación más culta del antiguo; antes bien, el principal cuidado de los mexicanos y de las otras naciones de Anáhuac, cuando se tenía aviso de que una ciudad iba a ser sitiada, era la de poner en salvo los niños, las mujeres y los enfermos; en otras ciudades o en los montes. Así preservaban aquella gente débil e indefensa del furor de los enemigos y evitaban el consumo inútil de las provisiones.

Los tributos que se pagaban a los reyes de Anáhuac eran excesivos y tiránicas las leyes relativas a su exacción; pero estas leyes eran consecuencias del despotismo introducido en los últimos años de la monarquía mexicana, despotismo que, sin embargo, no llegó en su mayor aumento hasta el exceso de apoderarse de las tierras del imperio y de los bienes de los ciudadanos, como han hecho muchos monarcas asiáticos, ni jamás se publicaron allí leyes fiscales tan extravagantes y duras como innumerables que se leen en los códigos del mundo antiguo, por ejemplo, la del emperador Anastasio, que exigió un tributo por la respiración: “**ut unusquisque pro haustu aeris pendat.**”

Pero si la tiránica ambición de algunos reyes de México y de los otros países circunvecinos es digna de amarga censura, no es posible dejar de admirar en las leyes sobre el comercio, la cultura de aquellas naciones y la sabiduría de sus legisladores. El tener en todas las ciudades y villas una plaza destinada al tráfico de todas las cosas que podían servir a las necesidades y placeres de la vida, era una disposición ingeniosa, que reunía a todos los traficantes para el más pronto despacho de su género, y los ponía a la vista de los inspectores y comisarios, a fin de que se evitase todo fraude y desorden en los contratos. Cada clase de mercancía tenía su puesto determinado, con lo que era más fácil preservar el buen orden y se consultaba la comodidad del público, sabiendo cada cuál dónde se hallaba el objeto que deseaba adquirir. El tribunal de comercio, establecido en la misma plaza del mercado, para cortar toda disputa entre los que compraban y vendían, y para castigar prontamente todo exceso que allí se cometiese, conservaba inviolables los derechos de la justicia y de la tranquilidad pública. A estas sabias disposiciones se debía el orden maravilloso que en medio de tan excesivo número de concurrentes admiraron los primeros españoles.

Finalmente, en las leyes sobre los esclavos los mexicanos fueron superiores a las naciones más cultas de la antigua Europa. Si se quiere comparar su legislación en esta parte con la de los romanos, los lacedemonios y otros pueblos célebres, se echará de ver en ésta una crueldad que horroriza, y en aquélla un gran respeto a las leyes de la naturaleza (1). Allí todos los hombres nacían libres, sin exceptuar los hijos del esclavo; éste era dueño absoluto de lo que poseía y de lo que adquiriría con su industria y con su trabajo; el amo estaba obligado a tratarlo como hombre y no como bestia, por lo que ningún derecho ejercía sobre su vida y ni aun podía venderlo en el mercado, sino después de haber acreditado jurídicamente su indocilidad. ¿Pueden imaginarse leyes más prudentes y más humanas? ¿Cuán diversas eran las de los romanos! Estos, por la excesiva autoridad que les concedían las leyes, eran dueños, no sólo de todo lo que los esclavos adquirirían con el sudor de su frente, sino de su vida,

(1) No hablo de los prisioneros de guerra, de que trataré en otra Disertación.

de que podían privarlos según su capricho (1), tratándolos con la mayor crueldad y atormentándolos del modo más atroz; y lo que más demuestra la índole inhumana de esta célebre nación, es que la misma legislación que tanto ampliaba la autoridad de los dueños en todo lo que era contrario a los esclavos, la restringía en cuanto les era favorable. La ley Fusia Caninia limitaba el número de esclavos que podían manumitirse por el testamento. En la ley Silaniana y en otras se prescribía que cuando un amo muriese violentamente se diese también muerte a todos los esclavos que habitasen en su casa y en los sitios inmediatos, hasta donde alcanzase su voz. Si el amo recibía muerte en un viaje, morían los esclavos que habían quedado con él y los que habían huído en el acto de la muerte, por manifiesta que fuese su inocencia. La ley Aquilia comprendía bajo una misma acción la herida hecha a un esclavo ajeno y la que se hacía a una bestia. A tales excesos llegó la barbarie de los cultísimos romanos. No fueron, en verdad, más suaves las leyes de los lacedemonios, los cuales no concedían a los esclavos ninguna acción en juicio contra los que los injuriaban o insultaban.

Si además de todo lo dicho hasta ahora quisiéramos parangonar el sistema de educación practicado por los mexicanos con el de los griegos, reconoceríamos que éstos no daban a sus hijos tanta instrucción en las artes y ciencias, como aquéllos a los suyos en las costumbres de sus antepasados. Los griegos se esmeraban en ilustrar la mente, y los mexicanos en rectificar el corazón. Los atenienses prostituían a sus hijos, acostumbrándolos a la más execrable obscenidad, en las mismas escuelas destinadas a la enseñanza de las artes. Los lacedemonios amaestraban a los suyos en el robo, según lo dispuesto por Licurgo, con el objeto de hacerlos astutos y ligeros, y los castigaban rigurosamente cuando los sorprendían robando, no en pena del delito que cometían, sino de su poca destreza y habilidad. La educación doméstica de los mexicanos era de diferente índole: ella comprendía las artes, la religión, la modestia, la ho-

(1) ¿Qué extraño es que los romanos concediesen tan bárbara autoridad a los amos sobre los esclavos, habiéndola también concedido a los padres sobre sus hijos legítimos? *Endo liberis justis jus vitae, necis, venumdandique potestas patri.* Esta ley fue promulgada por los primeros reyes, e inserta por los decenviros en las XII tablas.

nestidad, la sobriedad, la vida laboriosa, el amor a la virtud y el respeto a los mayores.

Este es un breve, pero verdadero ensayo de la cultura de los habitantes de Anáhuac, sacada de su historia antigua, de sus pinturas, de las relaciones de los más fidedignos y exactos historiadores españoles. Así se gobernaban aquellos pueblos que Mr. de Paw cree los más salvajes del mundo; aquellos pueblos inferiores en industria y sagacidad a los más groseros del antiguo continente; aquellos pueblos de cuya racionalidad dudaron algunos europeos.

CATALOGO DE ALGUNOS AUTORES EUROPEOS Y CRIOLLOS
QUE HAN ESCRITO SOBRE LA DOCTRINA Y MORAL CRISTIANA,
EN LAS LENGUAS DE ANAHUAC

(A, significa religioso agustino; D, dominicano; F, franciscano; J, jesuíta; P, presbítero secular.
La estrella denota que el autor publicó alguna obra.)

En Lengua Mexicana

- * Agustín de Betancourt, F. criollo.
- Alfonso de Escalona, F. español.
- Alfonso de Herrera, F. español.
- * Alfonso Molina, F. español.
- Alfonso Rangel, F. español.
- Alfonso de Trujillo, F. criollo.
- Andrés de Olmos, F. español.
- Antonio Dávila Padilla, D. criollo.
- Antonio de Tovar Motezuma, P. criollo.
- Arnaldo Bassace, F. francés.
- Baltasar del Castillo, F. español.
- Baltasar González, J. criollo.
- Bernabé Páez, A. criollo.
- Bartolomé de Alba, P. criollo.
- Benito Fernández, D. español.
- Bernardino Pinelo, P. criollo.
- * Bernardino de Sahagún, F. español.
- * Carlos de Tapia Centeno, P. criollo.
- Felipe Díez, F. español.
- Francisco Gómez, F. español.
- Francisco Jiménez, F. español.
- García de Cisneros, F. español.
- Jerónimo Mendieta, F. español.

Juan de la Anunciación, A. español.

- * Juan de Ayora, F. español.
- * Juan Bautista, F. criollo.
- Juan de San Francisco, F. español.
- Juan Focher, F. francés.
- * Juan de Gaona, F. español.
- Juan Mijangos.
- Juan de Rivas, F. español.
- Juan de Romanones, F. español.
- * Juan de Torquemada, F. español.
- Juan de Tovar, J. criollo.
- * José Pérez, F. criollo.
- * Ignacio de Paredes, J. criollo.
- * Luis Rodríguez, F.
- * Martín de León, D. criollo.
- * Maturino Gilbert, F. francés.
- Miguel Zárate, F.
- * Pedro de Gante, F. flamenco.
- Pedro de Oroz, F. español.
- * Toribio de Benavente, F. español.

En Lengua Otomite

- Alfonso Rangel.
- Bernabé de Vargas.
- * Francisco de Miranda, J. criollo.

Juan de Dios Castro, J. criollo.
 Horacio Carochi, J. milanés.
 Pedro Palacios, F. español.
 Pedro de Oroz.
 Sebastián Rivero, F.
 N. Sánchez, P. criollo.

En Lengua Tarasca

- * Angel Sierra, F. criollo.
- Juan Bautista Lagunas, F.
- * Maturino Gilbert.

En Lengua Zapoteca

Alfonso Camacho, D. criollo.
 Antonio del Pozo, D. criollo.
 Bernardo de Alburquerque, D. español, obispo de Oaxaca.
 Cristóbal Agüero, D. criollo.

En Lengua Mixteca

- Antonio González, D. criollo.
- * Antonio de los Reyes, D. español.
- Benito Fernández, D. español.

En Lengua Maya

Alfonso de Solana, F. español.
 Andrés de Avendaño, F. criollo.
 Antonio de Ciudad Real, español.
 Bernardino de Valladolid, F. español.
 Carlos Mena, F. criollo.
 José Domínguez, P. criollo.

En Lengua Totonaca

Andrés de Olmos.
 Antonio de Santoyo, P. criollo.

Cristóbal Díaz de Anaya, P. criollo.

En Lengua Popoluca

Francisco Toral, F. español y obispo de Yucatán.

En Lengua Matlazinca

Andrés de Castro, F. español.

En Lengua Huasteca

- Andrés de Olmos.
- * Carlos de Tapia Centeno.

En Lengua Mixe

- * Agustín Quintana, D. criollo

En Lengua Kiche

Bartolomé de Anleo, F. criollo.
 Agustín de Avila, F.

En Lengua Cakchiquel

Alvaro Paz, F. criollo.
 Antonio Saz, F. criollo.
 Bartolomé de Anleo.
 Benito de Villacañas, D. criollo.

En Lengua Taraumara

Agustín Roa, J. español.

En Lengua Tepehuana

Benito Rinaldini, T. napolitano.

Ha habido otros muchos escritores en otras lenguas; pero yo me he limitado a citar aquellos cuyas obras han merecido el aprecio de los inteligentes.

AUTORES DE GRAMATICAS Y DICCIONARIOS DE LAS LENGUAS
DE ANAHUAC

De Lengua Mexicana

- * Agustín de Aldana y Guevara. Gram. y Dic.
- * Agustín de Betancourt. Gram.
- * Alfonso de Molina. Gram. y Dic.
- Alfonso Rangel. Gram.
- Andrés de Olmos. Gram. y Dic.
- * Antonio del Rincón, J. criollo. Gram.
- Antonio Dávila Padilla. Gram.
- Antonio de Tovar Motezuma. Gram.
- * Antonio Castelu, P. criollo. Gram.
- * Antonio Cortés Canal, P. indio. Gram.
- Bernardino de Sahagún. Gram. y Dic.
- Bernardo Mercado, J. criollo. Gram.
- Bernabé Páez. Gram.
- * Carlos de Tapia Centeno. Gram. y Dic.
- Cayetano de Cabrera, P. criollo. Gram.
- Francisco Jiménez. Gram. y Dic.
- * Horacio Carochi. Gram.
- * Ignacio de Paredes. Gram.
- * José Pérez. Gram.
- Juan Focher, J. francés. Gram.

De Lengua Otomite

Horacio Carochi. Gram.
 Juan Rangel. Gram.
 Juan de Dios Castro. Gram. y Dic.
 Pedro Palacios. Gram.
 Sebastián Rivero. Dic.
 N. Sánchez. Dic.

De Lengua Tarasca

- * Angel Sierra. Gram. y Dic.
- * Juan Bautista de Lagunas. Gram.
- * Maturino Gilbert. Gram. y Dic.

De Lengua Zapoteca

Antonio del Pozo. Gram.
 Cristóbal Agüero. Dic.

De Lengua Mixteca

Antonio de los Reyes. Gram.

De Lengua Maya

Andrés de Avendaño. Gram. y Dic.
 Antonio de Ciudad Real. Dic.
 Luis de Villalpando. Gram. y Dic.
 * Pedro Beltrán, F. criollo. Gram.

De Lengua Totonaca

Andrés de Olmos. Gram. y Dic.
 Cristóbal Díaz de Anaya. Gram. y Dic.

De Lengua Popoluca

Francisco Toral. Gram. y Dic.

De Lengua Matlazinca

Andrés de Castro. Gram. y Dic.

De Lengua Huasteca

Andrés de Olmos. Gram. y Dic.
 Carlos de Tapia. Gram. y Dic.

De Lengua Mixe

- * Agustín Quintana. Gram. y Dic.

De Lengua Cakchiquel

Benito de Villacañas. Gram. y Dic.

De Lengua Taraumara

Agustín de Roa. Gram.
 Jerónimo Figueroa, J. criollo,
 Gram. y Dic.

De Lengua Tepehuana

Benito Rinaldini. Gram.
 Jerónimo Figueroa. Gram. y Dic.
 Tomás de Guadalajara, J. criollo.
 Gram.

DISERTACION VII

CONFINES Y POBLACION DE LOS REINOS DE ANAHUAC

LOS errores de muchos escritores españoles acerca de los confines del imperio mexicano, y los despropósitos de Mr. de Paw y de otros autores extranjeros sobre la población de aquellos países, me obligan a poner en claro estos dos puntos. Así procuraré hacerlo en esta Disertación con toda la brevedad posible.

CONFINES DE LOS REINOS DE ANAHUAC

Solís, fundado en la autoridad de algunos escritores españoles mal informados, afirma que el imperio mexicano se extendía desde el Istmo de Panamá hasta el Cabo Mendocino, en las Californias. El P. Tournon, dominico francés, queriendo ampliar más aquellos términos en su **Historia General de América**, dice que todos los países descubiertos en la parte septentrional de aquel continente estaban sometidos al rey de México; que la extensión de aquel imperio, de levante a poniente, era de 500 leguas, y de norte a sur, de 200 o de 250; que sus términos eran, al norte, el Océano Atlántico; al poniente, el Golfo de Aníán; al mediodía, el Mar Pacífico, y al levante, el Istmo de Panamá. Pero esta descripción contiene no sólo errores geográficos, sino graves contradicciones, pues si fuera cierto que el imperio se extendía desde el Istmo de Panamá hasta el Golfo, o más bien Estrecho de Aníán, su extensión, en aquella línea, no hubiera sido de 500 leguas, sino de 1,000, pues no comprendería menos de 50 grados.

La causa de estos errores es la persuasión en que estaban aquellos escritores que en Anáhuac no había otro soberano que el de México; que los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan eran sus súbditos, y que los michuacanos y tlaxcaltecas pertenecían a la misma corona, aunque se rebelaron después contra ella. Pero

no es así, pues ninguno de aquellos Estados perteneció jamás al reino de México, como consta por la deposición de todos los historiadores indios y de todos aquellos escritores españoles que por sí mismos se informaron de la verdad, como fueron Motolinía, Sahagún y Torquemada. El rey de Acolhuacan había sido siempre aliado del de México, desde el año de 1424; pero nunca fue su súbdito. Es cierto que cuando llegaron los españoles parecía que el rey Cacamatzin dependía de su tío Moteuczoma; mas era porque aquél, temeroso de la prepotencia de su hermano Ixtlilxóchitl, necesitaba del auxilio de los mexicanos. Los españoles vieron a Cacamatzin salirles al encuentro como embajador de Moteuczoma, y algunos días después, que este monarca se apoyaba en los brazos de aquél. Vieron también que el sobrino fue llevado preso a México por orden de su tío. Todo esto podía servir de disculpa al error de los conquistadores; pero lo cierto es que las demostraciones de Cacamatzin a Moteuczoma no eran servicios de vasallo a su rey, sino de un sobrino a un tío, y que Moteuczoma, al apoderarse de Cacamatzin, por dar gusto a los españoles, se arrogó una autoridad que no le competía, haciendo al rey de Acolhuacan un agravio de que luego tuvo que arrepentirse. En cuanto al de Tlacopan, no se puede dudar que Moteuczoma le dió la corona; pero gozó de un perfecto dominio y plena soberanía en sus Estados, con la única condición de ser perpetuo aliado de los mexicanos y de prestarles auxilio con sus tropas siempre que lo necesitasen. El rey de Michuacan y la república de Tlaxcala fueron siempre rivales y enemigos declarados de los mexicanos, y no hay memoria de que ni uno ni otro Estado hayan sido jamás sometidos a la corona de México.

Lo mismo debemos decir de otras muchas provincias que los historiadores españoles creyeron dependientes de aquel imperio, y partes integrantes de su territorio. ¿Cómo era posible que una nación reducida a una sola ciudad bajo el yugo de los tepanecas, subyugase en menos de un siglo todos los pueblos que ocupaban el vasto territorio comprendido entre el Istmo de Panamá y las Californias? Todo lo que en realidad hicieron los mexicanos, aunque mucho menos de lo que dijeron aquellos autores, fue ciertamente digno de admiración, y no podríamos creer la rapidez de sus conquistas si no se apoyase en tantos y tan innegables documentos. Por lo demás, ni la narración de

los historiadores indios, ni la enumeración de los Estados conquistados por los reyes de México, que se halla en la **Colección** de Mendoza, ni la matrícula de las ciudades tributarias, inserta en la misma, suministran el menor motivo para confirmar aquella arbitraria ampliación de los dominios mexicanos, antes bien, consta todo lo contrario en la relación de Bernal Díaz. Este, en el capítulo XCIII de su Historia, dice así: "Tenía el gran Moteuczoma muchas guarniciones y gente de guerra en las fronteras de sus Estados. Tenía una en Soconusco para defenderse de Guatemala y de Chiapa; otra para defenderse de los panuqueses, entre Tuzapan y el pueblo que nosotros llamamos **Almería**; otra en Coatzacoalco y otra en Michuacan." (1)

Sabemos, pues, positivamente que los dominios mexicanos no se extendían hacia el levante, más allá de Xoconochco, y que no entraba en ellos ninguna de las provincias comprendidas actualmente en las diócesis de Guatemala, Nicaragua y Honduras. En el libro IV de la Historia he dicho que Tlitototl, célebre general mexicano, en los últimos años del rey Ahuitzotl llegó con su ejército victorioso hasta Cuauhtemallan, y ahora añado que no se sabe quedase entonces sujeto aquel país a la corona de México, antes bien, todo lo contrario se debe inferir de la relación de aquellos sucesos. Torquemada habla de la conquista de Nicaragua hecha por los mexicanos; pero lo mismo que en el libro II, capítulo 81, atribuye a un ejército mexicano en tiempo de Moteuczoma II, en el libro III, capítulo 10, refiere de una colonia que salió muchos años antes, por orden de los dioses, de las inmediaciones de Xoconochco; así que no debemos fiarnos en su noticia.

Bernal Díaz, tanto en el lugar que hemos citado como en otros, afirma expresamente que los chiapanecas no fueron jamás conquistados por los mexicanos; mas esto no puede entenderse de todo aquel territorio, sino de una parte de él; pues sabemos por Remezal, cronista de aquella provincia, que los mexicanos tenían guarnición en Tzinacantla, y consta, por la matrícula de tributos, que Tochtlan y otras ciudades de aquel país eran tributarias de los mexicanos.

Por la parte del nordeste no se adelantaron éstos más allá de Tuzapan, como se infiere del citado lugar de Bernal Díaz, y

(1) Véase, para mayor inteligencia, el mapa geográfico puesto al principio de esta obra.

sabemos de cierto que jamás los obedecieron los panuqueses. Por el levante, sus confines eran las orillas del río Coatzacoalco. Bernal Díaz dice que el país de Coatzacoalco no era provincia de México; por otra parte, hallamos entre las ciudades tributarias de la corona a Tochtlan, Michapan y otros pueblos de aquella provincia. Por tanto, creo que los mexicanos poseían todo lo que estaba al poniente del ya mencionado río, y no lo que estaba al levante, sirviéndoles sus orillas de última frontera por aquel lado. Hacia el norte estaba el país de los huastecas, que nunca los reconoció por señores. Hacia el nordeste, el imperio no se extendía más allá de Tula, y todo el país que estaba fuera de este punto era el territorio ocupado por los bárbaros otomites y chichimecas, que no tenían poblaciones fijas ni obedecían a ningún monarca. Del lado del poniente se sabe que terminaban sus dominios en Tlaximaloyan, frontera del reino de Michuacan; pero en las guarniciones de la extremidad occidental de la provincia de Coliman, y no más lejos. En el catálogo de las ciudades tributarias vemos a Coliman y otros pueblos de aquella provincia, y ninguna de las que están más allá ni tampoco se hace mención en la historia de México. Los mexicanos no tenían qué hacer en Californias, ni podían esperar ninguna ventaja de la conquista de un país tan remoto, el más despoblado y miserable del mundo. Si aquella árida y pedregosa península hubiese sido provincia del imperio mexicano, se hubieran hallado en ella algunas poblaciones; pero lo cierto es que no se encontró una casa, ni el resto o señal de ella. Finalmente, por la parte del mediodía los mexicanos se habían apoderado de todos los grandes Estados que había desde el valle hasta las playas del mar Pacífico, y extendiéndose por allí sus límites desde Xoconochco hasta Coliman, podemos decir que aquella era la mayor línea territorial del imperio.

El Dr. Robertson dice que “los territorios pertenecientes a los jefes de Texcoco y Tacuba, apenas cedían en extensión a los del soberano de México;” error contrario a lo que nos dicen todos los historiadores de aquel país. El reino de Tezcoco o de Acolhuacan estaba limitado al poniente, parte por el lago de Tezcoco, parte por las tierras de Tzompanco, y parte por otros Estados mexicanos; y al levante por los dominios de Tlaxcala; así que no podía tener en aquella dirección más de 60 millas. Al mediodía estaba el territorio de Chalco, perteneciente a Mé-

xico, y al norte el país de los huastecas. Ahora bien, desde la frontera de este país hasta Chalco, hay cerca de 200 millas; he aquí, pues, toda la extensión del reino de Acolhuacan, extensión que no forma ni la octava parte de los dominios mexicanos. Los del reyezuelo de Tlacopan, o Tacuba, eran tan pequeños que no merecieron llamarse reino; pues desde el lago mexicano al levante, hasta la frontera de Michuacan al poniente, no tenía más que 80 millas, ni más que 50 desde el valle de Toloacan al mediodía, hasta el país de los otomites al norte. Es, pues, un error comparar el Estado de México, en punto a extensión, con los de Acolhuacan y Tlacopan.

La república de Tlaxcala, rodeada por los mexicanos y texcocanos y por los de Huexotzinco y Cholula, era tan limitada, que de levante a poniente apenas tenía 50 millas, y de norte a sur 30, poco más o menos. El escritor que da mayor territorio a los tlaxcaltecas es Cortés, el cual dice que tenía 90 leguas de circuito; pero esta fue sin duda una equivocación.

En cuanto al reino de Michuacan, nadie, que yo sepa, ha señalado todas sus antiguas fronteras, si no es Boturini. Dice que su extensión desde el valle de Ixtlahuacan, cerca de Toloacan, hasta el mar Pacífico, era de 150 leguas, y desde Zacatolan hasta Xichú, de 160; y que en los dominios de Michuacan se comprendían las provincias de Zacatolan o Zacatula, y la que los españoles llamaron **Provincia de Avalos**. Pero en todos estos pormenores se engañó, pues se sabe positivamente que el reino de Michuacan no tenía sus confines en Ixtlahuacan, sino en Tlalximaloyan, que era el punto a que llegaban los de México. Por la matrícula de los tributos se sabe que las provincias marítimas de Zacatolan y Coliman pertenecían a México. Finalmente, no podían los michuacanos ampliar sus dominios hasta Xichú, sin subyugar antes a los bárbaros chichimecas, que ocupaban aquel país; pero de éstos sabemos que no fueron subyugados sino por los españoles, muchos años después de la conquista de México. No era, pues, tan grande el reino de Michuacan como creyó Boturini; su extensión no comprendía más de tres grados de longitud y poco más de dos de latitud.

Cuanto he dicho hasta ahora demuestra la exactitud de mi descripción y de mis mapas geográficos, en lo concerniente

a los confines de aquellos Estados, fundado todo en la Historia misma, en la matrícula de los tributos y en el testimonio de los historiadores antiguos.

POBLACION DE ANAHUAC

No es mi intención hablar de la población de toda la América, asunto vastísimo y ajeno de mi propósito, sino sólo de la de México. En América había, y hay en la actualidad, países, poblaciones y grandes desiertos, y no menos se alejan de la verdad los que se imaginan las regiones del Nuevo Mundo tan pobladas como la China, que los que las creen tan desiertas como los arenales de Africa. Tan incierto es el cálculo de P. Riccioli como el de Susmilch y el de Mr. de Paw. El primero cuenta en América 300.000,000 de habitantes; los aritméticos políticos no cuenta más de 100, según Mr. de Paw. Susmilch en una parte de su obra habla de 100 y en otra de 150.000,000. Mr. de Paw, que cita todos estos cálculos, dice que no hay en América más que de 30 a 40.000,000 de americanos. Pero todo es incierto y ninguna de estas opiniones estriba en fundamentos sólidos, porque si hasta ahora no se sabe, ni por aproximación, la población de los países en que se han establecido los europeos, como México, Guatemala, Chile, Quito, Perú, Tierra Firme y otros, ¿quién será capaz de adivinar el número de los inmensos territorios poco o nada conocidos, como los que están al norte de Coahuila, del Nuevo México, de Californias y del Río Colorado en la América Septentrional? ¿Quién podrá numerar los habitantes del Nuevo Mundo, cuando no se sabe ni se puede saber tampoco el número de las provincias y de las naciones que comprende? Dejando, pues, aparte estos cálculos, que no podemos emprender sin temeridad, examinemos lo que dicen Mr. de Paw y Robertson sobre la población de México:

“La población de México y del Perú, dice Mr. de Paw, ha sido indudablemente exagerada por los escritores españoles, acostumbrados a pintar toda clase de objetos con proporciones desmesuradas. Tres años después de la conquista de México, fue preciso que los españoles llevasen gente de las islas Lucayas y después de la costa de Africa para poblar aquel país. Si la monarquía mexicana contenía en 1518 30.000,000 de habitantes, ¿por qué estaba despoblada en 1521?” Yo no negaré jamás que

entre los escritores españoles hay algunos propensos a exagerar, como sucede entre los prusianos, entre los franceses, entre los ingleses y en los otros pueblos; porque el deseo de engrandecer los objetos que se pintan es una pasión harto común a todas las naciones de la Tierra. Mr. de Paw no ha sabido preservarse de este contagio, como lo hace ver en toda su obra y como lo acredita este modo de hablar en masa de todos los escritores españoles, haciendo un gravísimo daño a la nación, en la cual, como en todas, hay bueno y malo. Yo puedo asegurar que después de haber leído los mejores historiadores de las naciones cultas de Europa, no he encontrado dos que me parezcan comparables en sinceridad a los dos españoles Mariana y Acosta (1), estimados por esto y justamente elogiados por los enemigos de su nación y de su religión. Entre los antiguos historiadores de México ha habido algunos, como Acosta, Bernal Díaz y el mismo Cortés, cuya sinceridad no admite duda. Pero aunque ninguno de estos escritores poseyese las cualidades necesarias para inspirarnos confianza, la uniformidad de sus datos sería un fortísimo argumento en favor de la verdad de lo que dicen. Los autores poco verídicos no concuerdan entre sí, si no es cuando se copian; mas no lo hicieron así los que hemos nombrado, pues ocupados únicamente en referir lo que vieron o lo que recogieron en sus indagaciones, no se curaron de lo que los otros dijeron, antes bien, de sus obras se infiere que cuando las escribían no tenían a la vista las ajenas. El mismo Mr. de Paw, hablando en una de sus cartas de aquel rito de los mexicanos en que consagraban y comían la estatua de masa del dios Huitzilopochtli, que él llama **Vitzilipultzi**, y de otra ceremonia de los peruanos, en la fiesta de **Capac-raime**, dice a uno de sus correspondientes: "Yo os confieso que el testimonio unánime de todos los escritores españoles no nos permite dudar, etc." Si esta unanimidad de los escritores españoles en lo que no vieron por sí mismos no deja lugar a duda, ¿cómo podrá dudarse de lo que refieren unánimemente como testigos oculares?

Veamos, pues, qué dicen de la población de México los antiguos escritores españoles. Todos están de acuerdo en afirmar que aquellos países estaban muy poblados; que había muchas

(1) Hablo aquí tan sólo de la sinceridad, porque es lo que hace a mi propósito; los dos escritores citados poseen otras prendas que los hacen dignos del mayor aprecio.

ciudades grandes, e infinitas villas y caseríos; que en los mercados de las ciudades populosas concurrían muchos millares de traficantes; que armaban ejércitos numerososísimos, etc. Cortés en sus cartas a Carlos V; el conquistador anónimo en su **Relación**; Alfonso de Ojeda y Alfonso de Mata en sus **Memorias**; el obispo Las Casas en su **Destrucción de las Indias**; Bernal Díaz en su *Historia*; Motolinía, Sahagún y Mendieta en sus escritos, testigos de vista de la antigua población de México; Herrera, Gomara, Acosta, Torquemada y Martínez, todos convienen en la gran población de aquellos países. No me podrá alegar Mr. de Paw ni un solo autor antiguo que no lo confirme con su testimonio; y yo le citaré muchos que no hablan una sola palabra de aquel rito de los mexicanos, como Cortés, Bernal Díaz y el conquistador anónimo, que son los tres primeros historiadores españoles de México. Sin embargo, Mr. de Paw asegura que no se puede dudar de aquel hecho porque se funda en el testimonio unánime de los escritores españoles, ¿y querrá dudar de la gran población de México y negarla redondamente, cuando se funda en el mismo apoyo?

“Pero si la población de México era tan grande en 1518, ¿por qué en 1521 fue preciso llevar gente de las islas Lucayas y después de la costa de Africa para poblar aquellos países?” Confieso ingenuamente que no puedo leer esta observación de Mr. de Paw sin indignarme al verlo afirmar con tanto arrojo lo que es absolutamente falso y contrario al testimonio de los autores. ¿De dónde ha sacado el investigador esa extraordinaria especie de las islas Lucayas? Lo desafío a que me cite un solo autor que dé semejante noticia; antes bien, de lo que muchos de ellos dicen se debe inferir todo lo contrario. Sabemos por el cronista Herrera y por otros, que desde el año de 1493, que fue el del establecimiento de los españoles en la isla de Santo Domingo, hasta el de 1496, pereció por la guerra y por otros desastres la tercera parte de los habitantes de aquella gran posesión. En 1507 no había quedado más de la décima parte de los indios que había en 1493, como dice Las Casas (1), que era testigo de vista, y desde entonces fue disminuyendo la población

(1) En su obra intitulada *De la destrucción de las Indias*. Todo lo que aquí digo consta no menos por el testimonio de Las Casas en aquella obra que en la intitulada *El Suplicante Esclavo Indio*, y por lo que se lee en las *Décadas de Herrera*.

de Santo Domingo, en tales términos, que en 1540 apenas quedaron 200 indios, por lo que desde el principio del siglo XV empezaron los españoles a sacar millares de indios de las Lucayas para aumentar la población de la Española; pero habiendo perecido éstos también, llevaron a ella, antes de la conquista de México, pobladores de Tierra Firme y de otros países del continente de América, según los iban descubriendo. En una carta escrita al consejo de Indias por el primer obispo de México, y de que habla Las Casas a Carlos V, se lee que el cruel Nuño Guzmán, gobernador de Pánuco, envió de aquellos países 28 buques cargados de indios esclavos para que se vendiesen en las islas; así que, lejos de sacar los españoles habitantes de las islas para poblar a México, enviaban indios de México a las islas, como lo dicen en los términos más claros aquellos dos escritores y otros varios. Es cierto que después de la Conquista se enviaron a México esclavos africanos; mas no porque se necesitasen pobladores, sino porque los españoles querían servirse de aquellos negros para las elaboraciones del azúcar y para los trabajos de las minas, en cuyas tareas no podían emplear a los indios por fuerza, en atención a las leyes recién promulgadas. De todo esto resulta la consecuencia clarísima de ser falso y contrario al dicho de los autores que el territorio mexicano estuviese tan despoblado tres años después de la Conquista, que fuese necesario volverlo a poblar con habitantes de las islas Lucayas y con africanos; por el contrario, es innegable que de los países antiguamente sometidos al rey de México y a la república de Tlaxcala, se enviaron colonos, algunos años después de la Conquista, para poblar otros países, como Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, etc.

Pero veamos qué dicen en particular de la población de México aquellos antiguos escritores. No sé que ninguno de ellos haya osado expresar el número total de los habitantes del imperio mexicano. Si contenía o no 30.000,000, sólo el rey y los ministros podían decirlo; y aunque de éstos podían muy bien informarse los españoles, no consta que ninguno lo haya hecho. Lo que muchos de los historiadores aseguran es que entre los feudatarios de la corona de México había treinta, cada uno de los cuales tenía cerca de 100,000 súbditos, y otros 3,000 señores que no tenían tantos. Lorenzo Surio dice que este cálculo constaba en los documentos que existían en los archivos rea-

les de Carlos V. Cortés, en su primera carta al mismo emperador, se expresa en estos términos: "Es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado, y, con todo, hay mucha gente que por falta de pan mendiga por las calles, por las casas y por los mercados." La misma idea nos dan en general de la población de México Bernal Díaz, el conquistador anónimo, Motolinía y otros testigos oculares. Por lo que hace a los diferentes países de Anáhuac, el dicho de los mismos escritores y el de casi todos los antiguos no deja la menor duda acerca de la gran población del valle de México, de los países de los otomites, de los matlatzincas, de los tlahuicas, de los cohuixcas, de los miztecas, de los zapotecas y de los cuitlatecas; de la provincia de Coatzacoalco, de los reinos de Acolhuacan y Michuacan, y de los Estados de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco.

El valle de México, no obstante el tener una parte de su superficie ocupada por los lagos, era a lo menos tan poblado como el país que más en la Europa. Había en él 40 ciudades considerables, cuyos nombres he dado en otra parte de esta obra, y de que hacen mención todos los historiadores antiguos. Los otros lugares habitados que contenía eran innumerables, y de ellos pudiera presentar un largo catálogo si no temiera fastidiar a mis lectores. El sincerísimo Bernal Díaz, describiendo en el capítulo LXXXVIII de su Historia todo lo que los españoles conquistadores iban viendo en su viaje por el valle mexicano a la capital, dice así: "Cuando veíamos cosas tan maravillosas, no sabíamos qué decir, ni si era verdad lo que se presentaba a nuestros ojos; porque veíamos tantas grandes ciudades en tierra firme y otras muchas en el lago, y todo lleno de barcas." Dice, además, que algunos soldados, compañeros suyos, maravillados sobremanera al ver tantas y tan hermosas poblaciones, dudaban si eran sueño o cosas de encanto las que estaban viendo. Estas y otras noticias dadas con la mayor sinceridad por aquel escritor soldado, bastan a responder al Dr. Robertson, el cual se valió de algunas palabras del mismo, que no supo entender, para hacer creer a sus lectores que la población de México no era tan grande como se dice.

En cuanto a la de la antigua capital, hay gran variedad de opiniones: ni puede ser de otro modo cuando se quiere calcular a bulto el número de habitantes de una gran ciudad; pero to-

dos los escritores que o la vieron o tomaron informes de los que la habían visto, están de acuerdo en que era muy considerable. El cronista Herrera dice que era doble que Milán; Cortés afirma que era tan grande como Sevilla y Córdoba; Lorenzo Surio, citando los documentos del archivo real de Carlos V, asegura que la población de México se componía de 130,000 casas; Torquemada, apoyándose en Sahagún y en algunos historiadores indios, cuenta 120,000 y añade que en cada casa había de 4 a 10 habitantes. El conquistador anónimo se explica en estos términos: "Puede tener esta ciudad de Temistitan más de dos leguas y media, o cerca de tres, poco más o menos, de circuito; la mayor parte de los que la han visto dicen que contiene 60,000 hogares, más bien más que menos." Este cálculo, adoptado por Gomara y por Herrera, me parece el que más se acerca a la verdad, si se atiende a la extensión de la ciudad y al modo de habitar de aquellas gentes.

Mr. de Paw contradice toda esta masa de autoridades. Llama "excesiva y extravagante la descripción que nos hacen de esta ciudad americana, la cual contenía, según algunos autores, 60,000 casas en los tiempos de Moteuczoma II; así que tendría 350,000 habitantes, siendo notorio que la ciudad de México, aumentada considerablemente bajo el dominio de los españoles, no tiene en la actualidad más de 60,000, incluyendo en este número 20,000 entre negros y mulatos." He aquí otro de los pasajes de las **Investigaciones filosóficas** que hará reír a los mexicanos. Pero, ¿quién no ha de reír al ver a un filósofo prusiano tan empeñado en disminuir la población de aquella gran ciudad americana, y enfurecido contra los que la representan mayor que él se la figura? ¿Quién no se admirará al mismo tiempo al oír que en Berlín se sabe con tanta notoriedad el número de los habitantes de México, cuando no hace mucho que lo ignoraban los párrocos de aquella ciudad que anualmente los cuentan? Yo, sin embargo, quiero dar a Mr. de Paw algunas noticias seguras sobre este punto, a fin de que en lo sucesivo evite los errores en que ha incurrido.

Sepa, pues, que México es la ciudad más populosa de cuantas hay en los Estados americanos en que se habla español, y que lo es más que la mayor de la Península. Por el número de nacidos y muertos en Madrid y en México, publicado en los diarios de ambas capitales, consta que el número de habitantes

de la primera es una cuarta parte menos que el de la segunda (1); esto es, si Madrid, por ejemplo, tiene 160,000 habitantes, México, sin duda, tiene más de 200,000. Ha habido una gran variedad de opiniones sobre la población de la capital moderna, como las hubo acerca de la antigua y como las hay acerca de otras ciudades de primer orden (2); pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia la numeración, tanto por los párrocos como por los magistrados, ha resultado que el número de habitantes pasaba de 200,000, aunque no se sabe con exactitud cuántos son los que exceden esta cantidad. Puede formarse alguna idea de aquella población por la cantidad de pulque y de tabaco que se consume en ella diariamente (3). Cada día entran en sus muros más de 6,000 arrobas de pulque. En todo el año de 1774 entraron 2.214,294 y media arrobas, no incluyendo en este cómputo el que se introdujo de contrabando ni el que vendieron los indios exentos en la plaza mayor. Esta gran cantidad de pulque no es más que para el consumo de los indios y mulatos, cuyo número es inferior al de los europeos blancos y criollos, entre los cuales hay muy pocos que usen de aquella bebida. El impuesto sobre ella sube sólo en la capital a 280,000 pesos anuales, poco más o menos. El consumo de tabaco de humo en la misma importa cada día cerca de 1,250 pesos, lo que al año forma más de 450,000. Debe tenerse presente que son pocos los indios que fuman. Entre los criollos y europeos hay muchísimos que no tienen aquella costumbre, y entre los mu-

(1) Es cierto que a proporción del exceso de una ciudad sobre otra en el número de los nacidos y muertos, deberá ser el exceso del número de los habitantes, y no hay medio más seguro de hallar este número en una ciudad populosa, que el de saber el de los que nacen y mueren en ella, con tal que se adopten las precauciones convenientes.

(2) Basta saber la diversidad de opiniones que ha reinado mucho tiempo sobre la población de París. Leonel Waffer, viajero inglés, creyó que en México había 300,000 almas; Gemelli opinó que eran 100,000; el misionero Tallandier 60,000; un viajero moderno que pasó a México después de haber visto toda Europa y los principales países de Asia, era de parecer que no había en México menos de 1.500,000 habitantes. Este disparató por exceso y Talandier por defecto.

(3) El pulque no se puede guardar para otro día, y cada día se consume todo el que se introduce. La nota del consumo diario de pulque y tabaco en México se ha tomado de una carta escrita por uno de los mejores calculadores de aquella aduana, escrita a 23 de febrero de 1775.

latos, algunos. ¿Y habrá quien dé más crédito al cálculo de Mr. de Paw que a las matrículas de aquella capital, y quien aprecie más el juicio de un prusiano moderno, tan extravagante en todo lo que escribe sobre la capital de México, que al de tantos escritores antiguos que por sí mismos la vieron y observaron?

De la capital de Tezcoco sabemos, por las cartas de Carlos V, que tenía cerca de 30,000 casas; mas esto debe entenderse de aquella parte de la población que propiamente se llamaba **Tezcoco**; pues comprendidas las otras tres ciudades de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que, según el mismo Cortés, podían considerarse como un solo pueblo, su circuito era mayor que el de México. Torquemada, apoyado en el testimonio de Sahagún y en el de los indios, asegura que en aquellas cuatro ciudades se contaban 140,000 casas, y si queremos disminuir la mitad de este número, todavía queda una población considerable. Ningún historiador habla de la de Tlacopan, aunque todos convienen en que era muy vasta. De la de Xochimilco sabemos que era la mayor de todas aquellas ciudades, después de las capitales. Cortés afirma que en Iztapalapan había de 12 a 15,000 hogares; en Mixcuic cerca de 6,000; en Huitzilopochco de 4 a 5,000; en Acolman, 4,000; otros tantos en Otompan y 3,000 en Mexicalzinco. Chalco, Azcapozalco, Coyoacan y Cuauhtitlan eran, sin comparación, mayores que estas últimas. Todos estos y otros muchísimos pueblos estaban edificadas en el valle de México, y su vista ocasionó no menos admiración que miedo a los españoles conquistadores, cuando por primera vez observaron desde las cimas de los montes aquel delicioso punto de vista. Lo mismo les sucedió cuando vieron a Tlaxcala. Cortés, en su carta a Carlos V, habla así de esta última ciudad: "Es tan grande y maravillosa, que aunque yo omita mucho de lo que pudiera decir, lo poco que diré parecerá increíble, porque es mayor y más poblada que Granada cuando se tomó a los moros, harto más fuerte, con tan buenos edificios y mucho más abundante en todo."

Del mismo modo se explica el conquistador anónimo: "Hay allí muchas grandes ciudades, y entre ellas la de Tlaxcala, que en algunas cosas se parece a Segovia y en otras a Granada; pero es más poblada que cualquiera de éstas." De Tzinpantzinco, ciudad de aquella república, dice Cortés (1) que habiéndose he-

(1) Cortés habla de esta ciudad sin nombrarla; pero del contexto se infiere que alude a ella. Torquemada lo dice expresamente.

cho el padrón por su orden, resultaron 20,000 casas. De Huexotlipan, que pertenecía al mismo Estado, dice que tenía de 4 a 5,000 hogares. En Cholula cuenta cerca de 20,000 casas y casi otras tantas en las poblaciones vecinas, que podían considerarse como sus arrabales. Huexotzinco y Tepeyacac eran émulas de Cholula en extensión. Estos son algunos de los pueblos que vieron los españoles antes de la Conquista, omitiendo otros muchos cuya importancia consta por la deposición de los mismos y de otros historiadores.

No menos se infiere la muchedumbre de habitantes de aquellos países, del innumerable concurso que se notaba en los mercados, de los grandes ejércitos que se armaban cuando era necesario y del gran número de bautismos que se confirieron después de la Conquista. En la Historia he hablado largamente del gentío que asistía a los mercados, fundándome en el dicho de muchos testigos oculares. Podría sospecharse alguna exageración en los conquistadores acerca del número de las tropas contra las cuales combatían; mas no así con respecto al de sus confederadas, pues cuanto mayor fuese el número de éstas, tanto menos difícil y glorioso debía parecer el triunfo. Y, sin embargo, el conquistador Ojeda contó 150,000 hombres en los ejércitos aliados de Tlaxcala, Cholula, Tepeyacac y Huexotzinco, cuando les pasó reseña en Tlaxcala para ir a la conquista de México. El mismo Cortés dice que las tropas aliadas que lo acompañaron a la guerra de Cuauhquechollan, pasaban de.... 100,000 hombres, y de 200,000, con mucho, los que lo ayudaron en el asedio de la capital. Por otra parte, los sitiados eran tantos, que habiendo muerto durante el asedio más de 150,000, como he dicho en la Historia, cuando los españoles se apoderaron de la ciudad y mandaron salir de ella a todos sus habitantes, por espacio de tres días y tres noches se vieron continuamente llenos los tres caminos de gente que iba a refugiarse a otros pueblos, como dice Bernal Díaz, que estuvo presente. En cuanto al número de bautismos, sabemos, por el testimonio de los mismos religiosos que se emplearon en la conversión de aquellos pueblos, que los niños y adultos bautizados solamente por los padres franciscanos (1) desde el año de 1524 hasta el de 1540, fueron más de 6.000,000, la mayor parte de los cuales eran

(1) Toribio de Benavente, o Motolinía, uno de aquellos religiosos, bautizó por sus manos más de 400,000 indios, de los que llevó cuenta escrita.

habitantes del valle de México y de las provincias vecinas. En este número no se incluyen los bautizados por los clérigos, por los dominicos, por los agustinos, entre los cuales y los franciscanos se dividió por entonces aquella abundantísima mies; y, por otro lado, es cierto que hubo innumerables indios que se mantuvieron obstinados en su gentilismo, o que no recibieron la fe de Cristo sino muchos años después. Las estrepitosas controversias suscitadas en aquellos países por algunos religiosos y sometidas a la decisión del Papa Paulo III, nos hacen ver que de resultas de la extraordinaria y nunca vista muchedumbre de catecúmenos, se vieron obligados los misioneros a omitir algunas ceremonias del bautismo, y entre ellas la de la saliva, pues se les secaban la boca, la lengua y las fauces.

Desde el descubrimiento de México hasta nuestros días, ha ido disminuyendo continuamente el número de indios. Además, de los infinitos millares de ellos que perecieron en el primer contagio de las viruelas en 1520 y en la guerra de los españoles, la epidemia de 1545 arrebató 80,000, y en la de 1576 murieron más de 2.000,000 sólo en la diócesis de México, Puebla de los Angeles, Michuacan y Oaxaca. Estos datos resultan de las notas presentadas por los curas al virrey. Sin embargo de esta vasta destrucción, el cronista Herrera, que escribió a fines del siglo XVI, dice, fundándose en los documentos enviados por el virrey de México, que en las diócesis de la Puebla de los Angeles y de Oaxaca, y en las provincias del obispado de México, próximas a la capital, se contaban en aquel tiempo 655 pueblos principales de indios y otros innumerables menores, dependientes de aquéllos, en los cuales había 900,000 familias de indios tributarios. Pero es necesario saber que en esta clase no se comprenden los nobles, los tlaxcaltecas, ni los otros indios de aquellos que ayudaron a los españoles en la Conquista, los cuales fueron exentos del tributo en atención a su nacimiento o a sus servicios. El mismo Herrera, bien instruido en estos asuntos, dice que en su tiempo se contaban en la capital 4,000 familias españolas y 30,000 casas de indios. Desde entonces ha ido disminuyendo el número de éstos y aumentando el de aquéllos.

Mr. de Paw responderá, como acostumbra, que todas las pruebas de que me he valido para demostrar la gran población de México valen menos que nada, pues aquellos documentos provienen de soldados toscos y perversos, o de religiosos igno-

rantes o supersticiosos; pero aunque mereciesen todos estos epítetos los escritores de cuya autoridad me he valido, lo que es enteramente falso, su uniformidad bastaría para darles gran valor. ¿Quién podrá creer que Cortés y los oficiales que con él firmaron sus cartas se atreviesen a engañar a su rey, pudiendo fácilmente ser desmentidos por tantos centenares de testigos, entre los cuales había muchos que los miraban con envidia y con odio? ¿Sería posible que tantos escritores, así españoles como indios, se pusiesen de acuerdo en exagerar la población de aquellos países, y que no hubiese uno solo entre ellos que respetase el juicio de la posteridad? De la veracidad de los primeros misioneros no cabe duda: fueron hombres de vida ejemplar y de gran doctrina, escogidos entre muchos para predicar el evangelio en aquel Nuevo Mundo. Algunos de ellos fueron profesores en las más célebres universidades de Europa; habían obtenido las primeras dignidades en sus respectivas órdenes y habían sido dignos del favor y de la confianza de Carlos V. Los honores a que renunciaron en Europa (1), y los que no aceptaron en América, manifiestan claramente el desinterés del celo que los animaba; su voluntaria y rígida pobreza; su continuo trato con Dios; sus indecibles fatigas en tantos y tan difíciles viajes, hechos a pie y sin recursos; su constancia en tantos y tan penosos ministerios, y, sobre todo, su caridad llena de compasión y dulzura para con aquellas afligidas naciones, harán siempre venerable su memoria en los países que edificaron con su predicación y con su ejemplo, a despecho de Mr. de Paw y de cualquiera otro maligno escritor, a quien basta reconocer en otro la calidad de religioso para despreciarlo e injurarlo. En los escritos de aquellos hombres inmortales se descubre un carácter tan poco equívoco de sinceridad, que no es posible dudar de la exactitud de sus noticias. Es verdad que a los ojos de Mr. de Paw cometieron un crimen imperdonable, cual fue el de quemar, como supersticiosas, la mayor parte de las pinturas históricas de los mexicanos. Yo aprecio mucho más que Mr. de Paw aquellas pinturas y me duele más que a él su destrucción; mas no por esto vilipendio a los autores de aquel deplorable incendio, ni ultrajo su memoria, pues aquel mal, a que los indujo un celo demasiado ardiente y no bien dirigido, no puede comparar-

(1) Entre los quince primeros misioneros franciscanos, hubo seis que renunciaron los obispados que les quiso conferir Carlos V.

se con los grandes bienes que en otros ramos hicieron, además de que algunos de ellos procuraron reparar aquella pérdida con sus escritos, y así lo hicieron Motolinía, Sahagún, Olmos y Torquemada.

Pero Mr. de Paw se ha empeñado de tal manera en disminuir la población de aquellos países, que llega a decir (¿quién lo creería?), en tono decisivo y magistral, que no había en todos ellos otra ciudad que la de México. Oigámoslo hablar para divertirnos un poco: “No habiéndose descubierto en todo el territorio mexicano algún vestigio de ciudades antiguas de indios, es claro que no había allí más que un solo lugar que tuviese alguna apariencia de ciudad, y éste era México, que los escritores españoles quisieron llamar la Babilonia de las Indias; pero ya hace tiempo que no nos engañan los nombres magníficos dados por ellos a las miserables aldeas de América.”

Cuantos historiadores han escrito de las cosas de México, afirman unánimemente que todas las naciones de aquel vasto imperio vivían en sociedad; que tenían muchas poblaciones grandes y bien ordenadas, designando por sus nombres las ciudades que vieron. Léanse las cuatro cartas de Cortés a Carlos V; la **Historia de la Conquista**, por Bernal Díaz del Castillo; la curiosa e ingenua relación del conquistador anónimo; los manuscritos de Motolinía, Sahagún y Mendieta; las obras del obispo Las Casas; las cartas de Pedro Alvarado, Diego Godoy y Nuño Guzmán, que se hallan en la Colección de Ramurio, todos ellos testigos oculares, a los que se deben añadir todos los historiadores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, principalmente los que he nombrado en el catálogo que se halla a la cabeza de esta obra. Los que viajaron por aquellas regiones en los dos siglos y medio que siguieron a la Conquista, vieron por sus ojos las poblaciones de que hablan los historiadores antiguos, en los mismos sitios que ellos habían indicado; así que, o Mr. de Paw se imagina que los historiadores anunciaron proféticamente las poblaciones futuras, o confesará que desde entonces estaban donde están ahora. Es cierto que los españoles han fundado muchas ciudades, como la Puebla de los Angeles, Guadalajara, Valladolid, Veracruz, Celaya, Potosí, Córdoba, León, etc.; pero éstas, con respecto a las fundadas por los indios, a lo menos en el territorio mexicano, están en la proporción de menos de uno a mil. Sus nombres, conservados hasta ahora, de-

muestran que no fueron españoles los que las fundaron, sino indios. Que estos pueblos, de que tantas veces hago mención en mi Historia, no eran miserables aldeas, sino grandes poblaciones y ciudades bien construidas, como las de Europa, consta por el dicho de todos los escritores que las vieron.

Mr. de Paw quisiera que se le enseñasen vestigios y ruinas de las ciudades antiguas; algo más le enseñaremos si quiere; esto es, ciudades antiguas existentes todavía. Y, sin embargo, si se obstina en querer vestigios, vaya a Texcoco, a Otumba, a Tlaxcala, a Cholula, a Huexotzinco, a Cempoala, a Tula, etc., y verá tantos que no podrá dudar de la grandeza de las ciudades americanas.

Este gran número de ciudades y de lugares habitados, a pesar de la muchedumbre de personas que morían anualmente en los sacrificios y en las continuas guerras de aquellos pueblos, es una prueba irrecusable de la gran población del imperio de México y de los otros países de Anáhuac. Si nada de esto basta a convencer a Mr. de Paw, le aconsejo caritativamente que se meta en un hospicio.

Los argumentos de que me he valido contra este escritor, pueden servir también para responder al Dr. Robertson, el cual, viendo tantos testigos contrarios a su parecer, echa mano de un subterfugio semejante al del calor de la imaginación, que empleó hablando de los trabajos de fundición elogiados por tantos historiadores. Tratando de la sorpresa que produjo en los españoles la vista de las ciudades del territorio de México, dice así en el libro VII de su Historia: "En el primer arrebató de su admiración, compararon a Cempoala, aunque ciudad de segunda o tercera clase, con algunas de las principales de su país. Cuando después vieron sucesivamente a Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Texcoco y México, creció tanto su asombro, que exageraron su grandeza y población hasta los límites de lo increíble. Conviene, por tanto, disminuir gran parte de lo que dicen acerca del número de habitantes en aquellos pueblos, y rebajar algo el cálculo de su población." Así lo manda Robertson, y yo estoy dispuesto a obedecerlo. Si los españoles hubieran escrito sus cartas, historias y relaciones en el primer arrebató de su admiración, podría sospecharse que el asombro los indujo a exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el primero de los historiadores de México, en cuanto a la antigüedad, no escribió su primera car-

ta al emperador sino año y medio después de su llegada al continente de América; el conquistador anónimo, algunos años después de la Conquista; Bernal Díaz del Castillo, después de más de cuarenta años de continua permanencia en el territorio mexicano, y así los otros. ¿Es posible que durase un año, veinte, y más de cuarenta años aquel primer arretrato? ¿Y de dónde pudo provenir su asombro? Oigámoslo del mismo Dr. Robertson: "Los españoles, acostumbrados a esta clase de habitaciones (cabañas aisladas) entre las tribus salvajes, de que ya tenían noticia, quedaron atónitos al entrar en la Nueva España y al ver a los habitantes reunidos en grandes ciudades semejantes a las de Europa." Pero Cortés y sus compañeros, antes de ir a México, sabían muy bien que aquellos pueblos no eran salvajes y que sus casas no eran cabañas; porque todos los que un año antes habían hecho aquel viaje con Grijalva, sabían que los indios tenían bellas poblaciones compuestas de casas bien hechas, de cal y canto, con altas torres, como dice Bernal Díaz, cuya autoridad es de tanto peso por ser hombre sincero y haber visto las cosas que describe. No era, pues, aquella la causa de su asombro, sino la verdadera grandeza y muchedumbre de las ciudades que se ofrecían a sus ojos. "No es extraño, añade Robertson, que Cortés y sus compañeros, poderosamente excitados a ponderar las cosas para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, cayesen en el error común de traspasar en sus descripciones el límite de la verdad." Pero Cortés no era loco y conocía que con exagerar el número de sus aliados, en lugar de exaltar su propio mérito, disminuía la gloria de sus conquistas; sin embargo, confiesa muchas veces que en sus empresas lo auxiliaron 80,000 y 100,000 y 200,000 aliados; y así como estas ingenuas confesiones manifiestan su sinceridad, así también aquellos numerosos ejércitos demuestran la gran población del país. Además, el Dr. Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mexicanas, fue solamente por conjetura y calculando a ojo; pero no fue así, pues el mismo Cortés asegura, en su primera carta al emperador Carlos V, que había mandado hacer la matrícula de las casas que comprendía el distrito de la república de Tlaxcala, y que resultaron 150,000, y más de 20,000 en la ciudad de Tzimpantzinco.

DISERTACION VIII

RELIGION DE LOS MEXICANOS

EN esta Disertación no pienso habérmelas, como en las otras, con Mr. de Paw, pues reconoce ingenuamente la semejanza que hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del continente antiguo, en materia de religión. “Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice, han tenido una semejanza notable con las que han adoptado las naciones del continente antiguo, no he hablado de estos despropósitos sino para hacer una comparación entre unas y otras, y para hacer ver que a pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante e invariable.” Si hubiera hablado con este juicio en otras ocasiones, me hubiera ahorrado el trabajo de sostener tantas disputas y hubiera evitado las graves censuras que han hecho de sus investigaciones algunos sabios de Europa. Yo me dirijo en este trabajo a los que, por ignorancia de lo que ha pasado y pasa en el mundo, o por falta de reflexión, se han espantado tanto al leer en la historia de México la crueldad y la superstición de aquellos pueblos, como si fuera una cosa jamás vista ni oída en el mundo. Les haré ver el error que padecen y demostraré que la religión de los mexicanos fue menos supersticiosa, menos indecente, menos pueril y menos irracional que la de las más cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad se hallan ejemplos, y quizás más atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religión natural depende principalmente de la idea que los hombres se forman de la Divinidad. Si conciben al Ser Supremo como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre todas sus criaturas, las prácticas religiosas estarán llenas de demostraciones de amor y de respeto; si, por el contrario, se presenta como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si los hombres creen en un Ser Omnipotente,

tente, su veneración se dirigirá a uno sólo; pero si se le atribuye un poder limitado, se multiplicarán los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y la pureza de su esencia, se implorará su protección con un culto puro y santo; pero si se cree sometido a las imperfecciones y a los vicios de los hombres, la religión consagrará los delitos.

Comparemos, pues, la idea que los mexicanos tenían de sus dioses con la que se habían formado de sus númenes los griegos, los romanos y las naciones cuya religión imitaron los unos y los otros, y en breve reconoceremos las ventajas de los mexicanos en esta parte, con respecto a todas las naciones antiguas. Es cierto que dividían el poder entre varios númenes, suponiendo reducida a ciertos límites la jurisdicción de cada uno. “No dudo, decía el rey Moteuczoma al conquistador Cortés en una conferencia que tuvieron sobre religión, yo no dudo de la bondad del dios que adoráis; pero si él es bueno para España, nuestros dioses son buenos para México.”

“Nuestro dios **Camaxtle**, decían al mismo Cortés los tlaxcaltecas, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa **Matlalcueye** nos da la lluvia que los campos necesitan y nos preserva de las inundaciones del río **Zahuapan**. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de que gozamos;” pero no los creían tan impotentes como los griegos y los romanos creían a los suyos. Los mexicanos no tenían más que un numen bajo el nombre de **Centeotl** para la protección del campo y de los sembrados; y aunque amaban cordialmente a sus hijos, se contentaban con ponerlos bajo el patrocinio de una sola divinidad. Los romanos, además de la diosa **Ceres**, empleaban sólo en el cuidado del trigo a **Seja**, que protegía el grano sembrado; **Proserpina**, el grano nacido; **Nodoto**, los nudos del tallo; **Volatina**, los retoños; **Patelena**, las plantas ya espigadas; **Flora**, las flores; **Ostulina**, las espigas; **Segesta**, los granos nuevos; **Lactancia**, los granos en leche; **Matura**, el grano maduro; **Tutano** o **Tutilina**, el grano guardado en los graneros; a los que debe añadirse **Sterculio**, que corría con los abonos y estercoleiros; **Priapo**, que ahuyentaba los pájaros; **Rubigo**, que preservaba los sembrados de los insectos, y las ninfas **Napeas**, que suministraban el jugo nutritivo.

Para los niños tenían el dios **Ope**, que favorecía al recién nacido y lo recogía en su seno; **Vaticano**, que le abría la boca

cuando lloraba; **Levano**, que lo alzaba del suelo; **Cunina**, que guardaba la cuna; las **Carmentas**, que vaticinaban su suerte futura; **Fortuna**, que le daba prosperidad en los sucesos; **Rumina**, que introducía el pezón del pecho de la madre en la boca del niño; **Potina**, que cuidaba de darle de beber; **Educa**, a quien tocaba velar sobre sus primeros alimentos; **Faventia**, que lo calentaba con el vaho; **Venilia**, que animaba sus esperanzas; **Volupia**, que procuraba divertirlo; **Agenoria**, que observaba y guiaba sus operaciones; **Stimula**, que le daba viveza; **Strenua**, que lo hacía valiente; **Numeria**, que le hacía aprender las cuentas; **Camena**, que le enseñaba a cantar; **Conso**, que le daba consejos; **Sencia**, que le inspiraba resolución; **Juventa**, que patrocinaba el principio de la juventud, y **Fortuna barbata**, que desempeñaba las importantes funciones de hacer crecer la barba. ¿Quién creerá que la custodia de las puertas necesitaba de tres númenes celestes, que eran **Forculo**, **Carna** y **Limentino**? “*Ita, exclama San Agustín, ita non poterat Forculus, simul fores, et cardinem, limenque servare.*” ; Tan mezquino era a los ojos de los romanos el poder de sus dioses! Aun los nombres que daban a muchos de ellos manifiestan el triste concepto en que los tenían sus adoradores. ¿Pueden imaginarse nombres más indignos de una divinidad que **Júpiter Pistor**, **Venus Calva**, **Pecunia**, **Caca**, **Subigus** y **Cloacina**? ¿Quién había de creer que este último nombre serviría para convertir en diosa una estatua encontrada por Tacio en la principal cloaca de Roma? ¿No es esto burlarse de la religión y hacer viles y despreciables los dioses que se adoraban? “*Quoe ista religionum derisio est?*, preguntaba con razón Lactancio. *Si earum defensor essem, quid tan graviter queri possem, quam deorum numen in tantum venisse contemptum, ut turpissimis nominibus ludibrio habeatur? Quis non rideat FORNACEM Deam? Quis cum audiat deam MUTAM risum tenere queat?, colitur et CACA, etc.*”

Pero en nada mostraron tanto los griegos y los romanos la opinión que tenían de sus númenes, como en los vicios que les atribuían. Toda su mitología es una larga serie de atentados; toda la vida de sus dioses se reducía a rencores, venganzas, incestos, adulterios y otras pasiones bajas capaces de infamar a los hombres más viles. Jove, aquel padre omnipotente, aquel principio de todas las cosas, aquel rey de los hombres y de los dioses, como lo llamaban los poetas, se muestra unas ve-

ces en figura humana para tratar con Alcumena; otras disfrazado de sátiro, para gozar de Antiope; otras de toro, para arrebatarse a Europa; otras de cisne, para abusar de Leda, y, en fin, en forma de lluvia de oro para corromper a Danae, y de otros mil modos para satisfacer sus perversos designios. Entretanto, la gran diosa Juno, rabiosa de celos, no piensa más que en vengarse de su infiel esposo. De este mismo calibre eran los otros dioses inmortales, especialmente los mayores o escogidos, como ellos los llamaban: "Escogido's, dice San Agustín, por la superioridad de sus vicios; no ya por la excelencia de sus virtudes." ¿Y qué buenos ejemplos podían contar de sus dioses aquellas gentes, que mientras se jactaban de dar a los hombres lecciones de virtud sólo consagraban en sus altares desórdenes, maldades y flaquezas? ¿Qué otro mérito tenían entre los griegos **Leena**, y entre los romanos **Lupa**, **Faula** y **Flora**, sino el de haber sido famosas prostitutas? De aquí nace el haber habido varios númenes encargados de los más infames y vergonzosos empleos. Véanse en el libro VI de la **Ciudad de Dios**, de San Agustín, que yo no tengo valor para ponerlos a la vista de mis lectores.

¿Y qué diremos de los egipcios, que fueron los creadores de la superstición? Sabido es lo que de ellos dice Lucano:

Nos in templa tuam Romana accepimus Isin;
Semiscanesque Deos est sistra moventia luctum.

No sólo daban culto al buey, al perro, al lobo, al gato, al codrilo, al esperaván y a otros animales semejantes, sino a las cebollas y a los ajos; lo que dió motivo a la célebre expresión de Juvenal:

O sanctas gentes, quibus hic nascuntur in hortis Numina.

No satisfechos con esto, celebraban la apoteosis de las cosas más indecentes. El detestable casamiento de hermano con hermana se creía autorizado con el ejemplo de sus dioses.

Harto diversa de ésta era la idea que tenían de sus númenes los mexicanos; no se halla en toda su mitología la más pequeña traza de aquellas estupendas perversidades con que los otros pueblos infamaron a los suyos. Los mexicanos honraban la virtud, y no el vicio, en los objetos de su veneración religio-

sa: en **Huitzilopochtli**, el valor; en **Centeotl** y en otros, la beneficencia; en **Quetzalcoatl**, la castidad, la justicia y la prudencia. Aunque tenían númenes de ambos sexos, no los casaban ni los creían capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en los dioses griegos y romanos. Suponían en ellos una suma aversión a toda especie de delitos, por lo que el culto se dirigía a templar su cólera, provocada por los pecados de los hombres y a granjearse su protección con el arrepentimiento y con los obsequios religiosos.

Conforme en un todo a estos principios fundamentales, eran los ritos que practicaban en las funciones del culto público y privado. La superstición era común a todas las naciones de Anáhuac; pero la de los mexicanos era menos pueril que la de los pueblos antiguos; para convencerse de ello, basta comparar los agüeros de unos y otros. Los astrólogos mexicanos observaban los signos y caracteres del día para sus casamientos, viajes, y, en general, para todas sus operaciones, como los astrólogos de Europa observan la posición de los astros para vaticinar la ventura de los hombres. Los unos y los otros miraban con el mismo temor los eclipses y los cometas, como precursores de alguna gran calamidad, porque esta preocupación ha sido general en todo el mundo. Todos se amedrentaban al oír el silbido de una ave nocturna: errores vulgares de uno y otro continente, que no han desaparecido de muchos pueblos de la cultísima Europa. Pero todo lo que sabemos de los americanos en este ramo, no puede compararse con lo que nos dicen de los antiguos romanos sus mismos historiadores y poetas. Las obras de Tito Livio, de Plinio, de Virgilio, de Suetonio, de Valerio Máximo y de otros escritores juiciosos (que no pueden leerse sin compasión), hacen ver a qué exceso llegó la pueril superstición de los romanos en sus agüeros. No había animal entre los cuadrúpedos, entre las aves y entre los reptiles de que no sacasen alguna predicción para el porvenir. Si el ave volaba hacia la izquierda, si graznaba el cuervo o la corneja, si el ratón probaba la miel, si la liebre cruzaba el camino, era inevitable la proximidad de alguna gran desventura. Hubo ocasión de hacerse la expiación, o sea lustración de la capital del mundo, sólo porque había entrado un buho en el capitolio. Así lo refiere Plinio: *Buho funebris et maxime abominatus publice precipui auspiciis. . . capitolie cellam ipsam intravit, Sex. Papellio Istro, L.*

Pedanio coss. propter quod nonis Martiis urbs lustrata est eo anno. Y no sólo los animales, sino las cosas más ruines y despreciables bastaban a inspirarles un temor supersticioso: como si estando comiendo se derramaba el vino o la sal, o caía al suelo algún fragmento de manjar. ¿No era cosa admirable el ver a un señor arúspice, personaje de alta gerarquía, ocupado seriamente en observar los movimientos de las víctimas, el estado de sus entrañas y el color de su sangre, para pronosticar, en virtud de aquellos datos, los principales sucesos de la más poderosa nación de la tierra? “Me maravillo, decía el gran Cicerón, de que no se ría un arúspice cuando encuentra a otro.” ¿Puede haber, en efecto, cosa más ridícula que la adivinación que llamaban *Tripudium*? ¿Quién creerá que una nación, por una parte tan ilustrada y por otra tan guerrera, llevaba consigo en sus ejércitos, como cosa importantísima para la felicidad de sus armas, una jaula llena de pollos, y que las tropas no osaban aventurar una acción sin consultarlos antes? Si los pollos no probaban la masa que se les ponía delante, era mala señal; si, además de no comerla, se salían de la jaula, peor; si la comían ansiosamente, no había nada que temer, pues la victoria era segura. Así que, el medio más eficaz para conseguir el triunfo, hubiera sido dejar sin comer a los pollos un par de días antes de consultarlos.

A estos excesos llega el espíritu humano cuando se abandona a sus propias luces. La experiencia de los torpes errores, de la ridícula puerilidad y de las monstruosas abominaciones en que han incurrido las naciones más cultas del gentilismo, nos hace ver que no podemos esperar la verdadera y santa religión sino de la eterna sabiduría. A ella toca revelar la verdad que debemos creer, y dictar el culto que debemos practicar. Si el gravísimo negocio de la religión se confía a la débil razón humana, de cuya miseria tenemos tanta experiencia, se presentarán a nuestra mente los mayores absurdos como dogmas verdaderos, y el culto debido al Ser Supremo vacilará entre los escollos de la impiedad y de la superstición. ¡Pluguiese a Dios que esos mismos filósofos de nuestro siglo, que tanto ponderan la fuerza de la razón, no nos diesen en sus obras tantas pruebas de su imbecilidad!

Pero al fin, americanos, griegos, romanos y egipcios, todos eran supersticiosos y pueriles en la práctica de su religión; mas

no todos eran indecentes en sus ritos, pues en los de los mexicanos no se halla el menor vestigio de aquellas abominaciones tan comunes entre los romanos y otras naciones de la antigüedad. ¿Puede haber nada más impuro que las fiestas eleusinas de los griegos, las que celebraban los romanos en honor de Venus, en las calendas de abril, y, sobre todo, aquellos obscenísimos juegos que se hacían en honor de Cibele, de Flora, de Baco y de otros númenes, escándalos contra los cuales declamaron tantas veces los padres de la Iglesia y muchos prudentes romanos? ¿Hay algo que pueda compararse en obscenidad con aquel rito que se hacía con la estatua de Priapo en las ceremonias nupciales? ¿Y cómo era posible que celebrasen de otro modo las fiestas de aquellos dioses incestuosos y adúlteros? ¿Y cómo podían avergonzarse ellos mismos de los vicios que consagraban en sus divinidades?

Es cierto que aunque en los ritos de los mexicanos no había demostraciones impuras, intervenían en ellos algunas ceremonias que podían suponer flaquezas y miserias en los dioses a que se dirigían, como era la de untar los labios de los ídolos con sangre de las víctimas; pero, ¿no hubiera sido peor darles bofetones, como hacían los romanos con la diosa Matuta en las fiestas matrales? Supuesto el error de unos y otros, menos irracionales eran ciertamente los mexicanos, dando a los dioses un licor que, según los principios de su religión, debía serles agradable, que los romanos haciendo con los suyos un acción que se tiene por grave afrenta entre todos los pueblos del mundo.

Lo que llevo dicho hasta ahora, aunque basta para demostrar que la religión de los mexicanos era menos digna de censura que la de los romanos, griegos y egipcios, es nada en comparación de lo que podría añadir si no temiese dar molestia a mis lectores. Por otra parte, veo que hay muchos puntos que deberían entrar en comparación: por ejemplo, los sacrificios, en los cuales confieso que los mexicanos eran sanguinarios, bárbaros y crueles. Pero cuando considero lo que han hecho las otras naciones de la tierra, me confundo al reconocer la miseria del hombre y los errores deplorables en que se precipita cuando no está guiado por las luces de la verdadera religión, y doy infinitas gracias al Altísimo porque se ha dignado preservarme de tantas calamidades.

No ha habido casi ninguna nación en el mundo que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los libros santos nos dicen que los ammonitas quemaban a sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacían otros pueblos de la tierra de Canaam. Los israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el libro IV de los Reyes que Achaz y Manasés, reyes de Judá, usaron aquel rito gentilico de pasar a sus hijos por las llamas. La expresión del texto sagrado parece indicar más bien una lustración o consagración, que un holocausto; pero el Salmo CV no nos permite dudar que los israelitas sacrificaban realmente sus hijos a los dioses de los cananeos, no bastando a retraerlos de aquella bárbara superstición los estupendos y evidentes milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios: **Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum esi illis in scandalum. Et inmolaverunt filios suos, et filias suas Daemoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiorum suorum, et filiarum suarum quas inmolaverant sculptilibus Chanaam, et infecta est terra in sanguinibus.**

De los egipcios sabemos, por el testimonio de Manetón, sacerdote e historiador célebre de aquella nación, citado por Eusebio de Cesárea, que cada día se inmolaban tres víctimas humanas en Heliópolis sólo a la diosa Juno. Y no eran solos los ammonitas, los cananeos y los egipcios los que obsequiaban de un modo tan inhumano a sus dioses Moloch, Belfegor y Juno, pues los persas hacían iguales sacrificios a Mitra o el Sol; los fenicios y los cartagineses, a Baal o Saturno; los cretenses, a Jove; los lacedemonios, a Marte; los focenses, a Diana; los habitantes de Lesbos, a Baco; los tesalios, al centauro Quirión y a Peleo; los galos, a Eso y a Teutate (1); los bardos de la Germa-

(1) Cierta autor francés, movido por un ciego amor a su patria, niega redondamente que los galos hiciesen sacrificios de víctimas humanas; pero sin alegar razón alguna que baste a desmentir el testimonio de César, de Plinio, de Suetonio, de Diódoro, de Estrabón, de Lactancio, de San Agustín y de otros graves autores. Basta a confundirlo la autoridad de César, que conocía bien aquellos países. "Natio est omnis Gallorum admodum dedita religionibus, atque ob eam causam, que sunt affecti gravioribus morbis, quique in proelio periculisque versantur, aut pro victimis hominis immolant, aut se immolatuos vovent, administris ad ea sacrificia Druidibus; quod pro vita hominis, nisi vita hominis reddatur, non posse aliter Deorum immortalium numen placari arbitrantur; publiceque ejusdem ge-

nia, a Triston, y así otras naciones a sus dioses tutelares. Filón dice que los fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecían en sacrificio, a su inhumano Baal, los hijos que más amaban; y Curcio afirma que lo mismo hicieron los tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razón. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agatocles, rey de Siracusa, para aplacar a su dios, que creían irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, además de 300 jóvenes que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses y de su amor a la patria; y, según asegura Tertuliano, que, como africano y poco posterior a aquella época, debía saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, según dice Suetonio.

Los pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban, para obedecer a un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos, que fueron tan sanguinarios como supersticiosos, conocieron también aquellos sacrificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa Mania, madre de los Lares, para implorar de ella la felicidad de sus casas. Indújolos a esta práctica, según dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundación de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos: **DCLVII demun anno urbis Cn. Corn. Lentulo, Licinio Coss. Senatus consultum factum est, ne homo immolaretur.** Mas no por esta prohibición cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara superstición, pues Augusto, según afirman varios escritores citados por Suetonio, después de la toma de Perusia, donde se había fortificado el cónsul L. Antonio, sacrificó en honor de su tío Julio César, divinizado ya por los romanos, 300 hombres, parte senadores y

neris habent instituta sacrificia. Alii immani magnitudine simulacra habent: quorum contextaviminibus membra vivis hominibus complent, quibus succensis circumventi flamma examinantur homines. Supplicia eorum qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sint comprehensi, gratiora Diis immortalibus esse arbitrantur. Sed cum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt.”—Lib. VI de Bello Gallico.—Por este pasaje se echa de ver que los galos eran algo más crueles que los mexicanos.

parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios: *Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniam, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam, trecentos ex dedititiis electos, utriusque ordinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martiis victimarum more mactatos. Lactancio Firmiano, que conocía a fondo la nación romana y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente que aun en sus tiempos se hacían aquellos sacrificios en Italia al dios Lacial: *Nec Latini quidem hujus inhumanitatis expertes fuerunt: siquidem Latialis Jupiter etiam nunc sanguine colitur humano. Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabón cuenta en el libro III que los lusitanos sacrificaban los prisioneros, cortándoles la mano derecha para consagrarla a sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agujeros; que todos los habitantes de los montes sacrificaban también a los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento a ciento aquellas víctimas al dios Marte; y hablando en general, dice que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los béticos, sus antepasados, a saber: que después de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte a sí mismos; lo que él elogia como una acción heroica:**

*Prodiga gens animae et properare facillima mortem;
Nanque, ubi transcendenti florentes viribue annos,
Impatiens aevi spernit veniss senectam,
Et fati modus in dextera est.*

¿Quién diría que esta manía de los béticos había de ser después una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo a tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los godos, que ocuparon la España, dice así: "Porque estaban persuadidos que no tendría buen éxito la guerra si no ofrecían sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y también acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban." Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la Historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrían maravillado tanto de los sacrificios de los mexicanos.

Si se quieren más ejemplos, consúltese a Eusebio de Cesárea en el libro IV de **Preparatione Evangelica**, donde se hallará un largo catálogo de las naciones que acostumbraban hacer aquellos bárbaros sacrificios, pues a mí me basta lo que he dicho para demostrar que los mexicanos no han hecho más que seguir las huellas de los pueblos más célebres del continente antiguo, y que sus ritos no fueron más crueles ni más absurdos que los que éstos practicaban. ¿No es mayor inhumanidad la de sacrificar sus conciudadanos, sus hijos, y darse muerte a sí mismo, que la de inmolar los prisioneros de guerra, como los mexicanos hacían? Jamás mancharon éstos los altares con sangre de sus compatriotas, excepto con la de los reos de muerte, y muy raras veces con la de algunas mujeres de altos personajes, a fin de que los acompañasen en el otro mundo. La respuesta que dió Moteuczoma a Cortés cuando éste le echaba en cara la crueldad de sus sacrificios, da a entender que aunque sus sentimientos no eran justos, eran menos bárbaros que los de las naciones antiguas cuyos ejemplos he citado. “Nosotros, le dijo, tenemos derecho de quitar la vida a nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la acción, como vosotros hacéis con los vuestros, ¿y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte a nuestros dioses?”

La frecuencia de estos sacrificios no fue ciertamente menor en Egipto, en Italia, en España y en las Galias, que en México. Si sólo en la ciudad de Heliópolis se sacrificaban anualmente, según dice Manetón, más de mil víctimas humanas a la diosa Juno, ¡cuántas no serían las sacrificadas en las otras ciudades de Egipto a la famosa diosa Isis y a los otros innumerables númenes de aquella supersticiosa nación! ¿Qué no harían los pelasgos, que consagraban a sus dioses la vida de la décima parte de sus hijos? ¿Qué número de hombres no se habrá consumido en aquellas hecatombes de los antiguos habitantes de España? ¿Y qué diremos de los galos, que, no contentos con la muerte de los prisioneros de guerra y de los malhechores, la daban también a los inocentes, como lo hemos visto en el citado pasaje de César? Además, que ya he probado que los escritores españoles exageraron el número de las víctimas sacrificadas en México.

Los humanísimos romanos, que tenían escrúpulo en observar las entrañas de los hombres (1), aunque prohibieron al fin estos sacrificios al cabo de seis siglos y medio de fundada su capital, siguieron permitiendo con demasiada frecuencia el sacrificio gladiatorio. Doy este nombre a los bárbaros combates que servían de diversión al pueblo, siendo al mismo tiempo uno de los deberes prescritos por la religión. Además de la sangre humana que se derramaba en los juegos del circo y en los convites, no era poca la que regaba los funerales de la gente rica, sea en los combates de los gladiadores, sea dando muerte a algunos prisioneros para aplacar los manes del difunto. Y tan persuadidos estaban de la necesidad de sangre humana en aquellas ocasiones, que cuando las facultades de la familia no permitían comprar gladiadores ni prisioneros, se pagaban lloronas para que con las uñas se sacasen sangre de las mejillas. ¡Cuál no habrá sido el número de infelices inmolados por la superstición romana en tantos funerales, especialmente reinando en esto cierta emulación, pues los unos querían superar a los otros en el número de gladiadores y prisioneros que debían solemnizar con su muerte la pompa fúnebre! Este espíritu sanguinario de los romanos fue el que tantos estragos hizo en los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, y el que muchas veces inundó a Roma con sangre de sus propios ciudadanos, y particularmente durante las horrendas proscripciones que tanto obscurecieron las glorias de aquella famosa república.

No sólo fueron crueles los mexicanos para con sus prisioneros: lo fueron también consigo mismos, como se echa de ver en las austeridades que usaban y que refiero en mi Historia. Pero el sacarse sangre, con las espigas de maguey, de la lengua, de los brazos y de las piernas, como hacían todos, y el agujerarse la lengua con pedazos de caña, como hacían los más rigurosos, parecerán mortificaciones ligeras, comparadas con aquellas espantosas y horribles penitencias de los fanáticos de la India Oriental y del Japón, cuyos pormenores no pueden leerse sin horror. ¿Quién osará poner la crueldad de los más famosos Tlamacazques de México y de Tlaxcala al nivel de la que prac-

(1) "Adspici humana exta nefas habetur."—Plin. Hist. Nat., lib. XXXVIII, cap I.

ticaban los sacerdotes de Cibeles y de Belona? (1) ¿Cuándo se vió a los mexicanos destrozarse los miembros, arrancarse la carne con los dientes y castrarse en honor de sus dioses, como hacían los sacerdotes de la primera de aquellas dos divinidades?

Finalmente, los mexicanos no sólo sacrificaban víctimas humanas, sino que comían su carne. Confieso que en esto fueron más bárbaros que otras muchas naciones; pero no forman una excepción de toda la especie humana, pues no faltan ejemplos de esta clase en el antiguo continente y aun en los pueblos que se han llamado cultos. “Aquel uso horrible, dice el historiador Solís, de comerse los hombres unos a otros, se vió antes en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa en sus anales la Galicia.” Además de los antiguos africanos, entre cuyos descendientes hay todavía muchos antropófagos, es cierto que lo fueron muchas de aquellas naciones comprendidas bajo la común denominación de *scitas*, y aun los antiguos pobladores de la Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivían en tiempo de Antioco el Ilustre, escribe Apion, historiador egipcio (no griego, como dice Mr. de Paw), que cebaban un prisionero para comerlo al cabo de un año. Del famoso Anníbal, cuenta Tito Livio que dió a comer carne humana a sus soldados para inspirarles valor. Plinio reconviene amargamente a los griegos por el uso que tenían de comer todas las partes del cuerpo humano, creyendo poder curar de este modo diversas enfermedades: **Quis invenit singula membra humana mandere? Qua conjectura inductus? Quam potest medicina ista originem habuisse? Quis beneficia innocentiora**

(1) “Deae Magnae Sacerdotes, qui Calli vocabantur, virilia sibi amputabant et furore perciti caput rotabant cultrisque faciem musculosque totius corporis disecabant.”—Aug., *De Civit Dei*, lib. II, cap. 7.

“Ille viriles sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ubi iratos deos timent qui sic propitios merentur? Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsae furor, ut sic Dii placentur, quemadmodum ne homines quidem saeviunt teterrimi, et in fabulas traditi crudelitatis Tyranni lacerantur aliquorum membra: neminem sua lacerare jusserunt. In regiae libidinis voluptatem castrati sunt quidam, sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino manus intulit. Se ipsi in templis contrucidant, vulneribus suis ac sanguine supplicant. Si cui intueri vacet quae faciunt, quaeque patiuntur, inveniet tam indecora honestis, tam indigna liberis, tan dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus furere eos, si cum paucioribus furerent: nunc sanitatis patrociniū insanientium turba est.”—Senec., lib. de superst.

fecit quam remedia? Esto, barbari externique ritus invenerint: etiamne Graeci suas fecere has artes?" ¿Qué extraño es, pues, que los mexicanos ejecutasen por máxima de religión lo que los griegos usaban por medicina? Pero no: estoy muy lejos de hacer la apología de los mexicanos en este punto, pues en él fueron más bárbaros que los romanos, los egipcios y las otras naciones cultas; mas, por lo demás, no puede dudarse, en vista de lo que ya hemos visto, que su religión fue menos supersticiosa, menos ridícula y menos indecente que la de aquellos pueblos.

DISERTACION IX

ORIGEN DEL MAL VENEREO

EN la presente Disertación no tengo que disputar tan sólo con Mr. de Paw, sino con casi todos los europeos, entre los cuales está muy propagada la opinión de que el mal venéreo debe su origen al Nuevo Mundo, recurso que tomaron las naciones de Europa, como de común acuerdo, después de haberse estado echando en cara, unas a otras, por espacio de treinta años, el origen de tan vergonzosa enfermedad. Yo incurriría, sin duda, en la nota de temerario, al querer combatir una creencia tan general, si los argumentos de que voy a echar mano y el ejemplo de dos europeos modernos no justificasen en algún modo mi osadía (1). Como entre los defensores de la opinión dominante, el principal, el más famoso y el que más y con más erudición ha escrito sobre el asunto es Mr. Astruc, docto médico francés, a él dirigiré la mayor parte de mis objeciones, sirviéndome a este fin, con alguna frecuencia, de los mismos materiales que me suministra su obra. Esta se intitula **De Morbis Venereis**, y la edición de que me he valido es la de Venecia.

OPINION DE LOS MEDICOS ANTIGUOS ACERCA DEL MAL VENEREO

En los primeros treinta años después que empezó a sentirse en Italia el mal venéreo, no hubo un solo escritor que atribuyese su origen a América, como demostraré después. Todos los que escribieron antes de 1525 y aun algunos de los que escribieron después, lo atribuyen a diversas causas, cuya enumera-

(1) Estos dos autores antiguos son Guillermo Becket, cirujano inglés, y Antonio Rivero Sánchez. Becket escribió tres disertaciones para probar que el mal venéreo era ya conocido en Inglaterra desde el siglo XIV. Rivero escribió una disertación, impresa en París en 1765 con este título: *Dissertation sur l'origine de la Maladie Venerienne, dans la quelle on prouve*

ción excitará sin duda en nuestros lectores, a veces la compasión y a veces la risa.

Algunos de los primeros médicos de los que entonces vivían, como Coradino Gilini y Gaspar Torella, se persuadieron, según las ideas dominantes en aquel tiempo, que el mal venéreo procedía de la conjunción del Sol con Jove, Saturno y Mercurio en el signo de la Libra, ocurrida el año de 1483. Otros, guiados por el célebre Nicolo Leoniceno, le dan por causa las lluvias abundantísimas y las grandes inundaciones que se experimentaron en Italia el año en que empezó el contagio. Así se explica aquel autor: *itaque dicimus, malum hoc, quod MORBUM GALLICUM vulgo appellant, inter epidemias deberi connumerari. . . Illud satis constat, eo anno magnam aquarum per universam Italiam fuisse exuberantiam. . . aestivam autem ad illam venisse intemperiem calidam scilicet et humidam.*

Juan Manardi, docto profesor de la universidad de Ferrara, atribuyó el origen de la enfermedad al comercio impuro de un caballero valenciano leproso con una mujer pública. El leproso, según Paracelso, era francés. Antonio Musa Brasavola, sabio escritor ferrarés, dice que el mal venéreo tuvo principio en una mujer pública que se hallaba en el ejército de los franceses en Nápoles y que tenía un tumor en el útero.

Gabriel Fallopio, famoso médico de Modena, cuenta que, siendo pocos los españoles en la guerra de Nápoles, y los franceses muchos, aquéllos envenenaron una noche el agua de los pozos de que se surtían sus enemigos, de cuyas resultas empezó el contagio.

Andrés Casalpino, médico de Clemente VII, dice haber sabido, por los que se hallaron en la guerra de Nápoles, que cuando los franceses sitiaban un pueblo inmediato al Vesubio, llamado Somma, donde hay una gran abundancia de excelente vino griego, los españoles sitiados se escaparon secretamente durante la noche, dejando una gran cantidad de aquel vino mezclado con sangre de los que padecían el mal de San Lázaro, y que en-

qu'elle n'a point été portée de l'Amerique. Habiendo leído este título en el catálogo de los libros y manuscritos españoles del tomo IV de la *Historia* de Robertson, he buscado la obra en muchas ciudades de Europa y no he podido encontrarla, ni sé si el autor es español o portugués, como lo indica su apellido, o nacido en Francia, de padres españoles o portugueses.

trando inmediatamente los franceses, bebieron el vino y empezaron de allí a poco a sentir los efectos del mal venéreo.

Leonardo Fioravanti, médico boloñés, dice, en su obra intitulada **Caprichos Médicos**, haber sabido por el hijo de un vivandero del ejército de Alfonso, rey de Nápoles, que el año de 1456, habiendo escaseado los víveres por haberse prolongado la guerra, tanto en el ejército de aquel rey como en el de los franceses, los vivanderos vendían a unos y otros carne humana preparada y que de aquí se originó la enfermedad. El célebre canciller de Inglaterra, Bacon de Verulam, añade que aquella carne era de hombres muertos en Berbería y que estaba escabechada como el atún.

Como no es posible saber quién fue el primero que padeció el mal en Europa, tampoco se puede saber su causa; veamos, pues, no lo que sucedió, sino lo que pudo suceder.

EL MAL VENEREO PUDO COMUNICARSE A EUROPA DE OTROS PAISES DEL CONTINENTE ANTIGUO

Para demostrar que el mal venéreo pudo comunicarse por vía de contagio a Europa, de otros países del mismo continente, se necesita y basta probar que este mal se padeció en algunos países del mismo, y que éstos tenían comercio con Europa antes que se descubriese el Nuevo Mundo. Voy a demostrar completamente uno y otro punto.

Vatablo, el P. Pineda, el P. Calmet y otros sostienen que una de las enfermedades que afligieron al santo Job fue el mal venéreo. Esta opinión es tan antigua, que cuando se empezó a conocer en Italia fue inmediatamente llamado **mal de Job**, como lo acredita Fulgosio, autor de aquella época. El P. Calmet procura apoyar su opinión en una discusión muy erudita; pero como nada sabemos de las enfermedades de Job, si no lo leemos en la Biblia, y esto puede entenderse de otras varias enfermedades, conocidas o desconocidas, no debemos dar mucha importancia a la cuestión.

Andrés Thevet, geógrafo francés, y otros autores afirman que el mal venéreo era endémico en las provincias interiores del Africa situadas a una y otra orillas del Senegal. Andrés Cleyer, protomédico de la colonia holandesa de la isla de Java, dice que era propio y natural de aquella isla y tan común como la calen-

tura. Lo mismo afirma Juano. Jácome Bonzio, médico de los holandeses en la India Oriental, atestigua que aquel mal era endémico en Amboina y en las islas Molucas, y que para contraerlo no era necesario comercio carnal. En parte confirman esto mismo los compañeros de Magallanes, los primeros que dieron la vuelta al mundo en el famoso navío *La Victoria*, los cuales dijeron, según el cronista Herrera, haber visto en Timor, isla del archipiélago de las Molucas, un gran número de isleños infectos del mal venéreo; seguramente no se dirá que se lo comunicaron los americanos ni los europeos.

El P. Foureau, jesuita francés, docto, exacto y práctico en las cosas de China, preguntado por Mr. Astruc si los médicos chinos creían al mal venéreo originario de su país, o traído de otro, respondió que los que él había consultado eran de opinión que aquella enfermedad se padecía en el imperio desde la antigüedad más remota, y que, en efecto, los libros de medicina escritos en caracteres chinos, que se creían antiquísimos, nada decían acerca de su origen, antes bien, hablaban de ella como de una dolencia conocida mucho tiempo antes de la época en que aquellos libros se escribieron, y que, por consiguiente, no era verosímil que fuera traída de otros países.

Finalmente, el mismo Mr. Astruc dice que, en su opinión, después de haber examinado y pesado el testimonio de los autores, el mal venéreo no era solamente propio de la isla de Haití, o Española, sino común a muchas regiones del antiguo continente, y quizás a todas las equinocciales del mundo, en las que reinaba desde tiempos muy antiguos. Esta ingenua confesión de un hombre tan instruido en esta materia, y, por otro lado, tan empeñado contra América, además de las otras autoridades citadas, es suficiente para demostrar que, aunque supongamos al mal venéreo antiguamente conocido en el Nuevo Mundo, nada pueden echar en cara los europeos a la América, que los americanos no puedan decir de las otras partes del globo; y que si, como dice Mr. Astruc, la sangre de los americanos estaba corrompida, no estaba más sana la de los africanos y asiáticos.

Mr. Astruc añade que el mal venéreo pudo comunicarse de los países de Asia y Africa, en que era endémico, a otros pueblos vecinos; pero no a la Europa, por no haber habido comercio ni comunicación con esta parte del mundo, siendo opinión general que la zona tórrida era inaccesible e inhabitable. Pero, ¿quién

ignora el comercio frecuente que tuvo por tantos siglos el Egipto, por una parte con Italia y por otra con los países equinocciales del Asia? ¿Y por qué no habrán podido los traficantes asiáticos llevar el mal venéreo de la India a Egipto, de donde pasaría a Italia por medio de los venecianos, genoveses y pisanos, que tantas relaciones de comercio tuvieron con Alejandría? ¿No fueron europeos los que llevaron a Italia la lepra de Siria y las viruelas de Arabia? Además de esto, de los muchos europeos que empezaron en el siglo XII a emprender viajes a los países meridionales de Asia, como Benjamín de Tudela, Carpini, Marco Polo y Mandeville, entre los cuales hubo algunos que se internaron hasta la China, como Marco Polo, ¿no pudo haber uno que trajese a Europa el contagio que tomó en sus correrías? Estas son hipótesis, no hechos; porque los hechos no pueden ser conocidos en asunto tan obscuro.

No sólo de Asia, sino también de Africa pudo pasar el mal venéreo a Europa antes del descubrimiento de América; pues treinta años antes de la gloriosa expedición de Cristóbal Colón, los portugueses habían ya descubierto una gran parte de los países meridionales de Africa y entablado comercio con sus habitantes. ¿No pudo algún portugués contagiarse allí y comunicar el mal a sus compatriotas, y éstos a las otras naciones de Europa, como parece que sucedió en efecto, según todas las probabilidades de que después haremos mención? Vea, pues, Mr. Astruc de cuántos modos pudo pasar el contagio a Europa, sin que viniese de América y a pesar de la antigua opinión de ser inaccesible la zona tórrida.

EL MAL VENEREO PUDO PADECERSE EN EUROPA SIN CONTAGIO

Antes de tratar de este asunto necesito decir algo de la naturaleza y de la causa física de aquella enfermedad. En ésta, según los médicos, la linfa, y especialmente su parte más serosa, adquiere una crasitud y acrimonia extraordinarias. “El virus venéreo, dice Mr. Astruc, es de naturaleza salina, o, por mejor decir, ácido-salina, corrosiva y fija. Ocasiona la condensación de los humores y la acrimonia de la linfa, y de aquí provienen las inflamaciones, las úlceras, las erupciones, los dolores y todos los otros síntomas horribles que los médicos conocen. Este veneno, comunicado a un hombre sano, no debe considerarse como un nuevo humor añadido a los humores naturales, sino como una

mera *dyscrasia*, o calidad viciosa de éstos, o como una degeneración ácido-salina de su estado habitual.”

Esto supuesto, es necesario saber que casi todos los médicos son de opinión que la enfermedad de que vamos hablando no puede provenir si no es por contagio, y que éste se comunica por el licor seminal, o por la leche, o por la saliva, o por el sudor, o por el contacto de las úlceras venéreas, etc. Mas yo, con permiso de estos señores, sostengo que el mal venéreo puede absolutamente engendrarse en el hombre sin ningún contagio o comunicación con los contagiados, porque puede engendrarse en un individuo del mismo modo que en el primero que lo padeció. Este no lo tuvo por contagio, puesto que fue el primero, sino por alguna otra causa; luego esta misma causa, sea cual fuere, pudo producir la misma alteración humoral, la misma condensación y acrimonia de la linfa en cualquier individuo de la especie humana. “Esto es verdad, dice Mr. Astruc, en el nuevo continente o en otro país semejante, pero no en Europa.” ¿Y por qué ha de gozar Europa de este privilegio? “Porque en Europa, dice el mismo autor, no concurren las circunstancias que desde el principio pudieron dar origen a este mal en América.” ¿Cuáles son estas circunstancias? Vamos a examinarlas.

En primer lugar, no debe contarse el aire entre las causas originales del mal venéreo. El aire pudo ocasionar otras enfermedades en la isla Española, pero no aquélla, porque los españoles, que por espacio de 200 años y más la habitan, no han contraído jamás el mal venéreo sino por contagio. El aire no es diferente ahora del que fue 300 años hace; y aunque fuese diferente, no lo fue a principios del siglo XV. No debemos, pues, hacer caso del aire en la investigación del origen del mal. Así raciocina Mr. Astruc; sin embargo de lo cual, en otra parte admite el aire, contradiciéndose manifiestamente, como después veremos.

Dos son las causas que señala Mr. Astruc: los alimentos y el calor. En cuanto a los alimentos dice que cuando los habitantes de la isla Española carecían de maíz y cazabe, se mantenían con arañas, gusanos, murciélagos y otros animales de esta clase. Por lo que hace al calor, afirma que las mujeres en los países cálidos suelen tener menstros acres en demasía y virulentos, especialmente si usan de alimentos malsanos. Establecidos estos principios, sigue discuriendo así: *multis ergo et gravissi-*

mis morbis indigenae insulae Haití, affici olim debuerunt, ubi nemo a menstruatís mulieribus se continebat: ubi viri libidine impotentes in venerem obviam belluarum ritu agebantur; ubi mulieres, quae impudentissimae erant, viros promiscue admittebant, ut testatur Consalbus Oviedo, Hist., Ind. lib. V, cap. 3, immo eisdem et plures impudentius provocabant menstruationis tempore, cum tunc, incalescente utero, libidine magis insanire pecudum more. Quid igitur mirum varia, heterogenea, acria multorum virorum semina una confusa, cum acerrimo et virulento menstruo sanguine mixta intra uterum aestuantem et olidum spucissimarum mulierum coercita, mora, heterogeneitate, calore loci brevi computruisse, ac prima morbi venerei seminia constituisse, quae in alios si qui forte continentiores erant, dimanare?

He aquí todo el argumento de Mr. Astruc en apoyo de su sistema sobre el mal venéreo, lleno todo, desde el principio hasta el fin, de falsedades, como pienso demostrar; pero suponiendo que todo ello sea cierto, sostengo lo que he dicho antes, es decir, que lo mismo que él refiere de la isla de Haití pudo suceder en Europa. Así como aquellos habitantes, cuando les faltaba el maíz y otros alimentos usuales, comían arañas, gusanos, etc., así los europeos, cuando les ha faltado el trigo y otros víveres sanos, han comido ratones, lagartos, excrementos de animales y aun pan hecho con harina de huesos humanos, de cuyas resultas se han visto reinar gravísimas enfermedades. Basta leer la historia de las hambres que han padecido muchos pueblos europeos, ocasionadas en parte por las guerras y en parte por el desorden de las estaciones. Siempre ha habido, además, hombres desenfrenados, que a guisa de bestias se han dejado llevar por sus pasiones a cometer los más horribles excesos. Siempre ha habido mujeres impúdicas y desaseadas, pudiendo aplicárseles el dicho de Plauto: **plus scortorum ibi est, quam muscarum tum, cum caletur maxime**. Tampoco han faltado en las regiones antiguas del mundo fluidos seminales demasiado acres, ni menstruos virulentos. Pudieron muy bien estas causas producir el mal venéreo en Europa, como lo produjeron en América, según piensa Mr. Astruc.

“No — responde este autor —; no es así; porque siendo el aire más templado en Europa (ya echa mano del aire que antes había excluido), **non adest eadem in virorum semine acrimonia,**

eadem in menstruo sanguine virulentia, idem in utero mulierum fervor, quales in insula Haití probatum est. (Las pruebas no son otras que las ya citadas.) Luego no podían resultar en Europa los mismos síntomas del concurso simultáneo de las mismas causas. Y, para decirlo en pocas palabras, se debe juzgar de las enfermedades y de sus causas, como de la generación de los animales y de las plantas. Como en Europa no engendran los leones, ni las monas se propagan, ni los papagayos labran sus nidos, ni el suelo produce muchas plantas de las que nacen en la India y en América, aunque se siembren, del mismo modo el mal venéreo no pudo originarse espontáneamente en Europa, de las mismas causas que, como he dicho, lo produjeron en la isla de Haití. Cada clima tiene sus propiedades peculiares, y las cosas que en un clima vienen por sí mismas no pueden venir en otro, pues, como dice el poeta: **“Non omnis fert omnia telus.”**

Quiero conceder a Mr. Astruc muchas cosas que cualquier otro le negaría. Le concedo que no haya habido nunca en Europa ni abuso de mujeres menstruadas, ni virulencia en los fluidos del cuerpo humano, ni fervor en el útero (circunstancias todas que supone en la isla Española), aunque de los libros de medicina publicados de 2,000 años a esta parte consta todo lo contrario. Concédole que no se hayan visto jamás en los pueblos europeos ejemplos de la más desenfrenada lujuria, puesto que tanto trabajo le cuesta reconocer tanta depravación en aquella parte del globo (1). También quiero concederle que la salud y la castidad sean propiedades naturales de todos los hombres y mujeres que la habitan. Convengo en que todo esto sea verdad, por más que lo contradigan la historia y la opinión común de los mismos europeos. Con todo, afirmo que el mal venéreo pudo producirse en Europa sin contagio, porque todos los desórdenes que Mr. Astruc supone en Haití pudieron accidentalmente reunirse en Europa, aunque no dependiesen de causas radicales y permanentes. Esas mujeres tan castas y tan puras eran, sin embargo, hijas de Adán, y, como toda la posteridad del primer hombre, estaban sujetas a flaquezas y pasiones; en un raptó de los que éstas provocan no era imposible que alguna de aquellas irrepreensibles europeas llegase a ser tan incontinen-

(1) “Sed esto: demus in Europa venerem aequè impuran, atque in Hispaniola exerceri: neque enim contra pugnare placet, quanquam ea tamen nimia videantur.”—Astruc, *De Morbis Venereis*, lib. I, cap. 12.

te y descarada como el autor supone que eran las isleñas de Haití. Esos hombres tan sanos pudieron alimentarse de sustancias dañosas, capaces de alterar y corromper sus humores. El esperma humano, tan acre de por sí, como dice el mismo Mr. Astruc, pudo aumentar su acrimonia de resultas de aquellos malos alimentos, hasta llegar al punto que necesita el mal venéreo para desarrollarse. Los menstruos pudieron adquirir una extraordinaria virulencia, sea por su supresión, sea por efecto de la plétora, sea, en fin, por una de las innumerables causas morbíficas que atacan los fluidos y los vasos. El útero pudo enardecerse excesivamente a influjo del calor comunicado a la sangre por los licores fermentados y por los alimentos cálidos. No creo que haya un médico que contradiga estas verdades, y pues Mr. Astruc confiesa que el veneno sifilítico no es un nuevo humor añadido a los humores naturales, sino una depravación de éstos, ¿por qué razón no pudieron depravarse en Europa por las mismas causas a que él atribuye su depravación en la isla? “Porque en Europa, dice, el aire es más templado.”

Este es el único subterfugio que le queda; pero de nada le sirve, pues es cierto que en muchos países de Europa, como Italia, y especialmente su parte meridional, el aire es mucho más caliente en el verano que en la isla de Haití, y no hay motivo para creer que sea necesario el calor de todo el año y que no baste el de algunos meses para causar aquella depravación de humores. Pero, ¿quién ha creído jamás que ésta no puede verificarse sin un calor excesivo? ¿No trae consigo el escorbuto una horrible acrimonia y corrupción en la sangre? Pues en verdad que los males escorbúticos son tan propios de los climas fríos como de los calientes, y con más frecuencia se padecen en las navegaciones por las zonas templadas que en las que se hacen por la tórrida. Luego no es necesario un grado elevado en la temperatura para que los humores del cuerpo humano se vicien hasta la corrupción y la acrimonia.

Finalmente, Mr. Astruc quiere que se juzgue de las enfermedades y de sus causas como de la generación de los animales, y afirma que así como los leones no engendran, ni los monos se propagan en Europa, del mismo modo el mal venéreo no puede producirse allí por las causas que lo produjeron en la isla Española. ¿Y qué diría si viera a los leones nacer más fuertes y a los monos propagarse más en Europa que en Africa? Diría, o a lo

menos debería decir, que el clima de Europa era más favorable que el de Africa a la generación de aquellos cuadrúpedos. Ahora bien, que el mal venéreo es mucho más fuerte en Europa que en América es una verdad que el mismo Mr. Astruc confiesa, y en que también están de acuerdo Oviedo y Mr. de Paw. Que su propagación ha sido mayor en Europa que en América lo saben cuantos han estado en ambas partes del mundo o tienen noticias seguras de lo que en ellas pasa. Luego, según los mismos principios de Mr. Astruc, el clima de Europa es más favorable al mal venéreo que el de América.

Todo lo que hasta ahora hemos dicho se funda en las hipótesis que hemos concedido a Mr. Astruc; pero además de los grandes errores que comete en sus teorías físicas, hay en los hechos que alega algunos arbitrariamente supuestos y contrarios a la verdad. Dice, en primer lugar, que los indios de la Española comían arañas, gusanos y otras inmundicias; mas esto pudo suceder algunos años después del descubrimiento de la isla, cuando los americanos, huyendo del furor de los conquistadores españoles, andaban dispersos y errantes por los bosques. Careciendo entonces de maíz y de cazabe, que no habían sembrado por odio a sus enemigos, como aseguran muchos autores, sostenían la vida con lo que hallaban en los campos; pero ningún escritor antiguo dice se sirviesen de comidas inmundas antes de la llegada de los españoles. Para demostrar, además, que aquellos alimentos tuvieron algún influjo en el origen del mal venéreo, era necesario probar que su uso era a lo menos tan antiguo como la enfermedad misma lo era en opinión de Mr. Astruc, lo que no ha hecho ni podido hacer. En segundo lugar, asegura que en la isla Española **nemo se a menstruatis mulieribus continebat**; pero yo quisiera que este dato se fundara en la autoridad de algún escritor antiguo; yo no lo encuentro; antes bien, entre las cosas singulares que los viajeros europeos notaron entre las tribus más bárbaras, fue que aquellos hombres se absténían de sus mujeres durante la evacuación periódica. Mr. de Paw, aquel enemigo capital de todo el Nuevo Mundo, aquel gran investigador de las inmundicias americanas, dice así en la parte I de su obra: "había una ley en todos los pueblos salvajes del Nuevo Mundo, que prohibía usar de las mujeres en el tiempo de sus reglas, o porque creyesen pernicioso a la salud el contacto del flujo, o porque su instinto solo bastaba

a inspirarles aquella moderación." En tercer lugar, Mr. Astruc representa a los hombres y a las mujeres de Haití extraordinariamente estimulados por una lujuria rabiosa y violenta. Mr. de Paw y el conde de Buffon dicen, por el contrario, que los americanos son friísimos e insensibles a los estímulos del amor. ¿Qué quiere decir esta contradicción, sino que aquellos autores sistemáticos pintan a los americanos con los colores que más les convienen? Cuando quieren probar la apatía y la insensibilidad de los americanos, dicen que son friísimos; cuando quieren desacreditar sus costumbres y atribuirles el origen del mal venéreo, dicen que son extraordinariamente libidinosos. Mr. Astruc alega el testimonio de Gonzalo de Oviedo en el libro V, cap. 3, de su *Historia*, para probar que las mujeres haitianas eran demasiado impúdicas y que se prostituían indistintamente a todos los hombres; pero, además que el dicho de Oviedo vale menos que nada, como después veremos, no dice lo que Mr. Astruc le atribuye. He aquí sus palabras: "las mujeres de aquella isla eran castas con sus hombres, pero se daban con frecuencia a los cristianos." Lo mismo, y casi con las mismas palabras, dice Herrera. Si, pues, eran castas con sus compatriotas, no fue su incontinencia la que produjo el mal venéreo antes de la llegada de los españoles. Si eran deshonestas sólo con los cristianos, como dice Oviedo, es verosímil que las importunidades de éstos, más bien que su propia lujuria, las incitase a aquel desorden. Finalmente, cuanto afirma Mr. Astruc acerca de la acrimonia del humor espermático, de la virulencia de la sangre menstrua, del desaseo de las americanas y de su fervor uterino, son palabras al aire que no se apoyan en ningún fundamento histórico.

Antes de terminar este artículo no puedo menos de mencionar la ridícula y absurda opinión del Dr. Juan Linder, escritor inglés, acerca del origen del mal venéreo, para que se vea hasta dónde puede llegar el empeño de desacreditar en este punto a los americanos. Asegura, pues, aquel extravagante naturalista que este contagio tuvo por principio la unión de los americanos con las hembras de los sátiros o grandes cercopitecos. Por fortuna de los habitantes de la isla de Haití, no había en ella cercopitecos grandes ni pequeños.

EL MAL VENEREO NO PROCEDE DE AMERICA

Ya he dicho que en los primeros treinta años después del descubrimiento de América, nadie pensó en atribuirle el origen del mal venéreo. A lo menos, por mi parte, puedo asegurar que he consultado un gran número de autores, tanto médicos como históricos, que escribieron en aquellos tiempos sobre la enfermedad y sobre sus principios, y no he hallado uno solo que adopte aquella opinión. Tampoco lo halló Mr. Astruc, sin embargo de haber examinado todos los escritores españoles, franceses, italianos y alemanes que pudiesen prestar algún apoyo a su sistema. El primero a quien se ocurrió el pensamiento de atribuir al Nuevo Mundo el origen del contagio sifilítico fue Gonzalo Hernández de Oviedo, que en el **Sumario de la Historia de las Indias Occidentales**, presentado a Carlos V en 1525, afirmó que los españoles, contaminados en la isla de Haití, regresaron a España con Colón, de allí pasaron a Italia con el Gran Capitán, y de este modo infestaron a las napolitanas, a las francesas, etc. Como Oviedo era literato y vivió muchos años en América ejerciendo un empleo de importancia, su autoridad arrastró a casi todos los escritores. Por una parte lo creían bien informado; por otra abrazaban con satisfacción una idea que preservaba a las naciones cultas de tan vergonzosa imputación. Antes de examinar su opinión es necesario darlo a conocer a él mismo, sin echar en olvido que su autoridad ha sido el principal o quizás el único apoyo de la opinión dominante.

Las Casas, que vivía en América al mismo tiempo que Oviedo y lo conocía a fondo, en su impugnación del Dr. Sepúlveda, que alegaba el dicho de aquel escritor contra los indios, dice: "Lo que más perjudica al reverendo doctor a los ojos de los hombres prudentes y timoratos que tienen noticias oculares de las Indias, es el alegar como autor irrefragable a Oviedo, en su falsísima y execrable Historia, habiendo sido uno de los tiranos ladrones y destructores de las Indias, como él mismo confiesa en el prefacio de la primera parte y en el lib. VI, cap. 8, y, por tanto, debe considerarse como enemigo capital de los indios. Juzguen las personas sabias si este escritor es testigo idóneo contra ellos. Y, sin embargo, el doctor lo llama grave y diligente cronista, porque lo halló favorable a su intento; pero es cierto que aquella Historia tiene pocas más hojas que mentiras,

como largamente pruebo en otros escritos y en la Apología.” En efecto, el cronista Herrera, hombre juicioso e imparcial, dice que Las Casas tuvo razón de quejarse de Oviedo, y que éste no fue muy exacto en algunas noticias. Por otro lado, promovió opiniones extravagantes, inducido a ello por un espíritu de adulación y de vanidad. Basta leer el libro II de su Historia, en que, después de decir que los troyanos descendían de los españoles, afirma que las islas Antillas son las Hespérides de los antiguos y que fueron llamadas así por Hespero, rey XII de España, el cual dominó allí 1,658 años antes de la era cristiana. “De este modo, añade, con tan antiguo derecho, y por línea recta, volvió aquel señorío a España al cabo de tantos siglos; y como cosa suya, parece que haya querido la justicia divina restituírselo, a fin de que lo poseyese por la buena dicha de los dos felices y católicos monarcas, don Fernando y doña Isabel.” (1) Tal es el autor de la opinión común: veamos ahora la opinión misma.

Oviedo habla con alguna variedad en el **Sumario de la Historia** y en el cuerpo de ésta; mas siendo ella su principal obra, la más extendida, publicada algunos años después del **Sumario** y trabajada con mayor esmero, debemos atenernos a lo que en ella dice, aunque haya variedad en su contexto. En el lib. II, capítulo 14, de la **Historia General de las Indias**, dice que los españoles que volvieron a España con el almirante Colón el año de 1596, de su segundo viaje al Nuevo Mundo, trajeron de Haití el mal venéreo, juntamente con las muestras de oro de las famosas minas de Cibao; que algunos de ellos, ya contagiados, pasaron a Italia con el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y contagiaron, por medio de las italianas, a los franceses que habían venido con el rey Carlos VIII a tomar el reino de Nápoles. Todos estos pormenores son disparatados y llenos de anacronismos. Colón volvió a España de su segundo viaje en 3 de junio de 1496, y sabemos, por innumerables testigos de vista, que la Europa estaba ya infecta del mal venéreo, a lo menos desde 1495; luego no pudieron ser los españoles los que lo comunicaron por primera vez al mundo antiguo. Para demostrar, por otra parte, con la mayor evidencia histórica, que los franceses que estaban en Nápoles con el rey Carlos VIII no pudieron ser

(1) El Dr. don Fernando Colón, en el capítulo IX de su Historia, echa en cara a Oviedo la extravagancia de sus opiniones y la infidelidad de sus citas.

contagiados por las tropas españolas que fueron con el Gran Capitán a Italia, basta exponer simplemente los hechos como los encontramos en Guicciardini, Mariana, Mezeray y otros historiadores italianos, españoles y franceses. El rey Carlos VIII marchó con su ejército a Italia en agosto de 1494; llegó a Astí, ciudad próxima al río Tanaro, a 2 de septiembre; entró en Roma a 31 de diciembre y en Nápoles a 22 de febrero de 1495. En esta última ciudad no se detuvo más de tres meses, porque, noticioso de la gran confederación que se armaba contra él, juzgó oportuno regresar precipitadamente a Francia. Salió de Nápoles el 20 de mayo, como aseguran Mariana, el Bembo y Guicciardini, y habiendo ganado en 6 de julio la famosa batalla de Fornovo contra los venecianos, se retiró aceleradamente a su corte, llevando consigo su ejército inficionado del mal venéreo, según el dicho unánime de los historiadores de aquel tiempo. El Gran Capitán, detenido en Mallorca y en Cerdeña por vientos contrarios, no pudo llegar con su ejército a Mesina antes del 24 de mayo de 1495, esto es, cuatro días después de la salida del rey Carlos, de Nápoles, con su ejército contagiado; luego éste no pudo contagiarse por los españoles. Es admirable que los sostenedores de la opinión vulgar no hayan caído en tan manifiesto anacronismo. Quizás se querrá decir que no fueron las tropas españolas del gran capitán las que llevaron el contagio, sino otras de la misma nación que las precedieron; mas ni Oviedo ni los otros autores que lo han seguido hacen mención de otros españoles que los del ejército de Gonzalo, ni yo encuentro escritor alguno, entre los muchos que he consultado, que hable de tropas españolas llegadas a Italia en el intervalo del descubrimiento de América y la expedición de aquel caudillo. Mariana da a entender lo contrario. Así, pues, es falso que los españoles llevasen aquel funesto dón a Nápoles.

De lo que llevo dicho no debe inferirse que el mal venéreo precediese pocos días en Italia a la llegada de las tropas españolas, pues ya se conocía algunos meses antes, según afirman los mejores médicos de aquella época. El valenciano Gaspar Torella, médico del papa Alejandro VI, que reinaba a la sazón, dice en su tratado *De Pudendagra*, publicado el año de 1500: *Gallis manu forti Italiam ingredientibus, et maxime regno Parthenopaeo occupato, et ibi commorantibus, hic morbus detectus fuit.* De aquí se infiere que la enfermedad empezó en Italia desde la

entrada de los franceses, aunque su gran aumento fue durante la ocupación del reino de Nápoles. Los franceses, como ya he dicho, entraron en Italia en septiembre de 1494. Wendelino Hook, docto alemán y profesor de medicina en la universidad de Bolognia; Jacobo Cataneo de Lagomarsini, sabio médico genovés; Juan de Vigo, genovés, médico y cirujano del papa Julio II, y otros profesores inteligentes en la materia y testigos oculares, dicen, en los términos más positivos, que el contagio venéreo empezó a conocerse en Italia desde el año de 1494. No es de extrañar que se note alguna variedad entre los autores acerca de la época fija de su principio, pues unos observaron la enfermedad antes que otros, no habiéndose presentado al mismo tiempo en todos los Estados de la península.

Podrá responderse a esto que aunque Oviedo haya errado en su Historia afirmando que los primeros que llevaron el mal venéreo a España fueron los españoles que volvieron con Colón en 1496, no erró en el Sumario de la misma Historia, publicado algunos años antes, en el que da a entender que entre los que lo acompañaron en su segundo regreso de 1493 había algunos ya inficionados; mas esto no es verdadero ni verosímil. Consta por las cartas del mismo almirante, citadas por su docto hijo don Fernando, que desembarcó por vez primera en la isla de Haití el 24 de diciembre de 1492, habiéndosele roto una carabela de su pobre escuadra; que todos aquellos días que pasó allí, desde el 24 de diciembre hasta el 4 de enero, fueron empleados por la poca gente que lo acompañaba, en sacar de la playa la madera de la carabela para hacer una pequeña fortaleza; que construida ésta, y habiendo dejado en ella 40 hombres, se embarcó, con los otros que le quedaban, para volver a España a traer la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Todas las circunstancias de su llegada a la isla no permiten sospechar que los españoles tuviesen tiempo de adquirir con las americanas la familiaridad que supone aquella clase de contagio. La mutua admiración que excitaba en unos y en otros la vista de tantos objetos nuevos y la cortísima mansión de once días, ocupados en tan grandes fatigas, después de la navegación más larga y peligrosa que se había visto hasta entonces, hacen enteramente inverosímil aquella conjetura. Auméntase esta inverosimilitud con el silencio del mismo Colón, de su hijo don Fer-

nando y de Pedro Mártir, que, describiendo todos los desastres de aquel viaje, no hacen la menor mención del mal venéreo.

Pero concedamos que los españoles regresados con Colón en su primer viaje traían ya la enfermedad consigo: diré, sin embargo, que el contagio de Europa no provino de ellos, según el testimonio de los escritores dignos de fe que a la sazón vivían. Gaspar Torella, a quien ya he citado, en su obra intitulada *Aphrodysiacum*, dice que el mal venéreo empezó en Auvernia, provincia de Francia, muy distante de España, el año de 1493. Bautista Fulgosio, o Fregosio, dux de Génova en 1478, en su curiosa obra intitulada *Dicta, factaque memorabilia*, impresa en 1509, afirma que el mal venéreo empezó a conocerse dos años antes que el rey Carlos VIII llegase a Italia. Aquel monarca llegó en septiembre de 1494; luego el mal era conocido desde 1492, o, cuando más tarde, a principios de 1493, esto es, algunos meses antes que Colón volviese de su primer viaje. Juan León, que fue mahometano, natural de Granada, y conocido vulgarmente con el nombre de León Africano, en su descripción de Africa, escrita en Roma bajo el pontificado de León X, después de su conversión al cristianismo, dice que los judíos, arrojados de España en tiempo de Fernando el Católico, llevaron a Berbería el mal venéreo y contaminaron a los africanos, de cuyas resultas lo llamaron mal español. El edicto de los reyes católicos sobre la expulsión de los hebreos fue publicado en 1492, como dice Mariana, concediéndoles cuatro meses para que pudiesen vender sus bienes si no querían llevarlos consigo. El siguiente mes, Fray Tomás Torquemada, inquisidor general, promulgó otro edicto prohibiendo a los cristianos, bajo gravísimas penas, tratar con los judíos y suministrarles víveres, pasado el término señalado por el rey; así que, todos ellos, excepto los que se fingieron cristianos, salieron de la península antes que Colón saliese a descubrir la América. Este cálculo no deja la menor duda acerca de la existencia del mal antes del descubrimiento. Además de esto, entre las poesías de Pacífico Máximo, poeta de Ascoli, publicadas en Florencia en 1479, hallamos algunos versos en que describe la gonorrea virulenta y las úlceras venéreas que padecía y que sus excesos le habían ocasionado.

No satisfecho Oviedo con afirmar que el mal venéreo procedía de la isla Española, se ofrece también a probarlo. He aquí sus fundamentos: "Con el guayaco (madera abundante de aquel

territorio) se cura mejor que con ninguna otra medicina aquella horrenda enfermedad de las bubas, y la clemencia divina quiso que donde por nuestros pecados estuviese el mal, por su misericordia se encontrase el remedio." Si este modo de raciocinar tuviese alguna solidez, debería inferirse que la Europa, más bien que la isla Española, era la patria de aquella dolencia; pues todos saben que su remedio más eficaz es el mercurio, comunísimo en Europa y desconocido en Haití. Lo cierto es que apenas se presentó en esta parte del mundo aquella nueva dolencia, empezó a aplicársele el mercurio, de que hicieron uso Juan Berengario de Carpi, Gaspar Torella, Juan Vigo, Wendenlino Hook y otros acreditados profesores de aquella época, aunque después, por la indiscreción de algunos empíricos, estuvo algún tiempo abandonado aquel remedio. El uso del guayaco es de 1517, esto es, veinticinco años después de conocida la enfermedad; el de la zarzaparrilla de 1535, y del mismo tiempo el de la quina y otras drogas.

La otra prueba de Oviedo (pues sólo alega dos) es que entre los españoles que volvieron con Colón de su segundo viaje en 1496, se hallaba don Pedro Margarit, caballero catalán, "el cual andaba tan enfermo y se quejaba tanto, que creo sentía aquellos dolores que suelen sentir los que padecen aquella enfermedad, aunque yo no le ví nunca granos en el rostro. De allí a pocos meses, en el año de 96, empezó a sentirse la enfermedad entre algunos cortesanos, pues a los principios sólo se vió entre la gente baja. Sucedió después que el Gran Capitán fue enviado a Italia con una fuerte y hermosa armada, y entre los españoles que iban en ella algunos estaban inficionados y así se comunicó por medio de las mujeres." Tales son las pruebas de Oviedo, indignas ciertamente de ser citadas.

Mr. de Paw cree haber conseguido una victoria y demostrado la verdad de la opinión común, con el testimonio de Rodrigo Díaz de Isla, médico de Sevilla (a quien llama autor contemporáneo), como si fuese decisiva su sentencia; pero ni Díaz fue contemporáneo, puesto que escribió sesenta años después del descubrimiento del mal venéreo, ni su relación merece crédito alguno. Dice que los primeros españoles regresados con Colón en 1493, llevaron el contagio a Barcelona, donde entonces se hallaba la corte; que ésta fue la primera ciudad que se inficionó; que el mal hizo en ella tantos estragos, que se echó

mano de las rogativas públicas, de los ayunos y de las limosnas para aplacar la cólera de Dios; que habiendo pasado el año siguiente a Italia el rey Carlos de Francia, ciertos españoles que estaban allí, o muchos regimientos, según Mr. de Paw, enviados por la España para oponerse a la invasión de Carlos, contagiaron a los franceses. Pero en la historia vemos que ningún español y ningún regimiento sano ni enfermo llegó a Italia antes que saliese de sus fronteras el rey de Francia. Por lo que hace al contagio de Barcelona, sabemos que cuando llegó allí Colón se hallaba también Oviedo. Ahora bien, si fuese cierto lo que cuenta el médico sevillano, Oviedo, que andaba buscando pruebas para confirmar su extravagante opinión, hubiera sin duda alegado aquellos tremendos estragos de que sería testigo, las rogativas, los ayunos, las limosnas, y no se hubiera valido de la triste prueba del guayaco y de las lamentaciones de Margarit. Además de que el mal venéreo es más antiguo que aquella época en Europa, como creo haber demostrado.

Parece que los médicos sevillanos eran los menos instruidos sobre el asunto que nos ocupa. Nicolás Monardes, médico de la misma ciudad y contemporáneo del mismo Díaz, nos da una relación tan llena de fábulas, que no puede leerse sin indignación. Dice, pues, “que el año de 1493, en la guerra que el rey católico tuvo en Nápoles con el rey Carlos de Francia, vino don Cristóbal Colón del primer descubrimiento que hizo de la isla de Santo Domingo, etc., y condujo consigo de aquella isla una gran muchedumbre de indios e indias, que llevó a Nápoles, donde entonces se hallaba el rey católico, acabada la guerra. Y porque había paz entre los dos reyes y los ejércitos platicaban unos con otros, llegado que fue Colón con sus indios e indias, empezaron a tratar los españoles con las indias y los indios con las españolas, y de tal modo infestaron los indios y las indias el ejército de los españoles, italianos y franceses, etc., etc.” ¿Quién creería que un escritor español osase desfigurar tan extrañamente los hechos públicos de su nación, no muy anteriores a la época en que escribió, que no vierta una proposición que no sea un tejido de dislates? Pero cuando se trata de desacreditar la América, no hay por qué mirar con respeto a la verdad. Es cierto y notorio que no hubo guerra entre España y Francia en 1493; que el rey católico no se hallaba en Nápoles, sino en Barcelona, y no enteramente restablecido de las heridas que había

recibido en una ocasión anterior; que Colón no trajo consigo una multitud de indios y de indias, sino solamente diez indios; que Colón no fue jamás a Italia después de su gloriosa expedición; que los indios que vinieron con él a Europa no pusieron el pie en Italia, etc.

Yo, lejos de pensar como los escritores que hasta ahora he combatido, después de haber hecho las más diligentes observaciones, estoy tan lejos de creer que el mal venéreo vino de América al mundo antiguo, que estoy íntimamente persuadido de todo lo contrario, esto es, que aquella enfermedad, lo mismo que las viruelas, fue llevada al nuevo continente por los europeos. Fúndome: 1.º En que ni Cristóbal Colón, en su diario, ni don Fernando Colón en la **Vida** de su famoso padre, hablan una sola palabra de aquel contagio; sin embargo de que ambos vieron aquellos países recién descubiertos y observaron todas sus particularidades, y de que cuentan menudamente los males y padecimientos de los primeros viajes. Tampoco habla de aquella gran novedad, en su Historia de los mismos países, Pedro Mártir, autor contemporáneo de Colón y que debía tener buenas noticias, como protonotario que fue del consejo de las Indias y abad de la Jamaica. Oviedo, el primero que atribuyó aquel mal a América, no estuvo en aquella parte del mundo sino veinte años después que los españoles habitaban la isla de Haití. Lo que digo de estos escritores acerca de su silencio sobre las islas Antillas, puede aplicarse al de los otros historiadores sobre la América en general. 2.º Fúndome también en que si la América hubiese sido la patria del mal venéreo y los americanos los primeros que lo padecieron, la América sería el país en que con más extensión reinase, y los americanos los más propensos a contraerlo; pero no es así. De los indios de las islas Antillas no podemos hablar ahora, porque hace siglos que desaparecieron de un todo; pero en los habitantes actuales es más raro el contagio venéreo que en Europa, y sólo se siente en los sitios frecuentados por soldados y marineros europeos. En la capital de México hay algunos blancos e indios que lo padecen; pero son poquísimos con respecto al gran número de habitantes. En otras ciudades grandes de aquel territorio son todavía más raros los inficionados y algunas hay en que no se encuentra uno

solo. En los pueblos de indios en que no hay concurso de blancos, no se tiene la menor idea de aquella enfermedad. En cuanto a la América Meridional, según informes de personas muy instruidas en las circunstancias de aquel país, raras veces se ve el mal venéreo entre los blancos y nunca entre los indios de las provincias de Chile y Paraguay. Algunos misioneros que han vivido veinte y aun treinta años en diferentes naciones americanas, declaran unánimemente que jamás han visto en ellas el contagio ni oído decir que lo conociesen. Ulloa, hablando de las provincias de Perú y Quito (1), dice que aunque los blancos padecen allí con mucha frecuencia el mal venéreo, rarísimas veces sucede que un indio lo contraiga. No es, pues, América la patria de aquel azote, como vulgarmente se ha creído, ni debe considerarse, según opina Mr. de Paw, como un efecto de la sangre corrompida y del mal temperamento de los americanos.

¿Cuál es, pues, su origen, puesto que no lo tuvo en América ni en Europa? Si en medio de tantas tinieblas se me permite hacer uso de una conjetura, diré que mis sospechas se fijan en Guinea o en otro país equinoccial del Africa. De esta misma opinión fue el doctísimo médico inglés Tomás Sydenham (2), y la confirma la autoridad de Bautista Fulgosio, testigo ocular de los principios de aquella enfermedad en Europa, el cual dice que el mal venéreo pasó de España a Italia, y de Etiopía a España. Mr. Astruc quiere que Fulgosio entendiese por Etiopía el Nuevo Mundo; donoso arbitrio para eludir la dificultad. ¿Quién ha dado jamás a la América el nombre de Etiopía? Por el contrario, sabemos que era muy común entre los escritores de aquel siglo llamar Etiopía a todo país habitado por negros, y etiope a és-

(1) Parece que este escritor confundió el mal venéreo con el escorbuto, pues sé, por persona fidedigna, que el Dr. Julio Rondoli, de Pesara, médico famoso de Lima, afirmó a un sujeto de autoridad que de los muchos enfermos que se creían infestados de la sífilis y que él había curado, casi ninguno la padecía en realidad; la mayor parte eran escorbúticos y habían sanado con los remedios que generalmente se aplican al escorbuto.

(2) Sydenham afirma, en una de sus cartas, que el mal venéreo es tan extraño a la América como a la Europa, y que fue traído por los negros esclavos de Guinea; pero no es cierto que éstos lo introdujesen en América, pues antes que llegasen a Santo Domingo estaba ya inficionada la isla.

tos; así que, el sentido natural de las palabras de Fulgosio es que el mal venéreo fue llevado de los países equinocciales de Africa a la España Lusitánica o Portugal. Yo sospecho, en efecto, que este fue el primer país europeo en que se conoció el contagio; pero no me atreveré a sostenerlo sin hacer nuevas investigaciones y adquirir mejores documentos que los que hasta ahora me han servido para fundar mis conjeturas.

MEMORIA

DE LAS JOYAS, RODELAS Y ROPA REMITIDAS AL EMPERADOR CARLOS V POR DON FERNANDO CORTES Y EL AYUNTAMIENTO DE VERACRUZ, CON SUS PROCURADORES FRANCISCO DE MONTEJO Y ALONSO HERNANDEZ POR TOCARRERO

El contenido de esta memoria es del mayor interés, porque manifiesta cuál era el estado de las artes de lujo de los mexicanos antes de tener comunicación alguna con los europeos.

“Don Juan Bautista Muñoz cotejó en 30 de marzo de 1784 esta relación que sigue de los presentes enviados de Nueva España, con otra que se halló en el libro llamado “Manual del Tesorero” de la casa de la contratación de Sevilla, y de este último manuscrito son las variantes que ponemos al pie.”

El oro y joyas y piedras y plumajes que se han habido en estas partes (1) nuevamente descubiertas (2), después que estamos en ella, que vos Alfonso Fernández Portocarrero y Francisco de Montejo que vais por procuradores de esta rica villa de la Vera Cruz, á los muy altos y escelentísimos príncipes y muy católicos y muy grandes reyes y señores, la reina doña Juana y don Carlos su hijo nuestros señores llevais, son las siguientes:

Primeramente una rueda de oro grande con una figura de monstruos en ella (3) y labrada toda de follajes, la cual pesó tres mil ochocientos pesos de oro; y en esta rueda, porque era

(1) y plumas y plata que se ovo en las partes, etc.

(2) nuevamente descubiertas que el capitán Fernando Cortés envió desde la rica villa de la Vera Cruz, con Alonso Fernández Portocarrero e Francisco de Montejo, para su cesárea e católicas magestades, e se recibieron en esta casa (de la contratación de Sevilla) en sábado 5 de noviembre de 1519 años, son las siguientes.

(3) con una figura de monstruo en medio.

la mejor pieza que acá se ha habido (1) y de mejor oro, se tomó el quinto para sus altezas que fue (2) dos mil castellanos que le pertenecía (3) de su quinto y derecho real según la capitulación que trajo (4) el capitán general Fernando Cortés, de los padres gerónimos que residen en la isla Española y en las otras (5), y los mil y ochocientos pesos restantes a todo lo demás que tiene a cumplimiento de los mil y doscientos pesos (6), el consejo de esta villa (7) hace servicio dello a sus altezas (8), con todo lo demás que aquí en esta memoria va, que era y pertenecía a los de esta dicha villa (9).

Item: dos collares (10) de oro y pedrería, que el uno (11) tiene ocho hilos y en ellos doscientas y treinta y dos piedras coloradas, y ciento y sesenta y tres verdes, y cuelgan por el dicho collar (12) por la orladura de él veintisiete cascabeles de oro, y en medio de ellos hay cuatro figuras de piedras grandes engastadas (13) en oro, y de cada una de las dos en medio (14) cuelgan pujantes (15) sencillos, y de las de los cabos (16) cada cuatro pujantes (17) doblados. Y el otro collar tiene (18) cuatro hilos que tienen ciento y dos piedras coloradas y ciento y sesenta y dos piedras que parecen en la color verdes, y a la redonda de las dichas piedras veintiséis cascabeles de oro, y en el dicho collar diez piedras grandes engastadas en oro, de que cuelgan ciento y cuarenta y dos pujantes (19) de oro.

-
- (1) que acá se había habido.
 - (2) fueron.
 - (3) que les pertenecía.
 - (4) trujo.
 - (5) y en todas las otras.
 - (6) de los dichos tres mil e ochocientos pesos.
 - (7) el concejo de la villa.
 - (8) a sus magestades dello.
 - (9) que les pertenesce.
 - (10) Item más dos collaretes.
 - (11) que el uno de ellos.
 - (12) y cuelgan del dicho collar.
 - (13) engastonadas.
 - (14) y en medio del uno.
 - (15) cuelgan siete pinjantes.
 - (16) y en los cabos de los dos.
 - (17) pinjantes.
 - (18) y el uno tiene.
 - (19) pinjantes.

Item: cuatro pares de antiparras, los dos pares de hoja de oro delgado, con una guarnición de cuero de venado amarillo, y las otras dos de hoja de plata delgada con una guarnición de cuero de venado blanco (1), y las restantes de plumajes (2) de diversos colores y muy bien obrados, de cada una de las cuales cuelgan diez y seis cascabeles de oro, y todas guarnecidas de cuero de venado colorado.

Item más: cien pesos de oro por fundir para que sus altezas (3) vean cómo se coge acá oro de minas.

Item más: una caja (4), una pieza grande de plumajes enforrada en cuero, que en las colores parecen martas, y atadas y puestas en la dicha pieza, y en el medio una patena grande de oro (5) que pesó sesenta pesos de oro, y una pieza de pedrería azul un poco colorada (6), y al cabo de la pieza otro plumaje de colores que cuelga de ella (7).

Item (8): un moscador de plumajes de colores con treinta y siete verguitas (9) cubiertas de oro.

Item más: una pieza grande de plumajes de colores que se pone (10) en la cabeza, en que hay a la redonda de ella (11) sesenta y ocho (12) piezas pequeñas de oro, que será cada una (13) como medio cuarto, y debajo de ellas veinte torrecitas de oro (14).

Item: una ristra (15) de pedrería azul con una figura de monstruos (16) en el medio de ella y enforrada en un cuero que

-
- (1) de venado blanco la guarnición.
 - (2) y las restantes de plumaje.
 - (3) sus reales altezas.
 - (4) en una caja.
 - (5) de oro grande.
 - (6) e un poco colorada a manera de rueda, y otra pieza de pedrería azul, un poco colorada.
 - (7) que cuelgan de ella de colores.
 - (8) Item más.
 - (9) verguitas.
 - (10) que ponen.
 - (11) a la redonda del.
 - (12) sesenta y ocho.
 - (13) que será cada una tan grande.
 - (14) e más bajo de ellas veinte torrecitas de oro.
 - (15) una mitra.
 - (16) monstruo.

parece en las colores martas, con un plumaje pequeño, el cual es de que arriba se hace mención son de esta dicha ristra (1).

Item: cuatro arpones de plumajes (2) con sus puntas de piedra atadas con un hilo de oro, y un centro de pedrería con dos anillos de oro, y lo demás plumaje.

Item (3): un brazalete de pedrería y más una pieza de plumaje (4) negra y de otros colores, pequeña.

Item: un par de zapatones de cuero de colores (5) que parecen martas, y las suelas blancas cosidas con hilos de oro (6).

Más un espejo puesto en una pieza de pedrería azul y colorada con un plumaje pegada (7) y dos tiras de cuero colorado pegados (8) y otro cuero que parece (9) de aquellas martas.

Item (10): tres plumajes de colores que son de una cabeza grande de oro que parece de caimán.

Item: unas antiparras de pedrería azul (11) enforradas en cuero, que las colores parecían (12) martas, en cada (13) quince cascabeles de oro.

Item (14): un manípulo de cuero de lobo con cuatro tiras de cuero que parecen de martas.

Más: unas barbas (15) puestas en unas plumas de colores, y las dichas barbas son blancas, que parecen (16) de cabellos.

(1) el cual y el de arriba de que se hace mención, son desta dicha mitra.

(2) cuatro hurpares de plumaje.

(3) Item más.

(4) de plumas.

(5) Item: un par de zapatos de un cuero que en las colores dél parecen, etc.

(6) con tiritas de oro.

(7) pegado.

(8) pegada.

(9) que parecen.

(10) Item más.

(11) Más: unas antiparras de pedrería azul.

(12) parecen.

(13) con cada.

(14) Item más.

(15) Más en unas barbas.

(16) e parecen.

Item (1): dos plumajes de colores que son para dos carpetas (2) de pedrería que abajo dirá.

Más: otros dos plumajes de colores que son para dos piezas de oro que se pone (3) en la cabeza, hechas de manera (4) de caracoles grandes.

Más: dos pájaros de pluma verde con sus pies y picos y ojos de oro, que se ponen en la una pieza de las de oro que parecen caracoles (5).

Más: dos guariques grandes de pedrería azul (6), que son para poner en la cabeza grande del caimán.

En otra caja cuadrada una cabeza de caimán grande de oro, que es la que arriba se dice, para poner las dichas piezas (7).

Más: un caparete (8) de pedrería azul con (9) veinte cascabeles de oro que le cuelgan a la redonda con dos sartas (10) que están encima (11) de cada cascabel, y dos guariques de palo con dos chapas de oro.

Más: un pájaro (12) de plumajes verdes, y los pies, pico y ojos de oro.

Item: otro caparete (13) de pedrería azul con veinticinco cascabeles de oro, y dos cuentas de oro encima de cada cascabel, que le cuelgan a la redonda con unas (14) guariques de palo con chapas de oro, y un pájaro de plumaje verde, con los pies, pico y ojos de oro.

Item: en una hava de caña dos piezas grandes de oro que se ponen en la cabeza, que son hechas a manera de caracol de

(1) Item más.

(2) capacetes.

(3) que se ponen.

(4) a manera.

(5) Falta esta partida en el manuscrito sevillano.

(6) de piedra azul.

(7) para que son las piezas.

(8) capacete.

(9) en.

(10) con dos cuentas.

(11) que están en canada.

(12) Más: una pájara.

(13) capacete.

(14) unos.

oro, con sus guariques de palo y chapas de oro, y más dos pájaros de plumaje verde, con sus pies, pico y ojos de oro (1).

Más: diez y seis rodellas de pedrería con sus plumajes de colores, que cuelgan de la redonda de ellas (2), y una tabla ancha esquinada de pedrería con sus plumajes de colores, y en medio de la dicha tabla, hecha de la dicha pedrería, una cruz de rueda (3), la cual está aforrada de cuero, que tiene los colores como martas.

Otrosí un cetro de pedrería colorada hecha a manera (4) de culebra, con su cabeza y los dientes y ojos que parecen de nácar y el puño guarnecido con cuero (5) de animal pintado, y debajo del dicho puño cuelgan seis plumajes pequeños.

Item más: un moscador (6) de plumajes, puesto en una caña guarnecida en un cuero de animal pintado, hecho a manera de veleta, y encima tiene una copa de plumajes, y en fin (7) de todo tiene muchas plumas verdes largas.

Item: dos aves hechas (8) de hilo y de plumajes y tienen los cañones de las alas y colas y las uñas de los pies, y los ojos y los cabos de los picos de oro (9), puestas en sendas cañas cubiertas de oro y abajo unas pellas de plumajes, una blanca y otra amarilla (10), con cierta argentería de oro entre las plumas, y de cada una de ellas cuelgan siete ramales de pluma.

Item: cuatro pies hechos (11) a manera de lizas puestas en sendas cimbras (12) cubiertas de oro, y tienen (13) las colas y las agallas y los ojos y bocas de oro; abajo (14), en las colas, unos plumajes de plumas verdes, y tienen hacia las bocas las dichas

(1) Falta esta partida en el manuscrito sevillano.

(2) a la redonda dellas.

(3) de ruedas.

(4) de manera.

(5) con un cuero.

(6) un moscador.

(7) que en fin.

(8) Item: dos ánades fechas.

(9) e tienen los cañones de las alas e las colas de oro, e las uñas de los pies e ojos e cabos de los pies puestas, etc.

(10) la una blanca y la otra amarilla.

(11) Item: tres piezas hechas.

(12) cañas.

(13) y que tienen.

(14) y abajo.

lizas (1) sendas copas de plumajes de colores y en algunas de las plumas blancas está (2) cierta argentería de oro, y abajo cuelgan (3) de cada una seis ramales de plumajes de colores.

Item: una verjita (4) de cobre aforrada en un cuero en que está puesto (5) una pieza de oro a manera de plumaje, que encima y abajo tiene ciertos plumajes de colores.

Item más: cinco moscadores (6) de plumajes de colores y los cuatro de ellos (7) tienen a diez (8) cañoncitos cubiertos de oro, y el uno tiene trece (9).

Item: cuatro arpones de pedernal (10) blanco, puestos en cuatro varas de plumajes (11).

Item: una rodela grande de plumajes guarnecida del envés (12) y de un cuero de un animal pintado, y en el campo de la dicha rodela, en el medio, una chapa de oro con una figura de las que los indios hacen, con cuatro otras medias chapas en la orla, que todas ellas juntas hacen una cruz.

Item: más una pieza de plumajes (13) de diversos colores, hecha a manera (14) de media casulla aforrada en cuero de animal pintado, que los señores de estas partes que hasta ahora hemos visto, se ponen (15) colgada del pescuezo, y en el pecho tienen trece piezas (16) de oro muy bien asentadas.

Item: una pieza de plumajes de colores, que los señores de esta tierra se suelen poner en las cabezas (17) y de ella cuelgan

(1) e hacia las bocas de las dichas lizas tienen, etc.

(2) cuelga.

(3) y abajo del asidero cuelga.

(4) vergueta.

(5) en un cuero puesta.

(6) Item: cuatro moscadores.

(7) que los tres dellos.

(8) y tienen a tres.

(9) y el uno tiene a trece.

(10) pedrenal.

(11) guarnecidas de plumajes.

(12) guarnecido el envés.

(13) plumaje.

(14) de manera.

(15) que los señores destas partes que hasta aquí eran, se ponían.

(16) y en el pecho trece piezas.

(17) que los señores en esta tierra se solían poner en las cabezas, hecha a manera de cimera de justador.

dos orejas (1) de pedrería con dos cascabeles y dos cuentas de oro, y encima un plumaje de plumas verdes ancho, y debajo cuelgan (2) unos cabellos blancos.

Otrosí cuatro cabezas de animales: las dos parecen de lobo y las otras dos de tigres (3), con unos cueros pintados, y de ello (4) les cuelgan cascabeles de metal.

Item: dos cueros de animales pintados, aforrados en unas matas de algodón (5), y parecen los cueros de gato cervical (6).

Item: un cuero bermejo y pardillo de otro animal, y otros dos cueros que parecen de venado (7).

Item: cuatro cueros de venados pequeños de que acá hacen los guantes pequeños adobados (8).

Más: dos libros de los que acá tienen los indios.

Más: media docena de moscadores (9) de plumajes de colores.

Más: una poma de plumas de colores con cierta argente-ría en ella (10).

Otrosí una rueda de plata grande que pesó cuarenta y ocho marcos de plata (11), y más en unos brazaletes y unas hojas batidas, un marco y cinco onzas y cuatro adarmes de plata (12). Y una rodela grande y otra pequeña de plata, que pesaron cuatro marcos y dos onzas, y otras dos rodela que parecen de plata, que pesaron seis marcos y dos onzas (13). Y otra rodela que

(1) orejeras.

(2) le cuelgan.

(3) y las otras dos tigres.

(4) y dellos.

(5) mantas de algodón.

(6) que parecen de gato cervical.

(7) de otro animal que parece de león, y otros dos cueros de venado.

(8) Más: cuatro cueros de venados pequeños adobados, y más media docena de guameciles de los que acá hacen los indios.

(9) de amoscadas.

(10) Falta esta partida en el manuscrito de Viena.

(11) La cual pesó por romana cuarenta e ocho marcos de plata.

(12) Más: unos brazaletes e unas hojas batidas, un marco y cinco onzas y cuatro adarmes.

(13) las cuales pesaron seis marcos y dos onzas de plata.

paresce asimismo de plata (1), que pesó un marco y siete onzas, que son por todo sesenta y dos marcos de plata (2).

ROPA DE ALGODON (3)

Item más: dos piezas grandes de algodón tejidas de labores de blanco y negro (4) muy ricas.

Item: dos piezas tejidas de plumas (5) y otra pieza tejida de varios colores (6); otra pieza tejida de labores, colorado, negro y blanco, y por el envés no parecen las labores (7).

Item: otra pieza tejida de labores y en medio unas ruedas negras de pluma (8).

Item: dos mantas blancas en unos plumajes tejidas (9).

Otra manta con unas presecillas y colores pegadas (10).

Un sayo de hombre de la tierra.

Una pieza (11) blanca con una rueda grande de plumas blancas en medio.

Dos piezas de guescasa (12) pardilla con unas ruedas de pluma, y otras dos de guascasa (13) leonada.

Seis piezas de pintura de pincel (14); otra pieza colorada con unas ruedas, y otras dos piezas azules de pincel y dos camisas de mujer.

Once almaizares (15).

Item: seis rodela, que tienen cada una chapa de oro que toma la rodela, y media mitra de oro (16).

(1) que paresce así de plata.

(2) Falta en el manuscrito sevillano **que son por todo sesenta y dos marcos de plata.**

(3) Falta este título en el manuscrito de Viena.

(4) de blanco y negro y leonado.

(5) de pluma.

(6) e otra pieza tejida a escaques de colores.

(7) otra pieza tejida de colores, color negro, blanco; por el envés no se parecen las labores.

(8) de plumas.

(9) con unos plumajes tejidos.

(10) Otra manta con unas pesesicas pegadas de colores.

(11) Otra pieza.

(12) Dos piezas de guascaza.

(13) guascaza.

(14) Seis piezas de pincel.

(15) Falta esta partida en el manuscrito de Viena.

(16) Seis rodela, que tiene cada una chapa de oro que toma toda la rodela.—Item: media mitra de oro.

Las cuales cosas, cada una de ellas, según que por estos capítulos van declaradas y asentadas, nos Alonso Fernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, procuradores susodichos, es verdad que las recibimos y nos fueron entregadas para llevar a sus altezas, de vos Fernando Cortés, Justicia mayor por sus altezas en estas partes, y de vos Alonso de Avila y de Alonso de Grado, tesorero y veedor de sus altezas en ellas. Y porque es verdad lo firmamos de nuestros nombres.—Fecho a seis días de julio de 1519 años.—**Puerto Carrero.—Francisco de Montejo.**

Las cosas de suso nombradas en el dicho memorial con la carta y relación de suso dicha que el concejo de Veracruz envió, recibió el rey don Carlos, nuestro señor, como de suso se dijo, en Valladolid, en la semana santa, en principios del mes de abril del año del Señor de 1520 años.

En lugar de los dos párrafos antecedentes que no se hallan en el manuscrito del **Manual del Tesorero** de la casa de la contratación de Sevilla, hay el que sigue:

Todas las cuales dichas cosas, así como vinieron, enviamos a S. M. con Domingo de Ochandiano, por virtud de una carta que sobre ello S. M. nos mandó escribir, fecha en Molín del Rey, a cinco de diciembre de mil y quinientos e diez y nueve: y el dicho Domingo trajo cédula de S. M., por la cual le mandó entregar las cosas susodichas a Luis Veret, guarda-joyas de sus majestades, y carta de pago del dicho Luis Veret de como las recibió, que está en poder del dicho tesorero.

Don Juan Bautista Muñoz añade: “Consta del mismo libro (**Manual del Tesorero**) que en cumplimiento de la dicha cédula fueron vestidos ricamente los cuatro indios, dos de ellos caciques, y dos indias traídas por Montejo y Puertocarrero, y enviados a S. M. a Tordecillas, donde estaba S. M. Salieron de Sevilla en 7 de febrero de 1520, y en ida y estada y vuelta, que fue en 22 de marzo, se gastaron cuarenta y cinco días. Uno de los indios no fue a la corte porque enfermó en Córdoba y se volvió a Sevilla. Venidos de la corte, murió uno. Permanecieron los cinco en Sevilla, muy bien asistidos, hasta el 27 de marzo de 1521, día en que “partieron en la nao de Ambrosio Sánchez, enderezados a Diego Velázquez, en Cuba, para que dellos hiciese lo que fuese servicio de S. M.”

Nota.—Siendo en la actualidad olvidadas muchas de las voces de que se hace uso en la memoria precedente, es necesario dar alguna idea de las cosas a que ahora corresponden, para su

mejor inteligencia. Los **pujantes** o **pinjantes** que sirven de adorno a los collares y otras alhajas, son pendientes, como los que ahora se usan en los sarcillos y gargantillas.

Las **antiparras** o **antiparas** las describe de esta manera el primer Diccionario de la lengua española, publicado por la Academia en 1726, que tiene el origen de las palabras y las autoridades en que se funda su sentido: "cierto género de medias calzas o polainas que cubren las piernas y los pies sólo por la parte de adelante. Cervantes, novela 3.^a: "Me enseñó a cortar **antiparas**, que como V. M. sabe, son medias calzas, con avampiés." De aquí viene sin duda el darse este nombre por ampliación a las calzoneras que usa la gente del campo.

La **patena** era un adorno redondo con alguna figura esculpida en él, que se llevaba colgado al cuello.

El **moscador**, o **mosqueador**, especie de abanico de plumas, a la manera de los que recientemente han usado las señoras. Su uso era muy frecuente entre los antiguos mexicanos, y apenas hay alguna pintura de aquel tiempo en que no se encuentre. Empleaban en ellos las más ricas plumas, y los mangos estaban adornados con las piedras preciosas que conocían.

Los **guariques** no he podido descubrir qué cosa eran; los **caparetes** eran **capacetes**, pieza de armadura que cubría la cabeza.

Las **lizas** eran imitación del pescado de este nombre; **puestas en sendas cimas**, esto es, puestas cada una en la extremidad de una varilla. En este género de fundición con diversos metales eran muy diestros los plateros mexicanos, pues no sólo sabían sacar las piezas en una sola fundición, como éstas que aquí se describen, **con las colas y las agallas y los ojos y las bocas de oro**, sino alternando las escamas, unas de oro y otras de plata.

Las **verjitas** eran varillas de metal o de otra materia, a manera de bastón o cetro, con alguna figura o plumaje en la punta. Se ven frecuentemente en las pinturas antiguas mexicanas.

Los **guantes adobados** se debe entender de cuero curtido.

Los tejidos de algodón con labores que no parecían por el revés, prueban los adelantos que habían hecho, pues sabían tejer con doble trama, que es en lo que consiste este artificio.

Los indios que fueron llevados a la corte, según Bernal Díaz, fueron cuatro, que estaban en Tabasco engordando en jaulas de madera para ser sacrificados, y fueron los primeros que se enviaron como muestra de los habitantes del país.

La noticia que precede se ha tomado de la colección de documentos inéditos del señor Navarrete.

CARTA

DE CARLOS V A HERNAN CORTES

EN QUE SE DA POR SATISFECHO DE SUS SERVICIOS EN NUEVA
ESPAÑA, SACADA DE LA COLECCION DE DOCUMENTOS
INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, PARA LA
CUAL SE COPIO DEL ARCHIVO DE SIMANCAS

Valladolid, 25 de octubre de 1522.

El rey.—Hernando Cortés, nuestro gobernador e capitán general de la Nueva España llamada Aculvacan e Uloa. Luego como a la Divina Clemencia plugo de me traer a estos reinos, que desembarqué con toda mi armada real en la villa e puerto de Santander, a diez y seis días del mes de julio de este presente año, mandé que se entendiese con mucha diligencia en el despacho de las cosas del Estado de esas partes como en cosa tan principal; especialmente quise por mi real persona ver y entender vuestras relaciones e las cosas de esa Nueva España, e de lo que en mi ausencia de estos reinos en ella ha pasado, porque lo tengo por cosa grande y señalada, y en que espero nuestro Señor será muy servido, y su santa fe católica ensalzada y acrecentada, que es nuestro principal deseo, y de que estos reinos recibirían mucho provecho e noblecimiento, en que por la dicha mi ausencia no se ha podido entender. E para que mejor se pudiese hacer y proveer mandé oír a Martín Cortés vuestro padre, y Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco Montejo vuestros procuradores y de los pueblos de esa tierra, y los procuradores del adelantado Diego Velázquez, asimismo el veedor Cristóbal de Tapia que después llegó, que había sido proveído de la gobernación de esa tierra por nuestros gobernadores en nuestro nombre, y por todo ello parece cuán dañosa ha sido para la población de esa tierra e conversión de los naturales de ella, y estorbo para que nos no fuésemos servidos y estos reinos e naturales de ellos aprovechados, las diferencias que entre vos y

el dicho adelantado ha habido, e como aquellas y la ida de Pánfilo de Narváez, e la armada que llevó, fue causa de se alzar e perder la gran ciudad de Tremistitan (México) que está fundada en la gran laguna, con todas las riquezas que en ella había, y de los males e muertes de cristianos e indios que ha habido, de que nuestro Señor ha sido muy deservido, y nos habemos recibido displacer. E nos queriendo proveer en ello de manera que lo pasado se remedie y adelante pueda haber camino para que en esa tierra se haga el fruto que es razón, e yo tanto deseo para el acrecentamiento de nuestra santa fe católica y salvación de las ánimas de los indios naturales y habitantes en esas partes, e por vos quitar de las dichas diferencias, habemos remitido las dichas diferencias y debates que entre vos y el dicho adelantado hay o pueda haber a justicia, y lo habemos cometido y mandado al nuestro gran canceller e a los del nuestro consejo de las Indias, para que ellos conozcan de ellas y brevemente os hagan y administren entero cumplimiento de justicia, y envío a mandar al dicho adelantado que no arme ni envíe contra vos gente ni fuerza, ni haga otra violencia ni novedad alguna. E porque soy certificado de lo mucho que vos en ese descubrimiento e conquista y en tornar a ganar la dicha ciudad e provincias habéis fecho e trabajado, de que me he tenido e tenga por muy servido, e tengo la voluntad que es razón para vos favorecer y hacer la merced que vuestros servicios y trabajos merecen, y confiando de vuestra persona e creyendo que me serviréis con la lealtad que debéis y que en todo ponéis la buena diligencia e recaudo que conviene como persona que tanta experiencia tiene de lo de allá, vos habemos mandado proveer del cargo de nuestro gobernador y capitán general de la Nueva España y provincias de ella por el tiempo que nuestra merced e voluntad fuere, o nos mandamos proveer otra cosa, como veréis por las provisiones e poderes e instrucciones que vos mando enviar. Por ende yo vos mando y encargo que uséis de los dichos oficios conforme a ellos, con aquella diligencia e buen recaudo que a nuestro servicio y a la ejecución de nuestra justicia y población de esa tierra convenga, e yo de vos confío: que como dicho es yo envío a mandar al dicho adelantado que no haga cosa alguna que pueda ser perjudicial a la dicha vuestra gobernación e a la paz e sosiego de esa tierra, y que principalmente tengáis grandísimo cuidado y

vigilancia de que los indios naturales de esa tierra sean industriados e doctrinados, para que vengan en conocimiento de nuestra santa fe católica, atrayéndolos para ello por todas las buenas mañas e buenos tratamientos que convenga, pues (a Dios gracias), según vuestras relaciones, tienen más habilidad y capacidad para que se haga en ellos fruto y se salven, que los indios de las otras partes que hasta agora se han visto, porque este es mi principal deseo e intención y en ninguna cosa me podéis tanto servir.

Y para lo que toca al recaudo de nuestra hacienda, y porque haya con vos personas cuerdas e oficiales nuestros, enviamos a Alonso de Estrada, contino de nuestra casa, por nuestro tesoroero, y a Rodrigo de Albornoz, nuestro secretario, por nuestro contador, y Alonso de Aguilar (1) por nuestro factor, e a Peralmín-dez Cherino por nuestro veedor, a los cuales vos encargo miréis e tratéis bien como a criados e oficiales nuestros, e les deis parte de todo lo que os pareciere que conviene a nuestro servicio e que por razón de sus oficios la deben haber, de manera que ellos usen y ejerzan, y puedan usar y ejercer como conviene, que ellos asimismo llevan de mí mandado que os honren y acaten como es razón, y en todo los favorezcáis como de vos confío.

Las instrucciones tocantes, así para la buena gobernación de esa tierra como para que los dichos indios sean bien tratados, doctrinados e industriados en las cosas de nuestra santa fe católica, que es lo que principalmente deseamos, como a la forma e manera que los dichos nuestros oficiales han de tener en sus oficios, llevan ellos, las cuales vos mostrarán por mi servicio; que vos por lo que toca a vuestro oficio las guardéis e cumpláis y hagáis guardar e cumplir, e a ellos para que las guarden hagáis dar todo favor e ayuda, e tened siempre cuidado de me escribir muy largo de todas las cosas de allá, e de lo que a vos os parece que debo mandar proveer para el buen gobierno de esas tierras.—De Valladolid, a quince días del mes de octubre de quinientos y veinte e dos años.—Yo el rey.— Por mandado de S. M., **Francisco de los Cobos.**

(1) En lugar de éste, vino Gonzalo de Salazar.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LOS CONDES DE MOTEUCZOMA

MEMORIAL QUE DIO LA PRIMERA VEZ LA CASA DE MOTEUCZOMA
PRETENDIENDO LA GRANDEZA DE ESPAÑA

EL conde don Diego Luis de Moteuczoma, hijo del príncipe don Pedro de Moteuczoma y nieto del emperador Moteuczoma, dice: Que obedeciendo la real orden de V. M. ha venido de México, y viéndose hoy a sus reales plantas, espera que no estorbe ya la separada distancia las generosas influencias de su real presencia, pues sola la relación de legítimo nieto de un monarca tan poderoso, aun cuando le hubiesen desposeído del reino violencias o derechos de otros príncipes, si en tal caso se refugiara a España y se valiera del real amparo de V. M., fuera estilada atención de tan augusto ánimo el señalarle rentas y honrarle con puestos que conservasen algún lustre respectivo a la primera grandeza, de que da cada día V. M. plausibles ejemplares, enriqueciendo de rentas, oficios, gruesas ayudas de costa, a tantos que caídos de menos alta fortuna, hallan en la real magnificencia de V. M. logro de su caída en considerables medras, sin más mérito que recurrir al favor de V. M., y le experimentan pronto, por más que instan los empeños de la corona y aun los aprietos de su real palacio.

Lucen dignamente los descubridores de la América con mercedes de grandeza, títulos, Estados poderosos y ricos mayrazgos, gozando sus descendientes cada día mayores favores y mercedes, con que adelantan el esplendor de sus casas. El suplicante, pues, no debe verse con menos lucimiento, teniendo en sus venas tan fresca la sangre real de aquel emperador y tan reciente la memoria de todos tan de admiración, como sin ejem-

plar servicio con que Moteuczoma su abuelo, con ardiente afecto y sin violencia alguna, puso a las augustas plantas de la real casa de V. M. su corona, su reino, sus vasallos y toda la Nueva España.

Nunca se envejecerá, señor, tan heroico mérito: siempre subsiste. Hoy está gozando V. M. del imperio de Moteuczoma innumerables millones; con la plata y el oro que tributa a V. M. cada año la corona de México, llena V. M. a todo el Oriente por la puerta que abren las Filipinas, las que mantiene V. M. con las reales cajas de México. Los millones que han venido a España, con ser como increíbles de muchos (1), los que constan por los registros en la casa real de la contratación de Sevilla, son innumerables los que han traído por alto y rebosando en los reinos extraños, no hay quien no atesore reales mexicanos.

Hoy es México y sus provincias de las joyas más ricas que resplandecen en la inmensa monarquía de S. M. Sustenta con singular esplendor que de cancellerías y audiencias reales, obispados, arzobispados, deanatos, universidades, colegios, suntuosas obras pías, estados de grandes y de títulos, infinitas rentas de mayorazgos, gruesos caudales de mercaderes, poderosas y magníficas religiones, riquísimas encomiendas que V. M. reparte a los que están en España.

Y si tuviera otros nuevos mundos aquel gran Moteuczoma, con igual fineza y bizarría de ánimo y demostración de afecto los hubiera renunciado todos en la real casa de V. M., dejando a sus legítimos descendientes, por más preciosa y única herencia, sola la gloria de ser vasallos de V. M., y la seguridad de que viviendo debajo de su real protección, jamás echarían menos las riquezas y reinos que con tanta magnificencia poseyeron sus pasados por tantos siglos en el imperio de México.

Hazañas, señor, son éstas tan especiosas, que es muy infeliz estrella de esta casa no haber conseguido ya merced de primera grandeza con cien mil ducados de renta y oficios de los más honoríficos de palacio. No sólo dice esto el vulgo a voces; así lo siente también generalmente la nobleza, toda España y todas las naciones, considerando tantas circunstancias dignas de que V. M. haga mayores mercedes a tan gran casa, pues las

(1) Debe entenderse por muchos.

suele hacer V. M. crecidas a méritos de que no ha interesado tan considerables conveniencias. Y cuando haya quien hubiese avasalládole a V. M. grandes reinos, no hay rey que con igual afecto como Moteuczoma, en la mayor pujanza de su imperio se entregue con todos sus vasallos por vasallo de V. M., y lo que es de incomparable y casi increíble asombro, que en su defensa de esta causa se arrestase hasta derramar la sangre y perder la vida, sacrificándose así totalmente al servicio de V. M. y de su católica corona. Sin parecer, pues, que pisa la raya de la moderación ni los grados del merecimiento, suplica que V. M. honre su casa con primera grandeza, la llave de la cámara y cien mil ducados de renta en la casa de la Contratación.

Y cuando en la junta particular (a que suplico a V. M. se remita la consideración de este memorial), no mereciere que V. M. le haga merced, se sirva darle licencia para que se vuelva a las Indias, donde en un rincón de México pase con la poquedad que allá tiene, lamentando su poca suerte, pues no se juzga digno de servir a V. M. en palacio, ni gozar de la liberalidad que todos experimentan y le ofreció el rey de México en nombre de V. M., cuando le intimó su real orden para que viniese a España, que en esto recibirá merced de V. M.

Nota.—Este documento ha sido sacado de un manuscrito perteneciente al colegio de la compañía de Jesús de Morelia, que se titula: **Historia del Emperador Moteuczoma, escrita por el P. Luis de Moteuczoma.**

Los resultados de este memorial fueron algunas gracias de poca valía, y añade el documento inédito de donde se han tomado estas noticias, que nada pudo conseguirse por entonces a causa de los grandes trastornos de la rebelión de Flandes y conquista de Portugal. No pudiendo el conde hacer en la corte el gasto que su elevado rango demandaba, se retiró a un pequeño mayorazgo que poseía en Guadix.

Su hijo don Pedro Tesifón de Moteuczoma renovó esta pretensión cuando el monarca español, por consulta del consejo de Indias, pidió que la casa de Moteuczoma reiterase la renuncia del imperio mexicano que su bisabuelo había hecho. La cláusula de la escritura literalmente es como sigue:

“Tenemos por bien, y desde luego nos todos, madre e hijos, de un acuerdo y conformidad, nos desistimos, quitamos y apartamos de cualquier derecho y pretensión, que nos, y cualquier de nos, y nuestros herederos y sucesores, tenemos y podemos tener en razón de ser tales bisnietos del dicho Moteuczoma, y lo cedemos, renunciarnos y traspasamos en su majestad y en los señores reyes que por el tiempo fueren sus sucesores, y en su corona real.”

RETRATO DE HERNAN CORTES

SACADO DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

ERA don Fernando Cortés, según la relación que nos ha dejado Bernal Díaz, “de una buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba a cenicienta, y no muy alegre, y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados. Era buen jinete y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo que es lo que hace al caso. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversación, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imagen de nuestra Señora la Virgen Santa María, con su hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letrero; y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaban de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado la letra de él, mas después el tiempo andando, siempre traía gorro de paño sin medalla. Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos, y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, e grandes vajillas de plata y de oro. Comía a medio día bien, y bebía una buena taza

de vino aguado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase o los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, en especial con los que pasamos con él la isla de Cuba la primera vez; y era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta; hacía coplas en metros y en prosa, y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por la mañana en unas horas, e oía misa con devoción; tenía por su muy abogada a la Virgen María Nuestra Señora, y también tenía a Señor San Pedro, Santiago y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba, decía: en mi conciencia; y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros, sus amigos, le decía: o mal pese a vos; y cuando estaba más enojado se le hinchaban una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado, arojaba una manta y no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala, y aunque había materia para ello, lo más que le decía era: callad, o idos con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, e os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra.

ADVERTENCIA

CUANDO hago mención de toesas, pies y pulgadas, sin decir más, me refiero a las medidas de París, que por ser más generalmente conocidas, están menos expuestas a equivocaciones. La toesa de París tiene 6 pies de rey; cada pie 12 pulgadas y cada pulgada 12 líneas. La línea se considera compuesta de 10 partes o puntos, para poder expresar más fácilmente la proporción de este pie con otros. El pie toledano, que es por antonomasia el español, es la tercera parte de una vara castellana, y es al pie de rey como 1,240 a 1,440: es decir, de las 1,440 partes en que se considera dividido el pie de rey, el toledano tiene 1,240, de modo que 7 pies toledanos hacen 6 pies de rey, o una toesa de París.

En el mapa geográfico del imperio mexicano (**tomo I**), me he limitado a indicar las provincias y algunos pocos pueblos, omitiendo una gran cantidad de ellos y no pocas ciudades importantes, por ser sus nombres demasiado largos. Las dos islillas que se ven en el golfo mexicano, distan apenas milla y media de la costa; pero el grabador quiso figurarlas más lejos. Una de ellas es la que los españoles llaman San Juan de Ulúa (1).

(1) La edición italiana, aunque hecha a vista de Clavijero, está llena de errores y descuidos. Me parece oportuno notar los siguientes, que inevitablemente se han copiado en la traducción: Hablando del viaje de los toltecas en el libro primero, se dice que empezó el año I Tecpatl, 596 de la era vulgar; debe decir: 544. Allí mismo dice que la monarquía tolteca empezó el año VIII Acatl; debe decir: el año VII Acatl. Hablando del calendario mexicano se dice que los últimos años del siglo empezaban a 14 de febrero; debe decir: a 13. En toda la obra se ha conservado el uso de las millas que emplea el autor, tres de las cuales forman, poco más o menos, una legua española.—Nota del traductor.



INDICES

INDICE DE MATERIAS

Libro octavo.

Págs.

Llegada de los españoles a las costas de Anáhuac.—Inquietudes, embajadas y regalos del rey Moteuczoma.—Confederación de los españoles con los totonacas; su guerra y alianza con los tlaxcaltecas; su severidad con los cholultecas y su solemne entrada en México.—Novicia de la célebre india doña Marina.—Fundación de Veracruz, primera colonia de los españoles.....

5

Libro nono.

Conferencias de Moteuczoma con Cortés.—Prisión de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y de otros señores.—Suplicio atroz de Cuauhpopoca.—Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernán Cortés, y derrota de Pánfilo Narváez.—Muerte de muchos nobles y sublevación del pueblo de México contra los españoles.—Muerte del rey Moteuczoma.—Combates, peligros y derrota de los españoles.—Batalla de Otompan y retirada de los españoles a Tlaxcala.—Elección del rey Cuitlahuatzin.—Victoria de los españoles en Tepeyacac, en Xalatzinco, en Tecamachalco y en Cuauhquechollan.—Estragos hechos por las viruelas.—Muerte del rey Cuitlahuatzin y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitzcatzin.—Elección en México del rey Cuauhtemotzin

73.

Libro décimo.

Marcha de los españoles a Tezcoco; sus negociaciones con los mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yecapichtla, Cuauhnahuac y otras ciudades.—Construcción de los bergantines.—Conjuración de algunos españoles contra Cortés.—Reseña, división y puestos del ejército español.—Asedio de México, prisión del rey Cuauhtemotzin y ruina del imperio mexicano.....

143

Descendencia del rey Moteuczoma.....

205

Descendencia de Hernán Cortés.....

206

INDICE DE DISERTACIONES

	Págs
Al lector.....	211
Disertación I	
Sobre el origen de la población de América y particularmente de la de México.....	215
Disertación II	
Principales épocas de la Historia de México.....	245
Disertación III	
Sobre el terreno de México.....	261
Disertación IV	
De los animales de México.....	293
Disertación V	
Constitución física y moral de los mexicanos.....	339
Disertación VI	
Cultura de los mexicanos.....	377
Disertación VII	
Confines y población de los reinos de Anáhuac.....	431
Disertación VIII	
Religión de los mexicanos.....	451

	Págs.
Disertación IX	
Origen del mal venéreo.....	465
<hr/>	
Memoria de las joyas, rodela y ropa remitidas al emperador Carlos V por don Fernando Cortés y el Ayuntamiento de Veracruz, con sus procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portoca- rrero	487
Carta de Carlos V a Hernán Cortés, en que se da por satisfecho de sus servicios en Nueva España.....	499
Documentos relativos a los condes de Moteuczoma.....	503
Retrato de Hernán Cortés, sacado de Bernal Díaz del Castillo.....	507

INDICE ANALITICO DEL TOMO II

	PAGS.		PAGS.
		A	
Abatimiento de algunos españoles. . .	132	América. ¿En qué tiempo empezó a poblarse?.	215
Acatzinco. Entrada de los españoles en esa ciudad.	134	América. La supuesta inundación de ella.	263
Acción famosa de Cortés.	33	América. No procede de allí el mal venéreo.	476
Acolhuacan. Prisión de su rey Cacamatzin.	94	América. ¿Quiénes fueron sus pobladores?.	220
Acolhuacan. Su rey es aprehendido con el de Tlacopan y Cuauhtemotzin. .	201	Anáhuac. Autores de gramáticas y diccionarios de lenguas de este país. .	430
Acolhuacan. Tentativas de su rey contra los españoles.	91	Anáhuac. Autores españoles y criollos que han escrito en la lengua de este país, sobre la doctrina y moral cristianas.	428
Adjudicación de los bienes de Xicotencatl al rey de España.	172	Anáhuac. Confines de los reinos de este país.	431
Alderete Julián. Le da Cortés el mando de la primera división.	184	Anáhuac. Epoca de la llegada a este país de los toltecas y otras naciones.	245
Aliados. Su crueldad.	196 y 199	Anáhuac. Primeros viajes que a las costas de este país hicieron los españoles.	5
Alianza de Amaquemecan con los españoles.	64	Anáhuac. Su población.	436
Alianza de Colhuacan, Cuitlahuac, Huitzilopochco, Itztapalapan, Mexicaltzinco y Mizcuic con Cortés.	180	Anegamiento de Itztapalapan para ahogar a los españoles.	152
Alianza de Chalco con Huexotzingo y Cuauhquechollan.	154	Animales. ¿De dónde y cómo pasaron al Nuevo Mundo?.	228
Alianza de Ixtlilxóchitl con los españoles.	47	Animales propios de México.	293
Alianza de los chalqueses con los españoles.	153	Animales transportados al Nuevo Mundo.	319
Alianza de los huexotzingos con los españoles.	47	Años mexicanos. Su correspondencia con los nuestros.	251
Alianza del señor de Cuitlahuac con Cortés.	66	Aprehensión de Cuauhtemotzin y de los reyes de Tlacopan y Acolhuacan	201
Alianza de tlaxcaltecas y mexicanos contra los españoles, propuesta por Cuitlahuatzin.	129	Armada del gobernador de Cuba contra Cortés.	101
Alianza ofrecida a Cortés por los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco.	148	Armada y viaje de Cortés.	11
Altar cristiano colocado en Cempoala por Cortés.	32	Arte de construir buques y puentes y de hacer cal entre los mexicanos. .	384
Alteraciones de los tlaxcaltecas. . . .	36	Artes de los mexicanos.	396
Alvarado. Salto de ese nombre.	121	Asalto y toma de Cuauhquechollan. . .	136
Alvarado. Sus operaciones en el asedio de México.	181	Asalto y toma de Itzacan.	137
Amaquemecan. Su alianza con los españoles.	64	Asedio de México. Distribución del ejército para formalizarlo.	169
		Asedio de México. Operaciones de Alvarado.	181

	PAGS.
Asedio de México. Su fin.	200
Asedio de México. Su principio. . . .	172
Asedio de México. Sus últimos prepara- tivos.	168
Ataques de los matlazincas a los oto- mites.	190
Ataque último a México y toma de esta ciudad.	199
Atenco. Su señor ofrece alianza a Cor- tés.	148
Aumento de las tropas auxiliares de Cortés.	177
Autores de gramáticas y diccionarios de las lenguas de Anáhuac.	430
Autores españoles y criollos que han escrito sobre la doctrina y moral cristianas en las lenguas de Aná- huac.	428
Auxilia don Carlos Ixtlilxochitl a Cor- tés.	177
Avila. Lo manda Cortés a Santo Do- mingo.	140
Avila y Ordaz toman Tochtepec. . . .	139
Axayacatl. Incendio de su palacio. . .	178
Ayotzingo. Llegan allí los españoles. .	64
Ayuntamiento de Veracruz. Joyas, ro- delas y ropa que envió a Carlos V. .	487
Azcapozalco. Entrada de los españo- les en esa ciudad.	156

B

Batalla cerca de Malinalco.	190
Batalla de Nauhtlan.	61
Batalla de Otompan.	124
Batalla de Tabasco, en Centla.	12
Batalla de Teoatzincon.	41
Batalla de Xochimilco.	166
Batalla de Xoloc.	174
Batalla de Zacatepec.	133
Batalla e incendio de Mexicaltzinco. .	175
Batalla en las cercanías de Huaxtepec. .	162
Batalla en las cercanías de Tlacopan. .	157
Batalla en las inmediaciones de Chal- co.	153
Batalla entre chalqueses y mexicanos. Victoria de aquéllos.	160
Bautismo de cuatro señores tlaxcalte- cas.	131
Bautismo de Ixtlilxochitl.	150
Bautismo de ocho doncellas totonacas. .	32
Beatriz Bermúdez de Velasco. Su va- lor.	194
Beatriz Palacios. Valor de esta espa- ñola.	194
Bergantines. Combates de los.	187
Bergantines. Construcción de doce por los tlaxcaltecas.	155

	PAGS.
Bergantín. Es echado al río Zahua- pan el primero que construyen los españoles.	155
Bernal Díaz. Retrato que hace de Cor- tés.	507
Biografía de Hernán Cortés.	8
Botín de guerra enviado a Carlos V. Cae en poder de Juan Florín. . . .	208
Botín tomado en México por los con- quistadores.	202
Buques. Arte de construirlos entre los mexicanos.	387

C

Caballos y mulas.	325
Cabo Catoche. Su descubrimiento por Hernández de Córdova.	5
Cabras.	324
Cacamatzin. Muerte de este rey. . . .	122
Cacamatzin. Prisión de este rey. . . .	94
Cal. Arte de hacerla entre los mexica- nos.	384
Calidades del terreno en México. . . .	282
Camellos.	321
Capital. Combates entre mexicanos y españoles habidos en ella.	109
Carácter de los principales conquista- dores de México.	8
Carlos V. Memoria de las joyas, ro- delas y ropa remitidas a este em- perador por Cortés y el Ayunta- miento de Veracruz.	487
Carlos V. Su carta a Hernán Cortés. .	499
Carneros.	323
Carta de Carlos V a Hernán Cortés. .	499
Cartas de Cortés y del ejército al rey católico.	33
Casamiento de Cuauhtemotzin con su prima Tecuichpotzin.	140
Castigo de los zoltepequeses por San- doval.	155
Castilla. Primer homenaje de los me- xicanos a la corona de ese reino . .	98
Catálogo de algunos autores europeos y criollos que han escrito sobre la doctrina y moral cristiana, en las lenguas de Anáhuac.	428
Catálogo de voces mexicanas que sig- nifican ideas metafísicas y morales. .	412
Catástrofe de Cholula.	56
Celo de Cortés por la religión. Sus desahogos.	80
Cempoala. Altar cristiano levantado allí por Cortés.	32
Cempoala. Destrucción de los ídolos. .	36
Cempoala. Embajada del señor de ese lugar y sus consecuencias.	23

	PAGS.		PAGS.
Cempoala. Entrada allí de los españoles.	24	Constitución física y moral de los mexicanos.	339
Centla. Batalla y victoria de los españoles.	12	Construcción de piraguas por los mexicanos.	187
Cihuacatzin. Muerte de este general.	124	Continente antiguo. Cuadrúpedos sin cola de él.	309
Cihuacatzin. Su estandarte es regalado por Cortés a Maxixcatzin.	127	Continente antiguo. De algunos países de éste pudo comunicarse a Europa el mal venéreo.	467
Cihuacoatl. Su heroica respuesta a Cortés.	200	Corneta del dios Painalton.	184
Cinco ministros. Su prisión.	26	Coronación de Cuauhtemotzin.	140
Citlalpopoca. Su bautizo.	131	Coronación de Ixtlilxochitl.	149
Ciudad de México. Su descripción.	77	Correspondencia de los años mexicanos con los nuestros.—Epoca de la fundación de México.	251
Ciudades de los lagos. Confederación de algunas de ellas con los españoles.	180	Corte de Tezcoco. Revoluciones que en ella surgieron a la llegada de los españoles.	148
Coanacotzin. Fuga de este rey.	148	Cortés apadrina el bautismo de Maxixcatzin, Xicotencatl, Tlehuexolotzin y Citlalpopoca.	131
Coanacotzin. Reconciliación de este príncipe con su hermano Ixtlilxochitl.	66	Cortés. Armada del gobernador de Cuba contra él.	101
Coanacotzin. Su exaltación.	141	Cortés. Aumenta sus tropas auxiliares.	177
Coanacotzin. Su muerte.	204	Cortés. Carta que le dirigió Carlos V.	499
Coanacotzin. Su prisión.	201	Cortés. Conjuración contra él.	167
Coaxtlahuacan. Homenaje que rindió a Cortés.	138	Cortés da a don Juan Maxixcatzin el Estado vacante de Ocotelolco.	140
Coatlichan. El señor de esa ciudad ofrece su alianza a Cortés.	148	Cortés da el mando de su primera división a Julián Alderete.	184
Colhuacan. Su alianza con Cortés.	180	Cortés deja a Sandoval el mando de Tezcoco.	161
Combate en Tlaxcala.	39	Cortés. Desahogos de su celo por la religión.	80
Combates de los bergantines y estratagemas de los mexicanos.	187	Cortés disuade a sus soldados del intento de volver a Veracruz.	132
Combates entre mexicanos y españoles en la capital.	109	Cortés. Embajadas que le envió Moteuczoma.	19, 29, 44 y 59
Combates entre tlacopanese y tlaxcaltecas.	157	Cortés entabla negociaciones infructuosas con los mexicanos.	160
Combate terrible en el Templo Mayor.	113	Cortés envía una embajada a Cuauhtemotzin.	160
Condes de Moteuczoma. Documentos relativos á ellos.	503	Cortés es auxiliado con tropas por don Carlos Ixtlilxochitl.	197
Confederación de algunas ciudades del lago con los españoles.	180	Cortés. Estragos que hizo en México para obligar a ceder a los sitiados.	193
Confederación de los totonacas con los españoles.	28	Cortés. Famosa acción de este capitán.	33
Confederación de Otompan y otras ciudades con los españoles.	152	Cortés fija su cuartel general en Xoloc.	174
Confederación y paz con los tlaxcaltecas.	46	Cortés. Grave peligro que corrió.	165
Conferencia de Moteuczoma con Cortés. La primera que tuvieron.	73	Cortés hace ahorcar a Villafañá.	168
Confines de los reinos de Anáhuac.	431	Cortés. Herida que recibió.	186
Conjuración contra Cortés.	167	Cortés incendia el templo de Tlateololco.	196
Conquista. Epoca de los sucesos de ella.	258	Cortés incendia los templos de Itzocan.	137
Conquista de Cuauhnahuac.	163	Cortés. Le ofrecen su alianza los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco.	148
Conquista de Xochimilco.	164		
Conquistadores. Botín que tomaron en México.	202		
Conquistadores de México. Carácter de los principales.	8		
Consecuencias de la embajada del señor de Cempoala.	23		

Chalco. Batalla en sus inmediaciones.	153
Chalco. En sus inmediaciones son derrotados los mexicanos.	153
Chalco. Expedición de los mexicanos contra esa ciudad.	160
Chalco. Su alianza con Huexotzingo y Cuauhquechollan.	154
Chalchiuhcuecan. Llegada de los españoles a esa ciudad.	15
Chalqueses. Su alianza con los españoles.	153
Chalqueses. Su victoria contra los mexicanos.	160
Chichimecatl. Hecho memorable de este general.	192
Cholula. Catástrofe en esa ciudad. .	56

	PAGS.
Cholula. Entrada de los españoles en esa ciudad.	53
Cholultecas. Su sumisión a la corona de España.	58

D

¿De dónde y cómo pasaron los pobladores y los animales al Nuevo Mundo?	228
Defensa de Cuauhnahuac.	189
De las calidades del terreno en México.	282
Del clima de México.	271
De los animales de México.	293
Derrota de los españoles en su retirada (Noche Triste).	120
Derrota de los españoles en Tlatelolco	184
Derrota de los huastecos.	162
Derrota de los itzocaneses.	137
Derrota de los mexicanos en las inmediaciones de Chalco.	153
Derrota de los mexicanos en Xochimilco.	166
Desahogos del cielo de Cortés por la religión.	80
Descendencia de Hernán Cortés.	206
Descendencia del rey Moteuczoma.	205
Descripción de la ciudad de México.	77
Descubrimiento del Cabo Catoche por Hernández de Córdova.	5
Destrucción de los ídolos de Cempoala.	30
Detención de Ixtlilxochitl en Tlaxcala.	150
Díaz. El padre Juan, de este apellido, bautiza a los cuatro jefes de Tlaxcala, Maxixcatzin, Xicotencatl el viejo, Tlехuexolotzin y Citlalpopoca.	131
Diccionarios y gramáticas de las lenguas de Anáhuac. Sus autores.	430
Discordias de los mexicanos durante el sitio de México.	195
Discurso del rey Moteuczoma al pueblo y sus efectos.	111
Disensiones entre los mexicanos.	128
Distribución del ejército en el asedio de la capital.	169
Doctrina y moral cristianas. Autores españoles y criollos que han escrito sobre ellas en las lenguas de Anáhuac.	428
Documentos relativos a los condes de Moteuczoma.	503
Doncellas totonacas. Bautizo de ocho de ellas.	32
Doña Marina. Noticia de esta famosa india.	13

E

Efectos de un discurso de Moteuczoma al pueblo.	111
Ejército español. Su marcha por los montes meridionales.	161
Ejército. Su carta al rey católico.	33
Ejército. Su distribución en el asedio de la capital.	169
Elección y medidas del rey Cuitlahuatzin en México.	127
El mal venéreo no procede de América.	476
El mal venéreo pudo comunicarse a Europa de otros países del continente antiguo.	467
El mal venéreo pudo padecerse en Europa sin contagio.	469
Embajada de Cortés a Cuauhtemotzin proponiéndole reconocer al rey de España.	160
Embajada del rey Cuitlahuatzin a los tlaxcaltecas, proponiéndoles una alianza contra los españoles.	129
Embajada del señor de Cempoala y sus consecuencias.	23
Embajada del señor de Cuauhquechollan a Cortés.	135
Embajada. La primera que envió a Cortés el rey Moteuczoma.	19
Embajadas de Moteuczoma a Cortés, 29, 44 y.	59
Emboscada contra los españoles en el lago.	187
¿En qué tiempo empezó a poblarse la América?	215
Entrada de los españoles en Acatzinco.	134
Entrada de los españoles en Azcapotzalco.	156
Entrada de los españoles en Cuauhtitlan.	156
Entrada de los españoles en Cempoala.	24
Entrada de los españoles en Cholula.	53
Entrada de los españoles en Itztapalapan.	68
Entrada de los españoles en México.	69
Entrada de los españoles en Tenayocan.	156
Entrada de los españoles en Tezcoco.	66
Entrada de los españoles en Tlaxcala.	49
Entrada primera de los españoles sitiadores en México.	176
Entradas de los conquistadores en México.	176, 178, 179, 194, 195 y 196
Entrada segunda de los españoles sitiadores en México.	178
Entradas nuevas en la capital.	179
Epoca de la fundación de México.	251
Epoca de la llegada de los toltecas y otras naciones al país de Anáhuac.	245

	PAGS.
Epocas de los sucesos de la Conquista.	258
Esclavos. Dos mil tecamachalqueses son reducidos a esa categoría.	138
Escritura mexicana. Su falta de letras.	386
España. Sumisión de los cholultecas y tepeyaqueses a la corona de. . .	58
España. Sumisión de Moteuczoma y de la nobleza mexicana al rey de.	96
Españolas. Valor de algunas mujeres.	193
Españoles. Abatimiento de algunos. .	132
Españoles. Alianza de Amaquemecan con ellos.	64
Españoles. Alianza de Ixtlilxochitl con ellos.	47
Españoles. Confederación de algunas ciudades del lago con ellos. . . .	180
Españoles. Confederación de los totónacas con ellos.	28
Españoles. Confederación de Otompan y otras ciudades con ellos.	152
Españoles. Emboscada contra ellos en el lago.	187
Españoles. Mueren los ochenta enviados contra Tochtepec	139
Españoles. Peligro que corrieron en el anegamiento de Itztapalapan	152
Españoles. Sublevación del pueblo de México contra ellos.	105
Españoles. Su confederación y paz con los tlaxcaltecas.	46
Españoles. Su derrota en Tlatelolco .	184
Españoles. Su entrada en Acatzinco .	134
Españoles. Su entrada en Azcapozalco	156
Españoles. Su entrada en Cempoala .	24
Españoles. Su entrada en Cuautitlan .	156
Españoles. Su entrada en Cuitlahuac .	180
Españoles. Su entrada en Cholula . .	53
Españoles. Su entrada en Itztapalapan	68
Españoles. Su entrada en México. .	69
Españoles. Su entrada en Tenayocan .	156
Españoles. Su entrada en Tezcoco . . .	66
Españoles. Su entrada en Tlaxcala . .	49
Españoles. Su llegada a Ayotzinco . .	64
Españoles. Su llegada a Chalchiuhcucan	15
Españoles. Su llegada a Tezcoco y revoluciones en aquella corte.	148
Españoles. Su marcha después de la derrota.	123
Españoles. Su marcha en torno de los lagos.	166
Españoles. Su marcha hacia Tezcoco .	143
Españoles. Su reconocimiento hacia Tlaxcala	127
Españoles. Su retirada a Tlaxcala . .	126
Españoles. Sus primeros viajes a las costas de Anáhuac	5

	PAGS.
Españoles. Su viaje al país de los tlaxcaltecas.	34
Españoles. Su viaje a Tlalmanalco . .	61
Españoles. Su victoria en Tabasco . .	12
Españoles. Tentativa del rey de Acolhuacan contra ellos.	91
Españoles. Terrible derrota que sufrieron en su retirada: (Noche Triste). .	120
Españoles y mexicanos. Combates entre ellos en la capital.	109
Especies de cuadrúpedos americanos confundidas por el conde de Buffon	334
Especies de cuadrúpedos americanos conocidas y admitidas por el conde de Buffon	329
Especies de cuadrúpedos americanos ignoradas o negadas sin fundamento por el conde de Buffon	335
Estado deplorable de los mexicanos. .	196
Estandarte de Cihuacatzin , regalado por Cortés a Maxixcatzin	127
Estragos de las viruelas. Sucesos en México.	139
Estragos de México y valor de algunas mujeres.	193
Estragos horrendos que en los mexicanos hicieron las tropas enemigas. .	198
Estratagemas de los mexicanos y combates de los bergantines.	187
Europa. Pudo comunicarse a ella el mal venéreo de otros países del continente antiguo.	467
Europa. Pudo en ella padecerse el mal venéreo sin contagio.	469
Exaltación del príncipe Coanacotzin y muerte de Cuicuitzcatzin	141
Exaltación del príncipe Cuicuitzcatzin .	94
Expedición de los mexicanos contra Chalco	160
Expedición de Sandoval contra Huaxtepec y Yacapichtla	158
Expedición peligrosa contra Itztapalapan	151
Expediciones contra las ciudades de Xaltocan y Tlacopan	156
Expediciones contra los malinalqueses y los matlazincas.	189

F

Falta de letras en la escritura mexicana.	386
Fin del asedio de México.	200
Florín Juan . Cae en su poder la nave que llevaba a Carlos V el botín de guerra.	203
Fuga del rey Coanacotzin	148
Fundación de México. Epoca en que acaeció.	251

	PAGS.
Fundación de Segura de la Frontera.	134
Fundación de Veracruz.	28

G

Gatos.	328
Gobernador de Cuba. Armada del mis- mo contra Cortés.	101
Gramáticas y diccionarios de las len- guas del Anáhuac. Sus autores. . .	430
Grave altercado entre Maxixcatzin y Xi- cotencatl a consecuencia de la emba- jada enviada por el rey Cuiclahuat- zin, proponiendo a los tlaxcaltecas una alianza contra los españoles. . .	130
Grave peligro que corrió Cortés. . .	165
Guerra de Tlaxcala.	40
Guerras de Tepeyacac, de Cuauhque- chollan, de Itzocan, de Xalatzinco, de Tecamachalco y de Tochtepec. .	133

H

Hecho memorable del general Chichi- mecatl.	192
Herida que recibió Cortés.	186
Hernández de Córdova descubre el Ca- bo Catoche.	5
Heroica respuesta del Cihuacoatl a Cortés.	200
Hierro. Su uso entre los mexicanos. .	381
Holguín aprehende a Cuauhtemotzin y a los reyes de Acolhuacan y Tlaco- pan.	201
Homenaje que por primera vez rin- den los mexicanos a la corona de Castilla.	98
Homenaje rendido a Cortés por seño- res de ocho pueblos.	138
Huaxtepec. Batalla en sus inmediacio- nes.	162
Huaxtepec. Expedición de Sandoval contra esa ciudad.	158
Huaxtepequeses. Los derrotan los es- pañoles.	162
Huexotla. El señor de esa ciudad ofre- ce su alianza a Cortés.	148
Huexotzingo. Embajada de esta repú- blica a Cortés y su alianza con éste.	47
Huexotzingo. Su alianza con Chalco.	154
Huitzilopecheo. Su alianza con Cortés.	180

I

Idolos de Cempoala. Su destrucción.	30
Incendia Cortés el templo de Tlate- lolco.	196
Incendio de los templos de Itzocan, por Cortés.	137

	PAGS.
Incendio del palacio de Axayacatl. . .	178
Incendio de Mexicaltzinco.	175
Incendio de un palacio de Cuauhte- motzin.	194
Inquietud de Moteuczoma; su prime- ra embajada y regalo a Cortés. . .	19
Inquietudes de la nobleza de México y nuevos temores de Moteuczoma. .	98
Insulto a la majestad del rey Moteuc- zoma.	89
Inundación de América. Disertación so- bre la supuesta.	263
Isabel Rodríguez. Valor de esa espa- ñola.	194
Itzocan. Asalto y toma de esa ciudad por Cortés.	137
Itzocaneses. Son derrotados por los es- pañoles.	137
Itzocan. Incendio de sus templos por Cortés.	137
Itztapalapan. Entrada de los españo- les en esta ciudad.	68
Itztapalapan. Peligrosa expedición con- tra esa ciudad.	151
Itztapalapan. Su alianza con Cortés.	180
Itztapalapan. Su anegamiento para ahogar a los conquistadores.	152
Itztapalapan. Su toma por Sandoval.	172
Ixtlilxochitl Carlos va con tropa a auxiliar a Cortés.	177
Ixtlilxochitl. Embajada de este princi- pe y su alianza con Cortés.	47
Ixtlilxochitl es aclamado rey.	150
Ixtlilxochitl. Se reconcilia con él su hermano Coanacotzin.	66
Ixtlilxochitl. Su bautizo.	150
Ixtlilxochitl. Su detención en Tlaxcala.	149
Ixtlilxochitl. Su muerte.	151

J

Joyas, rodela y ropa enviadas por Cortés y el Ayuntamiento de Vera- cruz a Carlos V.	487
Juana Martín. Valor de esa española.	194

L

Lago. Confederación de algunas ciuda- des de él con los españoles.	180
Lago. Emboscada en él contra los es- pañoles.	187
Lagos. Marcha de los españoles en torno de aquéllos.	166
Lengua mexicana.	408
Lenguas de Anáhuac. Autores europeos y criollos que han escrito en ellas sobre la doctrina y moral cristianas.	428

	PAGS.		PAGS.
Letras. Falta de ellas en la escritura mexicana.	386	Maxixcatzin. Su muerte.	140
Leyes de los mexicanos.	416	Memoria de las joyas, rodela y ropa remitidas al emperador Carlos V por don Fernando Cortés y el Ayuntamiento de Veracruz, con sus procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero.	487
Libertad de Xicotencatl y sus preparativos para pelear contra los tepayaqueses.	133	Mensaje infructuoso al rey de México.	188
Llegada de los españoles a Ayotzinco.	64	Mexicaltzinco. Batalla e incendio de esa ciudad.	175
Llegada de los españoles a Chalchiuhcuecan.	15	Mexicaltzinco. Su alianza con Cortés.	180
Llegada de los españoles a Tezcoco y revoluciones en aquella corte.	148	Mexicaltzinco. Su señor presta obediencia al rey de España.	161
Llegada de los toltecas y otras naciones al país de Anáhuac. Epoca en que esto aconteció.	245	Mexicana. Lengua.	408
Llegada de nuevos refuerzos a Cortés.	139	Mexicanos. Construyen piraguas para combatir a los bergantines españoles.	187
M		Mexicanos. Correspondencia de sus años con los nuestros.	251
Malinalco. Batalla cerca de esa ciudad.	190	Mexicanos. Cronología de sus reyes.	253
Malinalqueses. Expedición contra ellos.	189	Mexicanos. Disensiones entre ellos.	128
Mal venéreo. No procede de América.	476	Mexicanos. Estado deplorable en que se encontraban.	196
Mal venéreo. Opinión sobre él de los médicos antiguos.	465	Mexicanos. Horrendos estragos que en ellos hicieron las tropas enemigas.	198
Mal venéreo. Pudo comunicarse a Europa de otros países del continente antiguo.	467	Mexicanos. Los traicionan los habitantes de Cuitlahuac y Xochimilco.	182
Mal venéreo. Pudo padecerse en Europa sin contagio.	469	Mexicanos. Negociación infructuosa de Cortés con ellos.	160
Mal venéreo. Su origen.	465	Mexicanos. Se refugian en Tlatelolco.	195
Marcha del ejército español por los montes meridionales.	161	Mexicanos. Son derrotados cerca de Chalco.	153
Marcha de los españoles a Tezcoco.	143	Mexicanos. Son derrotados por los tepayaqueses.	160
Marcha de los españoles en torno de los lagos.	166	Mexicanos. Su constitución física y moral.	339
Marcha penosa de los españoles.	123	Mexicanos. Su cultura.	377
María de Estrada. Su arrojo en Otompan.	125	Mexicanos. Su derrota en Xochimilco.	166
Marina. Noticia de esta famosa india.	13	Mexicanos. Su moneda.	378
Martín López construye el primer bergantín.	155	Mexicanos. Su primer homenaje a la corona de Castilla.	98
Matanza de Yacapichtla.	159	Mexicanos. Su religión.	451
Materiales para los bergantines. Transporte de ellos.	155	Mexicanos. Sus artes.	396
Matlazincas. Expedición contra ellos.	189	Mexicanos. Sus cualidades físicas.	340
Matlazincas. Los derrota Sandoval.	190	Mexicanos. Sus cualidades mentales.	354
Matlazincas. Sus ataques a los otomites.	190	Mexicanos. Sus discordias durante el sitio.	195
Maxixcatzin don Juan. Le da Cortés el Estado vacante de Ocotelolco.	140	Mexicanos. Sus estratagemas.	187
Maxixcatzin golpea a Xicotencatl a consecuencia de un altercado surgido por el proyecto de alianza con los mexicanos.	131	Mexicanos. Sus leyes.	416
Maxixcatzin. Le regala Cortés el estandarte del general Cihuacatzin.	127	Mexicanos. Sus voces numerales.	409
Maxixcatzin. Muerte de su hija doña Elvira.	122	Mexicanos. Su victoria.	183
Maxixcatzin. Su bautizo.	131	Mexicanos y españoles. Combates entre ellos en la capital.	109
		México. Animales propios de este país.	293
		México. Calidades de su terreno.	282
		México. Comienza su asedio.	172
		México. Descripción de la ciudad.	77
		México. Distribución del ejército español en el asedio de esta ciudad.	169

	PAGS.
México. Entrada de los españoles en esta capital.	69
México. Entradas que hicieron allí los conquistadores. . 176, 178, 179, 1 ⁹⁴ , 195 y.	196
México. Epoca de su fundación.	251
México. Estragos de las viruelas y sucesos en esta ciudad.	139
México. Estragos que en esta capital hizo Cortés para obligar a ceder a los sitiados.	193
México. Fin del asedio de esta ciudad.	200
México. Mensaje infructuoso al rey.	188
México. Primera entrada de los sitiadores en esta ciudad.	176
México. Segunda entrada de los sitiadores en esta ciudad.	178
México. Sublevación del pueblo de esta capital contra los españoles.	105
México. Su clima.	271
México. Su terreno.	261
México. Ultimo ataque y toma de esta ciudad.	199
México. Ultimos preparativos para el asedio.	168
Ministros. Prisión de cinco.	26
Mizcuic. Su alianza con Cortés.	180
Mizcuic. Sumisión de esa ciudad a Cortés.	152
Moneda de los mexicanos.	378
Montes meridionales. Marcha por ellos del ejército español.	161
Moteuczoma. Documentos relativos a los condes de este nombre.	503
Moteuczoma es herido al dirigir un discurso al pueblo.	111
Moteuczoma. Inquietud de este monarca; su primera embajada y regalo a Cortés.	19
Moteuczoma. Muerte de un hermano, un hijo y dos hijas suyos.	122
Moteuczoma. Nuevo insulto a la majestad de este monarca.	89
Moteuczoma recibe la visita de Cortés	76
Moteuczoma. Su descendencia.	205
Moteuczoma. Su muerte.	116
Moteuczoma. Su primera conferencia con Cortés.	73
Moteuczoma. Su prisión.	81
Moteuczoma. Su regalo al rey católico.	21
Moteuczoma. Sus embajadas y regalos a Cortés. 19, 29, 44, 59 y	73
Moteuczoma. Sus nuevos temores.	98
Moteuczoma. Su sumisión al rey de España.	96
Moteuczoma. Su vida en la prisión.	87
Muere de viruelas Maxixcatzin.	140
Mueren los ochenta españoles enviados contra Tochtepec.	139

	PAGS.
Muerte de Coanacotzin.	204
Muerte de Cuauhopopoca.	90
Muerte de Cuauhtemotzin.	204
Muerte de Cuicuitzcatzin.	141
Muerte de Cuilahuatzin por las viruelas.	140
Muerte de doña Elvira, hija de Maxixcatzin.	122
Muerte de Ixtlilxochitl.	151
Muerte del general Cihuacatzin.	124
Muerte del rey Cacamatzin.	122
Muerte de Moteuczoma y de otros personajes.	116
Muerte de Tetlopanquetzaltzin.	204
Muerte de un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuczoma.	122
Mujeres españolas. Valor de algunas.	193
Mulas y caballos.	325

N

Narváez. Victoria de Cortés contra él.	104
Nauhtlan. Batalla de.	61
Nauhtlan. Suplicio de su señor.	89
Nauhtlan. Su señor presta obediencia al rey de España.	161
Negociación infructuosa de Cortés con los mexicanos.	160
Nobleza de México. Inquietudes de la misma.	98
Nobleza mexicana. Su sumisión al rey de España.	96
Noche Triste.	120
Noticia de la famosa india doña Marina.	13
Nueva embajada y regalo de Moteuczoma estando Cortés en Veracruz.	29
Nuevas embajadas.	47
Nuevas entradas en la capital.	179
Nuevo continente. Cuadrúpedos sin cola de éste.	309
Nuevo insulto a la majestad del rey Moteuczoma.	89
Nuevo Mundo. Animales transportados a él.	319
Nuevo Mundo. ¿De dónde y cómo pasaron a él los pobladores y los animales?.	228

O

Obediencia al rey de España. La prestan los señores de Mexicaltzinco, Tizapan y Nauhtlan.	161
Ocotelolco. Da Cortés ese Estado vacante a don Juan Maxixcatzin.	140
Ofrece Xicotencatl pelear contra los tepeyaqueses.	133
Olea Cristóbal salva la vida a Cortés.	185

	PAGS.
Olid. Su marcha a Coyohuacan al em- pezar el sitio de México.	172
Operaciones de Alvarado y proezas de Tzilacatzin.	181
Opinión de los médicos antiguos acer- ca del mal venéreo.	465
Ordaz. Lo manda Cortés a España. . .	140
Ordaz y Avila toman Tochtepec. . .	139
Ordena el Senado de Tlaxcala la prisión de Xicotencatl.	131
Origen del mal venéreo.	465
Otomites. Ataques que sufrieron de los matlazincas.	190
Otompan. Batalla de.	124
Otompan. Confederación de esa ciu- dad con los españoles.	152

P

Painalton. Sonido de la corneta de ese dios.	184
Palacio del rey Axayacatl. Su incen- dio.	178
Palacio de Cuauhtemotzin. Incendio de una parte de él.	194
Paz y confederación con los tlaxcal- tecas.	46
Peñón del Marqués. Toma del cerro de ese nombre.	173
Perros.	327
Piraguas. Las construyen los mexicanos	187
Población de América. ¿En qué tiem- po empezó?.	215
Población de Anáhuac.	436
Pobladores de América. ¿Quiénes fue- ron los primeros?.	220
Pobladores. ¿De dónde y cómo pasa- ron al Nuevo Mundo?.	228
Preparativos últimos para el asedio de México.	168
Primera conferencia y nuevos regalos de Moteuczoma.	73
Primera entrada de los sitiadores en México.	176
Primer embajada y regalo de Moteuc- zoma a Cortés.	19
Primer homenaje de los mexicanos a la corona de Castilla.	98
Primeros viajes de los españoles a las costas de Anáhuac.	5
Principio del asedio de México. . . .	172
Prisión de Cacamatzin.	94
Prisión de cinco ministros.	26
Prisión de Coanacotzin.	201
Prisión de Cuauhtemotzin.	201
Prisión del rey de Acolhuacan y de otros señores, y exaltación del prín- cipe Cuicuitzcatzin.	94
Prisión de Moteuczoma.	81

	PAGS.
Prisión de Tecuichpotzin, esposa de Cuauhtemotzin.	201
Prisión de Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan.	201
Prisión de Xicotencatl, ordenada por el Senado.	131
Prisión. Vida que en ella llevaba Mo- teuczoma.	87
Proezas de Tzilacatzin.	181
Pueblo de México. Su sublevación con- tra los españoles.	105
Puentes. Arte de construirlos en los mexicanos.	384
Puercos.	324

Q

¿Quiénes fueron los pobladores de América?.	220
--	-----

R

Rasgo de intrepidez de un tlaxcalteca.	163
Reconciliación del príncipe Coanacot- zin con su hermano Ixtlilxochitl. . .	66
Reconocimiento de los españoles a Tlax- cala.	127
Refuerzos llegados a Cortés del exte- rior.	139
Regalo de Moteuczoma para el rey ca- tólico.	21
Regalos de Moteuczoma a Cortés, 19, 29, 44, 59 y.	73
Reinos de Anáhuac. Sus confines. . .	431
Religión de los mexicanos.	451
Religión. Desahogos del cielo de Cortés por ella.	80
Rendición del señor de Cuauhnahuac.	164
Rendición de Tecamachalco.	138
Rendición de Xalatzinco.	138
Retirada de los españoles a Tlaxcala. .	126
Retirada de los españoles. Terrible de- rrota que sufrieron en la Noche Tris- te.	120
Retrato de Hernán Cortés, sacado de Bernal Díaz del Castillo.	507
Revolución de Totonacapan.	60
Revoluciones en la corte de Tezcoco a la llegada de los españoles. . . .	148
Rey católico. Regalo que a este monar- ca hizo Moteuczoma.	21
Rey católico. Se le somete la repúbli- ca de Tlaxcala.	48
Rey de Acolhuacan. Sus tentativas con- tra los españoles.	91
Rey de España. Le prestan obediencia los señores de Mexicaltzinco, Tiza- pan y Nauhtlan.	161

	PAGS.
Rey de España. Sumisión a éste de Moteuczoma y de la nobleza mexicana.	96
Rey de México. Mensaje infructuoso que le envía Cortés.	188
Reyes mexicanos. Cronología de ellos.	253
Rodelas, joyas y ropa enviadas a Carlos V por Cortés.	487
Ropa, joyas y rodela s enviadas por Cortés a Carlos V.	487

S

Salto de Alvarado.	121
Sandoval castiga a los habitantes de Zoltepec.	155
Sandoval derrota a los matlazincas.	190
Sandoval. Lo deja Cortés al mando de Tezcoco.	161
Sandoval marcha en defensa de Toluacan.	190
Sandoval sale de Tezcoco para ir al sitio de México.	172
Sandoval. Su expedición contra Huaxtepec y Yacapichtla.	158
Sandoval toma la ciudad de Itztapalapan.	172
Sandoval va a hacer alianza con los chalqueses.	153
Sandoval va a Tepeyacac a cortar las comunicaciones a los mexicanos.	175
Sandoval vence a los de Xalatzinco.	138
Segunda entrada de los sitiadores en México.	178
Segura de la Frontera. Su fundación.	134
Senado de Tlaxcala. Ordena la prisión de Xicotencatl.	131
Sitiadores. Primera entrada que hicieron en México.	176
Sitiadores. Segunda entrada que hicieron en México.	178
Sitio de México. Durante él surgen discordias entre los mexicanos.	195
Sitio de México. Para cooperar a él sale Sandoval de Tezcoco.	172
Sitio de México. Sucesos ocurridos durante él.	139
Sobre el terreno de México.	261
Sobre la época de la llegada de los toltecas y otras naciones al país de Anáhuac.	245
Sobre las épocas de los sucesos de la Conquista.	258
Sobre la supuesta inundación de América.	263
Sublevación del pueblo de México contra los españoles.	105
Sucesos de la Conquista. Epocas en que acontecieron.	258

	PAGS.
Sucesos en México durante el sitio.	139
Sumisión de los cholultecas y de los tepeyaqueses a la corona de España.	58
Sumisión del rey Moteuczoma y de la nobleza mexicana al rey de España.	96
Sumisión de Mizcuic a Cortés.	152
Sumisión de Tlaxcala al rey católico.	48
Súplica de soldados españoles a Cortés para que la expedición regrese a Veracruz en espera de armas y municiones para seguir la Conquista.	132
Suplicio de Cuauhtemotzin.	203
Suplicio del señor de Nauhtlan y nuevo insulto a la majestad del rey.	89
Suplicio de Xicotencatl.	170

T

Tabasco. Victoria de los españoles.	12
Tapia Andrés va en defensa de Cuauhnahuac.	189
Tecamachalco. Rendición de sus habitantes.	138
Tecamachalqueses. Dos mil de ellos son hechos esclavos.	138
Tecuichpotzin, esposa de Cuauhtemotzin: Su prisión.	201
Tecuichpotzin se casa con su primo Cuauhtemoc.	140
Templos de Itzocan incendiados por Cortés.	137
Templo Mayor. Terrible combate en él.	113
Templo de Tlatelolco. Lo incendia Cortés.	196
Tenayocan. Entrada de los españoles.	156
Tentativas del rey de Acolhuacan contra los españoles.	91
Teoatzincon. Batalla de.	41
Tepeyacac. Guerra de.	133
Tepeyacac. Va Sandoval a este punto para cortar las comunicaciones a los mexicanos.	175
Tepeyaqueses. Ofrece Xicotencatl pelear contra ellos.	133
Tepeyaqueses. Su sumisión a la corona de España.	58
Terreno de México. Disertación sobre él.	261
Terreno en México. Sus calidades.	282
Terrible combate en el Templo Mayor. Terrible conflicto y horrendos estragos de los mexicanos.	198
Terrible derrota de los españoles en su retirada (Noche Triste).	120
Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan. Su muerte.	204

	PAGS.		PAGS.
Tetlepanquetzaltzin , rey de Tlacopan.		Tochtepec es tomado por Ávila y Ordaz .	139
Su prisión.	201	Tochtepec. Mueren los ochenta españoles enviados a esa ciudad.	139
Tezcoco. Cortés deja a Sandoval el mando de este señorío.	161	Tolocan pide auxilio a Cortés	190
Tezcoco. Entrada de los españoles en aquella capital.	66	Toltecas. Epoca de su llegada al país de Anáhuac.	245
Tezcoco. Llegada de los españoles a esta ciudad.	148	Toma de Cuauhquechollan.	136
Tezcoco. Marcha de los españoles a ese lugar.	143	Toma de Itzocan.	137
Tezcoco. Sale Sandoval de esa ciudad para cooperar al sitio de México.	172	Toma de Itztapálan por Sandoval	172
Tezcoco. Su nuevo rey manda un ejército para ayudar a Cortés	177	Toma de la ciudad de México.	199
Tezcoco. Visita de su rey a Cortés	65	Toma del Peñón del Marqués.	173
Tezcoco. Visita de sus príncipes a Cortés	66	Toma de Tochtepec por Ordaz y Ávila	139
Tizapan. Su señor presta obediencia al rey de España.	161	Toma de Xochimilco.	165
Tlacopan. Batalla en sus cercanías.	157	Toros.	321
Tlacopanenses. Sus combates con los tlaxcaltecas.	157	Totonacapan. Revolución en esos pueblos.	60
Tlacopan. Expedición contra esa ciudad.	156	Totonacas. Su confederación con los españoles.	28
Tlacopan. Muerte de su rey Tetlepanquetzaltzin	204	Traición de las tropas de Cuitlahuac a los mexicanos.	182
Tlacopan. Su rey es aprehendido con Cuauhtemotzin y el rey de Acolhuacan.	201	Traición de los xochimilcos y de otros pueblos.	182
Tlalmanalco. Viaje de los españoles a ese punto.	61	Transporte de los materiales para los bergantines.	155
Tlatelolco. Incendia Cortés parte del templo.	196	Tropas auxiliares de Cortés . Su aumento.	177
Tlatelolco. Se aislan allí los mexicanos.	195	Tzilacatzin . Sus proezas.	181
Tlatelolco. Son derrotados allí los españoles.	184		
Tlaxcala. Combate en.	39	U	
Tlaxcala. Entrada de los españoles en esa ciudad.	49	Últimos preparativos para el asedio de México.	199
Tlaxcala. Gratitud de los españoles hacia esa república.	127	Último ataque y toma de la ciudad de México.	168
Tlaxcala. Guerra de esta república.	40	Uso del hierro entre los mexicanos.	381
Tlaxcala. Retirada de los españoles a esa república.	126		
Tlaxcala. Su sumisión al rey católico.	48	V	
Tlaxcalteca. Rasgo de intrepidez de un guerrero.	163	Valor de algunas mujeres españolas.	193
Tlaxcaltecas. Bautismo de cuatro señores.	131	Veracruz. Su fundación.	28
Tlaxcaltecas. Su paz y confederación con los españoles.	46	Viaje de los españoles al país de los tlaxcaltecas.	34
Tlaxcaltecas. Sus alteraciones.	36	Viaje de los españoles a Tlalmanalco.	61
Tlaxcaltecas. Sus combates con los tlacopanenses.	157	Viajes. Los primeros que a las costas de Anáhuac hicieron los españoles.	5
Tlaxcaltecas. Viaje de los españoles al país de aquéllos.	34	Viaje y armada de Cortés	11
Tlehuexolotzin . Su bautizo.	131	Victoria de Cortés contra Narváez	104
		Victoria de los chalqueses sobre los mexicanos.	160
		Victoria de los españoles en Tabasco.	12
		Victoria de los mexicanos.	183
		Vida del rey en la prisión.	87
		Villafañá Antonio. Lo hace ahorcar Cortés	168
		Viruelas. Sus estragos.	139
		Visita de Cortés al rey.	76
		Visita de los príncipes de Tezcoco y entrada de los españoles en aquella capital.	66

	PAGS
Visita del rey de Tezcoco a Cortés. . .	65
Voces mexicanas que significan ideas metafísicas y morales.	412
Voces numerales de los mexicanos. .	409

X

Xalatzinco. Sus habitantes son vencidos por Sandoval.	138
Xaltocan. Expedición contra esa ciudad.	156
Xicotencatl. Adjudicación de sus bienes al rey de España.	172
Xicotencatl el viejo. Su bautizo. . . .	131
Xicotencatl recobra su libertad y ofrece pelear contra los tepeyaqueses. .	133
Xicotencatl sostiene grave altercado con Maxixcatzin, a consecuencia del proyecto de alianza con los mexicanos.	130
Xicotencatl. Su prisión ordenada por el Senado.	131
Xicotencatl. Su suplicio.	170

	PAGS
Xochimilco. Batalla de este nombre y derrota de los mexicanos.	166
Xochimilco. Su conquista.	164
Xochimilco. Toma de esta ciudad. . .	165
Xochimilcos. Traición de éstos a los mexicanos.	182
Xoloc. Batalla en ese lugar.	174
Xoloc. Cortés fija allí su cuartel general.	174

Y

Yacapichtla. Expedición de Sandoval contra esa ciudad.	158
Yacapichtla. Terrible matanza en esta ciudad.	159

Z

Zacatepec. Batalla de ese nombre. . .	133
Zahuapan. Se echa a ese río el primer bergantín.	155
Zoltepec. Castigo de sus habitantes por Sandoval.	155

*Esta obra se comenzó a imprimir en los talleres gráficos
del Departamento Editorial de la Dirección General
de las Bellas Artes, se continuó al pasar éste
a la Dirección General de Educación Pública,
y se concluyó el 28 de febrero de 1918,
en los mismos talleres, siendo el
Departamento dependencia de
la Oficina Impresora de la
Secretaría de Hacienda.
México, D. F.*



UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Los Angeles

This book is DUE on the last date stamped below.

REC'D LD-URL
LD-URL NOV 3 1966

OCT 27 1966

NON-RENEWABLE

MAR 17 1993

REC'D URL CIRC PO

DUE 2 WKS FROM DATE RECEIVED

LD URL MAR 7 1975

APR 16 1993

RENEWAL
LD URL

REC'D LD-URL

MAR 21 1975

MAR 12 1975

JUN 23 2003

UCLA YRL/ILL

REC'D LD-URL

APR 13 1998

JAN 24 1999

REC'D LD-URL

DEC 28 1984

DEC 14 1984

MAY 4 1987

JUL 08 1987

MAY 03 2004

DEC 03 2001

MAY 03 2004

OCT 11 2004

APR 09 2002

JUL 08 2002



3 1158 00995 1723

mm

